MÓNICA GONZÁLEZ

LA CONJURA

LOS MIL Y UN DÍAS DEL GOLPE

EDICIÓN ACTUALIZADA

Catalonia



Índice

La Conjura

Los mil y un días del golpe

MÓNICA GONZÁLEZ

La Conjura

Los mil y un días del golpe

EDICIÓN ACTUALIZADA





GONZÁLEZ, MÓNICA

La Conjura. Los mil y un días del golpe / Mónica González

Santiago de Chile: Catalonia, 2012

ISBN 978-956-324-159-4

PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN
070.40.72

Este libro forma parte de la colección de periodismo de investigación desarrollada al alero del Centro de Investigación y Publicaciones (CIP) de la Facultad de Comunicación y Letras UDP.

Diseño de portada: Cortés | Justiniano
Fotografías portada e interior: Archivo personal Mónica González
Retrato autora: Carolina Vargas/Revista Paula
Composición: Salgó Ltda.

Edición: Abel Gilbert
Coordinación editorial Andrea Insunza
Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Primera edición: octubre, 2012
Segunda edición: marzo, 2013
ISBN 978-956-324-159-4

Registro de Propiedad Intelectual N° 222.121

Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile
www.catalonia.cl

Cada uno de los días que evocan estas páginas tiene rostro, caricias y

aroma de Andrea y Lorena. Y en todos los que siguen está la huella de esas dos hijas y el costo irreparable de la distancia y la ausencia. Cuando la vida renueva su ciclo, surge el rostro de Valentina y Martín, de Paolo, Matilda, Pablito,Violeta y Matthieu, la esperanza y símbolo de mi familia grande, aquella que cobija y se atrinchera en un nido de sólida tela hilado con verdad, amigos, debilidad, sabores, coraje, dignidad, carencias y mucho amor para recuperar lo único que al final nos pertenece y nos hace sólidos: nuestra historia.

PRÓLOGO

EL GOLPE Y EL FACTOR HUMANO

Por Carlos Peña

I

Las causas del quiebre de la democracia en Chile han sido enumeradas hasta el hartazgo. Y es difícil agregar nuevas.

Una de las explicaciones posibles la sugirió Aníbal Pinto. Mientras el sistema político estimulaba las expectativas de los sectores históricamente excluidos, el sistema productivo, explica Pinto, era incapaz de satisfacerlas. El resultado sería obvio: o se cambiaba el sistema económico o se cerraba la participación política. Una de dos.

Otra explicación que suena sensata es la que formuló Arturo Valenzuela. El quiebre de la democracia, dijo, está relacionado con el hecho de que el sistema político se descentró. Entre los años 1938 y 1970, recuerda, los presidentes que provenían de partidos de centro fueron elegidos con el apoyo de la izquierda en 1938, 1942 y 1946, y con el apoyo de partidos de derecha, en 1932 y 1964. En todo el período, recuerda Valenzuela, solo en dos ocasiones ganó un candidato de derecha o de izquierda: en 1958 lo hizo la derecha con Jorge Alessandri y en 1970, la izquierda con Salvador Allende. Y ya se sabe cómo terminó. El abandono de la política de alianzas –fruto de la convicción de que el paraíso estaba a la vuelta de la esquina– habría contribuido al desastre.

La izquierda, por su parte, acostumbró vacilar entre dos explicaciones posibles. Hay quienes dijeron que el problema fue la ingenuidad, la falta de una política militar: ¿cómo pudo alguien pensar que un cambio de raíz no sería resistido por la fuerza o creer que los privilegiados se cruzarían de brazos mientras sus intereses se lesionaban para siempre? Otros, en cambio, dijeron que el problema consistió en intentar esos cambios –los más radicales que eran esperables de la política– a partir de una minoría, apenas el tercio que en 1970 había optado por Allende. Habría sido preferible, sugieren, el gradualismo: un paso a la vez. Desatender las lecciones de la historia o pretender apurarla, fueron, según estas versiones, los errores que se cometieron.

Todas esas explicaciones –plausibles, sin duda–, cuando se las exagera o se las acepta de modo unilateral, arriesgan, sin embargo, el peligro de dibujar a los seres humanos como piezas de un tablero en el que no hay ni libertad ni responsabilidad, sino simple lógica, ciega necesidad histórica. Si lo que ocurre en medio de la convivencia fuera el resultado de fuerzas que, una vez desatadas, escapan a todo control, entonces la libertad quedaría reducida a una ilusión y exigir responsabilidad por nuestros actos sería una injusticia. ¿Cómo podríamos ser responsables de aquello que no escogimos y que no pudimos decidir?

Por eso, al leer todas esas explicaciones respecto del golpe sospechamos que algo

les falta. En ellas brilla por su ausencia el factor humano, ese amasijo de ambiciones, astucias, resentimientos, sueños de grandeza, anhelos de reconocimiento, arrojos, convicciones e insidias que conforman la subjetividad de los seres humanos y que son imprescindibles para comprender el curso de la historia o del acontecer. Y dentro de ese factor falta, todavía, eso que Maquiavelo, distanciándose del uso cristiano de la palabra, llama «virtú»: ese conjunto de características y habilidades de variada índole que permiten a un político vencer los obstáculos.

Este libro –que se lee como una novela, aunque el lector sabe que no es la imaginación sino la realidad la que lo sustenta– viene a remediar esa falta.

El factor humano –esa variable impredecible de la historia– asoma por todos los intersticios de esta investigación.

II

La Conjura de Mónica González, sin duda el mejor libro escrito acerca de cómo se tramó el golpe y sobre quiénes lo manejaron, puede ser leído como el relato de la conspiración que condujo a él y, a la vez, como una narración de las vicisitudes y características personales de quienes participaron. Una narración en la que se cruzan los grandes vendavales de la historia y las subjetividades que reaccionan, con pavor, oportunismo, astucia o valentía, ante ellos.

Hay en este libro pequeños retazos que son, en sí mismos, verdaderas lecciones breves de política y de historia. Las veleidades de la fortuna, por ejemplo. En las primeras páginas se ve a Patricio Aylwin –al publicarse la edición actualizada de este libro alcanzará ya los 94 años– con la convicción de estar desahuciado para la historia y para la política:

> –…yo no soy nadie –le dice a Mónica González. ¡A quién puede interesarle mi opinión!

Corría entonces el año 1987.

Aylwin había sido férreo opositor a Allende y, en algún momento, comprensivo con el golpe. A poco andar descubrió su gigantesco error ¿Qué le quedaba, entonces, sino el sencillo ostracismo de quien se equivocó? Eso explica las palabras –sin duda sinceras– que vierte a Mónica González el año 1987. Poco tiempo después, sin embargo, Patricio Aylwin sería el generalísimo del NO, luego el abanderado de la Concertación y presidiría el primer gobierno de la Transición. No hay duda: en la política, como en la vida, no parece haber ni triunfos ni fracasos definitivos.

El caso de Orlando Sáenz es también digno de mención. En él se aprecia el anhelo de hacerse un lugar en la historia. Relata conspiraciones, sobornos, redes tejidas casi sin escrúpulo en las que él mismo no era más que un eslabón (aunque él se esfuerza por erigirse en el más firme de todos). Relata, por ejemplo, cómo fue elegido presidente de la Sofofa tras la mediación de Eugenio Heiremans (uno de los poderes fácticos que, años después, durante la Transición, denunciaría Allamand). Se le escogió a él, relata, por razones estratégicas. Se necesitaba a alguien que presentara «pocos flancos», que no estuviera vinculado a «grandes empresas».

> –¿No se sintió utilizado? –pregunta Mónica González.
> –Sí, pero en la vida todos utilizan y son utilizados –responde Sáenz.

Kant había dicho que nunca debes tratar a otro como un simple medio. Sáenz, a la hora de explicar su participación en la conjura, formula una proposición inversa: debes tratar a tu vecino como medio y consentir que el otro haga lo mismo contigo. Es difícil discernir cuánto hay de realismo en estas palabras –la mera descripción de una comunidad política rota– y cuánto de anticipo del nuevo *ethos* que, luego de las reformas económicas y la ideología que las alienta, inspirará más tarde a la nueva sociedad chilena: cada uno persiguiendo su propio interés e intercambiándolo con los otros que, a su vez, poseen el suyo, sin que entre ambos exista, aparentemente al menos, nada en común. Y es que ya se sabe: el mercado no crea vínculos.

En fin, se encuentra el caso de Sergio Arellano. Entre él y Pinochet se gesta un conflicto de tipo isabelino. Como en las tragedias de Shakespeare («Ya están mis manos del color de las vuestras»), Arellano, uno de los líderes de la conspiración, es enviado a una gira de la que resultará un amasijo de desapariciones y cadáveres. En la primavera de 1999, Mónica González conversa con él. Arellano explica que, a pesar del rechazo que le provocaban los crímenes (de los que fue encontrado culpable), la única manera de detenerlos era rebelarse ante Pinochet. Quebrar la institución. Y eso él no lo haría.

> –¿Privilegió al Ejército sobre la vida de chilenos indefensos, condenados a penas menores, asesinados fríamente y sus cuerpos enterrados clandestinamente? –pregunta Mónica González.
> –Sí, no eludo mi responsabilidad de haber llevado en esa comitiva a hombres que se comportaron como asesinos. Tampoco le diré que no soy responsable por no haber exigido ante el general Pinochet una investigación acuciosa. Pero si querían que me rebelara… ¡eso no! –responde Arellano.

La doctrina de la razón de Estado llevada al límite. Nada contra el Ejército. Ni siquiera cuando la justicia o la dignidad de los seres humanos lo demanda. Podría llamársele la Doctrina Arellano.

Pero este libro no es solamente el relato de una conspiración y de los personajes que en ella, como víctimas o victimarios, participaron. También es el registro de las circunstancias que llevaron a Augusto Pinochet (hasta el 11 un sujeto más bien sosegado y aparentemente irresoluto cuya voluntad nadie contabilizaba) a ser lo que llegó a ser: un dictador como no lo hubo nunca en la historia de Chile.

III

El subtítulo de este libro lo dice todo, o casi todo, respecto de cuándo y cómo se tramó el golpe. Y los comienzos de esa trama, y su desarrollo, estuvieron muy lejos de la voluntad de Pinochet quien, años después, presumiría haberla llevado adelante a las espaldas de todos. No fue así.

Fueron mil y un días. Los mismos que duró el gobierno de la Unidad Popular, el que, si seguimos la investigación de Mónica González, asumió al mismo tiempo que, fuera de las fronteras, se comenzaba a tramar cómo echarlo abajo. La serie de acontecimientos que pueblan la memoria de los chilenos –desde el asesinato de Schneider al suicidio de Allende– adquieren, gracias a esta investigación, una nueva luz: no había en ellos nada fortuito, no eran la simple yuxtaposición de hechos desgraciados, sino que eran el fruto de una conspiración de largo tiempo, el resultado de múltiples voluntades que, desde temprano, imaginaron con paciencia y con rabia cómo echar abajo al gobierno de la Unidad Popular.

Esa conspiración, sabemos luego de leer este libro, no fue conducida por quien siempre presumió haber planeado el golpe. Mientras el golpe se fraguaba, a Pinochet se le marginó. Con imagen de legalista y leal (al extremo de que Allende se compadeció de la suerte que correría cuando el golpe se desató), no pareció confiable para sus compañeros de armas. Tenían toda la razón. Pinochet no era confiable. Muy pronto lo experimentaron en carne propia.

Y es que el verdadero Pinochet está muy lejos de la dignidad distante que, durante diecisiete años, y a punta de memorias fabuladas y discursos redactados por cortesanos complacientes, se esforzó por adquirir. La verdad es que era un soldado más o menos grisáceo al que sus camaradas de armas no le reconocían las virtudes que, más tarde, sus partidarios le atribuyeron con amplia generosidad. Como Francisco Franco –a quien sus camaradas le decían «la Paquita»–, es probable que sus compañeros, en lugar de respetar a Pinochet, le tuvieran un leve desprecio. Su comportamiento en el Ejército fue más bien el de un burócrata inofensivo que cumple órdenes con respeto estricto por la jerarquía, y las ejecuta sin amor y sin odio. Todo ello hasta que asomó el golpe y Pinochet mostró lo que en verdad era: un sujeto con una notable capacidad para hacerse del poder, alguien que no tenía otra razón ni otros principios que su sola voluntad.

Un dictador parecido a lo que Maquiavelo llama un «príncipe nuevo».

En *El Príncipe*, Maquiavelo estudia, sirviéndose de ejemplos y de su experiencia en «las cosas modernas», cuáles son las condiciones que permiten que surja un «príncipe nuevo». Maquiavelo llama «príncipe nuevo» al usurpador, a aquel que, en principio, no tiene derecho para ejercer el poder, sino que se hace de él mediante el despojo de aquél que sí tenía legitimidad. La situación del príncipe nuevo es particularmente complicada: debió causar muchísimo daño como para que sean pocos los que quieran aceptar su poder, mientras que aquellos que lo apoyaron esperan más de lo que, seguramente, él mismo será capaz de ofrecer. El desafío del príncipe nuevo es, en otras palabras, hacer política desde la ilegitimidad. Se comprende fácilmente por eso que su primer deber «sea mantenerse como príncipe», no olvidar que es siempre mejor «ser temido que ser amado» y no sujetarse nunca por entero a las reglas de la moral, pues algo así lo condenaría al fracaso, lo transformaría a poco andar en un «profeta desarmado».

Parece una descripción fiel de lo que –sin que nadie pudiera imaginarlo– acabó haciendo Pinochet.

En la conspiración que relata Mónica González, y en el golpe que la coronó con éxito, hubo muchos partícipes. Casi todos más inteligentes que Pinochet, la mayoría más cultos; sobraban los que exhibían más prosapia militar, abundaban los que mantenían lealtades eclesiásticas, predominaban los que tenían redes políticas (y empresariales). Sin embargo, ninguno era tan astuto como él: nadie contaba con la voluntad de poder que, tras la apariencia campechana, la sonrisa de oro, los lentes oscuros y la genuflexión que practicó con escrúpulo casi ritual hasta el día 10 de septiembre, ocultaba. Pinochet es la enésima prueba de que las conspiraciones siempre acaban en manos de quienes tienen la astucia para, aprovechándose del remolino de la historia, hacerse un nombre.

Como otros ejemplos de la política moderna –al leer este libro es imposible no acordarse del caso de Francisco Franco, a quien Pinochet admiraba como ninguno, al extremo de viajar a su funeral a sabiendas de que no se le recibiría bien-, Pinochet aparece como un individuo astuto que, en vez de conducir los hechos, espera agazapado en el fondo de su subjetividad –la que no revela ni siquiera a su familia– hasta que surge

la oportunidad para curar, por fin, las pequeñas humillaciones que debió soportar en el curso de su carrera mientras esperaba que la suerte mejorara. Como Franco, él no es el cerebro del golpe; pero, al igual que el Caudillo, se las arregla para acabar conduciendo el proceso. Como Franco, debe prometer al inicio que el poder se ejercerá en una rotativa; pero, al igual que el Caudillo, se las arregla para que la firma de un decreto eche todo eso al olvido. Y, como Franco, debe desprenderse de los rivales que le hacían, o amenazaban hacerle, sombra; y, como él, tiene la suerte de que un accidente aéreo lo prive, sin aparente esfuerzo de su parte, de quien era el más amenazante.

Esa suma de circunstancias, es verdad, es fruto de algunos factores impersonales que se forjaron lentamente y durante mucho tiempo, y de otros más deliberados, como la conspiración; pero ninguno de ellos habría resultado en lo que finalmente acabó –una dictadura de diecisiete años, una verdadera revolución capitalista a sangre y fuego– sin una personalidad soterrada y astuta como la de Pinochet, quien, desde las sombras, hizo suya una conjura tejida por otros a los que la historia dejó como segundones.

Quizá –piensen los conspiradores de ayer y los segundones de hoy– haya sido para mejor. Después de todo, al recordar esos días y ver, con el transcurso de los años, lo que se hizo para mantener el poder, hay poco, o casi nada, para enorgullecerse.

Santiago, agosto de 2012

EL PRINCIPIO DEL FIN

Humo y nubes sobre Santiago. El humo como un manto indeleble. La gruesa columna que cubría La Moneda podía verse desde todos los puntos de una ciudad sitiada. Eran pasadas las 14 horas del 11 de septiembre de 1973 y Chile todavía se estremecía por los efectos de las bombas arrojadas desde un cielo plomizo sobre el palacio. Humo y llamas. La Moneda corría peligro de reducirse a cenizas.

Llegaron los bomberos. Un grupo fue a la Cancillería, en el sector sur. El otro, al ala poniente. Un tercero entró por Morandé 80 y subió la escalera en dirección al gabinete presidencial. El único reducto al que no pudieron ingresar fue el Salón Independencia. Soldados en actitud de combate les impidieron el paso. De pronto, un oficial los llamó y les ordenó que traspasaran la puerta. Había que sacar un cuerpo envuelto en un chamanto boliviano. Nadie habló. Se miraron y todos comprendieron de quién se trataba. Bomberos y soldados levantaron la camilla de lona. La bajaron con cuidado y salieron por Morandé 80. Ya en la calle, soldados les abrieron camino. Cargaron la camilla hasta una ambulancia del Hospital Militar. Los murmullos llenaron la Plaza de la Constitución. La ambulancia partió velozmente. Cruzó Santiago en el más riguroso de los secretos. Cumplía una orden en carácter de urgente que el almirante Patricio Carvajal recibió a su vez del general Augusto Pinochet:

«Dice el comandante en jefe que es indispensable que a la brevedad posible los médicos jefes del Servicio de Sanidad del Ejército, de la Armada, y la FACH, y el jefe del Servicio Médico de Carabineros, más el médico legista de Santiago, certifiquen la causa de muerte del señor Allende con el objeto de evitar que más adelante se nos pueda imputar a las Fuerzas Armadas el haber sido las que provocaron su fallecimiento».

El cadáver llegó al Hospital Militar a eso de las 17:30 horas. De inmediato fue llevado al pabellón de cirugía del Departamento de Otorrinolaringología. Lo dejaron en la misma camilla de lona de campaña. Le quitaron el chamanto. Lo colocaron en posición de cúbito dorsal. Poco después entraron los cuatro jefes de Sanidad de las Fuerzas Armadas. Tenían que ratificar, a instancias de la Primera Fiscalía Militar, que estaban ante el mismo hombre que apenas unas horas atrás había dicho, a través de radio Magallanes, que su sacrificio no sería en vano. Uno de los doctores, José Rodríguez Véliz, representante del

Ejército, había sido compañero del Presidente en la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Lo observó en silencio y circunspecto, al igual que Mario Bórquez Montero, director de Sanidad de la Fuerza Aérea; Luis Veloso, de Carabineros y Miguel Versin Castellón, de la Armada.

En otro sector de Santiago, peritos de Investigaciones al mando de Luis Raúl Cavada Ebel, jefe del Laboratorio de Policía Técnica, reconstruían la muerte de un hombre en La Moneda sobre la base de croquis y un estudio del cuerpo. El informe fue firmado por Cavada Ebel, Jorge Quiroga Mardones, Carlos Davidson y Jorge Almazabal[1]. Los autores conservaron notas y registros, pero el informe oficial se guardó en caja de siete llaves hasta llegar, muchos años después, a manos de la autora de esta investigación.

Puede leerse ahí que:

> Al lado izquierdo del cadáver y sobre el sofá se encontraba un cargador de arma automática sin munición y un casco con las iniciales «J.M.F.» en una de las cintas interiores de suspensión[2]. Próximo al cargador y sobre el sofá, hay una porción de masa encefálica. Otra porción se encuentra sobre una alfombra próxima al sofá y pequeños restos de la misma materia dispersos en diferentes lugares del salón. El gobelino colocado en el muro detrás del sofá, presenta dos orificios correspondientes a perforaciones por paso de proyectiles que finalmente inciden en el muro... Estimamos que la posición más probable que pudo haber para el cuerpo y el arma en el momento del disparo, ha podido ser una semejante a la que, en forma esquemática está representada gráficamente en el croquis Nº 14. 256, en el cual la persona está sentada en el sofá, con cierta inclinación hacia delante, sosteniendo el extremo superior del cañón con la mano izquierda, la boca del arma casi en contacto con el mentón y accionando el disparador con la mano derecha. Es posible, en consideración a los dos impactos de la pared y la apreciación superficial de la herida de entrada, que haya existido una sucesión rápida de dos disparos.

Por último señala:

> 3.1. La muerte del señor Salvador Allende Gossens, se produjo como consecuencia de una herida a bala que tiene su entrada en la región mentoniana y su salida en la región parietal izquierda...
> 3.2. ...El hecho tiene las características de un suicidio. En consecuencia, se descarta la posibilidad de homicidio.

Caía la noche del 11 de septiembre de 1973 en Santiago. Las calles estaban vacías. El toque de queda marcaba el límite de lo posible. En las casas se reía o lloraba. En el Hospital Militar, en cambio, las cosas transcurrían en el más absoluto de los hermetismos. Los doctores Tomás Tobar Pinochet, del Instituto Médico Legal, y José Luis Vásquez iniciaron la autopsia a las 20 horas. Fueron asistidos a lo largo de cuatro horas por el auxiliar especializado, Mario Cornejo Romo. Una vez que finalizaron, los cuatro jefes de sanidad de las instituciones castrenses supervisaron la última de las tareas: el cuerpo de Salvador Allende fue depositado en un ataúd y sellado en su presencia. Las conclusiones de la autopsia se conservaron por 27 años como un «Secreto de Estado»:

> Cadáver de sexo masculino se presenta vestido con ropas en relativo orden, estando el abrigo sobrepuesto, el que presenta manchas de sangre e impregnación de sustancia cerebral atraicionada en su delantero derecho, manga de este lado y en su parte interna posterior. También se observan las mismas manchas, en forma de salpicaduras, en el lado izquierdo del cuello... Las ropas interiores también se presentan profusamente impregnadas de sangre... Los pulpejos de los dedos de ambas manos se presentan impregnados de tinta morada de tampón para tomar las impresiones digitales...

Luego de una detallada descripción de los daños que provocaron los proyectiles en el

rostro, así como de su trayectoria, se determinó que:

> La causa de la muerte es la herida a bala cérvico-buco-cráneo-encefálica reciente, con salida de proyectil... El disparo corresponde a los llamados «de corta distancia» en medicina legal... El disparo ha podido ser hecho por la propia persona.

Según la pericia, el cuerpo no presentaba rastros de alcohol. La prensa permitida por los militares insistió, sin embargo, en lo contrario. Y para graficarlo aludió al hallazgo en La Moneda de botellas vacías y semivacías de su whisky favorito: Chivas Regal.

El 11 de septiembre de 1973 llegaba a su fin. Allende quedó nuevamente solo en el Hospital Militar.

Afuera, la ciudad se estremecía con los gritos de las víctimas.

Allende estuvo «desaparecido» durante un año y diez meses: su muerte quedó recién inscrita en el Registro Civil de Independencia el 7 de julio de 1975 bajo el número 593.

Para entonces, la guerra seguía cobrándose vidas y parecía no terminar nunca.

Pocos podían acordarse de su principio.

[1]. En Anexo Nº 1 se entrega el informe en su totalidad, así como los croquis y fotografías hasta hoy inéditos.

[2]. Era el casco del jefe de escoltas de Carabineros del Presidente, capitán José Muñoz, quien se lo cedió.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

ELECCIONES EN CAMPO MINADO

Pero todo tiene un origen. La guerra había comenzado el viernes 4 de septiembre de 1970. Ese día, Santiago amaneció nublado, en el sur llovía tenuemente y en Chiloé el aguacero era torrencial. Y ni siquiera el sol que alumbró la capital desde el mediodía logró atenuar la espesa nube de expectación que la cubrió mientras se esperaba el resultado de unos comicios presidenciales que marcarían la vida de más de nueve millones de chilenos.

Ese día disputaron la Presidencia tres candidatos. El socialista Salvador Allende, apoyado por la Unidad Popular; el empresario Jorge Alessandri, sustentado por la derecha; y Radomiro Tomic, de la Democracia Cristiana, el partido que, con Eduardo Frei Montalva a la cabeza, estaba en el poder desde 1964[1].

No era una elección más en Chile. Cuarenta y ocho horas antes de ir a las urnas, Tomic puso las cartas sobre la mesa y, desde la Alameda, en el cierre de su campaña, lanzó su último y temerario llamado: «Chile enfrenta la elección más cargada de destino de su historia». Tomic, que había fundado la Democracia Cristiana y era un orador eximio, además de uno de los políticos más respetados de esos años, creía saber lo que estaba en juego. Sus palabras hablaban por sí solas. Y por si hacían falta, estaban los carteles publicitarios. «Chilena, chileno: ¿Quiere usted un despertar tranquilo el 5 de septiembre? ¡Vote por Tomic!».

¿Quién encarnaba esa pesadilla sino Allende?

No solo Tomic invocaba a los demonios. «Alessandri es la libertad. Allende el comunismo. De tu voto depende el futuro de Chile», exhortó en las páginas de *El Mercurio* su comando electoral. Para los partidarios de «El Paleta», como le decían a Jorge Alessandri sus adherentes, era el todo o nada.

Los mensajes apocalípticos o descorazonados no solo salían de la boca de los candidatos. *Extranjero por viaje vende*, era el título de una exitosa obra de teatro en Santiago. La popular compañía de Lucho Córdoba también parecía sintonizar con los desvelos de un país a punto de partirse.

En los cuarteles la situación era igualmente tensa. Casi un año atrás, el 21 de octubre de 1969, el general Roberto Viaux[2] había liderado una sublevación en reclamo de mejoras económicas. El acuartelamiento en el Regimiento Tacna, de Santiago, provocó el quiebre más serio en la disciplina del Ejército en 40 años y una de las principales perturbaciones políticas bajo el gobierno de Eduardo Frei Montalva. No dejaba de ser curioso que todo hubiera empezado en el Tacna. En 1966 se había convertido en la unidad castrense símbolo del privilegio, cuando los viejos cañones Krupp, arrastrados por caballos, fueron reemplazados por relucientes obuses estadounidenses motorizados. Pero la excepcional adecuación de medios no pareció repercutir en la moral de sus cuadros de oficiales y suboficiales.

El decaimiento, frustración e incluso ciertas evidencias de indisciplina,

especialmente entre la oficialidad joven, continuaron expandiéndose peligrosamente por los cuarteles acrecentados por los precarios sueldos y la acumulación de otras promesas no cumplidas. El 2 de mayo de 1968, el Presidente Eduardo Frei relevó a su ministro de Defensa, Juan de Dios Carmona, y al comandante en jefe del Ejército, general Luis Miqueles. El primero fue reemplazado por el general en retiro Tulio Marambio, y el segundo por el general Sergio Castillo. Se buscó así aplacar el descontento a través del cambio de personas, pero ya era tarde. El 21 de octubre de 1969, el malestar trascendió las esferas del Tacna.

El impacto de la rebelión, sus concomitancias con esferas políticas y sus repercusiones a nivel nacional e internacional dejaron secuelas imposibles de contener. El ambiente en los cuarteles se había tornado crecientemente enrarecido, confuso, incierto. Frei dispuso el retiro del comandante en jefe del Ejército, general Castillo. En su reemplazo fue designado el general René Schneider Chereau[3]. En el estratégico puesto de jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional nombró al general Carlos Prats González. Ambos hombres iniciaron, el 24 de octubre de 1969, la conducción de un ejército que incubaba una profunda metamorfosis.

El general Carlos Prats escribió en sus *Memorias*:

> La Democracia Cristiana cometió un grave error histórico al menospreciar a las Fuerzas Armadas, en las que se venía acumulando durante treinta y cinco años un fermento de frustración profesional cada vez mayor, ante el descuido de su acervo técnico- profesional y la desatención de sus necesidades sociales por los sucesivos gobiernos. Las plantas institucionales habían experimentado un crecimiento insignificante y, en relación al crecimiento de la población, su porcentaje había disminuido al 0,42%. Las remuneraciones del personal eran bajísimas, en relación a las del nivel de la clase media profesional y técnica y las rebajas presupuestarias afectaban sin consideración alguna a las tres instituciones, en beneficio de otros programas y servicios, resultando el Ejército el principal perjudicado en su conscripción, que desciende al 50% de su nivel mínimo indispensable.

El general Horacio Toro fue un destacado protagonista del «Tacnazo» y también de la conspiración del 11 de septiembre de 1973. Después fue designado por Pinochet como segundo mando del Comité Asesor de la Junta de Gobierno (COAJ). Se fue a retiro en 1978 y un día de 1988 decidió romper su silencio en una entrevista con la autora[4].

–¿Cuál fue la verdadera razón de que el acuartelamiento liderado por el general Roberto Viaux no derivara en un Golpe de Estado?

–Yo participé en ese movimiento, conozco desde dentro lo que pasó. Y en la fase previa inmediata, estando en conversaciones con oficiales de la Fuerza Aérea, se les pidió a éstos que no intervinieran. Si hubiesen llegado a hacerlo, la magnitud del movimiento habría bastado para botar el gobierno. Lo real es que no queríamos dar un Golpe sino llamar la atención sobre una situación indigna de vivir la profesión. Lo real también es que ese movimiento fue la antesala del 11 de septiembre.

–¿Qué cambios se habían producido en el Ejército para posibilitar el quiebre de la doctrina constitucionalista?

–Entre 1945 y 1970 el sistema militar fue asumiendo gradualmente la Doctrina de Seguridad Nacional durante gobiernos democráticos y sin que la sociedad chilena y esos gobiernos tuvieran noción clara de la transformación. Lo que hizo crisis fue un movimiento civilista: la no incorporación de militares a un proceso de enriquecimiento democrático que se expresó en su segunda etapa a partir de la caída de Ibáñez, cuando los gobiernos civiles democráticos asumieron la revancha del movimiento militar de 1925 a

1931. Eso produjo una reducción del poder militar, se desarrolló una política de restricciones que lo fue arrinconando, despojándolo de recursos. Las unidades que hasta 1920 estaban completas de acuerdo a los cuadros orgánicos fueron después simuladas y se fue cayendo hasta en el ridículo. Eso llegó a su clímax en la década del 60 cuando las prioridades del desarrollo social, que venía con atraso, se convierten en la principal preocupación nacional.

–¿La sociedad civil y los gobiernos no veían a los militares como un peligro potencial para el sistema democrático?

–No, ningún político le tenía miedo a los militares. Habíamos llegado a ser los grandes mudos del sistema, los propios políticos nos calificaban de esa manera. Había como una garantía cierta de que los militares habíamos llevado nuestro apoliticismo al más alto grado.

La participación de un grupo importante de la Fuerza Aérea en la rebelión del Tacna, un capítulo desconocido de esa historia, la confirma otro de sus jóvenes protagonistas: el entonces teniente de la FACH, Raúl Vergara, quien sería cuatro años más tarde motor del grupo de los llamados «constitucionalistas» y contrarios al Golpe en esa institución[5]:

«El grupo de los constitucionalistas al interior de la Fuerza Aérea es de antigua data. Somos producto de un proceso que parte con las reivindicaciones gremialistas de los años 60, momento en que soy convocado por los oficiales Ramón Vega[6] y Patricio Araya, quienes querían formar un grupo de elite para un grupo de estudio. Así empezó todo. Empiezan las discusiones de lo mal que estaba la FACH, al punto que algunos oficiales tenían que trabajar autos como taxi, y todo ello por culpa de los altos mandos. Sentíamos que algo teníamos que hacer. Fue así como se produjo el contacto con un grupo de oficiales de Ejército y nos empezamos a reunir. El primer remezón destinado a parar esta historia se produjo antes del "Tacnazo": echaron a unos y redestinaron a otros. Yo era subteniente e imagino que esa fue la razón por la que no me echaron. Y para reconquistarme me mandaron a Estados Unidos».

«En Estados Unidos estuve un año haciendo el curso de instructores junto con otro oficial del grupo, Julio Cerda. Y allá seguimos con estas conversaciones con los oficiales de otros países y se produjo una fina sintonía: concordamos que eran los políticos y sobre todo los de EE.UU. los que interferían en la unidad latinoamericana. Estamos hablando del año 1967. En esas intensas discusiones, lo interesante es que descubrimos que hay sentimientos muy latinoamericanistas y curiosamente muy antinorteamericanos en el grupo formado por oficiales de todos los países. Y ello se expresó finalmente en una reunión colectiva que culmina con el *Acta del Parque Rodríguez*, acta que conservó el comandante Cerda y que firmamos todos».

«Regreso a Chile con la intención de seguir estudiando en la universidad, para lo cual conseguí que la FACH me autorizara ir media jornada a estudiar economía a la universidad. En la FACH, las conversaciones siguieron, todavía en el ámbito gremial, con un descontento creciente de los oficiales tanto con lo que dice relación al profesionalismo, su grado de equipamiento, como con la calidad de vida de sus oficiales y suboficiales. En ese contexto no fue difícil que se articulara un movimiento, que en la FACH fue muy intenso, y que involucró desde comandantes de escuadrillas hacia abajo».

«Quien encabeza en la FACH el movimiento es el comandante Carlos Castro Sauritain. Lo secunda Patricio Araya. Diría que éramos cientos de oficiales, porque era

exclusivamente de oficiales y con un nivel de compromiso que crecía al ritmo de estas reuniones sistemáticas y clandestinas en departamentos que conseguía el comandante Alamiro Castillo y en las cuales firmábamos actas todos los participantes».

«Para todos era un asunto sumamente serio porque en nuestra misión de acción estaba previsto tomarnos la Base Aérea El Bosque, un acuartelamiento para ejercer presión a las autoridades con tres premisas reivindicativas: cambio del alto mando, a los que culpábamos de haber permitido el deterioro general de las Fuerzas Armadas; resolver el problema del equipamiento y mejorar los sueldos».

«Teníamos lista la toma de El Bosque y ahí es cuando entramos en contacto con el general Roberto Viaux. Se produce una reunión en un departamento en las Torres de Tajamar que acababa de comprarse Patricio Araya. Ahí nos concertamos con Viaux, quien hizo mucho hincapié en el carácter estrictamente gremial del movimiento. Ahí se notó que nosotros empezábamos a separarnos de esa línea ya que teníamos la idea de que podría haber aperturas políticas distintas y había que estar preparado para ello. Creo que influía el modelo peruano de entonces. Entonces damos un paso de una audacia increíble: ir a plantearle al general César Ruiz Danyau, la segunda antigüedad de la FACH y jefe de su Estado Mayor, esta situación. Lo conocíamos todos ya que habíamos trabajado con él cuando fue director de la Escuela de Aviación. El general Ruiz nos recibe sin conducto regular, le contamos lo que estaba pasando, el grado de confianza que había en él y en su liderazgo y que queríamos poner el movimiento de la Fuerza Aérea en sus manos. Cuando terminamos, hubo un momento de silencio impactante. El general Ruiz se para, mira por la ventana… Yo pensé que en cualquier momento iba a llamar a su ayudante para ordenar que nos detuvieran. Y para sorpresa nuestra, ¡aceptó! Él ejerció un liderazgo indiscutible, era muy querido por todos. Así fue como el general Ruiz encabeza las reuniones con Viaux y el grupo del Ejército, donde aparecen los oficiales Carlos Forestier, Sergio Arellano Stark y Herman Brady. Y empiezan a fijarse fechas y aparecen también las postergaciones sucesivas que van generando roces, desconfianzas, temores. En ese grupo no había oficiales de la Armada».

«Las postergaciones se debían a las conversaciones que mantenía el grupo del Ejército con Sergio Ossa Pretot, ministro del Trabajo del Presidente Eduardo Frei Montalva (quien después fue su ministro de Defensa), designado conducto del gobierno para estas negociaciones. En la última postergación, frente al inminente levantamiento, el general Roberto Viaux decide no seguir con el movimiento. Y el general Ruiz Danyau nos ordena retirarnos de esa reunión tumultuosa que tiene lugar primero en un bar de la calle Londres y después en una casa en Ñuñoa, cerca del Estadio Nacional, llena de gente armada que entraba y salía de allí. Todo esto ocurre el día anterior a que se subleve este grupo de oficiales de Ejército que lleva al general Roberto Viaux al Regimiento Tacna. Y ahí nos sorprende a todos este levantamiento del Tacna. Se acuartelan las Fuerzas Armadas y nosotros decidimos desde nuestras posiciones apoyar a los oficiales del Tacna. Pero el movimiento grande ya se había asfixiado».

-¿Por qué el general César Ruiz Danyau da esa noche decisiva la orden de retirarse?

–Nosotros conversamos largo varias veces con él. Parecía un hombre honesto, muy comprometido con esta reivindicación. Su decisión fue producto de una conversación que tuvo con el general Viaux.

El entonces comandante de la Fuerza Aérea, Alamiro Castillo, también fue

protagonista de esas horas álgidas:

«Fue durante el gobierno de Frei Montalva que nos dimos cuenta de que nosotros éramos una fuerza potencial que estaba siendo humillada y nadie la tomaba en cuenta. Por eso hicimos tambalear el gobierno de Frei. Y si no es por la indecisión del general Roberto Viaux… Porque hubo oficiales que le dijeron a Viaux en el Regimiento Tacna "¡vámonos a La Moneda ahora!". Y no había nadie que se pudiera oponer a los militares. Si en ese momento se van a La Moneda, ¡cae el gobierno de Frei! Pero no lo hicimos».

«Recuerdo que a la mañana siguiente del acuartelamiento del Tacna, cuando el general César Ruiz Danyau llegó a la Escuela Politécnica, lo único que podíamos hacer era coordinar con los oficiales del Grupo 10 de la Fach cómo impedir que los aviones atacaran el Regimiento Tacna. De la Escuela de Aviación, foco de toda esta orgánica subversiva, parte Julio Cerda enviado por nosotros al Tacna a darles seguridad de que la FACH no los va a bombardear, mientras yo con otro grupo nos vamos al Grupo 10 para evitar que los aviones del Grupo 7 atacaran el Tacna. Nos conseguimos armamento y nos presentamos todos armados a una reunión de oficiales. ¡Que teníamos que ver oficiales del Politécnico en una reunión de oficiales del Grupo 10, el mismo día de la sublevación de Viaux! Totalmente anormal, pero a nadie le parecía raro. Y llegamos con el mensaje de que no queríamos que atacaran a los del Tacna. Se llegó al acuerdo de colocar un DC 6 (avión de transporte) atravesado en la pista. El comandante, el *Camarón* Rojas, democratacristiano, me dice: "¡Qué hace usted aquí con los oficiales del Politécnico!". Mi respuesta fue: "Está en peligro la Nación, está en peligro el país y es mi obligación". Todo el mundo me encontró la razón. El movimiento se desinfló en el Tacna como a las dos de la madrugada con la mala actuación del general Cheyre y la buena actuación del general Alfredo Mahn. Entró Mahn, se entregó Viaux y desmovilizó a todas las unidades. Pero desde entonces el movimiento fue derivando: algunos se fueron hacia la derecha, un grupo se quedó en el medio y otros para la Unidad Popular»[7].

Raúl Vergara acota: «El descontento se aminoró porque hubo algunos cambios, pero se produjo una enorme decepción. La gran lección para gente como Patricio Araya y yo mismo, fue que, si íbamos a meternos en algo, lo teníamos que dirigir nosotros, única garantía de que no se desvirtuara o que la misión fuera asfixiada por gente timorata. Y eso determina que nuestro grupo empiece a politizarse, a pensar en algo más a largo plazo».

En ese contexto era imposible que los militares chilenos no miraran lo que pasaba en los países vecinos en donde los militares de América Latina estaban redescubriendo los avatares y privilegios del poder político. En 1964 las Fuerzas Armadas de Brasil derrocaron al gobierno de Joao Goulart, después que este se opuso al bloqueo norteamericano a Cuba y propició la reforma agraria. En junio de 1966, en Argentina, fue depuesto el Presidente radical Arturo Illia. Había asumido en 1963 con el 25,5% de los votos y en medio de la proscripción política del peronismo. El teniente general Juan Carlos Onganía asumió la Presidencia con las banderas del liberalismo económico, las «fronteras ideológicas» y la intolerancia preconciliar. En octubre de 1968, fue el turno de Perú. Otra sublevación, liderada por el general Juan Velasco Alvarado, expulsó del poder político al Presidente Fernando Belaúnde Terry, aunque con un programa diferente, de corte nasserista. Y en septiembre de 1969, un nuevo Golpe de Estado terminó con el corto gobierno civil del Presidente Luis A. Siles Salinas. Otro general gobernaba Bolivia: Alfredo Ovando Candia.

En un Chile cercado por gobiernos militares y con Estados Unidos ejerciendo como gran patrón de su patio trasero en un punto crítico de la Guerra Fría, Salvador Allende estaba a punto de convertirse en Presidente. Allende era marxista y estaba apoyado por una coalición que incluía a su partido, el socialista, los comunistas, el Partido Radical, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), escindido de la Democracia Cristiana en mayo de 1969 y a un grupo de independientes reunidos en el API. Su «vía chilena al socialismo» rompía con el esquema de la toma del poder por la vía armada que postulaban la mayoría de los movimientos marxistas del continente inspirados en la experiencia de la revolución cubana.

Los altos mandos de las Fuerzas Armadas tenían más conciencia que la mayoría de los políticos acerca de lo que estaba por ocurrir. Al menos eso se desprende de la «Síntesis de la Situación Nacional» que el Estado Mayor de la Defensa Nacional elaboró a fines de diciembre de 1969. Sobre el potencial electoral de las fuerzas en disputa, el informe revela la siguiente proyección:

> II-. PRONÓSTICO APROXIMADO AL CÓMPUTO ELECTORAL
>
> La fuerza electoral del país se calcula aproximadamente en tres millones, quinientos mil electores. La base electoral urgente de los partidos políticos se podría agrupar en tres grandes sectores de opinión.
> –Derecha (Partido Nacional, PDR y otros) : 650.000 votos
> –Centro Izquierda (DC y otros) : 800.000 votos
> –Unidad Popular : 1. 250.000 votos
> TOTAL : 2. 250.000 votos
> Quedan sin encasillar 800 mil electores, independientes o indiferentes. De estos, 400 mil podrían apoyar en el momento actual al candidato Jorge Alessandri y los otros 400 mil se abstendrían o un porcentaje poco sensible de esta cantidad podría sumarse a cualquier sector.
> Se concluye que, al finalizar 1969 y si hay candidato único de la Unidad Popular, los porcentajes atribuibles a los candidatos serían los siguientes (redondeados):
> –Alessandri 35%
> –Tomic 27%
> –Allende 38%

Uno de los puntos más medulares del documento es el referente a la «Posición de las Fuerzas Armadas». En él se dice que:

> Están integradas en un 80% de su personal por una planta de tendencia política centro izquierdista, no proclive al marxismo. El 20% restante está dividido en un sector pequeño de los niveles altos de la oficialidad y suboficialidad de inclinaciones derechistas y otro, pequeño también, en la oficialidad y suboficialidad baja, infiltrado por la propaganda marxista. El 90% del contingente habitual de las FF.AA. es juventud de procedencia obrera y campesina; el 10% restante es estudiantado de clase media. En general, no hay conscriptos de la clase alta.

La conciencia profesional de las Fuerzas Armadas, se subrayaba:

> Las constituye en un factor de poder tradicionalmente marginado de la política contingente y seguro salvaguardia del imperio de la Constitución y de la legalidad. Su real efectividad como tal factor de poder depende básicamente de su firme cohesión espiritual bajo sus mandos legítimos, tarea que es hoy la fundamental de los comandantes en jefe, a raíz de la crisis local de octubre del presente año (sublevación del Tacna).

Solo asegurada esa «cohesión», remarcaba el documento, los comandantes en jefe estaban

en condiciones de:

> –Apoyar firmemente al Poder Ejecutivo actual ante cualquier conato de Golpe de Estado o de situación anárquica preelectoral.
> –Apoyar al candidato triunfante en un proceso electoral completo, sujeto a las normas constitucionales vigentes.

El punto IV, destinado a las «conclusiones», advertía:

> El destino inmediato de Chile (continuidad de la democracia imperante con amenaza de una eventual guerra civil, o entronización de un régimen marxista, con un previsible conflicto bélico internacional), requiere de una suprema solución política al más alto nivel de estadista que implica una definitoria preelectoral antes de que venza el plazo legal de inscripción de candidaturas que garantiza al país continuidad de su democracia representativa y que dé acceso legal a un gobierno pluripartidista de efectiva avanzada social. Este debe ser capaz de salvaguardar el progreso moral y social ya logrado por la DC y asegurar nuevas transformaciones políticas, económicas y sociales, aun más profundas, pero sin dar margen a la penetración del marxismo a las fuentes de poder[8].

La dirigencia tradicional no confiaba en la capacidad de análisis de los militares. Los comentarios que el general Prats y otros oficiales les hacían a políticos democratacristianos y alessandristas antes del 4 de septiembre eran desdeñados. El general Guillermo Pickering pudo constatarlo varias veces. En 1970, y siendo el coronel más antiguo, fue nombrado secretario del Estado Mayor General del Ejército por el general Schneider, a quien lo unía una antigua y estrecha amistad. Se había desempeñado como agregado militar en Argentina. Al regresar a Chile lo recibió el general Carlos Prats. Quería saber qué se decía en la Argentina sobre las próximas elecciones presidenciales.

Pickering escribió en sus memorias inéditas entregadas de su propia mano a la autora antes de morir:

> A grandes rasgos le expliqué las cábalas y reservas que se hacían al respecto en los círculos diplomáticos y en algunos grupos castrenses. Luego me expresó la preocupación que se evidenciaba a causa de la división irreversible que separaba a las fuerzas que en la elección anterior habían hecho triunfar al actual gobierno (representadas por Tomic y Alessandri). «No sabe todo lo que he tratado de hacer para evitar esta división que nada bueno parece augurar al país», me expresó.

Tanto Schneider como Prats y Pickering encontraban razones para inquietarse después de los incidentes del Tacna y las previsiones institucionales de 1969. Ninguno de los tres generales era ajeno a la amenaza que crecía en esos días. Y tampoco a los cambios que se habían materializado de manera vertiginosa en los últimos años en Chile. Seis meses antes de la elección presidencial, en el Consejo de Generales del 11 de marzo de 1970, el general Schneider entregó su análisis de la situación que vivía en el país:

> Hay un afán de transformaciones, de cambios de estructura y, efectivamente, un cambio de mentalidad en muchos aspectos. El avance tecnológico que en los últimos años se ha operado, evidenciado por los innumerables medios de difusión, ha hecho que los grupos postergados estén emergiendo con una inquietud y un deseo de disfrutar de los avances de la época: cuando ve frustrada sus oportunidades, actúa en forma violenta. Ello se evidencia con mayor fuerza en la juventud que ha tomado conciencia de su verdadero poder. Este cambio trascendente existe sin duda alguna, y la Institución lo siente también porque está viviendo en este ambiente y, por lo tanto, no puede permanecer al margen o suponer que no está influenciada por esta sociedad en transformación. Deben pues buscarse las fórmulas para que dentro de la conformación y estructura de la Institución, que es vieja, que es lenta, que es tradicionalista, se

> introduzcan los cambios necesarios para adaptarse a estas manifestaciones que se están viviendo.

Schneider, quien había asumido como comandante en jefe del Ejército luego de fracasada la sublevación del general Roberto Viaux en el Regimiento Tacna el 22 de octubre de 1969, sabía que esa asonada había sido solo un ensayo de un golpe más fuerte que se preparaba en las sombras con motivo de la elección presidencial de septiembre de 1970, donde el candidato de la izquierda tenía serias posibilidades de triunfar. Y estaba decidido a emplear todas sus facultades para impedir que se interrumpiera la vida democrática. Así lo dejó de manifiesto en esa reunión del alto mando del Ejército el 11 de marzo de 1970 al abordar sin ningún maquillaje la adulación y la manipulación de que eran objeto los militares:

Con tono enérgico, Schneider señaló que algunos sectores han hecho aparecer el «organismo armado» como una «alternativa». Invitando a sus compañeros de armas a meditar sobre el hecho, agregó: «Es importante entonces definir con claridad si el organismo armado es o no una alternativa de poder», para finalizar entregando todos los argumentos constitucionales e invocando la propia supervivencia de los principios castrenses de por qué esa alternativa no era viable:

> Frente a este confuso panorama es que la Institución y las Fuerzas Armadas en general deben tener una posición muy clara, nítida y precisa y que no puede ser otra que el apoyo decidido al proceso legal y del cual somos garantes frente a la Nación. Debe asegurarse que se llegue al proceso electoral sin inconvenientes, respaldar su desarrollo y apoyar al candidato que sea elegido ya sea por la voluntad popular o en el Congreso si no se obtiene la mayoría absoluta. Así se le ha hecho presente al Presidente de la República, no existiendo otra alternativa ya que de lo contrario se le hace el juego a quienes especulan con la posición de las Fuerzas Armadas ante el resultado de las elecciones.

Un mes después, en abril de 1970, al análisis de Schneider se sumó otro, realizado por los directores de Personal, Operaciones e Inteligencia y el secretario del Estado Mayor del Ejército, el que aumentó la aprensión del alto mando. En «La problemática de las FF.AA. ante los probables resultados del acto eleccionario», hasta hoy desconocido, se dice:

> Si triunfa el candidato Jorge Alessandri, se podría provocar un recrudecimiento inmediato de la lucha política activista de los sectores de izquierda, especialmente en el agro y en la industria. Se tienen antecedentes de eventuales preparaciones de actos subversivos, especialmente del campesinado y de los obreros, tendientes a imposibilitar el programa de gobierno de este candidato. Se visualiza que los desbordes populares podrían acarrear serios enfrentamientos y para contenerlos habría que utilizar las Fuerzas Armadas y de Orden. Si triunfa el candidato Salvador Allende, se produciría inicialmente un período de tranquilidad en los sectores antes indicados, pues las fuerzas políticas antagónicas a él no han evidenciado hasta ahora tendencias pronunciadas a provocar la transgresión del orden público. Pero este período, cuya duración no se estima muy prolongada, podría terminar a causa del descontrol por parte del posible gobierno de los elementos extremistas incluidos en sus fuerzas políticas en cuyo caso aparecerían dos alternativas de acción: por una parte, el vuelco del futuro gobierno hacia la búsqueda de apoyo en otros sectores políticos y el empleo represivo de las FF.AA. y de Orden para restablecer la normalidad. Por otra, que el futuro gobierno actúe tímidamente sin tratar de contener los desbordes populares en forma decidida, debido a sus compromisos políticos, en cuyo caso éstos se podrían prolongar indefinidamente. Pero, en cualquier alternativa, las Fuerzas Armadas deberán prever en su planificación de orden interior, un empleo largo y costoso.

Los potenciales desbordes del sistema institucional coparon la actividad analítica y de terreno de un alto mando que comenzaba a dibujar el desafío que enfrentaba. A un mes y medio de la elección presidencial, el 23 de julio de 1970, en un nuevo Consejo de

Generales, Schneider entregó un informe detallado de los pasos de los golpistas desde el fracaso del «Tacnazo» y los sumarios y expulsiones de las filas del Ejército derivados de la misma sublevación. Schneider no titubeó ese día al reseñar ante los oficiales bajo su mando que la estrategia de los conjurados, cuya cara visible seguía siendo el general Roberto Viaux, era dar un Golpe de Estado.

Al analizar el escenario que se venía con las elecciones presidenciales, señaló tres períodos. Uno antes de las elecciones (hasta el 4 de septiembre), el segundo durante y el tercero, hasta el 4 de noviembre, fecha en que debía asumir el nuevo Presidente y al que calificó como el más conflictivo: «cuando ya se sepa el orden en que han llegado los postulantes y en consecuencia empiecen a barajarse todas las alternativas».

Al referirse a la situación interna en que se desarrollaban estas amenazas, destacó a la ebullición en las universidades:

> Instituciones que han tenido una respuesta a veces violenta porque la juventud en este ambiente es inquieta y desea soluciones a corto plazo». Y la crisis en la Iglesia Católica, que según Schneider también estaba siendo afectada por la vorágine de los cambios: «Esa institución milenaria y de sólido origen y que, sin embargo, hoy día también siente conmovidos sus cimientos jerárquicos: entre sus filas existe rebeldía, existen deseos de cambios y aún disensiones que están afectando muchas de sus estructuras.

Y concluyó:

> Se habla mucho de que en este movimiento reformista así como en este ambiente de inconformismo, incluso las viejas ideologías que han imperado en casi todos los países casi ya no tienen vigencia ni capacidad ni eficiencia para enfrentarse a la época actual; se dice que están en crisis y que han llegado a su fin. Frente a eso se piensa que paulatinamente se va formando un vacío de poder y no son pocos los que estiman que este vacío debe ser llenado por las Fuerzas Armadas. Así es como algunos manifiestan que las Fuerzas Armadas son también «una alternativa de poder». Es importante que en nuestro ambiente, en nuestro país y al frente de nuestra Institución tengamos muy en claro este concepto porque en este momento debe quedar absolutamente definido y clarificado. En nuestro país impera un régimen legal definido en una Constitución Política que establece en forma muy clara la forma y la vía por la cual se deben renovar los diferentes poderes del Estado; y fija en forma muy clara quiénes son los que tienen opción a llegar a estos poderes. Y en estas definiciones no figuran las Fuerzas Armadas con opción a llegar al poder; por el contrario, le da a ellas la misión de garantizar el funcionamiento del régimen legal y, por lo tanto, de respaldarla para que por la vía normal se elijan los diferentes poderes del Estado, entre ellos el Poder Ejecutivo. Para cumplir con este cometido se les ha entregado a las Fuerzas Armadas poder representado en las armas y fundamentalmente representado por un mando absolutamente independiente para que, en cierto modo, pueda servir de árbitro en el cumplimiento de estos preceptos legales. En consecuencia, el hacer uso de estas armas, de estos poderes para también asignarse una opción para llegar a la conducción del país, implica simplemente un desconocimiento y aun más una traición al país que le ha entregado esta tarea y que confía en su cumplimiento integral e imparcial. Luego, mientras se viva en régimen legal, las Fuerzas Armadas de Chile no son «una alternativa de poder».

Ese día de julio de 1970 quedó claro: si había un obstáculo a eliminar por los golpistas ese era René Schneider. Lo que él ignoraba era que entre los generales que lo escuchaban y le rendían pleitesía había varios que ya planificaban su muerte. En los precisos momentos en que Schneider hablaba ante los generales, los grupos que preparaban el asalto al poder ya estaban organizando la internación de armas y los más de doce atentados dinamiteros que sembrarían el terror entre los primeros días de septiembre y el 9 de octubre de 1970. Enrique Arancibia Clavel, quien más tarde sería condenado por su participación en el asesinato del general Carlos Prats en Buenos Aires, era uno de sus ejecutantes principales bajo las órdenes del comando cuya cara visible era Roberto Viaux.

Lo que nunca trascendió a la opinión pública y que también ignoraban los que en esos días ya complotaban para impedir que el candidato de la izquierda resultara electo Presidente, fue que Salvador Allende sufrió en esos mismos días de julio de 1970, un súbito percance cardíaco que pudo haber tenido graves consecuencias.

En plena campaña presidencial, en momentos en que Allende caminaba junto al senador radical Hugo Miranda por calle San Antonio en la capital, un dolor agudo en el brazo izquierdo lo hizo detenerse. Como médico, no necesitó que nadie le dijera lo que estaba pasando: era el comienzo de un preinfarto. Rápidamente fue subido a un vehículo y llevado a la consulta del doctor Osvaldo Sepúlveda, quien confirmó su diagnóstico. Allí mismo se decidió que el episodio debía ser guardado en el más absoluto secreto: la noticia de un infarto ponía en riesgo sus posibilidades de éxito. Recibiría todos los cuidados médicos en su casa y guardaría completo reposo por unos días. Desde la misma consulta, Hugo Miranda llamó a Miria Contreras (*La Payita*), quien ya era su asistente y también su compañera sentimental. Fue ella la que asumió el rol de enfermera durante el día en la casa de Allende en calle Guardia Vieja, en tanto Beatriz (a quien todos llamaban *Tati*) –una de las hijas del senador y médico de profesión– hizo el turno de noche[9].

Las empresas de encuestas tampoco le creían a los analistas de las Fuerzas Armadas. La más importante de ellas en esa época, GALLUP, dio a conocer el miércoles 2 de septiembre su última proyección: Alessandri ganaría con un 41,5% de los sufragios; segundo, Tomic, con 29%, y tercero, Allende, con un 28% de los votos.

A la una de la madrugada del 5 de septiembre se supo que el socialista Salvador Allende, apoyado por la Unidad Popular, había triunfado. Los resultados fueron muy similares al pronóstico hecho por el Estado Mayor de la Defensa Nacional:

Allende : 1.070.334 votos, 36,22%
Alessandri : 1.031.159 votos, 34,09%
Tomic : 821.801 votos, 27,81%
(Votaron 3.539.747 personas)

Mientras los partidarios de Salvador Allende iniciaban un verdadero carnaval ante la llegada inédita de un socialista al poder a través del voto popular, otro sector de chilenos, cuya línea fronteriza pasaba entonces por la Plaza Italia, se sumergía en la desesperación y oscurecía sus casas ante el terror de que las «hordas marxistas» los atacaran.

Andrés Allamand, quien llegaría a ser un destacado dirigente de la derecha chilena de los años 80 y 90, dice haber vivido una noche imborrable:

–Tengo nítido el desconcierto y la sensación de derrota total que sobrecogió a la gente que me rodeaba. La esperanza perdida. Pasaron de la euforia anticipada al pesimismo absoluto. Todo un proselitismo triunfante, casi arrogante hasta el día anterior. Y el día después, solo angustia y desánimo. Muchos se preguntaron adónde iban a ir. Daban el país por perdido. Ni siquiera mostraban voluntad de resistir. No atinaban a nada que no fuera quejarse. ¡No quisiera volver a vivir la noche del 4 de septiembre de 1970! Yo entré a trabajar a la Juventud del Partido Nacional... Notaba un país desgarrado, con mucho odio. Intuitivamente estaba a la defensiva. Parte de la llamada derecha vive muerta de miedo. Porque perdió siempre. El problema de la vieja derecha en Chile es que no sabe que puede ganar democráticamente: jamás lo hizo. Después del año 1930 tuvo un solo gobierno, que ni siquiera era propiamente de ella. Jorge Alessandri abominaba de los partidos que la representaban y su gobierno terminó con el desastre de esos partidos[10].

El general Augusto Pinochet estaba muy lejos de la telaraña que se comenzaba a entretejer en la capital. Era el jefe de Plaza de Iquique. Esa noche se reunió con los oficiales en el cuartel de la VI División del Ejército. Tenía 54 años y todo le indicaba que su carrera llegaba a su fin.

En Madrid, el coronel Sergio Arellano Stark, esperó hasta la madrugada del 5 de septiembre en la sede de la Agencia Española de Noticias (EFE) las últimas informaciones provenientes de Santiago. Arellano había sido edecán y jefe de la Casa Militar del Presidente Frei hasta 1969. Ahí conoció a muchos dirigentes del PDC, así como a líderes de todas las corrientes políticas. Dejó Santiago antes de la campaña electoral y voló a España para desempeñarse como agregado militar de la embajada chilena. En aquellos días, le escribió a uno de sus camaradas de armas:

> *Fui testigo de las virtudes y defectos que se podían apreciar en dicho gobierno: gran desarrollo de Obras Públicas, preocupación por el problema social, nacionalización de las minas de cobre, entre otras, fue lo positivo. Lo relacionado con el sector agrícola fue lo conflictivo y lo que, a veces, se les fue de las manos por la acción desquiciadora y promarxista de INDAP (Instituto de Desarrollo Agropecuario), cuyo jefe era Jacques Chonchol, a quien se puede calificar como uno de los principales infiltrados que tuvo el PDC. Los aspectos negativos del gobierno DC fueron, entre otros, el no haber invitado a otra u otras colectividades políticas a participar en las responsabilidades que significaba la conducción del país y el haber subestimado la importancia y categoría de las Fuerzas Armadas ignorando o postergando imperiosas necesidades profesionales y de remuneraciones, error que los militares hasta la fecha no pueden olvidar.*

Las horas en la Agencia EFE transcurrieron en medio de la intensa humareda de cigarrillos, muchísimas tazas de café y las botellas de pisco que personal de la embajada y periodistas compartieron a medida que llegaban las informaciones electorales. El veredicto de las urnas dibujó el estupor en su rostro. Sabía, no obstante, que en Chile existía una tradición democrática siempre respetada: el 24 de octubre el Congreso Nacional debía ratificar en sesión plenaria y muy solemne al próximo Presidente y siempre había acatado la mayoría relativa.

Lo que desconocían Pinochet, Arellano, Allende y la gran mayoría de los chilenos es que a miles de kilómetros, el resultado de la elección chilena desataba la ira del Presidente de los Estados Unidos. Richard Nixon estaba convencido de que era el inicio de una escalada comunista en una zona de influencia norteamericana. Thomas Powers cuenta, en su libro sobre el director de la CIA Richard Helms, cuál fue la primera reacción de Nixon frente al embajador de Estados Unidos en Chile, Edward Korry:

> Con el puño en la palma de la mano gritaba: «¡Ese hijo de puta! ¡Ese hijo de puta!». La expresión en el rostro de Korry interrumpió la perorata de Nixon. «Usted no, embajador... Es ese bastardo de Allende». Entonces empezó un monólogo explicando cómo pensaba aplastar a Allende[11].

Era solo uno de los misiles que comenzaban a apuntar a Chile.

[1]. Era la cuarta vez que Salvador Allende, socialista histórico, se presentaba como candidato a la Presidencia de la República. La primera, en 1952, obtuvo menos del 6% de los votos. En 1958 fue el candidato único de la coalición de izquierda Frente de Acción Popular (FRAP), que agrupó a socialistas y comunistas y estuvo a punto de ser el triunfador. Perdió por solo 35 mil votos que lo separaron de Jorge Alessandri. Solo cinco mil votos menos que los que obtuvo el sacerdote Antonio Zamorano, el llamado «Cura de Catapilco», cuya candidatura y financiamiento tuvieron un origen oscuro que buscó impedir a cómo diera lugar la llegada al poder del FRAP. En la elección de 1964, fue nuevamente candidato, obtuvo el 39% de los votos frente a un potente 56%, que logró el democratacristiano Eduardo Frei Montalva, el que inició su «Revolución en Libertad».

[2]. El general Roberto Viaux era el comandante de la I División del Ejército, con sede en Antofagasta. Cuando en octubre del 69 el comandante en jefe le pide su retiro, Viaux entrega el mando en Antofagasta el 17 de octubre y el 21 se atrinchera en el Regimiento Tacna en Santiago, apresando a su comandante, el coronel Eric Woolvett. Concita el apoyo de la Escuela de Suboficiales, del Batallón Blindado Nº 2 y el Batallón de Transporte Nº 2.

[3]. La designación del general Schneider como comandante en jefe del Ejército obligó el retiro de seis generales más antiguos, entre ellos Alfredo Mahn y Emilio Cheyre, padre del general Juan Emilio Cheyre, quien llegaría a ser, en el gobierno de Ricardo Lagos (marzo de 2002 a marzo de 2006), comandante en jefe del Ejército y el primero en reconocer que a los detenidos desaparecidos los lanzaron al mar.

[4]. Entrevista con la autora. Horacio Toro estaba en Santiago para el 11 de septiembre de 1973, pues días antes, en agosto, siendo comandante del Regimiento «Guías» de Concepción, el general Prats lo había separado del mando a raíz de un memorándum sobre el descontento en las FF.AA. que circuló en esos días en los cuarteles de la capital y regiones. El 11 de septiembre lo sorprendió en Santiago, participó en la ocupación y toma de prisioneros de la Universidad Técnica del Estado y luego secundó, durante algunos días, al general Ernesto Baeza en la reestructuración de la Policía de Investigaciones, hasta que Pinochet lo nombró en el COAJ. Recuperada la democracia, el Presidente Patricio Aylwin lo nombró director de la Policía de Investigaciones (PDI). Debió abandonar su cargo a raíz de un bullado incidente de espionaje en 1992.

[5]. Raúl Vergara fue detenido inmediatamente después del Golpe de Estado de 1973 y condenado a muerte por un Consejo de Guerra. Fue uno de los tres últimos prisioneros en salir en libertad (1977), para partir al exilio y ser uno de los oficiales que colaboraron en la formación de la Fuerza Aérea de los sandinistas en su lucha contra la dictadura de Somoza en Nicaragua. De regreso a Chile, fue designado por la Presidenta Michelle Bachelet subsecretario de Aviación (2006). Esta entrevista con la autora tuvo lugar en 2009.

[6]. Ramón Vega fue nombrado comandante en jefe de la Fuerza Aérea en 1991, durante el primer gobierno democrático después de la dictadura. Sucedió en el cargo al general Fernando Matthei. Su período terminó en 1995. En 1998 fue senador designado, cargo que desempeñó hasta 2006. En 2009 fue encargado reo como autor del delito de malversación de caudales públicos por el ministro en visita Omar Astudillo, quien investigó las coimas pagadas por la compra de aviones Mirage a Bélgica, en 1994. En la investigación se determinó que su yerno, Bernard van Meer, ciudadano británico de origen holandés y principal impulsor del negocio, recibió un pago ilícito de US$2,7 millones.

[7]. Entrevista de Alamiro Castillo con la autora (2009).

[8]. Ver texto completo de «Síntesis de la Situación Nacional» en Anexos.

[9]. Este episodio fue confirmado por la autora y la periodista Patricia Verdugo en 2001, en una larga conversación con Miria Contreras, cuyo extracto se publicó ese mismo año en la revista *Siete+7*.

[10]. Entrevista con la autora (1988). En 1973, Andrés Allamand fue uno de los líderes secundarios que bajo la conducción del dirigente del Partido Nacional Sergio O. Jarpa, dirigieron la protesta juvenil contra el Gobierno de Salvador Allende. Después del Golpe, se recibió de abogado y no participó en el régimen militar. A principios de los años 80 organizó junto a Jarpa un nuevo partido de derecha, Unión Nacional, movimiento que no contó con la simpatía de Pinochet. Suscribieron el «Acuerdo Nacional», con los partidos de la oposición, sin los comunistas y un sector de los socialistas, acogiendo la convocatoria del Cardenal Francisco Fresno y se convirtió en el nuevo líder del ala liberal del nuevo partido Renovación Nacional, que unió a los gremialistas de Jaime Guzmán con los corporativistas de Jarpa. Fue un partido efímero. Guzmán y su gente se retiraron y fundaron la Unión Demócrata Independiente (UDI). Allamand siguió en RN junto a Jarpa hasta que la disputa entre ambos estalló. Fue elegido presidente de RN, se perfiló como el nuevo líder de la derecha, pero en las elecciones senatoriales de 1997 perdió el cupo por Santiago. Tras su derrota se fue por tres años a Estados Unidos. Regresó en 2000 y fue elegido senador por la Décima Región, sillón que abandonó en 2011 para asumir como ministro de Defensa del Presidente Sebastián Piñera. No ha ocultado jamás su aspiración de disputar la Presidencia de la República.

[11]. Thomas Powers, *The Man Who Kept the Secrets: Richard Helms and the CIA*.

Capítulo II

LA CONSPIRACIÓN EN MARCHA

A las nueve de la noche del 4 de septiembre, un tercer comunicado oficial del Ministerio del Interior informó que Allende aventajaba por un margen muy estrecho de votos a Alessandri.

El anuncio dio lugar a las primeras tímidas celebraciones, pero aún el triunfo no estaba asegurado. A las 21:30 horas, la Central Única de Trabajadores (CUT) reconoció el triunfo de la Unidad Popular y llamó al pueblo a exigir el acatamiento de la voluntad ciudadana. Faltando diez minutos para las 22 horas, Tomic admitió su tercer lugar en la sede del Partido Demócrata Cristiano (PDC), en Alameda. Desde allí partieron grupos de jóvenes del PDC en dirección a la sede del Partido Socialista voceando consignas de apoyo al nuevo Presidente.

En la calle, jóvenes tomicistas y allendistas se abrazaban.

Aquellas horas permanecen nítidas en la memoria del dirigente del PDC, Patricio Aylwin. Anduvo por la Alameda en medio del jolgorio y la pena. Después fue a su casa. Ahí lo esperaba un grupo de amigos. Tomaron un trago y la preocupación fue asomando[1]:

–Estaba triste. Uno no sabía lo que venía, pero no tuve esa sensación de pánico que se vio en algunos sectores del país. Tomic se convenció de que debía ganarle la izquierda a Allende, disputarle la imagen popular y ese fue su error fundamental. Una cosa era clara entre nosotros: si bien estábamos muy preocupados, decíamos «menos mal que ganó Allende y no ganó Alessandri». Veíamos con más simpatía a Allende que a Alessandri, con más cercanía a la izquierda que a la derecha. Esa posición era generalizada porque en el antiguo falangista y en el militante medio la derecha provocaba alergia. Y además, con Allende, nuestros propios dirigentes, incluso Eduardo Frei Montalva, con excepción del último período, teníamos una buena relación humana.

El general Guillermo Pickering también vivió intensamente esa jornada. Su aguda mirada captó la efervescencia que invadía a los uniformados:

> En el interior de los cuarteles ocurrieron cosas tan singulares como insólitas. La simple y natural curiosidad –la que primaba al sentimiento de triunfo o derrota de sus reservadas simpatías por un determinado candidato– había sido reemplazada por varias actitudes que no se ajustaban a la mentalidad tradicional. La expresión de los rostros de los oficiales variaba desde la indiferencia en un grupo no muy significativo, pasando por la sorpresa, la decepción o el fastidio, hasta el temor en el resto. No faltaron oficiales que en los pasillos del Ministerio de Defensa se preguntaran a media voz: «¿y ahora, qué va a pasar?». El comandante en jefe, al escuchar a uno de ellos mientras regresaba a su oficina después de una reunión en la comandancia de la Guarnición, se acercó al corrillo y recordó al oficial que como militar no le estaba permitido hacer comentarios ni menos aún apreciaciones sobre política contingente, pues para un soldado el único partido era el Ejército; y la única ideología, el profesionalismo y constitucionalismo[2].

Luis Maira, uno de los dirigentes más influyentes del PDC de esos años, pese a su juventud, se quedó en el comando de campaña: le tocó comunicar la derrota[3]:

–Empezó entonces el tremendo problema de conciencia: ¿qué hacer? Deseé entonces profundamente que ganara Allende. Por sobre la pena predominaba la sensación de que no todo estaba perdido. El cataclismo lo representaba el triunfo de Jorge Alessandri. Estaba convencido de que si Alessandri ganaba daría un golpe institucional que interrumpiría el proceso de cambios democráticos. Sus principales asesores tenían esa decisión tomada.

–**¿De dónde sacaba esa convicción?**

–Había tenido muchas discusiones con ellos. En la Cámara de Diputados se hablaba con bastante franqueza y había encontrado en la gente de derecha un alto grado de desafección democrática, una crítica al sistema democrático en general. Notaba en ellos una disposición a desarmar todo ese andamiaje, a usar en lo posible caminos legales para lograrlo, pero que si se topaban con una mayoría adversa la solución debería obligatoriamente tomar un camino de fuerza.

–**¿Su identidad democratacristiana no se vio cuestionada en ese conflicto?**

–Ya era claro que nosotros no teníamos posibilidad de ser los ganadores. Mientras la tuvimos, nos jugamos lealmente y con todo. El mismo Patricio Aylwin puede confirmarlo. Pero producido ese hecho, yo deseé con toda el alma que ganara Allende. Comenzó a llegar mucha gente al partido y esa misma noche empezó el tira y afloja de qué hacer. Estuvimos con Tomic, lo fuimos a saludar unos minutos y regresamos a la sede central, ya que los que dirigimos la campaña tuvimos que trancar la puerta por dentro para evitar que esa misma noche desapareciera nuestra capacidad de dirección o de lo contrario se hubiera reemplazado por otra alternativa.

«¡Fue una noche inolvidable!», recuerda hoy Max Marambio. Había sido recibido horas antes de los primeros cómputos por Allende. Formaba parte de un grupo de cuatro jóvenes enviados por Miguel Enríquez, dirigente máximo del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). A la cabeza estaba él. Su «nombre de guerra»: *Ariel Fontana*. Veinticinco años más tarde fui a su encuentro para recrear el camino que lo llevó hasta la casa de Allende.

Imposible permanecer indiferente frente a ese hombre alto, moreno, fuerte y con una impronta campechana que lo delata sin pudores en la manera en que se relaciona con los caballos y los mil tesoros artesanales de su último refugio. Sus manos, grandes, se mueven a un ritmo similar al de sus pasos, al de sus carcajadas y al de la música que colecciona con la misma pasión con la que acaricia los muebles antiguos que restaura en su parcela en Pirque. Marambio creció en Santa Cruz, donde su padre –del que dice «candil en la calle, oscuridad en la casa»– era el caudillo socialista indiscutible. Fue él quien lo llevó a Cuba en los años 60, donde terminó viviendo en una casa al lado de la de Fidel Castro.

«Creí que la revolución en Chile podía realizarse por la vía armada. Veía muy aburrida la idea de hacer los cambios por la vía parlamentaria. Tenía en mente los esfuerzos que hacía mi padre Joel Marambio, diputado socialista, para salvar a los niños, imagen que contrastaba con los niños que veía en Cuba, sanos, con sus uniformes impecables y siempre imbuidos de alegría. En ese tiempo no distinguía la idiosincrasia de los cubanos, alegres per se y en cualquier circunstancia. Todos los méritos se los atribuía a la revolución, una causa suficientemente importante como para dar la vida»

–Y decidió aprender a usar las armas para hacer la revolución...

–Sí, algo que allá se aprendía como el paracaidismo y la natación táctica. En esa época en Cuba conocí a la gente del MIR chileno y decidí regresar para hacer la revolución. Me convertí en el encargado de las «tareas de la guerra», la que venía indefectiblemente y que, pensábamos, terminaría con la victoria del proletariado en el poder. Y eso nos iluminaba. En la campaña presidencial del 70, Salvador Allende le pidió al MIR que suspendiera las acciones directas, como una manera de neutralizar al movimiento. Lo discutimos y decidimos darle una oportunidad al «reformismo», para demostrar que iba al fracaso. Allende nos dijo que si ganaba quería que nos hiciéramos cargo de su seguridad y el MIR consideró que yo era el más dotado para esa tarea[4].

Así nació el GAP, el Grupo de Amigos Personales, como se le llamaría al nuevo equipo de civiles encargado de la custodia de Salvador Allende.

A las 11 de la noche del 4 de septiembre, la victoria de Allende todavía no era reconocida. La tensión se acrecienta. En La Moneda, el Presidente Eduardo Frei acaba de negarle al senador Julio Durán, dirigente del comando de Jorge Alessandri, la autorización para que realicen una manifestación «celebrando el triunfo» de su candidato. En estricto rigor, es el jefe de Plaza, el general Camilo Valenzuela, quien debe otorgarla. En la casa de Allende en Guardia Vieja, sonó el teléfono:

–Aparecieron algunos tanques en las proximidades de La Moneda.

Ramón Huidobro, uno de los amigos personales de Salvador Allende y en la época uno de los principales asesores de Gabriel Valdés, canciller de Eduardo Frei, recibe de uno de sus colaboradores en la Cancillería (que funcionaba en esos años en un ala de La Moneda) la misma información y se la transmite a Allende. Huidobro decide partir a La Moneda. Para entonces, ya se ha establecido un nexo directo entre Valdés y Allende. El primero le adelanta que los resultados lo dan como ganador[5].

Otro antecedente aumentó el nerviosismo de Allende y del grupo que lo acompañaba: el general Camilo Valenzuela, jefe de la Plaza, quien debía autorizar la gran manifestación del triunfo, no respondía... La espera minuto a minuto se tornó dramática. Allende tomó el teléfono y llamó al general Valenzuela. Con tono firme le pidió autorización para celebrar. Luego, se sentó en su sillón, pierna arriba, a esperar la respuesta. Casi nadie hablaba. Sonó el teléfono, Allende se paró para atenderlo. Cuando cortó, se dio vuelta y mirando fijamente a sus amigos, exclamó:

–¡Ganamos! Si el gobierno nos autoriza a salir a celebrar el triunfo es evidente que hemos ganado.

Todos se abrazaron. Allende abrió la puerta que daba hacia el living, en donde esperaban unas 25 personas:

–Debo decirles con absoluta tranquilidad que ganamos[6].

«Llego a La Moneda salvando controles policiales y militares. En la puerta me espera el general Alberto Labbé. Gabriel Valdés me explica que, dado el permiso que le han acordado a Allende, el comando de Jorge Alessandri ha anunciado una manifestación. Por eso, el jefe de Plaza ha ordenado salir a los tanques y rodear La Moneda, para evitar que sus partidarios se acerquen. Pero se acaba de obtener de ese comando la decisión de no salir a la calle, por lo que el Ejército se retira», escribió Ramón Huidobro.

Poco después, el ministro del Interior del Presidente Frei, Patricio Rojas, entregó la información oficial a una delegación de la Unidad Popular. Fue el inicio de la estampida callejera.

En ese minuto, Salvador Allende sepultaba sus tres derrotas anteriores y el recuerdo de un día peculiar: el 29 de agosto de 1969, cuando el Comité Central del Partido Socialista proclamó su candidatura. Si oficialmente se dijo que había sido producto de una elección unánime, la verdad fue muy distinta. De los 25 integrantes, solo 12 votaron por él y el resto, 13 personas, se abstuvo. Salvador Allende había logrado ser ungido candidato presidencial de su partido con el apoyo de la minoría.

Pero eso ya era historia. A la 1:25 horas de la madrugada del sábado 5 de septiembre de 1970, ya se sabía que Allende había ganado por 34 mil votos de diferencia. Con los números en la mano, Allende salió a uno de los balcones de la sede de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), en Alameda con Santa Rosa. Desde allí habló a sus partidarios:

«Soy tan solo un hombre con todas las flaquezas y debilidades de todo hombre y si supe soportar las derrotas de ayer, acepto hoy sin reservas y sin espíritu de venganza este triunfo que nada tiene de personal. Respetaré los derechos de todos los chilenos pero también declaro que cumpliremos el compromiso histórico que hemos contraído y que contiene nuestro programa. Si era difícil la victoria, más difícil será consolidar el triunfo y construir la nueva sociedad... Miles y miles de hombres sembraron su dolor y su esperanza en esta hora que al pueblo le pertenece. Cómo siento en lo íntimo de mi fibra de hombre, cómo siento en las profundidades humanas de mi condición de luchador lo que cada uno de ustedes me entrega. Esto que hoy germina es una larga jornada. Yo solo tomo en mis manos la antorcha que encendieron los que antes que nosotros lucharon junto al pueblo y para el pueblo... Irán a su trabajo mañana o el lunes, alegres y cantando al futuro. Con las manos callosas del pueblo, las tiernas manos de la mujer y las risas del niño haremos posible la gran tarea que solo un pueblo consciente y disciplinado podrá realizar...»

Y finalizó con un llamado que quedó durante mucho tiempo, años quizás, flotando en el aire:

«El hecho de que estemos contentos no significa que vayamos a descuidar la vigilancia. Ustedes se van a retirar a sus casas sin que haya asomo de provocación y sin dejarse provocar...»

Clodomiro Almeyda, ministro de Relaciones Exteriores de Salvador Allende, sobreviviente del campo de concentración de Isla Dawson y de muchas otras páginas negras y clandestinas, estuvo allí esa noche[7]:

> Poco a poco y en la medida en que la exaltación y el entusiasmo de aquellas multitudes iban creciendo hasta llegar al paroxismo, comencé a tomar distancia del entorno. Como que fueron tomando forma sensible la verdad de las palabras de Salvador Allende aludiendo a la magnitud de la obra que emprendía y a las dificultades que debía enfrentar. Fue como apareciendo en mi conciencia la otra cara de la medalla. Nuestras insuficiencias y nuestro sectarismo, nuestras diferencias internas –sobre todo en el Partido Socialista– nuestro déficit unitario, incluso a nivel de Unidad Popular, los enfoques errados que ésta hacía de algunas cuestiones importantes y, sobre todo, el telón de fondo de la conciencia del enorme poder del adversario, el de dentro y el de fuera del país, que no estaba aún derrotado política sino solo electoralmente. Y las Fuerzas Armadas, misteriosas, impenetrables, enigmáticas. Esa noche no volví a casa como partí. Volví meditabundo y hasta apenado por ese pueblo que, enfervorizado por su gran triunfo, no imaginaba el difícil futuro por el que debería transitar.

Luis Gallardo no vivió una buena noche aquel 4 de septiembre. Integraba un grupo de campaña de Jorge Alessandri, la «Legión Alessandrista», que funcionaba en Catedral

1900. Ya era de madrugada y en las calles continuaban los festejos. Acompañado por algunos dirigentes con los que había trabajado fue a su casa. Descorchó algunas botellas de tinto y blanco y se dio cuenta de que no había razones para el brindis:

> Se dice que después de la batalla todos son generales, pero esa noche no pudimos contenernos y dimos rienda suelta a nuestra furia en contra de todos aquellos que, por vanidad, orgullo y ambiciones habían sido responsables de la derrota de Alessandri. No una, cientos de veces habíamos criticado la mala conducción, el despotismo con que se trataba a la gente más modesta. Esa noche me llamó un alto jefe de Investigaciones, quien me manifestó interés en conversar conmigo de inmediato. Había inquietud entre muchos jefes de su servicio –dijo– por el peligro de que el país cayera en manos del comunismo. Dijo también que estaban dispuestos a cualquier gestión para evitarlo[8].

Gallardo se contactó esa misma noche con el general (R) de Ejército Héctor Martínez Amaro[9], y al día siguiente se encontraron. La conclusión fue que mientras el proceso electoral no estuviese terminado –es decir con Allende ratificado por el Congreso Pleno–, «nuestro deber era continuar luchando para evitar la llegada de los comunistas al poder». Gallardo continuó su relato:

> Realizamos una reunión con la asistencia de dirigentes y acordamos constituirnos en una organización que denominamos «Frente Republicano Independiente». Se eligió una directiva encabezada por el general Martínez Amaro y se acordó sostener una entrevista con el general Roberto Viaux (el líder de la sublevación del Regimiento Tacna, en 1969). Fuimos recibidos por este el sábado 11 de septiembre. Ese día el Frente había encontrado su líder para que Chile siguiera caminando en orden y libertad.

En Valparaíso, el contraalmirante José Toribio Merino, jefe de los Servicios de la Armada, había sido informado de los resultados de la elección. La noticia lo perturbó, según relató a la periodista Raquel Correa, en un programa de *Canal 13*, el 27 de septiembre de 1989:

> Mandé a llamar a mi secretario (el empleado civil René Estuardo) y le dije que me hiciera la renuncia. Desgraciadamente, el secretario no guardó el secreto y cuando tenía la renuncia firmada, se la llevó a otro oficial (el capitán de navío David Mydt), que estaba en el mismo edificio y bajaron todos ellos a mi oficina y me pidieron que no me retirara por ningún motivo. Nadie sabía si Allende iba a asumir. Por el contrario, había una reacción muy fuerte de los partidos de derecha para que Allende no asumiera el poder. Pero esa misma noche, alrededor de las 22 horas, me llegó un informe de Inteligencia, secreto, que decía que en la mayoría de los cuarteles y los regimientos se había oído gritar por el personal «¡Viva el compañero Allende!». En consecuencia, cualquier tipo de acción que pretendiera la derecha para que no asumiera Allende habría sido una locura que habría terminado en una guerra civil. De allí que, luego de pasar una noche a saltos y brincos, como se duerme en esas condiciones, partí a la mañana siguiente, temprano, a Santiago, para hablar con el almirante Fernando Porta, comandante en jefe de la Armada. Nos reunimos como a las 10 y media u 11 de la mañana y le dije: cualquier barbaridad que se quiera hacer termina en guerra civil y la guerra civil va a comenzar por abajo. El problema nosotros lo vivimos el año 31 y es muy cercano a lo que puede suceder. Así es que le pedí que me autorizara para hacer contactos con algunos directivos del Partido Comunista para reunirme con Allende, junto con otro almirante (Montero). Y nos reunimos. El objetivo era que Allende pudiera decir que contaba con el apoyo de la Marina en el Congreso Pleno, que debía elegirlo entre las dos mayorías relativas. Quise evitar a toda costa una situación extraordinariamente dramática, como habría sido una guerra civil, en que la tropa y mucha de la gente del pueblo estaban con Allende, porque todavía no habían vivido el comunismo y era de gran importancia que se viviese...

Merino afirmó, en reiteradas ocasiones, que a esa entrevista con Allende, concurrió con Luis Corvalán, jefe máximo del Partido Comunista y los dirigentes de ese partido, Volodia Teitelboim (senador) y Luis Guastavino (diputado). También relató los diálogos

y concluyó que allí se hablaron «puras cabezas de pescado».

Cuando el almirante Raúl Montero, otro de los protagonistas de esa reunión, vio y escuchó la entrevista frente al televisor en su hogar, decidió salir de su largo ostracismo. En entrevista con la periodista María Olivia Monckeberg[10], entregó su versión de los hechos:

«Yo no sufro de amnesia. Y las únicas personas que estábamos presentes éramos don Salvador Allende al frente y el almirante Merino y yo. Cumplí una orden militar dada por la autoridad competente, el comandante en jefe de la Armada, el almirante Fernando Porta Angulo. El almirante Merino era el director de los Servicios de la Armada, dirigía el abastecimiento global de la institución y yo, comandante en jefe de la Escuadra. Nos llevaron a la cita, en Concón, Osvaldo Puccio, secretario privado del entonces senador Salvador Allende y Erick Schnacke[11]…».

Para avalar la veracidad de sus dichos, Montero se paró y sacó un escrito de aquellos días y de los mil que siguieron, destinado a sus hijos y que lleva en el sobre la siguiente leyenda: «Para abrir después de muerto», en cuyo interior la primera hoja lleva escrita la frase siguiente: «Nada más enfermo en este momento preciso de nuestro tiempo que la inteligencia. Nada menos amado que la verdad». Buscó con parsimonia el trozo donde relató aquel encuentro y le leyó a la periodista:

> Era yo, en 1970, el comandante en jefe de la Escuadra, desde el 23 de enero de 1970. Un día de septiembre, recibí un llamado telefónico del entonces contraalmirante José Merino, director general de los Servicios de la Armada, quien me expresó que el senador Allende deseaba hablar con nosotros para informarse de los principales problemas de la Armada. El doctor Allende, a la fecha, no era un Presidente electo, mas era ya un hecho que triunfaría en el Congreso Pleno, con el apoyo de la Democracia Cristiana. Creí que Merino bromeaba y que la razón de su llamado sería algo relacionado con el Servicio. Le contesté en chanza pero ante su vehemente insistencia, le pregunté si de estas gestiones estaba impuesto el comandante en jefe de la Armada, almirante Porta Angulo, a lo que me respondió que evidentemente conocía estas iniciativas y las aprobaba. Le expresé que esto me causaba sorpresa y que de inmediato llamaría por teléfono al almirante Porta para que me ilustrase sobre las razones que tenía para aceptar estos enlaces que me parecían prematuros, pues el proceso electoral legalmente no estaba terminado. Además, me parecía sorprendente que si el comandante en jefe de la Armada estimaba conveniente esta entrevista, no fuese él quien fijase las normas y dictase una doctrina sobre los temas a tratar. No podía el comandante en jefe, según mi criterio, dejar que sus almirantes fuesen tan libres y ligeramente a una entrevista que no podríamos sospechar a dónde iba apuntada. El almirante Porta me expresó que, como lo había dicho Merino, él autorizaba esta entrevista que estimaba muy conveniente, que a su juicio el senador Allende ya era de hecho el Presidente electo y que, al sentir esta responsabilidad, quería conocer los problemas más inmediatos de la Defensa Nacional. Añadió que en el conjunto de asesores del doctor Allende no había ni un solo marino en retiro de cierta jerarquía que pudiese asesorarlo –lo que era cierto– y este antecedente lo preocupaba pues podía, por ausencia de consejeros idóneos, tomar medidas a la ligera y que fuesen peligrosos y deficientes sus asesores. Categóricamente le pregunté si esas gestiones eran conocidas y aceptadas por el gobierno, vale decir por el Presidente Frei y por el ministro de Defensa, Sergio Ossa Pretot. Me respondió que ambos las conocían y aprobaban. Le pregunté si tenía alguna directiva que darme y me respondió que confiaba en mi buen criterio y que solo pedía ser informado de lo que se tratase en la entrevista a la brevedad...

Al llegar a ese punto, el almirante Montero hizo un alto en la lectura y dijo:

–Estos hechos no terminan de ser esclarecidos. El gobierno del Presidente Frei dijo que no había sido informado. El almirante Porta reiteradamente expresó que lo había hecho...

Y continuó la lectura de su manuscrito:

> La entrevista con el doctor Allende se celebró el sábado 12 de septiembre en una casa de veraneo en Concón. Previamente, y siguiendo la pauta del almirante Merino, que tenía los contactos, fuimos a la avenida Marina y nos reunimos con un señor que se presentó como el diputado Schnake, a quien acompañaba el señor Puccio. En una habitación casi desnuda de muebles, una sola mesa y algunas sillas, se desarrolló esta reunión que debe haber tenido una duración de una hora y media. Tal vez de 10:45 a 12:15 horas.

Montero interrumpió nuevamente la lectura: «Pero fue el 12 de septiembre y no el 11 como dice el almirante Merino, que parece que la quiso hacer coincidir con el 11 de septiembre de 1973». Luego continuó leyendo:

> Yo casi no conocía al doctor Allende, al punto que nos presentaron formalmente. La media hora inicial la dedicó a recordar sus relaciones con la Armada y con sus hombres. Evocó sus estudios en el Liceo Eduardo de la Barra en Valparaíso, su afición a los deportes náuticos, su casa en Algarrobo, su pequeño yate, contó que su padre había sido muy amigo del almirante Gómez Carreño... A continuación me pidió que le expusiera los problemas mayores que apreciaba en la Escuadra en el plano político-militar. Le expresé que me preocupaba que pudiera desahuciar el pacto de ayuda con Estados Unidos porque eso traería como consecuencia la pérdida inmediata de valiosas unidades navales entregadas en préstamo. Le di detalles sobre lo que significaba para nuestro poder naval tan débil las pérdidas de nuestros dos únicos submarinos, de los destructores tipo Blanco (eran dos: el Blanco y el Cochrane), del dique flotante de Talcahuano, de los helicópteros antisubmarinos... De las becas que tenían nuestros alumnos para estudiar en Estados Unidos: en Pensacola, los aviadores; en el MIT, algunos ingenieros... Después, el Presidente dijo que no le agradaban las Operaciones Unitas. Y yo le expuse el valor que tenían para el entrenamiento a flote esas prácticas y el entrenamiento anual que se hacía con un escuadrón norteamericano, que traía las unidades más refinadas y además todo el progreso que había tenido la táctica naval antiaérea, antisubmarino, llegaba a nosotros por esos contactos. El almirante Merino dijo que la idea era que, ante la elección en el Congreso Pleno que aún no se efectuaba, el Presidente Allende pudiera decir que contaba con el apoyo de la Marina...

El almirante Montero afirmó en esta entrevista que «los hechos no terminan de ser esclarecidos». Una afirmación que puede parecer exagerada dicha en 1989. Veintiún años más tarde entendería el significado de sus palabras al recoger el testimonio de Jorge Silva, quien fuera en esos días de septiembre de 1970, capitán y segundo jefe del Departamento de Contrainteligencia de la Fuerza Aérea.

El capitán Jorge Silva Ortiz (35 años) recordó que, apenas se supo que Salvador Allende había ganado las elecciones, su jefe, el coronel Mario Jahn, fue sacado del país en solo cinco días con destino al Canal de Panamá. La situación era evidentemente anormal ya que un proceso de destinación al extranjero en la época era bastante más largo. Así fue como el capitán Silva quedó sorpresivamente al mando de la unidad de Contrainteligencia de la FACH. Fue en esa condición que le tocó vivir un episodio que calzaría en un tablero mayor y que se digitaba a miles de kilómetros de Chile:

«Pocos días después de la elección del 4 de septiembre de 1970, recibí un llamado del comandante en jefe de la FACH en ese momento, el general Carlos Gerraty, quien me ordena que me vaya de inmediato a Quintero, que no llegué hasta la Base Aérea y que aterrice en Rodelillo: "Y váyase a conversar con el coronel José Berdichewsky, para que le entregue una información que yo acabo de recibir y que él necesita conversar con alguien de Inteligencia". Me fui a Quintero. Y cuando estoy frente al coronel Berdichewsky, le digo que me ha mandado mi general Gerraty para que hablemos respecto de una información que él me tiene que entregar».

–Sí, tengo necesidad de hablar con usted porque he tenido conocimiento de que está operando dentro de esta Base Aérea una célula comunista –me dice al tiempo que me entrega una serie de otros antecedentes.

–Bueno, mi coronel, ¿cómo usted obtuvo esta información?

–La recibí…

–Mi coronel, si usted quiere que yo investigue esto, usted comprenderá que debe decirme de quién obtuvo la información: la fuente. Los antecedentes que me da, que se ha perdido una Tarjeta de Identificación Militar (TIFA) en el casino, que la encontraron abandonada dentro de un avión y otros datos de personas sobre las que usted tiene dudas o sospechas, ¿quién se los dio?

Jorge Silva recuerda que debió insistir una y otra vez ante el coronel Berdichewsky sobre la necesidad imperiosa de que le proporcionara la fuente para que él pudiera iniciar una investigación. Cuando se disponía a partir, Berdichewsky habló:

–Esta información me la entregó el comandante Montero –escuchó Silva, quien identificó a Montero como un oficial de la FACH que se había ido a retiro hacía más de un año.

–¿Dónde puedo hablar con el comandante Montero? –preguntó el capitán Silva.

–… No sé si deba decirle…, no sé… –escuchó como respuesta.

–Mire, mi coronel, o me da la información completa o me regreso de inmediato a Santiago.

Con la dirección de Montero en la mano, el capitán Silva partió de inmediato a la casa ubicada en Viña del Mar, en una calle que desemboca justo donde está ubicado el Regimiento Coraceros del Ejército.

«Había llegado como a las 10 de la noche a Quintero, por lo que cuando toqué a la puerta de este señor Montero, debe haber sido cerca de la una de la madrugada. Me llamó la atención que la casa estaba con muchas luces. El mismo Montero me salió a abrir la puerta. "Qué gusto, capitán, de tenerlo aquí: lo estaba esperando", dijo al verme, haciéndome entrar a una especie de biblioteca chica».

–Usted sabe que viene el marxista Salvador Allende a Valparaíso este sábado, y cuando Mario Jahn se fue, me dejó aviso que cualquier cosa que necesitara la hablara con usted porque podía colaborarnos en lo que necesitáramos. Y bueno, aquí en mi casa está el almirante Justiniano (Horacio Justiniano) y el comandante del Regimiento Coraceros (Ejército) porque vamos a terminar con Allende cuando venga el sábado –le escuchó decir Silva.

El capitán apenas pudo reprimir su estupor ante lo que escuchaba. Un silencio que Montero entendió como una aprobación, por lo que continuó explicándole lo que su grupo necesitaba:

–Necesito que me entregue armas automáticas y personal para cubrir la retirada de la gente que va a operar.

«Montero me dijo también que estaban al tanto de lo que se iba a hacer el comandante en jefe, mi general Gerraty y el comandante del Comando de Combate, el general Toro Mazote. Yo estaba estupefacto. Le respondí que no había venido a hablar de eso, sino de una célula comunista que operaba en la FACH y de la que él había tenido conocimiento, informándoselo al coronel Berdichewsky. Después de un breve diálogo, le dije que no le podía contestar en ese momento, que era muy grave y debía meditarlo. Y me fui. Llegué a Santiago en la madrugada y me fui directo a mi oficina, al Departamento

de Contrainteligencia que funcionaba en avenida Bulnes con calle Cóndor, y escribí un parte escrito de todo lo sucedido. Allí cuento exactamente todo lo que acabo de relatarle. Y lo hice con mucha tranquilidad porque supe desde el momento en que me puse a escribir que ese parte se lo iba a entregar al general César Ruiz Danyau, segundo al mando de la FACH y quien todos sabíamos iba a ser el próximo comandante en jefe de la Fuerza Aérea».

«Terminé de redactar mi informe y me fui al Ministerio de Defensa. Esperé que llegara el general Ruiz Danyau. Apenas lo veo le dije: "Mi general, necesito hablar con usted con urgencia". Me hizo entrar de inmediato. Sin preámbulos le entrego el parte escrito. El general empieza a leerlo y recuerdo que en un momento debió acomodarse los anteojos. "Se me llegan a caer los anteojos", dijo. Cuando terminó de leer, se quedó un rato pensando, luego tomó el teléfono y dijo: "Aló, mi general Gerraty, hay un informe aquí que creo usted debe ver de inmediato". Cortó, me miró y dijo: "Suba, capitán Silva, muéstrele el documento". Fue lo último que escuché al salir de la oficina del general Ruiz. Ahí supe que estaba metido en un lío, porque el general Ruiz no me apoyó. En el documento que le había entregando aparecía el nombre del general Guerraty, y el general Ruiz me mandaba a hablar precisamente con él… Subí a la comandancia en jefe, entré a la oficina del general Guerraty. Le pasé el parte, lo leyó y cuando finalizó me miró y me preguntó: ¿Qué piensa usted?».

–Mi general, este es un crimen político, vulnera y violenta a las Fuerzas Armadas y a la Fuerza Aérea. ¡Imagínese el desprestigio para nosotros! –le respondo.

«Ahí el general Guerraty se dio cuenta que yo no estaba en esa historia. Y me ordenó que me vistiera de civil y que partiera nuevamente a Viña del Mar, a la casa de Montero, y le dijera que no siguiera haciendo esos comentarios. No estoy bien seguro de los días, pero creo que esto ocurrió un día miércoles y al sábado siguiente Allende iba a Valparaíso. Lo que sí sé es que todo era en la misma semana».

«Debo decir que no fui a Valparaíso. Estaba aterrorizado. Conseguí de inmediato, a través de un conducto, hablar con el secretario de Salvador Allende, Miguel Labarca. Y me fui a su encuentro con Alamiro Castillo (*comandante de la Fuerza Aérea de la época, quien* e*stá escuchando su testimonio*), porque pensé que necesitaba un testigo ya que, si pasaba algo, yo sería cómplice. Le conté la historia a Miguel Labarca, quien dijo que necesitaba que yo hablara con Allende de inmediato. Partimos a la llamada *Moneda chica*, una sede gremial de los profesores donde funcionaba su comando. Andábamos de uniforme. Ya estaba oscuro, al final de ese día interminable, cuando llegamos a esa casa en el auto de Miguel Labarca, quien se bajó mientras nosotros esperábamos en el vehículo. Hubo un movimiento y vimos aparecer a Salvador Allende, quien se encaramó al auto y ordenó partir camino a Valparaíso. Acto seguido le narré exactamente lo que le he contado a usted. Recuerdo que la única interrupción de Allende fue: "¡Y por qué Ruiz Danyau no me informó!". Y luego dijo: "Porque yo tengo conocimiento de esta información: me la dio el general Daroch". Nos preguntó qué pensábamos nosotros del general Ruiz Danyau. Con Alamiro le dijimos que era un excelente profesional, un líder, que la Fuerza Aérea lo quería mucho… Y Allende insistía: "¡Por qué no me avisó!". Después, Allende me preguntó: "¿Le importaría que yo dé cuenta públicamente de esto?". Le respondí que no, porque no quería ser cómplice de lo que pudiera pasar. Y allí mismo decidió que, como él tenía días más tarde una concentración en avenida Grecia, allí lo iba a anunciar. Así lo hizo. Dijo que había un oficial de apellido Montero que dice que me quiere matar y advirtió que ya estaba en conocimiento de ello».

–¿Usted junto al comandante Castillo detuvieron ese intento de asesinar a Salvador Allende?

–Así parece. Pero quiero ser bien claro, no fue que yo tuviera mucho coraje. Lo que me movió fue que yo no quería ser cómplice de un asesinato político. Y Alamiro Castillo fue mi testigo, porque me podían matar y yo quise que se supiera que yo no estaba metido en ese asesinato político. Así se deshizo la historia. Al menos eso creí yo… Porque más o menos diez días después, me llegó una carta del comandante Mario Jahn[12], por vía diplomática, en la que me dice que vaya de civil a la casa del mismo comandante Montero, a Viña del Mar, y que retire una munición de guerra que él le entregó a Montero. Obviamente no lo hice. Simplemente no fui. Y fue ahí que yo cometí un grave error…[13].

En 1989, el almirante Raúl Montero sabía cuán importante era esclarecer los cabos sueltos de esa reunión del sábado 12 de septiembre de 1970 con Allende. Días en que él desconocía que la conjura ya se había iniciado, casi desde la misma noche del 4 de septiembre, y que una de sus piezas claves sería precisamente José Toribio Merino, el hombre que concertó esa misteriosa cita con Allende y que lo despojaría de la comandancia en jefe de la Armada el 11 de septiembre de 1973.

Como la pieza que faltaba en el rompecabezas del complot. En las notas que el diplomático Ramón Huidobro –íntimo amigo de Salvador Allende y estrecho colaborador

de Gabriel Valdés en el Ministerio de Relaciones Exteriores– minuciosamente escribió durante cada día de esos convulsionados meses en que se juntaba con Allende prácticamente todos los días, aparece en el sábado 12 de septiembre: «Llama Salvador Allende. Teme atentado de la CIA-Julio Durán. Juan Achurra (desde La Moneda) le ha proporcionado personal de seguridad. Satisfecho por concentración en Valparaíso».

A miles de kilómetros de distancia, en Madrid, el coronel Sergio Arellano Stark se sentía dominado por el temor al futuro. Ignoraba que muy pronto su destino daría un vuelco al cruzarse con el del almirante Merino.

Pero para eso aún faltaban mil días, posiblemente los mil días más intensos y gravitantes que haya vivido Chile en la última mitad del siglo pasado.

La larga jornada del 4 de septiembre de 1970 había terminado. Las caravanas de hombres y mujeres, muchos cargando niños en sus hombros o en sus brazos, ya insinuaban un lento retiro hacia los suburbios en medio de cantos y algarabía. Un increíble intento por atrapar el tiempo y detenerlo y así aprisionar las horas en que, por primera vez en sus vidas, se sentían protagonistas de la historia.

Allende no durmió en su casa de Guardia Vieja, en Providencia. Se refugió en el hogar del padre de Eduardo Paredes, el doctor socialista al que nombraría días después director de la Policía de Investigaciones. A los pocos minutos de traspasar la puerta sonó el teléfono. La operadora anunció una llamada del extranjero para Salvador Allende. Era Fidel Castro. Desde La Habana lo llamaba para felicitarlo. A partir de esa noche y hasta el 4 de noviembre, día en que se materializó la transmisión del mando, Allende dormiría cada noche en una casa diferente. Otra vida comenzaba para él y para todos los chilenos.

[1]. Entrevista con la autora (1987).

[2]. De su *Memorias* inéditas entregadas por él mismo a la autora antes de su muerte.

[3]. Entrevista con la autora (1987).

[4]. Entrevista con la autora. Parte de esta entrevista fue publicada en revista *Cosas* Nº 485, del 25 de abril de 1995.

[5]. De las notas que Ramón Huidobro, padre político de la escritora Isabel Allende, hizo rigurosamente cada uno de esos días y que decidió compartir con la autora.

[6]. Del relato de Osvaldo Puccio, secretario privado de Salvador Allende, en el libro *Un cuarto de siglo con Allende*.

[7]. De sus *Memorias*.

[8]. Del relato que le hace a la periodista Florencia Varas y que publica en su libro *Conversaciones con Viaux*.

[9]. El general Héctor Martínez Amaro fue llamado a retiro por acciones de insubordinación al mando político y apenas se sacó el uniforme comenzó la formación de un partido nacionalista que se convirtiera en la voz de los militares. Fue uno de los dirigentes de la conspiración golpista que encabezó Roberto Viaux. Es el padre del almirante Jorge Martínez Busch, quien sucedió en 1990 a José Toribio Merino en la comandancia en jefe de la Armada y en 1998 fue senador designado por las Fuerzas Armadas. El yerno de Martínez Amaro, Carlos Labarca, fue uno de los asesinos del general Schneider, fue condenado, huyó a la Argentina y luego fue agente de la DINA en Chile.

[10]. Diario *La Época*, 8 de octubre de 1989. El almirante Raúl Montero fue nombrado por Salvador Allende comandante en jefe de la Armada. En ese puesto estaba en la madrugada del 11 de septiembre de 1973 cuando, por instrucciones del almirante José Toribio Merino, fue inmovilizado en su residencia en Santiago para luego apropiarse de la jefatura de la Armada en esas mismas horas. En esa calidad dirigió Merino las operaciones del Golpe de Estado.

[11]. Erick Schnacke tenía muy buenos contactos con la Armada, especialmente con Sergio Huidobro, el oficial que llega hasta la casa de Pinochet, el domingo 9 de septiembre, con un mensaje escrito de puño y letra por el almirante Merino, para que lo firme y selle su incorporación a la conjura.

[12]. Mario Jahn fue uno de los primeros oficiales que partió con la tarea de la Contrainteligencia en la FACH. La impulsó a su regreso de la instrucción que hizo en la Zona del Canal de Panamá, y de otros estudios con personal de Inteligencia del Ejército de Chile que también recibió instrucción en la Escuela de Las Américas. Y enfocó su misión no en función del control del espionaje y seguridad nacional, sino que basado rigurosamente en los preceptos políticos de la Doctrina de Seguridad Nacional que Estados Unidos impuso en la época. «Por ello, dice el capitán Jorge Silva, quien lo secundaba en el Departamento de Contrainteligencia, Jahn se dedicó prácticamente todo el tiempo a la persecución de gente de izquierda, de suboficiales que tuvieran algún pariente o la esposa comunista, para interceder y hacer que los expulsaran. Cuando sale elegido Allende, tuvo pánico, porque piensa que van a ver el archivo que teníamos y era solo gente de izquierda. Jahn desapareció del mapa un tiempo. Yo siempre he pensado que era agente de la CIA». No fue el único que lo pensó. De hecho, después del Golpe, Mario Jahn se convirtió en subdirector de la DINA y uno de los artífices de la Operación Cóndor.

[13]. Entrevista con la autora (2009), en presencia del comandante Alamiro Castillo. El capitán Silva también le relató este episodio a Fernando Villagrán, a quien le salvó la vida cuando este fue hecho prisionero en una base aérea. Villagrán desarrolló la historia de los integrantes de la FACH que fueron detenidos después del Golpe y sometidos a Consejo de Guerra, en el libro *Disparen a la bandada* (Editorial Planeta). Silva estuvo entre ellos. En la entrevista con la autora, Silva relató que esa carta de Mario Jahn, él se la hizo llegar a Salvador Allende. Meses después, Jahn estaba de regreso y le pidió la carta. Debió decirle que la había extraviado. «Ahí fue que Mario Jahn me dijo que el Presidente Allende estaba informado de todo, que al día siguiente lo esperaba y que el Presidente tenía en su poder esa carta. Vine a saber qué pasó en ese encuentro entre Allende y Mario Jahn tres años después, cuando estuve preso con Osvaldo Puccio, secretario de Allende. Puccio me dijo que el Presidente hizo entrar a Mario Jahn a su despacho y le mostró la carta. El coronel le habría respondido que efectivamente había estado involucrado en los hechos, pero que estaba muy arrepentido. ¡Y Allende lo perdonó! Y le ordenó que volviera a su destinación en Panamá. Y así debe haber sido porque Jahn volvió a Panamá y nadie pidió su retiro. En cambio a mí, tres meses más tarde me sacaron de Contrainteligencia por el tremendo pecado de haberle informado al Presidente electo que intentaban asesinarlo. Por esa misma razón, después del Golpe casi me mataron: nunca entendieron que después de ese terrible episodio nunca más hablé con el Presidente y con nadie de su entorno. No pudieron entender que no pedí prebenda y tampoco entregué nunca más información sobre la FACH. Y déjeme decirle que tampoco asistí a ninguna reunión de los contrarios al Golpe porque sabía que estaban infiltrados». Jorge Silva fue brutalmente torturado y condenado a cuatro años de prisión por el Consejo de Guerra. El 23 de agosto de 1977 salió rumbo a Inglaterra, país en el que obtuvo un diplomado en Políticas de Desarrollo y otro en leyes aeroespaciales, además de un máster en International Law and Latin American Organization, en la Universidad de Londres. Se le prohibió el ingreso a Chile hasta el fin de la dictadura.

Capítulo III

DEMOCRACIA CRISTIANA: UN TERREMOTO EN CIERNES

Entre 1964 y 1973 las manos grandes, el tono de voz sacerdotal y el permanente rictus irónico de Patricio Aylwin, senador y ocho veces presidente del Partido Demócrata Cristiano, se hicieron familiares para la mayoría de los chilenos. Sus declaraciones y desplazamientos concitaban siempre interés. Había sido hombre clave de todas las negociaciones de la época: la crisis del PDC en el gobierno de Eduardo Frei; la campaña electoral de Radomiro Tomic; la negociación con Allende del «Estatuto de Garantías»; la unión del PDC con la derecha en la llamada Confederación Democrática (CODE) para combatir al gobierno de Allende y, finalmente, en el último «Diálogo» con el mismo Allende. Dirigió la tormentosa navegación de su partido en los primeros años de la dictadura, hasta que, en 1976, abandonó la presidencia en medio de la oscuridad en que se hallaba sumergido Chile.

Un día de abril de 1987, catorce años después del Golpe de Estado, decidí hablar con Aylwin: ya no era figura pública y aún estábamos en dictadura.

Aylwin trabajaba en su oficina de abogado, ubicada en el centro de Santiago. Cuando lo llamé y le planteé mi intención, me respondió con tono amable:

–Pero para qué quiere hablar conmigo, yo no soy nadie. ¡A quién puede interesarle mi opinión!

Insistí y muy pronto nos encontramos en su oficina teniendo como único testigo a Marcela Briones, reportera gráfica de revista *Análisis*.

–Pude haber tenido un estándar de vida bastante distinto del que tengo si me hubiera dedicado a ganar plata. Pude haber sido un brillante profesor de Derecho, pero dejé mi cátedra y cerré mi estudio cuando fui elegido senador. He luchado con los medios que sé luchar. Si me piden que coloque bombas o que tome una metralleta, eso no lo sé hacer...

Así habló en un momento de la entrevista en la que estuvieron presentes los detenidos desaparecidos y el dinero de la CIA que llegó a Chile para provocar la caída de Allende. Durante dos horas y media sostuvimos un diálogo, que en momentos bordeó la crisis. Fueron horas en las que sentí que estaba violando intimidad y dolor y que terminaron en un clima de absoluta franqueza, cuando le pregunté:

–¿Qué siente cuando mira a su país hoy y recuerda que hace 50 años usted integraba un grupo que lo unía a Carlos Altamirano, Clodomiro Almeyda y otros, con los que soñaba cambiar el mundo?

–En febrero de 1945, tuvimos una reunión de diez días en el fundo de Almeyda. La discusión era si entrábamos a la Falange o al Partido Socialista. Al final, resolví y les dije: «Yo, porque soy cristiano, debo entrar a la Falange[1], ustedes que tienen formación más bien marxista, deben entrar al Partido Socialista... En este país había mucha injusticia,

mucha desigualdad, pero había libertad. Nosotros estábamos orgullosos de la democracia chilena y nos propusimos, unos en el marco de las ideas socialcristianas, otros en el de las ideas socialistas, otros de las radicales, construir un nuevo Chile justo, humano, solidario, sobre la base de conservar la libertad. Al cabo de 50 años, hoy hay más injusticia y no tenemos libertad. ¿Qué quiere que le diga?: ¡Somos una generación fracasada!»

Al despedirme, en aquel otoño de 1987, tuve conciencia de que ese hombre me había abierto una compuerta, y al mirar hacia atrás constataba que las responsabilidades históricas provocan heridas que nunca se borran. Acordamos continuar nuestro diálogo, lo que se hizo y en el mismo tono franco. Lo que ninguno de los dos sospechaba era que, al cabo de muy pocos días, un grupo de dirigentes de la Democracia Cristiana le pediría que fuera candidato a la presidencia de su partido. Ganó esa elección interna y volvió a estar frente a una encrucijada después de 17 años de dictadura: el Plebiscito de octubre de 1988, en donde los chilenos lograron derrotar a Pinochet y al régimen militar.

Aylwin se convirtió en el líder de la recuperación democrática y, a pesar de que no estaba origalmente entre los cinco candidatos de la Concertación, fue ungido, en marzo de 1990, en el primer Presidente de la transición chilena[2]. La noche de su triunfo, en diciembre de 1989, miré su rostro de cerca: estaba rejuvenecido. Los ojos le brillaban y la espalda casi no le pesaba. Sin titubear, nombró en un cargo importante a su viejo amigo Clodomiro Almeyda. El líder socialista y excanciller y ministro de Defensa de Salvador Allende, enviado como prisionero a Isla Dawson por la Junta Militar, exiliado, clandestino en Chile y nuevamente hecho prisionero por la dictadura a su regreso, ocupó la embajada en Moscú. Se sellaban así dos capítulos en un mismo gesto: la unidad de la Democracia Cristiana con su antiguo adversario, el Partido Socialista, y la rehabilitación de una «generación fracasada».

Pero en 1987, cuando se realiza la entrevista que interesa para esta historia, Patricio Aylwin no imaginaba que la vida le depararía tantos regalos. En su oscura y austera oficina rememoró así los pormenores de la crisis que desató el triunfo de Salvador Allende, en septiembre de 1970:

–Una de las causas fundamentales de la derrota de Radomiro Tomic fue un proceso de excesiva ideologización que Chile vivió en los años 60. Era un fenómeno mundial. Esa ideologización se tradujo en una impaciencia del partido en relación a su gobierno. En síntesis, el partido quiso exigirle al gobierno que hiciera más de lo posible, saliéndose incluso de su programa para avanzar más allá de lo contemplado para esa etapa. Así lo viví, por ejemplo, cuando con la directiva del partido fuimos a hablar con el Presidente Eduardo Frei, para decirle que el consejo de la DC estimaba por unanimidad que había que abordar la reforma de la empresa[3]. Frei nos dijo que eso no estaba en su programa en esa etapa, pero que podía ser estudiado. Nos advirtió que no tenía suficiente fuerza política para hacer eso y reforma agraria al mismo tiempo. «Escojamos una, por ahora», recuerdo que dijo.

–Pero en ese tiempo, ¿no había junto a los partidos Socialista y Comunista una mayoría por los cambios?

–La había, pero cualquier gobierno necesita bases económicas para sustentarse. La derecha estaba debilitada en lo político pero nunca perdió su poder económico.

–¿Cree usted que la sublevación del Regimiento Tacna fue un indicio de que si el Presidente Frei hubiera intentado ir más allá con sus reformas el Golpe de Estado habría tenido lugar de todas maneras?

–La sublevación del Tacna fue un hecho que provocó gran alarma en el gobierno de Frei y tengo la convicción más absoluta de que había gente de derecha metida en el complot. Le daré un antecedente. Recuerdo haber estado presidiendo la delegación de Chile a la Asamblea de Naciones Unidas en 1969 cuando me llamó el embajador de Chile en Washington, Domingo Santa María y me dijo que tenía datos sobre la sublevación. Viajé de Nueva York a Washington y fui a comer a casa de Santa María. Terminando de comer llegó Agustín Edwards, dueño de *El Mercurio*, con Charles Meyer, secretario de Estado para América Latina del gobierno de Richard Nixon. La conversación, que fue muy dura, se prolongó desde las 11 de la noche hasta cerca de las tres de la madrugada. Por primera vez comprendí que el gobierno norteamericano y particularmente el embajador de Estados Unidos en Chile, Edward Korry, nos tenía muy mala y que estaba en franca concomitancia con la derecha chilena. Era noviembre de 1969 y allí supe que, en ese momento, Agustín Edwards estaba en Washington en algo así como pidiendo ayuda para el general Roberto Viaux. Sé que lo que tentaba a la derecha en ese momento era terminar de una vez por todas con los peligros que acechaban...

A juzgar por las revelaciones que años después hizo el embajador de Estados Unidos en Chile en esa época, Edward Korry, Aylwin tenía razón en lo referente al cambio radical que hizo Nixon respecto de la Democracia Cristiana. Korry dijo: «A Nixon no le gustaban Eduardo Frei ni los democratacristianos. El Presidente canceló la visita de Frei a Washington y lo borró de la lista de los futuros invitados. Mi problema era que yo era amigo de Frei y mi Presidente su enemigo[4]».

Cuando el periodista le preguntó a Korry en qué se tradujo esa campaña, este respondió:

«En dinero. Y debo decir que el apoyo norteamericano a la campaña de Frei Montalva en 1964 fue mucho más masivo que el que se registró en las elecciones de 1970. La CIA era una parte pequeña del total y entregó solo tres millones de dólares. Pero si se suman las corporaciones privadas, organizaciones católicas, la AFL-CIO, se llega a cerca de 20 millones de dólares. ¡Era mucha plata! En el 70 probablemente el total fue de tres millones... El apoyo a Frei era una decisión tomada para evitar la llegada de Allende al poder».

Korry hizo además otras revelaciones:

«En 1963 se tomaron las decisiones que ordenó el Presidente John Kennedy, a cargo de una comisión encabezada por Robert Kennedy y Ralph Dungan. Todos estaban de acuerdo que era una buena idea convertir a Chile en un modelo contrapuesto al de Fidel Castro en Cuba y apoyar un país dinámico y democrático. De ahí la decisión de apoyar al candidato Eduardo Frei Montalva para las elecciones presidenciales de 1964. Todos los sectores de la sociedad, los académicos de Harvard, los trabajadores y la AFL-CIO estaban movilizados para apoyar esta campaña. De modo que era una mezcla de fondos privados, públicos y otros cuasi legales; como arreglos para dar garantías a las corporaciones de cobre y a la ITT a cambio de hacer compromisos por Chile. La Casa Blanca movilizó países en Europa Occidental, especialmente partidos de la Democracia Cristiana en Italia, Francia, Alemania, Bélgica y Holanda para que se unieran con sus contribuciones y acciones. Se trataba de una cruzada occidental para parar a Allende y a la izquierda y elegir a Eduardo Frei Montalva y a los democratacristianos».

Así, en 1970, la Democracia Cristiana terminaba debilitada y dividida un gobierno de seis años después de haber proclamado que la «Revolución en Libertad» duraría al

menos otros treinta años. Pero Tomic fue derrotado. Patricio Aylwin describió cómo se vivió en la DC ese momento:

–Creo que lo que se dio al final del gobierno de Eduardo Frei fue una falta de identidad del partido con su gobierno. Dimos un espectáculo debatiendo en público nuestras posiciones internas. Había páginas enteras de *El Mercurio* con declaraciones de la posición «oficialista» de Aylwin, de la «rupturista» de Rafael Agustín Gumucio y de la «tercerista» de Bosco Parra. Cada uno daba su propia visión sobre la sociedad comunitaria, la reforma de la empresa y otras materias. Eso debilitó la fuerza del gobierno y nuestra imagen de partido. Las diferencias se acentuaron durante la campaña. Al día siguiente que Tomic fue designado candidato, le mandé una carta: «Estoy a tu disposición pero una cosa tiene que ser clara, tú no puedes plantear tu candidatura a contrapelo del gobierno de Frei. Debes representar una nueva etapa, avanzar más a partir de este gobierno». Lamentablemente eso no se dio en forma clara, porque Radomiro partía por decir que ese era el mejor gobierno que había tenido Chile en 50 años, pero después hacía una descripción de lo que pasaba en el país en la que dejaba al gobierno muy mal.

–**Si Tomic se perfilaba como el gran estadista de la Democracia Cristiana, ¿por qué no pudo ser el gran líder?**

–Él fue mucho más profeta que político. Era de una honestidad a toda prueba. Hay un hecho que lo engrandece ante mis ojos humanamente, pero creo que fue uno de sus grandes errores políticos. Cuando, poco antes de la elección, apareció Jorge Alessandri en las pantallas de la televisión con las manos que le temblaban, todo el mundo dijo: «¡Alessandri se vino guarda abajo!». Se reunió el comando de campaña. A las 9 de la mañana llegamos Jaime Castillo Velasco, Benjamín Prado, Rafael Moreno, Luis Maira, Pedro Felipe Ramírez y yo. Antes de que llegara Radomiro, todos concordamos: había que aprovechar esa caída de Alessandri. La sesión comenzó y Maira dijo que era indispensable que nuestro candidato hiciera un gesto. Pidió la palabra Pedro Felipe Ramírez –entonces presidente de la Juventud Demócrata Cristiana– y respaldó la propuesta. Estaba interviniendo, cuando se paró Radomiro, lo interrumpió y exclamó: «¡Para eso yo no estoy! Si quieren un candidato para ese tipo de cosas, ¡búsquense otro!». No lo pudimos convencer. Radomiro insistió en que Alessandri no tenía ninguna chance y él buscaba liderar la izquierda y dejar a Allende en el camino. Teníamos un gobierno demasiado realista y un partido demasiado ideologista.

Otro protagonista de esos hechos fue Luis Maira. A pesar de sus 29 años, acababa de ser elegido diputado por Santiago para su segundo período e integraba la comisión política de la DC, instancia que solo se instalaba para las campañas presidenciales. Era parte de la llamada «generación del cambio», que, a través de distintos partidos, gravitaba en la política del país. En 1971, Maira se fue de la Democracia Cristiana con un grupo de destacados dirigentes y militantes. Con ellos fundó la Izquierda Cristiana y se integró a la Unidad Popular.

–**¿Qué peso político tenía en esos días su generación?**

–Tanto en la DC como en la izquierda se dio en esa época una generación con mucho sentido de ser parte de una corriente de la historia. Recuerdo que la consigna central de los trabajos universitarios era: «El mundo marcha hacia la izquierda». No era solo una frase. Introdujimos una mayor espontaneidad en la vida, menos reprimida, pero igual nosotros quedamos como en el vértice entre la generación que vivió más libremente

en los años 70 y la de los años 50. Inicialmente yo era un DC a secas, con inclinaciones progresistas. Así llegué a la Cámara de Diputados en 1965. Era el diputado más joven, tenía 24 años. No era un DC «rebelde», en parte por mi historia: mi padre había entrado a la Falange en sus tiempos de universidad y todos los que habíamos recibido esa enseñanza teníamos gran admiración por los dirigentes más antiguos e influyentes. Como no tenía una mirada crítica, trabajé y colaboré mucho con ellos. Con Eduardo Frei, por ejemplo, logré desarrollar una relación de mucha proximidad. Recibí formación pero no se me pidió subordinación.

–¿Y cómo llegó a convertirse en miembro importante del sector contestatario del PDC?

–A comienzos de mi período parlamentario tuve una tarea de defensa del gobierno hasta que hubo un rayo en mi vida: la masacre en el mineral El Salvador, el 11 de marzo de 1966. Por una extraña circunstancia, yo estuve ahí. Las tropas dispararon sin previo aviso y sin que mediara provocación. Lo vi desde una ladera ya que el sindicato estaba en el plano. ¡Una de las cosas más trágicas que me ha tocado presenciar en la vida! Lo que evitó que murieran decenas fue que el local del sindicato era extraordinariamente precario y las balas de guerra entraban como cuchillo en la mantequilla por un muro y salían por el otro. La gente se tiraba al suelo y no había rebote. El pueblo entero se agolpó detrás de los militares en una escena patética. Se produjo el alto al fuego, entraron las ambulancias, sacaron a los primeros muertos, a los heridos y luego se volvió a incendiar la caldera. Hubo nuevos disparos masivos y después... ¡el silencio sepulcral! Decidí regresar a Santiago de inmediato[5].

–¿Qué hizo?

–Llegué con una sensación difícil de transmitir: era DC, ¡y eran mis muertos! Me fui de inmediato a la sede del partido y allí me impresionó ver el gran contraste: la angustia de Bernardo Leighton frente a la tranquilidad de Juan de Dios Carmona, ministro de Defensa. Al jefe de la Plaza, general Manuel Pinochet[6], lo escuché por la radio. Hablaba como si nada hubiese sucedido a pesar de que era claro que fue él quien había dado la orden. Por primera vez me di cuenta de que, si bien existía una gran mayoría por los cambios, había riesgos de que ella se desvirtuara.

–Finalmente ustedes forman una corriente dentro del PDC que se denominó «tercerismo». ¿Quiénes fueron los principales gestores de ese grupo?

–Fue el nombre que le puso la prensa. Como había «freísmo» y «rebeldes», lo nuestro fue una tercera posición. Jacques Chonchol, Bosco Parra y yo fuimos los principales impulsores. Pedro Felipe Ramírez y Rafael Moreno también participaron. Moreno fue miembro de esta corriente hasta que Allende asumió el poder. A partir del 11 de marzo de 1966 fui otra persona, me fui radicalizando al tiempo que formábamos esta vertiente «tercerista» que rápidamente actuó como una corriente de izquierda. Teníamos diferencias de estilo con los «rebeldes», pero hicimos una alianza, y en julio de 1967, ganamos la elección de la mesa directiva del partido, con Rafael Agustín Gumucio, Alberto Jerez, Julio Silva Solar, Bosco Parra y Sergio Fernández. Pero el 9 de enero de 1968, en la junta de Peñaflor, fuimos derrotados. Ahí se empezó a gestar en parte lo que sería más tarde el MAPU. En 1969 hubo una segunda definición importante: qué estrategia tener de cara a la elección presidencial. Nosotros levantamos la estrategia de la Unidad Popular –y no existía la UP todavía–, pero así se llamó nuestro voto en el seno de la DC, con la idea de que nuestro partido y la izquierda fueran juntas. Se planteaba la

designación del candidato en un proceso de consultas nacionales con participación de las organizaciones populares y sociales, con un voto abierto y un programa que diera cuenta de la profundización de las transformaciones que Chile necesitaba. Eso incluía Reforma Agraria, nacionalización del cobre y participación de los trabajadores. Aylwin y Jaime Castillo Velasco, en cambio, levantaban las banderas del «camino propio». En la junta del partido de abril de 1969, una junta histórica, se adoptó una definición. Fue el debate más rico en el que yo haya participado. ¡Ahí se jugó buena parte del destino posterior de Chile! Perdimos por 14 votos entre 300 participantes. ¡Estuvimos a punto de ganar! Después supimos –y esa es la parte más gris de la historia– que hubo gente que ya había decidido irse de la DC y formar el MAPU. Votaron por la línea de Patricio Aylwin para agudizar las contradicciones.

–¿En qué habría modificado la historia el que la postura «tercerista» hubiera triunfado en esa junta del PDC?

–Habríamos tenido un margen de maniobra para una cosa difícil pero posible: la construcción del arco grande de las fuerzas progresistas. Pero en ese entonces había mucho más chovinismo partidario y, además, el Partido Comunista cometió un error histórico: descalificar tempranamente a Tomic como persona y candidato. Una semana antes de que nosotros diéramos esa batalla, el PC hizo un gran acto en el Teatro Caupolicán. Ahí, su secretario general, Luis Corvalán, dijo esa famosa frase: «¡Con Tomic, ni a misa!». Y con Tomic se podía ir a misa y a muchas otras partes como la historia lo demostró dramáticamente.

–¿Qué impacto tuvo ese veto comunista en la junta de la DC?

–Decisivo, porque aparecimos proponiendo un camino de antemano rechazado. En definitiva, perdimos y esa derrota tuvo un costo: la salida de un sector que formó el MAPU. A nosotros, por otra parte, nos costó la salida de dos personas básicas de nuestro núcleo fundacional: Jacques Chonchol y José Miguel Insulza[7], los únicos «terceristas» que se fueron con el MAPU. Como contrapartida quedaron centenares de «rebeldes» que no se fueron y que comenzaron a trabajar con nosotros en la junta del 25 de agosto. Impusimos a Tomic como candidato, pero a un Tomic debilitado. La impronta original del MAPU era un radicalismo crítico marcusiano ligado a los grandes cambios europeos y a mayo del 68, y su figura principal era sin lugar a dudas Rodrigo Ambrosio[8].

–¿Qué hicieron los «terceristas» a partir de ese momento en la DC?

–Nos quedamos trabajando en la candidatura de Tomic y tuvimos grandes responsabilidades en la campaña, no porque las buscáramos sino porque nadie más quería trabajar. Hubo una especie de vacío de conducción. El partido estaba dividido, desmoralizado y el gobierno terminaba mal. Se había perdido la mística. Tomic sostuvo todo sobre sus hombros durante los primeros meses.

–¿Qué destaca de la campaña de Tomic?

–La honestidad y tenacidad de una persona: Radomiro Tomic. Él logró levantar una mística y un compromiso muy grande que revitalizó a la DC. Creo que incluso Allende se benefició del equipo de reflexión que había detrás de la candidatura de Tomic: Ricardo Ffrench Davis, Sergio Bitar, Alejandro Foxley; gente muy joven pero que tenía la experiencia de estar en el poder y manejar los hilos. La campaña tuvo un ritmo de crecimiento muy grande en que Tomic levantó y muchos creímos al final que podíamos ganar.

[1]. La Falange Nacional surgió en 1938, cuando la dirección del Partido Conservador decide intervenir la Juventud Conservadora, creada por jóvenes católicos de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), entre los que figuran Bernardo Leighton, Ignacio Palma, Manuel Garretón y Eduardo Frei. Se acusa a los jóvenes de no haber trabajado lealmente por el derrotado candidato presidencial Gustavo Ross. Deciden renunciar al partido y mantenerse como organización independiente dando origen a la Falange.

[2]. Los cinco candidatos que se disputaban la primera candidatura presidencial de la democracia en 1989 fueron: Gabriel Valdés, Ricardo Lagos, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Sergio Molina y Andrés Zaldívar. Sus fotos salieron en la portada del diario *La Época* con el siguiente título*: De esos cinco nombres saldrá el próximo Presidente de Chile.*

[3]. La Reforma de la Empresa fue pieza esencial del proyecto de la DC de los años 60 cuando aspiraba a liderar el cambio desde una sociedad capitalista a una comunitaria. Planteaba la transformación de la empresa capitalista, en que el dueño del capital se apropiaba de todo el excedente, en una empresa autogestionada por sus propios trabajadores, en la que el financista recibía una remuneración justa pero el grueso del excedente quedaba a disposición de los trabajadores. La economía participativa, a diferencia de las economías centralmente planificadas imperantes en los países socialistas, se concebía como una economía descentralizada y de mercado, lo que garantizaría mayor eficiencia y bienestar. En ella la propiedad de los medios de producción tendría, mayoritariamente, un carácter social aun cuando se gestionaran descentralizadamente. El sustento teórico de este modelo se encontraba en la Doctrina Social de la Iglesia y en los escritos de J. Vanek, economista checoeslovaco. El gobierno de Frei Montalva privilegió la Reforma Agraria y no hubo avances significativos en el área de la empresa, pero sí constituyó un ingrediente importante del programa de Radomiro Tomic. Después, el tema estuvo en el tapete de la discusión pública con ocasión de las negociaciones entre el gobierno de la UP y la DC en torno a las tres áreas de propiedad social: estatal, mixta y autogestionada.

[4]. Entrevista a *Qué Pasa* del 6 de diciembre de 1997.

[5]. Ocho personas muertas fue el saldo de la operación desalojo del local sindical del mineral El Salvador, durante una huelga. La Central Única de Trabajadores (CUT) llamó a un paro nacional en protesta por lo que se llamó la «Masacre de El Salvador».

[6]. No tiene relación familiar con Augusto Pinochet. Se fue a retiro en diciembre de 1971, después de haber cumplido 40 años de servicio y su último cargo fue de director de Logística del Ejército. Después del Golpe, fue nombrado presidente de la Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología, Conicyt, y directivo del Colegio de Ingenieros.

[7]. José Miguel Insulza debió también partir al exilio después del Golpe de Estado. En México participó del proceso de renovación socialista, el que incluyó a militantes del MAPU, la Izquierda Cristiana y el Partido Socialista, partido al que finalmente ingresó. De regreso en Chile, participó activamente en la recuperación de la democracia. En 1994, a meses de haberse iniciado el gobierno de Eduardo Frei, fue designado canciller y el Presidente Ricardo Lagos, electo en enero del 2000, lo nombró ministro del Interior. Al fin del gobierno de Lagos y tras desistir de ser candidato presidencial, fue elegido secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA).

[8]. Rodrigo Ambrosio fue uno de los líderes intelectuales más carismáticos de su generación. Dirigente de la Juventud Demócrata Cristiana, se retiró de ese partido en 1969 y fundó el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), uno de los partidos que le dio vida la Unidad Popular y al triunfo de Salvador Allende en 1970. Falleció en un accidente automovilístico el 19 de mayo de 1972.

Capítulo IV

DISPAREN CONTRA LA DEMOCRACIA CRISTIANA

La fiesta popular duró hasta altas horas de la madrugada del sábado 5 de septiembre. Para miles fue una larga noche de inédita alegría colectiva. El sueño tenía rostro, color y hasta un sabor y textura que por primera vez se degustaban. Para otros era el inicio de un temor que calaba los huesos y dibujaba una raya negra en el horizonte. Y estaban también aquellos que iniciaban una guerra en las sombras.

Consciente de la amenaza que se cernía sobre el país, el comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, recibió muy temprano al general Carlos Prats, jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Ambos analizaron qué podía pasar en los 50 días que faltaban para el 24 de octubre, fecha en que el Congreso Pleno debía proclamar al próximo Presidente de la República. En sus *Memorias*, Prats resumió las cuatro alternativas que Schneider le enumeró esa mañana:

> 1-. Votación de la Democracia Cristiana en el Congreso Pleno por Jorge Alessandri, con el compromiso de abdicación de este, para promover una nueva elección. Solución que puede conducir a una inmediata guerra civil.
> 2-. Pacto de la Democracia Cristiana con la Unidad Popular, a condición de implantar un régimen con plena vigencia de la actual Constitución. Solución que conduciría a una crisis de lenta y creciente gravedad por la inevitable pugna entre los poderes del Estado.
> 3-. Proclamación de Allende sin compromiso para este, lo que se traduciría en la gradual implantación de un régimen marxista, que provocaría una crisis a corto plazo con la salida de una dictadura proletaria o de una dictadura militar.
> 4-. Golpe de Estado, promovido por Roberto Viaux y sus simpatizantes antes del pronunciamiento del Congreso Pleno, que arrastraría al país a la guerra civil.

Schneider concluyó su descarnado análisis emotivamente: «En cualquiera de estas alternativas está en juego la destrucción del Ejército profesional... Mientras se desplieguen todos los esfuerzos por evitar esta desgracia institucional, hay posibilidades de salvar la democracia». Schneider no solo era un brillante soldado: demostró en esos días ser también un político agudo.

En esas mismas horas se diseñaban distintas vías para impedir que Allende llegara a La Moneda. El primer anuncio surgió el domingo 6 de septiembre, cuando el comando de Alessandri emitió una declaración anunciando que «el proceso electoral no ha terminado». A las 8 de la mañana del lunes 7 de septiembre, la directiva de la organización gremial de los empresarios metalúrgicos (ASIMET) se reunió en pleno para analizar el nuevo escenario político. Entre los veintiún directores estaba el joven empresario Orlando Sáenz. Tenía 34 años y hacía solo uno que integraba esa instancia. Ya mostraba la capacidad de liderazgo que lo catapultaría a la cabeza de la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), la máxima organización gremial del empresariado industrial. Bajo su mando se activó la mayor batería de guerra que haya desplegado el empresariado

chileno en su historia.

–Fue un lunes sombrío –me dijo Sáenz en el invierno de 1984, cuando aún se escuchaban los ecos de la represión en las calles después de una jornada de protesta. Su mirada ya no era la misma, pero a medida que fue recordando esos días de extrema agitación, sus músculos recuperaron bríos.

–**¿No se plantearon jamás el posible triunfo de Allende?**

–La fe en el triunfo de Jorge Alessandri era inconmovible. Ganó Allende y al día siguiente había un ambiente de consternación, las calles vacías...

–**Las calles del barrio alto...**

–Bueno, obviamente, las calles del bario alto. Al día siguiente me convocaron a una reunión de emergencia de los 21 directores de ASIMET, para el lunes a las 8 de la mañana. El tema único era el resultado de la elección. Se ofreció la palabra. Cayó un silencio de plomo, nadie atinaba a proponer nada.

–**¿Usted tampoco?**

–Era muy tímido y un ilustre desconocido entre las figuras tradicionales. Igual levanté mi mano y dije: «Si Allende ganó tenemos que hacernos un examen de conciencia para saber si somos capaces de dirigir el sector metalúrgico en la etapa que viene». Aconsejé entonces parar la sesión y mandar a comprar veintiún programas de gobierno de la Unidad Popular, los que se vendían en los kioscos de diario en la calle. Pero en ese momento no había espíritu subversivo entre nosotros a pesar de que en los tres meses febriles que siguieron me tocó oír miles de versiones de otros tantos miles de intentos de Golpe de Estado.

A la misma hora que los empresarios metalúrgicos comenzaban a asumir el carácter inexorable de su enfrentamiento con el gobierno de la Unidad Popular, en La Moneda tenía lugar la primera entrevista oficial de Frei con Allende. Durante una hora y quince minutos ambos hombres acordaron coordinar información para asegurar un buen traspaso del gobierno. El ministro de Hacienda de Frei, Andrés Zaldívar, fue nombrado enlace y encargado de poner en práctica «las medidas que sean necesarias para defender la economía nacional», según afirmó Allende al finalizar la reunión[1].

Andrés Zaldívar guardó por mucho tiempo los detalles del encuentro que de inmediato él sostuvo con el Presidente Frei:

–El Presidente Eduardo Frei me llamó y me dijo que yo había sido nombrado ministro responsable de la transición. Y me anunció que Allende había nombrado como relacionador a Pedro Vuskovic[2].

–**¿Y cómo reaccionó usted?**

–Le dije que era necesario que la derecha también nombrara un relacionador ya que, mientras el Congreso no resolviera quién sería el Presidente electo, no era conveniente desde el punto de vista constitucional tener contacto con un solo sector. La derecha representaba una opción aún cuando yo no estaba con ella. Frei estuvo totalmente de acuerdo.

–**¿Y Allende?**

–Se mostró conforme. Y así fue como se llamó al comando de Jorge Alessandri, el que nombró a Pablo Baraona[3]. Las medidas se anunciaban a ambos relacionadores. Llegamos a un acuerdo: el único que podía hacer declaraciones en materia financiera era yo, para evitar precisamente el pánico. Hubo muchas dificultades, porque recuerdo que una vez faltaron billetes en un banco de Avenida Matta y los últimos raspados de la olla

los logramos sacar en camiones cubiertos con lona. Era todo lo que quedaba en billetes en el Banco del Estado. Estábamos en eso, cuando el 12 o 14 de septiembre, Vuskovic hizo una declaración diciendo que toda la responsabilidad de lo que estaba pasando no era por el problema político creado con la elección sino el resultado del fracaso de la gestión del gobierno de Frei. Se reunió el gabinete y se estimó que esa declaración era de alta gravedad, ya que me dejaba muy vulnerable en el manejo de la economía. Ya se veían las maniobras de sectores que trataban de acelerar la crisis. Yo no acepté ni un contacto con ellos.

Al mediodía de ese lunes 7 de septiembre, Salvador Allende se reunió con el canciller Gabriel Valdés, Ramón Huidobro y Hugo Miranda. Valdés le hace a Salvador Allende una detallada exposición del estado de las negociaciones con Argentina por la situación de Palena y el conflicto del Canal Beagle, y sus efectos directos en la relación bilateral, con Gran Bretaña, con la derecha, los juristas y el orden internacional, para rubricar con las proyecciones de Chile en el frente internacional. Un acápite importante lo dedica al posible desarrollo futuro del conflicto si es que Argentina decide ir al pleito en Londres.

Allende lo felicita por lo obrado y le expresa su plena confianza en lo que está haciendo. Luego, ambos dan paso a un rápido examen del cuadro internacional en el que está Chile. Pasadas las 15:30 horas, Allende se levanta. Anda armado, y hace chistes sobre las amenazas de muerte que ha recibido en los últimos días. Gabriel Valdés no bromea. Hace referencia al problema de los muchos extranjeros que han ingresado al país «sin explicación» en los últimos meses y a lo hecho por el gobierno respecto de «las visas de los marinos norteamericanos»[4].

En ese clima enrarecido, el 9 de septiembre Alessandri anunció que si el 24 de octubre el Congreso Pleno lo proclamaba Presidente, renunciaría al cargo para dar lugar a una nueva elección. «Anticipo, desde luego, en forma categórica, que en ella yo no participaría por ningún motivo», afirmó. No quedaban dudas: la derecha había decidido que toda la responsabilidad de la encrucijada presidencial estaba en manos de la Democracia Cristiana.

Ese mismo 9 de septiembre el embajador Korry le envió el siguiente mensaje a Nixon: «Una y solo una esperanza para Chile. El futuro de Chile será decidido por solo un hombre: Frei. Creo que él está jugando sus cartas con extraordinaria astucia»[5].

Tan solo horas antes, el embajador Korry se había reunido con el enviado especial de Salvador Allende, Hugo Miranda, dándole garantías de la no intervención en el proceso.

El clima que impregnaba las calles también invadió los cuarteles y traspasó los muros de los hogares de los militares. El coronel Guillermo Pickering, secretario del Estado Mayor del Ejército, dejó constancia de ese ambiente en sus *Memorias* inéditas:

> El desconocimiento de la orientación que el posible nuevo gobierno daría a las Fuerzas Armadas y a la estructuración del Alto Mando, en especial del Ejército, provocaba incertidumbre. Se desató en todos los niveles, y especialmente en las altas reparticiones, una ola de comentarios y cábalas. Hasta se llegó a predecir la eliminación de todo el cuerpo de generales lanzándose algunos nombres de coroneles como posibles candidatos a comandantes en jefe. El aumento de las presiones, además de los ataques directos a los Altos Mandos, especialmente del Ejército, por parte de ciertas publicaciones de prensa, obligó a su comandante en jefe a fijar públicamente la línea institucional.

Así se resumió, en esos días, la llamada «Doctrina Schneider», que sería invocada como

barrera de contención para todo intento golpista: el Ejército, de acuerdo con la Constitución, es una institución absolutamente apolítica y no deliberante, obediente al Poder Civil y respetuosa de la Constitución y de las Leyes de la República. Por lo tanto, no le corresponde intervenir ni pronunciarse sobre el resultado de actos eleccionarios. El proceso electoral no ha concluido; solo lo estará cuando el Congreso se pronuncie de acuerdo a las facultades que le confiere la Constitución. El Ejército, en la misma posición constitucionalista y prescindente del acontecer político contingente, ha acatado siempre y acatará en el futuro las decisiones soberanas del Congreso.

El jueves 10 de septiembre, *El Mercurio* trazó en su editorial una línea divisoria inexpugnable que más tarde acentuaría:

> Pocos momentos ha habido en la historia política del país que tengan más trascendencia que este. Aquí se está poniendo a prueba la sustancia de nuestra democracia, la participación real del pueblo en las decisiones que le conciernen, la profundidad del asunto imponen reflexionar lejos del apremio, de la propaganda y ponderar cada una de las alternativas que se le ofrecen al país. La libertad para educar a los hijos conforme a los distintos modelos, la libertad de pensar, opinar y expresarse sin temores y en fin, los demás bienes de una democracia como la chilena, vienen a apreciarse cuando el pueblo empieza a deliberar lejos del bullicio electorero en las consecuencias prácticas que tendría la inauguración de un régimen socialista bajo el disfraz de la democracia.

Al día siguiente, arremetió:

> El electorado nacional por divisiones e incomprensiones que hoy se ven con trágica nitidez, no tuvo ocasión el 4 de septiembre de pronunciarse en forma simple y directa entre la libertad y el comunismo, como lo hizo en 1964. No cabe engañarse, una nueva elección para decidir entre la DC y el comunismo, no sería entre derecha e izquierda, entre lo establecido y la revolución, entre la conservación del sistema y las transformaciones sociales profundas. La verdadera decisión está entre un régimen de avanzada y un régimen totalitario.

Y el domingo 13 de septiembre, tras ponderar la postura de Alessandri antes mencionada, *El Mercurio* insistió en su «Semana Política»:

> La posición planteada por el señor Jorge Alessandri, sirve de base para una salida democrática. La DC parece estar considerando el problema desde que no se ha pronunciado definitivamente en favor del candidato de la UP. Se ve que las preferencias de muchos sectores de ese partido son llegar a entendimientos con dicha combinación, posición que se explica después del apasionamiento electoral y del sincero sentimiento izquierdista de muchos de sus parlamentarios. Si embargo, entre quedar como fuerza de derecha en un gobierno de predominio comunista y quedar como poderosa fuerza de centro en una democracia, todo parecería indicar la conveniencia de la segunda alternativa. Sobre todo cuando la inmensa mayoría del país desea cambios en libertad.

Luis Maira revivió el ambiente en que la Democracia Cristiana se fue convirtiendo en el blanco de todas las presiones:

–La DC es un partido con dos almas. Un alma es su profunda vocación progresista, de cambio social, su vocación por los pobres, su sentido de justicia, algo profundo y esperanzador. Pero existe también una segunda alma, la anticomunista, la que expresa el temor a las transformaciones radicales, al desorden, a la violencia y es tan fuerte como la primera. En determinadas coyunturas, cuando esta amenaza se hace más real, la segunda es más fuerte. Por eso las primeras presiones vinieron desde el interior de la DC, desde su alma conservadora. Juan de Dios Carmona, exministro de Defensa de Frei Montalva, por ejemplo, hizo todo lo posible por impedir la llegada de Allende y por abrirle camino a la

fórmula del arbitrio constitucional, eligiendo a Jorge Alessandri en el Congreso, para que este luego renunciara y diera paso a la elección de Frei Montalva. Una propuesta que hizo pública el comando de Alessandri, el 8 de octubre de 1970. La línea que se trabajó fue doble: una estrategia abierta con el pretexto de que era constitucional elegir al candidato que había recibido la segunda mayoría. Eso era decirle al partido que estaba en el gobierno en ese momento: «Escuchen bien, tienen seis años más de gobierno, nadie deja sus puestos de poder, muchos podrán seguir siendo altos funcionarios, ministros, embajadores».

–¿Hubo gente en la DC que estuviera por aceptar esa proposición?

–En la dirección, no. Desde el principio estuvo por reconocer el triunfo de Allende. El mismo 5 de septiembre, Tomic lo visitó y trató como Presidente electo. Y la verdad es que la DC tuvo un excelente comportamiento porque casi nadie se dejó arrastrar...

–¿Nadie?

–Bueno, tengo solo recuerdos grises de un núcleo de dirigentes sindicales muy conservador y anticomunista cuyas cabezas visibles eran Manuel Fernández y Héctor Galaz. Políticamente fue la línea de Juan de Dios Carmona y de Tomás Pablo; pudo haber sido la de Patricio Aylwin, pero este no lo hizo. No teníamos en ese momento conocimiento de lo que fueron los movimientos del aparato de inteligencia de Estados Unidos. Había, sí, muchos rumores...

Los «recuerdos grises» de Maira se relacionan con el mundo sindical. Allí, el poder sin contrapeso lo ejercía la Central Única de Trabajadores (CUT), que en 1970 tenía más de mil quinientos sindicatos afiliados. Sus dirigentes habían logrado derrotar varios intentos por crear centrales sindicales paralelas (el MUTCH y el CNT en 1965, y la UTRACH en 1969). Marcada desde sus orígenes, en 1953, por una acerada disputa entre la izquierda (socialistas y comunistas) y la DC, la primacía de los primeros quedó registrada en su primera declaración de principios de claro acento marxista. Su objetivo básico –decía– era lograr «la transformación socialista de la sociedad chilena, la abolición de las clases sociales y la supresión del Estado capitalista opresor». Estos principios fueron resistidos por la minoría DC, la que en el congreso del 62 logró una nueva redacción.

En su tercer congreso, la CUT se declaró una organización «política» porque los sindicatos «son instrumentos para conquistar la emancipación total de los trabajadores y la transformación política de la sociedad». Sus «enemigos» eran «la oligarquía terrateniente, la burguesía capitalista y el imperialismo norteamericano». En ese contexto ideológico, el PC obtuvo en la CUT el 40% de los votos; el PS, el 33%, y la DC subió del 6 al 20%, mientras el Partido Radical bajó al 6,6%. La explosión del mundo sindical vino con la «Revolución en Libertad» de Frei Montalva.

En 1965, el cuarto congreso tuvo como lema central «Independencia Sindical y Unidad para Vencer». Los 900 sindicatos afiliados eligieron dos mil doscientos un delegados, los que, en un 70%, reconocían filas en los partidos de la izquierda. La DC se retiró en abierto conflicto por la postura crítica que adoptó la CUT hacia el gobierno de Frei. Se reintegró en 1968 y participó de su quinto congreso, que congregó a tres mil seiscientos cincuenta y tres delegados de los mil cuatrocientos noventa y siete sindicatos afiliados. Su consigna fue «Unidad de los Trabajadores para los Cambios Revolucionarios». Un dirigente DC quedó integrado a la directiva nacional, encabezada por el comunista Luis Figueroa, y con el socialista Hernán del Canto en la secretaría

general.

Santiago Pereira, quien fue secretario general de la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF) y que había sido electo diputado por la Democracia Cristiana en 1965, dice:

–En 1969, cuando un sector de la DC se fue al MAPU, el Departamento Sindical quedó descabezado. Asumió su conducción una corriente de derecha encabezada por Héctor Galaz, que después fue expulsado del partido por su vinculación con la dictadura. A partir del 4 de septiembre del 70, el Departamento Sindical fue usado, de alguna manera, por personeros de la DC para que apareciera como el grupo más decidido a dificultar el posible apoyo a Salvador Allende en el Congreso Pleno. Ese grupo se reunía en una oficina en los altos del Banco del Estado, entre el 9 de septiembre y el 4 de noviembre del 70. El personaje principal era Teobaldo Acuña, dirigente sindical del Banco del Estado, el que en el último año del gobierno de Frei fue designado asesor sindical del Presidente Frei, con oficina en La Moneda[6].

Sectores de la derecha decidieron avanzar un nuevo paso y sondear a la Democracia Cristiana para ver si aceptaba la «fórmula del enroque con Alessandri». Francisco Bulnes[7] se lo planteó a Eduardo Frei. Pero el Presidente la rechazó. Luis Maira tiene un nuevo argumento para explicar por qué la DC desestimó esa oferta:

–No era simple generosidad el reconocer el triunfo de Allende. Sopesamos el interés del país al no decirle a la izquierda, después de 30 años de búsqueda de un camino político, que si ganaban las elecciones de todas maneras las perdían. Habría sido la manera más directa de decirles: «¡váyanse a la vía armada porque por la vía democrática no ganarán nunca!». La primera tarea fue, entonces, ver la manera de construir una sólida mayoría que respaldara esta decisión política de la dirección y allí fue cuando surgió la postura del Estatuto de Garantías Constitucionales. La propuesta surgió en la primera reunión formal de la dirección de la DC, de su Consejo Nacional, en donde el «tomicismo» y el «tercerismo» teníamos el control.

–¿Qué efecto concreto buscaban con ese Estatuto?

–Queríamos entregar no solo el voto de un sector de la DC, sino de toda la DC y que, en esa declaración conjunta de los dos bloques más importantes del país, que representaban el 70% de los chilenos, se expresara constitucionalmente el pensamiento de una mayoría por los cambios democráticos. Siempre pensamos que el sistema de los tercios tenía grandes debilidades. A diferencia de Allende y de la gente que construyó la estrategia de la UP, nosotros éramos muy críticos de la fragilidad del sistema político chileno. Lo veíamos mucho más débil que ellos. Nos interesaba consolidarlo y las garantías constitucionales eran un paso.

Patricio Aylwin tuvo una activa participación en la negociación del controvertido Estatuto de Garantías Constitucionales:

–Hubo tres posiciones. La que sostuvo Edmundo Pérez Zujovic (ministro del Interior de Frei Montalva), y que también apoyó el senador Ignacio Palma. Ellos creían que debíamos decirle a Allende que votaríamos por él pero a condición de que se ampliara la coalición y así la DC entraba al gobierno con tres o cuatro ministros, revisábamos el programa y salíamos a trabajar. Edmundo era un hombre pragmático, realista y de sólidos principios. Tuvo inicios muy modestos, con una fábrica de baldosas que trabajaba personalmente en Antofagasta y después llegó a ser un gran empresario. Era

audaz y amigo personal de Allende. Yo los vi a ambos salir en traje de baño en un bote que tenía Allende, uno remaba por delante y el otro por detrás. Esta escena ocurrió durante el gobierno de Frei. Pero esa posición no tuvo mayor respaldo porque veíamos muy difícil que la izquierda la aceptara y también porque la alianza con el PC nos provocaba un profundo rechazo. En Italia el conflicto se resolvía entendiéndose la DC con todos los demás pero no con el PC. Este tema no solo era delicado, era tabú. Y también no prosperó por la creencia de algunos –entre otros, yo– de que eso llevaba a una solución meramente transitoria en el sentido de que por muchos compromisos que contrajera Allende, luego de seis meses de gobierno conjunto, existía el riesgo de que se produjera una gran ruptura y en ella los que íbamos a quedar fuera seríamos nosotros, que además saldríamos en posición desmedrada.

–Por lo tanto, los dirigentes de la DC que estaban en su misma posición comenzaron a mirar ya en ese momento la posibilidad de un gobierno post Allende.

–Nunca renunciamos a la idea de ser alternativa, aunque tampoco renunciamos a la idea del surgimiento de una nueva alianza política que los hechos y las circunstancias políticas de la época hacían imposible: el PS se había radicalizado al extremo y era impensable una alianza DC-PC. La alianza que sí nos habría gustado era DC-PS. Pero hubo otras dos posturas en el debate, variantes de la idea matriz: el Estatuto de Garantías. El primero que lanzó la idea en una sesión de consejo fue Luis Maira. De allí nació nuestra entrevista con Allende, a la cual concurrió una comisión de cinco dirigentes: Benjamín Prado, Renán Fuentealba, Jaime Castillo Velasco, Maira y yo. Allende tenía su forma peculiar de ganarse a la gente. Humanamente, a pesar de su empaquetadura un poco solemne, era un hombre que sabía llegar al común de todos. Nos recibió en su casa, se sentó en una mecedora, empezamos a hablar y de repente nos hizo partícipes de un recuerdo familiar. Nos dijo que en esa mecedora se sentaba su madre a rezar el rosario y que él, cuando llegaba de la universidad, se sentaba a su lado. Fue un momento muy conmovedor, pero no sé cuán buscado fue. En esa ocasión, Allende nos dijo que por él desearía llegar a tenernos en su gobierno, pero que, por ahora, no veía ninguna posibilidad. Y agregó: «Si a ustedes lo que les preocupa son las garantías del sistema democrático, yo he sido toda mi vida un demócrata. ¡Soy la mejor garantía!».

–¿A Allende le pareció una insolencia que ustedes le pidieran garantías?

–Bueno..., él hizo un poco de show, pero lo entendía. Nuestro argumento era: «Mire, su programa está muy bien y no cabe duda de que el PC chileno tiene una tradición democrática, pero en donde el PC ha llegado al poder, lo que ha establecido no ha sido un gobierno democrático y ha empezado por tomar el control de la prensa, arrinconando a los partidos opositores, poniendo dificultades a la Iglesia Católica, infiltrando al Ejército; todo aquello en un proceso progresivo. Entonces, si lo han hecho en Checoslovaquia y en una serie de países más, tenemos razones para un fundado temor». Por otra parte, le dijimos, su propio partido, en el Congreso de Chillán, en 1967, declaró que no creía en la democracia y que para hacer la revolución había que llegar a la vía armada. Con esos antecedentes, aunque no pongamos en duda su pasado democrático, tenemos que tomar precauciones.

Mientras la DC y la UP se sumergían en la discusión del Estatuto de Garantías, en la calle, en las oficinas y en los cuarteles la escalada de rumores crecía como una gigantesca ola que nadie sabe si terminaría en maremoto. Se predecía el caos económico. El 16 de

septiembre de 1970, el ministro de Hacienda Andrés Zaldívar, entregó al país un informe. «*El cambio en la situación de la economía derivado del acto eleccionario*» había sido elaborado en las últimas dos semanas por expertos calificados y se entregó a la opinión pública «por orden expresa del Presidente». En su introducción, Zaldívar expresó: «Con posterioridad al acto eleccionario el comportamiento de la economía ha cambiado radicalmente, creándose una situación que altera de manera completa y generalizada la marcha de los diferentes sectores económicos y, en consecuencia, todo el programa diseñado por el gobierno».

En sus párrafos destacados, el polémico informe señalaba:

· El primer impacto se reflejó especialmente en una violenta presión ejercida por depositantes y ahorrantes para retirar sus recursos y mantenerlos en forma de dinero. Obviamente el efecto de esta conducta se reflejó en los problemas generados en las cajas de los bancos y de los sistemas de ahorro y, en último término, sobre las disponibilidades de billetes. En lo inmediato y en la previsión de eventuales problemas, se ha dado orden de impresión en el extranjero de billetes que estarían disponibles en un plazo de 60 días.
· Es importante destacar, en relación con el impacto inicial, las medidas tomadas en el área cambiaria para impedir una fuga masiva de capitales. En esta materia se suspendió la aprobación de cuotas adicionales de viaje y se derogó el acuerdo que permitía el pago anticipado de deudas generadas de importaciones con cobertura diferida.
· La corriente de ingreso de capitales se detuvo bruscamente y no muestra síntomas de recuperación. Se registra además, una disminución brusca de la demanda, especialmente de bienes durables. Esta relación se mantuvo en la segunda semana, tendiendo a hacerse más selectiva.
· La primera reacción de las industrias y de las firmas distribuidoras fue eliminar los plazos otorgados a su clientela. Ciertas empresas han procedido a suspender sus planes de expansión y aun a paralizar algunos que están en marcha.
· Los fenómenos señalados han afectado prácticamente a todos los sectores de la economía, aunque con distinta intensidad.
· Los rubros textiles, vestuario y calzado han sufrido disminuciones de ventas que oscilan alrededor del 30%. Las ventas de bienes durables, como son los artículos para el hogar, los televisores, radios y muebles, se han reducido en porcentajes que fluctúan entre el 50% y el 80%, según el rubro.
· En la construcción, la información que se ha obtenido indica una paralización generalizada, salvo en aquellas obras que están vinculadas directamente a un organismo público.
· En cuanto al movimiento de capitales, cabe señalar que la corriente de ingreso de capitales al país se ha paralizado a partir del 4 de septiembre, lo que puede obligar a recurrir a las reservas para cumplir los vencimientos de pagos al exterior.
· El problema económico y financiero generado después del 4 de septiembre tiene sus raíces en factores completamente ajenos a la economía misma...

El informe finalizaba:

· La conjunción de los nuevos factores surgidos en las últimas semanas, unos de carácter económico y otros de carácter psicológico, ha creado una situación de emergencia. Esto se refleja principalmente en el retiro de dinero en los bancos y de las Asociaciones de Ahorro y Préstamo, en la reducción de los pagos de facturas y letras y en los cambios del sistema de créditos y ventas a plazo. El hecho que causó mayor preocupación en los primeros días fue el retiro de dinero de los bancos y de otras instituciones financieras, lo que de continuar a ese ritmo habría generado la paralización del país a corto plazo.

El discurso provocó pánico y revuelo nacional. Andrés Zaldívar recuerda que tuvo que salir a recuperar la calma:

–Estábamos convencidos de que la elección de Allende iba a provocar una estampida financiera. Para enfrentarla, manejamos varios escenarios posibles junto a

Sergio Bitar, uno de mis asesores más directos, Jorge Cauas, Sergio Molina y Carlos Massad[8]. Hicimos un simulacro de crash financiero. Había una alternativa, cerrar la frontera, no vender un dólar más, cerrar los bancos durante una semana y después, aparecer con algún esquema similar con respecto a la Bolsa. Sin embargo, optamos por hacer exactamente lo contrario. Es decir, crear una situación de normalidad tratando de que estos sectores pudieran ser neutralizados.

–¿Cómo se prepararon?

–Había un stock de papel moneda muy grande e incluso hice una importación rápida desde Inglaterra, desde donde traíamos el papel, de tal manera que los bancos no quedaran jamás sin billetes y la gente fuera tomando confianza. Además, decidimos no modificar el sistema de cuotas de dólares para viajes. Había suficiente cantidad de dólares en la reserva para poder manejarnos. Todo había que hacerlo en una carrera contra el tiempo. Recuerdo que me levantaba a las seis de la mañana y me acostaba a las dos del otro día, a veces sin poder cerrar los ojos. Mi casa era atacada durante la noche por gente de derecha y también de izquierda. ¡Cómo voy a olvidar la noche del 4 de septiembre en que me trasladé desde La Moneda a mi casa y de inmediato redacté un decreto para que la Casa de Moneda trabajara a tres turnos para producir billetes!

–¿Por qué tanta angustia cuando recuerda esos días?, ¿qué pasaba por su cabeza?

–Que la elección de Allende iba a llevar al país, tarde o temprano, a un conflicto. Era imposible compatibilizar el proyecto de los partidos que lo respaldaban con la democracia.

–¿Realmente no estuvo tentado en participar de alguna maniobra que impidiera la elección de Allende por el Congreso Pleno?

–No, nunca y tampoco nadie del gobierno de Frei Montalva. Esa es la verdad. Una persona que tuvo después un cargo muy importante en el régimen militar, llegó un día a mi casa a las dos de la madrugada y me informó de la realización de un Golpe de Estado. Yo llegaba con mi mujer y este hombre me estaba esperando en la calle con un pariente muy cercano. Entró al living y cuando me relató los hechos, lancé un grito. No pasaron dos minutos cuando lo tenía en la puerta de calle. Jamás lo volví a ver. Después tendría alguna relación con mi exilio...

–¿Por qué guarda el secreto de la identidad de dicho emisario?

–Porque podrían pensar que lo digo por venganza. Y lo cuento para decirle que me habría bastado con mover una pulgada algunas cosas para provocar una crisis de proporciones. Me habría bastado con ordenarle a la Casa de Moneda que volviera a trabajar en un solo turno, nada más. Que el Banco Central no hubiera entregado recursos adicionales. En 48 horas se hubiera producido el crash evitando así que Allende asumiera y provocando además la caída del Presidente Frei y el Golpe de Estado. ¡Eso era lo que querían! Por eso, cuando el gabinete supo todo esto y conoció las maniobras para desestabilizar el régimen nuestro y también el futuro, dije que la acusación que nos hacía Pedro Vuskovic no podía quedar sin respuesta. El consejo de gabinete acordó que yo hiciera una intervención para que mostrara cómo se habían ido encontrando soluciones a la crisis. Se redactó el informe con Sergio Bitar, Sergio Molina, Carlos Figueroa y otros; lo vio el gabinete y finalmente hablé al país el 16 de septiembre. Y, efectivamente, a los ocho o diez días, empezó a remontar la economía a pesar de que la derecha, o más bien algunos grupos de ella, siguieron tratando de crear condiciones de desestabilización.

Intentaron incluso vincularme con la conspiración de la ITT. Ellos dijeron: esto que pasó el 16 de septiembre nos ayuda porque los datos que ha dado el ministro son de tal magnitud que es fácil quebrarlo.

Se acercaban horas febriles y la cartelera cultural de Santiago no podía estar más a tono. El Teatro Municipal anunciaba la puesta en escena de *Un baile de máscaras* de Giuseppe Verdi. En los cines Rex y Las Condes, Alain Delon era uno de los protagonistas de *Los traidores* y en el York proyectaban la profética *Los malditos* de Luchino Visconti.

[1]. Entrevista con la autora (1987). Andrés Zaldívar se convirtió después del año 76, en líder del Partido Demócrata Cristiano en franca oposición a la dictadura, lo que le significó ser condenado al exilio. Cuando regresó, fue uno de los fundadores de la Alianza Democrática, fase unitaria previa a la Concertación de Partidos por la Democracia. En 1989 fue electo senador por Santiago, derrotando al socialista Ricardo Lagos. En 1999, siendo presidente del Senado, le tocó a él vivir la derrota y darle el paso a Lagos como candidato presidencial de la Concertación, y luego Presidente de la República. En el gobierno de Michelle Bachelet (2006-2010), fue durante un período ministro del Interior para luego ser elegido senador.

[2]. Pedro Vuskovic fue el primer ministro de Economía del Presidente Salvador Allende. Venía de la CEPAL, donde trabajó veinte años. Murió en 1995.

[3]. Pablo Baraona fue uno de los economistas que trabajó en el llamado *Ladrillo*, el plan económico que se aplicó inmediatamente después del Golpe de Estado y que fue elaborado por un grupo de profesionales por instrucción del sector golpista de la Armada y al amparo de la SOFOFA, durante la Unidad Popular. Ya en dictadura, fue presidente del Banco Central (1975) y ministro de Economía (1989).

[4]. De las notas de Ramón Huidobro.

[5]. De los documentos desclasificados del Departamento de Estado de EE.UU.

[6]. Ese grupo, y particularmente Teobaldo Acuña, asumirían dos años más tarde una labor de espionaje al interior de las oficinas del Banco del Estado, entregando información (mucha de ella falsa) a la Dirección de Inteligencia de la FACH, ya encabezada por oficiales golpistas, desde donde se armaría la trama que serviría al día siguiente del Golpe de Estado para armar la acusación en contra del general Alberto Bachelet y todos los oficiales y suboficiales que se opusieron al Golpe, además de decenas de dirigentes de la Unidad Popular. Ese fue el Consejo de Guerra caratulado «Alberto Bachelet y los otros», el primero que se abrió en dictadura.

[7]. Francisco Bulnes, abogado, fue presidente de la Juventud Conservadora y diputado entre 1945 y 1953. En 1962 fue presidente del Partido Conservador. Senador desde 1953 hasta 1973. Para el Golpe de Estado era senador por el Partido Nacional. Después del Golpe fue embajador de Chile en Perú entre 1976 y 1979, e integrante del Consejo de Estado. En los años 80 se convirtió en el principal motor de la reorganización de la derecha más democrática. Fue uno de los fundadores de Renovación Nacional. Falleció en 1999.

[8]. El ingeniero Sergio Bitar se incorporó a la Unidad Popular en 1971 como militante del nuevo partido Izquierda Cristiana, escindido de la Democracia Cristiana y fue ministro de Minería de Salvador Allende y uno de sus colaboradores más estrechos. Después del Golpe fue enviado prisionero a Isla Dawson, se fue al exilio y a su regreso se convirtió en dirigente del nuevo Partido por la Democracia (PPD), que fundó junto a Ricardo Lagos, elegido Presidente de Chile en enero del 2000, partido del que fue senador y presidió hasta abril de 2000. Fue senador y ministro de los presidentes Ricardo Lagos (2000-2006) y Michelle Bachelet (2006-2010). En cuanto a Carlos Massad, fue nombrado presidente del Banco Central en el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000). Sergio Molina, economista democratacristiano, fue ministro de Hacienda, presidente del Banco Central y vicepresidente ejecutivo de la Corfo en el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970). En 1985, fue el coordinador del Acuerdo Nacional, instancia surgida en dictadura bajo el alero del cardenal Juan Francisco Fresno. En el primer gobierno de la democracia, con Patricio Aylwin (1990-1994), fue ministro de Odeplan; y con Frei Ruiz-Tagle (1994-2000), ministro de Educación. Es también empresario.

CAPÍTULO V

¡DESATAR EL CAOS!

A pesar de toda la presión y de la imponente fuerza oculta que se movilizó para crear el caos económico y alinear a la Democracia Cristiana con la derecha, el Estatuto de Garantías Constitucionales fue tomando forma en ese partido.

Patricio Aylwin cuenta ese proceso:

–La idea fue acogida por todos nosotros, pero en la Junta Nacional de octubre de 1970 hubo dos interpretaciones en mi partido. La primera, encabezada por mí, secundado por Juan de Dios Carmona; la segunda, defendida por Rafael Moreno, la que triunfó. Todos estuvimos de acuerdo en que había que votar por Allende, pero como su respuesta fue ambigua, emitimos una declaración que redacté de mi puño y letra en la que exigimos que el Estatuto de Garantías se transformara luego en reforma constitucional. Así llegamos a la junta del partido y esa misma mañana recibimos una carta de la UP. Nos comunicaban que estaban dispuestos a constituir una comisión para estudiar ese posible estatuto. Algunos interpretaron la carta como que ya teníamos una respuesta favorable y había que acordar de inmediato el apoyo a Allende en el Congreso. Otros dijimos: reconocemos su derecho, pero no está aún elegido, de nosotros depende. Y como de nosotros depende, tenemos que asegurar el futuro democrático con reglas de juego claras. Para eso hay que negociar en condiciones de fuerza.

–¿Cuál fue el punto central de su tesis?

–Los hechos nos estaban demostrando que Allende no mandaba en su coalición. Y frente a eso, debíamos votar por él solo si nos daba el Estatuto de Garantías. Según como fuera la actitud de los parlamentarios de la UP en el debate de las reformas, la junta decidiría el 20 de octubre lo que haríamos en el Congreso Pleno. Hubo dos tesis en la Junta Nacional: la primera, apoyar a Allende sobre la base y el compromiso de la UP de que iba a pactar las garantías constitucionales, y la mía. Recuerdo que esa noche terminé diciendo: «Podemos casarnos con el marxismo, pero no podemos aceptar ser la querida del marxismo. Y la UP no quiere casarse con nosotros, sino aceptarnos solo como la querida para darnos el puntapié el día que quieran».

–Pero usted fue derrotado...

–Lo importante fue que en la Junta Nacional votaron unas 300 personas y hubo una postura que ganó por 30 votos. Aquellos que eran claros partidarios de no respaldar a Allende bajo ninguna condición no levantaron la voz ni representaron nada.

–¿Por qué deciden discutir con las Fuerzas Armadas ese proyecto de Estatuto antes de presentárselo a Allende?

–En ese momento, Sergio Ossa Pretot, ministro de Defensa, nos hizo saber que los mandos de las Fuerzas Armadas estaban preocupados por la politización del Ejército bajo un gobierno de izquierda y por la formación de brigadas que pudieran llegar a constituir un Ejército paralelo. Entonces les mandamos a preguntar a los mandos, a través de Ossa,

qué debería incluir al respecto el Estatuto de Garantías. Hubo una primera reunión con ellos en mi casa...

Pero las reuniones entre altos dirigentes de la DC y los militares habían comenzado antes. El 7 de septiembre, Schneider convocó a todos los generales de la Guarnición de Santiago. Allí explicó lo que estaba ocurriendo. Recordó que el Congreso Pleno era soberano para elegir entre las dos primeras mayorías y que las Fuerzas Armadas debían apoyar a quien este proclamara, hasta las últimas consecuencias. Schneider no eludió la gravedad de lo que se aproximaba, del asedio constante de que serían objeto para que tomaran posición. Y ello, dijo, debe enfrentarse con una sola actitud: «Los días que vienen son de solución política y no militar». También mencionó al general Viaux, que rondaba los cuarteles buscando adeptos para su aventura golpista. Schneider finalizó su intervención con un llamado a mantener la independencia profesional, la cohesión de mando y la disciplina, «para que seamos capaces, y ojalá no me equivoque, de enfrentar estos dificilísimos 50 días y el futuro de nuestra institución».

El miércoles 9 de septiembre se llevó a cabo una nueva reunión en la que participaron los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas con los ministros de Hacienda, Andrés Zaldívar; Economía, Carlos Figueroa; Defensa, Sergio Ossa Pretot y el jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, general Carlos Prats. Los ministros explicaron la gravedad de la situación económica y como el general Schneider había planteado el día anterior que, en los hechos, la solución política dependía de la DC, Prats propuso que la dirección de ese partido conociera directamente el pensamiento profesional de los comandantes en jefe. Esa misma tarde se encontraron con los dirigentes de la DC Benjamín Prado, Jaime Castillo Velasco, Renán Fuentealba, Luis Maira, Patricio Aylwin y el ministro Ossa.

A partir de ese momento y hasta el 24 de septiembre, con las Fiestas Patrias de por medio, se llevó a cabo una verdadera guerra psicológica que buscaba involucrar a los militares en diferentes maniobras para evitar que Allende fuera proclamado Presidente. La urgencia se respiraba. Eduardo Frei le envió un apremiante mensaje a Salvador Allende para que se reunieran en la casa de Gabriel Valdés. La cita se concretó a las 20:00 horas del miércoles 23 de septiembre.

El domingo 27 de septiembre *El Mercurio* publicó el documento de la Democracia Cristiana que antecedió al proyecto de Estatuto de Garantías Constitucionales:

> Tenemos la convicción de que muchas de las tareas de transformación y desarrollo social que se ha impuesto la candidatura de Salvador Allende, han sido y son también metas nuestras, sin que ello signifique ni identidad ni total coincidencia en los planteamientos de fondo ni en las estrategias definidas ante el país... Nuestra responsabilidad fundamental en esta hora es contribuir a crear las condiciones que aseguren un cauce democrático y libre al proceso de cambios económico-sociales que Chile debe continuar. Sobre esta base el PDC reafirma que si el señor Salvador Allende otorga de un modo real y eficaz las garantías necesarias que tenemos el deber de solicitarle en algunas materias vitales, puede esperar una decisión favorable de nuestra parte. Lo que nos interesa es obtener seguridad acerca de la plena subsistencia en Chile de un régimen de convivencia democrática y de libertades públicas. Nos interesa la manutención del pluralismo político y de las garantías constitucionales, la plena vigencia del Estado de Derecho, que las Fuerzas Armadas y Carabineros sigan siendo una garantía de nuestra convivencia democrática, que la educación permanezca independiente de toda orientación ideológica oficial y que se respete la autonomía en las universidades y la existencia libre de las organizaciones sindicales y sociales...

Aquel domingo de septiembre, muy temprano en la mañana, un alto dirigente de la DC visitó al general Carlos Prats y le propuso que, ante la negativa de Schneider de frenar la llegada al poder de la UP, el Presidente Frei estaba dispuesto a que lo enviaran al extranjero y que Prats lo sustituyera[1].

El 26 de septiembre, la periodista Silvia Pinto lanzó al estrellato al abogado Pablo Rodríguez, de 32 años, el que solo se había dado a conocer pasada la medianoche del 4 de septiembre cuando apareció en un foro de televisión representando al comando de Jorge Alessandri. Rodríguez acababa de fundar un nuevo movimiento: Patria y Libertad. Silvia Pinto lo describió así: «Casi un muchacho, de cara alegre, con gran vivacidad acentuada por sus ojos claros, lo que contrasta con sus antecedentes de alumno aprovechado y profesional exitoso. Ha demostrado en estos días que puede organizar concentraciones y dirigir grupos sin dificultad». En la entrevista, Rodríguez afirmó que su tarea era «tomar las riendas de un movimiento destinado a crear conciencia de que el país tiene derecho a una nueva oportunidad para elegir un Presidente que represente a una clara mayoría electoral y no a un tercio». Cuarenta y ocho horas antes había hablado en un acto de su movimiento en el Estadio Chile en un tono más amenazante: «La democracia está sujeta a un plazo que vence el 24 de octubre. Los que piensan que llevamos a Chile a una guerra civil son los cobardes que tienen miedo a la libertad. Si quieren guerra civil, aquí estamos nosotros, de pie».

El mismo 26 de septiembre que Rodríguez sentaba posiciones, la Conferencia Episcopal que encabezaban los obispos de la Iglesia Católica, José Manuel Santos y Carlos Oviedo, invitó a «buscar junto con los demás una solución justa, original y creativa a la problemática chilena. Mientras dure la actual incertidumbre, recurramos más que nunca a la oración y difundamos en torno nuestro la serenidad, la fortaleza y la esperanza en el diálogo y la colaboración con todos».

El 28 de septiembre fueron detenidos dos extremistas de derecha, Enrique Schilling y Luis Abelardo Meza Llancapán. Habían realizado varios atentados terroristas. La «Brigada Obrera Campesina» (BOC), grupo que se había adjudicado en esos días diversas acciones con bombas, había sido un invento del mismo grupo. La escalada terrorista no terminó allí. En la madrugada del 2 de octubre un nuevo atentado casi provocó una catástrofe de proporciones en el aeropuerto de Pudahuel, al hacer explotar un estanque de 120 mil litros de turbo fuel. Después del estallido, el combustible se esparció por el recinto. La intervención oportuna de un equipo de seguridad impidió por pocos minutos que estallara en mil pedazos el aeropuerto. Cuando intentaban volar un paso nivel de Avenida Matta con 42 cartuchos de dinamita, fueron apresados Guido Poli Garay, estudiante de Derecho de la Universidad Católica; Erwin Robertson Rodríguez, estudiante de Derecho de la Universidad de Chile y Mario Tapia Salazar, estudiante de Pedagogía en Historia de la «U». Otros tres estudiantes corrieron igual suerte por su participación en un atentado al Canal 9 de Televisión, de la Universidad de Chile. Muy pronto surgirán nuevos protagonistas de hechos violentos. La captura de Silverio Villanueva llevó a la policía a identificar a otro activista de ultraderecha: Enrique Arancibia Clavel (alias *Eugenio*). Hijo de un capitán de fragata y hermano de dos oficiales, uno de la Armada y otro del Ejército, *Eugenio* ya había sido detenido en 1969 (en las manifestaciones de apoyo al «Tacnazo») por repartir panfletos en las inmediaciones del Regimiento Buin, llamando a los militares a tomarse el poder. Se descubrió que había sido además, uno de los autores del atentado al aeropuerto de Pudahuel.

Pero los jueces no creían que se estaba frente a una escalada terrorista. A pesar de las evidencias, confesiones y otras pruebas, el juez Abraham Meerson dejó en libertad a Villanueva, Schilling y Arancibia Clavel. Schilling huyó a la Argentina y Villanueva a Miami. Arancibia fue tragado por una máquina de protección cuyos tentáculos estaban muy ocultos[2].

El mayor (R) Arturo Marshall[3] no tuvo tiempo de escapar. La justicia lo buscaba desde marzo de 1970 por haber participado en la intentona golpista liderada por el general (R) Horacio Gamboa. Marshall estaba en estrecho contacto con la CIA, a través de un agente al que solo se logró identificar como «Robert F.», quien había sido enviado a Chile para organizar el asesinato de Allende[4] y también servir de enlace con los grupos sediciosos que se movían alrededor del general Viaux. La policía tendió un cerco sobre Marshall durante seis horas. La operación incluyó disparos y bombas lacrimógenas. El entonces embajador de Estados Unidos en Chile, Edward Korry, reveló más tarde su participación en el arresto de Marshall: «Yo sabía que Marshall estaba planeando asesinar a Allende. Lo supe porque nuestras fuerzas estaban infiltradas en Patria y Libertad. La CIA me lo dijo y yo se lo informé a Frei, sin pedir autorización a Washington. Entonces, el mandatario le ordenó a su ministro del Interior que arrestara a Marshall. Yo sabía que se estaba hablando de un Golpe de Estado por los contactos que se estaban estableciendo con los militares y lo sabía porque los uniformados chilenos, a través mío, habían pedido el apoyo de Estados Unidos. Entonces les envié a ellos un mensaje escrito que leyó nuestro agregado militar Paul Wimert...»[5].

Con ese trasfondo, se reunieron altos mandos de las Fuerzas Armadas y dirigentes de la Democracia Cristiana para analizar el Estatuto de Garantías. Hasta la casa de Aylwin llegaron los generales Schneider y Prats, el comandante en jefe de la FACH, general Carlos Guerraty, y el comandante en jefe de la Armada, almirante Hugo Tirado Barros. La DC quería saber cuál sería la conducta de los militares en los distintos escenarios que planteaba la elección en el Congreso: Alessandri o Allende. La respuesta, recuerda Aylwin, la dio el general Schneider:

«Nosotros respetamos y haremos respetar cualquiera sea la decisión del Congreso. El Congreso asume su responsabilidad y decide y nosotros respetaremos esa decisión. Si hubiera alguna situación de conmoción, las Fuerzas Armadas están en condiciones de controlarla en 24 horas».

Respecto de las garantías, se convino que las Fuerzas Armadas hicieran llegar en un memorándum los puntos que les inquietaban. Esos temas fueron incluidos textualmente en el Estatuto, el que fue redactado por el propio Patricio Aylwin.

Luis Maira también participó de las conversaciones y los preparativos temáticos del Estatuto de Garantías:

–Un grupo trabajó en todo lo relacionado con la legalización de los partidos políticos, área que nunca había sido reglamentada en Chile. Ahí se incorporó el principio del pluralismo ideológico sin restricciones, la antítesis del Artículo Octavo transitorio de la Constitución de Pinochet. El segundo punto fue una reglamentación de la llamada libertad de enseñanza. La tercera reforma fue la libertad de pensamiento y de reunión, que estaba insuficientemente reglamentada en la Constitución del 25. El cuarto punto fue la reforma al artículo 22 que afectaba a las Fuerzas Armadas. Allí se agregaron dos ideas: que la fuerza pública está constituida única y exclusivamente por las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros y todas ellas son «instituciones esencialmente profesionales,

jerarquizadas, disciplinadas, obedientes y no deliberantes». Hubo tres o cuatro grupos de expertos que hicieron propuestas y una especie de secretario ejecutivo, el joven abogado Guillermo Piedrabuena, profesor de Derecho Constitucional y «tercerista»[6]. Con ese documento se elaboró la proposición. Luego, el Consejo Nacional designó a cinco personas para que negociaran con Allende. También se nombró un equipo de tres personas para impulsar las garantías en el Congreso: Renán Fuentealba, Bernardo Leighton y yo. Entre el 4 y el 21 de septiembre trabajamos sin parar elaborando la propuesta para que la DC pudiera apoyar a Allende. Del 21 al 30 de ese mes trabajamos para que eso se transformara en un acuerdo político.

–¿Cuál fue el nudo central de esas «garantías»?

–Hacer más sólido el sistema político. Nos parecía que estaba con un grado de debilidad que lo ponía al borde del colapso y el «Tacnazo» era la prueba. La gente de izquierda que gritaba en contra del Estatuto de Garantías en la calle nunca lo leyó. No entendían que si no se sacaba un texto así, no había apoyo de la DC, ésta se dividía y un sector muy importante de ella podía no votar por Allende en el Congreso Pleno. La segunda consideración fue que, si no se sacaba un texto de ese tenor, difícilmente toda la DC iba a apoyar a Allende y se resquebrajaría sensiblemente. El clima que se vivía en esos días era particularmente tenso. Una noche de domingo, el 23 o 24 de septiembre, llegó a mi casa un amigo de la corriente moderada de la DC y me dijo que tenía urgencia en hablarme. Quedamos en almorzar el día siguiente. Allí me contó su preocupación: quería que me cuidara, que estaba haciendo una locura porque Allende nunca iba a salir elegido. Dijo, además, que habría un Golpe y que este contaba con el apoyo de amplios sectores militares, que los norteamericanos estaban trabajando en la misma dirección y que los que estuviéramos en el bando equivocado íbamos a recibir la fuerza. Era un hombre decente, serio, había recibido la información de las fuentes más intachables de la DC... Me di cuenta en qué enredo estábamos metidos.

–Hubo democratacristianos que sostuvieron que usted jugó en esa negociación el papel de infiltrado porque ya en esa época era un hombre de Allende, a pesar de que su retiro de la DC solo se hizo en 1971.

–Fui democratacristiano y muy leal con ese partido hasta el día en que renuncié, en julio de 1971. Era como mi casa, lo sentía muy propio, estaba convencido de que era mi mejor opción para lo que sentía el bien de Chile. Disfruté además del afecto de su gente, de los viejos militantes. La ruptura tuvo un tremendo costo personal. La DC es muy afectuosa, mucho más que la izquierda. La izquierda da bastante soledad; estás ahí porque crees en algo, pero al final no es gente muy alegre ni muy vital ni su afectividad es tan transparente. Alguna vez leí un texto de Radice, un comunista italiano que decía: lo que me impresiona de los buenos cristianos es su preocupación por el hombre. Nosotros nos preocupamos por las masas, por el pueblo y al final, nos despreocupamos un poco del individuo, de lo que sientes, de lo que sufres. Yo me sentí siempre en la DC muy querido y muy legitimado. Por lo demás, hay lealtades que sigo respetando. Hay cosas que no diré hasta que me muera...

El 14 de octubre, Salvador Allende le informó al Presidente Eduardo Frei que el tono de las amenazas contra su vida había escalado peligrosamente.

El 15 de octubre, la Cámara de Diputados aprobó por 94 votos a favor y 16 abstenciones –de los miembros del Partido Nacional– las reformas constitucionales que

incluía el Estatuto de Garantías pactado entre la DC y la UP. Su promulgación se llevó a cabo el 21 de enero de 1971. Pero antes, el 6 de octubre, el Consejo Nacional de la DC decidió apoyar la candidatura de Salvador Allende en el Congreso Nacional. Ese mismo día, en Bolivia, un nuevo general asumió el poder. Juan José Torres llegó con un marcado tono progresista. «Bolivia: pacto FF.AA., obreros y estudiantes», tituló *El Siglo*, diario del PC de Chile. Y en Perú, también ese día, su Presidente, el general Juan Velasco Alvarado, afirmaba: «La oligarquía tendrá que convencerse que su imperio terminó en Perú para siempre».

Con un programa más avanzado, la «vía chilena» al socialismo estaba a punto de iniciarse despertando la curiosidad de los cientistas políticos de todas las latitudes y la admiración incondicional de la izquierda europea.

Pero faltaba aún un escollo, el más importante y dramático.

[1]. De las *Memorias* del general Carlos Prats.

[2]. Enrique Arancibia Clavel logró huir hacia Argentina luego de recibir el apoyo de un yerno del general y dictador de ese país, Juan Carlos Onganía. Después del Golpe de Estado, se convirtió en jefe, en Argentina, de la red secreta de la DINA. Participó en distintas operaciones de eliminación de disidentes y en la estructuración de la «Operación Cóndor», la coordinación de los servicios de seguridad de las dictaduras militares del Cono Sur. En 1978, en pleno conflicto limítrofe entre Chile y Argentina, fue detenido en Buenos Aires y, para eludir la acusación de «espía», entregó las copias de las órdenes de la DINA que había recibido desde Santiago, más las cédulas de identidad de detenidos desaparecidos y cartas manuscritas que revelaban la existencia de una operación de exterminio denominada «Operación Colombo» y un grueso legajo de documentos sobre otros actos criminales. Esos documentos, hallados en el Archivo Judicial argentino por la autora de esta investigación, fueron incorporados en 1990 al juicio que se seguía en ese país por el asesinato del general Carlos Prats. En 1998 fue detenido en Buenos Aires y en 2004, condenado a cadena perpetua como autor del atentado terrorista con el que la DINA asesinó a Prats y su esposa, en septiembre de 1974; además del secuestro y tortura de dos chilenas. Salió en libertad y en 2011 fue asesinado de 11 puñaladas en Buenos Aires por uno de sus ocasionales amantes.

[3]. Arturo Marshall había sido el segundo comandante del Regimiento Yungay de San Felipe. Su retiro obligado lo provocó un acto de desacato que protagonizó en septiembre de 1969, en Santiago. En marzo de 1972 se descubre que encabeza un nuevo complot golpista, en el que aparecen implicados oficiales del Batallón Blindado Nº 2 y de la Escuela de Paracaidistas y Fuerzas Especiales del Ejército. Entonces desaparece y escapa hacia Bolivia.

[4]. Investigación hecha por Seymour Hersh.

[5]. Entrevista a *Qué Pasa* del 6 de diciembre de 1997.

[6]. . El abogado Guillermo Piedrabuena fue designado primer fiscal nacional, en 1999, por el Senado; una función creada por la Reforma Judicial.

Capítulo VI

TODOS LOS CAMINOS LLEVAN A NIXON

A las 8:15 de la mañana del 22 de octubre, el general René Schneider abandonó su casa y, con paso rápido, se subió a su automóvil oficial, un Mercedes Benz azul. En la intersección de Américo Vespucio con Martín de Zamora fue encajonado y luego embestido por otro vehículo. En pocos segundos, cinco individuos rodearon su auto. Uno de ellos rompió una de las ventanillas e hizo fuego sobre el jefe del Ejército.

–Mi general llegó en grave estado al Hospital Militar –le dijo conmocionado el comandante Santiago Sinclair[1], ayudante del general René Schneider, al general Carlos Prats, minutos después.

Fue el principio del fin del respeto a la vida como barrera de contención para el odio político. El país se estremeció. La desconfianza comenzó a cavar una trinchera en el alma de los chilenos. El cambio se sintió en las calles y en las casas. Y a pesar de que el asesinato político era, hasta ese momento, ajeno a las prácticas imperantes, las autoridades militares y políticas no podían argumentar que un complot de esa naturaleza no había sido anunciado.

Cuarenta y ocho horas antes, los diarios habían informado del hallazgo de un arsenal en una parcela en La Florida, de propiedad del mayor (R) de Carabineros, José Cabrera. Capturado junto a un grupo nacionalista, Cabrera confesó ser parte de un plan que intentaba impedir la proclamación de Allende. Ese plan, reveló, era dirigido por el general (R) Roberto Viaux y contaba con el apoyo de Arturo Queirolo y del general (R) Héctor Martínez Amaro.

Nadie quiso tirar el hilo de una madeja que conducía a la propia Casa Blanca, en donde el Presidente Richard Nixon, como recordaría el propio Secretario de Estado, Henry Kissinger, seguía culpándolo a él y a su embajador en Santiago de lo que ocurría en Chile[2].

Cinco años más tarde, el 18 de diciembre de 1975, el Congreso de los Estados Unidos hizo públicas las conclusiones del «Comité Especial del Senado para el Estudio de las Operaciones Gubernamentales respecto a las Actividades de Inteligencia en Chile» (1963-1973). Esa investigación fue promovida por el senador Frank Church, sobre la base de una revisión de documentos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), del Departamento de Estado, del Departamento de Defensa, del Consejo Nacional de Seguridad y contó con numerosos testimonios de ciudadanos estadounidenses que estuvieron vinculados con la política de ese país en Chile. Allí se registró paso a paso la intervención que llevó a cabo Washington con el apoyo –gratuito y remunerado– de connotados chilenos. Bajo la premisa de que había que impedir la llegada de un socialista al poder político, se trabajó, desde antes de 1970, la alternativa militar.

Ya en agosto de 1969, Nelson Rockefeller recomendaba para América Latina la vía de las dictaduras militares como el mejor antídoto frente al comunismo. El embajador

Korry la apoyó rotundamente, a comienzos de 1970, cuando le propuso a Nixon, en un informe confidencial, la conveniencia de un Golpe de Estado. La opinión de Korry seguramente estuvo incentivada por la rebelión del Tacna.

Tanto Allende como la Unidad Popular confiaron en que la solidez de la «Doctrina Schneider» sería suficiente para avanzar en el proceso de transformaciones a través de la legalidad imperante. Lo que no sospechaban era la magnitud de la operación que iniciaría Estados Unidos para impedirlo.

Fidel Castro también confió en esa peculiar «vía chilena». El 26 de julio de 1970, y mientras se celebraba en La Habana el decimocuarto aniversario del ataque al Cuartel Moncada[3], le preguntaron si creía en la factibilidad de un triunfo de la izquierda en Chile a través de las elecciones.

–¡Categóricamente sí! En este momento concreto en Chile, creo que es posible llegar al socialismo mediante una victoria electoral. Chile es uno de los pocos países latinoamericanos donde se libra la lucha política constitucional dentro de los cauces establecidos y la única ventaja de la derecha consiste en tener mayores medios económicos.

Kissinger temía lo que a Castro entusiasmaba. El 27 de junio de 1970, en una reunión secreta realizada en la Casa Blanca, expresó: «No veo por qué debemos estar pasivos y ser observadores de cómo un país se vuelve comunista debido a la irresponsabilidad de su propio pueblo»[4]. Roger Morris, colega de Kissinger en el Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos, comentó así la posición que este tenía en esos días sobre los acontecimientos que se vislumbraban para Chile:

«No creo que nadie en el gobierno comprendiese cuán ideológico era Kissinger en la cuestión de Chile. Nadie supo ver que Henry consideraba a Allende como una amenaza mucho más peligrosa que Castro. Allende era el vivo ejemplo de la reforma social y democrática en América del Sur. Ocurrían en el mundo acontecimientos desastrosos, pero solo Chile le asustó. Años más tarde hablaba sobre el "eurocomunismo" del mismo modo que ya había hablado antes sobre Chile»[5].

No solo Kissinger se atemorizaba por el triunfo de Allende. El embajador Korry, en el último de los dieciocho informes que envió a Washington, entre el 4 de septiembre y la madrugada del 5, y en el que dice que puede «oír el bramido de los allendistas proclamando su victoria en las calles», afirmó:

«Chile votó con calma para tener un Estado marxista-leninista, la primera nación del mundo en hacer esta elección libremente. Es un hecho triste que Chile haya tomado la ruta del comunismo con solo un poco más de un tercio (36%), pero es un hecho inmutable. Tendrá un efecto muy profundo en América Latina y el resto del mundo; hemos sufrido una grave derrota, las consecuencias serán internas e internacionales; sus repercusiones tendrán efectos inmediatos en algunos lugares y más retardados, en otros».

Y terminó culpando del triunfo de Allende a la «pobreza» política de los DC y a la «estúpida miopía y arrogancia» de la derecha de clase alta. «El liderazgo depende, si me permite usar mi español, de la cabeza, el corazón y los cojones. En Chile, solo cuenta la cháchara»[6], concluyó.

De los diálogos grabados que diariamente sostenían Nixon y Kissinger en esa época, y que más tarde conoció la comisión del Senado de Estados Unidos que investigó la acción encubierta en Chile, se desprende que, si bien la atención la acaparaba la guerra

de Vietnam, Chile era tema recurrente.

> –Ellos (Latinoamérica) aún no se la pueden con la democracia. Ahora nos están expulsando de Chile y rápidamente. Tenemos que retener a Brasil y mantener Argentina –dijo Nixon.
> –El desastre en América Latina es en gran parte culpa de ellos mismos –respondió Kissinger.

El terror de Nixon a que la elección de Allende desencadenara un «incendio regional», lo llevó, según cuenta Kissinger en sus memorias, «a asumir un papel personal respecto de Chile». Según este, la reunión que lo impulsó a actuar fue la que tuvo lugar el 14 de septiembre. En ella habló con Agustín Edwards, «editor de *El Mercurio*, el periódico chileno más respetado y quien había venido a Washington a advertir cuáles serían las consecuencias de una asunción de Allende. Edwards se hospedaba en la casa de Don Kendall, principal funcionario ejecutivo de la Pepsi-Cola, quien traía a su padre a ver a Nixon ese mismo día y yo me había encontrado con Edward y John Mitchell (*procurador general*) durante el desayuno y le había pedido a Edwards que viera a Richard Helms (*director de la CIA*) por cualquier idea que pudiera tener», escribió Kissinger.

Al día siguiente, el 15 de septiembre, en la sala oval de la Casa Blanca, Nixon le ordenó al director de la CIA, Richard Helms: «No hay que dejar ninguna piedra sin mover para obstruir la elección de Allende».

Ante los integrantes de la «Comisión Church», Helms debió entregar algunas de las notas que escribió en esa reunión y en las que registró las instrucciones de Nixon. Allí se lee:

«Aunque tenga usted una oportunidad entre diez, salve a Chile, merece la pena el gasto. No importan los riesgos que haya que correr».

«Diez millones de dólares disponibles, más si es necesario. Dedicación completa. Los mejores hombres».

«Reventar la economía».

«Cuarenta y ocho horas para el plan de acción».

«No meter a la embajada en esto».

De aquella reunión, Helms dijo en 1975, ante la Comisión Investigadora del Senado de los EE.UU.: «Si alguna vez salí del despacho presidencial con un bastón de mariscal en mi mochila, fue aquel día».

Kissinger se encargó de transmitir el 16 de septiembre, a un grupo de editores de periódicos de Washington, la importancia que revestía para su gobierno la elección de Allende:

«Todavía no he encontrado a nadie que crea firmemente que si Allende ganase se volverían a celebrar elecciones libres en Chile... Lo más probable es que, en algunos años, establezca algún tipo de gobierno comunista, en uno de los países latinoamericanos más importantes, junto con Argentina, Brasil, Perú y Bolivia. De modo que creo que no deberíamos engañarnos pensando que Allende en el poder no nos traería grandes problemas, tanto a nosotros como al resto de las fuerzas democráticas del Hemisferio Occidental».

El mismo día en que Kissinger hacía estas declaraciones ya estaba en marcha el «*Proyecto Fubelt*», el nombre clave de las operaciones encubiertas para desestabilizar el gobierno de Allende que surgió de una asociación de palabras. En el código de dos letras que la CIA daba a cada país, Chile era «FU». A lo que se agregó «BELT» (*cinturón*).

16 SEPTIEMBRE DE 1970:
MEMORÁNDUM PARA ARCHIVO
MATERIA: GÉNESIS DEL PROYECTO FULBELT

1-. Con esta fecha, el Director (*Helms*) llamó a una reunión en relación a la situación de Chile. Estaban presentes, además del Director, el general Cushman, DDCI; el coronel White, director Compt; Thomas Karamessines, DDP; Cord Meyer, ADDP; William V. Broe, jefe de la división del Hemisferio Occidental; (*nombre tachado*), delegado jefe WH División; (*nombre tachado*), jefe Covert Action WF División y (*nombre tachado*), Jefe WF/ 4.
2-. El Director le manifestó al grupo que el Presidente Nixon decidió que el régimen de Allende en Chile no es aceptable para Estados Unidos. El Presidente le pidió a la Agencia que impida que Allende asuma el poder o que lo desaloje de él. El Presidente destinó diez millones de dólares con este propósito.
3-. Durante la reunión se decidió que el señor Thomas Karamessines, DDP, asumirá toda la responsabilidad de este proyecto. Será asistido por un equipo especial creado para este propósito en la División del Hemisferio Occidental.
4-. El coronel White fue encargado, por el Director, de proveer todos los elementos necesarios para facilitar la realización del proyecto.
5-. El Director dijo que el doctor Henry Kissinger, consejero del Presidente para Asuntos de Seguridad Nacional, le solicitó reunirse con él el próximo viernes 18 de septiembre a fin de escuchar los comentarios de la Agencia sobre la forma de llevar a cabo esta misión.
Firmado: William V. Broe, jefe de la División del Hemisferio Occidental.

El embajador Korry –dice el informe Church– no fue informado del plan que de inmediato se puso en acción y que tenía como objetivo instigar un Golpe de Estado antes que Allende fuera proclamado el 24 de octubre. Por eso, se dijo, la misión se le encomendó al coronel Paul M. Wimert, quien entró en contacto con dos generales del Ejército de Chile: el ya conjurado Roberto Viaux y Camilo Valenzuela, hombre a cargo del control del acto electoral del 4 de septiembre y que en la noche impacientó a Allende retardando el anuncio oficial de su triunfo. También conspiró el comandante en jefe de la Armada, almirante Porta Angulo. La meta: neutralizar a Schneider.

No es casualidad entonces que los tres escenarios de insurgencia previstos que delineara la junta de comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y de Orden con el ministro de Defensa de Eduardo Frei, el 18 de agosto de 1970, apuntaran a sectores de izquierda que intentaran desconocer el resultado electoral y su proclamación en el Congreso Pleno. La reunión tuvo como objetivo coordinar «las instrucciones secretas del gobierno para garantizar el desarrollo normal del proceso electoral entre el 4 de septiembre y el 3 de noviembre de 1970», en el que figura como hito el 24 de octubre, día en que el Congreso Pleno debe proclamar al nuevo Presidente de la República. Junto a René Schneider Chereau, ocuparon su sillón constitucional, ese día, el comandante en jefe de la Armada, almirante Fernando Porta Angulo; de la Fuerza Aérea, general Carlos Guerrati Villalobos; director general de Carabineros, Vicente Huerta Celis; jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, general Carlos Prats González; comandante general Guarnición del Ejército, general Camilo Valenzuela Godoy. Todos ellos, salvo Schneider y Prats, eran parte del grupo golpista. Por eso era imprescindible desde un primer momento asesinar a ambos[7].

Para agilizar los preparativos, se decidió que estarían ya redactados los decretos de Estado de Excepción y el proyecto con el que se pediría al Congreso la declaración del Estado de Sitio a partir del 5 de septiembre, además de lugares de confinamiento especiales en seis provincias. También se mencionó (Punto 10), la posibilidad de un secuestro político, pero se enfatizó en la posibilidad de que sus víctimas fueran miembros

del cuerpo diplomático, cuyo «objetivo sea lograr la libertad de individuos procesados por la justicia».

Pero no eran los grupos de izquierda los que preparaban un secuestro que provocaría el caos institucional propicio para que las Fuerzas Armadas se adueñaran del poder. Inmediatamente conocidos los resultados de la elección, el grupo sedicioso aceleró sus planes en Santiago y en Washington, donde el Presidente Richard Nixon y el secretario de Estado Henry Kissinger, habían dando luz verde a la desestabilización, al complot y también al crimen del comandante en jefe del Ejército. El 21 de septiembre de 1970, uno de los hombres del comando golpista, Juan Luis Bulnes Cerda, viajó rumbo a la Argentina, desde donde regresó cinco días después.

Luis Gallardo Gallardo, uno de los hombres que trabajó en la campaña de Jorge Alessandri y que jugó un rol clave en la conspiración de Viaux y Valenzuela, relató más tarde:

> Conseguí con un amigo un departamento más o menos central a fin de utilizarlo como cuartel general y que al mismo tiempo tuviera las comodidades necesarias para un acuartelamiento del grupo nuestro mientras se nos señalaba el momento de actuar. Ese departamento lo denominamos *La Pecera*, por encontrarse frente a la boite *La Sirena* y me fue facilitado precisamente por Carlos Aravena, dueño de la boite.[8]

Entre el 5 y el 20 de octubre, la CIA organizó veintiún encuentros clandestinos con oficiales e integrantes de los grupos sediciosos. El 17 de septiembre, los conspiradores le pidieron al hombre de la CIA, Paul Wimert, tres ametralladoras, municiones, granadas y gas lacrimógeno. Las armas ingresaron a Chile a través de la valija diplomática. Para entonces, el grupo tenía ya bien identificados los domicilios y trayectos cotidianos de los generales Schneider y Prats. Faltaba solo fijar la fecha. Se decide ejecutar la operación el lunes 19 de octubre, con ocasión de una comida de los generales en la casa del jefe del Ejército, en avenida Presidente Errázuriz 4240, la misma que años más tarde ocuparía como residencia Augusto Pinochet.

Ese mismo día, desde el cuartel general de la CIA, se despachó un mensaje secreto solo destinado al jefe de su estación en Santiago. En él, Henry Heckched decía:

> El alto mando sigue interesado en la intentona golpista de Tirado, Canales y el general Valenzuela, así como también del general Viaux. Es una política firme y continua que Allende sea derrocado por un Golpe antes del 24 de octubre. Pero los esfuerzos en ese sentido continuarán vigorosamente más allá de esa fecha. Vamos a continuar presionando al máximo y utilizando todos los recursos que sean apropiados.

Para Schneider y el cuerpo de generales, ese lunes 19 fue un día especial: habían decidido otorgarse un respiro de camaradería. El 24 de octubre el general Schneider cumplía un año como comandante en jefe, el mismo día en que se llevaría a cabo la jornada en que el Congreso Pleno debía proclamar al nuevo Presidente de la República. Por ello, decidieron anticipar la celebración con una comida en la casa de los comandantes en jefe, la que Schneider utilizaba solo para actos oficiales, ya que continuaba viviendo en su misma residencia personal.

En un clima de amistad y complicidad los generales fueron soltando tensiones y temores y muy pronto se envolvieron en una burbuja que los aisló del resto del país. Nadie imaginó esa noche que, en las sombras, a muy pocos metros de la residencia, los complotados apenas contenían la ansiedad a la espera de la orden para actuar.

Según la confesión de Viaux, el Plan «consistía en conminar al Presidente Frei a

abandonar el país dejando el poder en manos de una Junta Militar presidida por el almirante Tirado. Como ministros, estaríamos incluidos el general Vicente Huerta y yo, que tendría la cartera de Defensa. La operación primera se planeó para la noche del 19 de octubre. El que dio la idea y proporcionó los antecedentes fue el general Camilo Valenzuela»[9].

El general Camilo Valenzuela también participó de la velada en la calle Presidente Errázuriz. Ni un gesto le vieron hacer cuando, en horas de la madrugada, Schneider y Prats abandonaron la comida. Luis Gallardo, hombre de Roberto Viaux y uno de los jefes de la «Operación Alfa», contó que, una vez secuestrado Schneider, el general Valenzuela se encargaría de retener al resto de los asistentes a la comida. Además, no existiría patrullaje de Carabineros por el sector desde las doce de la noche y hasta las dos de la madrugada, por orden del general de Carabineros, Vicente Huerta.

Pero, como en una comedia de equivocaciones, en el jardín de calle Presidente Errázuriz, Schneider y Prats decidieron esa noche subir a sus autos particulares y conducir ellos mismos, sin escolta ni choferes. En la confusión, Juan Luis Bulnes, apostado frente a la casa, no supo qué hacer. Es de imaginar la ira que provocó en el grupo golpista la constatación de que en el auto oficial no viajaba «el objetivo». La conjura abortó, pero por pocas horas. Se decidió entonces que el mejor escenario era al regreso del general Schneider desde el Ministerio de Defensa a su casa. El martes 20 de octubre, la segunda tentativa también fracasó.

El tiempo se agotaba, ya no había espacio para otro error.

Luego de renunciar a la idea de secuestrarlo en su hogar, se optó por ejecutar el atentado el 22 de octubre en Américo Vespucio con Martín de Zamora, «único recorrido fijo del general y además único lugar despejado y apropiado para la acción», según declaró más tarde Luis Gallardo, alias *Gilberto*. Gallardo confesó que él mismo «había comprobado que en esa esquina, el auto del general paraba unos segundos respetando el disco Pare»[10].

Un ensayo de la operación terrorista se organizó en el Parque Cousiño en la noche del 20 de octubre. La gran concurrencia que encontraron en el sitio abortó los preparativos. En medio de la nueva confusión, Juan Luis Bulnes propuso: «El lugar más adecuado para hacer un ensayo es en Los Dominicos, pues en la noche dicho sector se encuentra despoblado»[11].

El estudiante de la Universidad Católica conocía bien ese sector pues allí funcionaba la Escuela de Economía y Administración de la misma casa de estudios, donde se había concentrado un importante grupo de férreos opositores a Salvador Allende, que más tarde tendrían importantes cargos en el régimen militar. Bulnes mantenía un estrecho contacto con ese grupo, que sería determinante para lo que ocurriría solamente horas más tarde.

Años después, el agente de la CIA Paul M. Wimert, confesó haberle entregado 50 mil dólares al general Camilo Valenzuela y al almirante Fernando Porta Angulo para esa misión, pero que, con posterioridad, decidió recuperarlos para así quedar protegido de la sospecha de su papel directo en la conspiración. Wimert dijo que el almirante devolvió su parte sin comentarios, pero que Valenzuela se resistió, por lo que se vio obligado a sacar su revólver. «¡Te voy a deshacer si no me entregas el dinero!», dijo Wimert mientras movía el arma frente al rostro del general. Y como Valenzuela dudaba, lo golpeó. Eso, aseguró Wimert, «fue suficiente para que fuera a buscar el dinero».

Resulta interesante escudriñar en las sesiones de la Comisión Church sobre los puntos que nunca fueron dilucidados y que continúan hasta hoy en el misterio. El más relevante es la investigación hecha por Seymour Hersh, quien sugiere que el Plan TRACK II, el que supuestamente no pasó por el conocimiento del embajador Korry, tenía como objetivo final el asesinato de Allende, el que estuvo preparado hasta en sus detalles, que fueron registrados en un documento secreto que jamás se pudo hallar. Su fuente de información –dijo– era Charles E. Raddord, auxiliar del contraalmirante Rembrandt C. Robinson, miembro del Estado Mayor del Consejo de Seguridad Nacional. Es más, Hersh incluso afirmó que, en 1980, en una conversación sostenida con el coronel Wimert, este le comunicó su sospecha de que los agentes de la CIA que ingresaron a Chile, entre septiembre y octubre de 1970, con pasaportes falsos de un país que no era Estados Unidos (*Hungría*), para asociarse y apoyar la operación del general Viaux, tenían como misión asesinar a Allende.

Las vías para impedir su instalación en La Moneda eran muchas y todas llevaban a la Casa Blanca. Por un lado estaban los agentes de la operación TRACK II. Por otros carriles, y con otro financiamiento, se desplazaban los agentes que obedecían a lo dispuesto en el plan TRACK I, que sí se discutió en el Departamento de Estado y pasó por el canal del embajador Korry. Ese plan apuntaba a convocar a nuevas elecciones en las que debía ser electo Frei Montalva.

El 14 de septiembre de 1970, como quedó registrado en la Comisión Church, el Comité de los 40, en Washington, discutió las alternativas que se presentaban para su ejecución. Una de las variables era convencer a los ministros más importantes del gobierno de Frei Montalva a que renunciaran a sus cargos. Se conjeturaba que a Frei, en ese cuadro, no le hubiera quedado más opción que constituir un gabinete militar para luego retirarse, lo que hubiera dado lugar a un «golpe blanco», en el que los militares tomarían el poder y llamarían a nuevas elecciones. Para la ejecución del plan «Rube Goldberg», el Comité de los 40 le ordenó al embajador Korry que se reuniera con Frei y lo autorizó a gastar 250 mil dólares en «sobornos a congresistas chilenos». Korry dijo haber rechazado el dinero además de negarse a discutir con Frei. «El plan no tenía ninguna posibilidad de éxito», aseguró ante la Comisión Church.

Su declaración no concuerda con el memorándum que Korry envió el 22 de septiembre y en el que describió a Frei como «la figura central cuyos movimientos determinan el paso, la dirección y la forma de una situación que tiene más consecuencias que las que el 99,99% de los chilenos conoce».

Tampoco coinciden las declaraciones de Korry ante la Comisión Church con un dato que quedó registrado en las *Memorias* del general Carlos Prats, escritas entre septiembre de 1973 y septiembre de 1974. Allí se muestra un episodio que revela que hubo algún contacto con el Presidente Frei para comunicarle la operación gestada en el gobierno de los Estados Unidos.

> El 23 de septiembre, Schneider me relata una larga entrevista que sostuvo con el Presidente Frei, quien se siente muy preocupado frente a su responsabilidad. Frei le dice que ha oído rumores de que algunos jefes de las Fuerzas Armadas están dispuestos a impedir que Allende llegue al poder; pero que él, por ningún motivo, dejará el gobierno ni cambiara su gabinete. Que se mantendrá en la constitucionalidad hasta que deba entregar el mando a su sucesor y que recomendaba que las FF.AA. también hicieran lo mismo. Poco antes de la hora de comida, vuelve a mi casa Jorge Prat, a relatarme que un senador –cuyo nombre me da– le contó que el Presidente Frei ha tenido una entrevista con Schneider en la que le ha dejado a entender a este que «las Fuerzas Armadas debían actuar». Le respondo que la versión es falsa, porque no coincide

con lo que el propio Schneider me acaba de transmitir y le pido me autorice para informar a Schneider de la maquinación.

Así ocurrió. Prats informó a Schneider de su conversación con Jorge Prat (exministro de Jorge Alessandri, amigo del general Prats, quien había sostenido contactos con Viaux en los días previos a la sublevación del Tacna) y el comandante en jefe, visionario y hábil, decidió enfrentar inmediatamente la situación. Al día siguiente convocó a todos los generales y les entregó el detalle de su conversación con Frei y de sus recomendaciones. Entre los presentes estaba Camilo Valenzuela. Esa misma noche, en la embajada de los Estados Unidos, se tuvo la confirmación de que el plan había fracasado. Solo quedaba la «vía Schneider».

Muchos agentes de la conspiración, y con distintas órdenes, se desplazaban por las calles, oficinas y cuarteles de Chile en esos días de septiembre y octubre de 1970. A ellos se sumaron los hombres que desde julio de 1970 se habían instalado en Chile para ejecutar su propio esquema sedicioso, esta vez ordenado por la plana mayor de la empresa norteamericana de telecomunicaciones, ITT. Sus ejecutivos tenían razones para estar inquietos. Dueños del 70% de la Compañía de Teléfonos de Chile, temían que su inversión, avaluada en más de 150 millones de dólares, fuera expropiada por un eventual gobierno de la UP. Lo que efectivamente ocurrió.

Según consta en los registros del Senado de los Estados Unidos, el 16 de julio de 1970, el jefe máximo de la ITT, Harold Geneen, sostuvo una entrevista con el jefe de la CIA para el Hemisferio Occidental, William C. Broe y le ofreció una cantidad superior a los 10 millones de dólares para obstaculizar la elección de Allende. Los investigadores de las acciones y operaciones encubiertas en Chile comprobaron que la ITT invirtió 350 mil dólares en la campaña de Alessandri y 100 mil dólares en el diario *El Mercurio*. El plan preventivo no tuvo éxito, la plana mayor de la ITT entró en acción nuevamente y apeló a uno de sus ejecutivos, John M. McCone, antiguo alto mando de la CIA y permanente colaborador de sus acciones encubiertas. El 9 de septiembre, el patrón máximo de la ITT le comunicó que disponía de «un millón de dólares» para apoyar cualquier plan que preparara alguna agencia del gobierno de los Estados Unidos que permitiera bloquear la ratificación del triunfo de Allende. Muy pronto, McCone se reunió con Kissinger y el director de la CIA, Richard Helms, para hacer efectiva la oferta de la ITT. La propuesta fue recibida con entusiasmo por Kissinger y Helms.

El 29 de septiembre, el vicepresidente de la ITT, Edward J. Gerrity, acudió a una cita convocada por Helms. La propuesta era simple: un plan para promover el caos económico en Chile. En los días que siguieron se publicaron más de 700 reportajes dentro y fuera de Chile en los que se informaba del desastre financiero que se avecinaba. Todo fue inútil. La única acción que quedaba en el tablero de operaciones era eliminar al comandante en jefe del Ejército. Y de eso se trató.

Prats relató en sus *Memorias* lo que le quedó grabado en su retina cuando, con la angustia que le ahogaba la garganta, llegó raudo hasta el Hospital Militar, en la mañana del 22 de octubre de 1970: «Veo el cuerpo inconsciente de Schneider, inmóvil sobre la camilla, con su rostro hecho mármol y su busto bañado en sangre. Uno de los tres balazos le había perforado los pulmones, le rozó el corazón y le destrozó su hígado...».

Prats no podía sospechar que cuatro años más tarde su cuerpo y el de su esposa serían también depedazados, en este caso por una bomba colocada en su auto, cuya potencia los eyectaría en la oscuridad de la noche en un radio de 50 metros entre los

edificios de la calle Malabia, en el barrio de Palermo, en Buenos Aires.

Pero para ello faltaban muchos días y muchas otras jornadas de horror.

[1]. En 1973, Santiago Sinclair era jefe del Regimiento Cazadores de Valdivia. Participó en dos masacres de campesinos: Liquiñe y Chiuío. Esta última, acaecida en los primeros días de octubre de 1973, cuando tropas bajo su mando y conducidas por los dueños de la mayor propiedad agrícola de la zona, asesinaron a 17 campesinos, los que fueron enterrados en fosas clandestinas. En 1978, los restos fueron desenterrados y lanzados al mar, quedando algunos huesitos, botones y jirones de ropa que permitieron más tarde identificarlos. Llegó a ser vicecomandante en jefe del Ejército, el segundo de Pinochet, en 1986. Al año siguiente, investido de esa autoridad, participó de una reunión en la que se decidió y coordinó que cinco intregrantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que estaban detenidos en el Cuartel Borgoño de la CNI, fueran lanzados al mar. Así quedó acreditado en la investigación que hizo el ministro Mario Carroza en 2008, quien lo sometió a proceso y ordenó su encarcelamiento. Fue dejado en libertad, previo pago de fianza de $200 mil. En 1989, fue integrante de la Junta Militar y, recuperada la democracia, senador designado hasta 1997. Ha sido uno de los hombres más leales y obsecuentes con Augusto Pinochet.

[2]. Del libro de Kissinger *Mis años en la Casa Blanca*.

[3]. Efeméride que marca el inicio de la Revolución Cubana.

[4]. De la grabación desclasificada de la reunión del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, del 27 de junio de 1970.

[5]. Seymour M. Hersh, en *The Price of Power. Kissinger in the Nixon White House*.

[6]. Del relato de Henry Kissinger en su libro *Mis memorias*.

[7]. Del expediente judicial sobre el asesinato del general René Schneider.

[8]. Del libro de Florencia Varas, *Conversaciones con Viaux*.

[9]. Relato de Roberto Viaux a Florencia Varas en el libro *Conversaciones con Viaux*.

[10]. Declaración de Luis Gallardo en el juicio por la muerte de René Schneider, del 23 de enero de 1971.

[11]. De las confesiones de varios de los involucrados en el crimen del general Schneider que aparecen en el expediente judicial.

Capítulo VII

EL BLANCO PRECISO

Catorce autos llegaron a la hora convenida al Aeródromo Lo Castillo. Minutos después de las 7 de la mañana del 22 de octubre, todos supieron que ya no había vuelta atrás. A pesar de casi no haber dormido, los que venían de una fiesta en la Escuela de Economía y Administración de la Universidad Católica (en Los Dominicos), evidenciaban su entusiasmo. En la fiesta, habían compartido con un grupo de la Escuela de Agronomía de la misma universidad, en donde el liderazgo de la oposición dura a Salvador Allende lo tenían dos hombres formados en Berkeley: Rodrigo Mujica, quien fuera más tarde presidente de la Financiera «La Familia» (la que en los años 80 se haría famosa por una escandalosa estafa), y Fernando Martínez Pérez Canto, yerno del general Camilo Valenzuela, uno de los principales jefes de la conspiración golpista[1].

El tiempo apremiaba. Faltaban solo horas para que el Congreso Pleno ratificara a la primera mayoría relativa como Presidente de Chile. Una proclamación que se veía segura dado el apoyo entregado a Salvador Allende por la Democracia Cristiana. Ya no había margen para que el Congreso Pleno eligiera a Jorge Alessandri. El atentado debía hacerse «a cualquier precio» el 22 de octubre, confesarían los conjurados más tarde.

En el auto Taunus color crema, sindicado en la «Operación Alfa» como número cuatro, se instaló al volante el estudiante universitario Diego Izquierdo Menéndez. Como copiloto, su hermano Julio, también estudiante universitario. Ambos eran parte del grupo encabezado por Juan Luis Bulnes Cerda, quien ocupó el asiento trasero izquierdo. A su derecha tomó su lugar Carlos Silva Donoso, alias *Mauricio*, un práctico agrícola de 36 años que residía en Arica y cuya misión era reducir al general después que Juan Luis Bulnes rompiera el vidrio de la puerta trasera derecha del auto de Schneider y le sacara el seguro a la puerta[2].

A la hora señalada, el Taunus con sus cuatro ocupantes se desplazó hacia Martín de Zamora, deteniéndose unos 40 metros aproximadamente antes de llegar a Américo Vespucio. La tensión aumentaba segundo a segundo. Una botella de pisco que emergió de la mano de uno de los hermanos Izquierdo, sirvió para aplacar la exaltación. En el piso del auto, estratégicamente ubicados, había un rifle Garant con su cargador, una subametralladora calibre 22 con su cargador y lista para disparar, y un maletín negro que contenía dos subametralladoras desarmadas. Un combo de fierro con mango de madera ocupaba el espacio entre los dos hermanos Izquierdo. Silva Donoso portaba una pistola Smith Wesson especial calibre 38 en el bolsillo derecho del vestón. Juan Luis Bulnes, un revólver calibre 38 pavonado negro en el costado izquierdo de la pretina del pantalón, y los hermanos Izquierdo Menéndez, sendas pistolas con el percutor afuera. Uno de ellos guardó, además, una pistola más pequeña en la guantera del auto donde ya se encontraba una granada lacrimógena, además de una caja de cartón en la que se leía «Enterobioformo» y que contenía 12 cartuchos calibre 6,35. Detrás del asiento trasero,

habían depositado cuatro cartuchos de dinamita «ya preparada», envueltos en papel de diario.

Detrás del Taunus se estacionó un automóvil Dodge Dart azul, de propiedad de otro de los conjurados, Roberto Vinet Llamazares. Eran las 8:17. «¡Ahí está!», «¡ahí viene!», gritó alguien segundos antes de que se escuchara un golpe seco producto del choque entre un jeep color guinda seca y el Mercedes Benz que llevaba al general Schneider en el asiento trasero. Juan Luis Bulnes descendió de inmediato del Taunus. El chofer del vehículo le pasó el combo de fierro al mismo tiempo que el hermano del conductor, Julio Izquierdo, quien también se había bajado del Taunus, se adelantó hacia el auto del general.

El Dogde Dart avanzó, lo que obligó a Silva Donoso a contornearlo para llegar hasta la puerta trasera del auto donde estaba Schneider. Cinco individuos rodearon el vehículo del general. Bulnes rompió el vidrio con el combo, empuñó su arma y disparó hacia el interior. Lo mismo hizo Julio Izquierdo. El general René Schneider fue impactado inclinándose hacia la izquierda. En pocos segundos se desató la estampida.

El Taunus, con los mismos cuatro ocupantes, abandonó la esquina a gran velocidad por Martín de Zamora hacia el poniente. Julio Izquierdo se volvió hacia atrás y miró a Juan Luis Bulnes. «Vacié todo el cargador de mi pistola», le dijo. «Yo también disparé», le respondió el segundo. «Si se muere, que Dios me perdone, pero es una causa justa», fue la explicación de Juan Luis Bulnes mientras iban al encuentro de un Peugeot verde oscuro especialmente preparado para su fuga en el sector de El Bosque.

Al cambiar de vehículo, Juan Luis Bulnes tomó el volante del Peugeot y lo condujo hasta las proximidades de la calle Galvarino Gallardo, cerca de una casa de su familia. Antes de llegar, Bulnes y los hermanos Izquierdo intercambiaron algunas frases sobre su próximo destino. Silva escuchó que se irían al sur para cruzar la frontera hacia Argentina «por el paso». Bulnes descendió del Peugeot y Silva tomó el relevo. Después de dejar a los hermanos Izquierdo en calle Pocuro, partió solo al encuentro de la nada. El práctico agrícola, al igual que Jaime Melgoza, otro de los autores del asesinato, no pertenecía a ninguna familia importante. No tenían retaguardia ni apoyo[3].

Entre la mañana del atentado contra Schneider y la mañana del 24 de octubre, día en que el Congreso Pleno debía proclamar al nuevo Presidente de la República, transcurrieron las 48 horas más decisivas antes de septiembre de 1973. La mayoría de los protagonistas ignoraba la magnitud de lo que se estaba viviendo. La prueba fehaciente es que el general Prats, quien debió asumir en la misma mañana del 22 de octubre el control del Ejército, apenas supo la noticia del atentado del que fue víctima Schneider, llamó de inmediato al general Camilo Valenzuela, jefe de la Guarnición de Santiago e integrante del complot, para que lo secundara en la delicada misión de conducción.

Viaux esperaba que, una vez sacado Schneider del camino, entraran en acción Valenzuela, el almirante Tirado y el general de Carabineros Vicente Huerta. ¿Por qué no actuaron?: «Creo que por temor. El general Valenzuela fue nombrado jefe de la Plaza con toque de queda, él era la máxima autoridad, con todas las fuerzas bajo su mando y con la planificación lista para actuar. Traté de hablar con él, fue imposible. Se negó sistemáticamente»[4], diría más tarde Viaux.

Prats ordenó el acuartelamiento general del Ejército. En varias provincias se decretó Zona en Estado de Emergencia, lo que implicó dejarlas bajo el mando de la autoridad militar. El toque de queda se mantuvo por siete días en Santiago, se

suspendieron los vuelos de aviones civiles y se ejerció un férreo control en aeropuertos y pasos fronterizos. En los cuarteles, los rostros revelaban indignación. La decidida actitud de los altos mandos de las Fuerzas Armadas les cerró las puertas a los sediciosos. Los efectos del acto criminal aislaron únicamente a los extremistas de derecha, generando una situación en la que solo hubo espacio para que el Congreso proclamara a Allende.

A las 13 horas del sábado 24 de octubre, mientras Schneider agonizaba, Salvador Allende era proclamado Presidente por 153 votos a favor, 35 en contra y 7 votos en blanco.

–¿Juráis o prometéis desempeñar fielmente el cargo de Presidente de la República, conservar la integridad e independencia de la Nación y guardar y hacer guardar la Constitución y las Leyes? –le preguntó, con la solemnidad de la circunstancia, el presidente del Senado, Tomás Pablo.

–¡Sí, prometo! –contestó gravemente Allende, con el rostro marcado por la trascendencia y fiel a su condición de masón.

Esa misma tarde, los tres comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas lo visitaron en su casa en calle Guardia Vieja. Una clara señal de subordinación al poder político. La noche no dio lugar a los festejos de los partidarios de la Unidad Popular. Después del 4 de septiembre, el carnaval comenzó a ser ahogado y, finalmente, cuando Allende pudo entrar a La Moneda, la agonía de un general clausuraba la posibilidad de júbilo callejero. Casi un presagio. La palabra clave en boca de los seguidores de la UP fue: «¡A defender el gobierno!». Quedaba saber cómo…

Schneider murió a las 7 de la mañana del día posterior a la asunción. Las radios comunicaron la noticia con sus tambores y trompetas de urgencia. La conmoción fue general.

–Nunca, en mi larga vida, creí que pudiera ocurrir en Chile algo tan alevoso. Es lo más vil que he visto. Les ruego que no me pidan más declaraciones porque me encuentro muy impresionado –dijo el excandidato presidencial y austero empresario Jorge Alessandri, con el rostro crispado ante los periodistas.

En el Ejército, la conmoción fue controlada por los preparativos de la ceremonia fúnebre del general que recibió el título póstumo de «Mártir de la Democracia», y por la necesidad de mantener las tropas en alerta ante el peligro de un nuevo zarpazo de la conspiración sediciosa. Se dispuso que la mayor parte de los efectivos de las unidades y reparticiones de Santiago, junto a las representaciones con los estandartes de todas las unidades del país, debían concurrir al sepelio, encabezados por el cuerpo de generales. La organización y responsabilidad del acto quedó en manos de Camilo Valenzuela, comandante de la Guarnición de Santiago, quien además asumió el mando de las tropas formadas para rendir honores fúnebres. Por lo tanto, los cuarteles de Santiago quedarían solamente con los guardias y un pequeño refuerzo. La experiencia del acuartelamiento del Tacna, la distracción de la atención general del país –y por supuesto de las Fuerzas Armadas- en el desarrollo del acto fúnebre y, finalmente, los rumores circulantes desde la mañana de ese día, que suponían la posibilidad de que Viaux pudiera aprovechar la oportunidad para refugiarse en algún cuartel y tratar de obtener apoyo de unidades del Ejército y de grupos civiles, produjo una fuerte inquietud en el Alto Mando. Este reaccionó emitiendo una serie de órdenes para evitarlo.

El coronel Guillermo Pickering debió cumplir un importante rol ese día. Así lo recordó en sus *Memorias*:

Como todos los generales debían concurrir al funeral, debía permanecer en el puesto de mando de la comandancia de la Guarnición en el edificio del Ministerio de Defensa, el coronel más antiguo, asumiendo la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir en los cuarteles. Fui llamado por el comandante de la Guarnición, general Camilo Valenzuela, a quien me unía una antigua amistad ya que éramos compañeros del arma de Artillería y por haber servido ambos como tenientes en el Regimiento Tacna. Serio, me señaló: «Por orden del comandante en jefe interino del Ejército (*el general Carlos Prats*), debes asumir el mando de la Guarnición mientras yo no regrese a mi puesto de mando. Se ha comunicado esta orden a todo el personal que permanecerá en los cuarteles. Se les ha prevenido, además, sobre la posibilidad de que Roberto Viaux trate de refugiarse en algún cuartel. Comprenderás el problema que esto significaría. Toma todas las medidas del caso para que esto no llegue a suceder. No sabes la tranquilidad que me da dejarte a ti a cargo de esto».

En el multitudinario y emotivo funeral, que paralizó al país, el general Carlos Prats expresó:

–He aquí el primer fruto del holocausto de un soldado integérrimo. Un impulso espontáneo, recíproco y vigoroso ha consolidado súbita e indestructiblemente la cohesión de las FF.AA. y de Orden de la República, en este momento histórico en que Chile enfrenta una encrucijada de su destino que lo obliga a optar entre dos alternativas dinámicas para la realización nacional: la de la violencia trastocadota o la del sacrificio solidario.

En medio de las tropas que le rendían homenaje, estaba el general Augusto Pinochet. Había viajado desde Iquique. Su presencia pasó inadvertida. Eran otros los protagonistas del momento.

Desde Madrid, el coronel Sergio Arellano le escribió a un compañero de armas:

Schneider fue uno de los militares más destacados que ha pasado por el Ejército en las últimas décadas. Inteligente, sereno, de gran criterio y definida personalidad, era el prototipo de lo que debe ser un conductor militar. Nada más alejado de la imagen que levantó de él la Unidad Popular, con fines políticos.

En un mausoleo quedó enterrado el jefe militar que se había convertido en enemigo declarado de la «Doctrina de Seguridad Nacional», diseñada por Estados Unidos, propagada en la Escuela de Las Américas y respaldada con entusiasmo por el dictador argentino Juan Carlos Onganía. Su muerte fue también el certificado de defunción de una prédica constitucionalista, orgullo de una generación de oficiales chilenos que muy pronto sería sobrepasada.

La bala había dado en el blanco preciso.

[1]. Testimonio, recogido por la autora, de uno de los implicados.

[2]. Carlos Raúl Silva Donoso prestó declaración el 30 de octubre de 1970. Vivía entonces en la Parcela N °1, Las Riveras, Valle de Azapa, y su hermana estaba casada con el comandante del regimiento de Curicó, coronel Agustín Soto Miranda.

[3]. Reconstitución hecha por la autora basada en las distintas confesiones de los autores del crimen y que figuran en el expediente judicial respectivo.

[4]. Del libro de Florencia Varas, *Conversaciones con Viaux*.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VIII

¡Y COMENZÓ LA GUERRA!

EL GENERAL CARLOS PRATS, QUE HABÍA SIDO NOMBRADO POR FREI COMANDANTE EN JEFE INTERINO DEL EJÉRCITO DESPUÉS DEL ASESINATO DE SCHNEIDER, FUE CONFIRMADO EN SU PUESTO POR ALLENDE. EL NUEVO PRESIDENTE NOMBRÓ ADEMÁS AL ALMIRANTE RAÚL MONTERO EN LA COMANDANCIA EN JEFE DE LA ARMADA. LA FUERZA AÉREA QUEDÓ BAJO EL MANDO DEL GENERAL CÉSAR RUIZ DANYAU Y EL GENERAL JOSÉ SEPÚLVEDA GALINDO, FUE NOMBRADO DIRECTOR GENERAL DE CARABINEROS. PESE A LAS VERSIONES PREVIAS SOBRE UN INMINENTE DESMANTELAMIENTO, ALLENDE NO FORZÓ A NADIE A RETIRO Y NOMBRÓ RIGUROSAMENTE A LAS SEGUNDAS ANTIGÜEDADES.

¿Cuán distinta hubiera sido la historia si hubiese actuado de otra manera?

En una reunión que Prats y Allende sostuvieron el 6 de noviembre, se convino que, a principios de diciembre, finalizara el proceso de calificaciones que dilucidaría el ascenso y retiro de altos oficiales. Pero en esos días era difícil planificar. Un nuevo y grave antecedente alteró las calificaciones.

Tanto el general Orlando Urbina, juez militar que investigaba el asesinato del general Schneider, como el fiscal Fernando Lyon, le informaron a Prats que en el complot estaban implicados altos jefes en servicio activo de las Fuerzas Armadas. No fue una novedad, ya que al finalizar el mes de octubre el director de Investigaciones, el general (R) Emilio Cheyre[1], secundado por los servicios de Inteligencia de las Fuerzas Armadas, ya tenía identificados a los autores del grupo de extrema derecha que habían organizado el atentado terrorista. Entre ellos figuraban Roberto Viaux, el general Camilo Valenzuela, el general del Aire, Joaquín García, el hasta hace pocos días comandante en jefe de la Armada, almirante Hugo Tirado, y el general Vicente Huerta, exdirector general de Carabineros. Entre los civiles implicados se encontraba el abogado Guillermo Carey, quien escapó a los Estados Unidos. Lo mismo harían otros civiles del grupo sedicioso, como Luis Enrique Arancibia Clavel, Juan Luis Bulnes Cerda y los hermanos Izquierdo Menéndez. La defensa de Viaux la asumió un abogado que ya era conocido en los círculos de extrema derecha: Sergio Miranda Carrington, integrante del movimiento «No Entreguemos Chile» (NECH), nacido en los días previos a la elección presidencial en una reunión en el Club de Polo Santa Rosa de Las Condes[2].

Muy pronto, el general Camilo Valenzuela fue llamado a retiro. Y si bien Allende le pidió al general Prats que hiciera lo propio con el general Manuel Pinochet –responsable de la masacre en el mineral El Salvador, relatada en este libro por Luis Maira–, eso no fue posible por la negativa tajante del nuevo jefe del Ejército. Prats debía reestructurar su Alto Mando y una de sus primeras decisiones fue promover a otro Pinochet, Augusto, el que estaba en una segunda fila del drama político. Prats lo hizo

venir desde Tarapacá a la capital para ubicarlo al frente de las tropas de la Guarnición de Santiago. La designación extrañó a Pinochet y a otros oficiales, todos convencidos de que la carrera del primero estaba en su último destino.

En Santiago, Augusto Pinochet volvió a ver a un oficial subalterno y viejo conocido: el coronel Manuel Contreras Sepúlveda, secretario de estudios de la Academia de Guerra. La relación entre los dos militares se había iniciado en 1952, cuando el entonces teniente Contreras llegó destinado a la Escuela Militar como instructor de subalféreces. Allí conoció al capitán Pinochet, quien se desempeñaba como comandante de la Tercera Compañía de Cadetes y profesor del curso militar. Más tarde, entre 1960 y 1962, ambos coincidieron en la Academia de Guerra y estrecharon su relación. Contreras realizó, en esos años, el curso para oficial de Estado Mayor, ocupando el primer lugar de su promoción. Su profesor de Estrategia había sido precisamente Pinochet.

Al reencontrarse, Contreras había cambiado. Su nuevo dominio en los temas de inteligencia le había dado otro perfil profesional y dejado una fuerte huella en su personalidad. Esta obsesión fue alimentada en su paso por la Academia Militar de Fort Belvoir, en los Estados Unidos. En 1967, el año en que la inteligencia norteamericana dio un golpe contrainsurgente de envergadura al capturar y luego fusilar a Ernesto *Che* Guevara, Contreras obtuvo en Estados Unidos el título de oficial graduado y profesor en Táctica, Explosivos y Demoliciones. En el fragor de la Guerra Fría se relacionó con la elite de militares y algunos civiles que en esa época tenía el control de la lucha anticomunista en América Latina. El aprendizaje de la ideología no lo desveló. Mucho más lo motivó la eficiencia y relevancia que, había percibido, podían alcanzar los ingenieros militares en las tareas antisubversivas. Contreras se prometió emular esa meta al regresar a casa, previa escala en Argentina. Su destino en Chile fue la Escuela de Ingenieros Militares en Tejas Verdes. El puesto: secretario de estudios.

La ocasión de materializar sus planes se le presentó en 1970, cuando, ya instalado en la Academia de Guerra como secretario de estudios, Schneider decidió preparar un minucioso plan de seguridad ante la eventualidad de que un resultado estrecho en la elección presidencial pusiera en jaque la estabilidad institucional. Por su cargo, Contreras debió diseñar en la Academia de Guerra una parte de ese plan que establecía la constitución de cordones de seguridad concéntricos hacia La Moneda y que comenzaban en los suburbios de Santiago, en lo que se llamó, durante la Unidad Popular, la zona de los «Cordones Industriales».

El coronel Pickering fue el encargado de evaluar el diseño de Contreras. Allí se percató de una extraña concepción estratégica: prácticamente todo el Ejército quedaba bajo la dependencia del Comando de Ingenieros Militares, al que pertenecía nada menos que el autor del proyecto. Decidió objetarlo. No fue tarea fácil. Pickering descubrió otra característica del autor: su perseverancia y habilidad para saltarse los conductos regulares. Manuel Contreras quiso imponerle sus ideas al propio Prats, entonces jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Pero Pickering también era perseverante y finalmente desbarató un plan que, creía, hubiera desquiciado los principios de la institución. El asesinato de Schneider y la asunción de Allende terminaron por archivar la propuesta.

Manuel Contreras no se rindió. Decidió esperar una nueva oportunidad.

Las preocupaciones que copaban la agenda del nuevo comandante en jefe del Ejército eran otras. Su prioridad: la reestructuración del Alto Mando una vez finalizado el accidentado proceso de calificaciones. Al general Pinochet, nuevo jefe de la Guarnición

de Santiago, se agregó como nuevo director de Operaciones del Ejército, el recién ascendido general Guillermo Pickering, quien se abocó a la tarea de realizar el estudio de la reestructuración orgánica del Ejército para una adecuada modernización. El objetivo final de Prats era, una vez terminado el estudio, provocar una reunión extraordinaria del Consejo de Seguridad Nacional (CONSUSENA). En ese reducto expondría el detalle de la real situación institucional y los planes para satisfacer, gradualmente, las necesidades postergadas del Ejército. La tarea emprendida por Prats obligó al ministro de Defensa de Allende, Alejandro Ríos Valdivia, a disponer la elaboración de trabajos similares en la Armada y la Fuerza Aérea para que también fueran expuestos en el CONSUSENA.

A miles de kilómetros de distancia, en Madrid, el coronel Sergio Arellano veía alterado su ritmo de trabajo por los continuos viajes que empezaron a realizar a España chilenos que él bien conocía pues habían participado en el gobierno de Frei Montalva. Otras tareas acapararon su atención. Uno de los partícipes del asesinato de Schneider, Julio Izquierdo Menéndez, había buscado refugio en la España franquista y desde Chile se había pedido su extradición. Si bien normalmente el gobierno español rechazaba reclamos de esta naturaleza, en este caso específico el Consejo de Ministros aprobó que siguiera su curso en los tribunales. Fue solo un gesto protocolar. El Séptimo Juzgado de Madrid rechazó la solicitud.

No fue ese el único caso extraordinario que cayó en esos días en manos de Arellano. A través de la embajada se le hizo llegar una solicitud de Joan Garcés, cientista político valenciano de 27 años, que había abandonado su brillante carrera en la Fundación Nacional de Ciencias Políticas de París para viajar a Chile y convertirse en uno de los más cercanos asesores de Allende. Garcés deseaba eximirse del Servicio Militar. Así fue como Arellano gestionó su solicitud ante el Ministerio del Ejército de España. Después de largos trámites fue excusado por un decreto que lleva la firma de Francisco Franco.[3]

Arellano se fue empapando en Madrid de un sentimiento de mayor desconfianza hacia el nuevo gobierno. Cada visitante le aportaba noticias que acrecentaban su inquietud. La otra fuente de información eran las cartas que recibía de oficiales amigos. Todo ello lo hizo decidir adelantar su regreso. La ocasión se le puso al frente cuando fue informado del inicio del curso de Alto Mando, requisito para acceder al generalato. Postuló y fue aceptado. Retornó a Chile el 28 de septiembre de 1971 para iniciar su preparación el 1 de octubre.

MESES ANTES, EN SANTIAGO, EL MUNDO EMPRESARIAL CALIBRABA SU PUNTERÍA. EN FEBRERO TUVO LUGAR UNA NUEVA ELECCIÓN EN ASIMET. ORLANDO SÁENZ LLEGÓ A LA PRESIDENCIA DEL GREMIO ASUMIENDO ADEMÁS COMO CONSEJERO DE LA SOCIEDAD DE FOMENTO FABRIL (SOFOFA). EL 30 DE ABRIL, ESTANDO EN LA HABANA CON UNA DELEGACIÓN DE HOMBRES DE NEGOCIOS, RECIBIÓ UN LLAMADO DEL DIRIGENTE DE LOS EMPRESARIOS Y EJECUTIVO DE LA PAPELERA, EUGENIO HEIREMANS. LE DIJO QUE VOLVIERA, QUE ERA URGENTE Y QUE NO PODÍA ENTREGARLE DETALLES POR TELÉFONO. EN EL AEROPUERTO SE ENTERÓ DE QUE PEDRO LIRA HABÍA RENUNCIADO A LA PRESIDENCIA DE LA SOFOFA:

–Los primeros embates del gobierno de Salvador Allende se habían recibido. Lira había renunciado y yo estaba propuesto para reemplazarlo. ¿Por qué? En la estrategia empresarial se decidió desde un principio enfrentar al gobierno de Allende con figuras

que presentaran pocos flancos, hombres que no estuvieran ligados a las grandes empresas, capitales y consorcios internacionales. Yo cumplía esos requisitos.

–**¿No se sintió utilizado?**

–Sí, pero en la vida todos utilizan y son utilizados.

–**¿Estaba claro para usted en ese momento en que asume la presidencia de la SOFOFA que la solución para combatir a Allende era la subversión?**

–No, aún no. Teníamos que pasar primero por una etapa de colaboración real y para eso necesitábamos una explicitación de sus propósitos. Además, teníamos que dejar a la opinión pública convencida de que, si entrábamos en guerra, no iba a ser por causa nuestra.

Si se analizan los datos de la investigación de la Comisión Church, que analizó en el Congreso de Estados Unidos la intervención de ese país en Chile, la estrategia empresarial era concordante con la que se había diseñado en Washington. Y esta necesitaba financiamiento. En enero de 1971, el «Comité de los 40» aprobó la entrega de «1,24 millones de dólares para la adquisición de radios y periódicos» en Chile destinados a apoyar a los adversarios de la Unidad Popular en las elecciones municipales de abril.

Los trabajadores afiliados a la CUT también se preparaban, pero para otro tipo de batallas. Bajo el lema «Los trabajadores construyen el nuevo Chile», se realizó su sexto congreso con la participación de 1.250 delegados. El comunista Luis Figueroa fue reelegido en la presidencia, pero un grave incidente sacudió al movimiento obrero: los representantes de la DC se retiraron reclamando una clara autonomía frente al gobierno y, lo más grave, «una debida representación política».

Salvador Allende observó con inquietud la posibilidad de quiebre de la CUT. En su discurso del Primero de Mayo de ese año, proclamó:

«Queremos que cada trabajador comprenda que la teoría revolucionaria establece que no destruye absoluta y totalmente un régimen o un sistema para construir otro. Se toma lo positivo para superarlo, para utilizar esas conquistas y ampliarlas».

EN LA TRINCHERA MILITAR, EL MES DE MAYO MARCÓ EL PRIMER CORCOVEO ENTRE EL GOBIERNO Y EL NUEVO ALTO MANDO DEL EJÉRCITO. UNO QUE POR LAS CARACTERÍSTICAS TAN PARTICULARES QUE TENÍA EL GENERAL PRATS COMO SOLDADO Y CONDUCTOR, PASÓ INADVERTIDO. EL REMEZÓN ESTUVO RELACIONADO CON LA REESTRUCTURACIÓN ORGÁNICA DEL EJÉRCITO. LAS MEMORIAS INÉDITAS DEL GENERAL PICKERING, DIRECTOR DE OPERACIONES DEL EJÉRCITO Y A CARGO DEL ESTUDIO DE LA REESTRUCTURACIÓN ORGÁNICA DE SU INSTITUCIÓN, PERMITEN SACARLO A LUZ:

> El trabajo estuvo terminado a principios de mayo. Había exigido cuatro meses de intensa actividad. A mediados de mayo, finalmente, se reunió el Consejo Superior de Seguridad Nacional (CONSUSENA), por primera vez desde su creación, para escuchar las exposiciones de los comandantes en jefe sobre la situación y necesidades de sus respectivas instituciones (anteriormente ese organismo solo se había reunido por disposición del gobierno para resolver problemas de emergencia interna o externa). Al término de una larga sesión, el Presidente Allende dio a conocer algunas resoluciones que ya se encontraban en ejecución pero que eran totalmente desconocidas en el Ejército. Como la gestión para adquirir un crucero para la Armada (el que fue bautizado como Almirante Latorre) y la disponibilidad de algunos fondos para adquirir material de vuelo para la Fuerza Aérea. En cuanto al Ejército, manifestó la posibilidad de contar con fondos en el futuro próximo para reparar y recuperar parte de la infraestructura

> (cuarteles). Esta insólita solución a los problemas planteados, cuya iniciativa había partido del comandante en jefe del Ejército como fruto de un meticuloso y bien fundamentado estudio de la realidad del Ejército, y que proponía un plan moderado y escalonado de recuperación de la eficiencia institucional acorde con las posibilidades nacionales, le produjo al general Prats justa indignación. Pese a que la dominó en ese momento, debido a su reconocida ponderación, no se abstuvo de expresar su decepción y desagrado. Se dispuso entonces que el ministro de Defensa estudiara y buscara la solución del problema en consulta con los miembros del comité económico del gobierno. Terminada la reunión, a la que me correspondió asistir en mi calidad de director de Operaciones, el comandante en jefe me pidió que lo acompañara al gabinete del ministro de Defensa, don Alejandro Ríos Valdivia. Allí, el general Prats, en forma serena pero muy firme, increpó al ministro manifestándole que no permitiría una burla de estas proporciones a la institución. La gestión iniciada por el Ejército –agregó– para resolver sus problemas en forma mesurada había sido aprovechada por conductos no usuales obteniéndose soluciones «en secretaría» para las otras instituciones. En consecuencia –le dijo–, no llevaré al consejo de generales la respuesta que han estado esperando para resolver la precaria situación del Ejército. Ministro, le presento, por tanto, mi inmediata dimisión al cargo de comandante en jefe del Ejército y pido mi retiro de la institución.

PICKERING RECORDÓ CADA DIÁLOGO DE AQUELLA TENSA REUNIÓN:

> El ministro Ríos Valdivia, que había sido profesor de Historia y Geografía en la Escuela Militar de todos los componentes del cuerpo de generales, mantenía un trato de corte paternal y grato con los oficiales, los que le correspondían con afecto y respeto. Ese día vi a Ríos tratando de calmar al general Prats. Finalmente lo logró, pero solo una vez que hubo contraído el compromiso de representar claramente la situación ante Allende y obtener su aprobación a las proposiciones del Ejército. Cosa que hizo al día siguiente cuando el ministro Ríos, personalmente, le comunicó al cuerpo de generales la aprobación del Presidente Allende al Plan Regulador del Ejército.

LA RENUNCIA DE PRATS HABÍA SIDO SORTEADA SIN QUE TRASCENDIERA MÁS ALLÁ DE LOS MUROS DE LA COMANDANCIA EN JEFE DEL EJÉRCITO Y EN FORMA PREVIA A UNA DE LAS CEREMONIAS MÁS IMPORTANTES DE LA VIDA REPUBLICANA DE CHILE, EN CUYO RITUAL SE FUNDÍA LA RELACIÓN ENTRE EL PODER POLÍTICO Y LAS FUERZAS ARMADAS SUBORDINADAS A ÉL. EL 21 DE MAYO DE 1971, DÍA DE LA ARMADA, ALLENDE DEBÍA CONCURRIR AL CONGRESO PARA LA TRADICIONAL CEREMONIA DE APERTURA DEL PERÍODO DE SESIONES ORDINARIAS DEL PARLAMENTO Y PARA DAR LECTURA A SU PRIMER MENSAJE Y CUENTA PÚBLICA ANTE LA NACIÓN. EN SU RECORRIDO EN CARROZA HASTA EL CONGRESO, LAS TROPAS QUE LE RINDEN HONORES COMO PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ESTUVIERON COMANDADAS POR EL GENERAL AUGUSTO PINOCHET, JEFE DE LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO. FUE LA PRIMERA VEZ QUE SE VIERON FRENTE A FRENTE.

En el campo de la Unidad Popular ya se apreciaban dos bandos. Los que querían acelerar los cambios y aquellos que estaban sumergidos aún en la euforia de la construcción del llamado «hombre nuevo». En las calles, destacamentos de «trabajadores voluntarios» desplegaban su energía al ritmo contagioso de las canciones de Joan Manuel Serrat, ídolo indiscutido de los partidarios de Allende. Por doquier se escuchaba el estribillo de *Cantares*: *caminante no hay camino, se hace camino al andar...*, el que no podía dejar de relacionarse con sus expectativas y desvelos. El propio Allende citó aquel poema de Antonio Machado, musicalizado por el catalán Serrat, para defender su propio camino de la «vía chilena»:

«Sí, pisamos un camino nuevo. Marchamos sin guía por un terreno desconocido, apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas y teniendo como norte el proyecto de sociedad que deseamos construir».

La tranquilidad demostró rápidamente su carácter aparente. El 8 de junio de 1971 otro asesinato político abrió nuevos espacios a la circulación del odio: Edmundo Pérez Zujovic, el respetado dirigente democratacristiano y exministro del Interior del Presidente Eduardo Frei Montalva, era asesinado por un comando del VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo), grupo de ultraizquierda. Su muerte abriría una fosa entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular a la que no le quedaba más alternativa que ensancharse. Un regalo para quienes buscaban la caída de Allende.

El atentado provocó alarma en La Habana. Fidel Castro se dirigió de inmediato a uno de los campos de entrenamiento militar –Punto Cero– en donde quince chilenos recibían instrucción desde enero de ese año. Uno de ellos, treinta años después, decidió contar esa página clandestina de su vida:

–A fines de 1970 y cuando Salvador Allende ya había sido elegido Presidente, fuimos escogidos para partir a La Habana por seis meses para entrenarnos y así estar preparados para defender el gobierno en caso de que se desatara una embestida golpista. Éramos quince: cinco del Partido Comunista, cinco del MIR y cinco del Partido Socialista. Cuando asesinaron a Edmundo Pérez Zujovic, todos pensamos que era un atentado ejecutado por la derecha para provocar a la DC. Fidel pensó lo mismo, porque ese mismo día nos visitó y nos dijo que íbamos a tener que lanzarnos en paracaídas sobre territorio chileno porque ese asesinato era un movimiento que preparaba el Golpe. Y no fueron solo palabras. Nos hicieron un entrenamiento rápido como de 48 horas de lanzamiento en paracaídas.

En Washington, el asesinato también provocaría alarma y dudas. Hubo quienes sospecharon que había sido digitado por la CIA. El jefe de la estación de Inteligencia en Santiago, debió enviar un informe:

> Se ha identificado a Ronald Rivera como el autor del atentado. Rivera había sido miembro del MIR hasta 1969, cuando fue expulsado de esa organización... La reacción de los oficiales de más alto rango de las FF.AA. era de calma. La mayoría de estos oficiales tendió a descartar cualquier posibilidad de que el asesinato hubiera sido cometido por elementos de derecha. Ningún oficial de alto rango expresó alguna noción de que los militares debían aprovecharse del Estado de Emergencia para hacer alguna movida en contra del gobierno. El general Pinochet, oficial a cargo de la provincia de Santiago bajo el Estado de Emergencia, es subordinado y altamente eficiente, quien cumple explícitamente con sus órdenes. Es improbable que tome acciones voluntariamente.

PERO NIXON NO QUEDÓ CONFORME Y SIGUIÓ MANIFESTANDO SUS DUDAS. ANTE ELLAS, KISSINGER, LE SEÑALÓ: «¿POR QUÉ LO HABRÍAMOS ASESINADO NOSOTROS SI ERA NUESTRO MÁS FIRME PARTIDARIO?».

Dos días después, el 11 de junio, Nixon y Kissinger volvieron a hablar de Chile. Las grabaciones de esas conversaciones revelarían la intensidad en que se manejaba la intervención en Chile:

> **Kissinger**: En la cosa esta de Chile, siempre he estado en una línea dura. Tenemos que apoyar a los militares. ¡Imagínese!, hay más generales y almirantes en las Fuerzas Armadas de Chile que en Brasil (risas). Están todos estos tipos que nos dicen que no deberíamos intervenir en asuntos domésticos de otros países, pero estamos hablando de gobiernos comunistas que masacran a la gente...
>
> **NIXON**: ESO DE LA AYUDA MILITAR, HENRY..., DIME, ¿QUÉ IMPLICANCIA REAL TIENE

ESE ALLENDE PARA NOSOTROS?
KISSINGER: ¡PRESIDENTE! ESE HOMBRE TIENE UN GOBIERNO DE PARTIDO ÚNICO. SE MUEVE MUY RÁPIDAMENTE HACIA ESO. COMIENZA A EJERCER CONTROL SOBRE LA PRENSA, ESTÁ AISLANDO A LOS MILITARES. ESTÁ TRATANDO A LOS MILITARES COMO LO HIZO HITLER: LOS INFILTRA Y NEUTRALIZA. TIENE COMO COSTUMBRE CORTEJAR A LAS ESPOSAS DE LOS OFICIALES. A ESTAS DAMAS LES MANDA FLORES PARA SUS CUMPLEAÑOS Y ANIVERSARIOS. Y SI TOMA EL CONTROL SOBRE LA POLICÍA NUNCA MÁS HABRÁ ELECCIONES LIBRES EN CHILE.
NIXON: SÍ, CLARO, ENTIENDO. ESTAMOS PERDIENDO NUESTROS INSTINTOS AHÍ EN CHILE...[4]

CUANDO EN WASHINGTON SE DECIDÍA QUE EL ARMA A UTILIZAR CONTRA ALLENDE SERÍAN LAS FUERZAS ARMADAS, EL PRESIDENTE DE CHILE SE PREPARABA PARA UNO DE SUS PRINCIPALES COMBATES CON NIXON: LA NACIONALIZACIÓN DE LAS MINAS DE COBRE. UNA BATALLA, QUIZÁS LA ÚNICA, EN LA QUE LOGRÓ EL APOYO DE TODOS LOS SECTORES POLÍTICOS. EL 11 DE JULIO DE 1971, EL CONGRESO APROBÓ POR UNANIMIDAD LA LEY. SI BIEN ESTA CONTEMPLÓ COMPENSACIONES DE HASTA 30 AÑOS CON INTERESES, AL MISMO TIEMPO EL PARLAMENTO FACULTÓ AL PRESIDENTE PARA DETERMINAR SI LOS BENEFICIOS QUE LAS COMPAÑÍAS NORTEAMERICANAS –KENNECOTT Y ANACONDA– HABÍAN OBTENIDO DESDE 1955 A LA FECHA, HABÍAN SIDO EXCESIVOS. DE SER ASÍ, SE DESCONTARÍAN DE LAS COMPENSACIONES.

Como era previsible, el cálculo hecho por los técnicos llevó a Allende a anunciar que tanto la Kennecott como la Anaconda no tenían derecho a compensación alguna.

La ira en Washington subió varios grados.

En el «Comité de los 40» quedó constancia de que, entre enero y julio de 1971, se autorizó medio millón de dólares adicionales para la campaña de desestabilización del gobierno de Salvador Allende. Otros 150 mil dólares adicionales también llegaron a Chile en esos días sin que quedara claro su destino.

Allende se sentía fortalecido, como si las trampas no se estuvieran armando a su alrededor:

«Hemos ganado por los cauces legales. Hemos vencido a través del camino establecido por el juego de las leyes de la democracia burguesa y dentro de estos cauces vamos a hacer las grandes y profundas transformaciones que Chile reclama y necesita. Dentro de la propia Constitución la modificaremos para dar paso a la Constitución Popular que exprese auténticamente la presencia del pueblo en la conquista y ejercicio del poder».

Allende ignoraba que el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic había detonado un cambio en el movimiento nacionalista de ultraderecha Patria y Libertad, el que había decidido dar nuevos pasos hacia la confrontación. Necesitaban dinero, y los fondos estaban en Washington. El 26 de junio, el general Alexander Haig escribió un memorándum. En él dice que Pablo Rodríguez, «el joven insurgente anti Allende está ansioso por transmitir información concerniente a la política de Chile a algún miembro del Consejo de Seguridad Nacional. Recomiendo que se entreviste con Ashkey Hewitt».

En la Democracia Cristiana, el asesinato de Pérez Zujovic produjo un quiebre frontal en el ambiente de entendimiento con la Unidad Popular generado en la discusión y

negociación del Estatuto de Garantías Constitucionales. El crimen de uno de los suyos a manos de la izquierda abrió una brecha por donde se impuso el sector más conservador provocando el fin del acuerdo parlamentario por el cual la DC se aseguraba la presidencia del Senado y la Unidad Popular, la de la Cámara de Diputados. La postura crítica que se había instalado en la DC desde el 8 de junio, se transformó en franca animadversión el 30 de julio. Ese día, seis diputados DC –entre ellos, Luis Maira– renunciaron al partido y formaron una nueva tienda: la Izquierda Cristiana, que se incorporó a la Unidad Popular. El camino estuvo abierto para que la derecha intentara convertir a la DC en su nueva socia política.

> Al otro lado de la conflictiva frontera norte, en Bolivia, nuevos ruidos de sable, y esta vez cruentos, cambiaron la perspectiva regional para el gobierno de la Unidad Popular. En la segunda quincena de agosto, el general Juan José Torres fue derrocado por el coronel Hugo Banzer, de marcada tendencia nacionalista y furibundo anticomunista.

Allende observaba con preocupación los nuevos frentes que se le abrían. A la ira que veía incubarse en la DC después del asesinato de Pérez Zujovic, se sumó la reacción alterada de los empresarios. Al exministro, lo consideraban uno de ellos. El Presidente ignoraba también que ese atentado había incentivado los planes golpistas en la Armada. Ambos sectores, empresarios y marinos, encontrarían en el mar un espacio propicio y lejos de oídos indiscretos donde discutir abiertamente sus inquietudes y planes.

En rigor, los contactos databan de antes. Ya en agosto de 1968, Hernán Cubillos Sallato, destacado oficial de la Armada en retiro, y Agustín Edwards, director de *El Mercurio* y uno de los más importantes empresarios del país, habían formado la «Cofradía Náutica del Pacífico Austral». El grupo tenía en común el goce por los deportes náuticos y la buena mesa, además de su ideología derechista. Eso hacía que funcionaran en el mar y también en tierra en una rotativa de suculentas, conversadas y bien regadas comidas en casa de los socios.

A la Cofradía se incorporaron los almirantes José Toribio Merino, Patricio Carvajal y Arturo Troncoso, además de otro exoficial de la Armada, Roberto Kelly, quien había abandonado la Marina cuando estaba a punto de ascender a contraalmirante. Merino sería designado comodoro de la Cofradía, en reemplazo de Agustín Edwards, cuando este partió a los Estados Unidos a buscar ayuda para el complot en Chile[5].

Hernán Cubillos dijo más tarde:

> La Cofradía nace como una inquietud que teníamos fundamentalmente Roberto Kelly, Agustín Edwards y yo de crear una especie de punto de encuentro de los civiles a los que nos interesaban las cosas del mar con los marinos profesionales. La evolución hacia los temas políticos fue un proceso natural a medida que se agravaba la situación del país. De ese club fue naciendo una relación que nos permitió ir pasando información a las Fuerzas Armadas e ir recibiendo nosotros sus inquietudes. Más que nada yo me dediqué a conversar con la Marina. El que tenía muchos contactos con el Ejército y la Fuerza Aérea era el entonces director de *El Mercurio*, René Silva Espejo. Él jugó un papel importante en la coordinación del Golpe[6].

LA AFINIDAD POLÍTICA Y COMPLICIDAD QUE NACIÓ EN LA COFRADÍA NÁUTICA SERÍA DETERMINANTE PARA LA PLANIFICACIÓN DEL GOLPE Y DE LOS PROGRAMAS ECONÓMICOS QUE SE IMPONDRÍAN UNA VEZ INSTAURADO EL RÉGIMEN MILITAR.

En septiembre de 1971, los empresarios pasaron a una nueva etapa de su

enfrentamiento. Esta vez el escenario de la cita fue también frente a la playa, pero en el Hotel O'Higgins de Viña del Mar. Allí se reunieron bajo la fachada de un «seminario» por iniciativa de Orlando Sáenz, presidente de la SOFOFA:

–Para invitar no recurrí solamente a los listados de la jerarquía establecida. Estaban Javier Vial, Hernán Cubillos, Eugenio Heiremans, entre otros. Les dije que había llegado a la conclusión de que el gobierno de Allende era incompatible con la libertad de Chile y la existencia de la empresa privada. La única forma de evitar el fin era derrocarlo. Se discutió, analizó y salieron las conclusiones. La primera fue organizar una estructura de guerra; allegar sistemáticamente recursos económicos, una búsqueda nacional e internacional de dineros que se pudieran materializar en acción política propagandística y de activistas. También decidimos la conformación de un programa de gobierno alternativo, preciso y una permeación sistemática de todo esto hacia las Fuerzas Armadas. Hubo que organizar un servicio de Inteligencia y departamentos técnicos. Decidimos estructurarnos de tal manera que significara obtener una información y una armazón técnica de primera y esas dos cosas representaban dinero. Además, necesitábamos los mejores medios de difusión y eso también implicó esfuerzo y dinero. Lo concreto es que al día siguiente entramos en una disciplina militar, nos pusimos el casco ¡y comenzó la guerra!

DE LOS DINEROS QUE RECIBIÓ DE LA CIA EL MOVIMIENTO NACIONALISTA PATRIA Y LIBERTAD, SUPO MUY BIEN UNO DE SUS MÁXIMOS DIRIGENTES, EL JOVEN ROBERTO THIEME, QUIEN AÑOS MÁS TARDE SE CASARÍA CON LA HIJA MAYOR DE PINOCHET, LUCÍA. PERO PARA ELLO DEBERÍAN AÚN PROTAGONIZAR MUCHAS BATALLAS, MUCHAS DE LAS CUALES MANTUVO POR MUCHO TIEMPO EN ESTRICTO SECRETO. PORQUE THIEME FUE UNO DE LOS CONVOCADOS A LA GUERRA DECLARADA EN SEPTIEMBRE DE 1971 POR LOS EMPRESARIOS AGLUTINADOS EN LA SOFOFA CONTRA EL GOBIERNO DE SALVADOR ALLENDE[7]:

–¿Cuánto dinero recibieron de la CIA?

–Está en los registros públicos desclasificados (del gobierno de EE.UU.) que Patria y Libertad recibió como 35 o 38 mil dólares. Si la CIA me hubiese tocado el timbre y llega con 100 mil dólares, los habría tomado. Pero no lo hizo. Yo me gasté mi fábrica, mis recursos, dejé a mi familia en la calle prácticamente y me costó el divorcio. Y esos treinta y tantos mil dólares fueron para el Movimiento Cívico Nacional Patria y Libertad. Ahí hay una confusión que todavía no se aclara… Porque ese movimiento, con contingente alesandrista, se formó a raíz de la elección del 4 de septiembre, cuando Salvador Allende obtiene la primera mayoría. El objetivo de ese movimiento cívico era presionar al Congreso para que eligiera a Alessandri. Fracasado ese plan y asesinado el general René Schneider, se disuelve este movimiento y es en ese período –si revisan la documentación norteamericana– donde caen estos dólares. Yo no tengo nada que ver porque no participé de ese movimiento. Es más, reconozco que me iba a ir de Chile: estaba en Argentina haciendo un estudio de mercado para instalar una empresa de muebles porque no quería vivir en un país socialista.

–Pero sí recibieron recursos del Comando de Guerra que organizó el presidente de la SOFOFA de la época: Orlando Sáenz.

–Eso sí. Orlando Sáenz fue miembro de Patria y Libertad y consejero en el Frente

Invisible.

–¿Quiénes más formaban ese Frente Invisible?

–Había unos que no eran nacionalistas pero participaban en algunas reuniones, como Enrique Campos Menéndez, Álvaro Puga y Benjamín Matte, cuando este todavía era presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), y otros empresarios. Los voy a desclasificar a todos en las memorias que estoy escribiendo. Y entre ellos estaba Juan Costabal, gerente general de Ladeco, gran piloto y el mayor contribuyente que tenía Patria y Libertad. Todos los meses iba a Cerrillos Juan Eduardo Hurtado, nuestro jefe de Finanzas, y cobraba una cifra importante que este empresario nos entregaba regularmente. Incluso iba a aportar un avión DC 3 para trasladar a la gente hacia Argentina, así como las armas desde Buenos Aires. Todo el tema logístico se iba a hacer con Ladeco. Para mí, Ladeco era de Juan Costabal. Más tarde vine a saber que el socio de Juan Costabal era Agustín Edwards.

–¿Qué rol tuvo Jaime Guzmán en Patria y Libertad?

–Jaime Guzmán participó en la fundación del Frente Nacionalista Patria y Libertad. Estuvo en el acto del Estadio Nataniel. Esta alianza entre un Pablo Rodríguez de origen radical y laico, con un miembro de la oligarquía de este nacionalismo ultraconservador, Opus Dei y franquista, aparece espuria. Pero, en esa época, Jaime Guzmán se presentaba como falangista, como un José Antoniano (Primo de Rivera). Había aparentemente una cercanía, una afinidad ideológica al juntar al gremialismo con este nacionalismo incipiente. Y nos hacía a todos mucho sentido. Después se produjo el quiebre.

Durante el primer año del gobierno de Allende las «subvenciones» para la desestabilización política en Chile «llegaron a superar ligeramente los 2,5 millones de dólares», según consta en el informe oficial «Senado de los EE.UU., Covert Action; Alleged Assassination Plots».

Con la guerra ya declarada, el 13 de octubre, aterrizó en Santiago el nuevo embajador de Estados Unidos. Nathaniel Davis sabía muy bien el valor de ese dinero.

[1]. El general Emilio Cheyre, quien debió irse a retiro cuando Schneider fue designado comandante en jefe del Ejército, fue nombrado por Eduardo Frei director de Investigaciones, aceptando la proposición hecha por el general Carlos Prats. Es padre de otro carismático general, Juan Emilio Cheyre, quien en la primera calificación del Ejército después del retiro del general Augusto Pinochet, en 1998, asumió la relevante función de comandante de Institutos Militares del Ejército, el mayor mando de tropas de la institución y que fue nombrado en 2002 comandante en jefe del Ejército.

[2]. El apoyo que le dieron ciertas familias de la elite a los miembros del grupo terrorista que asesinó al general René Schneider, fue muy eficaz. La mayoría pudo escapar de Chile y quedar impune. Se esperaba una condena ejemplar para un asesinato político que rompió todas las reglas. Pero fue caratulado como intento de secuestro: no hubo voluntad de asesinar. El 16 de junio de 1972, el juez militar Orlando Urbina, dictó sentencia en contra de 35 de las personas involucradas en el intento de secuestro y homicidio de Schneider. Seis meses después, la Corte Marcial recalificó los delitos y redujo considerablemente las penas. La condena a presidio perpetuo contra uno de los autores de los disparos, José Melgoza Garay, se conmutó por 10 años y un día, ya no por homicidio calificado, sino que por secuestro simple. El general Roberto Viaux Marambio, que tenía una condena a 20 años por el delito de secuestro con resultado de daño grave, pasó a tener una condena de solo dos años por secuestro simple, la que se le conmutó por 5 años de extrañamiento (Paraguay). A esos mismos 2 años, se les redujo la sentencia a Luis Gallardo Gallardo (15 años en primera instancia), y al general Raúl Igualt Ramírez, Juan Diego Dávila Basterrica, Carlos Silva Donoso, Carlos Labarca Metzger, Jaime Requena Lever, Rafael Fernández Stuardo y Jorge Medina Arriaza (todos con una condena a 10 años y un día en primera instancia). Los demás implicados también gozaron de la disminución de sus condenas. La pena de 10 años que pesaba en primera instancia sobre Mario Montes Tagle, Luis Hurtado Arnés y Edmundo Mario Berríos, se transformó en 451 días. Mientras que Julio Bouchon Sepúlveda, León Cosmelli Pereira, Jorge Lagos Carrasco y Sergio Topelberg Volosky, pasaron a cumplir solo 60 días en vez de los tres años a los que habían sido sentenciados por ser cómplices del secuestro. La Corte Marcial consideró, además, que el tiempo que Igualt, Dávila, Hurtado, Labarca, Silva, Requena, Fernández, Montes, Medina, Lagos, Topelberg, Bouchon y Cosmelli

habían pasado en prisión, bastaba, y se dio por cumplidas sus condenas. A otros 15 involucrados se les otorgó la remisión condicional de sus penas. El último rastro de un proceso que no hizo justicia es la citación que emanó el 30 de marzo de 1971, de la Segunda Fiscalía Militar de Santiago, por infracción a la Ley de Seguridad Interior del Estado, dando un plazo de 48 horas para concurrir al Tribunal, bajo apercibimiento, a: Juan Luis Bulnes Cerda, Enrique Arancibia Clavel, Jorge Arce Brahm, Allan Leslie Cooper, Andrés Widow Antoncich, Guillermo Carey Tagle, José Olalquiaga Reyes, Davor Versalovic, Eduardo Maffei Reyes, Jorge de Solminihac Andrade, Rubén Santander Veliz y Francisco Ebel. Casi todos ellos ya habían escapado del país. Cinco años después, ya en dictadura, la justicia militar condenó a otros siete involucrados que, al momento de la sentencia anterior, se encontraban fuera del país, entre los que estaban Juan Luis Bulnes Cerda y los hermanos Diego y Julio Izquierdo Menéndez. Los dos primeros recibieron penas por 10 años y un día de presidio mayor en su grado medio por el delito de secuestro con resultado de daño grave pero, tras apelar, el 26 de enero de 1978, la Corte Marcial redujo sus penas a tres y dos años, respectivamente. A todos se les remitió la condena y fueron beneficiarios del Decreto Ley 2121, que otorgaba amnistía a quienes hayan sido condenados por la justicia militar con posterioridad al 11 de septiembre de 1973. Después del Golpe, el general Camilo Valenzuela, a petición del juez militar de Santiago, Sergio Arellano Starck, ya no tuvo más que cumplir con la obligación de firmar mensualmente en el Patronato de Reos. El general director de Carabineros, Vicente Huerta, fue doblemente premiado: fue miembro del Consejo de Estado durante la dictadura y, para la recuperación de la democracia, senador designado, ocupando un sillón en el Senado hasta 1998. Jamás fue interpelado. La investigación dejó varias incógnitas jamás resueltas sobre un crimen que conmocionó al país y sacudió su institucionalidad.

[3]. El hecho no es simple anécdota pues Joan Garcés, después del Golpe de Estado y de haber permanecido hasta el último momento junto a Salvador Allende en La Moneda, se asiló en la embajada de España en Chile por instrucción expresa de Allende. Su salida del país fue gestionada por el entonces embajador español Enrique Pérez Hernández, quien obtuvo el salvoconducto argumentando que «una vez que Garcés llegue a España, ingresará al Servicio Militar –el que no había realizado, como le constaba a las autoridades militares chilenas– y será enviado a la Legión, al Sahara», según relataron a la autora altas autoridades militares de la época. Garcés salió de Chile y se instaló en París y luego retornó a vivir a España, pero nunca dejó de ser uno de los colaboradores de Allende más activos en la denuncia del nuevo régimen dictatorial chileno. El punto culminante de dicha acción tuvo lugar el 4 de julio de 1996, cuando, junto a la Unión Progresista de Fiscales de España (UPF), interpuso ante los tribunales de Valencia una denuncia por la muerte y desaparición de «varios miles de personas» en Chile, entre ellos seis españoles, durante el régimen militar. En la querella se entregan relatos de cómo cerca de tres mil personas fueron víctimas de secuestro, torturas y asesinatos entre 1973 y 1990, sin que en la actualidad se conozca el paradero de gran parte de ellas, los que constituyen «crímenes contra la humanidad», como lo consideró una comisión del Senado español y pueden ser considerados como «delitos de genocidio y terrorismo y por ende enjuiciados en España puesto que no han sido juzgados en Chile ni sometidos a tribunal internacional». Esa querella fue la que después tomó en sus manos el juez español Baltasar Garzón y que permitió que el general (R) Augusto Pinochet fuera detenido en una clínica de Londres, el 16 de octubre de 1998. Garcés siguió alimentando el juicio convirtiéndose en el gran motor y artífice del proceso al régimen de Pinochet en España, Inglaterra y Estados Unidos, entre otros.

[4]. De las grabaciones desclasificadas por el Senado de los Estados Unidos.

[5]. Del libro *Los economistas y el Presidente Pinochet*, cuyo autor es Arturo Fontaine Aldunate, director del diario *El Mercurio* desde 1978 a 1982.

[6]. Entrevista en *Qué Pasa* del 1 de septiembre de 1996.

[7]. Entrevistas con la autora (1997 y 2005).

CAPÍTULO IX

LA ASCENSIÓN DE PINOCHET

LA LLEGADA A CHILE DE FIDEL CASTRO EL 10 DE NOVIEMBRE DE 1971, CON SU UNIFORME VERDE OLIVO, PROVOCÓ LA EUFORIA DE LOS PARTIDARIOS DE SALVADOR ALLENDE, LA IRA DE LA DERECHA Y UN REMEZÓN EN LAS FUERZAS ARMADAS. LA IMAGEN DEL AVIÓN ILYUSHIN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA, DEL CUAL DESCENDIÓ EL HOMBRE FUERTE DE CUBA E INSTIGADOR DEL «FOCO GUERRILLERO» EN AMÉRICA LATINA, FUE UN FUERTE INCENTIVO PARA QUIENES VEÍAN ESE GOBIERNO COMO EL PREÁMBULO DE UNA DICTADURA MARXISTA.

El general Augusto Pinochet le rindió honores a Fidel Castro cuando depositó una ofrenda floral frente al monumento de Bernardo O'Higgins.

El coronel Arellano escribió en su agenda en esos días:

> La visita de Castro se anunció por poco más de una semana, pero estuvo 25 días. Recorrió todo el país. Nunca se vio una intervención más abierta y descarada en los asuntos internos del país como la que hizo el «aventurero del Caribe» en Chile. Recorrió campos, ciudades, industrias, cuarteles y cada rincón del país donde hubiera un grupo de personas dispuestas a soportar su inagotable verborrea.

EL 1 DE DICIEMBRE DE 1971, A LA MISMA HORA QUE FIDEL CASTRO OFRECÍA SU ÚLTIMA RECEPCIÓN EN LA EMBAJADA DE CUBA EN SANTIAGO, EN EL CENTRO DE LA CAPITAL SE LLEVÓ A CABO LA PRIMERA «MARCHA DE LAS CACEROLAS». MILES DE MUJERES DE OPOSICIÓN, ESCOLTADAS POR CONTINGENTES DE CHOQUE DE DERECHA, MARCHARON POR LA PRINCIPAL AVENIDA DE LA CAPITAL HACIENDO SONAR CACEROLAS COMO SÍMBOLO DE DESCONTENTO. LA MULTITUDINARIA MANIFESTACIÓN CULMINÓ EN UNA GRAN BATALLA CALLEJERA CON GRUPOS DE CHOQUE DE LOS PARTIDARIOS DE IZQUIERDA.

Esa noche, el ingeniero Víctor Pey, uno de los amigos más estrechos de Salvador Allende y que compartió cientos de horas de su intimidad, fue testigo de un episodio que refleja en qué medida Allende amaba su independencia y las prerrogativas de su mando.

«Allende estaba conversando con Fidel Castro, cuando empiezan a dar el desfile por televisión, y Fidel le dice: "Cómo es que lo permites, cómo es que no lo reprimes". Allende se disgustó mucho. Le contestó firme y claro. Fue una reflexión muy poco política de Fidel de cómo había que hacer las cosas en casa ajena. La prolongación de la visita de Fidel fue un grave error. Eso estaba bien desde el punto de vista de la mentalidad de los cubanos, pero no desde el punto de vista de Allende. El error gravísimo fue que los dirigentes en Chile no se dieron cuenta de que una vista tan larga no correspondía a ningún protocolo diplomático. No se puede estar con el do de pecho una hora completa»[1].

Víctor Pey sabía de guerras, peligros y asonadas. Había logrado sobrevivir a la Guerra Civil de España, donde fue un combatiente de la Brigada de Urrutia, y escapar a Francia. Pero no se libró de los nazis, porque en ese país fue internado en dos campos de concentración antes de que la tenacidad de Pablo Neruda le permitiera subir al *Winnipeg* para zarpar hacia Valparaíso. Su amistad con Allende se tejió en los años 40. Y se hizo indisoluble cuando Allende llegó a La Moneda y Pey se convirtió en dueño del diario *Clarín*. Fue testigo privilegiado de la tramoya más descarnada en la que se desarrollaba la «vía chilena al socialismo» y también de la relación que Allende tuvo con Fidel Castro y la revolución cubana.

«El éxito de la revolución cubana (1959) pilló de sorpresa a los movimientos de izquierda que mantenían políticas democráticas y no guerrilleras. Era algo inédito, pero demostró en los hechos, más allá de todas las teorías, que existía una posibilidad de llegar al poder y hacer cambios profundos en las estructuras políticas, económicas y sociales, a través de la vía armada. Y Allende, a pesar de que no estaba por la vía armada, se convirtió en un admirador de la revolución cubana y por eso decidió actuar e incorporarse a OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad, cuya primera conferencia tuvo lugar en La Habana, en 1967). Otra cosa es lo que hace Allende cuando, estando ya en el poder, Fidel Castro trata de tener alguna injerencia sobre su gobierno. Yo fui testigo de que el MIR y otros movimientos tenían inspiración cubana y, además, financiamiento. Lo recuerdo muy bien, porque hablé innumerables veces con Allende de esto y él me dijo más de una vez: "Hay un pacto con Fidel Castro y este pacto dice lo siguiente: ni un dólar ni una bala". Yo era dueño del diario *Clarín* y entonces el MIR tenía mayoría absoluta en su sindicato de trabajadores. Lo que ellos querían era poner de manifiesto su poder en la línea editorial del diario. Empezaron a llegar inserciones pagadas del MIR para ser publicadas en el periódico. Eran extensas, ocupaban páginas enteras y se publicaban simultáneamente en otros diarios. Yo sabía lo que cobraba por esas inserciones y a mí me pagaban en billetes: sabía, por tanto, cuánto le significaba todo eso en dinero al MIR. Me tomé el trabajo de hacer los cálculos y un día le dije a Allende: "Esta es la plata que ha desembolsado el MIR en el último mes". En ese momento, Carlos Rafael Rodríguez[2] (viceministro de Relaciones Exteriores de Cuba), estaba en Chile. Sin decirme una palabra, Allende tomó el teléfono, pidió que le ubicaran a Rodríguez y le dijo que él sabía bien "el pacto" que tenían y le pasó a detallar las inserciones publicadas y el monto de dinero que eso significaba. "Esa plata, ¿de dónde ha salido sino es de ustedes?", le dijo al concluir Allende. Ese diálogo lo mantuvo frente a mí. Yo escuché su reclamo. Y obtuvo la promesa renovada de que no habría ni una bala ni un dólar».

AL FINALIZAR EL AÑO, SANTIAGO SE HABÍA SUMERGIDO EN UN CLIMA DE CONFRONTACIÓN, EL QUE SE INTENTÓ APACIGUAR DECRETANDO LA ZONA DE EMERGENCIA, CUYO JEFE ERA EL GENERAL AUGUSTO PINOCHET. UNA DE SUS MEDIDAS MÁS POLÉMICAS FUE LA CLAUSURA, POR 48 HORAS, DE LA RADIO BALMACEDA, DE PROPIEDAD DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA. SE LA ACUSÓ DE DIFUNDIR COMENTARIOS SEDICIOSOS QUE AFECTABAN GRAVEMENTE LA INDEPENDENCIA DE LAS FUERZAS ARMADAS.

El proceso de calificaciones del Ejército de ese año 1971 se vio alterado por un incidente familiar, acaecido a fines de noviembre, y que provocó la ira del coronel Sergio

Arellano. Su hijo Sergio, de profesión abogado y militante democratacristiano, fue golpeado en una manifestación por miembros del Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), en la Casa Central de la Universidad de Chile. El hecho violentó al grupo de oficiales que giraba en torno al coronel, todos ellos miembros del cuartel general de la II División, a la cual se había integrado. Uno de los oficiales más combativos en su reacción –«¡mi coronel, tenemos que hacer algo!» –fue el coronel Felipe Geiger Stahr, comandante del Regimiento Buin. Para ese entonces, Geiger ya era reconocido en las esferas del gobierno como un oficial abiertamente opositor, por lo que el ministro de Defensa de Allende, Alejandro Ríos Valdivia, le pidió a Prats que lo llamara a retiro.

Prats se negó.

El proceso de calificación, particularmente conflictivo por la vorágine confrontacional que se había desencadenado, finalizó el 30 de diciembre con el llamado a retiro de solo tres generales –entre ellos Manuel Pinochet, vinculado a la masacre del mineral El Salvador– y con una nueva e importante promoción. Augusto Pinochet recibió, de manos del comandante en jefe, general Carlos Prats, su nueva destinación: la jefatura de su Estado Mayor, el segundo cargo de importancia en el Ejército, el que asumió en enero de 1972.

«Al designarlo como su colaborador más inmediato, el general Carlos Prats está demostrándole al general Pinochet que lo considera el depositario de su mayor confianza entre los componentes del cuerpo de generales», escribió Arellano en la última hoja de su agenda para ese año 1971.

El general Guillermo Pickering también fue notificado de un importante ascenso. El 5 de enero de 1972 asumió como comandante de Institutos Militares, el segundo mayor mando de las tropas del Ejército. Bajo su conducción estaban las escuelas Militar, de Suboficiales, de Infantería, de Artillería, de Caballería, de Ingenieros, de Telecomunicaciones, de Blindados, de Montaña y de Paracaidistas y Fuerzas Especiales. En total sumaban alrededor de nueve mil hombres. Reemplazando a Pinochet a la cabeza de la Guarnición de Santiago, quedó el general Héctor Bravo. El coronel Manuel Contreras fue designado como nuevo comandante del Regimiento de Ingenieros Nº 4 «Arauco», de Osorno. Debió abandonar los juegos de estrategia en la Academia de Guerra en Santiago y partir al sur.

También hubo cambios en el Ministerio de Defensa. Alejandro Ríos Valdivia fue reemplazado por el socialista José Tohá, quien acababa de ser relevado como ministro del Interior debido a una acusación en su contra que presentó la Democracia Cristiana en la Cámara de Diputados.

En una de las primeras actividades en su nueva investidura, Pinochet concurrió junto al comandante en jefe a una delicada reunión privada con el director de la Escuela Militar, coronel Alberto Labbé[3]. Le pidieron el abandono voluntario de las filas. Pero el coronel había decidido no presentar su expediente, por lo que Prats recurrió a la aplicación de la facultad presidencial para dejarlo en retiro temporal. El único jefe militar que defendió a Labbé fue el general Óscar Bonilla. La noticia provocó una nueva polémica. Finalmente, Labbé abandonó el Ejército y, en noviembre de 1972, inició su campaña como candidato a senador por Santiago por el Partido Nacional, la única agrupación de derecha de esa época.

Distinta era la situación que enfrentaba en esos días el coronel Sergio Arellano. Al regresar de España le habían informado que le sería asignada la dirección de la Escuela

Militar, la misma que debió abandonar Labbé. Pero, después del «incidente», la situación había cambiado. El destino que le anunciaron fue entonces la dirección de la Escuela de Infantería. No alcanzó a adaptarse al nuevo giro que tomaba su carrera cuando recibió un llamado telefónico del comandante en jefe. Prats le comunicó que una vez más su futuro sufría un giro: se iría como comandante del Regimiento Maipo, en Valparaíso.

El general Carlos Prats jamás sospechó que, al enviar a Valparaíso al *Lobo*, como le decían sus amigos a Sergio Arellano, estaba contribuyendo a la constitución del nudo operador de la conspiración golpista, al que le faltaba una pieza fundamental: un miembro idóneo del Ejército.

En Valparaíso, Arellano se encontró con el comandante en jefe de la Primera Zona Naval, el vicealmirante José Toribio Merino Castro, y con el jefe de la Segunda Zona de Carabineros, el general Arturo Yovane Zúñiga. Durante 1972, los tres estrecharon lazos de amistad y complicidad profesional, además de compartir una misma visión política. Un triángulo que en los momentos determinantes de los preparativos del Golpe de Estado mostraría su fuerza.

Al inicio de 1972, el general Alfredo *Macho* Canales, quien estaba al frente de la Academia de Guerra, también se negó a entregar su expediente de retiro. Se había quebrado la tradición de «caballeros» que imperaba en el Alto Mando del Ejército en cuanto a la delegación en el comandante en jefe de la autoridad en materia de promociones y retiros. La reiteración de una actitud rebelde, que involucró al comandante de una de las unidades más importantes del Ejército, la Academia de Guerra, puso de relieve que las consecuencias derivadas de la sublevación del Tacna, del asesinato del general René Schneider y de la elección presidencial del socialista Salvador Allende, eran mucho más profundas y seguían horadando a la institución.

Pickering relató así el clima que se vivía en los cuarteles:

> Eran evidentes las maniobras de los sectores políticos de diferentes corrientes para penetrar en las Fuerzas Armadas y lograr con ello que fueran manifestando sus inclinaciones favorables a sus intereses. Por ello, se evidencia la necesidad de iniciar lo que podríamos llamar una verdadera campaña para impedir esta acción política. Los generales con mando de división, especialmente en Santiago, empezamos a sentir el peso de este peligroso juego de acción y reacción. Cada situación conflictiva de la política contingente, explotada tanto por el gobierno como por la oposición, iba acompañada de la consecuente campaña de los medios de comunicación adictos a uno u otro bando, la que incluía inevitablemente un llamado indirecto al comienzo, desembozado después, a las Fuerzas Armadas, apuntando siempre hacia algún problema sensible de estas y, lógicamente, tratando de inclinarlas hacia sus respectivas posiciones políticas. Esta situación se vivió en forma cada día más intensa a partir de marzo de 1972.

MIENTRAS LOS SUBOFICIALES ERAN EL BLANCO PREDILECTO DE LA ACCIÓN POLÍTICA DE SECTORES DE ULTRAIZQUIERDA, LOS OFICIALES CONCENTRABAN LA ATENCIÓN DE UNA ESTRATEGIA DE PENETRACIÓN DE LA DERECHA. NO ERA FÁCIL PARA EL GENERAL PRATS Y PARA SU ALTO MANDO MANTENER DISTANCIA DE LA POLÍTICA CONTINGENTE EN LAS FILAS, PIEDRA ANGULAR DE LA «DOCTRINA SCHNEIDER». LAS COMPLICACIONES AUMENTARON CUANDO EL GOBIERNO VOLVIÓ A PLANTEAR EN FORMA TAXATIVA UNO DE LOS PUNTOS DE SU PROGRAMA: LA NECESIDAD DE AMPLIAR EL DERECHO A VOTO A TODOS LOS MIEMBROS DE LAS FUERZAS ARMADAS, UN DERECHO QUE SOLO TENÍAN LOS OFICIALES.

El tema surgió súbitamente en la discusión pública una vez que el derecho a voto fue rebajado de los 21 a los 18 años, con lo que se produjo la gran paradoja de que los conscriptos que engrosaban las filas en cada contingente sí estaban inscritos en los registros electorales, mientras que los suboficiales que los entrenaban no gozaban de este derecho. El Alto Mando del Ejército se vio obligado a estudiar un curso de acción. Dentro del cuerpo de generales, unos postularon mantener las cosas tal cual. Argumentaron que el cambio abriría la posibilidad de una penetración política y el peligro de liderazgos paralelos. Todo aquello, dijeron, terminaría por destruir la tradición de apoliticismo en las filas.

Otro sector postuló que el único cambio posible era que los oficiales renunciaran a ejercer su derecho a voto: así se eliminaba la discriminación y se resolvía el problema de raíz. La tercera posición pidió cambiar el sistema, posibilitando la inscripción electoral de todo el mundo, pero reglamentando la suspensión de ese derecho ciudadano mientras el militar estuviera en servicio activo. Lo que sí concitó la unanimidad del cuerpo de generales fue el rechazo al requerimiento del gobierno de permitir la inscripción electoral de suboficiales y soldados. Pero como no era fácil entregar esa respuesta, se optó finalmente por una solución tan osada como compleja. Se decidió consultar a los suboficiales sobre las tres alternativas antes mencionadas de forma reservada y discreta, y a través de los mandos, para evitar discusiones y comentarios públicos. Se acordó también que, con posterioridad, un suboficial por grado expondría el sentir de los miembros de cada unidad.

Prats fue enfático en recalcar ante el cuerpo de generales que durante el desarrollo de la consulta se hiciera ver el peligro que encerraba el hecho de introducir cambios, por el posible aprovechamiento político, y que, por último, los oficiales estaban incluso dispuestos a renunciar a su derecho a voto. Llegó el momento del proceso de consulta. Para esta etapa se preparó el Estadio Nataniel, en medio del máximo sigilo y de innumerables medidas de seguridad. Se buscó proteger el secreto de un acto en el que cada suboficial entregaría el pensamiento mayoritario de la unidad que representaba. Presenciaron las exposiciones los generales con mando de la Guarnición de Santiago y los comandantes de unidades.

Para sorpresa de la mayoría de los jefes presentes, la unanimidad de los suboficiales planteó la no conveniencia de ejercer el derecho a voto. Más de alguno hizo mención al ejemplo dado por el general René Schneider. Prats le informó al gobierno que se había rechazado la ampliación del derecho a voto por opinión contraria de los mismos involucrados. En ese debate, así como en otros que se fueron sucediendo, algunos conjurados fueron identificando a los mandos que habrían de resistirse a acelerar la caída de Allende.

El enfrentamiento anunciado ya comenzaba a dibujarse en el tablero de los juegos de guerra.

[1]. Entrevista inédita con la autora (2002)

[2]. Carlos Rafael Rodríguez, amigo personal de vieja data de Fidel Castro, fue presidente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria y viceprimerministro para Asuntos Exteriores del gobierno cubano hasta 1976. Después, y hasta 1997, vicepresidente del Consejo de Estado y vicepresidente del Consejo de Ministros. Falleció en 1997.

[3]. La actuación de desacato que tuvo el coronel Alberto Labbé hacia el Presidente Allende en la ceremonia de graduación de la Escuela Militar, bajo su mando, el 17 de diciembre de 1971, fue el motivo por el

cual el comandante en jefe del Ejército, acompañado de su segundo a bordo, el general Pinochet, le pidieron su retiro voluntario de las filas. Después, Labbé fue candidato a senador por Santiago, por el Partido Nacional, alcalde de Las Condes y presidente del club que agrupa a las 28 Cámaras Binacionales de Comercio en Chile. Es padre de Cristián Labbé, guardia personal del general Pinochet y oficial instructor del contingente asignado a la DINA en Tejas Verdes. Fue también integrante de su Comité Asesor de la Presidencia (COAP). Como oficial de Estado Mayor, después de un curso en la Academia de Guerra, se incorporó al Ministerio Secretaría General de la Presidencia. Integró gabinete en la sombra dirigido por Sinclair. En agosto de 1989 fue nombrado por Pinochet ministro secretario general de Gobierno. Se fue a retiro y, en 1995, fue nombrado gerente de la Fundación Pinochet. En 1998 fue electo alcalde de Providencia como militante de la UDI, cargo en el que aún se mantiene por elección popular.

CAPÍTULO X

MENTIRAS VERDADERAS

SEGÚN PINOCHET, LA CONSPIRACIÓN GOLPISTA EN EL EJÉRCITO SE INICIÓ POCO DESPUÉS QUE ÉL ASUMIÓ LA JEFATURA DEL ESTADO MAYOR, A PRINCIPIOS DE 1972. EN ESE MOMENTO, DICE EN SU LIBRO *EL DÍA DECISIVO*, LE PIDIÓ AL JEFE DE INTELIGENCIA QUE «ABORDARA» LA ESTRATEGIA A SEGUIR COMO MATERIA DE SEGURIDAD NACIONAL, CON TODOS LOS ANTECEDENTES ACTUALIZADOS, Y ESTABLECIERA LAS POSIBILIDADES POLÍTICAS DE LA NACIÓN:

> Debo reconocer que el paso que se daba era peligroso, pero vitalmente necesario. Tan pronto lo recibí, procedí en abril de 1972 a enviarlo al director de Operaciones para lo que preparé un oficio «reservado». Para no despertar sospechas o evitar que la comunicación fuera interceptada por alguna persona relacionada con la Unidad Popular, opté finalmente por enviarle un normal oficio conductor, acompañando en sobre separado, el documento con el estudio y análisis realizado. Era el primer paso que se daba para romper el tabú. Del documento en referencia resultaban de capital importancia aquellas materias relativas a las alternativas políticas que vivía el país y que más podían afectar a las Fuerzas Armadas. Leído este informe, cuyo contenido es altamente alarmante, iniciamos con las personas de mayor confianza que tenía en mi repartición, un análisis de cada una de las conclusiones a que se había llegado en la Dirección de Inteligencia.

Y AGREGA:

> El documento señalado dejaba claramente establecido que un conflicto entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo podría llegar a un momento en que, al no haber salida constitucional, desataría una lucha entre los dos poderes, posibilidad esta que se veía más factible debido a que la posición de ambos se endureció cada vez más. En tal caso, las Fuerzas Armadas, que siempre habían actuado como árbitros, difícilmente podrían mantenerse como tales, tanto más que uno de los poderes (el Ejecutivo) creaba una fuerza paramilitar que según nuestros cálculos ganaba fuerza cada día a lo largo del país.

EL GENERAL MARIO SEPÚLVEDA FUE DIRECTOR DE INTELIGENCIA DEL EJÉRCITO, UNA DE LAS INSTANCIAS CITADAS POR PINOCHET COMO INVOLUCRADAS EN ESE INFORME. PERO SEPÚLVEDA NO RECORDÓ NINGUNA ACCIÓN CLANDESTINA DE ESA NATURALEZA CUANDO HABLAMOS LARGAMENTE MUCHAS TARDES DE UN INVIERNO DE 1984, QUE SE HACÍA ETERNO. POR SUS RESPONSABILIDADES, DEBIÓ HABER TENIDO ALGUNA INTERLOCUCIÓN CON EL GENERAL CÉSAR RAÚL BENAVIDES, DIRECTOR DE OPERACIONES. Y NUNCA CONVERSARON DE ESO. SEPÚLVEDA REFUTÓ PASO A PASO EL RELATO DE PINOCHET. Y RECORDÓ QUE LOS INFORMES QUE SE ELABORABAN ALIMENTABAN LA FUNCIÓN DEL COMANDANTE EN JEFE Y DE SU ESTADO MAYOR PARA COHESIONAR EL MANDO Y HACER FRENTE A LAS MÚLTIPLES PRESIONES QUE SE EJERCÍAN SOBRE LAS INSTITUCIONES ARMADAS Y, EN ESPECIAL, SOBRE EL EJÉRCITO. NO PODÍA SER DE OTRA MANERA EN EL CURSO DE ESE AÑO 72, QUE MARCÓ LA SEGUNDA FASE DE LA CONJURA.

La acción que, en esos días de 1972, despliega el Alto Mando del Ejército, del cual era una pieza importante Pinochet, se resume en las notas que hizo otro de sus integrantes, el general Guillermo Pickering:

> O el gobierno trataba de dar una mayor fortaleza política a su base de sustentación, buscando el apoyo concertado de otras fuerzas políticas –lo cual lo llevaría a reprimir severamente al que atentara contra la estabilidad democrática del país–, o bien aceptaba el camino de la lenidad o consentimiento, haciendo vista gorda a los excesos de sus propios sectores ultras, exponiéndose a un aumento de la tensión hasta límites entonces no calculados. En cualquiera de esas opciones, las Fuerzas Armadas se verían cercadas por las presiones de distintas fuerzas políticas para intentar que ellas pusieran en la balanza un nuevo ingrediente de fuerza...

LA RELACIÓN DE LOS HECHOS QUE SUCEDIERON EN EL EJÉRCITO HECHA POR PINOCHET, TAMPOCO COINCIDE CON LA DIVISIÓN QUE A ESAS ALTURAS YA SE HABÍA ESTABLECIDO EN SU CUERPO DE GENERALES Y QUE EL PARO NACIONAL DECRETADO EN OCTUBRE POR LA CONFEDERACIÓN DE DUEÑOS DE CAMIONES AGUDIZÓ. EL GENERAL ÓSCAR BONILLA, DIRECTOR DE INSTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO, SOSTENÍA ENTONCES QUE, DE ACUERDO CON LA DOCTRINA INSTITUCIONAL, A LAS FUERZAS ARMADAS LES CORRESPONDÍA «NO SOLO RESPETAR LA CONSTITUCIÓN, SINO HACERLA RESPETAR». PRATS CONSIDERÓ IMPROCEDENTE ESA INTERPRETACIÓN: «PARA HACER RESPETAR LA CONSTITUCIÓN LOS MILITARES TENDRÍAN QUE ECHÁRSELA AL BOLSILLO», REITERÓ EN LAS REUNIONES DEL CUERPO DE GENERALES. Y ADVIRTIÓ ACERCA DEL PELIGRO QUE ENCERRABA UNA GUERRA CIVIL, LA QUE PODRÍA PROVOCAR POR LO MÍNIMO UN COSTO DE CIEN MIL MUERTOS, LOS QUE PODRÍAN LLEGAR AL MILLÓN DE VÍCTIMAS. SU POSICIÓN ERA RESPALDADA POR LOS GENERALES GUILLERMO PICKERING, MARIO SEPÚLVEDA, GUSTAVO ÁLVAREZ, JOAQUÍN LAGOS, ORLANDO URBINA Y EL PROPIO PINOCHET. EN UNA ACTITUD DE NEUTRALIDAD O INDEFINICIÓN, SE UBICABAN LOS GENERALES RAÚL BENAVIDES (DIRECTOR DE OPERACIONES) Y CARLOS FORESTIER, ENTRE OTROS. Y EN EL SECTOR CONTRARIO, TOMABAN POSICIÓN LOS GENERALES JAVIER PALACIOS, WASHINGTON CARRASCO, MANUEL TORRES, ERNESTO BAEZA, SERGIO NUÑO, ARTURO VIVERO, ÓSCAR BONILLA Y CARLOS ARAYA. A ELLOS SE SUMARÍA MUY PRONTO SERGIO ARELLANO, QUIEN ASCENDERÍA AL GENERALATO EN LA CALIFICACIÓN DE 1972.

De acuerdo con *El día decisivo*, Pinochet solía replicar que, para que el Ejército pudiera entrar en acción, era imprescindible que la ciudadanía lo exigiera como único remedio contra el caos:

> De otra manera –les explicaba– seríamos aprovechados posteriormente por los mismos políticos que habían conducido a Chile a este desastre y que tal vez esperaban que las Fuerzas Armadas hicieran una limpieza y un acomodo del país para luego recuperar el poder. Mi idea era muy diferente. Si el Ejército y las Fuerzas Armadas intervenían contra el gobierno marxista, sería para producir cambios trascendentales en los más amplios y variados aspectos de la vida nacional a fin de corregir las gravísimas deformaciones que la política tradicional había ocasionado con el correr de los años. Por lo tanto, las Fuerzas Armadas tenían que permanecer en el poder un período indeterminado hasta modernizar la vida chilena, restablecer

la convivencia y crear un régimen institucional acorde con los problemas y las amenazas de la época y dejar a la nación en condiciones de defender su nueva democracia.

LOS RELATOS QUE OTROS GENERALES DEL EJÉRCITO DE LA ÉPOCA HICIERON A ESTA AUTORA TAMPOCO CUADRAN CON LO QUE SE CUENTA EN *EL DÍA DECISIVO*. ES MÁS, EN ELLOS FIGURA PINOCHET EN FORMA REITERADA AFIRMANDO ANTE LOS GENERALES: «¡UN GOLPE DE ESTADO SERÍA UNA LOCURA! ¡DESENCADENARÍA LA GUERRA CIVIL!».

En lo que respecta a los objetivos que se habrían autoimpuesto las Fuerzas Armadas una vez ejecutada la intervención militar, basta leer los documentos de la época para concluir que ese debate se dio recién en 1977, en la víspera de la exclusión del comandante en jefe de la Fuerza Aérea, general Gustavo Leigh, de la Junta Militar de Gobierno, en 1978.

En junio de 1972, Allende solicitó al Ejército que un general asumiera la cartera de Minería. No hubo ni un solo integrante del Alto Mando que cuestionara la designación del general Pedro Palacios, a pesar de la abierta animadversión que generaba en muchos de ellos el gobierno. El almuerzo de camaradería que los generales ofrecieron en honor del nuevo ministro de Minería y las felicitaciones de que fue objeto Palacios, corroboran el clima aún exento de confrontación abierta que se vivía en esos días de junio.

En cambio, muy distinta era la situación entre los oficiales de la Marina, el Ejército y Carabineros en Valparaíso, una zona bajo control total de la Armada y a la que había llegado el general Arellano. El general Arturo Yovane, jefe de Carabineros en esa zona, reconstruyó su ingreso a la conspiración:

> Los primeros encuentros, casi inocentes, se iniciaron a mediados de 1972, en Valparaíso. Primero fueron reuniones sociales y de camaradería entre oficiales a los que poco a poco se fueron sumando algunos empresarios y políticos de derecha. Así fue como entablé relación con los almirantes José Toribio Merino, Patricio Carvajal e Ismael Huerta, y con otros altos oficiales de la Armada y el Ejército, contrarios al gobierno de la Unidad Popular. Entre estos últimos destacaba el coronel Sergio Arellano Stark, comandante del Regimiento Maipo. Dentro de nuestra amistad comentábamos la situación en que se encontraba el país. Coincidíamos en nuestras críticas y la preocupación por la forma en que se había perdido el respeto por las tradiciones chilenas. La bandera era ultrajada por cualquier porquería. En los discursos nunca se hacía referencia a nuestros héroes. Aparte del desorden imperante y de la falta de respeto a las instituciones legítimas del país, existían los decretos de insistencia, normas que eran firmadas por los miembros del gabinete de Allende, cuando las leyes eran rechazadas por la Contraloría o el Parlamento. Una de las instituciones que más sufría esa crisis era precisamente Carabineros. Estábamos entre la espada y la pared, porque nuestro deber es hacer cumplir y acatar lo que dictan los Tribunales de Justicia acorde a las leyes, pero no así las que dictaba la autoridad pasando por encima del Poder Judicial. Se cometían cientos de abusos, obligándonos a pedir autorización al poder civil. A medida que la situación en el país se hizo más crítica, estas reuniones de camaradería dieron paso a la acción. Reunidos en secreto en casa de amigos o parientes, comenzamos a planificar el derrocamiento de Salvador Allende. En un principio pensamos iniciarlo en Valparaíso, por el apoyo total de la Armada a una acción de esta índole, pero no estábamos seguros de la reacción del Ejército. Arellano era quien más pedía esperar hasta confirmar que el Ejército se plegaría. Para entonces, el almirante Merino ya había hablado con el general Gustavo Leigh, segundo en el mando de la Fuerza Aérea y con gran parte de su Alto Mando, los que apoyaban decididamente la idea. A partir de ese momento, el general Gustavo Leigh se transformó en el corazón del Golpe. Durante casi un año, dos o tres veces a la semana, cumplí una delicada misión: recorrí las unidades policiales del país sondeando el apoyo de los oficiales y suboficiales al movimiento[1].

LA CORRIENTE QUE SE ORIGINÓ EN VALPARAÍSO COMENZABA ASÍ A EXPANDIRSE HACIA OTRAS ZONAS DEL PAÍS Y ESPECIALMENTE HACIA

SANTIAGO. EN SEPTIEMBRE, SEÑALES INQUIETANTES REVELARON QUE ALGO SE ESTABA URDIENDO. LA TRADICIONAL PARADA MILITAR DE LAS FIESTAS DE LA INDEPENDENCIA SE PREPARÓ CON ESPECIALES MEDIDAS DE SEGURIDAD. EL GENERAL ALFREDO CANALES, QUIEN SE HABÍA NEGADO A PRESENTAR SU EXPEDIENTE DE RETIRO, EN DICIEMBRE DE 1971, DESPUÉS DE HABER PROVOCADO UN INCIDENTE EN LA ACADEMIA DE GUERRA DE LA CUAL ERA EL DIRECTOR, PROTAGONIZÓ UN NUEVO CORTOCIRCUITO.

Por esos días se realizó en la Guarnición de Valparaíso una competencia de esgrima que presidieron el director de Instrucción de la Armada, contraalmirante Horacio Justiniano, y su símil del Ejército, general Alfredo Canales. Según la versión que entregó posteriormente el alto oficial de la Armada, en un momento de la competencia, el general Canales hizo comentarios adversos al gobierno y criticó al comandante en jefe de su institución. Todo aquello lo rubricó diciendo que la oficialidad subalterna estaba dispuesta a «alzarse» contra Allende. La respuesta del contraalmirante Justiniano fue escueta. Le manifestó que ese tipo de comentarios les estaba vedado. Le notificó, además, que reportaría lo sucedido al comandante en jefe de la Armada, lo que hizo de inmediato en forma verbal y luego por escrito, por expresa petición del almirante Montero. Muy pronto el escrito llegó a las manos del general Prats.

La participación del Ejército en la Parada y en el Te Deum tuvo esos precedentes. Un fuerte cordón de seguridad trató de neutralizar dos amenazas. La primera, evitar que una acción extremista (de cualquier bando) pudiese sorprender a los soldados apoderándose de sus armas. La otra, y no menos importante, impedir que alusiones atentatorias contra la honra de la institución derivaran en algún hecho trágico. Se temía una reacción descontrolada frente a las provocaciones de grupos que se habían preparado para lanzarles trigo a su paso (en señal de que eran unos «gallinas», cobardes) y gritarles «sandías», verdes por fuera (aludiendo al color de su uniforme) y rojos por dentro (en una comparación con el apodo despectivo con que se denomina a los comunistas). Nada de lo que se temía ocurrió.

El 21 de septiembre se conoció la resolución presidencial que llamó a retiro a Canales, por «grave falta a la disciplina, constitutiva de una abierta infracción a la doctrina institucional, a una inconcebible falta de lealtad con el comandante en jefe del Ejército, con sus colegas del Alto Mando y con sus propios subalternos, a quienes ha imputado el lesivo cargo de que se alzarían en contra del gobierno constitucional». Esa misma tarde, Canales entregó a la prensa su peculiar versión de los hechos. Se inició una ofensiva de la derecha en contra del general Prats, la que también se extendió al contraalmirante Justiniano. Para nadie era un misterio que el objetivo era incitar a la oficialidad joven a una desobediencia al mando, al que se consideraba demasiado comprometido con la política de subordinación al poder civil.

A dos años del asesinato del general Schneider y del inicio del gobierno de Allende, el «Paro de Octubre» originó la más seria perturbación al orden público y a la economía. La Confederación de Dueños de Camiones que presidía León Villarín inició el 10 de octubre una huelga nacional motivada en su origen por el rechazo al proyecto del gobierno de crear una compañía estatal de transporte. Pronto se plegaron el comercio y la pequeña industria. Los médicos y los empleados bancarios se sumaron más tarde a la protesta. Cuatro días después era tal la gravedad de la situación, que el gobierno tuvo que

decretar Zona en Estado de Emergencia en 20 provincias del país. Como muchos generales asumieron responsabilidades de jefatura en dichas zonas, el proceso de calificaciones del Ejército debió suspenderse. La Dirección de Industria y Comercio (DIRINCO) del gobierno, comenzó a requisar artículos de primera necesidad desde los establecimientos comerciales. Los trabajadores asumieron el control de muchas industrias en paro.

La clausura de radio Minería, por no respetar una cadena obligatoria del gobierno y alentar por sus ondas a los gremios en conflicto, sumó otro problema en el que se vio envuelto el general Pickering. El funcionario que llevaba la orden de clausura hasta la radio se encontró con una muchedumbre que había cercado el edificio ubicado en Tobalaba y Providencia. Los carabineros que acompañaban al funcionario también fueron rodeados por los manifestantes. Pickering, comandante de Institutos Militares, recibió la orden del jefe de la Guarnición de Santiago, general Héctor Bravo, de enviar al sitio un destacamento de la Escuela Militar para controlar la situación. Pero Pickering no quiso entregarle esa dura responsabilidad al coronel Nilo Floody, director de la Escuela Militar. Decidió concurrir personalmente. La sola presencia de un contingente de la Escuela Militar a la cabeza del cual marchaba un general, aquietó los ánimos. Pero la historia no terminaría allí.

Un grupo de parlamentarios de derecha y de la Democracia Cristiana también había concurrido a la emisora y emplazó al general Pickering a definirse frente a la situación política. El militar replicó:

–Señores, nací en un cuartel, crecí en un ambiente íntimamente relacionado con el Ejército, me eduqué en la Escuela Militar y todo lo que soy se lo debo a mi institución. Solo pienso como militar.

En el auto de Pickering quedaron seis impactos de arma de fuego de pequeño calibre. Al día siguiente, el comandante de Institutos Militares recibió los calificativos de «comunista» y «marxista», los que provocaron hilaridad o indignación en quienes lo conocían. Para Pickering lo sucedido representó una grave ofensa, ya que su mayor principio había sido mantener absoluta prescindencia de la política contingente y no había nada más ajeno a sus convicciones que el marxismo. Dolido y estupefacto, advirtió que las posibilidades de hacer predominar la cordura y la razón se diluían en una espiral de violencia que no dejaba espacio ni siquiera para su defensa. Días más tarde escribió:

> Puedo decir y comprobar con absoluta tranquilidad de conciencia que el único motivo que guió mis actuaciones durante mis 37 años de oficial y 42 de vestir el uniforme del Ejército, fue servir a mi institución con el más pragmático espíritu profesional, absolutamente apolítico y profundamente convencido del respeto por la Constitución y por los principios de ética profesional que aprendí y cultivé durante toda mi carrera. En coherencia con mis anteriores aseveraciones, al cumplir una orden como la que recibí, primero del comandante en jefe del Ejército y después ratificada por el comandante de la Guarnición, estaba absolutamente dentro de mi ética profesional. ¿Qué se quería entonces? ¿Que me sublevara?

EL CONFLICTO CONTINUÓ AGRAVÁNDOSE Y OBLIGÓ A ALLENDE A UNA RESPUESTA OSADA. EL 2 DE NOVIEMBRE HIZO PÚBLICA SU DECISIÓN DE NOMBRAR UN GABINETE CÍVICO-MILITAR CON LA INCORPORACIÓN DEL ALMIRANTE ISMAEL HUERTA COMO MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTE; DEL GENERAL DE LA FUERZA AÉREA CLAUDIO SEPÚLVEDA, COMO MINISTRO DE MINERÍA, Y EL GENERAL CARLOS PRATS, AL FRENTE

DE LA CARTERA DE INTERIOR. EL PARO TERMINÓ A LAS 18 HORAS DEL 6 DE NOVIEMBRE TRAS LARGAS NEGOCIACIONES. LOS DIRIGENTES DE LOS GREMIOS LO ANUNCIARON DESPUÉS QUE ACEPTARON LAS CONDICIONES QUE LES OFRECIERON DOS MINISTROS MILITARES: PRATS Y HUERTA. EL PAÍS RESPIRÓ.

Distinto habría sido el pulso de las calles si se hubiera conocido lo que a esas mismas horas se urdía en la trinchera de las fuerzas que desencadenaron el paro que convulsionó al país. Roberto Thieme, dirigente de Patria y Libertad, relató años más tarde un capítulo secreto de esos días[2]:

–Durante el Paro de Octubre de 1972, cuando se alza el general Alfredo Canales, y el Presidente Allende lo destituye (21 de septiembre de 1972), se empieza a expresar un movimiento de protesta dentro de los generales. En ese momento, Federico Willoughby[3] me dice: «Mira, tú tienes un avión y eres el piloto, aquí hay que hacer un vuelo muy importante: llevemos a este general a reunirse con los alemanes de Colonia Dignidad»[4]. Y llevé al general Canales en un vuelo clandestino, en pleno Paro de Octubre, con el país convulsionado, con control militar, y ahí se produce este contacto.

–¿Para qué llevan al general Alfredo Canales a Colonia Dignidad?

–En el momento del ingreso de las Fuerzas Armadas al gabinete, cuando los comandantes en jefe entran a cogobernar con Allende, el consejo político de Patria y Libertad pensó que se podía producir un quiebre en el Ejército, una guerra civil. A través de Willoughby veíamos que había este quiebre en el alto mando del Ejército. De hecho, el general Canales ya había manifestado su acercamiento al pensamiento nacionalista y se pretendía, a través de él, unir a todos estos minigrupos que pululaban autoproclamándose nacionalistas. La idea fue que Canales, habiendo sido llamado a retiro prematuramente, contara con todo el apoyo de nuestras bases en el sur y concretamente con la de los alemanes de Colonia Dignidad, los que le ofrecieron que se instalara allá para que actuara como el aglutinante del movimiento cívico-militar que iba a terminar con el gobierno de Allende. Yo lo llevé en mi avión. En ese vuelo fueron también Francisco Prats, como dirigente de los gremialistas de la Universidad Católica y Federico Willoughby, que articulaba todo esto. Estuvimos allá un día entero con los alemanes. A partir de entonces yo quedé conectado con el jefe de la colonia: Paul Schäffer.

–¿Por qué vieron el ingreso de los jefes militares al gabinete como una derrota?

–Como una derrota y como el camino más seguro hacia una guerra civil. Y ahí dijimos: bueno, vamos a crear una fuerza paramilitar que haga o promueva un alzamiento militar con los sectores de las Fuerzas Armadas que sean afines a nosotros. Así se produjo esta ecuación que yo después aproveché estratégicamente para producir un supuesto accidente en mi avión y así desaparecer y abocarme a esa tarea. Si no era en Colonia Dignidad, ¿dónde más habría podido aterrizar?

–Y entonces, hizo creer que había muerto en un accidente cuando en realidad llegó en su avión a Colonia Dignidad, desde donde se fue clandestino hacia Argentina. ¿Cuál fue el verdadero objetivo de aquel montaje?

–El día del supuesto accidente aterricé a las seis de la tarde en la Colonia Dignidad. En la noche se repintó el avión y se cambió todo. Al día siguiente volé hacia Argentina en el mismo avión, que se rematriculó argentino. Yo había descubierto en otros vuelos anteriores, en el sur argentino, más o menos en la cuadra de la colonia, un territorio de

nadie de miles de kilómetros cuadrados apto para crear un campamento de entrenamiento paramilitar. Ese era mi plan.

Con el fin del «Paro de Octubre», la normalidad comenzó nuevamente a instalarse en las calles. Pero era solo un paréntesis. Un corte necesario que preparaba la nueva embestida: empresarios y altos oficiales de la Armada habían comenzado la confección del plan económico que se implementaría una vez derrocado el gobierno de Allende.

Orlando Sáenz, presidente de la SOFOFA, relata:

–En septiembre de 1972, la estructura del Comando Gremial conspirativo ya era muy complicada. Intervenían otros «generales»: los transportistas de León Villarín, el comercio detallista de Rafael Cumsille, los sectores intermedios de Raúl Bazán, los colegios profesionales. Apareció luego Jaime Guzmán con sus gremialistas y Pablo Rodríguez con Patria y Libertad. Esto fue creciendo y creciendo y, para fines del año 1972, este movimiento fue capaz de parar durante un mes a Chile. Eso exigió una complicada estructura y unas interrelaciones que significaron inflar no solo dineros sino también egos. Los dineros salieron de la empresa privada nacional y extranjera, pero más que nada externa. Yo mismo hice contactos con sectores empresariales de otros países a los cuales les debo lealtad y gratitud. No me arrepiento. Se me avisaba del extranjero cuánta plata teníamos y la transformábamos en acciones. En Europa, por ejemplo, trabajó un comité nuestro de tres personas. Eran empresarios y sus nombres no los revelaré. Pero además, cada gremio llegaba con sus fondos. Le podría dar una nutrida lista de prohombres chilenos que hoy se expresan públicamente, que no tuvieron ningún empacho en recibir subsidios importantísimos para sus obras. ¿Sabe usted cuánto costó la campaña para salvar la Papelera, por ejemplo? Fueron cantidades enormes de dinero. Y sobre la base de allegar recursos, lo primero era tener medios de difusión. Teníamos una nómina de subsidios para treinta y tantas radios y más de veinte diarios a lo largo del país. Inventábamos publicidad. Por ejemplo, para la defensa de las áreas verdes. Era un ejército y toda esa actividad era necesaria. Nada más que la «Sección Inteligencia» nuestra llegó a tener casi 70 personas. Y todos esos grupos funcionaban en un lugar que no tuviera relación con las organizaciones empresariales. Por ejemplo, donde se gestó el embrión del programa económico que aplicó Sergio de Castro, fue en un departamento en los altos del Teatro Continental. Allí se instaló Sergio Undurraga, secretario ejecutivo de nuestro Departamento Técnico y comenzó a contratar economistas. El programa económico se demoró más de un año en elaborarse. Pero hay algo importante que puntualizar: el dinero no compró el paro nacional. El dinero hizo posible que se materializara el sentimiento de paro.

Arturo Fontaine Aldunate, exdirector del diario *El Mercurio*, en su libro *Los economistas y el Presidente Pinochet*, cuenta de qué manera se decidió la confección del *Ladrillo*, el plan económico que impuso la Armada en la conducción de la Junta Militar después del Golpe de Estado. Fue el exoficial Roberto Kelly el depositario de esa misión:

> Kelly se compromete a presentarles un plan y recurre a su amigo Emilio Sanfuentes Vergara, vinculado también al Grupo Edwards y colaborador estrecho de Hernán Cubillos. Sanfuentes, siempre optimista, promete el plan para dentro de treinta días. Kelly lo ofrece a los marinos en un plazo de noventa días. Tres hombres tienen importancia primordial en la gestación de ese plan: Sergio Undurraga, el dueño de casa, pues la base fue su oficina de asesoría para la Sociedad de Fomento Fabril –SOFOFA, que preside Orlando Sáenz–; Emilio Sanfuentes, que aporta la vinculación empresarial, nacional y gremialista, además de su acercamiento a los marinos y de su enorme capacidad para movilizar esfuerzos, y Alvaro

> Bardón, el contacto más eficaz con los economistas democratacristianos. En agosto de 1972, se formaliza el estudio del plan alternativo económico, esto es, un programa capaz de sacar al país del marasmo en que lo tiene Allende y de proporcionarle a quien suceda a este (probablemente las Fuerzas Armadas), un diagnóstico y una pauta de acción en el plano económico.

EL «PARO DE OCTUBRE» FUE, COMO ERA DE PREVER, ATENTAMENTE SEGUIDO POR LOS AGENTES DE LA CIA DESTINADOS EN CHILE. EN UN INFORME ENVIADO EL 20 DE OCTUBRE DE 1972 POR EL JEFE DE LA ESTACIÓN EN SANTIAGO, SE LEE:

> Carabineros seguirá apoyando al gobierno tanto tiempo como el Ejército lo haga... De producirse un enfrentamiento entre civiles, la oposición a la Unidad Popular perdería. Las Fuerzas Armadas perderán independencia institucional a medida que pase el tiempo.

EN EL INFORME DE LA COMISIÓN CHURCH, POR SU PARTE, SE SEÑALA:

> Ya en septiembre de 1971, una nueva red de agentes estaba establecida y la representación de la CIA estaba recibiendo informes casi cotidianos sobre el complot para un Golpe de Estado... Pero en 1972, fue la red de inteligencia de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos la que continuó informando sobre las actividades del complot para el Golpe. Durante 1972, la CIA continuó monitoreando al grupo militar que estaba en condiciones de montar un Golpe exitoso y gastó un tiempo y un esfuerzo significativamente mayor penetrándolo. Más de lo que había hecho previamente con otros grupos. Aquel grupo había despertado la atención originalmente en octubre de 1971. Ya en enero de 1972 la CIA lo había penetrado con éxito y estaba en contacto con su líder a través de su intermediario.

LA NUEVA ESTRATEGIA SUBVERSIVA QUE LANZÓ PATRIA Y LIBERTAD DESPUÉS DEL «PARO DE OCTUBRE» TAMBIÉN CONCITÓ EL INTERÉS DE LA CIA. EN SU SEDE CENTRAL EN LANGLEY, VIRGINIA, SE RECIBIÓ EN NOVIEMBRE UN INFORME QUE DETALLABA SUS MOVIMIENTOS:

> El grupo opositor cívico liderado por Pablo Rodríguez, se está organizando sin importar filiación política. Están organizados cuadra por cuadra. Hasta las mujeres y niños están entrenados en primeros auxilios, autodefensa, uso de armas, cómo hacer bombas molotov. También están entrenando personas para operar empresas eléctricas y de transporte público en caso de un golpe militar. El apoyo económico y las armas, como ametralladoras y granadas de mano, vienen de Brasil.

MIENTRAS LA CIA, EL COMANDO DE GUERRA EMPRESARIAL Y LA ARMADA DELINEABAN EN ABSOLUTA HOMOGENEIDAD Y SILENCIO UNA FINA ESTRATEGIA CONSPIRATIVA, EN EL MOVIMIENTO OBRERO SE AGRIETABAN LAS RELACIONES ENTRE LA IZQUIERDA Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA. EN 1972, LA CUT HABÍA REALIZADO LA PRIMERA ELECCIÓN DIRECTA DE SUS DIRIGENTES DESDE SU FUNDACIÓN. EL PC OBTUVO EL 30% DE LOS SUFRAGIOS; EL PS, EL 26,42%; EL MAPU, EL 5,22%; EL PR, EL 4,74%, Y EL MIR, EL 2,11%. LA DC, LIDERADA POR ERNESTO VOGEL, Y CON UNA CAMPAÑA QUE TUVO POR LEMA «UNA OPOSICIÓN REVOLUCIONARIA A UN GOBIERNO REVOLUCIONARIO», LOGRÓ EL 24,64%, ELIGIÓ A 16 DIRECTIVOS Y OBTUVO LA PRIMERA MAYORÍA EN SANTIAGO. VOGEL LLEGÓ ASÍ A LA VICEPRESIDENCIA DE LA CUT. DESPUÉS DEL «PARO DE OCTUBRE», EL PRESIDENTE DE LA CUT, LUIS FIGUEROA, FUE NOMBRADO MINISTRO DEL TRABAJO, Y EL SECRETARIO GENERAL, ROLANDO CALDERÓN, MINISTRO DE AGRICULTURA. A LA CABEZA DEL ORGANISMO SINDICAL QUEDÓ OTRO

COMUNISTA: JORGE GODOY. LA IDENTIFICACIÓN DE LA CUT CON EL GOBIERNO FUE CASI TOTAL, LO QUE RELEGÓ A LOS DIRIGENTES DEMOCRATACRISTIANOS A UNA INSOSTENIBLE POSICIÓN.

En 1975, dos años después del Golpe de Estado, en una reunión del exilio en Londres, Luis Figueroa diría al respecto:

> La CUT no es un organismo de la Unidad Popular. No es su séptimo partido. Es una organización sindical de los trabajadores en la cual hay militantes de la Unidad Popular y también de otros partidos. Cometimos otro error durante el gobierno de la Unidad Popular llevando a la CUT al gobierno, amarrándola a toda la alternativa del gobierno y enfrentándonos al peligro de la división de clase. La DC estuvo con el Golpe porque no supimos trabajar con ellos en el sector sindical. Estos errores históricos se pagan muy caros. ¡Cada cual tiene su responsabilidad frente a la historia!

AQUEL 1972 NO FUE UN AÑO DE MEDIR COSTOS POLÍTICOS PARA ALGUNAS FUERZAS ANSIOSAS DE ASALTAR EL CIELO. EN MEDIO DE LA POLARIZACIÓN, LAS PALABRAS DE ALLENDE NO ENCONTRABAN EL ECO ESPERADO:

«Las revoluciones no son partos de todos los días en la Historia. Y lo que estamos haciendo nosotros es una auténtica revolución. No solo porque lo vivimos, lo vemos, lo sentimos, sino porque además, de todas las latitudes del mundo miran a Chile como un fanal que enciende una pequeña llama de esperanzas en millones y millones de seres humanos. No podemos defraudarnos nosotros ni podemos defraudar a otros pueblos. No podemos caer ni en el escepticismo ni en la duda ni en el cansancio ni podemos caer en actitudes afiebradas, creyendo que puede hacerse la construcción del socialismo en media hora, en un día, en un año. ¡No, compañeros! Nadie trata aquí de detener la avalancha del proceso revolucionario. Cuando era candidato lo dije cientos de veces a lo largo de Chile: no quiero ser un Presidente más. ¡Quiero ser el primer Presidente del primer gobierno auténticamente popular, nacional, democrático y revolucionario de la Historia de Chile!».

Con el ímpetu de ese discurso, Allende viajó en diciembre de 1972, a las Naciones Unidas. Ahí denunció el «cerco invisible» que las empresas multinacionales habían tejido en contra de Chile y de su gobierno. Una etapa importante de ese viaje fue su visita a México, a cuya capital llegó el 30 de noviembre. Uno de los integrantes de la comitiva de seguridad, que desde el aparato de Inteligencia y Contrainteligencia del PS asesoraba esa función, relató a la autora:

–Éramos tres los del grupo de avanzada que llegó antes a Ciudad de México. Iba con *Silvano* (Wagner Salinas), un integrante del GAP al que mataron después en Talca junto a Germán Castro, intendente de esa ciudad, y con Hugo Morgado, funcionario de Investigaciones. Cuando llegué a México, me reuní con el agregado militar, el coronel Agustín Toro Dávila, y le pedí que hiciera los contactos para que pudiéramos reunirnos con los opositores conflictivos en esa capital. El vehículo de Toro Dávila, un Ford, fue mi auto operativo. Él me lo pasó diciéndome: «¡Me gusta como trabajas!». Y hablamos con varios de ellos. Les dije que no intentara nada durante la visita de Allende, que los íbamos a tener marcados paso a paso, que estábamos apoyados por los integrantes de la IV Internacional en México, por el PC y por un sector del PRI. Y era cierto, en quince días armamos un dispositivo de seguridad con cinco mil hombres. Teníamos a todos los potenciales «enemigos» de Allende vigilados al igual que todas las esquinas de sus desplazamientos. Con Morgado nos movilizábamos en un bus donde iban los «Halcones» con sus carabinas recortadas. Son los mismos que hicieron la matanza de Tlatelolco. El

momento más crítico fue cuando íbamos llegando a la embajada chilena en Ciudad de México con Allende y nos cortaron la luz. Fue en el preciso instante en que Allende ingresaba a la casa y también lo hacía la viuda de Lázaro Cárdenas. En la oscuridad, nos abrimos paso a punta de patadas y culatazos contra quien se acercara al Presidente.

En Chile, el general Carlos Prats, ministro del Interior, asumió la vicepresidencia y Augusto Pinochet la jefatura del Ejército en carácter de subrogante. En la misma noche de la asunción de Prats, los generales de la Guarnición de Santiago fueron convocados por Pinochet a concurrir al domicilio de la máxima autoridad transitoria del país para «congratularlo» por su nombramiento. Les dijo que se haría «un pequeño vino de honor» en concordancia con la austeridad que primaba en los cuarteles en esa época.

Pickering participó de ese ágape:

> Mientras se realizaba esta reunión, alguien pidió sorpresivamente que guardáramos silencio. Presenciamos entonces cómo el jefe del Estado Mayor le terciaba una banda presidencial, confeccionada ex profeso, al general Prats. Luego, después de un abrazo efusivo y palabras de congratulación y buenos deseos por el éxito de tan importante gestión, nos invita a entonar el Himno de la Escuela Militar que todos conocemos. El retraimiento y poca inclinación por la ostentación, inherentes a la personalidad del general Prats, quedó de manifiesto al percatarnos de su sorpresa e inhibición al momento de recibir este agasajo de quien iba a subrogarlo en el mando del Ejército hasta el 27 de marzo de 1973.

EN ESOS DÍAS DE DICIEMBRE DE 1972, CONCLUYÓ EL PROCESO DE CALIFICACIONES DEL EJÉRCITO. SERGIO ARELLANO SE TRASLADÓ A SANTIAGO EN CALIDAD DE GENERAL. NO LE FUE FÁCIL ABANDONAR EL PRINCIPAL PUERTO DEL PAÍS Y MENOS EL REGIMIENTO MAIPO. EL CONTROL TOTAL DE LA CIUDAD ESTABA EN MANOS DEL ALMIRANTE JOSÉ TORIBIO MERINO, CON QUIEN ARELLANO HABÍA LLEGADO A ENTABLAR UNA ESTRECHA RELACIÓN. EN LA CAPITAL LO ESPERABA LA JEFATURA DEL COMANDO DE TROPAS DEL EJÉRCITO, CON SEDE EN PEÑALOLÉN. SU NUEVA MISIÓN SERÍA APASIONANTE: DEBÍA ORGANIZAR UNA NUEVA UNIDAD OPERATIVA, LA QUE INICIALMENTE ESTARÍA CONSTITUIDA POR LOS COMANDOS DE AVIACIÓN, DE TELECOMUNICACIONES Y DE INGENIEROS. TAMBIÉN DEBÍA PARTICIPAR EN LOS CONSEJOS DE GENERALES, DE REUNIONES PERIÓDICAS EN ESA ÉPOCA, QUE INDEFECTIBLEMENTE TERMINABAN CON EL ANÁLISIS DE LA POLÍTICA CONTINGENTE. LA DELIBERACIÓN YA SE HABÍA APROPIADO DE LOS CUARTELES Y TENDRÍA SU PRUEBA DE FUEGO EN MARZO DE 1973, CON LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS.

Para esa elección, la oposición había logrado finalmente la unidad de acción. La Democracia Cristiana se alió con el Partido Nacional y el PIR, grupo radical que lideraba Alberto Baltra y que había abandonado la Unidad Popular. Los tres formaban la nueva Confederación Democrática (CODE).

El 4 de marzo de 1973, el resultado de los comicios parlamentarios provocó estupor e ira entre los opositores al gobierno y en las filas golpistas de las Fuerzas Armadas. La sorpresa también se apoderó de los generales de Ejército que aún no estaban decididos a incorporarse a la conjura. El 43,39% de los sufragios obtenido por la Unidad Popular, aumentando el caudal electoral logrado por Allende al ser elegido Presidente en 1970, hizo que la fuerte presión para que asumieran su lugar en la trinchera se hiciera más explícita. Esa elección parlamentaria marcó el fin del compás de espera que los dueños de

la conspiración se habían impuesto. No obstante el alto apoyo popular que logró la CODE, no les alcanzó para obtener los dos tercios necesarios en el Parlamento que permitieran declarar la inconstitucionalidad del gobierno y de su Presidente. El objetivo sería a partir de ese momento, solo uno: derrocarlo.

Solo faltaba una pieza en la maquinaria golpista: el batallón secreto del Ejército.

En La Moneda, un pequeño grupo de asesores de Allende, que trabajaba en el más completo secreto, se enfrentaba a un punto de quiebre en su análisis. La encuesta sobre la elección de marzo que habían puesto sobre el escritorio del Presidente días antes, solo estuvo a unas pocas décimas del escrutinio final. El logro, sin embargo, no alcanzó a regocijarlos. A partir de ese momento sus conversaciones con el Presidente se hicieron más frecuentes y descarnadas. Fueron los coloquios íntimos de un grupo que tuvo pocos sobrevivientes y cuyo secreto solo se develó cuando uno de ellos decidió abrir la compuerta de una página inédita y apasionante de la historia de esos mil días.

[1]. Entrevista en revista *Cosas* Nº 517 (15 de junio de 1996).

[2]. Entrevista con la autora (2005).

[3]. Federico Willoughby fue miembro de la dirección de Patria y Libertad y en esos años era ejecutivo de la empresa estadounidense Ford Motor Company en Chile. Fue el primer secretario de Prensa y vocero de la Junta Militar después del Golpe de Estado y estrecho asesor de Pinochet. En 1976 renunció y, para el plebiscito de 1988, se transformó en un público opositor a la dictadura. Recuperada la democracia, regresó a La Moneda como asesor del Presidente Patricio Aylwin.

[4]. Colonia Dignidad, conocida también como *Villa Baviera*, es un territorio de 16 mil hectáreas, ubicado en Parral (Región del Maule). Fue fundado en 1961, por Paul Schäffer, quien llegó a Chile escapando de acusaciones por abuso sexual que la justicia alemana abrió en su contra. Schäffer se transformó en el líder de este reducto que, entre otras cosas, decía ayudar a niños en riesgo social, pero que en realidad era una gran maquinaria para proveer de sexo y dinero a Schäffer. La colonia era habitada por cerca de 300 alemanes que lo obedecían ciegamente: trabajaban para la colonia sin sueldo. Hombres y mujeres vivían separados. No había espacio para la vida en familia. El primero en denunciar los abusos sexuales y sicológicos de Schäffer, fue el joven Ernest Wolfang Müller, quien logró escapar en 1966. Schäffer se ocultó y logró que se declarara la prescripción de esos delitos. Durante la dictadura, contó con la protección del Ejército chileno que usó esas instalaciones para secuestrar y torturar a detenidos; para fabricar armas químicas, y también para fabricar y traficar armas de distinto tipo, parte de las cuales fueron encontradas en 2005 en búnkers construidos bajo los campos de la colonia. El hallazgo de estas armas llevó al entonces subsecretario del Interior, Jorge Correa Sutil, a declarar: «Este es el más grande arsenal descubierto en manos privadas en la historia de Chile». Con el regreso de la democracia, el infierno que construyó Schäffer comenzó a ser investigado por primera vez. En 1991, el gobierno de Patricio Aylwin quiso quitarle la personalidad jurídica. Pero nadie dimensionaba entonces cuánto horror había en ese «Estado» levantado por Schäffer en el sur de Chile. Durante años, contó con una extensa red de apoyo en la derecha chilena. Cuando Aylwin presentó la cancelación de la personalidad jurídica de Colonia Dignidad, 17 parlamentarios de la UDI y RN recurrieron ante el Tribunal Constitucional para revertir la decisión. Entre ellos, los senadores Sergio Romero, Sergio Fernández, Mario Ríos, Sergio Diez, Olga Feliú, Bruno Siebert, William Thayer, Santiago Sinclair, Jaime Guzmán y Sergio Onofre Jarpa. En 1994, el senador UDI Hernán Larraín y varios diputados de derecha, formaron «un grupo de amigos» del hospital y la escuela de *Villa Baviera*. En 1996, quince parlamentarios de derecha reclamaron oficialmente por un operativo de Investigaciones que pretendía detener a «un anciano de cerca de 80 años, que además sufre la pérdida parcial de la visión» (Schäffer). En 1998, los parlamentarios de derecha votaron en contra de una comisión investigadora para esclarecer las violaciones a los derechos humanos cometidas en ese recinto durante el régimen militar. Fueron las investigaciones por abuso sexual contra menores las que cercaron a Schäffer y lo obligaron a esconderse en 1997. Prófugo de la justicia durante casi una década, permaneció varios años en el extenso territorio que posee la colonia y que colinda con la frontera argentina, habitando búnkers y túneles secretos, protegido por una sofisticada red de seguridad electrónica y la complicidad de los mismos colonos. Pero el acoso policial aumentó y debió salir de Chile. Al partir, su círculo íntimo sacó ilegalmente del país gran parte del capital de la colonia. En 2005, Schäffer fue descubierto en Argentina por un equipo periodístico de Canal 13, liderado por la periodista Carola Fuentes, lo que permitió que finalmente compareciera ante la justicia. Al morir en la Cárcel de Alta Seguridad, el 24 de abril de 2010, estaba condenado a siete años de prisión por el homicidio calificado de Miguel Ángel Becerra Hidalgo (agente de la DINA que quiso salir de la colonia); a siete años por infracción a la Ley de Control de Armas; a tres años y un día por las torturas a ocho colonos alemanes, quienes fueron adormecidos para luego ser sometidos a experimentación, y a veinte años como autor de cinco violaciones y 21 casos de abuso sexual en contra de niños

de la colonia. El dictamen mostró que los menores que se resistían a Schäffer eran tratados con electroshock y sedantes, y que el abuso contaba con la colaboración de una veintena de personas. En 2011, el ministro Jorge Zepeda condenó como cómplices y encubridores del delito de abuso de menores, a 21 personas, entre ellas al brazo derecho de Schäffer, el doctor Harmutt Hopp, quien logró huir a Alemania en mayo de 2011, país en el que reside actualmente.

CAPÍTULO XI

EL «GAP INTELECTUAL» DE ALLENDE

MUCHO SE HA ESCRITO SOBRE LO QUE SUCEDIÓ EL MARTES 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973 EN EL PALACIO DE GOBIERNO. PERO UNO DE LOS CAPÍTULOS QUE QUEDABA EN LAS TINIEBLAS ERA LA MISIÓN QUE TUVIERON ALGUNOS DE LOS HOMBRES QUE DECIDIERON PERMANECER JUNTO A SALVADOR ALLENDE EN LA MONEDA. ¿CÓMO SE EXPLICA SINO LA PODEROSA RAZÓN QUE IMPULSÓ AL SOCIÓLOGO CLAUDIO JIMENO Y A LOS DOCTORES JORGE KLEIN Y RICARDO PINCHEIRA A INMOLARSE JUNTO A SU PRESIDENTE?

Durante años han sido solo parte de una fría nómina de muertos. Un registro que no puede dar cuenta de por qué hombres llenos de vitalidad entregaron lo mejor de su talento y energías por una causa. Para quienes los conocieron, no fue una sorpresa la postrera actitud de esos jóvenes que habían unido su destino en los años 60 hasta llegar a formar un grupo de «asesores secretos».

Allende los llamó, con afecto, «mi GAP intelectual».

Félix Huerta, uno de sus sobrevivientes, fue el primero que abrió la ventana de los recuerdos. Poco después se juntaron los otros que escaparon de la muerte, lo que hasta hoy les provoca sentimientos de culpa y, en una jornada no exenta de dramatismo, revivieron la historia de aquel «compartimento secreto» que, en aquellos días, hizo de la «inteligencia sociológica» un inédito instrumento de indagación.

Fue en 1966, en los patios y vetustas salas de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile donde los hombres de esta historia ligaron de manera indisoluble sus vidas. El centro de atracción eran los integrantes de la Brigada Socialista. En ella brillaba el carismático doctor Eduardo *Coco* Paredes, ayudante del doctor Carlos Molina. En el trabajo académico y político, Paredes trabó amistad con el sociólogo Claudio Jimeno, el que se había incorporado a la cátedra de Medicina Preventiva del Hospital San Borja. A ellos se unió otro sociólogo a quien, por su expresa petición, llamaremos solo *Felipe*. Uno de los sobrevivientes del 11 de septiembre de 1973.

Las luces y destellos intelectuales del trío conformado por Paredes, Jimeno y *Felipe* eran emulados por otro grupo de estudiantes de Medicina, también de izquierda, formado por un cuarteto inseparable: Félix Huerta, presidente del Centro de Alumnos y vocal socialista de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH); Carlos Lorca, dirigente de la Juventud Socialista; el dirigente de ese mismo partido, Ricardo Pincheira y el estudiante comunista Jorge Klein.

Lorca, inteligente y reflexivo, estaba un curso más arriba que el resto pero su fanatismo por el ajedrez –o el deseo de asociarse aun más a sus compañeros– lo hizo congelar un año sus estudios siendo alcanzado por sus amigos. Ricardo Pincheira también se desvió por los vericuetos del amor y la literatura en forma tan intensa que descuidó sus estudios. Así, de tanto andar bajo el brazo con *Ulises*, de James Joyce, repitió curso. El verano de ese año 66 los convirtió en un grupo más cómplice y afiatado al viajar *a dedo* a

Brasil, Perú, Bolivia, Uruguay y Argentina. En la majestuosa soledad nocturna de Machu-Picchu, todos ellos bebieron de la vibrante embriaguez que les inspiraba la revolución cubana.

Ese interés llevó a Paredes, más adulto, a adquirir un compromiso mucho mayor con la revolución cubana y su línea de acción para la conquista del poder. Formaba parte de la dirección de los «elenos», un grupo secreto del Partido Socialista. Lo llamaban así por su vínculo directo con el Ejército de Liberación Nacional, creado por el «Che» Guevara para iniciar la guerra de guerrillas en Bolivia. Uno de los jefes de los «elenos» fue Rolando Calderón, el máximo dirigente sindical del PS en la CUT. En 1967, cuando el «Che» Guevara se instaló en Bolivia, el grupo orgánico de Calderón, Paredes y Arnoldo Camú, entre otros, hizo efectivo su nexo con la guerrilla. A la fracción clandestina se unió el grupo de Huerta. En esa línea de acción jugó un rol clave la hija de Salvador Allende, Beatriz, a la que todos llamaban *Tati*.

Treinta años después pude empezar a armar el rompecabezas de la «asesoría secreta» de Allende y del rol que jugaron los «elenos» en su entorno y el día 11 de septiembre de 1973. En una arbolada y tradicional calle de La Reina, una reja alta esconde las instalaciones del colegio Rubén Darío. La única figura humana es la de un hombre que se desplaza en silla de ruedas: Félix Huerta, su director y creador. Su rostro no ha aparecido jamás en diarios ni televisión. Alguna vez fue un carismático dirigente socialista, alto y bello, pletórico de sueños y certezas revolucionarias. El joven, que a los 23 años, siendo un potente líder y brillante estudiante de Medicina en la Universidad de Chile, decidió abandonarlo todo para seguir la lucha del «Che» Guevara, una opción que, previo paso por Cuba, lo trajo de regreso a Chile en silla de ruedas. El último día de su entrenamiento, en una reyerta estúpida, un tiro por descuido lo dejó inválido.

Dice Félix Huerta:

«La guerrilla en Bolivia nos influenció mucho, así como también la figura del "Che" y la revolución cubana. Pasábamos pertrechos, hacíamos de correo. Viajé a la zona después de la muerte del "Che", el 9 de octubre del 67. El foco de Ñancahuazú había terminado y quedaban solo los sobrevivientes: Inti Peredo (dirigente del Partido Comunista boliviano), Darío, *Pombo, Benigno* y *Urbano*[1]. Mi misión era pasarlos a través de la cordillera hacia Chile».

«Después de un viaje a Bolivia me fui a Cuba. La muerte del "Che" apresuró mi decisión. Era curioso: uno creía que podía cambiar el mundo. Estaba absolutamente convencido de que la lucha armada era la vía para lograr una sociedad más justa. Y así fue como me fui a un entrenamiento largo y fuerte. Recuerdo mucho y con especial afecto a *Benigno*. Un tipo fantástico, fuertísimo y muy fornido. *Rambo*, el personaje de las películas, ¡era una porquería comparado con *Benigno*! Pero yo, en ese plano, era ¡pésimo! Había bolivianos, colombianos, venezolanos, costarricenses, un brasileño –al que le decíamos *Dipi* y que murió en Bolivia– y un lote grande y lindo de argentinos buenísimos, unos personajes. Éramos cerca de cien. Fueron siete meses de entrenamiento muy duro y con combates reales. La mística del grupo era enorme, había que remontar un doble golpe: el fracaso del foco de Ñancahuazú y el impacto sicológico de la muerte del "Che". Al final de esos siete meses viajé a La Habana para hacer un curso de cirugía de guerra. En forma paralela debí continuar mi entrenamiento militar, especialmente karate. Y después me pasó el incidente aquel. Cuando recuperé el conocimiento estaba en el Hospital Naval y supe que había quedado inválido...»

«Lo único que quería era morirme. Lo intenté varias veces y de hecho me dieron por muerto unas cuantas. Solamente podía mover el dedo de una mano y con una leve inclinación. No quería regresar a Chile, pero mi hermano mayor fue a buscarme. Llegué a Santiago y me encontré con afecto a raudales, con que tenía de verdad muchos amigos. ¡Qué cantidad de sorpresas! Empecé a trabajar en el PS. Así fue como volví a juntarme con *Tati* Allende, quien desde 1968 tenía una relación de amor con el cubano Luis Fernández, el encargado de Chile del PC cubano. Hicimos hartas cosas lindas durante la campaña presidencial. Ayudamos a formar el GAP, entre otras cosas, y así fue como se incorporó a este mi hermano Enrique Huerta. Cuando el MIR, por problemas políticos, se retiró del GAP, ingresó el grupo que había estado en Bolivia. Varios de los que habían sobrevivido a Bolivia murieron en La Moneda o en el regimiento Tacna el 11 de septiembre o con posterioridad».

«Bien curiosa fue la relación que llegamos a tener con Allende. Yo lo conocía de antes. Un día, siendo estudiante de Medicina, fui a su casa para invitarlo a un foro en la universidad. Me recibió en su escritorio lleno de fotografías. Al mirarlas, le dije que él sí era un intelectual de izquierda. Me miró con cara de interrogación, y yo continué: "En Chile, dije, los intelectuales de izquierda pintan de blanco las paredes de sus casas y ponen afiches. Los intelectuales rascas ponen un afiche del 'Che', los de un nivel superior tienen la foto del 'Che' y los de peso como usted, ya tienen una foto autografiada". Su respuesta, llena de humor y sin un asomo de enojo, me asombró. Así descubrí algo que después corroboré: Allende detestaba a los rastreros y le interesaban los irreverentes. Cuando volví de La Habana solía visitarme. Le interesaba mi experiencia. Nos juntábamos a discutir con otras personas, entre ellas Carlos Lorca[2] y Miguel Enríquez[3]. Muchas veces el debate se tornaba violento. Para entonces, estaba convencido de que Allende debía ser el candidato. No me parecía que hubiera otra alternativa. Y pensaba que tenía alguna autoridad para decirlo en el PS. ¿Quién me iba a tachar de revisionista o de contrarrevolucionario? Recuerdo una vez que armamos una reunión entre Allende y Carlos Altamirano. Estaban peleados y hablamos hasta las 4 de la mañana. Debe haber sido una de las reuniones más tensas que he presenciado. Altamirano se convenció de que Allende tenía que ser el candidato. Fue un día antes de la famosa votación del PS para elegir candidato en que Allende ganó por un voto. Todo eso fue estrechando mi relación con él».

Pocos días después del 4 de septiembre de 1970, Eduardo *Coco* Paredes, Félix Huerta y Claudio Jimeno le ofrecieron al futuro Presidente crear «una asesoría especial que investigara las inclinaciones de la opinión pública trabajando con métodos modernos la inteligencia sociológica». «El de la idea matriz fue el sociólogo Claudio Jimeno, quien había hecho un doctorado en Inglaterra. Encontró un entusiasta receptor en *Coco* Paredes, quien asumió la dirección de la Policía de Investigaciones en el nuevo gobierno de la Unidad Popular», recuerda Huerta.

Jimeno había hecho –junto a su yunta *Felipe*– una encuesta para las elecciones presidenciales, bajo el alero de un llamado Centro de Estudios de Opinión Pública (CENOP), en la que por poco acertaron. Eso despertó la curiosidad y el interés de Allende. Fue así como decidieron revivir el CENOP, con el aval de las comisiones políticas del PS y el PC. Llegaron Jimeno, el doctor Jorge Klein, que ya militaba en el PC; René Benditt, un sicólogo socialista muy capaz y que le imprimió al grupo látigo y organización profesional; Manuel Contreras, sociólogo comunista y exalumno de Jimeno, y *Felipe*,

experto en estadísticas.

Si bien la idea del grupo partió alrededor del camastro de Huerta, en su casa de calle Diagonal Oriente, el trabajo se oficializó en julio de ese año. Cada uno debió buscar una forma de financiamiento. Jimeno, *Felipe* y Jorge Klein lo encontraron como becarios de la Flacso. Manuel Contreras se consiguió una comisión en Chile Films.

Manuel Contreras recuerda:

–Entre el año 65 y el 70, tanto en Chile como en el mundo la sociología aparecía particularmente seductora no tanto para ejercer el oficio sino que para ideólogos, y como Claudio Jimeno tenía formación adquirida en Gran Bretaña y creía en sus posibilidades metodológicas, contagió su entusiasmo a Eduardo Paredes, quien quería trabajar con métodos modernos la confrontación con la derecha. Más que inteligencia política, lo que hacíamos era inteligencia sociológica, porque allí no hubo juegos de espías ni de informantes pagados, sino simples estudios usando los métodos de la sociología. Jimeno se reveló desde el primer minuto como el «Canciller» del grupo, el diplomático, el hombre que abría todas las puertas y que tenía la habilidad de desdramatizar todas las situaciones. *Felipe* era el técnico y Jorge Klein, el hombre de las impertinencias necesarias. Ya para la tercera reunión con Allende, en las que siempre estaba presente su hija *Tati*, este exclamó: «Ustedes son un grupo curioso, son los únicos que trabajan y no me piden plata».

Manuel también recuerda que desde el primer momento se estableció una relación peculiar con otro asesor personal de Allende, Joan Garcés:

–Muchas veces estuvimos en desacuerdo con su análisis. Había una elegante y diplomática disputa, la que se prestó para que Claudio Jimeno rebatiera de manera jocosa *al español*, como lo llamábamos.

Felipe dice que la primera sede del grupo estuvo en una casa que se arrendó en Sucre, entre Manuel Montt y Antonio Varas. Hasta que, a mediados del 72, se cambiaron al piso 14 del Edificio UNCTAD (denominado Diego Portales cuando lo ocupó la Junta Militar y hoy Gabriela Mistral). «Félix, por razones obvias, trabajaba en su casa y allí, en su pieza, hacíamos las reuniones del equipo directivo».

Para entonces, el grupo CENOP estaba sólidamente estructurado. Los sondeos de opinión estaban a cargo de Jimeno y *Felipe*; los informes de prensa y análisis de tendencia en manos de Huerta, Benditt, Klein, Jimeno y Contreras. Los enfoques políticos confidenciales a cargo de Huerta y *Máximo*, a quien ya nadie más conoció como Ricardo Pincheira. El grupo continuó con sus reuniones estrictamente confidenciales en la casa de Félix Huerta.

Manuel Contreras evoca:

–Era impresionante verlo en su cama clínica, prácticamente inmóvil y tan solo con un leve movimiento de hombros que bajaba hasta los brazos, los que agitaba como un abanico. Escribía con una especie de instrumento que se fabricó, algo así como la manilla de un paraguas, con la que sujetaba el lápiz y hacía unas letras enormes. Y allí, a su alrededor y en su casa, se fue desarrollando entre nosotros una relación profunda de afecto y gran lealtad hacia Allende, la que trascendió lejos la pertenencia a los partidos.

Felipe, hombre reservado, aún tiene problemas para hablar de la historia del «GAP intelectual». Le duele sacarse la coraza que ha tejido en largos años:

–Usábamos la sociología vinculada a estudios empíricos, con evidentes consecuencias ideológicas y políticas, en la perspectiva de sustentar diariamente un

gobierno sometido a una crisis de gran magnitud. Por eso supimos desde el principio que no podíamos aparecer públicamente: no había financiamiento que nos respaldara y con todo el lío del GAP y los grupos armados, podrían decir que éramos un grupo de inteligencia. En algún sentido lo éramos, pero como lo entienden los norteamericanos: información para tomar decisiones políticas sustentadas en un conocimiento real de los sentimientos, valores, comportamientos y potencialidades de la gente, algo que por lo demás quedó inscrito en la academia cuando Estados Unidos, a través del Pentágono, financió el «Plan Camelot» en Chile[4]. Nosotros hicimos un «Camelot» pero para nuestro lado.

Parte destacada del análisis de prensa del grupo CENOP era el editorial de *El Mercurio*. «Desde allí –dice Contreras– se señalaban los grandes rumbos de la política de la derecha. En esa esfera hubo otras dos personas de ese sector que, en materia de declaraciones, equivalían a editoriales mercuriales, en su mayoría hechas por Arturo Fontaine: Sergio Onofre Jarpa y Pablo Rodríguez. Los tres forman la trilogía de los grandes estrategas de la derecha. Vieron la realidad dos o tres años antes del Golpe».

Y *Felipe*, fiel a su rigurosidad, puntualiza:

–Nuestro trabajo fue variando. Partió con estudios de opinión pública y, a diferencia de hoy, sacar un estudio de esos dos veces al año significaba una fortuna porque no existían los procesadores ni los programas estadísticos actuales. Así fue como derivamos a estudios tremendamente rigurosos que no tenían como objetivo explotarlos en la prensa, tenían el sello de «reservado», porque en ellos se decía la absoluta verdad. Debían ser de no más de cuatro páginas porque estaban destinados a ser leídos por el Presidente a las 7 de la mañana y en el más breve lapso.

En la creciente ola confrontacional, la tarea de captar la correlación real de fuerzas se hizo prioritaria.

Cuenta Manuel Contreras:

–Nos transformamos en especialistas en medir concentraciones con las fotos de *El Mercurio* y la inspección del lugar. Ya éramos como veinte los que trabajábamos y sabíamos cuánta gente podía concentrarse en la avenida Bulnes o Bustamante, analizábamos la composición de clase, hombres, mujeres, jóvenes, consignas y con eso hacíamos una radiografía y se la entregábamos al doctor Allende.

El desarrollo de la crisis política los hizo dar un salto para afinar sus estudios: de la calle a los cines, para hacer análisis de estímulo-reacción. Con la ayuda de Eduardo Labarca, director de Chile Films, y guiados por el sicólogo Benditt, se hicieron noticiarios que todos las salas proyectaban antes de la película y que cambiaban cada quince días en una época en que los cines constituían la actividad más masiva de los chilenos. Se confeccionó un mapa en el cual si se quería investigar la reacción de sectores obreros entre 24 y 32 años, se estudiaba el público del Cine King, por sus películas un poco pornográficas. Para las mujeres del sector popular, se prefería el Cine Santiago. Allí proyectaban melodramas mexicanos. Los cines Huérfanos y Rex, del centro de Santiago, servían para captar comportamiento de capas medias, mientras que El Golf, Pedro de Valdivia y Las Condes, eran las salas elegidas por los estratos altos.

Los integrantes del CENOP indagaban primero lo que se hablaba en las filas de compra de entradas y de ingreso y luego, al interior de la sala, medían la reacción ante las imágenes que aparecían en la pantalla, en las que se veían Allende, Jarpa, Altamirano, Pablo Rodríguez, Miguel Enríquez, Frei, Corvalán y otros, según quienes estuvieran en el

peak de su figuración pública. Entre esas imágenes se intercalaban otras de plantas, flores o agua para hacer el corte y asegurarse de que no hubiera traspaso emocional. Las pifias, aplausos, insultos, murmullos, los conatos de peleas y hasta las disputas a golpes tenían su puntaje. Al final de la jornada, cada encuestador había visto diez veces la película y, juntando todas las encuestas, obtenía un muestreo que abarcaba cerca de 10 mil personas.

El entusiasmo en La Moneda con el nuevo experimento fue explosivo. Los sondeos de opinión sobre el desabastecimiento, la reforma constitucional y otros tópicos eran entregados directamente al Presidente por Jimeno, Klein y Huerta, con lo cual las reuniones fueron más seguidas, en cualquier día y hora de la semana. Uno de los trabajos del CENOP acaparó la atención del Presidente.

Dice Félix Huerta:

–Era un breve análisis político semanal, leído solo por ocho personas, sin duda lo más valioso que hacíamos y donde vertíamos lo que recogíamos de información abierta, como análisis de prensa y análisis de tendencias, con información propia que obteníamos a través de *Máximo* (Ricardo Pincheira). Allí el CENOP fue plasmando el progresivo y acelerado deterioro del proceso político encarnado por Allende.

Manuel Contreras señala:

–Sostuvimos que, a medida que avanzaban los cambios y la crisis, la derecha dejaba de expresarse por la vía tradicional del partido político y comenzaba a expresarse corporativamente, a través de la SOFOFA, del sindicato de Dueños de Camiones, de los comerciantes de Cumsille, de los mineros de El Teniente; el gran gremio, vías, en definitiva, que eran mucho más ricas e importantes que los partidos políticos. La derecha fue muy hábil y ahí está la importancia de Jarpa y Pedro Ibáñez, al entender que la pelea no estaba en el debate parlamentario sino en la calle y en movilizar a los gremios.

Pero la asesoría –agrega– iba más allá del análisis y la información:

–A medida que fue creciendo la oposición de izquierda al gobierno, con las Asambleas Populares de Temuco y otras manifestaciones impulsadas por el MAPU y el PS, el análisis de *Máximo* se hizo más gravitante así como el papel de Félix Huerta y de Rolando Calderón para intentar capitalizar apoyo. Hasta la casa de Huerta llegaban integrantes de la comisión política del PS para amarrar lazos en torno a Salvador Allende y neutralizar la acción del sector más izquierdista. Recuerdo que, cuando se armó un tremendo escándalo con el «Poder Popular» en Concepción, tuvimos una reunión muy importante con el doctor Allende, estando Calderón presente. El Presidente se quejó de que ni siquiera el PC le había contestado una carta que le había enviado a todos los partidos de la UP. También afirmó que en el PS tenía la mayor oposición. Fue un día sábado en «El Cañaveral». Dijo con un marcado tono irónico que el PC era la historia «y yo no puedo aparecer sin opinión frente a la historia». Pero lo decía frente a una imagen que lo agobiaba y no solo por el rasgo de solemnidad que le daba el PC a todas sus actuaciones. Esa frase se la dijo al general Prats, estando yo presente.

El doctor sabía quién era cada uno de nosotros y que, como grupo, le éramos tremendamente leales. Lo que me extraña en el recuerdo es que siendo nosotros tan jóvenes, Allende fuera tremendamente respetuoso, humano y modesto. No deja de ser asombroso cómo los partidarios de la guerrilla del «Che» se transformaron en los actores políticos más allendistas bajo la premisa de que el Partido Socialista debía tener una postura acorde con su enorme responsabilidad histórica. Allí se alinearon el *Coco* Paredes, *Tati* Allende, Félix Huerta, Ricardo *Máximo* Pincheira, Claudio Jimeno, Carlos

Lorca, Víctor Zerega, Exequiel Ponce y Rolando Calderón.

Trabajando casi 18 horas por día en encuestas y análisis, el CENOP entregó el primer día de marzo del 73 su predicción para la elección parlamentaria. Acertaron por muy poco. Como se sabe, la CODE no pudo obtener los dos tercios necesarios para desplazar a Allende desde el Parlamento y esa imposibilidad echó por tierra entre los conjurados la ilusión de una vía legal. Las proyecciones del CENOP empezaron a constatar con amarga precisión lo que vendría. Una visión que compartía el grupo de generales que estaba alrededor de Carlos Prats y una pequeña minoría de políticos de la Unidad Popular incapaces de desplegar su influencia.

Félix Huerta:

–Veíamos cómo todo se derrumbaba y no se lo ocultábamos a Allende.

–**¿No había engaño?**

–No. Era una de esas cosas claras y oscuras: muy bellas y muy terribles. Había plena conciencia de que se estaba desplomando el cielo a pedazos.

[1]. *Benigno,* uno de los sobrevivientes de la guerrilla en Bolivia, es Daniel Alarcón Ramírez, coronel y héroe de la revolución cubana que, en mayo del 96, a los 56 años, pidió asilo político en Francia. *Pombo,* Harry Antonio Villegas Tamayo, es otro de los cubanos que sobrevivió al "Che" Guevara en Bolivia y también a la intervención cubana en el Congo. Es general y fue jefe de la Sección Política del Ejército de Cuba. En los primeros meses del año 68, parte del *Diario del Che* en Bolivia le fue entregado a Salvador Allende por los sobrevivientes que lograron por su intermedio y el del entonces canciller Gabriel Valdés, pasar a Chile y llegar, vía Isla de Pascua, a Cuba.

[2]. Carlos Lorca fue detenido el 25 de junio de 1975 en la vía pública por agentes de la DINA. Hasta hoy se encuentra desaparecido. Tenía 30 años.

[3]. Miguel Enríquez fue fundador y dirigente máximo del MIR. Falleció en un enfrentamiento con efectivos de la DINA el 5 de octubre de 1974 en su casa, en Santa Fe 2705, San Miguel. Tenía 30 años.

[4]. Un plan de espionaje y manipulación política de los Estados Unidos en Chile, de los años 60, en que se utilizó a los Cuerpos de Paz y que fue denunciado en la Cámara de Diputados por el diputado DC Luis Maira, entre otros, provocando un gran revuelo político.

CAPÍTULO XII

LA COFRADÍA DE LO CURRO

LOS RESULTADOS DE LA ELECCIÓN PARLAMENTARIA DEL 4 DE MARZO DE 1973 IMPULSARON A SALVADOR ALLENDE A DAR UN NUEVO VUELCO EN LA CONDUCCIÓN DEL GOBIERNO. EL 27 DE MARZO REESTRUCTURÓ SU GABINETE Y ESTA VEZ NO INCLUYÓ A NINGÚN MIEMBRO DE LAS INSTITUCIONES CASTRENSES. CON ELLO ESPERABA ENTREGAR UNA SEÑAL AL PAÍS: SE HABÍA RECUPERADO LA CALMA.

El general Carlos Prats quedó libre de obligaciones ministeriales. Al regresar a sus oficinas de la comandancia en jefe, lo esperaba una grata invitación. El general Augusto Pinochet, jefe del Estado Mayor y segundo en el mando del Ejército, había decidido poner de manifiesto la «adhesión y el reconocimiento de la institución» a su superior. Su tarea al frente del Ministerio del Interior podía exhibir como «logro mayor» el «restablecimiento de la tranquilidad en el país» llevando «a feliz término» el proceso electoral «a pesar de la tensión del clima circundante». Para tal efecto, organizó en la Escuela Militar un gran almuerzo de camaradería. Asistió la casi totalidad de los oficiales de la Guarnición de Santiago.

No obstante ese gesto público, Pinochet cuenta en *El día decisivo* que, entre enero y marzo de 1973, meses en los que continuó subrogando al comandante en jefe, «aproveché para aquilatar el grado de adhesión que tendría la acción que se preparaba en contra del régimen».

Varios generales de Ejército que se incorporaron después a la conspiración, niegan que haya sido así.

Según me relataron, en muchas sesiones en las que analizamos el contendido de sus agendas de esos años, hasta antes de las elecciones parlamentarias del 4 de marzo del 73 no existieron condiciones para romper de raíz con el legado del general Schneider. Y ese legado era en las filas del Ejército mucho más fuerte que en el resto de las instituciones castrenses. Las fuentes avalan sus dichos indicando que Pinochet ha sido incapaz de entregar nombres de quienes compartieron con él la organización secreta de la red «entre enero y marzo del 73». Entre otras cosas, porque tuvieron que pasar otros tres meses para que un pequeño grupo de generales y altos oficiales del Ejército asumiera, junto a los conspiradores de las otras armas, que había llegado la hora de prepararse para una intervención militar.

Uno de los conjurados de primera hora fue el coronel de la Fuerza Aérea, Juan Soler Manfredini. Durante su desempeño como edecán del ex Presidente Frei, trabó una gran amistad y complicidad con su compañero de tareas en la Casa Militar, el entonces coronel Sergio Arellano. Cuando este último se trasladó desde Valparaíso a Santiago, se reencontró con Soler.

Sergio Arellano narró en su agenda lo que sucedió[1]:

En Santiago, el clima de abierto descontento entre los oficiales no era el mismo que en Valparaíso, en donde la cohesión que teníamos los uniformados era impresionante. Pero algo había. Así fue como empezamos a conversar y un día el tema surgió naturalmente. Estábamos hablando de que había que hacer algo, había que prepararse porque el gobierno ya no controlaba la situación. Muy pronto se incorporaron otros oficiales de la Aviación y la Armada y por supuesto del Ejército a nuestras reuniones. En ellas siempre participaron solo uniformados.

LOS OTROS OFICIALES QUE SE SUMARON FUERON EL CORONEL DE LA FUERZA AÉREA (JUSTICIA) JULIO TAPIA FALK; EL CORONEL DE AVIACIÓN, ORLANDO GUTIÉRREZ BRAVO Y EL AUDITOR DE LA ARMADA, RODOLFO VÍO VALDIVIESO. CON MENOS FRECUENCIA PERO IGUAL DE COMPROMETIDOS PARTICIPABAN LOS CAPITANES DE NAVÍO HUGO CASTRO JIMÉNEZ Y RAÚL LÓPEZ SILVA.

Una de las primeras medidas que adoptó el grupo fue, según Arellano, la de imponer la tranquilidad entre los jóvenes oficiales:

Hubo que llamarlos a la cordura ya que, insistíamos, hubiera sido un suicidio actuar en forma aislada y sin coordinación. Además, no se trataría solo de un golpe militar. Pensábamos en buscar la fórmula que pusiera al país a cubierto en el futuro de los riesgos tan graves que estábamos presenciando.

EL 11 DE ABRIL, EL GRUPO TUVO LA CONFIRMACIÓN DE QUE, EN LAS FILAS, EL AMBIENTE DE DELIBERACIÓN SOLO REQUERÍA DE CONDUCCIÓN. ESE DÍA, JORGE TAPIA, EL MINISTRO DE EDUCACIÓN, EXPLICÓ ANTE UNOS 60 OFICIALES DE CADA UNA DE LAS RAMAS DE LAS FUERZAS ARMADAS EL PROYECTO EDUCACIONAL MÁS IMPORTANTE DE LA UNIDAD POPULAR: LA ESCUELA NACIONAL UNIFICADA, ENU. LA INICIATIVA CONCENTRABA LOS ATAQUES OPOSITORES BAJO LA CONSIGNA DE QUE REPRESENTABA UN INTENTO DE «CONCIENTIZACIÓN MARXISTA». ESOS FUERON LOS ARGUMENTOS ENARBOLADOS POR EL ALMIRANTE ISMAEL HUERTA CUANDO SUBIÓ A LA TRIBUNA UNA VEZ QUE EL MINISTRO TAPIA FINALIZÓ SU EXPOSICIÓN. CUANDO HUERTA TERMINÓ, FUE OVACIONADO. LUEGO HABLARON EN TÉRMINOS SIMILARES EL GENERAL JAVIER PALACIOS Y LOS CORONELES PEDRO ESPINOZA Y VÍCTOR BARRÍA[2]. PRATS DECIDIÓ TOMAR CARTAS EN EL ASUNTO. DOS DÍAS DESPUÉS DEL INCIDENTE Y ANTE UNOS SEISCIENTOS OFICIALES DE LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO, DIJO EN UN TONO DIRECTO Y FRANCO:

La extrema derecha pretende quebrar la disciplina institucional, para arrastrar a la oficialidad a aventuras sin destino, y la extrema izquierda intenta infiltrarse en las filas para debilitar la cohesión institucional.[3]

CARLOS PRATS NO PODÍA AÚN PONERLE ROSTRO A LOS CONJURADOS. PERO NO SE LE ESCAPABA QUE ALGO GRAVE SE ESTABA GESTANDO EN LOS PASILLOS DE LOS CUARTELES.

Mientras tanto, los oficiales golpistas de la Armada apuraban el plan económico encargado a Roberto Kelly. Temían que se desencadenaran nuevos acontecimientos y no estuvieran preparados para asumir la administración del país. En mayo de 1973, Kelly convocó al grupo de diez economistas que trabajaba en el *Ladrillo* al Hotel San Martín, de Viña del Mar. Ahí, el plan económico cobró forma. En cinco páginas se resumieron los conceptos fundamentales que deberían inspirar al régimen militar que se iniciaría después del Golpe de Estado. A partir de ese momento, los economistas se abocaron al diseño

minucioso del nuevo esquema, capítulos que serían devorados por los marinos de la conspiración.

El 2 de mayo, Prats viajó a Estados Unidos, la Unión Soviética y algunos países europeos. La gira oficial incluyó una audiencia con el Papa Pablo VI. Lo acompañaron los generales Óscar Bonilla, director de Logística, y Raúl Benavides, director de Operaciones. La misión del viaje: comprobar las posibilidades reales de reequipamiento institucional, de acuerdo con el plan aprobado por el Presidente. Lo subrogó nuevamente en la comandancia en jefe del Ejército el general Pinochet.

Mayo estaba terminando y un acontecimiento, esta vez más allá de la frontera, en Argentina, provocó nerviosismo entre los dueños de la conspiración. El día 25, el general Alejandro Lanusse le entregó el poder político al nuevo Presidente electo: Héctor Cámpora. Se terminaban así 18 años de proscripción del peronismo. El movimiento que lideraba desde el exilio madrileño el general Juan Perón, tenía una vigorosa ala izquierda que se alineaba detrás de la flamante figura presidencial de Cámpora. Como parte de esa fugaz «primavera», el gobierno entrante invitó a Allende y al Presidente cubano, Osvaldo Dorticós, a la asunción del llamado *Tío* Cámpora. En las calles se escucharon consignas de solidaridad con la Unidad Popular, Fidel Castro y los vietnamitas. La guerrilla peronista y no peronista mostró ese 25 de mayo una capacidad de movilización que sorprendió a los analistas internacionales. Unos citaban a Perón y abogaban por un «socialismo nacional». Los otros querían el socialismo a secas. Por la noche, cientos de presos políticos, muchos de ellos involucrados en hechos armados, recuperaron la libertad, mientras que los militares fueron objeto de escarnio callejero. La posibilidad de que la experiencia chilena se repitiera nada menos que en Argentina debió erizar la piel de más de un golpista en Santiago.

Al regresar a Chile, Carlos Prats constató que muchas cosas habían cambiado en su ausencia de casi un mes. El 6 de junio hizo un diagnóstico espeluznante:

> Al meditar sobre el encadenamiento de sucesos conflictivos ocurridos en el país desde el 4 de septiembre de 1970, de pronto comprendo lo inexorable: a partir de aquel día se venía gestando el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, cuyo plazo máximo limitado era 1973. En el intento inicial se usó al general Roberto Viaux. El asesinato del general Schneider, que me colocó en su lugar y en su pensamiento doctrinario, frustró el primer conato. Se montó, entonces, la siniestra y hábil «campaña psicológica» para predisponer a las Fuerzas Armadas contra de la «amenaza marxista». Los errores y arbitrariedades acumulativas de algunos personeros políticos del propio gobierno contribuyeron a la eficacia de la compleja y pertinaz acción, sostenida profusamente en radio, televisión, prensa sensacionalista, prensa sibilina y en panfletos y pasquines como *Tribuna*, *Sepa* y *PEC*, este último dirigido desde Mendoza. El segundo montaje del derrocamiento se preparó con el Paro de Octubre de 1972. Pero fue prematuro, porque las Fuerzas Armadas aún no estaban suficientemente «ablandadas» para que se lograra sacarlas de sus cuarteles. Vino el compás de espera de los comicios de marzo. Les quedaba la esperanza de que, atizando la hoguera del desabastecimiento –con el mercado negro, el acaparamiento y la especulación–, la aporreada voluntad popular daría a la oposición los ansiados dos tercios en el Parlamento. El fracaso de este último recurso constitucional –que habría podido manejarse con elegancia democrática– despejaba ahora todas las dudas de la oposición sobre lo fundamental: el gobierno debía caer en 1973. Faltaba por dilucidar cómo.[4]

PARA COMPARTIR SUS INQUIETUDES, ANALIZAR LA SITUACIÓN Y LAS EVENTUALES SALIDAS A LA CRISIS, PRATS CITÓ EL 10 DE JUNIO A LOS GENERALES PINOCHET, JEFE DEL ESTADO MAYOR; ORLANDO URBINA, INSPECTOR GENERAL; MARIO SEPÚLVEDA, JEFE DE LA GUARNICIÓN DE

SANTIAGO Y GUILLERMO PICKERING, COMANDANTE DE INSTITUTOS MILITARES.

Pickering resumió en sus escritos la síntesis de la reunión:

> Confiando en mi memoria y remitiéndome a las anotaciones de mi libreta, trataré de recapitular las palabras del general Carlos Prats lo más fielmente que pueda: «Al asumir el cargo de ministro del Interior, a pesar de que la inclusión en el gabinete de ministros de miembros de las Fuerzas Armadas había obedecido prácticamente a un requerimiento nacional, fui el blanco de presiones y ataques por parte de personeros de la oposición política al gobierno, las que se agravaron cuando debí asumir la Vicepresidencia de la República, por mandato constitucional». Luego nos informó que primeramente había recibido fuertes presiones para «aprovechar la oportunidad y derrocar al Presidente», que se encontraba en el exterior. «Yo no sé –dijo– si esta gente alcanza a comprender lo que significa para un soldado la honorabilidad y la lealtad. Jamás habría aceptado adoptar semejante proceder. Si, llegado el caso, tuviera que enfrentarme con el Presidente de la República, lo haría cuando él esté aquí y no cobardemente, aprovechando su ausencia». Más adelante nos recordó que, casi inmediatamente después de su negativa y rechazo a estos requerimientos y presiones, comenzó una insultante campaña de desprestigio hacia su persona.

EL GENERAL GUILLERMO PICKERING PUSO EN BOCA DE PRATS LO SIGUIENTE:

> He hecho un resumen de estos sucesos y comentarios para que ustedes, que tienen las mayores responsabilidades dentro del Ejército, se percaten de la objetiva realidad de los mismos. Por lo demás, he sido informado de que esta siniestra campaña de desprestigio en contra de mi persona estaría vinculada con un alto jefe del Ejército.

Y DE INMEDIATO, PICKERING DEJÓ REGISTRADO EN EL PAPEL SUS IMPRESIONES:

> Estas últimas palabras del comandante en jefe, dichas en un ambiente que se iba transformando por momentos en cada vez más dramático, fueron recibidas con evidente sorpresa por quienes las escuchábamos. Cada uno de nosotros manifestó al general Prats que semejantes rumores mal intencionados no nos alcanzaban. A su vez, el comandante en jefe manifestó que no se le había pasado por la mente la idea de dudar de nuestra lealtad y que nos reiteraba su confianza.

EN LAS MÚLTIPLES REUNIONES QUE SE REALIZABAN EN EL EJÉRCITO, EL TEMA POLÍTICO OCUPABA UN LUGAR RELEVANTE. PICKERING TAMBIÉN DEJÓ EN EL PAPEL SU MIRADA DE LO QUE ESTABA EN JUEGO EN ESOS DÍAS:

> Observábamos con repulsión, y hasta con verdadero horror, no solo la posibilidad de vernos envueltos en una asonada militar, sino también por las proyecciones futuras a que conducen ese tipo de aventuras: aplaudidas inicialmente, posteriormente apoyadas para proteger ciertos intereses –todo ello en aras «de la salvación nacional»–, terminando por recibir tarde o temprano el rechazo y repudio unánime de una nación cuyo desenvolvimiento histórico ha estado condicionado –o mejor dicho, exaltado– por el signo de la democracia.

DADA LA SITUACIÓN, EL ALTO MANDO PUSO EL ACENTO EN LA NECESIDAD IMPERIOSA DE REFORZAR LA LÍNEA INSTITUCIONAL. LOS MENSAJES QUE LLEGARON A LAS UNIDADES TUVIERON CIERTOS CONTENIDOS QUE SE REPITEN EN LOS DOCUMENTOS OFICIALES Y RESERVADOS DE LA ÉPOCA A LOS QUE TUVO ACCESO LA AUTORA Y QUE PUEDEN RESUMIRSE ASÍ:

> El Ejército debe mantenerse a toda costa al margen de la situación política contingente porque no es árbitro de la situación ni garante de ninguna posición política. Consecuentemente, el problema es político y debe ser resuelto por los políticos.
>
> CON RESPECTO A LOS RUMORES Y CAMPAÑAS DESTINADAS A CREAR UN AMBIENTE DE TEMOR ANTE LA POSIBILIDAD DE UNA GUERRA CIVIL, CABE SEÑALAR QUE ESTA NO ES POSIBLE MIENTRAS SE MANTENGA LA UNIDAD INSTITUCIONAL Y LA COORDINACIÓN CON LAS OTRAS RAMAS DE LA DEFENSA NACIONAL, PARA LO CUAL ES ABSOLUTAMENTE INDISPENSABLE MANTENER LA VERTICALIDAD DEL MANDO Y LA DISCIPLINA DE LAS TROPAS Y SUBORDINADOS. LOS HECHOS HISTÓRICOS HAN DEMOSTRADO SIEMPRE QUE UNA GUERRA CIVIL SOLO ACONTECE CUANDO LAS FUERZAS ARMADAS SE DIVIDEN. POR CONSIGUIENTE, SE DEBE LUCHAR PARA EVITAR ESA DIVISIÓN.
>
> EN CHILE NO PUEDE HABER NI DICTADURA DEL PROLETARIADO NI DICTADURA MILITAR. LA PRIMERA, NO LA PERMITE LA MAYORÍA CIUDADANA NI LAS FUERZAS ARMADAS. LA SEGUNDA, PUEDE EVITARSE, PUES PARA QUE ELLA SE PRODUZCA SERÍA NECESARIO –SO PRETEXTO DE RESGUARDAR LA CONSTITUCIONALIDAD– ECHARSE LA CONSTITUCIÓN AL BOLSILLO, LO QUE ES UN EVIDENTE CONTRASENTIDO; ADEMÁS, SUPONE UNA ACCIÓN CRUENTA. ¿Y QUIÉN DESEARÍA MANCHARSE LAS MANOS CON LA SANGRE DE MILES DE DIRIGENTES GREMIALES Y POLÍTICOS?, ¿CUÁNTOS INOCENTES PAGARÍAN CON SUS VIDAS CULPAS AJENAS?
>
> Se insiste en que el Ejército debe mantenerse en su marco profesional, apolítico y constitucional, continuando su tarea de aplicar la Ley de Control de Armas e intensificando la acción de los mandos para evitar la infiltración política en sus filas.

EN LA MAÑANA DEL 25 DE JUNIO, PRATS CONVOCÓ AL CUERPO DE GENERALES. LES INFORMÓ DE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS, DE LA PARALIZACIÓN DE UNA EVENTUAL TREGUA POLÍTICA, LA QUE SE HABÍA ESTADO ARTICULANDO EN ESOS DÍAS, ASÍ COMO DEL ÚLTIMO REQUERIMIENTO DEL PRESIDENTE: LA CONSTITUCIÓN DE UN NUEVO GABINETE CÍVICO-MILITAR. A ELLO, DIJO, LE HABÍA RESPONDIDO QUE NO ERA VIABLE LA PRESENCIA MILITAR EN EL GOBIERNO EN FORMA INCONDICIONAL.

Y Prats escribe en sus *Memorias*:

> Extrañamente, interviene el general Sergio Arellano Stark, que normalmente mantenía silencio en esas reuniones oficiales, y expresa que no puede aceptarse «que un militar sea ministro de Defensa Nacional».

PERO NADA ERA CASUAL EN ESOS DÍAS. LA ALOCUCIÓN DEL GENERAL ARELLANO TENÍA SU LÓGICA: EL TIEMPO SE ACABABA.

Esa misma noche, en la casa del abogado Jorge Gamboa Correa, en la Vía Amarilla de Lo Curro, se discutió por primera vez qué hacer frente a la alternativa de una intervención de las Fuerzas Armadas. En medio de severas medidas de distracción para impedir que los servicios de inteligencia de la Unidad Popular los detectaran, fueron llegando el general Gustavo Leigh Guzmán, segundo hombre de la Fuerza Aérea; el vicealmirante Patricio Carvajal Prado, jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional; el contraalmirante Ismael Huerta Díaz (quien viajó desde Valparaíso con la representación formal del almirante José Toribio Merino, segundo hombre de la Armada); el general del Aire Francisco Herrera Latoja; el general del Aire, Nicanor Díaz Estrada, secretario del Estado Mayor de la Defensa Nacional, y los generales de Ejército Arturo Vivero Ávila; Javier Palacios Ruhmann, Sergio Arellano Stark y Sergio Nuño Bowden. A pesar de que

hasta hoy se le considera uno de los primeros conjurados, el general Óscar Bonilla no estuvo entre los elegidos.

A esa primera cita siguieron otras. En algunas participaron los generales de Ejército Washington Carrasco, comandante de la Tercera División, con asiento en Concepción, y Manuel Torres de la Cruz, comandante de la Quinta División, de Magallanes. El general Carlos Forestier fue invitado, pero no se presentó. No deja de extrañar la actitud adoptada en esos días de decisiones extremas, por este general, quien después del Golpe de Estado asumió el control de la Región de Iquique. Ahí se destacó por su dureza y arbitrariedad, al punto que hacía comenzar el toque de queda a las 20 horas[5].

Orlando Sáenz, quien encabezó el «comando de guerra» desde la presidencia de la SOFOFA, da crédito a la nómina que deliberó en Lo Curro:

–Las Fuerzas Armadas en su conjunto aparecieron bastante tarde en la conspiración. Las primeras relaciones oficiales del sector en el que yo trabajé (SOFOFA) fueron con la Marina, a fines de 1972. Allí empezaron los contactos elaborados y las reuniones periódicas. La Fuerza Aérea apareció –para mí– en los inicios de 1973 y el Ejército no se hizo presente sino al final. Yo mismo me reuní con dos o tres generales, entre los cuales no estaba el general Pinochet.

Evocando aquella reunión en Lo Curro, que para los conjurados señala un hito histórico, Sergio Arellano escribió años después:

> Jorge Gamboa facilitó su casa, su calor de hogar y todo lo que tenía. Consideraba un honor que se hubiera aceptado su ofrecimiento. Nunca pidió nada. Tampoco participaba de las reuniones. Solo nos saludaba cuando llegábamos y nos despedía cuando nos retirábamos, muchas veces a altas horas de la madrugada. Nunca el gobierno militar lo llamó para ofrecerle algún cargo, el cual no hubiera aceptado. Fue el primer acto de ingratitud para uno de los civiles que lo merecía todo. El general Pinochet se negó a concurrir a la comida que ofreció Jorge Gamboa, en su residencia, en junio de 1974, al cumplirse un año de la primera reunión en esa casa.

NO OBSTANTE EL EPISODIO ANTES RELATADO, PINOCHET HA SITUADO EL MES DE JUNIO COMO EL INICIO DE «SUS» PLANES OPERATIVOS PARA EL GOLPE.

Dice, en *El día decisivo*:

> En los primeros días de junio consideré que era necesario un mayor encubrimiento de la preparación de la revolución y oficialicé en la Academia de Guerra la preparación del Juego de Guerra de Seguridad Interior.

PERO LOS HECHOS Y LOS PERSONAJES TAMPOCO CONCUERDAN EN ESTE CASO. HASTA OCTUBRE DEL 72, TODAS LAS MEDIDAS DE RESGUARDO DEL ORDEN PÚBLICO ESTUVIERON ORIENTADAS A EVITAR DESÓRDENES CALLEJEROS, ACTOS DE VIOLENCIA Y ATENTADOS CONTRA SERVICIOS PÚBLICOS. LAS HIPÓTESIS DE CONFLICTO SE CONCENTRABAN EN EL SECTOR LABORAL. PERO EL «PARO DE OCTUBRE» OBLIGÓ A LOS MANDOS MILITARES A MODIFICAR LOS ANÁLISIS E INCLUIR AL SECTOR PATRONAL. PRATS ENCOMENDÓ ESA REVISIÓN CON CARÁCTER DE URGENTE A LA JEFATURA DE ESTADO MAYOR, A CARGO DE PINOCHET. PERO EL GENERAL MARIO SEPÚLVEDA, COMANDANTE DE LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO, LE PIDIÓ QUE SE EJECUTARA BAJO SU ÓRBITA Y CON LA COLABORACIÓN DEL COMANDANTE DE INSTITUTOS MILITARES, EL GENERAL PICKERING.

PRATS ACEPTÓ. DE INMEDIATO, LOS GENERALES SEPÚLVEDA Y PICKERING INICIARON UN EXHAUSTIVO TRABAJO QUE ESTUVO TERMINADO ANTES DE LAS ELECCIONES DE MARZO, CONSIDERADA FECHA CRÍTICA. PERO COMO EN JUNIO DE 1973, LOS PLANES REQUERÍAN SER AFINADOS, PRATS Y SU SEGUNDO, PINOCHET, DECIDIERON QUE ESA ACTUALIZACIÓN SE HICIERA EN LA ACADEMIA DE GUERRA.

Entonces, otro personaje, que no fue Pinochet, intentó irrumpir en la Academia de Guerra: el coronel Manuel Contreras. Este había asumido en enero de 1973 la dirección de la Escuela de Ingenieros Militares de Tejas Verdes. Esa promoción le significó un nuevo choque con el general Pickering, quien se opuso a su nombramiento. Fue Prats quien zanjó la controversia y aprobó la promoción. Contreras mantenía su vieja obsesión. Y qué mejor oportunidad para ponerla a prueba que los Juegos de Guerra tradicionales que el Alto Mando decidió realizar en junio en la Academia de Guerra. Ahí Contreras sacó nuevamente su plan de contención, elaborado a partir del diseño ordenado por el general Schneider, antes de las elecciones de 1970. Con algunas modificaciones, Contreras intentó imponerlo una vez más. Pickering lo rechazó. A partir de ese momento, el general se convirtió en enemigo de aquel coronel inteligente y con don de mando, un tanto obeso y socialmente tímido.

Ajeno a la «Cofradía de Lo Curro», Pinochet no daba señales visibles de querer desafiar a la máxima autoridad institucional. Las *Memorias* inéditas de Pickering también dan cuenta de esa actitud:

> Nosotros decimos que el comandante en jefe y el jefe del Estado Mayor deben formar un matrimonio feliz, pero cuando el jefe del Estado Mayor no está de acuerdo con lo que el jefe quiere ordenar, tiene dos posibilidades: le representa su manera de pensar y si el jefe insiste y si aún persiste en no estar de acuerdo, se retira. En ese contexto, puedo decir que, habiendo tenido un estrecho contacto con ambos, nunca escuché una opinión contraria a lo que decía y decidía Prats por parte del general Pinochet.

NI SIQUIERA EN LOS ÚLTIMOS Y ESTREMECEDORES DÍAS DE JUNIO.

[1]. Notas de su agenda personal que el general Sergio Arellano entregó personalmente a la autora.

[2]. Espinoza y Barría cumplirían con posterioridad destacados roles en la DINA.

[3]. De las *Memorias* del general Carlos Prats.

[4]. De sus *Memorias*.

[5]. Más tarde, el general Carlos Forestier sería designado por Augusto Pinochet como ministro de Defensa. Al pasar a retiro se convirtió en alto ejecutivo de la fábrica de armas que instaló Carlos Cardoen en Chile.

Capítulo XIII

UNA SUBLEVACIÓN INESPERADA

EL MARTES 27 DE JUNIO DE 1973 SE ENCENDIÓ LA ALARMA EN EL DESPACHO DEL GENERAL CARLOS PRATS.

–Se han detectado movimientos sospechosos de tipo sedicioso en el Regimiento Blindado Nº 2 –le informó el general Mario Sepúlveda, comandante de la Guarnición de Santiago.

Prats escuchó con atención.

–¿Qué medidas se tomaron? –quiso saber.

–El capitán Sergio Rocha Aros y un grupo de suboficiales fueron incomunicados y se ha iniciado una completa investigación.

Prats ordenó el relevo inmediato del comandante de la unidad, el teniente coronel Roberto Souper Onfray, trámite que debería materializarse el viernes 29 de junio. Una vez resuelto el problema, al menos en apariencia, Prats se dispuso a informar de lo ocurrido al Consejo de Generales iniciado el día anterior. La alteración que provocó la información proveniente del Regimiento Blindado se acrecentó con las novedades que llegaron de Uruguay. Sus Fuerzas Armadas habían tomado el control del gobierno con un «Golpe blanco». Una nueva dictadura se sumaba en la región.

La reunión tuvo un paréntesis y Prats se trasladó a su casa. Esa tarde, cuando regresaba al Consejo de Generales, el automóvil Ford que lo llevaba por la Costanera, al transitar entre Pedro de Valdivia y Manuel Montt, fue encajonado por una renoleta que se aproximó en forma sospechosa al tiempo que su conductor y acompañante le hicieron gestos amenazantes. Prats tenía grabada la imagen de su camarada de armas y amigo, el general René Schneider, asesinado hacía menos de tres años en una situación parecida. Y al revivirla, desenfundó su arma y conminó a los provocadores a que se alejaran. El auto, sin embargo, siguió acercándose peligrosamente. Prats hizo blanco en el neumático delantero izquierdo del vehículo y disparó. Su sorpresa fue mayúscula: de la renoleta bajó una mujer, Alexandrina Cox Valdivieso. Pasado el estupor, el jefe del Ejército se encontró rodeado de un grupo de personas que había detenido sus vehículos.

Desde el grupo se escucharon insultos y hasta trataron de agredirlo. También surgieron, como por casualidad, periodistas y fotógrafos. Prats tomó su pistola por el cañón y les dijo a sus agresores que no tenía inconveniente en entregárselas y que, si deseaban efectuar un linchamiento, no les temía. Otras personas se allegaron al grupo e intentaron calmar los ánimos. Entre tironeos, gritos, insultos y fotógrafos, Prats logró finalmente salir de la ancha avenida que bordea el Río Mapocho y fue directo a La Moneda, donde le presentó su renuncia a Salvador Allende. El Presidente se la rechazó en el acto. Prats abandonó La Moneda, atravesó la Plaza Bulnes y minutos más tarde se reintegró al Consejo de Generales. La sesión estuvo dominada por el nervioso relato de los hechos. Prats había vivido horas terribles.

Un general ya incorporado a la conspiración y que pidió expresa reserva de su nombre, no obstante haber hecho entrega a la autora de sus agendas de esos años, relató en una de ellas lo que ocurrió en el salón de actos del Estado Mayor del Ejército, cuando entró Prats:

> Nos contó su versión del incidente, y ante mis ojos, el general Pinochet se levantó y en una actitud servil lo apoyó sin reservas, pidiéndonos que nos pusiéramos de pie como demostración de lealtad y solidaridad. La lenta reacción de algunos generales obligó a Prats a dar por terminada una situación bochornosa.

EL COMANDANTE EN JEFE RECONOCIÓ HABER PERDIDO EL CONTROL Y SE PROPUSO DARLE EXPLICACIONES PÚBLICAS A LA SEÑORA QUE HABÍA CONFUNDIDO CON UN HOMBRE. NO SABÍA QUE ALEXANDRINA COX ERA MILITANTE DE UN GRUPO DE EXTREMA DERECHA Y QUE EL INCIDENTE EN LA COSTANERA NO HABÍA SIDO CASUAL. SE TRATÓ DE LA «OPERACIÓN CHARLY», TAL COMO LO RELATARÍA, EN 1977 ANTE SUS ALUMNOS, EL ABOGADO NACIONALISTA Y PROFESOR DE DERECHO PÚBLICO EN LA ESCUELA DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, CARLOS CRUZ COKE. CON «CHARLY», CONTÓ, SE BUSCABA EROSIONAR EL PRESTIGIO DEL JEFE DEL EJÉRCITO.

Al día siguiente, 28 de junio, Allende invitó a Prats a comer a su residencia en Tomás Moro. Lo acompañaron Pinochet y el general Orlando Urbina. Fue una reunión en extremo cordial. Prats salió esa noche de la casa de Allende investido de su mando. Tanto él como el Presidente ignoraban que en esas mismas horas, en el Regimiento Blindado, estaba a punto de estallar una tragedia que acortaría todos los plazos.

En la madrugada del viernes 29 de junio, el teniente coronel Roberto Souper desobedeció la orden de entregar el mando del Regimiento Blindado Nº 2. Por esos días, la capital se encontraba sumergida en un enjambre de rumores golpistas que agudizaban los desvelos de la población. La vida cotidiana se había tornado agobiante con el acaparamiento de alimentos indispensables, los paros del transporte colectivo y la violencia de las calles. Pero siempre había lugar para las sorpresas. Los santiaguinos que salieron muy temprano esa mañana hacia sus trabajos observaron perplejos un desfile inusual de tanques. La estupefacción se transformó en pánico cuando estos llegaron a la Plaza Bulnes. Allí, unos enfilaron hacia La Moneda, mientras que otros se aproximaron al Ministerio de Defensa y abrieron fuego. El capitán Sergio Rocha, incomunicado desde hacía cuatro días en esas dependencias, fue liberado.

La primera fase de la rebelión militar que se conoció como el «Tanquetazo» estaba cumplida.

Prats fue informado de inmediato. Como vivía muy cerca de la Escuela Militar, se dirigió al puesto de mando del general Pickering, quien ya había coordinando las acciones de cerco de las fuerzas rebeldes con el jefe de la Guarnición, el general Mario Sepúlveda. Los primeros reportes le indicaron a Prats que no había otras unidades comprometidas. Igualmente ordenó el acuartelamiento en primer grado en todas las provincias. Antes de abandonar la Escuela Militar, Prats le reiteró al general Pickering que evitara, hasta donde fuera posible, el enfrentamiento armado y que en el control de la rebelión no debía intervenir ninguna otra fuerza que no fuera el Ejército.

De allí se fue al Regimiento Tacna. Prats temía que allí se produjera un remezón como el de 1969. Pero cuando llegó pudo constatar que el regimiento salía en esos

momentos a cumplir la misión encomendada: la toma del Regimiento Blindado a fin de evitar el apoyo que desde allí pudieran obtener las fuerzas sublevadas. Algo más tranquilo, el general se trasladó a la Escuela de Suboficiales, encargada del ataque inicial a los amotinados por el costado sur de La Moneda.

El ministro de Defensa, José Tohá, llegó al comando de Pickering pocos minutos después de la partida de Prats. En su presencia se comunicó por teléfono con el almirante Patricio Carvajal, jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional y uno de los principales articuladores de la conjura. Después, recibió el llamado del segundo hombre de la Fuerza Aérea, general Gustavo Leigh, también figura clave en la trama clandestina.

Según relató Tohá a Pickering, Leigh le habría dicho que estaba listo para el bombardeo de las fuerzas rebeldes, a lo que Tohá le respondió: «No es necesario. El general Carlos Prats ya tiene todo dispuesto para el control de la situación».

El general Sergio Arellano, lejos del frente de batalla, llamó al general Mario Sepúlveda: «He servido diez años en el arma blindada y conozco a la mayor parte de su personal. Me ofrezco para hablar con lo sublevados e intentar convencerlos de que regresen a su cuartel». Pero Sepúlveda, que había recibido instrucciones precisas de Prats y que, para entonces desconfiaba de Arellano, le replicó tajante: «¡Solo habrá rendición incondicional!».

El comandante en jefe fue recibido en la Escuela de Suboficiales por el coronel Julio Canessa. Prats relata en sus *Memorias:*

> Canessa, muy alterado, me expresa que los oficiales no quieren salir, pero que él lo hará con los suboficiales y tropas que lo sigan. Le ordeno que reúna a los oficiales frente a su oficina y les pido que me expliquen su actitud. Un mayor me expresa que ellos no están en rebeldía, pero que no quieren disparar contra sus compañeros. Otro oficial me dice que tiene un hermano entre los oficiales del Blindado. Les expreso que es una orden de la que soy responsable exclusivo, porque como comandante en jefe tengo el deber de reprimir el movimiento sedicioso contra el gobierno y que ellos, a su vez, tienen el deber de obedecerme. Los que no quieran hacerlo es porque están comprometidos con los amotinados y, en tal caso, es mejor que me maten, porque yo iré a defender La Moneda encabezando a los que quieran seguirme...

LA ESCUELA DE SUBOFICIALES SALIÓ FINALMENTE A LA CALLE EN POSICIÓN DE COMBATE. CANESSA ENCABEZÓ LA COLUMNA. EL CONTINGENTE DE LA ESCUELA DE INFANTERÍA DE SAN BERNARDO SE ESTABLECIÓ A TRES CUADRAS DE LA PLAZA BULNES PARA CERRAR TODO MOVIMIENTO HACIA EL SUR. APOYANDO EL CERCO DEL SECTOR CÉNTRICO, SE MOVIERON EFECTIVOS DE LA ESCUELA DE TELECOMUNICACIONES Y PERSONAL DE LA ESCUELA MILITAR. UNA DOTACIÓN DE LA ESCUELA DE PARACAIDISTAS SE DIRIGIÓ HACIA LA PLAZA BRASIL PARA CONSTITUIR UNA RESERVA. DESDE EL FLANCO NORTE, EL GENERAL PINOCHET IBA HACIA LA MONEDA AL FRENTE DE LA COLUMNA DEL REGIMIENTO BUIN. PICKERING SE HABÍA TRASLADADO JUNTO A UN GRUPO DE EFECTIVOS DE TELECOMUNICACIONES Y DE LA ESCUELA MILITAR HASTA LA CASA CENTRAL DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE, EN LA ALAMEDA. ALLÍ NOTÓ QUE ALGUNOS TANQUES DEL BLINDADO SE ESTABAN DESPLAZANDO EN DIFERENTES DIRECCIONES. VIO QUE DISPARABAN SIN OBJETIVO DETERMINADO, MIENTRAS QUE ALGUNAS PATRULLAS DE LA MISMA UNIDAD RETROCEDÍAN EN

DIRECCIÓN AL SUR, TRATANDO DE LLEGAR A LAS CALLES SAN DIEGO Y ARTURO PRAT.

–¡Hay que apoderarse de los transportadores de tanques! –ordenó Pickering.

Los rebeldes, que se habían detenido frente a la casa central de la Universidad de Chile, se rindieron sin ofrecer resistencia. De repente, una patrulla del Regimiento Blindado hizo su aparición por un costado de la calle Arturo Prat. Pickering la interceptó sin armas en la mano.

–¡Entréguese! –conminó al oficial que estaba al mando.

–¡Aléjese, mi general! –respondió el teniente José Gasset, en franca desobediencia, encañonándolo con su metralleta.

Pickering insistió en ordenarle la rendición. Gasset retrocedió y escapó con sus subordinados por calle Arturo Prat. Luego de una serie de disparos y despliegue de efectivos, y ante el pánico de la población, el general Prats llegó a pie y a la cabeza de las tropas hasta la puerta sur de La Moneda. Atravesó por la puerta principal en momentos en que hacía su arribo el contingente del Regimiento Buin, al mando del coronel Felipe Geiger y encabezado por el general Augusto Pinochet en uniforme de combate. Su misión: atacar a los amotinados por el norte. Frente a todos los uniformados expectantes, Prats y Pinochet se abrazaron.

La situación terminó siendo controlada al mediodía del viernes, después que el general Mario Sepúlveda conminó al teniente coronel Roberto Souper a rendirse en el Regimiento Tacna. La investigación interna del motín quedó a cargo del general César Raúl Benavides. Souper fue detenido junto a la casi totalidad de los oficiales de la unidad.

Más allá del pretexto de liberar al capitán Sergio Rocha, detenido en el Ministerio de Defensa, y de tratar de evitar el relevo del comandante de la unidad, el alzamiento del Regimiento Blindado tuvo un objetivo más importante y digitado desde afuera. Así lo corroboró la investigación realizada por el general César Raúl Benavides. De lo que se trató fue de buscar la correspondiente adhesión de otras unidades del Ejército para derrocar al gobierno. La acción había sido impulsada por un grupo de dirigentes del movimiento de extrema derecha Patria y Libertad, que en la mañana del «Tanquetazo» entró al regimiento y obtuvo armas y municiones. Una vez descubiertos, Pablo Rodríguez y cuatro integrantes del movimiento, se asilaron en la embajada de Ecuador. El teniente José Gasset Ojeda hizo lo mismo, pero en la de Paraguay.

Roberto Thieme, el segundo hombre de Patria y Libertad, quien supuestamente había fallecido en un accidente de avión a principios de ese año, entregó a la autora años más tarde nuevos detalles de cómo se fraguó el «Tanquetazo». Desde la clandestinidad, Thieme seguía paso a paso el avance de la preparación de la rebelión militar, la que ellos apoyarían con su propio contingente armado, el que él mismo organizaba en una zona argentina, con el poderoso apoyo de los alemanes de Colonia Dignidad y de militares argentinos, a los que se sumarían muy pronto los brasileños.

–A eso me dediqué todo el tiempo, desde enero de 1973 hasta el «Tanquetazo», un momento muy especial porque el proyecto argentino había sido detenido ya que Patria y Libertad establece, a través de una política post Paro de Octubre, varios caminos para contactar a mandos medios militares con mando de tropa y oficiales jóvenes, coroneles. Ahí apostamos a la revolución de los coroneles, en vista de que los generales cogobernaban. Con esa lógica, el dirigente de Patria y Libertad, John Schäffer, se dedicó a recorrer Chile mientras yo, en Argentina, establecía contactos con militares de ese país.

A principios de junio del 73, se inició el primer acuerdo de un Golpe, no era el norteamericano, sino el nacionalista, de oficiales chilenos, jóvenes y antimarxistas. Pero este movimiento fue detectado por el mando oficial del Ejército, que encabezaba Pinochet. Y por eso, el 28 de junio se suspendió la rebelión. Y cuando, horas más tarde, iban a destituir al coronel Roberto Souper y a otros oficiales del Regimiento Blindado, decidieron salir a hacer un gesto heroico. Yo estaba en Argentina, y apoyé la decisión de la jefatura de Patria y Libertad: primero, tratar de disuadir en esa larga noche del amanecer del 29 la rebelión del regimiento. Era una insensatez. Pero, por otro lado, tenía la virtud de quebrar esta sacrosanta unidad de las Fuerzas Armadas y del Ejército, al sacar nueve tanques y diez camiones con tropas a la calle, ir a La Moneda, intentar rescatar al capitán Sergio Rocha, detenido en el Ministerio de Defensa y meter un tanque por el portón… Todo eso, obviamente, logró acelerar el otro Golpe, el golpe maestro que venía de afuera.

–¿Con qué ayuda de militares argentinos contó para instalar un campamento paramilitar en ese país?

–Conseguí ayuda principalmente de la Fuerza Aérea, con el comandante de la Cuarta Brigada de Mendoza, el *Indio* Fernández, y en Buenos Aires, con el jefe de la policía, quien me ayudó en el asilo y después en la clandestinidad para seguir en esto. Otros oficiales del Ejército nos iban a proveer de material para el campo de entrenamiento. Después del «Tanquetazo», cuando se exilió la directiva de Patria y Libertad, fue contactada afuera por el Servicio de Inteligencia de Brasil, que también apoyaba nuestro movimiento. La ayuda principal en ese país la obtuvimos del coronel Joao Figueiredo, quien después se convirtió en Presidente de Brasil. El proyecto contemplaba la preparación y el adiestramiento militar de 500 jóvenes del movimiento. No se concretó, porque la dinámica del proceso acá se aceleró. Y en paralelo, teníamos las llamadas «Brigadas Operacionales de Fuerzas Especiales». Con ese nombre rimbombante alcanzamos a organizar un frente de operaciones que captaba y seleccionaba a los militantes que posteriormente se iban a enviar a Argentina. A ese contingente lo alcanzamos a preparar en Chile con instructores, exoficiales de la Marina y del Ejército. Pero se produjo el «Tanquetazo»… Lo que siguió funcionando fue este pequeño frente de operaciones de no más de 500 personas, que yo articulé con mi hermano, ya que regresé al país y pasé a la clandestinidad. Pero fue un paso forzado…

El país se tambaleó. El miedo y el desconcierto se apoderaron de partidarios y detractores del gobierno. Nadie sabía cómo salir de la crisis. Con el olor a pólvora todavía en las calles aledañas a La Moneda, las balas incrustadas en los muros de los edificios céntricos y la sangre de los muertos y heridos en las pantallas de la televisión, el general Sergio Arellano escribió en su agenda:

> Esta asonada se tomó por algunos sectores como un ejercicio preparatorio de lo que vendría después. Nada más lejos de la realidad. No íbamos a sacrificar 22 muertos, 32 heridos y 50 detenidos por un mero sondeo. No estábamos para asonadas. Nuestras intenciones eran bastantes más serias... Por eso, en un primer momento, existe desazón entre nosotros. Significa un retroceso en nuestros planes.

LA REFLEXIÓN QUE HIZO EL GENERAL GUILLERMO PICKERING DE LOS MISMOS HECHOS DA CUENTA DEL ABISMO QUE YA DIVIDÍA A LOS GENERALES DEL EJÉRCITO:

> Se desmorona todo lo que veníamos predicando con el mayor convencimiento y el más sano

profesionalismo. Comenzamos a presenciar el término de una época, tanto en la marcha y desenvolvimiento del Ejército, como en el proceso histórico del país. Pero aún quedan cartas por jugar tratando de salvar la Institución del quiebre definitivo. Si la aventura del Blindado pudo ser finalmente controlada, utilizando toda la capacidad disponible del mando, todavía existe la posibilidad –aunque dolorosa y difícil– de reconstituir sobre estas graves trizaduras la institución sólida y prestigiosa que ha sido el Ejército de Chile, tanto en el país como en el extranjero.

ESA MISMA NOCHE TUVO LUGAR UNA IMPORTANTE REUNIÓN DE GENERALES DE EJÉRCITO, MARINA Y AVIACIÓN PARA ANALIZAR LA SUBLEVACIÓN. PRATS HIZO UN RECUENTO DE LO OCURRIDO. SEGÚN PINOCHET –EN EL RELATO QUE HACE EN *EL DÍA DECISIVO*– CUANDO PRATS SE RETIRÓ, ÉL APROVECHÓ DE HACER PRESENTE LOS EFECTOS POSITIVOS DE LA ASONADA AL PONER EN EVIDENCIA LA VERDADERA FUERZA DEL ADVERSARIO: «LOS EXTREMISTAS DE IZQUIERDA». Y CONCLUYÓ:

Consideré que no debía explayarme más, pues cualquier traspié podría acarrear males mayores a quienes teníamos la responsabilidad de la preparación de la caída del gobierno. Los problemas que nos trajo el «Tanquetazo» atrasaron todo lo relacionado con la preparación que me iba a permitir operar a fines de julio. Tenía previsto que mi esposa saliera con mi hija fuera de Chile en el mes señalado y así disponer de mayor libertad para actuar; pero ahora los acontecimientos atrasaban todos los preparativos. De todas maneras, y para no llamar la atención, ellas partieron a Panamá.

NUEVAMENTE, SU VERSIÓN NO GUARDA CORRESPONDENCIA CON LAS ACTIVIDADES DE LOS PRINCIPALES CONSPIRADORES: EL VICEALMIRANTE DE LA ARMADA, JOSÉ TORIBIO MERINO; EL ALMIRANTE PATRICIO CARVAJAL, JEFE DEL ESTADO MAYOR DE LA DEFENSA NACIONAL Y EL GENERAL DE AVIACIÓN, GUSTAVO LEIGH. TAMBIÉN ES REFUTADA POR LOS GENERALES DE EJÉRCITO –EN ESPECIAL ARELLANO Y NUÑO– QUE SÍ PARTICIPABAN DE LA ORGANIZACIÓN DEL GOLPE Y QUE POR ESOS DÍAS DEBATÍAN LA MANERA DE ENFRENTAR LA SITUACIÓN. ARELLANO ESCRIBIÓ:

No se ve una salida adecuada por los cauces normales, ya que las gestiones a nivel político están fracasando sistemáticamente. La autoridad del Presidente Allende es abiertamente cuestionada por altos personeros de la Unidad Popular, como ocurrió cuando se buscaba un acuerdo en el conflicto con los trabajadores del mineral El Teniente. Las reuniones del Cuerpo de Generales son frecuentes. El general Prats, en repetidas ocasiones, nos ha tratado de convencer de la necesidad de participar en las responsabilidades de gobierno como una manera de evitar enfrentamientos. Nunca ha logrado un consenso ya que la mayoría de los generales somos contrarios a que altos jefes ocupen carteras ministeriales porque no hay garantías. No estamos dispuestos a desgastar a las Fuerzas Armadas en una tarea que consideramos estéril. Reclamamos un plan económico realista y que sea llevado a la práctica por un gabinete técnico y de acuerdo con los partidos políticos de oposición. Los comandantes en jefe hablaron con Allende, el cual manifestó que nuestra solución era la ideal pero que la consideraba impracticable, particularmente porque nos negábamos a que se otorgara facultades extraordinarias al gobierno. Allende estaba preocupado. Estimaba que había presión política sobre los oficiales para que se diera un Golpe de Estado y también reconocía que el MIR deseaba violentar las cosas para imponer la dictadura del proletariado. Carlos Prats manifestaba que podíamos asumir responsabilidades de gobierno siempre que se estableciera una tregua política y que de ninguna manera ocuparíamos ministerios conflictivos. Esa fue la última concesión que hizo Prats. Algunos generales nos mantuvimos en la negativa, ya que estimamos que, en la situación que se vive, todos los cargos del gabinete son conflictivos.

SEA CUAL SEA LA INTERPRETACIÓN QUE SE HAGA DEL «TANQUETAZO» Y DE LOS LAZOS QUE TUVO CON LA CONSPIRACIÓN MAYOR, A PARTIR DEL 29 DE JUNIO, LOS DUEÑOS DEL GOLPE DE ESTADO SOLO NECESITABAN QUE SE DEFINIERA EL EJÉRCITO PARA FIJAR LA FECHA.

LA CIA SABÍA DE CADA PASO QUE SE DABA. EN UN INFORME DESPACHADO EN ESOS DÍAS POR SU ESTACIÓN DE SANTIAGO, SE LEE:

> Durante el levantamiento del 29 de junio, el almirante Raúl Montero pidió a los generales de la Fuerza Aérea que estaban en el Ministerio de Defensa, que fueran a entrevistarse con los almirantes que están en la capital en esas mismas dependencias, mientras él y el comandante en jefe de la Aviación iban al palacio presidencial. En ese encuentro, los almirantes y generales jefes de la FACH hablaron abiertamente sobre la necesidad de derribar al gobierno de la Unidad Popular, pero llegaron a la conclusión de que no podría hacerse nada en el Ejército ya que este no está preparado por el momento para tal acción[1].

EL INFORME DE LA CIA NO HACÍA SINO REFLEJAR UNA VERDAD QUE EN EL EJÉRCITO SE HIZO EVIDENTE CON LA SUBLEVACIÓN DEL BLINDADO. EL GOLPE DE ESTADO AÚN NO CONCITABA LA ADHESIÓN UNÁNIME O MAYORITARIA DE SUS OFICIALES. UN EJEMPLO DE AQUELLO SE VIO TRES DÍAS MÁS TARDE, CUANDO LOS MANDOS DE LAS ESCUELAS BAJO LA CONDUCCIÓN DEL GENERAL PICKERING, ANALIZARON LO SUCEDIDO Y SOLO EL DIRECTOR DE LA ESCUELA MILITAR, EL CORONEL NILO FLOODY, DEL ARMA DE BLINDADOS, TRATÓ DE JUSTIFICAR A LOS REBELDES, BAJO EL PRETEXTO DE QUE LOS OFICIALES DE LA UNIDAD HABÍAN SIDO ENGAÑADOS. LA RESPUESTA DE SUS PARES, QUE EJERCÍAN EL MANDO DE UNOS NUEVE MIL HOMBRES, FUE ABSOLUTAMENTE CONDENATORIA A LA SUBLEVACIÓN. NO OBSTANTE, EN ESA MISMA REUNIÓN, COMPROMETIERON A SU SUPERIOR, EL GENERAL GUILLERMO PICKERING, A QUE POR NINGÚN MOTIVO SE ACEPTARA NUEVAMENTE QUE EL COMANDANTE EN JEFE O UN GENERAL DE LA INSTITUCIÓN FUERA INCLUIDO EN EL GABINETE DEL PRESIDENTE. PICKERING LES CONTESTÓ: «ESTÁ MI CARGO DE POR MEDIO».

No es casual que el general Pinochet, en *El día decisivo*, se haya abstenido de mencionar los múltiples y trascendentales episodios que se vivieron en ese mes de julio de 1973 y que desembocaron en el 11 de septiembre.

No podía, porque nunca participó en ellos.

[1]. De los documentos desclasificados.

Capítulo XIV

NACIDO EL 4 DE JULIO

JULIO FUE EL MES CRUCIAL PARA LA PLANIFICACIÓN DEL GOLPE DE ESTADO. LAS CALLES ESTABAN OSCURAS ESE INVIERNO. LOS HOMBRES Y MUJERES QUE HABÍAN QUERIDO TOCAR EL CIELO CON SUS MANOS VEÍAN SU LUZ CADA VEZ MÁS LEJOS. PERO NADIE IMAGINÓ JAMÁS QUE EN EL INTENSO FRÍO SE ESTABA INCUBANDO EL INFIERNO.

Toque de queda, desabastecimiento, huelgas y tomas por doquier, enfrentamientos en las calles. Nadie era indiferente: se estaba en uno u otro bando. Solo *Nino*, el personaje de una popular telenovela argentina, hacía suspirar diariamente por igual a mujeres de derecha y de izquierda. A la hora de *Muchacha italiana viene a casarse*, la teleserie que acaparaba la audiencia, interpretada por la cantante y actriz mexicana Angélica María, la protesta o el trabajo voluntario dejaban un pequeño y efímero espacio a la ilusión romántica. Los acordes de un pegajoso y simbólico *Adónde va nuestro amor...* daban por terminado el capítulo. En la noche, los televisores se apagaban y los chilenos se quedaban a solas con su realidad.

A través del Estado Mayor de la Defensa Nacional, que encabezaban el almirante Patricio Carvajal y el general del Aire, Nicanor Díaz Estrada, se convocó para el sábado 30 de junio, a una reunión de almirantes y generales de las ramas de las Fuerzas Armadas –cinco por institución– con el fin de «orientarse de la situación que se vive y uniformar criterios».

Por el Ejército asistieron los generales Pinochet, Sepúlveda, Bonilla, Nuño y Arellano, además de Prats. La Armada fue representada por su comandante en jefe, Raúl Montero; los vicealmirantes Merino y Carvajal; los contraalmirantes Ismael Huerta, Daniel Arellano y Ricardo León. La delegación de la Fuerza Aérea la encabezó el general César Ruiz y la integraron los generales Leigh, Agustín Rodríguez, Claudio Sepúlveda, José Martínez, Nicanor Díaz y Francisco Herrera Latoja.

La sublevación del Blindado, la crisis económica, el desabastecimiento, los violentos y continuos enfrentamientos en las calles entre partidarios del gobierno y opositores, la vulnerabilidad frente a un eventual ataque exterior y la pérdida del sentido de autoridad fueron temas debatidos esa noche.

El general de la Fuerza Aérea, Nicanor Díaz Estrada, se paró y dijo[1]:

–Por decoro y sentido de responsabilidad, no podemos seguir siendo espectadores mudos.

Inmediatamente, un almirante informó que la oficialidad joven de su institución simpatizaba con el movimiento del Blindado Nº 2. Luego le tocó el turno al general Prats. Aquella exposición fue volcada en sus *Memorias*:

> Les expreso que el grave momento que vive el país es un problema «político» que deben resolver los políticos a través de un acuerdo entre los poderes del Estado, que posibilite una tregua para evitar el

enfrentamiento armado. Señalo los peligros de una presión militar. Cualquier forma que adopte ella, arrastraría a las Fuerzas Armadas, sin retroceso posible, a imponer una tiranía con gran derramamiento de sangre. Montero y Ruiz Danyau (comandantes en jefe de la Armada y la Fuerza Aérea, respectivamente) manifiestan su conformidad con lo que he expresado. Los generales y almirantes concuerdan con la necesidad urgente de una tregua política y plantean la necesidad de aplicar diversas medidas desde el punto de vista de la Defensa Nacional.

EL GENERAL SERGIO ARELLANO, TAMBIÉN PRESENTE EN LA REUNIÓN, ANOTÓ EN SU AGENDA:

Se estimó conveniente una participación no comprometida de las Fuerzas Armadas en la crisis, dentro de un plano de dignidad e independencia, estableciendo una tregua política y posibilitando un ejercicio pleno de la autoridad, para lo cual se estimaba indispensable la participación de los sectores de oposición.

ESA NOCHE, LOS ALTOS MANDOS DE LAS FUERZAS ARMADAS COINCIDIERON EN QUE ESAS REUNIONES ERAN ALTAMENTE POSITIVAS Y NECESARIAS: «ESTABA EN JUEGO LA SEGURIDAD NACIONAL». PERO, PARA OTROS, LO QUE ESTABA EN JUEGO ERA LA FASE FINAL DEL GOLPE DE ESTADO Y POR ESO DECIDIERON CONSTITUIRSE EN UN AUTODENOMINADO «COMITÉ DE LOS 15». EL NÚCLEO RESULTÓ FUNDAMENTAL: BAJO EL AMPARO DE LOS TRES COMANDANTES EN JEFE, EL ESTADO MAYOR DE LA DEFENSA NACIONAL –DIRIGIDO POR PATRICIO CARVAJAL Y NICANOR DÍAZ– CONTINUÓ SUS REUNIONES PERIÓDICAS CON CINCO ALTOS OFICIALES POR INSTITUCIÓN Y SIN DESPERTAR SOSPECHAS.

Sergio Arellano cree que el «Comité de los 15» fue vital para acelerar el proceso en el Ejército:

En las dos primeras reuniones se acordó entregar a los comandantes en jefe del Ejército, Armada y Fuerza Aérea un memorándum en el cual se plantearían por áreas los diferentes problemas y las posibles soluciones que veía el Alto Mando de las Fuerzas Armadas, como única fórmula para que se restableciera el respeto a los Poderes del Estado y el principio de autoridad, para que se normalizara la vida a lo largo de todo el país. Nos abocamos a esta tarea y, el 2 de julio de 1973, entregamos a los tres comandantes en jefe el mencionado memorándum «estrictamente secreto» para que fuera entregado a Salvador Allende.

LA CIA TUVO UNA COMPLETA Y DETALLADA INFORMACIÓN DE LA REUNIÓN DECISIVA. EN UN INFORME ELABORADO POR UNO DE SUS PRINCIPALES AGENTES EN SANTIAGO, SE LEE:

Un comité de dos generales del Ejército, dos de la FACH y dos almirantes, debe hacer la condensación del informe que debe estar terminado el 2 de julio. El más completo resulta ser el de la FACH, el que se utiliza como base. Dos párrafos son objetados por el comandante en jefe de la Armada, Raúl Montero y de la Fach, César Ruiz.

EL MEMORÁNDUM «ESTRICTAMENTE SECRETO» SIRVIÓ DE BASE DE SUSTENTACIÓN EN LAS FILAS CASTRENSES PARA EL GOLPE. SU TEXTO NUNCA SE PUBLICÓ Y PINOCHET JAMÁS LO TUVO EN SUS MANOS. DE LOS TRES EJEMPLARES QUE SE HICIERON, SOLO UNO FUE RESCATADO POR LA AUTORA DE ESTA INVESTIGACIÓN. EN SU INTRODUCCIÓN, LOS AUTORES REITERABAN EL CARÁCTER PROFESIONAL, OBEDIENTE Y NO DELIBERANTE DE LAS FF.AA. SEÑALABAN NO OBSTANTE, QUE LAS MISMAS

«NO PUEDEN SUSTRAERSE» DE LA SITUACIÓN. SE TRAZABA UN CRÍTICO PANORAMA DE LA ECONOMÍA Y PUNTUALIZABA LAS DIFICULTADES PARA LOGRAR UN ACUERDO POLÍTICO ENTRE EL GOBIERNO Y LA OPOSICIÓN. SE «AHONDA CADA DÍA MÁS LA SEPARACIÓN EN DOS BANDOS IRRECONCILIABLES». SE CRITICA LA «EXCESIVA POLITIZACIÓN» DEL SECTOR LABORAL Y EL «DETERIORO DEL PRINCIPIO DE AUTORIDAD», LA EXISTENCIA DE «ORGANIZACIONES Y GRUPOS ARMADOS PARAMILITARES» Y LAS DIFICULTADES PARA CUMPLIR LOS PLANES GUBERNAMENTALES EN DISTINTAS ÁREAS. SEGUIDAMENTE EL «MEMORÁNDUM» PROPONÍA UNA SERIE DE MEDIDAS INMEDIATAS:

MEMORANDUM[2]
1º DE JUNIO DE 1973, SANTIAGO
ESTRICTAMENTE SECRETO

III.- MEDIDAS INMEDIATAS QUE SERÍA NECESARIO ADOPTAR

A.- EN LO ECONÓMICO

1.- DAR PRIMERA PRIORIDAD A LA PROMULGACIÓN DE LA LEY QUE DEFINE LAS ÁREAS DE LA PROPIEDAD PRIVADA, MIXTA Y ESTATAL.
2.- ESTABLECER UNA POLÍTICA ECONÓMICA Y FINANCIERA QUE CONSOLIDE LO ALCANZADO HASTA LA FECHA EN EL ÁREA SOCIAL DE LA ECONOMÍA, E INSPIRE LA CONFIANZA INDISPENSABLE A LAS ÁREAS MIXTAS Y PRIVADA PARA ELEVAR LOS NIVELES DE PRODUCCIÓN.
3.- PROMOVER DECIDIDAMENTE LA DISCIPLINA LABORAL EN LA INDUSTRIA Y EN LA AGRICULTURA PARA ASEGURAR EL AUMENTO DE LA PRODUCCIÓN.
4.- FRENAR EL ÉXODO DE PROFESIONALES ASEGURÁNDOLES IGUALDAD DE OPORTUNIDADES SIN DISTINCIÓN DE NINGUNA ÍNDOLE E INCENTIVAR EL REGRESO A CHILE DE LOS PROFESIONALES ALTAMENTE CALIFICADOS QUE HAN ABANDONADO EL PAÍS.
5.- PROPENDER AL AUTOFINANCIAMIENTO DE LAS EMPRESAS DEL ÁREA SOCIAL Y ESTATAL.
6.- DESIGNAR LOS ADMINISTRADORES E INTERVENTORES CON CRITERIO EMINENTEMENTE TÉCNICO, CONSIDERANDO SU CAPACIDAD Y EFICIENCIA, TERMINANDO CON EL SISTEMA DE CUOTEOS.
7.- ESTRUCTURAR UNA POLÍTICA DE PRECIOS Y TARIFAS QUE PERMITA EL DESARROLLO Y NORMAL DESENVOLVIMIENTO DE LAS EMPRESAS DEL ÁREA SOCIAL Y PRIVADA.
8.- RACIONALIZAR Y COORDINAR LA LABOR DE ORGANISMOS QUE PARTICIPAN EN ACTIVIDADES DE LA MISMA ÍNDOLE (AGRO, CONSTRUCCIÓN, ETC.).
9.- FORMULAR Y EJECUTAR UNA POLÍTICA REALISTA DE TRANSPORTE EN TODOS SUS ASPECTOS CONSIDERÁNDOLO COMO UN ELEMENTO VITAL EN NUESTRO MEDIO GEOGRÁFICO, TERMINANDO DE PASO CON EL DETERIORO DE LAS EMPRESAS MARÍTIMAS PRIVADAS EXISTENTES.
10.- DAR UNA ALTA PRIORIDAD A LA IMPORTACIÓN DE LOS REPUESTOS NECESARIOS PARA RECUPERAR LA CAPACIDAD DE TRANSPORTE E INDUSTRIAL EN GENERAL DEL PAÍS.
11.- ESTABLECER A NIVEL NACIONAL UN SISTEMA DE PRIORIDADES PARA EL OTORGAMIENTO DE DIVISAS Y UTILIZACIÓN DE LOS CRÉDITOS EN MONEDA EXTRANJERA DISPONIBLE O QUE PUEDAN OBTENERSE, CON EL OBJETO DE QUE SE EMPLEEN SOLO EN ADQUISICIONES VITALES PARA EL PAÍS.
12.- ASEGURAR POR LEY EL LIBRE ACCESO AL CRÉDITO Y ASISTENCIA TÉCNICA A LAS INDUSTRIAS PRIVADAS Y MIXTAS.
13.- APLICAR UN CRITERIO EQUITATIVO EN LA DISTRIBUCIÓN DE ARTÍCULOS DE

SUBSISTENCIA POR LA VÍA DE LOS ORGANISMOS LEGALES EXISTENTES, RESTABLECIENDO LOS CANALES Y ENTIDADES ESPECIALIZADAS DE PROBADA EXPERIENCIA.
14.- MANTENER LA INEXPROPIABILIDAD DE LAS 40 HECTÁREAS BÁSICAS Y REGULARIZAR LA PROPIEDAD PRIVADA DE AQUELLAS QUE HAYAN SIDO ASIGNADAS.
15.- UNIFORMAR LA POLÍTICA DE REMUNERACIONES EN EL SECTOR ESTATAL Y EMPRESAS DEL ÁREA SOCIAL.
16.- CIRCUNSCRIBIR LAS ACTIVIDADES DE LA CORFO A LAS FUNCIONES PARA LA CUAL FUE CREADA.
17.- EVITAR EL ESTANCAMIENTO DE LA TECNOLOGÍA EN LAS EMPRESAS DEL ESTADO, DEL ÁREA SOCIAL Y PRIVADA, COMO CONSECUENCIA DE LA FALTA DE REPUESTOS E INVERSIONES DE CAPITAL.
18.- EVITAR LOS VICIOS EXISTENTES EN CIERTAS EMPRESAS DEL ÁREA SOCIAL QUE ENTREGAN PARTE DE LA PRODUCCIÓN A SUS TRABAJADORES LO QUE DIFICULTA EL ABASTECIMIENTO Y FOMENTA EL MERCADO NEGRO.
19.- GARANTIZAR LA CONFIANZA Y ESTIMULAR LA INVERSIÓN, EN ESPECIAL PARA LOS PEQUEÑOS Y MEDIANOS INVERSIONISTAS.

B.- EN LO INTERNO

1.- GARANTIZAR LA CONSTITUCIONALIDAD REPRESENTADA POR LA COEXISTENCIA INDEPENDIENTE Y AUTÓNOMA DE LOS PODERES EJECUTIVO, LEGISLATIVO Y JUDICIAL, Y EL CUMPLIMIENTO IRRESTRICTO DE LAS GARANTÍAS CONSTITUCIONALES RESTABLECIENDO EL EQUILIBRIO Y TEMPERANCIA EN SUS RELACIONES.
2.- BUSCAR UNA APERTURA POLÍTICA A NIVEL GOBIERNO QUE PERMITA UN ENTENDIMIENTO ENTRE LOS CHILENOS, POSTERGANDO O APLAZANDO METAS POLÍTICAS, SI ES NECESARIO.
3.- ROBUSTECER Y MANTENER EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD EN TODOS LOS CAMPOS DE LA VIDA NACIONAL.
4.- IR A UN INMEDIATO ORDENAMIENTO DE LAS ACTIVIDADES LABORALES PONIENDO TÉRMINO A LAS INTERRUPCIONES EN EL TRABAJO Y AL AUSENTISMO QUE AFECTA SERIAMENTE LA PRODUCCIÓN.
5.- APLICACIÓN IRRESTRICTA E INDISCRIMINADA DE LA LEY DE CONTROL DE ARMAS, PARA TERMINAR EN FORMA DEFINITIVA CON LOS GRUPOS ARMADOS O PARAMILITARES ILEGALES.
6.- APLICAR MEDIDAS CONDUCENTES A TERMINAR CON LAS CAMPAÑAS DE PRENSA, RADIO Y TELEVISIÓN CONTRA LAS ORGANIZACIONES Y LAS PERSONAS DENTRO DEL DEBIDO RESPETO A LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN.
7.- VELAR PORQUE LAS AUTORIDADES POLÍTICO-ADMINISTRATIVAS QUE SE DESIGNE EN INTENDENCIAS Y GOBERNACIONES SEAN PERSONAS QUE GARANTICEN LA APLICACIÓN ECUÁNIME DE LA LEY.
8.- APLICAR ESTRICTAMENTE LAS DISPOSICIONES LEGALES QUE REGLAMENTAN EL USO DEL PABELLÓN NACIONAL.
9.- EVITAR QUE LAS FUERZAS ARMADAS O SUS MIEMBROS SEAN APROVECHADOS CON FINES POLÍTICOS POR SECTORES INTERESADOS QUE TRATAN DE HACERLOS APARECER POLÍTICAMENTE COMPROMETIDOS IGNORANDO QUE SOLO ESTÁN INSPIRADOS POR LOS SUPERIORES INTERESES DE LA PATRIA POR SOBRE LAS CONTINGENCIAS POLÍTICAS Y DIFERENCIAS IDEOLÓGICAS.
10.- DESCARTAR EL PROCEDIMIENTO DE DESIGNAR A MINISTROS, AUTORIDADES Y FUNCIONARIOS EN PUESTOS REPRESENTATIVOS DESPUÉS DE HABER SIDO LEGALMENTE DESTITUIDOS.
11.- DEPURAR CUALITATIVA Y CUANTITATIVAMENTE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA.
12.- PROHIBIR TERMINANTEMENTE EL USO DE VEHÍCULOS FISCALES Y DE UTILIDAD PÚBLICA EN ACTIVIDADES AJENAS A LAS QUE ESTÁN DESTINADAS.
13.- PERMITIR QUE EL CUERPO DE CARABINEROS, DE ACUERDO A LA REGLAMENTACIÓN VIGENTE, CUMPLA LIBRE Y ESTRICTAMENTE SUS FUNCIONES ESPECÍFICAS SIN DISCRIMINACIÓN POLÍTICA EN SU EMPLEO.

EL GENERAL AUGUSTO PINOCHET NADA CUENTA EN *EL DÍA DECISIVO* ACERCA DEL «COMITÉ DE LOS 15». PARECE QUE NO HUBIERA EXISTIDO. Y ESO QUE PARTICIPÓ EN SU PRIMERA REUNIÓN, EN LA QUE NO EMITIÓ OPINIÓN. AL SER CONVOCADO POR LOS GENERALES NUÑO Y ARELLANO PARA LA SEGUNDA CITA, PINOCHET REPLICÓ: «NO TENGO TIEMPO Y NO DEBIERA IR NADIE DEL EJÉRCITO». CUANDO SE LE ARGUMENTÓ QUE EL PROPIO GENERAL PRATS HABÍA DADO SU AUTORIZACIÓN, PINOCHET EXPRESÓ: «CONFORME, VAYAN, PERO SIN DERECHO A VOZ NI A VOTO».

La versión fue ratificada a la autora por el general de la Fuerza Aérea, Nicanor Díaz Estrada, segundo hombre del Estado Mayor de la Defensa Nacional, el núcleo duro de la planificación del Golpe en las FF.AA.:

–Me atrevería a decir que la decisión de dar el Golpe, entre los generales de las tres instituciones, se tomó a mediados de julio de 1973. El general Pinochet no participó de esa decisión. Nunca estuvo en una reunión de las tantas que tuvimos, fuera de aquella primera del «Comité de los 15», el 30 de junio de 1973. Y lo puedo afirmar porque yo estuve en un montón de reuniones y nunca vi al general Pinochet, hasta el día 11 de septiembre, cuando llegó al Estado Mayor de la Defensa Nacional, donde yo era el segundo jefe.

El general Díaz sabía de lo que hablaba. Y también lo sabía la CIA, que estaba siguiendo los pasos de la conjura minuto a minuto. En el informe que se envía a Estados Unidos el 25 de julio, se consigna:

> Los oficiales complotados de las FF.AA. esperan que la huelga de los dueños de camiones programada para el 26 de julio sea postergada hasta que el «Consejo de los 15» tenga oportunidad de completar su plan antiinsurgencia, el que podría emplearse como base de un Golpe de Estado. Por esta razón, el almirante Patricio Carvajal trató de persuadir a León Villarín, presidente de la Federación de Dueños de Camiones, de que postergue la huelga hasta que el plan esté terminado... Los complotados de la Armada y la FACH continúan trabajando juntos en los preparativos de un Golpe de Estado y nadie está planteando una acción unilateral. Los oficiales complotados no saben de ningún plan de oficiales de inferior graduación.

EL GENERAL ÓSCAR BONILLA TAMBIÉN HABÍA DECIDIDO JUGAR SUS CARTAS. COMO LOS GENERALES HABLABAN DE TREGUA POLÍTICA, LA QUE PASABA POR UN PACTO ENTRE GOBIERNO Y OPOSICIÓN, LE DIJO A PRATS QUE ÉL PODÍA CONVERSAR CON EL EX PRESIDENTE FREI. LO CONOCÍA MUY BIEN POR HABER SIDO SU EDECÁN MILITAR HASTA FINES DE 1968, CUANDO LE ENTREGÓ EL CARGO AL ENTONCES CORONEL SERGIO ARELLANO Y SE FUE DE AGREGADO MILITAR A ESPAÑA. EL DOMINGO 1 DE JULIO, BONILLA LE CONTÓ AL COMANDANTE EN JEFE EL RESULTADO DE SU ENCUENTRO. PRATS ESCRIBIÓ:

> Bonilla me informa que la opinión de Frei es que la Democracia Cristiana podría llegar a un entendimiento con el gobierno, si este acepta un gabinete de administración cívico-militar. Le digo a Bonilla que, lamentablemente, esa es una mala noticia, si ello significa desplazar a los partidos políticos de la Unidad Popular.

ERA TAL LA SENSACIÓN DE QUE EL TIEMPO SE AGOTABA, QUE EL GENERAL PRATS SE REUNIÓ ESA MISMA TARDE CON LOS MÁXIMOS

DIRIGENTES DEL PARTIDO SOCIALISTA –CARLOS ALTAMIRANO, ARIEL ULLOA Y ROLANDO CALDERÓN–, Y LOS INSTÓ A ALCANZAR UN «ARREGLO POLÍTICO SOBRE LA BASE DE UN ENTENDIMIENTO CON LA OPOSICIÓN». PERO ALTAMIRANO ESTABA CONVENCIDO DE QUE EL GOLPE YA ESTABA EN MARCHA Y QUE SOLO RESTABA NEUTRALIZARLO O ENFRENTARLO. TERMINADO EL ENCUENTRO, PRATS SE DIRIGIÓ A OTRA CITA RELEVANTE. ESTA VEZ SUS INTERLOCUTORES FUERON ALLENDE, EL MINISTRO DE DEFENSA, JOSÉ TOHÁ, Y LOS COMANDANTES EN JEFE DE LAS FUERZAS ARMADAS. ALLÍ, EL PRESIDENTE FUE INFORMADO DE LOS CONTENIDOS DE LA REUNIÓN DEL 30 DE JUNIO PLASMADOS EN EL «MEMORÁNDUM SECRETO».

Avanzada la fría noche de ese primer domingo de julio, Prats finalizó su agotadora jornada con una reunión más. Esta vez sus interlocutores fueron el ministro Fernando Flores y los dirigentes de la CUT, Luis Figueroa y Rolando Calderón. Los dos líderes sindicales le dijeron que los trabajadores estaban dispuestos a defender a toda costa el gobierno que les pertenecía junto a las fuerzas militares que permanecieran leales. Prats les previno de los peligros de un enfrentamiento entre «masas inorgánicas» y fuerzas militares: «Conduciría a masacres de proporciones insospechadas». Para el general, «la profilaxis» contra el golpismo estaba en «una solución política realista»[3].

Al día siguiente, Allende les comunicó a los comandantes en jefe que la situación se había vuelto grave y era indispensable formar un nuevo gabinete con su participación. La propuesta era que Prats asumiera nuevamente el Ministerio del Interior, la Armada el de Hacienda y la FACH, el de Obras Públicas y Transporte. El jefe del Ejército sabía que no estaba en condiciones de tomar esa decisión sin consultar con su Cuerpo de Generales y, con tal fin, instruyó a Pinochet a que lo convocara. La reunión se realizó en la mañana del martes 3 de julio. Tres generales de los que se encontraban presentes buscaron sus notas para revivir el primero de los dos encuentros deliberativos que a la postre resultaron determinantes. Este es su resumen:

> El general Prats dijo que había una campaña para separar a las instituciones y que el Presidente Allende le había planteado la necesidad de su ingreso al gabinete, donde volvería a ocupar la cartera de Interior. El Presidente cree que ello sería un factor de confianza que permitiría atacar eficazmente el problema del desabastecimiento, el que considera artificial ya que el nivel de producción no es tan malo. Que estima que la solución es política y que un gabinete con militares daría confianza al Congreso y se produciría la esperada tregua. Le manifestamos nuestras dudas sobre el particular y la inconveniencia del ingreso de militares al gabinete, salvo que primeramente hubiera un entendimiento con sectores de la oposición. Prats manifiesta que podían pasar algunas semanas antes de que ello ocurra. Varios generales le expresamos que en las actuales circunstancias lo fundamental es asegurar la cohesión institucional, que no hay ninguna garantía para ministros militares y sí una evidente intención de usar a las Fuerzas Armadas.

CON SU SERENIDAD ACOSTUMBRADA, PRATS INSISTIÓ EN LA NECESIDAD DE INTENTAR ABRIR UN CAMINO DE SOLUCIÓN POLÍTICA. EL TEMA SE HABÍA CONVERTIDO EN SU OBSESIÓN, AL PUNTO QUE ESA MISMA MAÑANA ABANDONÓ LA REUNIÓN CON LOS GENERALES Y FUE A LA MONEDA PARA ENTREVISTARSE CON EL PRESIDENTE.

En sus *Memorias*, Prats anotó:

> Le expongo que los generales mantienen el criterio que yo tantas veces le he reiterado: el Ejército no desea comprometerse incondicionalmente en tareas de gobierno. Le pongo a su disposición mi cargo de

comandante en jefe. Allende me pide que me espere porque quiere conversar con los otros comandantes en jefe: el almirante Raúl Montero y el general César Ruiz. Espero afuera que finalice sus reuniones y luego Allende me llama y me comunica que tanto Montero como Ruiz aceptan que un almirante y un general de la FACH integren el gabinete. Quedo estupefacto y me retiro sin expresar juicio alguno.

ESA MISMA NOCHE, PRATS LE PIDIÓ A PINOCHET QUE CITARA A UNA NUEVA REUNIÓN DE SU CUERPO DE GENERALES. ESTE SEGUNDO ENCUENTRO TUVO LUGAR EN EL NOVENO PISO DEL MINISTERIO DE DEFENSA, EN LA OFICINA DEL JEFE DEL ESTADO MAYOR. FUE PRESIDIDA POR EL MISMO PINOCHET. ANTES DE DAR COMIENZO A LA SESIÓN, PINOCHET COLOCÓ SOBRE SU ESCRITORIO DE MANERA OSTENSIBLE Y SORPRESIVA UNA GRABADORA.

–Así se evitarán malas interpretaciones –dijo.

En ese momento, entró el general Pickering. Era tal el clima de tensión que, contrariamente a la tradición, los generales no se ubicaron por orden de antigüedad sino por orden de llegada. Y así fue que Pickering debió sentarse casi al final del hemiciclo. Pinochet los puso al tanto de lo que había ocurrido en las últimas horas y luego ofreció la palabra. En las *Memorias* de Pickering se describe lo que ocurrió a continuación:

Los primeros siete generales que opinaron no formularon objeciones, salvo el general Óscar Bonilla que se manifestó conforme a la incorporación del general Prats al gabinete, como ministro del Interior, pero pidió que se escuchara primero al general Sergio Nuño, el que se encontraba a su lado, para que leyera un documento que había sido redactado en reunión de oficiales generales en el Estado Mayor de la Defensa Nacional *(el documento «secreto» antes transcrito*). Con voz vibrante, el general Nuño[4] leyó una larga serie de peticiones al gobierno, cuyos puntos –alrededor de 24– trataban de insinuar un cambio en la política general de este. Al llegar mi turno, expresé al jefe del Estado Mayor que me oponía terminantemente a la inclusión del comandante en jefe en un nuevo gabinete. Aduje al respecto la necesidad de preocuparnos todos prioritariamente en solucionar los problemas internos de la institución derivados del «Tanquetazo» (la sublevación del Regimiento Blindado). El hacerse cargo en esos momentos de una cartera ministerial significaba alejar nuevamente al comandante en jefe de sus funciones específicas, tan importantes en aquella hora. Y si el señor Allende deseaba el concurso del señor Carlos Prats, por su capacidad para asumir responsabilidades de gobierno, lo hiciera en ese carácter, pero no en el de comandante en jefe del Ejército. Y manifesté que tenía un compromiso al respecto con todos los directores de los institutos de mi dependencia directa y que, si llegaba a materializarse el pedido del Presidente, renunciaría de inmediato a mi cargo y solicitaba se me concediera el retiro de las filas del Ejército.

LA DISCUSIÓN CONTINUÓ EL DÍA SIGUIENTE A LAS 15 HORAS. ALLÍ, EL GENERAL PICKERING REITERÓ SU POSTURA Y REMARCÓ QUE NO HABÍA EN ELLA ANIMOSIDAD HACIA EL COMANDANTE EN JEFE. DE PRONTO, RELATÓ PICKERING, FUE INTERRUMPIDO ABRUPTAMENTE POR PINOCHET:

–General, ¡cómo es posible que diga eso! ¿No hemos estado hablando permanentemente de prestar nuestra colaboración al gobierno? ¿No hemos repetido siempre que hay que tratar de ayudar a solucionar los graves problemas nacionales? ¡Y usted viene ahora a poner inconvenientes!

Descompuesto, el general Pickering replicó:

–Mi general, me agradaría respondiera a esta pregunta: ¿aceptaría usted una cartera ministerial en estos momentos?

La respuesta fue escueta:

–No, por ningún motivo; además, a mí no me han ofrecido nada[5].

El diálogo áspero y en un tono nada habitual entre camaradas de armas fue escuchado por el resto de los generales en absoluto silencio. La voz del general Prats cerró el paso a las conjeturas y a otras réplicas:

–Hace más de quince días que estoy tratando de convencer al Presidente de la inconveniencia de incluirme en el nuevo ministerio. No obstante, pese a todos los argumentos con que he tratado de disuadirlo, no quiere darme la razón e insiste en sus planteamientos.

Otros generales aprovecharon las opiniones de Pickering para deslizar una sugerencia que Prats anotó en sus *Memorias*: «Los generales Bonilla y Araya me sugieren que renuncie a la comandancia en jefe y que acepte el cargo como general en retiro...».

Prats ya estaba consciente de los ataques: «El general Araya, quien solo debía tener expresiones de gratitud para conmigo, me espeta con increíble frialdad que mi imagen es negativa ante la oficialidad subalterna. Le respondo que si es así, ello ha ocurrido porque los generales no han sido leales intérpretes de mi pensamiento profesional».

Guillermo Pickering tomó nuevamente la palabra:

–Si el Presidente Allende no quiso escuchar las razones expuestas por el comandante en jefe, sí podría escuchar otras opiniones de generales que le hagan presente las razones del Alto Mando para rechazar su petición.

En ese contexto, ya marcado por la separación entre Prats y un grupo de sus subalternos, fueron designados para ese cometido los generales Urbina, Bonilla, Sepúlveda y el propio Pickering. La audiencia se pidió con carácter de urgente. Media hora más tarde estaban en La Moneda. Fueron recibidos por el edecán Naval de Allende, comandante Arturo Araya, quien los acompañó hasta el Salón Rojo donde se realizaría la reunión. Al pasar por el salón principal del Palacio, advirtieron que todo estaba dispuesto para la ceremonia del juramento del nuevo gabinete. «Solo se veía un sillón desprovisto de la tarjeta con el nombre del designado: era el que correspondía al ministro del Ejército. Por consiguiente dedujimos que la Armada y la Fuerza Aérea ya habían aceptado integrar el nuevo gabinete», recordó Pickering.

La reunión con Allende duró algo más de dos horas. El Presidente habló de su gestión de gobierno y de los inconvenientes con que había tropezado desde su asunción del cargo. Luego les cedió la palabra a los generales que hablaron por orden de antigüedad. Urbina y Bonilla explicaron casi en los mismos términos la inconveniencia de incluir en esos momentos a un miembro del Ejército en el nuevo gabinete. Adujeron la necesidad de solucionar primero los problemas internos derivados de la rebelión del Blindado, y marginar al Ejército de la gestión política.

El general Pickering relata:

> A estas argumentaciones, el Presidente respondió que nosotros nos estábamos asustando a causa de la opinión poco informada de los oficiales de menor graduación. Pero el general Sepúlveda y yo insistimos en que lo dicho por el Presidente no corresponde a la realidad pues, por tener mando de fuerzas, sabemos que no se trata solo de tenientes sino de los oficiales y jefes de todas las jerarquías. Le expreso que el nombramiento como ministro del comandante en jefe iba a producir una crisis mayor que la que estábamos viviendo en el Ejército. Visiblemente molesto por lo que acaba de escuchar, el Presidente expresa que por ahora nosotros imponíamos nuestra voluntad, porque contábamos con las armas, pero que el proceso histórico no iba a ser detenido, siendo el pueblo a la larga, el triunfador, y que nosotros (el Alto Mando y el Ejército) seríamos los responsables ante la historia de lo que pudiera ocurrir. Acto seguido se levantó y dando por terminada la reunión, concluyó: «¡Muy bien! ¡No habrá gabinete con miembros de las Fuerzas Armadas!».

AL MOMENTO DE DESPEDIRSE, SE DIRIGIÓ AL GENERAL MARIO SEPÚLVEDA, JEFE DE LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO:

–General, he estado anunciando mi intención de pedir a las Cámaras se decrete el Estado de Sitio; no insistiré, suspendamos también el Estado de Emergencia. Hágame el favor de comunicarlo a quien corresponda.

Cuando los cuatro generales volvieron a la oficina del comandante en jefe del Ejército, encontraron al resto de los generales reunidos. No se habían movido: esperaban impacientes el resultado de la reunión en La Moneda.

Arellano, escribió en su agenda:

> Allende se portó en forma grosera con los generales. Les dijo que el Ejército sería responsable si había guerra civil, que para ser ministro de Estado había que tener los pantalones bien puestos y que a partir de ahora estaríamos en barricadas opuestas. El Presidente se había sacado la careta. Ya no podíamos esperar respuesta a nuestro memorándum institucional. Se había perdido la escasa posibilidad de entendimiento y de apertura a una salida política. Ese día –el 4 de julio de 1973– se nos terminó la poca confianza que aún nos quedaba...

[1]. Este relato forma parte de una extensa entrevista de varios días que el general Nicanor Díaz Estrada le concedió a la autora en 1984.

[2]. El texto completo se incluye en los Anexos.

[3]. De las *Memorias* del general Carlos Prats.

[4]. El general Guillermo Pickering desconocía que el general Sergio Nuño era ya en ese momento uno de los fundadores de la cofradía secreta de Lo Curro.

[5]. De las *Memorias* inéditas del general Guillermo Pickering.

CAPÍTULO XV

EL «COMITÉ DE LOS 15»

AQUEL 4 DE JULIO DE 1973 NO HUBO NI UNA SOLA SEÑAL QUE INDICARA LO QUE UNOS POCOS SABÍAN: YA ERA IMPOSIBLE RETROCEDER. Y LO QUE ESTABA POR VENIR SOBREPASARÍA TODO LO IMAGINABLE. EL MIEDO Y LA DESCONFIANZA SE HABÍAN APODERADO DE LAS CONVERSACIONES, DE LAS MIRADAS Y HASTA DE LAS LEALTADES FAMILIARES. LOS ACONTECIMIENTOS SE ANUDABAN EN UNA VORÁGINE IMPREDECIBLE. A CADA HORA TENÍA LUGAR UNA MANIFESTACIÓN, UN ATENTADO, UNA TOMA DE FÁBRICA, UNA CITA, UNA DECLARACIÓN, UN CONTACTO CLANDESTINO U OFICIAL QUE IBA ENTRELAZANDO LA GRAN TELARAÑA DE LA CONJURA.

Al día siguiente, el 5 de julio, asumió el nuevo equipo ministerial de Allende. Lo bautizaron «Gabinete Briones», por Carlos Briones, el socialista moderado a cargo de la cartera de Interior. El juramento se hizo sin integrantes de las Fuerzas Armadas. A unas cuadras de la ceremonia, en la oficina del comandante en jefe del Ejército, el general Guillermo Pickering presentaba su expediente de retiro. Su argumento: no podía aceptar la amenaza hecha por el Presidente.

El general Prats no aceptó su renuncia. Le dijo que esta solo acarrearía nuevos y mayores problemas, agravando los ya existentes, provocando más efervescencia dentro y fuera de la institución. Pickering escuchó con atención y respeto y accedió al requerimiento de su superior no sin antes formularle una sugerencia: era necesario expresarle al Presidente el desagrado por lo que había sucedido[1].

La superación del incidente no trajo sosiego a Prats. Seguía inquieto por el curso de los acontecimientos y no se daba respiro en su intento desesperado por impedir el quiebre institucional. El mismo 5 de julio convocó a los generales Pinochet, Urbina, Sepúlveda, Pickering, Contreras y Brady, además del director de la Escuela Militar y comandantes de unidades de la Segunda División del Ejército, para reiterarles cuál debía ser la conducta institucional ante la grave situación política que se vivía:

> Insisto en que el «cuartelazo» inicial es fácil, pero que las dificultades comienzan cuando se trata de gobernar contra la voluntad popular, imponiendo una tiranía feroz para doblegar la resistencia y exponiendo al país al desencadenamiento de una guerra civil, si se logra dividir a las Fuerzas Armadas. Les añado que convertir al Ejército en una fuerza represiva interna, es destruirlo profesionalmente porque la inevitable formación de camarillas que pugnan por el liderazgo, termina por desmoronar la concepción de verticalidad del mando y sectoriza gradualmente a los cuadros en corrientes políticas que prostituyen las virtudes militares. Desahucio la tesis de «no combatir entre compañeros de armas», porque ello significa impunidad para quienes infrinjan su deber de subordinación... Comento, además, el rol que le correspondió jugar a cada unidad o escuela en la sublevación del Batallón Blindado Nº 2 y les fijo un plazo de diez días para que cada comandante y director se responsabilice del completo adoctrinamiento de su personal, en función de las ideas expuestas. El coronel Nilo Floody, director de la Escuela Militar, me

pregunta, «¿cómo se actuará contra el marxismo?»... Le respondo que en Chile no habrá un gobierno marxista mientras la vigencia de la democracia posibilite la libertad de sufragio y los Poderes del Estado ejerciten su potestad constitucional[2].

PRATS IGNORABA QUE PARA ESOS DÍAS, EL CORONEL FLOODY SE HABÍA SUMADO A LA «COFRADÍA DE LO CURRO», QUE SE ARTICULABA EN LA CASA DEL ABOGADO JORGE GAMBOA. TAMPOCO SABÍA QUE VARIOS DE SUS GENERALES Y UN NÚMERO REDUCIDO DE CORONELES ACTUABAN YA EN COMPLETA CONCOMITANCIA CON LOS ALTOS MANDOS DE LA ARMADA Y LA FUERZA AÉREA PARA UN PLAN CENTRAL, CUYA COORDINACIÓN ESTABA EN MANOS DEL ALMIRANTE PATRICIO CARVAJAL. DE HABERLO SABIDO, ¿QUÉ PODÍA HABER HECHO PARA EVITAR EL GOLPE DE ESTADO? PRATS NO ERA UN HOMBRE IDEOLÓGICO Y MENOS UN MARXISTA. EL DESBORDE DE PASIONES Y FANATISMO LO HABÍA SOBREPASADO, AL IGUAL QUE EL ODIO QUE VEÍA CRECER Y ENQUISTARSE. Y SI BIEN LA CAUSA DE ALLENDE Y LA UP NO ERA LA SUYA, FUE ENTABLANDO CON EL PRESIDENTE Y ALGUNOS DE SUS MINISTROS UNA RELACIÓN DE EMPATÍA PERSONAL. PERO, POR SOBRE TODO, PRATS ERA UN MILITAR FORMADO EN UNA CULTURA EN VÍAS DE DESAPARICIÓN. LA SITUACIÓN SE LE ESCAPABA DE LAS MANOS Y LO INTUÍA AMARGAMENTE.

Ese mismo día concurrió a una reunión convocada por el almirante Carvajal para analizar un informe del Comité de Inteligencia de las Fuerzas Armadas. Los datos recogidos indicaban que en las industrias, oficinas, poblaciones y sedes políticas donde se concentraban las fuerzas de la Unidad Popular, existía un alarmante acopio de armas. Había que aplicar un esquema de allanamientos en el contexto de las facultades que otorgaba la recientemente promulgada Ley de Control de Armas, planteó Carvajal.

Prats aprobó la sugerencia e indicó que ante denuncias responsables se debía allanar sin discriminación sedes políticas de gobierno o de oposición. Desconocía que la CIA consideraba esos allanamientos como el «plan antiinsurgencia que puede ser empleado como base del Golpe de Estado y que coordina Carvajal»[3].

Así también lo reveló el almirante José Toribio Merino más tarde, diciendo que ese plan estaba preparado desde el 16 de junio de 1973:

Allí quedó configurado un plan que tenía por objeto combatir cualquier subversión, de grupos populares o de milicias. El plan era antisubversivo, y cuando se puso en acción el 10 de septiembre, como a las 18 horas, puse un mensaje diciendo: «Dar ejecución "Plan Cochayuyo", menos anti»[4].

TAMPOCO ALLENDE ESTABA AL TANTO DE TODO AQUELLO EN MOMENTOS QUE REALIZABA SU OCTAVO CAMBIO DE GABINETE, UN EQUIPO DE CRISIS EN EL QUE EL EXPERIMENTADO DIRIGENTE SOCIALISTA CLODOMIRO ALMEYDA PASÓ A OCUPAR LA CARTERA DE DEFENSA, LA MÁS DELICADA Y EXPLOSIVA, EN REEMPLAZO DEL MINISTRO JOSÉ TOHÁ, QUIEN HABÍA ESTABLECIDO LAZOS DE SIMPATÍA Y RESPETO CON LOS ALTOS MANDOS. UNA RELACIÓN QUE SE HIZO EVIDENTE EL 9 DE JULIO, DÍA DEL JURAMENTO A LA BANDERA, EN LA ESCUELA DE INFANTERÍA, CUANDO SE LE OFRECIÓ UN VINO DE HONOR PARA RETRIBUIR «SU DELICADO TRATO CON LOS MIEMBROS DEL EJÉRCITO Y EL INVARIABLE

APOYO A GESTIONES EN BENEFICIO DE LA INSTITUCIÓN». EL HOMENAJE SE HIZO EXTENSIVO A SU ESPOSA, MOY DE TOHÁ. OTRO RECONOCIMIENTO RECIBIRÍA EN LA CASA DEL JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO, RESPONDIENDO A UNA INVITACIÓN DE SU ESPOSA, LUCÍA HIRIART DE PINOCHET.

Pinochet afirma que la acción del Golpe la tenía preparada para el mes de julio. No obstante, el 10 de ese mes, le escribió la siguiente carta de despedida a José Tohá:

> *Lucía y Augusto Pinochet Ugarte, General de División saludan atentamente a los distinguidos amigos D. José Tohá G. y Sra. Victoria E. Morales de Tohá, y en forma muy sentida les agradecen el noble gesto de amistad que tuvieron al despedirse de su gestión ministerial. Lucía y Augusto les expresan el sentido afecto que ellos tienen por el matrimonio Tohá Morales y les piden que los sigan considerando sus amigos. Esperamos que al regreso de Lucía tengamos la suerte de compartir con la grata compañía de Uds. Mientras tanto, reciban el saludo y el afecto de siempre.*
>
> *SANTIAGO, 10 DE JULIO 1973*[5].

EL INTERLOCUTOR DEL GOBIERNO CON LAS FUERZAS ARMADAS HABÍA CAMBIADO. ALMEYDA DEBÍA CONTROLAR UN CUADRO EN ESTADO DE COMBUSTIÓN Y CERCA DEL INCENDIO. A TAL PUNTO, QUE HORAS MÁS TARDE DE ASUMIR RECIBÍA EL MEMORÁNDUM «ESTRICTAMENTE SECRETO» ELABORADO POR EL «COMITÉ DE LOS 15» PARA QUE SE LO ENTREGARA AL PRESIDENTE ALLENDE. AUN CUANDO EL DOCUMENTO SOLO PUEDE SER LEÍDO COMO UNA INTERVENCIÓN MILITAR, NI EL PRESIDENTE NI SU MINISTRO REACCIONARON.

El 7 de julio, en una reunión de generales, Araya planteó la conveniencia de reestructurar el Alto Mando. La sugerencia fue aceptada de inmediato por Pickering y Sepúlveda, quienes ostentaban dos de los cargos de mayor relevancia y mando de tropas. Pero Pinochet cortó la discusión diciendo que esa no era la instancia ni eran ellos los llamados a resolver ese tipo de asuntos institucionales. Y dio por finalizada la sesión.

A la salida, los generales Bonilla y Araya se acercaron a Pickering y le manifestaron su desacuerdo con su intención de abandonar su cargo. Lo dicho por Araya, señalaron, no estaba relacionado con su persona. Y Bonilla agregó: «Tu imagen institucional ha mejorado mucho desde tu actitud para impedir un gabinete con militares, como se estaba fraguando». Pickering no podía creer lo que estaba escuchando. Les contestó que no necesitaba ni aceptaba que se calificara de mejor o peor su imagen institucional a causa de actitudes de «hombría, franqueza y lealtad que todos nos debemos».

Y añadió:

–No sé dónde vamos a llegar si empezamos a aceptar rumores provenientes de escalones subalternos que se adjudican atribuciones para calificar a sus superiores. Soy un general que ejerzo un cargo con el mayor profesionalismo del que soy capaz, hasta que desee abandonarlo o hasta que sea relevado del mismo por quien corresponda[6].

Esa misma tarde, Pickering presentó por segunda vez en dos días su expediente de retiro. El general Prats le reiteró su desacuerdo y se comprometió a darle una respuesta horas después. Apenas su interlocutor se marchó, instruyó al general Pinochet para que esclareciera el confuso episodio.

Pickering no perdió ni un minuto. Al llegar a su oficina convocó a todos los

mandos bajo su dependencia. A las 18 horas, los oficiales escucharon atónitos su relato. La opinión mayoritaria fue que se había precipitado ante la actitud de dos generales que no representaban la opinión de los oficiales del Ejército. La cita terminó cuando Pickering fue convocado a la oficina del jefe del Estado Mayor. Pinochet, que lo estaba esperando, ya se encontraba reunido con el general Urbina, inspector general del Ejército, además de los generales Araya y Bonilla. La reunión, les informó, se hacía por orden del comandante en jefe. Inmediatamente les ofreció la palabra a los generales Bonilla y Araya, quienes le dieron explicaciones a Pickering. Urbina reforzó sus argumentos invocando el interés superior de la institución. El encuentro abandonó la formalidad y adquirió un tono coloquial cuando Pinochet, usando el trato que se reservaba para las relaciones de amistad, le dijo: «¿Y bueno?, ¿qué más quieres?».

Así fue cómo Pickering retiró una vez más su renuncia y regresó presuroso a la Escuela Militar. Allí lo esperaban los directores de las escuelas bajo su mando con champagne.

En otro lugar de Santiago, Allende se reunía con Prats para una informal comida a solas, quizás la conversación más relevante que ambos hombres hayan sostenido. Así la registró el jefe del Ejército en sus *Memorias*:

> El Presidente me expresa sus temores ante una nueva asonada golpista y me consulta si creo factible que algunas unidades militares fuertes se mantengan fieles al gobierno constituido. Le respondo que lo fundamental es evitar un Golpe, porque la división de las Fuerzas Armadas provocaría inexorablemente una espantosa guerra civil... Aprovecho la oportunidad para reiterarle que hay que agotar las posibilidades de diálogo con la Democracia Cristiana. Me responde que en las actuales circunstancias, el diálogo es impracticable. Que me convenza yo mismo hablando con el ex Presidente Eduardo Frei.

ESO FUE LO QUE HIZO EL JEFE DEL EJÉRCITO. AL DÍA SIGUIENTE, Y TENIENDO DE INTERMEDIARIO AL GENERAL BONILLA, PRATS SE REUNIÓ CON EDUARDO FREI MONTALVA EN LA CASA DE SU EXMINISTRO DE DEFENSA, SERGIO OSSA.

Prats relata:

> Analizamos la situación del país. Por mi parte le repito mi tesis de la salida política que requiere incuestionablemente de un entendimiento del gobierno con la Democracia Cristiana. Sus opiniones se centran en afirmarme que la DC ha ofrecido su colaboración y que están «dispuestos a aceptar garantías mínimas si se disuelven los grupos armados y se ofrece un gabinete capaz de ordenar el país». Añade que «no se puede dialogar cuando el adversario pone la metralleta sobre la mesa». Le afirmo que de los grupos paramilitares se encargan las Fuerzas Armadas, pero que es fatal esperar de estas una intromisión política en el gobierno. A este yo le sirvo con la misma lealtad que demostré mientras fui comandante en jefe de la Tercera División y jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, durante su administración. Me retiro con la sensación de no haber logrado una apertura decidida de quien tiene tanto ascendiente en el partido político clave del momento.

ESA NOCHE, EL JEFE DEL EJÉRCITO RECIBIÓ LA VISITA DE MIGUEL ENRÍQUEZ. EL DIRIGENTE MÁXIMO DEL MIR LE DIJO TENER INFORMACIONES CONFIRMADAS DE QUE EN LA ESCUELA DE CABALLERÍA HABÍAN INTENTADO APOYAR LA SUBLEVACIÓN DEL BLINDADO. QUE LOS GENERALES BONILLA, ARELLANO Y BRAVO ESTABAN VINCULADOS A LA DEMOCRACIA CRISTIANA Y QUE BONILLA LE HABÍA DICHO A FREI QUE, SI OCURRÍA ALGO, ÉL, EN SU CALIDAD DE PRESIDENTE DEL SENADO, PASARÍA A SER EL JEFE DEL ESTADO. LAS FUERZAS ARMADAS, LE DIJO

TAMBIÉN, ESPERAN UNA ACUSACIÓN CONSTITUCIONAL CONTRA SALVADOR ALLENDE PARA EXIGIRLE SU RENUNCIA.

Prats se reunió con Allende el 10 de julio para contarle los pormenores de su entrevista con Frei. Al finalizar la conversación, le señaló:

> Es imprescindible buscar pronto un entendimiento con la Democracia Cristiana, de lo contrario, veo inevitable el enfrentamiento cruento, del que emergerá una draconiana dictadura militar o una terrible dictadura proletaria.

PRATS NO ERA EL ÚNICO QUE DESPLEGABA ENERGÍAS EN ESAS HORAS TAN PELIGROSAMENTE FRÁGILES. LOS GOLPISTAS ACELERABAN SUS MOVIMIENTOS ENROLLANDO ALREDEDOR DE FÁBRICAS, POBLACIONES, OFICINAS Y PLAZAS UNA MECHA QUE SOLO ESPERABA LA CHISPA QUE INCENDIARÍA LA PRADERA. LA ORDEN DE MANDO DEBÍA PROVENIR DEL «COMITÉ DE LOS 15» QUE CONTINUABA SUS REUNIONES DE COORDINACIÓN. A ESAS ALTURAS, PRATS NO SE DEJABA ENGAÑAR. SABÍA QUE ALGO ESCAPABA A LOS CANALES NORMALES DE LA COORDINACIÓN DE LOS ALTOS MANDOS. SIN EMBARGO, CONFIABA EN QUE SU JEFE DE ESTADO MAYOR LO MANTENDRÍA INFORMADO DE CUALQUIER HECHO EXTRAÑO. LO QUE EFECTIVAMENTE OCURRIÓ EL 12 DE JULIO, CUANDO PRATS ANOTÓ EN SU AGENDA:

> El general Pinochet confirma mi presunción de que en la reunión sostenida entre 15 generales y almirantes, se han deslizado «inquietudes» respecto de la acción del gobierno, adecuadamente encubiertas para no dar pie a reacciones de los comandantes en jefe.

CON ESA INFORMACIÓN, PRATS LLEGÓ EL 19 DE JULIO, JUNTO A LOS OTROS DOS COMANDANTES EN JEFE –EL ALMIRANTE RAÚL MONTERO Y EL GENERAL CÉSAR RUIZ DANYAU– A UNA NUEVA REUNIÓN, ESTA VEZ OFICIAL, DEL «COMITÉ DE LOS 15». EL PRIMERO EN ABRIR FUEGO FUE SERGIO ARELLANO. EN UNA EXTENSA ALOCUCIÓN HIZO UN RECUENTO DE ALGUNOS PROBLEMAS QUE PREOCUPABAN «SERIAMENTE» A LOS MILITARES, COMO LA INTERVENCIÓN DE LOS TELÉFONOS DE LOS ALTOS JEFES DE LAS INSTITUCIONES ARMADAS Y LA DECLARACIÓN DEL MINISTRO LUIS FIGUEROA DE QUE NO SE CUMPLIRÍA LA ORDEN JUDICIAL DE DEVOLUCIÓN DE ALGUNAS INDUSTRIAS A SUS LEGÍTIMOS PROPIETARIOS. DESPUÉS, ARELLANO COMENTÓ RECIENTES DECLARACIONES DEL JEFE DEL MIR. EN UNA CONCENTRACIÓN EN EL TEATRO CAUPOLICÁN, EL 12 DE JULIO, ENRÍQUEZ HABÍA MANIFESTADO QUE LA LEY DE CONTROL DE ARMAS ERA «MALDITA» Y SERÍA COMBATIDA PÚBLICAMENTE. ENRÍQUEZ HABÍA FORMULADO UN NUEVO LLAMADO A LAS TOMAS DE FÁBRICAS. Y LO MÁS GRAVE –SEGÚN ARELLANO– FUE LA ABIERTA INCITACIÓN MIRISTA A LA INSUBORDINACIÓN EN LAS FUERZAS ARMADAS. ENRÍQUEZ HABÍA MANIFESTADO EN ESE MITIN: «LOS SUBOFICIALES, SOLDADOS Y CARABINEROS, DEBEN DESOBEDECER LAS ÓRDENES DE LOS OFICIALES GOLPISTAS Y, EN ESE CASO, TODAS LAS FORMAS DE LUCHA SERÁN LEGÍTIMAS». REIVINDICÓ ADEMÁS, «EL LEGÍTIMO DERECHO DEL MIR A CONSTRUIR SU PROPIO EJÉRCITO». Y AGREGÓ: «DIRÁN LOS

REACCIONARIOS QUE ESTO ES TRANSGREDIR LAS LEYES, LA CONSTITUCIÓN Y EL DERECHO. SÍ QUE LO ES. LAS CONSTITUCIONES EXPRESAN INTERESES DE CLASE Y CORRELACIÓN DE FUERZAS. AQUÍ EN CHILE, LA CLASE OBRERA ESTÁ LEVANTANDO EN LA PRÁCTICA SUS PROPIAS LEYES Y LA CONSTITUCIÓN TENDRÁ QUE CAMBIAR A FAVOR DEL PUEBLO».

Arellano leyó a los otros miembros del «Comité de los 15» un manifiesto del Movimiento de Pobladores Revolucionarios, adscrito al MIR, en el que se decía: «Lograr el derecho de los suboficiales a reunirse en las poblaciones junto a sus familiares, sus hijos, hermanos y desobedecer las órdenes de los oficiales reaccionarios y golpistas». Después, hizo un comentario sobre diversas audiciones radiales –especialmente de las radios Pacífico y Corporación– a las que calificó de «altamente ofensivas para las Fuerzas Armadas». Y completó el cuadro afirmando no ver una acción definida de los mandos institucionales frente al peligro que encerraban para los «valores patrios fundamentales» los intentos de constituir un «Ejército del Pueblo», con la ayuda del gobierno. Alegó, al respecto, que en la residencia presidencial de Tomás Moro funcionaba «un centro de instrucción de extremistas». Arellano concluyó:

«Nosotros decimos no a la guerra civil y seguramente somos los únicos sinceros que haríamos respetar a toda costa la Constitución y no aceptaríamos ningún otro tipo de grupo armado bajo ninguna circunstancia, que jamás transaríamos la línea profesional de las FF.AA. y que, bajo ninguna circunstancia, aceptaríamos que en nuestro uniforme fuera cambiado el escudo patrio por la hoz y el martillo, ya que en ello están en juego nuestras vidas».

El almirante Ismael Huerta provocó otro remezón en los presentes cuando acusó a personal de Investigaciones de ser los autores de un reciente atentado que se había registrado en su casa en Valparaíso[7]. La discusión se detuvo durante más de una hora en la cantidad de armas en poder de grupos extremistas y se concluyó en la necesidad de establecer un control especial sobre la Editorial Quimantú, de propiedad del Estado. Pero, lo que concitó el mayor debate fue el discurso que acababa de hacer Carlos Altamirano sobre las Fuerzas Armadas. A lo que otros agregaron intervenciones similares de Miguel Enríquez y Óscar Guillermo Garretón, jefe de una fracción del MAPU. Algunos de los presentes pidieron una declaración conjunta de los tres comandantes en jefe, que estableciera una «condena a los discursos y accionar de Altamirano, Garretón y Enríquez y otras manifestaciones injuriosas y atentatorias contra las Fuerzas Armadas».

El general Gustavo Leigh planteó en ese momento la elaboración de un «Plan Contraguerrilla Urbana», mientras que el general Bonilla se pronunció por una coordinación conjunta para enfrentar el problema. El almirante José Toribio Merino encontró que era el minuto adecuado para decir:

–Yo soy partidario de una acción inmediata que permita devolver la tranquilidad al país.

La discusión nuevamente fue candente y derivó en una nueva acusación del general Leigh:

–Las Fuerzas Armadas están siendo infiltradas.

El tema económico, el más gravitante, estuvo a cargo del general Sergio Nuño. Prats fue uno de los últimos en intervenir:

Respondo que no haré declaraciones públicas con planteamientos al gobierno, porque ello significa «un

camino sin retorno». Agrego que los comandantes en jefe estamos continuamente representando nuestras preocupaciones al ministro de Defensa y al propio Presidente, pero en forma reservada, como lo impone nuestro deber de colaboración y que le transmitiremos de nuevo las graves inquietudes de los almirantes y generales. En cuanto a los allanamientos, digo que estoy de acuerdo en que se practiquen, pero sobre la base de denuncias responsables y sujetos a todas las formalidades procesales y sin discriminar entre grupos de extrema derecha y extrema izquierda. Acoto que ningún general ni almirante ha expresado su alarma por el robo de las ametralladoras pesadas del Ejército ni por la lucha armada anunciada por Patria y Libertad[8].

EL GENERAL ARELLANO RESUMIÓ ASÍ EL RESTO DE LA REUNIÓN:

El general César Ruiz Danyau pregunta qué pasaría si el Presidente no aprueba finalmente nuestro «Memorándum secreto» y no se produce la apertura. Cree que el enfrentamiento es inevitable y que habría que estudiar y resolver sobre qué dictadura es la menos mala: la militar o la del proletariado. El almirante Montero apoya a Prats y dice que no debe haber emplazamiento público, pero sí privado. Estima que debe evitarse cualquier tipo de dictadura y que no debemos participar en política. Interviene el almirante Patricio Carvajal, quien informa que dos mayordomos de la Armada que trabajan en Tomás Moro pidieron por escrito ser retirados de sus funciones por haber recibido un trato indigno por parte de hombres del GAP. Confirma la existencia de un Centro de Instrucción Paramilitar, el que funciona en la residencia presidencial de Tomás Moro. Los períodos de instrucción van de tres a seis meses y en cada uno de ellos se entrena de 120 a 180 hombres, cuyas edades fluctúan entre los 18 y los 50 años, con amplio predominio de los más jóvenes.

NO HUBO DECLARACIÓN PÚBLICA. LOS COMANDANTES EN JEFE DE LA ARMADA Y EL EJÉRCITO HICIERON PREVALECER SU POSICIÓN Y ESE MISMO 19 DE JULIO SE ENTREVISTARON CON ALLENDE PARA INFORMARLE LO QUE HABÍAN DECIDIDO EN LA REUNIÓN DEL «COMITÉ DE LOS 15». ALLENDE EXPRESÓ SU MOLESTIA Y AMARGURA Y LES ADELANTÓ QUE PRONUNCIARÍA UN DISCURSO DE RECHAZO AL VIOLENTISMO Y A LAS FUERZAS PARAMILITARES DE EXTREMA DERECHA Y EXTREMA IZQUIERDA.

Esa misma noche, Prats les advirtió a Carlos Altamirano, dirigente máximo del Partido Socialista y a Rolando Calderón, dirigente socialista y segundo hombre de la CUT, sobre los peligros de un rebasamiento golpista de los comandantes en jefe: «A mi juicio, ha llegado el momento de decidir si se quiere un diálogo con la Democracia Cristiana, o se quiere enfrentar un Golpe Militar y la guerra civil».

Altamirano lo previno de que la oposición buscaba desplazarlo del mando del Ejército: «Usted se ha constituido en el obstáculo para el Golpe institucionalizado».

Carlos Altamirano estaba en lo cierto. Y la información provenía de una muy buena fuente del cuerpo de generales, que se le había proporcionado a un integrante del equipo de Inteligencia y Contrainteligencia del Partido Socialista, a cargo de *Máximo* (Ricardo Pincheira, integrante del CENOP). Los juegos cruzados de esos días eran peligrosos, porque en la misma medida que Prats y Pinochet comenzaron a recelar y a expresar su rechazo a la participación de generales de Ejército en el «Comité de los 15», el candente debate que ahí se había desencadenado aceleró planes y estados de ánimo de los conjurados. Las reuniones en la casa de Jorge Gamboa, en Lo Curro, se hicieron más frecuentes y más secretas. Y el debate se concentró en el temor generalizado de que «se avanzaba indefectiblemente a una nueva Cuba». En una de las citas, el debate desembocó en un punto crucial: «¿Qué haremos en el Ejército si se requiere actuar en caso de emergencia?» «¿Quién encabezará el Ejército, tomando en cuenta que los generales Prats,

Pinochet, Urbina, Sepúlveda y Pickering, todo el alto mando, son contrarios a nuestro movimiento?». La discusión que comenzó en susurros derivó en una agitada discusión que se prolongó por largas horas. Finalmente se llegó a un acuerdo: el escogido fue el general Manuel Torres de la Cruz.

El círculo estaba cada vez más cerca de cerrarse. Al comenzar la madrugada del 20 de julio de 1973, el general Prats fue al encuentro del senador Renán Fuentealba, alto dirigente de la Democracia Cristiana, para explorar nuevamente la vía del diálogo y evitar el precipicio. La encrucijada era dramática. Así también lo veía la jerarquía de la influyente Iglesia Católica chilena que, el 20 de julio y a través del cardenal Raúl Silva Henríquez, lanzó un desesperado llamado:

«La gran mayoría de los chilenos tenemos hambre y sed de justicia. La voluntad de realizar profundos cambios sociales, con diversas concepciones ideológicas, la encontramos en millares de hermanos nuestros que, intuitivamente u organizados en frentes sociales o políticos de gobierno o de oposición, anhelan un Chile nuevo, construido con el respeto a cada ser humano. A estos grupos políticos o sociales les imploramos que den los pasos necesarios para crear las condiciones de un diálogo que haga posible un entendimiento. Diálogo que para ser fructífero requiere que se verifique en la verdad, que se diga toda la verdad, que haya sinceridad para proclamar las intenciones reales, que se desarmen los espíritus y las manos. Un gran consenso nacional para lograr la paz y realizar las transformaciones sociales es necesario... Por lo tanto, pedimos a los dirigentes políticos y altos responsables de la Patria que agoten el diálogo entre ellos... Sugerimos una tregua...»

El 24 de julio, Allende habló por cadena nacional de radio y televisión. En su discurso puso énfasis en la imperiosidad de que las Fuerzas Armadas quedaran marginadas de la pugna política. Tras rechazar la vía insurreccional, el Presidente sostuvo que la gravedad de la situación requería del entendimiento con la oposición.

Mientras, la economía seguía deslizándose por la pendiente. El Instituto Nacional de Estadísticas (INE) informaba que la inflación en los últimos doce meses había alcanzado al 283,4%. «El país se está transformando en un gran manicomio en el cual el médico jefe ha perdido el control», denunció el senador derechista Sergio O. Jarpa. En otra trinchera, grupos del MIR llegaron a los cuarteles llamando abiertamente a los suboficiales y soldados a desobedecer a sus mandos. Los oficiales, en tanto, eran incitados a la rebelión por integrantes de grupos de ultraderecha.

No había respiro.

El 25 de julio, la Confederación de Sindicatos de Dueños de Camiones anunció un nuevo paro nacional indefinido. Horas antes del anuncio, el dirigente clandestino de Patria y Libertad, Roberto Thieme, recibió un llamado:

–Me contactó un par de ayudantes del almirante José Toribio Merino, entre ellos el comandante Hugo Castro, su brazo derecho. Me junté con él en un departamento de Vitacura. «Mire, Roberto, aquí la cosa va, viene el paro con todo, este país lo vamos a paralizar entero. Esto no va a ser el Paro de Octubre, esta vez la cosa va en serio y queremos que ustedes contribuyan a hacer una campaña de sabotaje que nosotros les vamos a indicar», me dijo el comandante Hugo Castro[9].

Tregua era una palabra imposible de ser balbuceada al filo del abismo.

[1]. El 9 de julio, el general Guillermo Pickering tuvo una doble sorpresa. Con motivo de la ceremonia del Juramento a la Bandera que se realizó en la Escuela de Infantería y a la que asistió el Presidente, al encontrarse

frente a frente con Allende, este le estrechó la mano y le dijo: «General, estoy de acuerdo con su posición». Y le reiteró que tenía razón en su desagrado por las palabras que pronunció en la reunión sostenida con los cuatro generales que en nombre del Alto Mando del Ejército le pidieron que no nombrara a Prats ministro. La primera sorpresa es que Prats se haya dado el tiempo para hacerle saber al Presidente su molestia. La segunda, que el propio Presidente rectificara sus dichos.

[2]. De las *Memorias* del general Carlos Prats.

[3]. De los documentos desclasificados.

[4]. En entrevista del diario *La Segunda* con María Teresa Álamos, y en *El Mercurio*, con Raquel Correa, el 27 de septiembre de 1989

[5]. Nadie podría haber imaginado entonces que faltaban pocos días para que José Tohá fuera acusado de graves irregularidades y hechos delictivos por las nuevas autoridades militares, enviado como «prisionero de guerra» a la Isla Dawson y cuando su salud se deterioró a un límite extremo, traído a Santiago, en donde murió el 15 de marzo de 1974, en el Hospital Militar, en circunstancias que hasta el cierre de esta nueva edición se investigan como «homicidio». «Suicidio» dijeron. El problema es que Tohá estaba en tal estado de debilidad que hasta su nivel de conciencia estaba comprometido. Durante todo el tiempo en que Tohá estuvo detenido, su esposa sufrió un trato vejatorio.

[6]. De las *Memorias* inéditas del general Guillermo Pickering.

[7]. Hecho que después el Prefecto de Investigaciones de Valparaíso, Juan Bustos, demostraría que fue obra de militantes de Patria y Libertad. Bustos sería asesinado por los golpistas inmediatamente después del Golpe de Estado.

[8]. De las *Memorias* del general Carlos Prats.

[9]. Hugo Castro Jiménez fue uno de los oficiales de la Armada de más estrecha confianza del almirante José Toribio Merino, de quien sería su brazo derecho. Llegó a vicealmirante, fue director de la Escuela Naval, ministro de Educación, comandante en jefe de la Escuadra y director del Territorio Marítimo y Marina Mercante. Falleció en 2009.

Capítulo XVI

«¡LA GUERRA ESTÁ DECLARADA!»

LA NOCHE DEL 26 DE JULIO, Y MIENTRAS SE ACEITABA LA RELOJERÍA DEL ASALTO FINAL, AUGUSTO PINOCHET ESTABA EN LA EMBAJADA CUBANA CELEBRANDO CON SUS ANFITRIONES EL VIGÉSIMO ANIVERSARIO DEL ATAQUE AL CUARTEL MONCADA. UN SILENCIO REVERENCIAL SE HIZO AL INGRESAR SALVADOR ALLENDE. LO ACOMPAÑABAN SUS TRES EDECANES. A CARGO DE LA CUSTODIA PERSONAL DEL PRESIDENTE ESTABA DOMINGO BLANCO, JEFE DEL GAP, CONOCIDO COMO *BRUNO*. PINOCHET SALUDÓ A ALLENDE CON UN FUERTE APRETÓN DE MANOS. LA RECEPCIÓN MEZCLÓ EL PROTOCOLO Y LA INFORMALIDAD PERO NUNCA SE PUDO DESPRENDER DE LAS APRENSIONES. NO HABÍA MÁS QUE CRUZAR LA PUERTA DE LA EMBAJADA PARA CONSTATARLO.

Cuando el ágape llegó a su fin, el barrio de Providencia volvió a la «normalidad» de aquellos días: las «Brigadas Operacionales de Fuerzas Especiales» de Patria y Libertad, bajo el mando de Roberto Thieme, habían cumplido eficazmente la orden dada por el grupo golpista de la Marina. La avenida principal y calles aledañas eran un caos fruto del ataque con bombas incendiarias a vehículos de la locomoción colectiva, fuerzas policiales y oficinas de gobierno. El aire se tornó irrespirable.

«La base de ese frente de operaciones, fue el Grupo Gama. Y demostró su eficiencia cuando el sacerdote Raúl Hasbún llamó a ese grupo operativo de Patria y Libertad, para que detectara la interferencia de la señal del Canal 13 que llegaba al Canal 5 de Concepción. Y la neutralizaron. El jefe de Gama era Miguel Sessa, quien después murió trágicamente por falta de atención médica en condiciones de clandestinidad. Gama fue la primera célula operativa que formamos para el Paro de Octubre. Estaba liderada por Sessa e integrada por Bernardo Matte, Daniel Prieto, Ringeling, Martín Silva, Edmundo Searle, Tomás Fontecilla y una serie de estudiantes. La gente que más arriesgó», relataría años más tarde Thieme[1].

El comandante Roberto Sánchez, edecán Aéreo del Presidente, me relató un día de 1984:

–El clima esa noche era de mucha intranquilidad. Había disturbios en Providencia y cuando el Presidente se retiró de la embajada, el edecán del Ejército, Sergio Badiola, se fue con él, pues estaba de servicio esa noche. Con el comandante Arturo Araya Peters nos quedamos un rato conversando. Éramos amigos desde que ambos fuimos jefes de Relaciones Públicas de nuestras respectivas instituciones. Todos los problemas los hablábamos. Bueno, esa noche, al salir de la embajada, Araya me invitó a su casa para tomarnos un trago. Pero yo estaba muy cansado así que decliné la invitación. Lo vi alejarse con una abierta sonrisa...

Alfredo Joignant, director de Investigaciones desde el 11 de diciembre de 1972 y

militante socialista, iba en su auto oficial cuando un llamado urgente por la radio interna lo alertó:

«Desde la ayudantía me comunicaron que el edecán Naval del Presidente había sido víctima de un atentado. Que lo habían llevado al Hospital Militar. Hacía allá me dirigí y cuando llegué vi una imagen que me impactó: el Presidente Allende, con una cotona blanca de médico y casi a caballo del cuerpo del comandante Araya, le hacía masajes en el corazón. Lo rodeaban otros médicos del hospital. Me quedé petrificado. De pronto, Allende se paró y con lágrimas en los ojos dijo mirando a los médicos: "Señores, el comandante Araya ha muerto. ¡Este es el fascismo!"».

El edecán Sánchez ya estaba en su casa cuando lo llamó el secretario privado de Allende y le comunicó la noticia:

«Me fui inmediatamente al Hospital Militar. Entré corriendo por los pasillos y vi salir al Presidente. Él, personalmente, me informó de su muerte. Estaba consternado...».

Joignant salió del hospital descompuesto. Había perdido a un amigo. Subió a su auto, llamó a la mesa central de la Policía de Investigaciones y dio la orden de que todas las patrulleras se trasladaran al sector de Providencia. Volvió al cuartel y llamó a los principales prefectos de Investigaciones, entre ellos, Hernán Romero, un hombre de derecha y considerado por sus pares como el mejor policía de ese momento.

–Quiero que usted dirija la investigación, tiene todo el aparato de la policía a su disposición –le dijo Joignant.

Romero respondió:

–He hecho muchas investigaciones en mi vida, pero esta es la más difícil de todas: vamos a tener en contra a los servicios de inteligencia militar, la CIA...

Allende se sentía abatido. Su relación con el oficial de la Armada Arturo Araya era estrecha y de mucho afecto. ¿Quién lo había asesinado? La preguntaba atravesaba el país como una tromba y añadía una nueva cuota de presión sobre un gobierno erosionado por el segundo paro de los camioneros. Efectivos reforzados de la policía civil y uniformada realizaban intensos patrullajes en las calles y la indignación en los cuarteles hacía subir la presión.

Alfredo Joignant recuerda:

–Al día siguiente, Allende me informó que no quería que mi servicio dirigiera la investigación, que, para que todo se hiciera con máxima transparencia, había decidido que los aparatos de inteligencia de las FF.AA. y de Carabineros actuaran en coordinación. Y me anunció que designaría ese mismo día a una persona que hiciera cabeza de ese equipo, el que nosotros también íbamos a integrar. No me gustó, esa es la verdad, pero debí obedecer al Presidente. Allende nombró al general de la FACH, Nicanor Díaz Estrada, subjefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Y a ese equipo llegaron el capitán Germán Esquivel, de Inteligencia de Carabineros; Pedro Espinoza por el Ejército, y por la Armada llegó un comandante de apellido Vergara y otro de apellido Guimpert[2]; además de la gente de Investigaciones. Se formó una especie de comando conjunto.

–**¿Usted conocía a Pedro Espinoza?**

–Sí, me lo había presentado el general Prats, siendo ministro del Interior como «el más brillante oficial de inteligencia de los últimos 20 años del Ejército». Era un hombre que se notaba totalmente leal a su comandante en jefe y siempre andaba de civil[3].

En medio de la confusión reinante, trascendió que Carabineros había capturado al responsable del asesinato: José Luis Riquelme Bascuñán, simpatizante socialista y

electricista del Servicio de Equipos Agrícolas Mecanizados de la CORFO. En su confesión, Riquelme implicaba en el asesinato a tres cubanos en concomitancia con *Bruno* (Diego Blanco), jefe del GAP. El escándalo estalló.

Horas después, y sorpresivamente, el prefecto de Carabineros de Santiago, general Fabián Parada, irrumpió ante los micrófonos de radio Agricultura y aumentó el desconcierto:

«Les habla un hombre, un general de Carabineros. Yo no he conversado con el Presidente para informarle que tenemos un detenido. Eso es totalmente falso y se los digo con la honradez de más de 30 años de servicio. Sé que muchos compañeros me están escuchando. Sé que mis jefes, mis oficiales subalternos, saben que he sido un hombre que ha dedicado su vida entera al servicio de la comunidad. Pero para estas canalladas que se dicen por la radio, yo no me presto, ni menos para que se tome el nombre del Presidente de la República... A todos les pido perdón. No soy un general como otros se imaginan...».

Algo había de veraz en la primera versión. Riquelme sí había sido detenido e interrogado por el fiscal militar Joaquín Earlbaum[4] y el ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, Abraham Meerson, el mismo que en 1970 liberó tan prontamente a los autores de los atentados extremistas que prepararon el complot contra René Schneider. Y ante ellos, Riquelme había ratificado su declaración. A la reunión de coordinación que presidía Díaz Estrada, llegó Esquivel con otros carabineros de la Dicomcar y ofrecieron como prueba el testimonio firmado por Riquelme. Traían, además, una grabación de una conversación telefónica interceptada en la embajada cubana en Santiago, por el equipo de Inteligencia del Ejército, a cargo de Pedro Espinoza, la noche del crimen. En ella se escuchaba comentar que «el atentado está provocando una conmoción demasiado grande». Demasiado vago, dudoso...

Alfredo Joignant estuvo en la primera fila de la investigación real y cuenta cómo se desbarató esa «puesta en escena»:

–Romero, el prefecto que había elegido para dirigir la investigación del caso, me dijo que pidiéramos al electricista Riquelme para interrogarlo en Investigaciones. No pudieron negarse. Lo trajeron a la Brigada de Homicidios, donde estaban los detectives Rada, Romero y Montecinos, y sin preguntarle nada le dijeron que se bajara los pantalones. ¡Tenía las bolas hinchadas de tanto que lo habían torturado! Rada dijo que ni siquiera valía la pena perder el tiempo interrogándolo, que era una provocación y que había que seguir nuevas pistas. Y así se hizo. Y el primero que cayó y habló fue Mario Rojas Zegers. Dijo que había sido un grupo de Patria y Libertad el que había salido al sector a poner bombas, que le habían disparado al transformador de Carlos Antúnez con Fidel Oteíza, frente a la casa del comandante Arturo Araya, y se produjo un cortocircuito. Con la balacera, Araya salió al balcón, en el segundo piso, con una metralleta Walter de Investigaciones, y para espantarlos mandó una ráfaga pero a los cimientos de un edificio en construcción al frente de su departamento. Los del grupo le dispararon y lo mataron.

Pero como los servicios de Inteligencia del Estado Mayor de la Defensa Nacional seguían responsabilizando al GAP y a los cubanos, el prefecto Hernán Romero nos dijo que había que proteger a *Bruno* o sería hombre muerto: «Y matándolo, el custodio del Presidente será el asesino definitivo del comandante Araya. De ahí a decir que el Presidente lo mandó a matar, hay un paso», fue la conclusión.

Joignant fue hasta Tomás Moro y le informó a Allende la grave situación.

Allende no solo estaba profundamente afectado por la muerte de su amigo y

edecán. Había también otra arista de la historia que lo perturbaba: acusaban a Domingo Blanco, uno de los jefes del GAP, de haber participado en ese asesinato, y él podía entregar la prueba de que eso no era cierto. Era tan simple como que, desde que salió esa noche de la embajada cubana, *Bruno* no se despegó de sus pasos. Fue así que en esos días algunos supieron de una amistad reservada que tenía Salvador Allende con una mujer colombiana.

Treinta y cuatro años más tarde, llegué a Bogotá y golpeé la puerta de Gloria Gaitán[5], la hija del gran líder liberal colombiano, Jorge Eliecer Gaitán, asesinado en Bogotá el 9 de abril de 1948, lo que originó uno de los estallidos sociales más masivos del continente. El llamado «Bogotazo» tuvo tal impacto, que la multitud cercó la embajada de Estados Unidos, donde estaba el Presidente Dwight Eisenhower, reunido con todos los cancilleres en la IX Conferencia Panamericana. La brutal represión doblegó las últimas resistencias a la petición de EE.UU. de constituir un organismo que se alineara con ese país y firmaron el acta de nacimiento de la OEA. Con una ciudad ardiendo, miles de muertos en las calles y el nacimiento de la OEA para frenar el comunismo, culminó el «Bogotazo»[6].

La hija de uno de los líderes latinoamericanos que más admiraba Salvador Allende, la economista Gloria Gaitán, había llegado a Chile en enero de 1973, y su camino muy pronto se cruzó con el de Allende dejando huellas imborrables.

–Me acuerdo que un día de julio de 1973, Allende me dijo: «yo no hago más que invitarte a comer y tú nunca me has invitado a tu casa. Invítame a comer». Yo vivía muy precariamente con mis dos hijas, porque hasta ese momento la Contraloría no había aceptado mi contratación. Vivía en una situación de indigencia y, gracias a lo que me prestaban mis amigos Joan y Vicente Garcés y José Luis Roca, un diplomático boliviano, casado con colombiana (exembajador, ex ministro y ex senador de Bolivia). Entonces Allende me dijo: «Yo llevo la vajilla y la comida. No tienes excusa». Y lo hizo. Venía de la embajada cubana, nos estábamos sentando a la mesa, cuando entró muy alterado un muchacho del GAP y le dijo que acababan de matar a su edecán naval. Esa noche estábamos comiendo en mi casa, Allende, Domingo Blanco (*Bruno*), Danilo Bartulín y yo. De inmediato Allende se fue y la comida quedó ahí. Al día siguiente, Allende me llamó: «*Indiecita*, le quiero pedir autorización para decir en el CONSUSENA (Consejo Superior de Seguridad Nacional) que el jefe del GAP estaba conmigo en tu casa. Están diciendo que él mató al edecán Naval y tú eres testigo de que en ese momento él estaba con nosotros». Por supuesto que puedes decirlo, le contesté. «Pero eso significa que los militares van a saber que yo como en tu casa. Ahora vas a tener que cambiarte», replicó. Me mudé poco tiempo después del asesinato del edecán Araya. Ese cambio me salvó la vida –recordó Gloria.

Alfredo Joignat y su equipo de policías siguieron trabajando en busca de los verdaderos asesinos del comandante Arturo Araya: «Hasta que, con Hernán Romero a la cabeza de la investigación, logramos atar los cabos que habían permanecido sueltos: gran parte de los autores se había entregado al fiscal naval Aldo Montaña...».

En junio de 1984, cuando ya nadie se acordaba del electricista Riquelme, investigué los hechos y logré acceder al proceso archivado en la justicia naval, en donde estaba la confesión de uno de los verdaderos implicados en el crimen y que corroboró el testimonio de Mario Rojas Zegers a Investigaciones: el extremista de derecha Guillermo Claverie Bartet[7]:

> Alrededor de las 20:30 horas del 26 de julio, nos dirigimos con *Willie* Bunster a la casa de Jorge Ehlers,

> para saber si había alguna novedad. En esos minutos se encontraba estacionado frente a la casa un jeep japonés perteneciente a su yerno: Alejandro Ellis. En cuanto nos vio, expresó: «qué bueno que hayan venido porque habrá un operativo esta noche. La Marina se deja caer sobre Santiago para tomar el control de la situación»... Ellis nos dijo que teníamos que ir al sector de Providencia a sembrar el caos y ayudar a las fuerzas navales. Otros grupos tenían asignados diferentes sectores y que si había que volar micros, incluso con pasajeros, lo hiciéramos.

OTRO DE LOS IMPLICADOS, GUILLERMO BUNSTER TITSH, CONFESÓ:

> De la casa de Ehlers sacamos una caja de miguelitos y una metralleta Batan nos la consiguió Jorge Ehlers con un señor que vive en Américo Vespucio con Apoquindo.

EL ABOGADO DEFENSOR DEL COMANDO EXTREMISTA, RAÚL TAVOLARI, RATIFICÓ TODAS ESTAS DECLARACIONES Y ME COMENTÓ EN ESE AÑO 1984: «ELLOS ESTABAN CONVENCIDOS DE QUE LOS IBAN A RECIBIR COMO HÉROES YA QUE ESTABAN SIENDO ORGANIZADOS Y FINANCIADOS POR GENTE DE LAS FUERZAS ARMADAS. EL ARMAMENTO LO PROPORCIONÓ GENTE DE LAS FUERZAS ARMADAS.

EL ARMA QUE PROVOCÓ LA MUERTE DE ARTURO ARAYA JAMÁS FUE HALLADA (LA HABÍA TRAÍDO ROBERTO THIEME DESDE ARGENTINA, SEGÚN ÉL MISMO LO REVELA EN ESTAS MISMAS PÁGINAS). JORGE EHLERS, QUIEN DESPUÉS DEL GOLPE MILITAR FUE DURANTE TRES AÑOS DIRECTOR DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE DEPORTES Y RECREACIÓN (DIGEDER), NUNCA FUE INTERPELADO. LA JUSTICIA NAVAL EMITIÓ UN SORPRENDENTE FALLO:

> Lo que la ley prohíbe es constituir milicias privadas, grupos de combate o partida militarmente organizada. Cabe colegir que, necesariamente, estas milicias deben crearse con el fin preciso de tener actuación militar, es decir, deben estar de tal manera constituidos, financiados, dotados, ayudados, instruidos, incitados, que puedan, con alguna perspectiva racional de éxito, enfrentarse a otras milicias, grupos o partidas. Es obvio que la organización bastante inconexa y desordenada del grupo de Claverie no puede llegar a constituir en forma alguna, uno de los organismos que la ley prevé y, más bien, podría caracterizársele como un simple conjunto de jóvenes de mente convulsa.

AL IGUAL QUE EL GRUPO DE JÓVENES QUE ASESINÓ AL GENERAL SCHNEIDER, LOS JÓVENES DE «MENTE CONVULSA» QUE MATARON AL COMANDANTE ARTURO ARAYA NO PASARON NI UN DÍA EN LA CÁRCEL Y, FINALMENTE, EN 1980, CUANDO EL PROCESO LLEGÓ A LA CORTE SUPREMA CON UNA SOLA CONDENA DE TRES AÑOS Y MEDIO PARA GUILLERMO CLAVERIE, LA SOLUCIÓN FUE EL INDULTO PRESIDENCIAL. TAN APRECIADOS FUERON LOS INTEGRANTES DEL COMANDO QUE MATÓ A ARAYA PETERS, QUE UNO DE ELLOS, ADOLFO PALMA RAMÍREZ (*FIFO*), FUE CONTRATADO DE INMEDIATO DESPUÉS DEL GOLPE DE ESTADO POR LOS SERVICIOS DE INTELIGENCIA DE LAS FUERZAS ARMADAS, ESPECÍFICAMENTE LA COMUNIDAD DE SANTA ROSA. AHÍ NACIÓ EL «COMANDO CONJUNTO», ORGANIZACIÓN DE EXTERMINIO Y TORTURA QUE FUNCIONÓ EN FORMA PARALELA A LA DINA ENTRE 1974 Y 1976 Y EN LA QUE TUVIERON DESTACADA PARTICIPACIÓN EL OFICIAL DE INTELIGENCIA DE CARABINEROS, GERMÁN ESQUIVEL Y EL OFICIAL DE LA

ARMADA, DANIEL GUIMPERT.[8]

Roberto Thieme, quien comandó la acción de los grupos de choque de Patria y Libertad esa noche del 26 de julio, en Providencia, tiene nítidos recuerdos de lo ocurrido:

–De todos los crímenes que se le atribuyen a Patria y Libertad, hay dos o tres que son accidentes: la muerte del electricista de Concepción, por la interferencia al Canal 5 de televisión y el atentado al oleoducto de Curicó (*murieron dos personas y 14 quedaron heridas*). Ambos casos no obedecieron a una política de ir a matar gente. Fue por ignorancia logística ya que el oleoducto no traía petróleo en ese momento, sino gas licuado. Pero lo del comandante Araya… Hoy le puedo decir que yo estaba a cargo de esto, entonces, ¿cómo iba a mandar a matar al edecán Naval del Presidente cuando yo estaba trabajando con la Marina? ¡No calza! Hasta donde yo he investigado, en las muertes del general René Schneider y Edmundo Pérez Zujovic, está la CIA detrás. Ahora, en el caso de Arturo Araya, viendo que un marino en retiro, Jorge Ehlers, entrega las armas esa noche, y me compromete a mí, porque el arma con la que lo matan yo la había traído en un vuelo clandestino –entre muchos– a Chile, con lo cual le pone la impronta de Patria y Libertad al crimen, a través del arma que yo personalmente traje… Y viendo, además, que la Marina usa para ese asesinato a unos extremistas de ultraderecha… Para mí la muerte del comandante Araya es obra de la CIA. No fue accidental que sea un exmarino el que entregue las armas ni que usaran un arma que comprometía a Patria y Libertad y a gente periférica, no nacionalistas, y que se elija el 26 de julio para ello. Precisamente el día del aniversario de la revolución cubana, con todo el simbolismo que todo eso conlleva, además del quiebre que le produce a Allende en lo personal. Esa estrategia calza con el problema que había en el mando de la Armada en ese momento, con el juego de poder entre el almirante Merino y el comandante en jefe, Raúl Montero… No fue un accidente.

De ese juego de poder para el asalto final, estaba consciente el almirante Raúl Montero, comandante en jefe de la Armada hasta el día del Golpe, cuando una tarde del invierno de junio de 1984, llegué hasta su domicilio en Viña del Mar con las pruebas de que habían indultado a los asesinos de su exsubalterno. No fue fácil que accediera a hablar. Desde 1973, cuando fue despojado de su cargo por el almirante Merino, se había recluido en su casa en completo silencio, lejos de todo protagonismo. Pero la emoción del recuerdo de su amigo lo hizo evocar otras imágenes:

–Tuve la fortuna de tener a Arturo Araya como instructor a bordo del buque escuela *Esmeralda* cuando fui designado su comandante. Allí pude apreciar su extraordinaria calidad moral, su simpatía y clara inteligencia. Era un marino limpio y cristalino. Y, como edecán, siempre luchó por dar la imagen exacta de lo que debe ser un oficial de Marina: sin hacer concesiones ni tener destemplanzas. Fue designado edecán el mismo día que asumió el Presidente Allende y veinticuatro horas antes que yo asumiera como comandante en jefe. Habían asesinado al general Schneider..., sabía que íbamos a tener que combatir un temporal. Pero ese es precisamente el instante en que los hombres tienen que subir al puente y asumir sus responsabilidades.

–¿Recibió presiones del Presidente Allende?

–No, y lo agradecí profundamente, porque cuando fui honrado con la designación, puse una sola condición: ser un comandante en jefe integral y que no iba a permitir ninguna intromisión en mis funciones.

–¿Por qué cree que asesinaron al comandante Araya?

–Esa noche fue muy sombría para mí... Nunca cometí la ligereza de atribuir un acto tan innoble a un sector u otro. Me preocupe sí de que se hiciera una investigación exhaustiva y le pedí al Presidente que se agotaran los recursos para esclarecer el crimen... Pero nunca supe de los resultados. Oí rumores...

En el momento en que el almirante Montero se disponía a hablar de algo que lo agobiaba, la habitación quedó a oscuras. Ya era tarde. La conversación se había extendido sin darnos cuenta. Su esposa llegó al living con velas y nos dijo que había apagón total en una nueva jornada de protesta. Montero no se alteró. Se diría que allí, en su refugio íntimo y familiar, había construido un invernadero. Volvimos al caso Araya y se produjo un silencio ominoso, largo y casi sobrecogedor. Sus últimas palabras fueron dichas sin asomo de rencor:

–Yo siempre he asumido mis responsabilidades. Amo la verdad y confío mucho en un juez infalible que es el tiempo, el cual siempre todo lo clarifica. ¡Siempre! Tarda a veces pero a todos nos llega la hora... ¡Ya verá!

Diez años antes de esa entrevista, la muerte del comandante Araya a manos de «un comando de izquierda» asfixió las últimas dudas de algunos coroneles y generales sobre la urgencia de dar un Golpe de Estado. Al finalizar su funeral, el 28 de julio, los capitanes de navío Arturo Troncoso y Hugo Castro invitaron al general Gustavo Leigh a almorzar. Un civil también se sentó a la mesa: Hugo León Puelma[9]. Allí se habló de la necesaria coordinación para dar el Golpe de Estado. En esa reunión se decidió, además, el traslado de los aviones Hawker Hunter a Concepción. Pero seguía existiendo una gran incógnita: la participación del Ejército.

El «caso Araya» precedió a su vez a la última y desesperada negociación para frenar el Golpe o la guerra civil de la que ya muchos hablaban. Patricio Aylwin, presidente de la Democracia Cristiana, y Salvador Allende iniciaron un diálogo, acompañados el primero por el senador Osvaldo Olguín, y el segundo por sus ministros del Interior y Defensa, Carlos Briones y Clodomiro Almeyda, respectivamente. El primer día hubo dos reuniones, una en la mañana y otra en la tarde, la que se prolongó hasta muy avanzada la noche. No solo los golpistas miraban con recelo y desconfianza esa tentativa que podía alterar sus planes. También en la Unidad Popular algunas mentes impacientes hicieron más fuertes sus gritos de «¡Avanzar sin transar!» y «¡Crear, crear, Poder Popular!».

Y hubo dirigentes del PS y de una fracción del MAPU que amenazaron con su retiro del gobierno si las negociaciones concluían en un retroceso o transacción del programa de la Unidad Popular, fundamentalmente en lo referente a la devolución de predios e industrias expropiadas, ocupadas o intervenidas.

Los militares, al igual que la mayoría de la ciudadanía, miraban expectantes hacia La Moneda. En especial, los oficiales del Ejército que ya formaban parte de la conjura. A diferencia de las otras ramas, ellos seguían teniendo dudas y un alto mando que rechazaba toda intervención. De allí que procuraran, por diversos medios, acceder a la información de lo que conversaban Aylwin y Allende.

Aylwin también quería saber lo que pensaban los militares. Y qué mejor canal que el hijo del general Sergio Arellano, abogado y militante democratacristiano. Sergio Arellano hijo era gerente de la empresa de publicidad Millahue, de propiedad de la DC y vicepresidente del directorio de la radio Nuevo Mundo, de la que también tenía el control ese partido.

Sergio Arellano hijo relata:

–El día previo a la primera reunión fui invitado por Aylwin a su oficina. Me dijo que quería saber cuál sería la posición de los generales respecto de una nueva participación de las FF.AA. en el gabinete, uno de los temas que se debatía. Luego de reunirme con mi padre, le transmití a Aylwin los puntos esenciales de las decisiones adoptadas por el «Comité de los 15». En lo medular, era que los generales de Ejército consideraban factible que cuatro o cinco altos mandos asumieran algunas carteras claves, con plenas facultades de rectificación en el contexto de los puntos planteados por el «Memorándum» entregado en julio por ese comité.

Mientras, en Washington, Nixon quiso saber por qué el Golpe se dilataba y pidió a la CIA un informe de proyección. Su jefe en Santiago le contestó:

> El Presidente Allende tiene dos armas poderosas a su disposición en cualquier encuentro con los partidos de gobierno. Puede amenazar con llamar a los militares y a la DC para formar un nuevo gabinete y gobernar sin la participación de los partidos de la UP. O puede amenazar seriamente con renunciar como una forma de obligar a los partidos de gobierno a que apoyen sus políticas. Cualquiera de estas dos amenazas sería una medida extrema y probablemente se aplicaría solo si el Presidente llegara al convencimiento de que los partidos de la UP conducen su gobierno a una crisis irrevocable y a la destrucción. Si Allende es capaz de restablecer un control firme sobre su coalición, o si es capaz de convencer a los dirigentes de la UP de la necesidad del compromiso para reducir las tensiones políticas y evitar una posible confrontación, la actitud y la posición de la DC, el mayor partido político de oposición, será clave para cualquier salida exitosa. La DC por naturaleza prefiere el compromiso a la confrontación y a una posible interrupción del proceso democrático... Hay un sector dirigente de la DC, pequeño, pero muy escuchado y visible, que desea iniciar un diálogo con el gobierno... La situación dentro de las FF.AA., aunque tal vez no es crítica, sigue muy seria. Aunque en las tres ramas había oficiales complotando antes del levantamiento del 29 de junio, el acto significó un cambio radical en la actitud del alto mando. Señaló las presiones que había en los niveles más bajos por el empleo del poder militar para forzar cambios en las políticas de gobierno. Para recuperar control sobre los subordinados, la oficialidad superior se vio obligada a asumir un papel más activo en la elaboración de planes para influir sobre Allende o derribarlo... Tanto la Armada como la FACH insisten en que no pueden ni quieren moverse en tanto el Ejército no esté listo. En el Ejército, algunos generales están tratando activamente de planificar y organizar un Golpe de Estado y coordinan sus actividades con la FACH y la Armada. No obstante, debido a la fuerte estructura vertical de mando del Ejército, los complotados saben que mientras no apoyen sus planes el comandante en jefe, Carlos Prats, el comandante de la Guarnición de Santiago, Mario Sepúlveda y el comandante de Institutos Militares, Guillermo Pickering, un movimiento golpista no puede tener éxito. Mientras no se resuelva este problema, es dudoso que el Ejército como un todo unificado, esté dispuesto a dar un Golpe. Los oficiales complotados están ahora viendo los medios para resolver este problema[10].

EN LA AGENDA DEL GENERAL SERGIO ARELLANO SE LEE:

> Las condiciones impuestas por la Democracia Cristiana, previas a cualquier entendimiento, fueron las siguientes: Restablecimiento completo de la institucionalidad, con vigencia plena de las normas constitucionales y de la convivencia democrática. Promulgación de las reformas constitucionales pendientes. Devolución de las industrias usurpadas a raíz de las órdenes de la CUT. Intensificación de la campaña para obtener el desarme de grupos políticos, sindicales o civiles. Garantía para el cumplimiento de los cuatro puntos precedentes es la organización de un gabinete con representación institucional de las Fuerzas Armadas.

EL «DIÁLOGO» ENTRE ALLENDE Y AYLWIN DEL 2 DE AGOSTO FRACASÓ.

Inmediatamente después de finalizada la última reunión, alrededor de las 17 horas, el abogado Sergio Arellano recibió un nuevo llamado de Aylwin:

–Nos volvimos a reunir en su oficina del partido. Aylwin me relató los pormenores de su cita con Allende, manifestándome que ante su proposición de incorporar militares al gabinete, el Presidente le había respondido que las Fuerzas Armadas se negaban terminantemente a ocupar cargos. Aylwin tuvo una gran limitante: no podía darse por enterado de la existencia del «Memorándum secreto» del Comité de los 15. De allí me fui a informar a mi padre del fracaso del diálogo.

No habría más reuniones Allende-Aylwin. El contacto se limitaría a un intercambio epistolar. Esa misma noche, el socialista José Tohá, recién relevado de su cargo de ministro de Defensa, recibió una cálida despedida de parte del personal de los institutos armados. Allí estaban los tres comandantes en jefe y el almirante Patricio Carvajal, quien llegó a la velada con una indisimulable sonrisa dibujada en el rostro. Era evidente que estaba al tanto de lo ocurrido y había dado las instrucciones precisas para que la cuenta regresiva siguiera corriendo. Los gremios del transporte recibieron la primera notificación.

El 3 de agosto, el general Sergio Arellano escribió en su agenda:

> Así se desmorona la última salida constitucional a la grave crisis que vive el país. Ahora la situación se ha tornado aun más grave ya que la locomoción colectiva particular se acaba de plegar al paro nacional indefinido iniciado por el Sindicato de Dueños de Camiones.

ALLENDE PENSABA, NO OBSTANTE, QUE DEBÍA EXISTIR UNA OPORTUNIDAD MÁS. NUEVAMENTE TRATÓ DE CONVENCER A LOS COMANDANTES EN JEFE DE LAS FUERZAS ARMADAS DE QUE ACEPTARAN INCORPORARSE AL GABINETE. ESA HUBIESE SIDO UNA SEÑAL INEQUÍVOCA HACIA LA DC DE QUE HABÍA VOLUNTAD DE CUMPLIR ALGUNAS DE SUS EXIGENCIAS Y, DESPUÉS, PROFUNDIZAR LOS ACUERDOS. SIN EMBARGO, PRATS SE NEGÓ ROTUNDAMENTE A OCUPAR LA CARTERA DE INTERIOR. ALLENDE INSISTIÓ Y ANUNCIÓ SU DISPOSICIÓN DE INCORPORAR A UN GENERAL DE CARABINEROS A SU GABINETE. LOS COMANDANTES EN JEFE DE LA FUERZA AÉREA, CÉSAR RUIZ DANYAU, Y DE LA ARMADA, RAÚL MONTERO, JUNTO A PRATS, DISCUTIERON INTENSAMENTE TODAS LAS ALTERNATIVAS Y CONCLUYERON QUE NO HABÍA OTRA SALIDA: SE DEBÍA ACEPTAR LA PROPUESTA PRESIDENCIAL.

De esas conversaciones, el general Prats informó en detalle a sus hombres de mayor confianza y que representaban la máxima jerarquía en el Ejército: los generales Pinochet, Pickering, Sepúlveda y Urbina. En ese contexto, el 7 de agosto, la Armada lanzó un nuevo exocet. Un general de Ejército que pidió reserva de su identidad, escribió en su agenda:

> Desde hacía algún tiempo sospechábamos de los intentos de infiltración marxista en los institutos armados. Se notaba una mayor actividad en la Armada, Fuerza Aérea y Carabineros. Con el Ejército no hubo mayor preocupación ya que Carlos Prats les daba garantías de control institucional. Corroborando estas sospechas, el 7 de agosto, la Armada nos comunicó que se había detectado la gestación de un movimiento subversivo en dos unidades de la Escuadra, el crucero *Almirante Latorre* y el destructor *Blanco Encalada*, apoyado por elementos extremistas ajenos a la institución. Y los Servicios de Inteligencia de la Armada actuaron. Se detuvo a 23 tripulantes y en los interrogatorios se estableció que habían mantenido reuniones con los parlamentarios Carlos Altamirano, Óscar Guillermo Garretón y con el jefe del MIR, Miguel Enríquez, los cuales eran los autores intelectuales del «Plan Subversivo» que consideraba la muerte de oficiales y de la guardia que no obedeciera a la rendición, así como el control de

unidades de guerra de la Armada. Los detenidos, además, confesaron que Altamirano, Garretón y Enríquez los habían instado a bombardear la Población Las Salinas, como asimismo la Escuela Naval. El PS le dio todo su apoyo a Altamirano. ¡Rompió los fuegos! Era una provocación del principal partido de gobierno.

ESE GENERAL, ASÍ COMO LA CASI TOTALIDAD DE LOS OFICIALES DE LAS FUERZAS ARMADAS, NUNCA TUVO ACCESO A LA OTRA CARA DEL «FOCO SUBVERSIVO DE LA ARMADA». UN MOVIMIENTO QUE SE DESATÓ CON LA SUBLEVACIÓN DEL BLINDADO Nº 2.

El sargento segundo Juan Cárdenas, protagonista principal del «foco subversivo», de la dotación del Blanco Encalada, relató en agosto de 1973:

«Días después del "Tanquetazo", en una despedida en el mes de julio, escuché al capitán Trepper y a los oficiales presentes decir que el gobierno no tenía vuelta y había que derrocarlo. Me acerqué al cabo Roldán para explorar la necesidad de organizarse ante un eventual Golpe».

La decisión fue tomar el control de la nave «en caso que la oficialidad tratase de llevar a cabo un Golpe de Estado». La misma relación de hechos hizo el marinero primero Ernesto Zúñiga y miembros de la dotación del *Almirante Latorre* con los que Cárdenas tomó contacto. Entre estos, Pedro Pablo Blasset. Todos ellos buscaron a fines de julio y principios de agosto la manera de neutralizar el Golpe en la Armada.

El 3 de agosto a las 22 horas, en una casa de Puente Alto, un grupo de marineros encabezado por el sargento Cárdenas, se reunió con Miguel Enríquez, secretario general del MIR y Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista. El marinero primero Juan Salazar Jeldrez relató:

«Cárdenas les dijo que sabía que los oficiales de la Marina preparaban un Golpe y que era necesario tomarse los buques para anularlo, debiendo apresar y encerrar en sus camarotes a los oficiales. Pidió apoyo del pueblo a los políticos presentes. Hubo discusión entre Enríquez y Altamirano. El primero apoyó a Cárdenas, especialmente en la iniciativa del movimiento; en cambio, Altamirano, se mostró dudoso y poco convencido hasta que se retiró».

Hubo una segunda reunión clandestina del grupo. A ella se integró Óscar Guillermo Garretón, jefe de una fracción del MAPU. El sargento Cárdenas la describió:

«La semana pasada, viendo mucho movimiento en el buque, pensamos que el Golpe se iba a apurar y tuvimos una entrevista con dirigentes del MAPU en una casa en un cerro de Valparaíso. Allí, el diputado Garretón nos dijo que consideraba una locura lo que se pensaba hacer y no nos ofreció apoyo».

En la madrugada del 6 de agosto, el sargento Cárdenas y sus compañeros fueron detenidos. El almirante José Toribio Merino ordenó el acuartelamiento en primer grado para la escuadra. El capitán Renato Trepper, segundo comandante del destructor *Blanco Encalada*, fue llamado a declarar:

«Recuerdo que asistí a un cóctel de despedida en Talcahuano, en el cual, entre otros temas, se llegó a intercambiar opiniones en forma general sobre el problema que afectaba al país, dando todos muestras de real inquietud sobre el clima de violencia, las inmoralidades y la desorientación general».

Pero negó tajantemente haber dicho que había que derrocar al gobierno.

La Armada denunció:

«Se ha detectado un movimiento subversivo en dos unidades de la Armada,

apoyada por elementos extremistas ajenos a la institución». Y acusó a Altamirano, Enríquez y Garretón, de haber «ordenado un complot contra la Armada». En el cuartel Silva Palma, en el Cerro Artillería, el sargento Cárdenas y sus compañeros permanecieron varios días incomunicados. El abogado Pedro Enríquez asumió su defensa pero no tuvo acceso al fiscal naval Fernando Jiménez y tampoco a sus defendidos. Después de múltiples denuncias, el 16 de agosto pudo al fin entrevistarse con el fiscal. Diez días habían transcurrido.

El abogado Enríquez aportó un nuevo antecedente:

«Las torturas y flagelaciones a que han sido sometidos todos y cada uno de los marineros acusados constituye la parte más siniestra de la farsa montada».

La Armada replicó:

«La defensa hace una deleznable afirmación al estimar que las declaraciones en la fiscalía naval fueron obtenidas bajo tortura, ya que no existe ningún antecedente que permita aceptar que el señor fiscal o personal de esta fiscalía haya sometido o permitido someter a los inculpados a un procedimiento tan duro».

El domingo 26 de agosto, por las ondas de radio Porteña de Valparaíso, Regina Muñoz, esposa del sargento Cárdenas, era entrevistada:

–Lo único que ellos pensaban era que no querían ser utilizados en un Golpe de Estado. Mi marido estaba preocupado, temía un *Jakarta*, porque los planes de la ultraderecha que está en la oficialidad son terribles, piensan eliminar a mucha gente...

Cuando Regina comenzaba a relatar las torturas a que había sido sometido su marido, la radio súbitamente salió del dial. Un contingente de infantes de Marina ingresó a los estudios y detuvo a dos periodistas.

Pero ahí estaban los testimonios de los marineros detenidos. El cabo segundo Pedro Lagos Carrasco, declaró:

«Me caí y salpiqué con barro las botas a un teniente, este me obligó a limpiárselas con la lengua. Tenía la boca llena de sangre, escupí. Me dieron con el cañón del fusil en el cuello hasta que perdí el conocimiento. Me volvieron a pegar y cuando volví a escupir me hicieron el tirabuzón: cuatro sujetos me tomaron de cada extremidad y me torcieron el cuerpo. Me volví a desmayar. Nos llevaron a una oficina donde había siete oficiales. Nos obligaban a decir que íbamos a bombardear Las Salinas, el Regimiento Maipo, la Escuela Naval... Yo les decía que cómo se les ocurría si mis padres vivían por allí cerca... Después, me colgaron de una cruz de madera con las manos y los brazos separados. Me golpeaban en todo el cuerpo y especialmente en los genitales. En la Isla Quiriquina me aplicaban corriente. Ya nadie me interrogaba, con las convulsiones me zafé un brazo. Vieron que estaba mal. Me vendaron, me metieron en un ataúd y me hicieron rodar por una pendiente. Me metían la cabeza en un pozo séptico, me sostenían hasta que no podía respirar. Cuando me saqué la venda, vi como a 20 infantes de Marina. Me sorprendieron y me golpearon hasta que perdí el conocimiento. Después, nuevamente la cruz, la electricidad. Fui conducido en andas a declarar ante el fiscal...»

La defensa de los marineros argumentó:

«No hubo delito de sedición. Los reos pensaban que era justo y legítimo defender la institucionalidad política vigente. Estaban convencidos de que las FF.AA. debían obediencia y sumisión jerárquica al poder civil existente».

La justicia naval desechó el argumento:

«No consta fehacientemente de ninguno de los antecedentes entregados la

organización de la oficialidad para derrocar al gobierno».

La denuncia de los marineros sobre el intento de Golpe que preparaban oficiales de la Armada cobró cierta fuerza y difusión. En ese momento, la comandancia en jefe de la II Segunda Zona Naval de Talcahuano, emitió un comunicado:

«La sola duda que se pretendiera sembrar en estos aspectos agravia el honor de la institución. La Armada es fiel cumplidora y guardiana de la Constitución y la Ley. No acepta la infiltración de elementos políticos de cualquier orden dentro de sus filas».

El sargento Cárdenas y parte de sus compañeros fueron declarados culpables del delito frustrado de sedición. La fiscalía naval dictaminó que los planes y el objetivo del «grupo sedicioso era el producir alrededor del 7 de agosto un motín entre el personal de tropa de la escuadra, apoderarse o tomar la dirección de las naves, empleando para ello todos los medios necesarios a su alcance, es decir, sorprender a la oficialidad y apresarlos e incluso matarlos si resistían y bombardear las instalaciones de tierra peligrosas»[11].

La última parte del fallo de la justicia naval merece ser comparado con otro fallo de esos días que absolvió de culpa a los integrantes del comando extremista que participó en el asesinato del comandante de la Armada y edecán de Allende, Arturo Araya Peters:

«Si bien resulta bastante ineficaz la preparación y medios con que contaban, reúnen los requisitos necesarios para estimarse como configurada, clandestina, contraria al régimen militar y con planes violentos definidos. No es menester ni requisito de una organización de este tipo que ella sea perfectamente jerarquizada, armada y ordenada»[12].

Cuando el 7 de agosto de 1973, el almirante Merino denunció que marineros conjurados con el MIR, el PS y el MAPU intentaban dar un Golpe en la Armada, para los militares golpistas fue la provocación que esperaban. Pero para que pudiera ser consideraba como tal faltaba aún otro episodio: la pugna de la FACH con Allende. El miércoles 8 de agosto, el Cuerpo de Generales de Ejército se reunió para debatir el ingreso de Prats al gabinete. Los líderes del grupo más contrario al gobierno manifestaron su descontento. Argumentaron que, de materializarse un nuevo gabinete cívico-militar, las Fuerzas Armadas ocuparan la mitad o dos tercios del gabinete y algunos mandos medios relevantes en otros puestos oficiales.

Prats fue enfático en señalar que eso significaba dar un «golpe seco», tal como habían actuado las Fuerzas Armadas recientemente en Uruguay, lo que dejaría interdicto al Presidente. Y señaló que tanto el comandante en jefe de la Fuerza Aérea como de la Armada ya habían dado su consentimiento, el que pasaba también porque él no fuera ministro del Interior, un cargo de gran exposición política, sino de Defensa.

Apenas terminó la reunión, por los canales expeditos del «Comité de los 15», el general Gustavo Leigh, segundo al mando en la FACH, fue puesto al tanto de lo discutido. Poco después, el general Ruiz Danyau, comandante en jefe de la FACH, pidió una cita urgente y privada con Montero y Prats. En ella les informó que los generales de la FACH se oponían a su incorporación al gabinete. La decisión –dijo– debía comunicársela al Presidente.

Una hora más tarde, Allende se enteró del rechazo de los generales de la FACH. Su respuesta fue concisa y rápida: esa negativa debía ser avalada por los tres jefes uniformados porque se trataba de la integración de los tres comandantes en jefes. Y los convocó de inmediato a La Moneda. Ruiz Danyau estaba en la peor encrucijada. En el momento más tenso de la reunión con Prats y Montero, pidió que se integrara su segundo en el mando: Leigh. Cuando ingresó al salón del Ministerio de Defensa y se le cedió la

palabra, Leigh dijo que la opinión de los generales de la FACH era que las Fuerzas Armadas ocuparan al menos la mitad o dos tercios del gabinete. La misma posición asumida por algunos generales de Ejército. Tanto Montero como Prats refutaron su tesis. El tira y afloja se extendió mientras Allende esperaba tenso y malhumorado en La Moneda.

El 9 de agosto, a las 13 horas, juraron por fin los nuevos ministros del «Gabinete de Seguridad Nacional», como lo llamó el Presidente. Orlando Letelier quedó al frente del Ministerio del Interior. Hacienda pasó a ser manejado por el almirante Raúl Montero; Prats fue el ministro de Defensa; el general Ruiz fue destinado a la cartera de Obras Públicas y Transportes, mientras que, en el Ministerio de Tierras y Colonización, se instaló el director General de Carabineros, José María Sepúlveda Galindo.

Una vez más, Prats y Montero habían hecho prevalecer los principios entre sus subordinados. Hubo decepción e ira en las filas golpistas.

El general Pickering reunió a los directores de academias y escuelas bajo su mando para informarlos de los últimos acontecimientos. Les reiteró su postura contraria a esa inclusión, pero planteó que la encrucijada era más grave y que, por esta vez, había que confiar en la decisión de los máximos mandos de las Fuerzas Armadas y Carabineros. «Asumen una responsabilidad histórica por el bien del país», dijo.

Horas más tarde, Prats recibió del almirante Merino, comandante en jefe subrogante de la Armada (ya que el titular era ministro de Hacienda), la información del inicio «de un proceso en el Juzgado Naval de Valparaíso a raíz del descubrimiento de una célula mirista infiltrada entre los suboficiales y clases de dos buques».

Ese mismo día, el general Gustavo Leigh, comandante en jefe subrogante de la Fuerza Aérea, emitió otro comunicado denunciando que en diferentes lugares del país habían sido descubiertos extremistas vestidos con uniforme de las Fuerzas Armadas.

A partir de ese instante, el férreo control de la Armada y la Fuerza Aérea estaba en manos de quienes alistaban sus fuerzas para la acción decisiva.

El general Sergio Arellano escribió en su agenda esa noche:

> ¡La guerra está declarada! Ahora solo cabe tomar la resolución de derrocar al gobierno marxista. Ya no queda más que intervenir, después del fracaso de las conversaciones de la Democracia Cristiana con el gobierno y del complot en la Armada. Nuestra paciencia se colmó. Aunque eso signifique violentar nuestro molde institucional. Pero están en juego los altos destinos de la Patria. ¡No podemos permanecer más tiempo de espectadores!

EL 17 DE AGOSTO, SERGIO ARELLANO REGISTRÓ EN SU AGENDA QUE SE HABÍA DADO EL VAMOS AL PLAN DE TELECOMUNICACIONES PARA LA DEFENSA NACIONAL, PIEZA CLAVE PARA LA EJECUCIÓN DEL GOLPE. EN ESA MISMA PÁGINA DE SU AGENDA, EL GENERAL ESCRIBIÓ AL MARGEN, AÑOS DESPUÉS:

> Lo manifestado por el general Pinochet en el sentido que él tenía preparada su propia planificación y que estaba fraguando este complot desde comienzos del año 1972, solo es una historia que se origina en su imaginación y producto de su ninguna participación en los hechos que desembocaron en la decisión del 11 de septiembre de 1973. Mal podría haber participado en ellos un hombre que era incondicional del general Carlos Prats y a quien veíamos también como un obsecuente servidor de Allende.

«¡LA GUERRA ESTABA DECLARADA!». EL SARGENTO JUAN CÁRDENAS YA LO SABÍA. DETENIDO POR LOS MISMOS HOMBRES QUE SE PREPARABAN

PARA EL FINAL DECISIVO, DEMOSTRÓ SU FUERZA DE CARÁCTER. SUS INTERROGADORES DEJARON CONSTANCIA DE AQUELLO:

«Se hace el único responsable de todo lo que ha pasado por ser el líder del movimiento. Los personeros políticos en la reunión de alto nivel (Altamirano, Enríquez y Garretón) le hicieron presente que no estimaban factible el éxito de la operación dado el reducido número de los integrantes»[13].

[1]. Entrevistas con la autora (1997 y 2005).

[2]. Era el joven oficial naval Daniel Guimpert Corvalán, quien más tarde sería uno de los oficiales que integraría el llamado «Comando Conjunto», un órgano represivo que actuó en paralelo a la DINA y que dejó un balance de decenas de muertos, desaparecidos y torturados.

[3]. Pedro Espinoza será después del Golpe el segundo hombre del Ejército en la DINA, el servicio de seguridad secreto más importante del régimen militar, encabezado por el entonces coronel Manuel Contreras. Fue su director de Operaciones y procesado y condenado a seis años de cárcel por su participación en el asesinato de Orlando Letelier, ministro de Relaciones Exteriores y de Defensa de Allende. Un atentado perpetrado en Washington, en septiembre de 1976. Más tarde fue condenado por su participación en el crimen del general Carlos Prats, en septiembre de 1974. Tiene otros procesamientos a su haber por violaciones a los derechos humanos. Cumple condena en un penal militar.

[4]. El mismo oficial de Ejército que guardaría en su poder por casi 40 años una fotocopia del expediente por la muerte del Presidente Salvador Allende, causa que le tocó instruir en 1970, así como los consejos de guerra que se abrieron inmediatamente después del Golpe de Estado.

[5]. Entrevista hecha por la autora y el periodista Juan Andrés Guzmán, publicada simultáneamente en mayo de 2007, en el diario *Clarin*, de Argentina y en *The Clinic*, en Chile.

[6]. Gloria tenía 10 años cuando su padre, el caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, fue baleado en el centro de Bogotá. La noticia se esparció por la ciudad provocando un estallido de cólera y congoja. Su muerte fue la hora cero de la violencia política y social que aún hoy vive Colombia. En su meteórica carrera, Gaitán se había levantado como la esperanza de millones de campesinos y obreros empobrecidos por una clase alta que se negaba a hacer reformas. Sus discursos inflamaban a las masas, daban esperanzas, mostraban caminos. Improvisando en un acto en Venezuela, dijo: «Si un solo varón quedara aquí, de todos los que aspiran a ser libres, que ese solo hombre se sienta obligado a la batalla, porque yo diría que vale más una bandera solitaria sobre una cumbre limpia que cien banderas extendidas sobre el lodo». Hasta hoy se acusa a la CIA de su asesinato. Y ello, porque en la acerada Guerra Fría, los americanos temían a Gaitán y la extensión de su movimiento por el continente. Temían a su discurso que llamaba a las masas a levantarse en un contexto donde todas las causas sociales se leían como financiadas por la Unión Soviética. Gaitán formaba parte de una ola de dirigentes latinoamericanos como Haya de la Torre, en Perú; Velasco Ibarra, en Ecuador; Betancourt en Venezuela, todos con distintos matices antiimperialistas aunque algunos lo fueran solo en apariencia. Fidel Castro, quien se encontraba en Bogotá en esos días, recordó lo vivido en un texto publicado en 2002, en revista *Cambio*: « "¡Mataron a Gaitán!", repetían los gritos en las calles de Bogotá, adonde habíamos viajado un grupo de jóvenes cubanos para organizar un congreso latinoamericano de estudiantes. Mientras permanecía perplejo y detenido, el pueblo arrastraba al asesino por las calles, una multitud incendiaba comercios, oficinas, cines y edificios de inquilinato. Algunos llevaban de uno a otro lado pianos y armarios en andas. Alguien rompía espejos. Otros la emprendían contra los pasquines y las marquesinas. Los de más allá vociferaban su frustración y su dolor desde las bocacalles, las terrazas floridas o las paredes humeantes». De ese día, Gloria recuerda el cielo rojo, por los múltiples incendios que siguieron al saqueo. El «Bogotazo», como se llamó el estallido social, ocurrió mientras se desarrollaba en esa ciudad la IX Conferencia Panamericana de Cancilleres. De inmediato acusaron al comunismo y luego a Fidel Castro del asesinato. Todo el continente ya estaba matriculado en la Guerra Fría. En Chile, Gabriel González Videla había aprobado la Ley Maldita, que declaraba ilegales a los comunistas. Las coincidencias quisieron que el mismo día del asesinato de Gaitán, el entonces senador Salvador Allende visitara el campo de concentración de Pisagua, donde Videla encarceló a los comunistas. El jefe del campo era nada menos que Augusto Pinochet. Documentos desclasificados de la CIA, en los años 2000, corroboran en parte la autoría de la CIA. En dos informes fechados meses antes del asesinato, la CIA plantea que Gaitán recibe financiamiento de la URSS y que planea llegar al poder con un Golpe de Estado.

[7]. La investigación fue publicada en la revista *Cauce* del 26 de junio de 1984.

[8]. Ver *Los secretos del Comando Conjunto*, de Mónica González y Héctor Contreras.

[9]. Sobre la extraña presencia allí de Hugo León, dirigente de los empresarios de la construcción en el comando gremial de guerra, una pista la entregaría el general Nicanor Díaz Estrada, subjefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, que encabeza Patricio Carvajal, en una entrevista con Sergio Marras. Allí dice: «Cuando el almirante Patricio Carvajal me llevó a Hugo León a la oficina para concertar un paro de los empresarios con

nosotros, le dije que no y por una razón muy sencilla: porque si iba a haber un Golpe, ese Golpe lo íbamos a dar nosotros. Había un grupo de civiles que se reunía en la casa de Hugo León todos los lunes en la mañana. Se habían juramentado a no descansar hasta botar a Allende. No tenían contacto con nosotros. Sé que tenían contacto con los marinos, con los capitanes de navío que estaban en el baile. Y esos capitanes de navío eran Hugo Castro y Arturo Troncoso».

[10]. De los documentos desclasificados.

[11]. Cerca de 200 marinos fueron detenidos a partir de agosto de 1973. Noventa y dos de ellos fueron condenados a penas de prisión entre 3 y 8 años. La mayoría fue víctima de torturas. Muchos de ellos, una vez que cumplieron su condena, a partir de 1978, viendo todas las puertas cerradas y estando permanentemente bajo sospecha, emprendieron el camino del exilio. Su retorno al país ha sido difícil. Y hubo dos marinos condenados que murieron cuando participaban de grupos de resistencia a la dictadura: Ernesto Zúñiga y Alberto Salazar. El abogado que asumió sus defensas, Pedro Enríquez, también fue detenido y torturado.

[12]. Reportaje de Mónica González, publicado en revista *Análisis* Nº 242, del 29 de agosto de 1988.

[13]. Tras el Golpe, el sargento Juan Cárdenas fue condenado a 13 años de reclusión. Años después fue expulsado del país y en 1988 aún tenía prohibición de ingreso. El marinero primero Luis Rojo Gaete, fue dejado en libertad después de varios años de cárcel. En 1983 fue detenido nuevamente por la CNI y dejado en libertad por falta de méritos. Agobiado, optó por abandonar el país. Óscar Guillermo Garretón, economista de la Universidad Católica y ex presidente de la Acción Católica Universitaria, pasó 14 años en el exilio. En noviembre de 1987, estando su padre moribundo, el almirante José T. Merino autorizó su ingreso temporal. Se presentó voluntariamente a la Fiscalía Naval y debió pasar seis meses en la Cárcel de Valparaíso. Salió en libertad condicional en noviembre de 1988, pero como estaba condenado en primera instancia por el delito de «instigación a la insubordinación o sedición», no pudo ser candidato a parlamentario ni ocupar ningún cargo público en el primer gobierno democrático. Se dedicó a la empresa privada. Ha sido presidente de Telefónica, Iansa y director de distintas empresas. El juez naval, almirante Jorge Martínez Bush, le negó toda apelación, hasta que en 1993, la Corte Suprema acogió su recurso de queja y por seis votos contra cero dictaminó que Garretón era inocente. Votó a favor incluso el fiscal militar Fernando Torres Silva, quien entonces integraba el máximo tribunal.

CAPÍTULO XVII

LA CABEZA DE PRATS

«ESTA ES LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD», SENTENCIÓ SALVADOR ALLENDE AL TOMAR EL JURAMENTO DE SUS NUEVOS MINISTROS, EL 9 DE AGOSTO DE 1973.

El MIR abrió el fuego de inmediato:

«¡Es un gabinete de capitulación!». Según Miguel Enríquez, ese camino se había iniciado al tender un puente hacia la Democracia Cristiana y sustituir a los «partidos obreros» por las Fuerzas Armadas:

> Bajo la apariencia de un diálogo que busca la pacificación del país, en realidad se está proponiendo que los trabajadores, teniendo la fuerza suficiente, renuncien a la realización de sus objetivos. Recientemente se han venido construyendo las condiciones para este diálogo: la devolución de empresas intentada a través de la política del ministro José Cademartori (*dirigente del PC*), la tolerancia al desalojo policial de algunas fábricas por el ministro del Interior Carlos Briones, órdenes de reprimir manifestaciones callejeras de los trabajadores por este mismo ministro. En realidad, este diálogo que busca un consenso mínimo, esconde un proyecto de capitulación ante las exigencias de las clases patronales. La DC es un partido burgués y reaccionario. El diálogo con su dirección desarma a los trabajadores. Si este proyecto de capitulación cristaliza, sus consecuencias serán gravísimas: se dividirá la izquierda, se generará la división de la clase obrera y el pueblo y la ofensiva reaccionaria no solo no será paralizada, sino que, cumplido su objetivo táctico de debilitar y dividir el campo de los trabajadores, cobrará nuevos bríos y caerá sobre los trabajadores y el mismo gobierno con toda la fuerza y energía reaccionaria y golpista.

DESDE LA CLANDESTINIDAD, PATRIA Y LIBERTAD COMUNICÓ:

«¡La tregua ha concluido!»

En la calle no había más lugar que para la exasperación. El paro nacional de transportistas había llevado la vida cotidiana a un extremo caótico. El tiempo y los nervios se consumían en las colas. La escasez había trastocado los símbolos del bienestar: la pasta de dientes, el papel higiénico, los cigarrillos, el azúcar, la mantequilla, la carne. Las ilusiones de miles de chilenos ardían en el aceite acaparado. Las casas y oficinas eran otros de los campos de disputa donde la división se hacía más beligerante.

El general Prats hizo un nuevo intento con Patricio Aylwin para resolver el paro de transportistas. Su gesto fue respaldado por el cardenal Raúl Silva Henríquez que, al igual que el jefe del Ejército, estaba dispuesto a mover las piezas que fuera necesario para evitar el cataclismo.

Aylwin relató más tarde lo que ocurrió el 15 de agosto:

–El cardenal me invitó a comer con él y con Allende a su casa. Fue el 17 de agosto. Ahí le pedí a Allende resolver el problema de las áreas de la economía. Le pedí, además, que arreglara el problema de los mineros despedidos de El Teniente y el asunto de la empresa de Papeles y Cartones. Llegamos a acuerdo en una serie de cosas: nombrar una comisión con el señor Víctor Pey, designado por Allende, y Sergio Molina, para que ellos establecieran, previo estudio de la situación de la Papelera, el reajuste de sus precios.

Sobre los mineros, Carlos Briones resolvería el conflicto de la reincorporación y además se reuniría conmigo para tratar el problema de las áreas de la economía.

Aquel 17 de agosto, el comandante en jefe de la FACH, general César Ruiz Danyau, presentó a Allende su dimisión como ministro de Obras Públicas y Transporte, una cartera desde donde el Gobierno pretendía solucionar la prolongada huelga de los camioneros. Prats fue testigo privilegiado de las gestiones presidenciales para zanjar la confrontación inminente:

> Allende ruega al general Ruiz que no insista en su renuncia en los momentos críticos que se viven. Le repite que su renuncia será el detonante del enfrentamiento entre chilenos. Que comprenda que los huelguistas están flaqueando y que con unos días más de esfuerzo y sacrificio se retornaría a la normalidad, momento en el que podría renunciar sin problemas. Que recuerde que era el único amigo que tenía entre los actuales comandantes en jefe, pues solo con él había alternado antes de la elección y, en cambio, a Montero y a mí no nos conocía. Que le pedía entonces –como amigo– que no insistiera en renunciar. El largo preámbulo del Presidente fue escuchado en silencio por los tres. Cuando Allende cede la palabra a Ruiz, este se limita a expresar que mantiene su renuncia indeclinable a su cargo de ministro. El Presidente se pone de pie y le dice que esto significa que ha dejado de ser su amigo y que, por lo tanto, ha perdido su confianza. En tales condiciones le formula el último ruego: que también presente su renuncia al cargo de comandante en jefe de la FACH. Ruiz vacila unos momentos y finalmente responde que también lo hará.

EL GENERAL CÉSAR RUIZ DANYAU LE COMUNICÓ SU DECISIÓN AL GENERAL GUSTAVO LEIGH, QUE ESPERABA IMPACIENTE EN UN SALÓN CONTIGUO. AHÍ MISMO ALLENDE LE OFRECIÓ A LEIGH LA COMANDANCIA EN JEFE DE LA FUERZA AÉREA Y EL MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTE.

Una página más del plan conspirativo se estaba escribiendo.

Pero Leigh sabía que no debía apresurarse. Se tomó 24 horas para responder.

A la mañana siguiente le informó a Prats que ningún general de la Fuerza Aérea estaba dispuesto a aceptar la comandancia en jefe y el ministerio simultáneamente, que había guarniciones acuarteladas y que, «para prevenir aventuras», había dispuesto el traslado de los aviones Hawker Hunter a la base de Talcahuano. Prats desconocía que eso formaba parte vital de la estrategia del Golpe: sus promotores temían que gente leal a Allende aprovechara la convulsión de esas horas candentes para sabotear los aviones.

Después de la mediación del general Prats, Allende aceptó que Leigh asumiera solamente la comandancia en jefe de la Fuerza Aérea y designara al general del aire Humberto Magliochetti en el ministerio de Obras Públicas y Transporte. Pero el recambio estuvo lejos de detener el conflicto. Hasta el alto mando de la conspiración había llegado la noticia de que Aylwin y Briones comenzaban a redactar el texto de un acuerdo en ciernes. Se decidió entonces mover las piezas de manera violenta aun a costa de sacrificar a quien fuera.

Esta vez, la escaramuza corrió por cuenta de la Fuerza Aérea. El 20 de agosto, Allende fue informado de que el general Ruiz Danyau no entregaría el mando. Se había acuartelado en la Base Aérea de Los Cerrillos. Junto al general Leigh y un gran grupo de oficiales se atrincheraría más tarde en la Base El Bosque. Las tratativas fueron intensas en uno y otro bando. Sorpresivamente, en horas de la tarde, Leigh concurrió a La Moneda y le informó a Allende y al ministro de Defensa, Carlos Prats, que todo había vuelto a su cauce normal. Él era el nuevo jefe de la Fuerza Aérea.

Esa misma noche, Leigh, en su casa y acompañado del general Nicanor Díaz

Estrada, le comunicó al general Sergio Arellano que no continuaría asistiendo a las reuniones conspirativas en la casa del abogado Gamboa, en Lo Curro. Su hombre de enlace sería el general Díaz Estrada.

En otro lugar de Santiago, en Tomás Moro, Allende se reunía con su grupo de asesores: Joan Garcés más Claudio Jimeno, Jorge Klein, *Felipe* y Manuel Contreras por el CENOP. Este último relata qué ocurrió:

–Nos trenzamos en una discusión con Joan Garcés porque nosotros dijimos esa noche que el Golpe ya estaba en marcha. Como teníamos la idea de que Pinochet era leal y constitucionalista, a partir de ese supuesto fuimos de la opinión de operar con mucha rapidez: sacar a Ruiz Danyau y a todos los uniformados golpistas, como Arellano, Bonilla y los almirantes Carvajal y Merino y, una vez realizado ese movimiento, incorporar nuevamente a las Fuerzas Armadas al gobierno, llamar a la Democracia Cristiana y generar una salida que impidiera el Golpe Militar. Garcés argumentaba lo contrario. El Presidente estaba tremendamente tenso. Recuerdo que Klein andaba con un jockey tipo *Sacco y Vanzetti*, película muy popular en esos días y le habíamos apodado *Vanzetti*. De repente el doctor dijo, con tono agobiado: «No tengo fuerzas para hacer lo que proponen». Y Klein, con su boina puesta y en una actitud físicamente indolente, le dijo sacándose la boina: «¿Sabe, doctor, por qué tiene que hacerlo? Porque en una semana más va a venir Leigh a La Moneda y le va a decir: "Doctor Allende –porque usted ya no va a ser Presidente–, tiene un avión para salir con su familia del país". La respuesta de Allende fue tajante y con ira: "¡No diga huevadas, *Vanzetti*!"».[1]

Los agentes de la CIA también cavilaban y trataban de indagar cuáles serían los próximos pasos del gobierno. En un informe que la estación CIA en Santiago envía esos días a Washington, se lee:

> La estrategia de la UP parece ser lograr un amplio control sobre la capacidad productiva del país, lo que, unido al apoyo popular existente y a su control de los elementos claves del Ejército en el área de Santiago, les daría un poder suficiente para poner fin a la amenaza de los sectores adversos de las Fuerzas Armadas mediante una intimidación clara. La amenaza que plantea la actual ofensiva de la Unidad Popular es reconocida por la oposición. Ellos dicen que debe ser detenida. Es por eso que los gremios piensan de nuevo en términos de huelga nacional (casi con desesperación) y los partidos políticos están considerando acusar en el Parlamento a todo el gabinete o aun proceder contra el Presidente, según el artículo 43 de la Constitución...

LA CARRERA HACIA LA ÚLTIMA DE LAS BATALLAS ADQUIRÍA UN RITMO VERTIGINOSO. LOS CONJURADOS ESTABAN EN ALERTA MIENTRAS CARLOS BRIONES Y PATRICIO AYLWIN CONTINUABAN SUS REUNIONES PARA UN ACUERDO DEL CUAL YA ERAN ESCÉPTICOS. EL 21 DE AGOSTO ESTÁ MARCADO EN EL CALENDARIO CON UN CÍRCULO ROJO. «OCURRE UNO DE LOS HECHOS QUE TUVO MAYOR REPERCUSIÓN Y RELEVANCIA Y LAS MAYORES CONSECUENCIAS PARA NUESTRA MISIÓN...», ESCRIBIÓ EN SU AGENDA EL GENERAL ARELLANO. ESE DÍA LA FIEBRE Y EL DOLOR CASI NO DEJARON LEVANTAR AL GENERAL CARLOS PRATS. ESTABA CON GRIPE. MOLESTO POR NO TENER TODA LA ENERGÍA NECESARIA PARA LAS DESESPERADAS GESTIONES QUE VENÍA REALIZANDO, DECIDIÓ NO OBSTANTE, CONVERSAR CON PINOCHET, COMANDANTE EN JEFE SUBROGANTE DEL EJÉRCITO, PARA SABER QUÉ REPERCUSIONES HABÍA TENIDO LA ACTITUD DEL GENERAL RUIZ DANYAU EN LAS FILAS. SINTIÓ

UN FRÁGIL ALIVIO AL SABER QUE EL EJÉRCITO NO HABÍA SIDO ARRASTRADO. A LAS 14:30 HORAS DE ESE 21 DE AGOSTO, PRATS REGRESÓ A SU CASA. LA FIEBRE LO TENÍA A MALTRAER. QUISO DORMIR. EL RUIDO QUE LLEGABA DE LA CALLE LO DESPERTÓ COMO A LAS 17:15 HORAS:

> Mi mujer, muy impresionada, me dice que afuera se han concentrado unas 300 mujeres que gritan y piden, a través del portero, que ella las reciba para entregarle una carta. Al observar estupefacta que participaban en la concentración varias esposas de generales y jefes de servicio, activos y en retiro –muchas de ellas consideradas «sus amigas»–, les ha dicho que entreguen la carta al portero[2].

LAS RADIOS INTERRUMPIERON SUS PROGRAMAS HABITUALES PARA TRANSMITIR EN DIRECTO LO QUE OCURRÍA FRENTE A LA CASA DE PRATS, EN EL BARRIO ALTO DE LA CAPITAL. DE A POCO SE FUERON CONCENTRANDO ALLÍ UNOS MIL QUINIENTOS OPOSITORES AL GOBIERNO. CON EL ECO DE LOS INSULTOS DE TODOS LOS COLORES Y CON LA CASA SITIADA, SOFÍA CUTHBERT Y CARLOS PRATS LEYERON LA CARTA, REDACTADA PRINCIPALMENTE POR LA ESPOSA DEL GENERAL SERGIO NUÑO:

> *Sofía: Como esposas de oficiales y madres ante todo, nos atrevemos a acercarnos hasta ti para que sirvas de portadora de un angustiado llamado que le hacemos a tu esposo. Nuestros maridos ya no pueden usar el uniforme que con tanto orgullo siempre lucieron, para evitar ser insultados. Nuestros hogares han visto llegar armas que se mantienen alerta ante un peligro y eso lo lloran nuestros hijos. Nuestros hombres salen a sus trabajos y quedamos en muda plegaria rogando porque vuelvan. El desconcierto del futuro de un país que progresaba y sufre el descalabro económico más desastroso del mundo, no nos permite ofrecer seguridad a nuestros hijos. La angustia y rebeldía que sufren nuestros hombres al estar sometidos a una disciplina y ver que con ellos juegan. Y por último, en este tráfago de política deben permanecer al margen de ella por su doctrina. Te rogamos, Sofía, intercedas ante tu esposo y lleves este ruego de tantas mujeres que lloran calladas.*

LA MISIVA ESTABA FIRMADA POR MIREYA DE BAEZA, ESPOSA DEL GENERAL ERNESTO BAEZA; MARUJA DE PALACIOS, ESPOSA DEL GENERAL PEDRO PALACIOS; MARY DE BONILLA, ESPOSA DEL GENERAL ÓSCAR BONILLA; FEDORA DE CONTRERAS, ESPOSA DEL GENERAL RAÚL CONTRERAS; MARÍA TERESA DE VIVERO, ESPOSA DEL GENERAL ARTURO VIVERO; CHOLY DE NUÑO, ESPOSA DEL GENERAL SERGIO NUÑO; CARMEN DE CANO, ESPOSA DEL GENERAL EDUARDO CANO; SILVIA DE PALACIOS, ESPOSA DEL GENERAL JAVIER PALACIOS Y QUELA DE ARELLANO, ESPOSA DEL GENERAL SERGIO ARELLANO.

Entre los manifestantes se destacaban el mayor Francisco Ramírez Migliassi, subordinado del general Sergio Arellano; el capitán Renán Ballas Fuentealba, yerno del general Alfredo Canales, cuyo retiro el 22 de septiembre de 1972 había provocado un conflicto político, y un civil que se identificó como oficial ante el contingente de Carabineros que fue a proteger la casa de Prats: el mayor Luis Claudio Lobos Barrios, ayudante del general Arturo Vivero.

El general Óscar Bonilla llegó rápidamente hasta el ojo de la tormenta. Prats relató el encuentro: «Me expresa que mi imagen se ha deteriorado ya que se dice que me he confabulado con Allende para echar al general César Ruiz y que yo había amenazado al general Gustavo Leigh con echarle encima el Ejército si no resolvía luego la rebelión de

Ruiz». Prats le respondió que todo eso era falso y lo invitó a retirarse.

Bonilla se había ido pero los gritos seguían acechando desde la avenida Presidente Errázuriz. El general Pinochet se abrió paso entre los manifestantes y llegó a la casa sitiada para expresarle a Prats su solidaridad. Más tarde lo hizo Allende. Y luego el general Pickering. Sofía Cutberth lo abrazó:

–¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto? ¡Jamás creí que mis amigas pudieran hacernos esto!

Allende se retiró no sin antes decirle a Prats que al día siguiente conversarían con más calma. Al salir, aproximadamente a las 23 horas, ordenó a un jefe de Carabineros que despejara el sector.

Guillermo Pickering regresó a su casa profundamente conmocionado. Lo que había ocurrido no era un episodio más. Una de las últimas barreras de contención para el quiebre de la disciplina y la ética militar que siempre juró respetar había sido barrida. «No voy a ser partícipe de esto», se dijo. Acababa de decidir junto a su esposa que daría un tan irrevocable como doloroso paso al costado. A las 8 de la mañana del día siguiente llegó a su oficina. Lo esperaba el director de la Academia Politécnica Militar, el general Raúl Contreras con otra sorpresa.

Contreras le dijo que su esposa había participado en la manifestación del día anterior, y como él desaprobaba esa actitud, pero lo comprometía, les había comunicado a sus subordinados que ya no tenía el respaldo moral suficiente para continuar al mando de la unidad. Contreras le había entregado el mando al subdirector de la academia.

–Quiero presentar mi expediente de retiro –le dijo.

Cuando Contreras dejó su despacho, Pickering llamó a su jefe de Estado Mayor, el coronel José Domingo Ramos, y le dictó su propia carta de retiro.

A esa misma hora, en el Ministerio de Defensa, Prats y Pinochet trataban de descifrar qué había pasado el día anterior. Prats escribió:

> Le expreso que estoy dispuesto a olvidar el triste episodio si los generales me expresan públicamente su solidaridad. Eso es lo que fundamentalmente interesa en las circunstancias críticas que estamos enfrentando... Pinochet se muestra muy dolido y me asegura que hará cuanto esté de su parte por obtener una definición favorable de los generales. Horas después, Pinochet me informa telefónicamente que ha fracasado porque solo algunos generales están dispuestos a firmar una declaración de solidaridad. Me insiste en que hable con ellos.

PINOCHET CONVOCÓ A TODOS LOS GENERALES A UNA REUNIÓN URGENTE EN LA COMANDANCIA EN JEFE DEL EJÉRCITO. CUANDO PICKERING ENTRABA AL MINISTERIO DE DEFENSA, SE TOPÓ CON EL GENERAL MARIO SEPÚLVEDA. AMBOS LLEVABAN UN SOBRE EN SUS MANOS. NO NECESITARON EXPLICARSE NADA. AL ENTRAR A LA OFICINA QUE OCUPABA PINOCHET EN CALIDAD DE SUBROGANTE, LOS DEMÁS GENERALES DE LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO ESTABAN DISCUTIENDO LA REDACCIÓN DE UN COMUNICADO QUE SE ENVIARÍA A LA PRENSA. ESE COMUNICADO NUNCA SALIÓ A LA LUZ PÚBLICA. PERO DOS PARTICIPANTES DE AQUELLA REUNIÓN PERMITIERON RECONSTRUIRLO. A PESAR DE HABER TENIDO POSTURAS ENFRENTADAS EN ESAS HORAS, SUS ANOTACIONES SON COINCIDENTES. DE ACUERDO CON ESOS RELATOS, PINOCHET TOMÓ LA PALABRA CALIFICANDO DE «BOCHORNOSOS» LOS RECIENTES ACONTECIMIENTOS. EL GENERAL URBINA PIDIÓ QUE EL TEMA

FUERA ABORDADO CON «DELICADEZA», POR ESTAR INVOLUCRADAS ESPOSAS DE GENERALES. DESPUÉS SE LEYÓ LA NOTA REDACTADA. SE EXPLICÓ QUE UN GRUPO DE SEÑORAS HABÍA LLEGADO EN «UN GESTO DE BUENA VOLUNTAD» HASTA LA CASA DEL GENERAL PRATS, A PEDIRLE A SU ESPOSA QUE INTERCEDIERA ANTE ÉL Y, «UTILIZANDO SU ELEVADO CARGO, TRATARA DE OBTENER DEL GOBIERNO, LA SOLUCIÓN A LOS GRAVES PROBLEMAS QUE AGITABAN AL PAÍS». LA REACCIÓN VIOLENTA DE LAS SEÑORAS Y OTRAS PERSONAS SE DEBIÓ A LA INTERVENCIÓN POLICIAL. DOS O TRES ASISTENTES PROPUSIERON AGREGAR QUE EL CUERPO DE GENERALES MANIFESTABA SU SOLIDARIDAD CON EL COMANDANTE EN JEFE. «¡CÓMO SE LES OCURRE!, ¡Y QUÉ VA A DECIR LA *NANA!*», INTERPUSO EL GENERAL VIVERO. LA DISCUSIÓN SE VOLVIÓ ÁSPERA Y DESORDENADA. PINOCHET LA CORTÓ TAJANTE Y PIDIÓ QUE LOS GENERALES HABLARAN POR ORDEN DE ANTIGÜEDAD.

«Se ha sentado un precedente incalificable», dijo el general Sepúlveda cuando le tocó su turno. Y agregó: «No deseo verme expuesto a que un día cualquiera las esposas de oficiales y suboficiales de alguna de sus unidades adopten actitudes similares frente a la casa de alguno de ustedes o de los comandantes de regimiento bajo su dependencia, pues no habría respaldo moral para tomar medidas frente a un hecho de esta naturaleza que quiebra la autoridad de mando».

Se hizo un silencio total. El general Sepúlveda miró fijamente a los presentes y presentó su renuncia indeclinable. Pinochet recibió el sobre azorado. Pickering suscribió lo dicho por Sepúlveda e hizo su propio anuncio: «¡No quiero permanecer ni un minuto más en el Ejército!». Se levantó y puso frente a Pinochet otro sobre. El general Herman Brady, director de la Academia de Guerra, se sumó a ese camino, aunque solo de manera verbal. «Por la premura del tiempo», dijo, no había alcanzado a redactarla. Y también el general Gustavo Álvarez. El general César Raúl Benavides, en forma más cautelosa, actuó igual. El ambiente se había tornado sofocante. El general Raúl Contreras tomó la palabra. Escueto, informó que acababa de entregarle su expediente de retiro al general Pinochet ya que no compartía la actitud de su esposa.

–No es posible que se pretenda romper y quebrantar la unidad del Cuerpo de Generales. ¡Eso no! –lo interrumpió el general Bonilla.

Pickering y Sepúlveda replicaron al unísono:

–Eso ya sucedió y no ha sido provocado por nosotros.

–¿No será que ustedes están teniendo esta actitud, como una reacción sentimental al hecho de que sus esposas no fueron invitadas ni consultadas por las nuestras? –contestó desafiante Bonilla.

Los generales abandonaron sus asientos y comenzaron a hablar al mismo tiempo. Pinochet reclamó silencio y anunció que había solicitado una audiencia al general Prats con todo el Cuerpo de Generales presentes, y que el comandante en jefe los estaba esperando en la sala de consejo del gabinete del ministro de Defensa.

Un general de Ejército, cuya esposa estuvo en la manifestación, escribió en su agenda el resumen de esa reunión determinante de la que participaron Pinochet, Urbina, González, Baeza, Bonilla, Valenzuela, Sepúlveda, Pickering, Brady, Pedro Palacios, Contreras, Benavides, Álvarez, Vivero, Nuño, Arellano, Lutz, Javier Palacios, Araya, Cano, J. Rodríguez y Salas:

> Prats estaba profundamente deprimido. Comentó el asunto de la carta lamentando que hubiera ocurrido y terminó diciendo: «Ahora ustedes verán lo que van a hacer». Acto seguido se retiró y quedamos nosotros –presididos por el general Pinochet–, el cual tiene palabras de dura crítica por lo ocurrido, particularmente para con los oficiales que habían estado frente a la casa de Prats y habían hecho declaraciones por radio. Manifestó que este hecho era atentatorio contra la disciplina y que no podía quedar sin sanción. Dispuso que nos reintegráramos a nuestros puestos, listos para cualquier citación. El general Arellano interviene y dice que el general Prats ha expresado que el asunto queda en nuestras manos y que debemos seguir conversando. Pinochet dice que la conversación, entonces, debe continuar en la oficina del comandante en jefe del Ejército, la que él ocupa en calidad de subrogante.

PRATS HA DADO 24 HORAS PARA QUE SE LE COMUNIQUE CUÁL SERÁ LA REACCIÓN DEL CUERPO DE GENERALES ANTES DE TOMAR LA DECISIÓN MÁS TRASCENDENTAL DE SU CARRERA MILITAR.

Arellano escribió en su agenda:

> El general Pinochet estaba francamente indignado con lo ocurrido. Afirmó que tomaría medidas disciplinarias en contra de los oficiales que fueron a buscar a sus esposas al frontis de la casa del general Prats y nos increpó violentamente. En un momento dijo una frase que nos dejó estupefactos: «¡Esto se lava con sangre de generales!». Luego comunicó que llamaría a retiro a tres generales cuyas esposas habían concurrido a la casa del general Prats, el 21 de agosto.

AL TERMINAR LA REUNIÓN, PINOCHET LE PIDIÓ A PICKERING UN ENCUENTRO PRIVADO. INTENTÓ DEVOLVERLE EL SOBRE Y SE ENCONTRÓ CON LA MISMA RESPUESTA DE SU INTERLOCUTOR. «VOLVEREMOS A HABLAR MÁS TARDE», DIJO Y LE ORDENÓ QUE CITARA PARA EL DÍA SIGUIENTE EN LA ACADEMIA DE GUERRA A TODOS LOS PROFESORES Y OFICIALES ALUMNOS DE ESE INSTITUTO Y DE LA ACADEMIA POLITÉCNICA. PARA LA TARDE DE ESE MISMO DÍA, RECLAMÓ UNA REUNIÓN SIMILAR, EN EL AUDITORIO DE LA ESCUELA MILITAR CON TODOS LOS OFICIALES DE LAS ESCUELAS DE SU DEPENDENCIA EN SANTIAGO. A ELLOS DEBÍA AGREGARSE EL DIRECTOR DE LA ESCUELA DE ARTILLERÍA DE LINARES Y EL DE LA ESCUELA DE INGENIEROS EN TEJAS VERDES, CORONEL MANUEL CONTRERAS SEPÚLVEDA.

En la mañana del 23 de agosto se realizó la reunión en la Academia de Guerra y Pinochet repitió sus palabras reprobatorias:

«En esta academia hemos tenido por años admiración y respeto por jefes destacados de la institución en que todos nos mirábamos, como el general Otto, el general Mahn y especialmente el general Prats. Pero resulta que ahora, un grupo de señoras de jefes y oficiales se dirige frente a su domicilio y provoca una manifestación vergonzosa, gritando como verduleras...»[3].

No eludió el tema de los oficiales en servicio activo que participaron en la manifestación, uno de los cuales –el capitán Ballas– era alumno de la Academia de Guerra. Y después de una severa y potente reprimenda general, anunció drásticas medidas disciplinarias. Terminada la reunión, Pinochet convocó nuevamente al general Pickering al Ministerio de Defensa donde ya se encontraban Sepúlveda y Prats. En presencia de Pinochet, Prats trató de convencerlos de que no se fueran, ya que ello le crearía un grave problema a la estructura del Alto Mando del general Pinochet. Y agregó:

–Yo soy el que debe irse a retiro, y eso es lo que haré, pero ustedes no pueden hacerlo... Por el bien del país.

Ni Pickering, ni Sepúlveda modificaron su decisión.

El general Prats se detuvo en sus *Memorias* para detallar lo que sucedió en esas horas. El relato es extenso y dramático y vale la pena citarlo completo:

> Ya no me cabe duda de lo que buscan los generales: librarse de los obstáculos que les impiden un pronunciamiento político institucional. El retiro de Sepúlveda y Pickering –los dos generales con mando más íntegros, honestos y profesionales que me han acompañado durante los duros ocho meses últimos y que fueron piezas claves en la acción contra el amotinamiento del Batallón Blindado Nº 2– me deja sin intermediarios incontaminados por la pasión política. Le pido a Pinochet que llame a Sepúlveda y a Pickering. A las 11 horas, sostengo una emotiva entrevista con ambos. Intento disuadirlos, pero mis argumentos no resultan convincentes frente a los de ellos. ¿Cómo se puede ejercer la gran responsabilidad de comandar las dos unidades operativas claves del Ejército en la convulsa coyuntura política que vive el país, cuando sus propios colegas generales, que no tienen mando, soliviantan a los mandos medios y subalternos o se dejan empujar por las presiones de éstos? ¿Cómo se puede responder a la disciplina de cuerpo de tropa si la oficialidad media y subalterna está claramente perturbada por la acción psicológica que la oposición ha llevado ya al paroxismo? Les digo que es preferible que me vaya yo, que ya he jugado mis últimas cartas y no ellos, que son una esperanza del mantenimiento del profesionalismo prescindente y con porvenir institucional. Me argumentan que su retiro me da un arma para adoptar drásticas medidas disciplinarias con aquellos generales que, con su actitud de rebeldía, van a destruir el Ejército profesional. Les respondo con tristeza que se me ha encajonado en la alternativa de retirarme yo, con la esperanza de que Pinochet logre sustraer al Ejército de la aventura golpista inminente o de llamar a retiro a doce o quince generales y esta última opción desataría la guerra civil, de la que yo sería el detonante. A las 13:15 me entrevisto durante dos horas y media con el Presidente Allende, con un único testigo: el ministro Fernando Flores. Le informo de la decisión de la mayoría de los generales... Le solicito que acepte mi renuncia al Ministerio de Defensa y a la comandancia en jefe, que es la opción que he elegido, después de madurarla durante las veinticuatro horas que di a los generales para que meditaran su conducta. Por ello, se trata de una decisión fría y realista y no la consecuencia del ofuscamiento derivado del vejamen que se me infirió. Se suscita un diálogo doloroso para mí: él insiste en que no debo dejarme doblegar por la intriga y la maquinación política, en circunstancias que debo sentirme orgulloso de tener mi conciencia limpia, pues nunca lo serví a él dócilmente, sino con lealtad y criterio profesional. La discusión se produce en un nivel en que no aparece el Presidente de la República, desde un plano superior, apostrofando al comandante en jefe, sino ambos colocados en una misma grada humana, donde un político diestro argumenta ante un soldado, teniendo en vista el interés nacional. Y este contraargumenta, convencido de que, en aras de dicho interés, debe sacrificar su orgullo personal. Lo convenzo cuando le manifiesto que si yo continuara en mi cargo de titular, tendría que solicitarle que aplicara su facultad presidencial contra doce o quince generales, y esa medida iba a precipitar la guerra civil. En tal caso, yo sería el culpable de la sangre que se derramara entre hermanos y él sería el cómplice principal. Le añado que no estoy dispuesto a ensangrentarme las manos y, en cambio, si me sucedía el general Pinochet –que tantas pruebas de lealtad me había dado– quedaba una posibilidad de que la situación crítica general del país propendiera a distenderse. Esto le daba chance de contar con tiempo el buscado entendimiento con la Democracia Cristiana y, a su vez, le daba a Pinochet plena independencia para llamar a retiro a los dos o tres generales más conflictivos... Nos despedimos doloridos y, con emoción, observo al noble ministro Fernando Flores profundamente conmovido.

POCO DESPUÉS LA PRENSA ANUNCIÓ LA RENUNCIA AÚN NO OFICIAL DEL GENERAL CARLOS PRATS. ESA TARDE, EN LA ESCUELA MILITAR, EL GENERAL PINOCHET REPITIÓ LA MISMA DURA REPRIMENDA CON UN SUTIL AGREGADO. A PARTIR DE ESE MOMENTO, ADVIRTIÓ, NO PERMITIRÍA POR NINGÚN MOTIVO LA REPETICIÓN DE HECHOS SIMILARES.

Ya se consideraba el nuevo comandante en jefe.

Quince años después, en 1988, el general Mario Sepúlveda se sintió en condiciones de dar su versión del día en que debió abandonar las filas del Ejército, uno de los más

importantes de su vida. Nos encontramos muchas veces en su casa de calle Troncos Viejos y hablamos de su carrera. Fue observador de Naciones Unidas en la India y Pakistán, miembro de la Junta Interamericana de Defensa (1968 y 1969), profesor en el cuadro de honor de la Academia de Guerra, director de Inteligencia del Ejército y se retiró siendo comandante de la Guarnición de Santiago. No le gustaba hacer ostentación de sus conocimientos. Pero en pequeños gestos dejaba escapar los atributos que lo convirtieron en un jefe militar muy respetado. Parte de esas conversaciones fueron publicadas en la revista *Análisis* y con el paso del tiempo han adquirido una dimensión más esclarecedora:

–Yo no fui ni «allendista» ni «pratista» ni «scheneiderista», era un miembro del Ejército que me regía por las normas de la institución, que obedecía la Constitución y a mi comandante en jefe. Junto al general Pickering tuvimos una línea profesional que mantuvimos sin claudicaciones. La muestra más clara de ello fue con ocasión del alzamiento del Blindado Nº 2. Ese hecho nos previno y también sirvió para darnos cuenta hasta qué punto mandábamos dentro del Ejército. Esa mañana, cuando recibí las primeras informaciones del alzamiento del Blindado, llamé a mis comandantes de unidades para darles una orden preparatoria y dos minutos después les di la orden que cada unidad debía efectuar. Ningún comandante tuvo dudas de lo que yo le ordenaba, ninguno hizo una sola pregunta que indicara indecisión. Me di perfectamente cuenta de que todos respondieron de inmediato.

–**¿Por qué renunció entonces solo días después?**

–Porque la situación varió desde ese instante... La presión que había sobre el Ejército por parte de algunos grupos políticos era enorme. La oficialidad media y subalterna estaba claramente perturbada por la acción psicológica de la oposición. Durante semanas, todos los días, los hombres recibían esa presión a través de su mujer, sus hijos, sus familiares y amigos respecto de la situación que se estaba viviendo y hasta cuándo la íbamos a tolerar. Eso creaba un problema serio. Además, para recorrer todas las unidades bajo mi mando, yo me demoraba 17 días; en el intertanto, la acción de elementos extraños era muy fuerte.

–**Insisto, ¿por qué renunció entonces?**

–Lo pensé mucho. La noche que ocurrieron los incidentes en la casa del general Prats, no dormí. Pensé, si renuncio, el comandante en jefe queda en libertad para reorganizar el Alto Mando. Nadie lo podrá acusar de tener a determinada gente en algunos cargos. Él tenía la oportunidad de reestructurar el Alto Mando, naturalmente eliminando algunos generales... pensé además que, en todo ese tiempo, la influencia exterior sobre el personal de las unidades debía haber llegado a tal extremo que podía suceder algo que ninguno quería: un enfrentamiento al interior de las unidades. Yo estaba seguro de algunas unidades...

–**General, usted sabía entonces que si permanecía en el Ejército algunas unidades iban a defender al gobierno constitucional bajo su mando. ¿Lo sabía y renunció?**

–Estoy seguro que sí y renuncié precisamente por eso, porque se podía producir un enfrentamiento. ¿Qué derecho tenía yo a producir ese enfrentamiento entre hermanos?

–**¿Defendió la vida de los soldados por sobre el derecho a la vida de los chilenos desarmados?**

–El enfrentamiento no se iba a producir exclusivamente entre soldados.

–**Pero lo que se produjo fue un Golpe en contra de chilenos sin armas. ¿Nunca**

ha pensado que posiblemente en el acto de renunciar hubo una traición al juramento que hizo como militar de la República?

Sepúlveda sintió entonces tocar un nervio lacerante.

–¡Jamás! Ni siquiera se me ha pasado por la mente. Tengo la convicción y la tranquilidad de conciencia de que opté bien. No tenía derecho a producir un enfrentamiento entre hermanos. Iba a caer mucha gente inocente, muchísimos más de los que cayeron el 11 de septiembre y los días siguientes. Muchísimos más, porque iban a actuar las unidades con sus armas... El general Prats esperaba lograr una solución política, la que él buscó por todos los medios. El problema era político, no le correspondía a las FF.AA. solucionarlo. Además, el 22 de agosto apareció una declaración de la Cámara de Diputados abriéndole la puerta legal a las Fuerzas Armadas para que dieran el Golpe.

–**¿Cuándo se dio cuenta que se estaba quedando solo?**

–Yo no diría que estaba quedando solo. Con ocasión del alzamiento del Blindado nos fuimos dando cuenta de que ciertos personeros que trataban de producir un Golpe Militar habían alcanzado influencia considerable dentro del Ejército. Eso nos preocupó, como a todo el país, pero no nos sentíamos solos. Había varios generales que tenían un pensamiento similar, en el sentido de que debía respetarse la Constitución. Y la prueba es que, cuando renunciamos junto al general Pickering, hubo varios generales que también se levantaron y presentaron su renuncia: Raúl Contreras, Gustavo Álvarez, Herman Brady y Raúl Benavides.

–**¿Y en ese momento, usted creía que el general Pinochet estaba con ustedes o con quienes estaban por dar el Golpe?**

–Tenía el convencimiento, como lo tenía la mayoría, de que él estaba con nosotros. Siempre se manifestó como un general totalmente leal a su comandante en jefe. Siempre, en todas las reuniones de generales, él se manifestaba en esa posición. No recuerdo haberle escuchado ni siquiera una frase de duda sobre lo expresado por su comandante en jefe.

–**Durante los tres años de la Unidad Popular, ¿vio algún intento del Gobierno por modificar la estructura del Ejército?**

–No, porque el general Prats no aceptaba influencias de ese tipo. Así se lo manifestó siempre al Presidente Allende, a quien siempre le dijo que él mandaba en el Ejército. Pero la presión política influyó en algunos generales. Prats se esforzó hasta el último minuto por defender a su institución. No tenía ninguna aspiración política. Si la hubiese tenido podría haber dado diez golpes durante 1973. Las tenía todas. Él luchó por su Ejército hasta el final. Quienes dicen lo contrario están mintiendo. El general Stuardo, de la Fuerza Aérea, declaró en 1974 a la revista *Ercilla* que en el Ejército había «tres tapones» para el Golpe: el general Prats, el general Pickering y yo. Cuando nosotros nos retiramos –dijo– vino un alivio, la posibilidad del Golpe era real a partir de ese momento.

–**¿«Tapones»?**

–Pickering y yo teníamos el mando de las unidades más numerosas y capacitadas que estaban en la zona de Santiago, las unidades más poderosas del Ejército, y Prats era el comandante en jefe y mandaba en la institución. Una realidad que nadie puede discutir. Si no, habrían dado el Golpe diez veces antes.[4]

Allende también sabía lo que arriesgaba.

«El país está a punto de ser arrastrado a una guerra civil», les dijo a sus ministros en presencia del general Prats. La provocación de la cual había sido objeto formaba parte

de la «planificación sediciosa». Lo que se buscaba era el inminente derrocamiento del Gobierno.

Estaba en lo cierto.

Ese día la Cámara de Diputados aprobó un acuerdo del CODE en el que se afirmaba que el gobierno estaba violentando la Constitución. El proyecto fue elaborado por los representantes del Partido Nacional Mario Arnello, Mario Ríos y Silvio Rodríguez y los democratacristianos José Monares, Baldemar Carrasco, Gustavo Ramírez, Eduardo Sepúlveda, Lautaro Vergara, Arturo Frei y Carlos Sívori. El texto hacía referencia a la violación por parte del Poder Ejecutivo, «de las atribuciones y facultades de los otros Poderes del Estado, de las garantías que la Constitución asegura a todos los habitantes de la República y de permitir y amparar la creación de poderes paralelos ilegítimos». Además, mencionaba la campaña de desprestigio en contra de la Corte Suprema, la política de utilización de «resquicios legales», la no promulgación de una reforma constitucional que consagrara las tres áreas de la economía, el atropello a la «igualdad ante la ley», «de la libertad de expresión», «del derecho a reunión», «la autonomía universitaria», «la libertad de enseñanza», y la violación «del derecho de propiedad», «de los derechos de los trabajadores y de sus organizaciones sindicales», «las detenciones arbitrarias» y el «fin de la libertad sindical».

En sus puntos medulares, estipulaba:

> PRIMERO: REPRESENTAR AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y A LOS SEÑORES MINISTROS DE ESTADO, MIEMBROS DE LAS FUERZAS ARMADAS Y DEL CUERPO DE CARABINEROS, EL GRAVE QUEBRANTAMIENTO DEL ORDEN CONSTITUCIONAL Y LEGAL DE LA REPÚBLICA QUE ENTRAÑAN LOS HECHOS Y CIRCUNSTANCIAS REFERIDOS EN LOS CONSIDERANDOS QUINTO A DUODÉCIMO PRECEDENTES.
>
> SEGUNDO: REPRESENTARLES ASIMISMO QUE, EN RAZÓN DE SUS FUNCIONES, DEL JURAMENTO DE FIDELIDAD A LA CONSTITUCIÓN Y A LAS LEYES QUE HAN PRESTADO Y, EN EL CASO DE DICHOS SEÑORES MINISTROS, DE LA NATURALEZA DE LAS INSTITUCIONES DE QUE SON ALTOS MIEMBROS, Y CUYO NOMBRE SE HA INVOCADO PARA INCORPORARLOS AL MINISTERIO, LES CORRESPONDE PONER INMEDIATO TÉRMINO A TODAS LAS SITUACIONES DE HECHO REFERIDAS QUE INFRINGEN LA CONSTITUCIÓN Y LAS LEYES A FIN DE ENCAUZAR LA ACCIÓN GUBERNATIVA POR LAS VÍAS DE DERECHO Y ASEGURAR EL ORDEN CONSTITUCIONAL DE NUESTRA PATRIA Y LAS BASES ESENCIALES DE CONVIVENCIA DEMOCRÁTICA ENTRE LOS CHILENOS.
>
> TERCERO: DECLARA QUE SI ASÍ SE HICIERE, LA PRESENCIA DE DICHOS SEÑORES MINISTROS EN EL GOBIERNO IMPORTARÍA UN VALIOSO SERVICIO A LA REPÚBLICA. EN CASO CONTRARIO, COMPROMETERÍA GRAVEMENTE EL CARÁCTER NACIONAL Y PROFESIONAL DE LAS FUERZAS ARMADAS Y DEL CUERPO DE CARABINEROS, CON ABIERTA INFRACCIÓN A LO DISPUESTO EN EL ARTÍCULO 22 DE LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA Y GRAVE DETERIORO DE SU PRESTIGIO INSTITUCIONAL.
>
> CUARTO: TRANSMITIR ESTE ACUERDO AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y A LOS SEÑORES MINISTROS DE HACIENDA, DEFENSA NACIONAL, OBRAS PÚBLICAS Y TRANSPORTES, Y TIERRAS Y COLONIZACIÓN (LOS CUATRO MINISTROS QUE OCUPABAN LOS ALTOS MANDOS DE LAS FUERZAS ARMADAS).

ERA EL PRETEXTO QUE FALTABA PARA DARLE UN TOQUE DE LEGALIDAD A LA SUBLEVACIÓN. ESA DECLARACIÓN DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS SERÍA PRESENTADA CON POSTERIORIDAD AL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973, ANTE EL MUNDO Y LOS ORGANISMOS INTERNACIONALES COMO LA

RAZÓN DEL GOLPE. ASÍ LO ENTENDIÓ EN ESOS DÍAS DE AGOSTO UN GRUPO DE DIRIGENTES DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA. ALARMADOS, SE DIERON CITA ESE MISMO DÍA EN LA CASA DE BERNARDO LEIGHTON. JORGE DONOSO, UNO DE LOS CONVOCADOS Y DIRIGENTE DE LA DC, ME RELATÓ LO QUE SUCEDIÓ[5]:

–Fuimos a la casa de Bernardo Leighton por la enorme confianza moral y política que nos inspiraba. Así había sucedido con anterioridad para el «Tanquetazo». Allí convergimos todos, incluso el presidente del PDC, Patricio Aylwin, y desde allí se llamó a Salvador Allende para entregarle nuestra solidaridad. Por eso, cuando la Cámara de Diputados adoptó el 22 de agosto el acuerdo famoso, algunos dirigentes advirtieron que ese acuerdo era dar luz verde al Golpe. Don Bernardo nos convocó a su casa. Esa noche hubo una segunda reunión trascendente cuando fuimos a hablar con Patricio Aylwin para explicarle nuestra posición. Aylwin nos reiteró que esa no era la intención. Le dijimos que era necesario explicitarlo de manera clara y Aylwin coincidió. Renán Fuentealba redactó una declaración. Aylwin llamó a Eduardo Cerda, secretario general del partido, y le ordenó que esa declaración fuera leída en el Parlamento. Pero no se leyó...

En horas de la tarde del miércoles 23 de agosto de 1973, Salvador Allende decidió jugar una carta mayor: llamó a Pinochet, comandante en jefe –todavía formalmente subrogante– del Ejército y le pidió que, junto a diez generales que él mismo debía seleccionar, concurriera esa misma noche a Tomás Moro para analizar la delicada situación en que se encontraba el general Prats.

A las 20 horas, Pinochet le informó a Prats de lo conversado con el Presidente y le proporcionó el nombre de los generales que había seleccionado para la trascendental reunión: Orlando Urbina, Rolando González, Guillermo Pickering, Mario Sepúlveda, Gustavo Álvarez, Herman Brady, Raúl Benavides, Pedro Palacios, Augusto Lutz y Eduardo Cano.

Pickering, quien ya se había retirado a su casa intentando recuperar la calma después de la sucesión febril de acontecimientos, recibió a las 19 horas un llamado de Pinochet. Le pedía que asistiera a las 21 horas a una comida en la residencia de Allende.

Al llegar a Tomás Moro, Pickering le preguntó a Pinochet el motivo de la reunión. Este le dijo tres palabras y luego le comentó:

–Seleccioné a los generales de criterio más reposado. Comprenderás que no podía invitar a Bonilla, a Arellano, a Javier Palacios y a los otros que tú bien conoces, para que vinieran a provocar problemas.

Terminada la cena y las formalidades, el Presidente los invitó a pasar a la galería y cuando entró el último comensal, ordenó cerrar las puertas.

Uno de los invitados era su ministro Orlando Letelier. En 1976, poco antes de que muriera asesinado en Washington por agentes de la DINA y extremistas nacionalistas cubanos, Letelier grabó el siguiente relato de lo que sucedió aquella noche:

> Allí Pinochet trató de demostrar su máxima lealtad frente a Salvador Allende, y su máxima actitud de respaldo a Prats. Uno tenía la sensación que Pinochet había invitado a los generales amigos de Prats para que Allende conversara con ellos y Pinochet trató de hacer alarde no solo de su lealtad hacia el Presidente, sino de su amistad personal con Prats.

ALLENDE TRATÓ DE INDAGAR LA RAZÓN DE LAS RENUNCIAS DE LOS GENERALES PICKERING Y SEPÚLVEDA.

–Razones de ética profesional –respondió el segundo.

Tanto Pickering como Sepúlveda se fueron a retiro junto a Prats. Sabían que daban un paso difícil, pero ignoraban que muy pronto se transformarían en parias para la «familia militar».

Esa misma tarde, el general Carlos Prats había comunicado su renuncia al almirante José Toribio Merino, al general Gustavo Leigh y al almirante Patricio Carvajal.

–La abdicación de Bernardo O'Higgins se inscribió en la historia de Chile como el más noble gesto del prócer –le dijo Carvajal.

Y Prats replicó:

–Sí, pero recuerde que O'Higgins logró su reivindicación 20 años después, cuando estaba al borde de la muerte.

Al término de ese breve encuentro, Prats fue en busca de Pinochet y le informó que, seguramente, él asumiría la conducción de la institución en los momentos más difíciles de su historia reciente. Pinochet representaba su última esperanza.

Prats escribió una larga carta de renuncia. Con fecha 24 de agosto, le recordó a Salvador Allende los ejes de su fallida gestión, dejando entrever la amargura del fracaso así como la inminencia de desgarradores acontecimientos.

> V. E. no me conocía anteriormente, de modo que mi nombramiento se fundamentó exclusivamente en su respeto por la jerarquía y verticalidad del mando de las Fuerzas Armadas. En el discurso que pronuncié el 26 de octubre de 1970, en el sepelio del general Schneider, dije textualmente: «Chile enfrenta una encrucijada de su destino que lo obliga a optar solo entre dos alternativas dinámicas para la realización nacional: la de la violencia trastocadora o la del sacrificio solidario». Comprendí que el Ejército ya había dejado de ser un compartimento estanco de la comunidad nacional y que las presiones, tensiones y resistencias –propias de un proceso de cambios profundos que debía realizarse dentro de las normas constitucionales y legales vigentes– inevitablemente iban a perturbar cada vez más intensamente la tradicional marginación del Ejército del quehacer político contingente. Me tracé, entonces, como objetivos fundamentales de mi acción de mando, luchar, por una parte, por afianzar la cohesión intrainstitucional y garantizar la verticalidad del mando, para encauzar la marcha del Ejército en los moldes doctrinarios profesionalistas que se desprenden del rol constitucional asignado a la fuerza pública. Por otra parte, concentré mis esfuerzos en la planificación y ejecución de un plan de desarrollo institucional que constituía un imperativo inaplazable, para acrecentar la eficiencia operativa de las grandes unidades que articulan el despliegue institucional. Contribuí a los lineamientos señalados por V.E., para una participación realista de las Fuerzas Armadas en las grandes tareas del desarrollo del país, que tienen trascendente incidencia en la Seguridad Nacional bajo la inspiración del nuevo concepto de «soberanía geoeconómica»... Al correr de los dos años diez meses que he esbozado, he soportado con entereza toda clase de ataques injuriosos, calumniosos o infamantes –provenientes de quienes se empeñan en enervar o derrocar al Gobierno constitucional que V.E. dirige– en la convicción de que, en el seno de la institución que comando, predominaría la comprensión de la intencionalidad de baja política que inspiraba la campaña en mi contra. Al apreciar –en estos últimos días– que quienes me denigraban habían logrado perturbar el criterio de un sector de la oficialidad del Ejército, he estimado un deber de soldado, de sólidos principios, no constituirme en factor de quiebre de la disciplina institucional y de dislocación del Estado de Derecho, ni de servir de pretexto a quienes buscan el derrocamiento del Gobierno Constitucional. Por tanto, con plena tranquilidad de conciencia, me permito presentarle mi renuncia indeclinable de mi cargo de ministro de Defensa Nacional y, a la vez, solicitarle mi retiro absoluto de las filas del Ejército, al que serví con el mayor celo vocacional durante más de 40 años...

PASADAS LAS 18:30 HORAS, EL GENERAL CARLOS PRATS MIRÓ SU OFICINA DEL MINISTERIO DE DEFENSA POR ÚLTIMA VEZ Y, CON PASO RÁPIDO, SE SUMERGIÓ EN LA NOCHE PARA IR A REFUGIARSE EN SU HOGAR. A ESA MISMA HORA, LOS CONJURADOS AFINABAN LA PUNTERÍA EN OTRA DE SUS REUNIONES. ALGUIEN COMENTÓ LA NOTORIA AUSENCIA DE LUCÍA

HIRIART, ESPOSA DE PINOCHET, EN TODAS LAS MANIFESTACIONES RECIENTES.

A fines de 1976, casi ninguno de los generales casados con las mujeres firmantes de la carta que provocó el retiro del general Prats, quedaba en servicio activo.

[1]. *Sacco y Vanzetti*: anarquistas italianos de principios de siglo, acusados de ser los autores del robo de 15 mil 766 dólares y del asesinato de dos guardias. Sin pruebas concluyentes, un jurado los declaró culpables y los condenó a muerte. El caso se transformó en una pugna política entre los «radicales» y el «stablishment» a través del mundo. Fueron ejecutados el 11 de agosto de 1927 a pesar de que otro hombre confesó ser el autor del delito. Sus nombres pasaron a la historia como símbolo del movimiento obrero, la injusticia y la venganza racista y política.

[2]. De las *Memorias* del general Carlos Prats.

[3]. De las *Memorias* inéditas del general Guillermo Pickering.

[4]. Entrevista de Mónica González, publicada en revista *Análisis* Nº 243, del 5 de septiembre de 1988.

[5]. Entrevista de Jorge Donoso con la autora (2009)

Capítulo XVIII

LAS DOS CARAS DE LA LEALTAD

MIENTRAS UNA GRAN CANTIDAD DE CHILENOS TRATABA DE CAPEAR LA TENSIÓN QUE PROVOCABA EL DESABASTECIMIENTO Y LA CRISIS POLÍTICA, HACIENDO UN PARÉNTESIS CON LAS AVENTURAS DE *LOS HERMANOS CORAJE*, LA POPULAR SERIE VESPERTINA DE LA TV, EN LA SEDE CENTRAL DE LAS FUERZAS ARMADAS LOS GENERALES DE LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO ESPERABAN LA DECISIÓN QUE ADOPTARÍA SALVADOR ALLENDE DESPUÉS DE LA RENUNCIA DE PRATS.

A las 22 horas del 23 de agosto, Pinochet asumió en propiedad la comandancia en jefe del Ejército. No hubo fanfarria ni algarabía. Tampoco honores ni los tradicionales ritos de compañerismo y amistad.

Augusto Pinochet, describe así esos instantes en *El día decisivo*:

> Muchas veces he pensado por qué fui yo el designado por Allende como comandante en jefe, en circunstancias que él podía contar con otros, que eran sus amigos. Yo siempre me había mostrado contrario a los comunistas, y hasta a él mismo no lo dejé pasar a ver a los relegados de Pisagua, el año 1947, siendo posteriormente acusado en el Senado por Valente Rossi. Son cosas del destino. Sin duda Allende creyó que él me iba a manejar con su juego de embustes y halagos, a favor de su conducción del país. El decreto con el nombramiento tuvo una tramitación rapidísima y dentro de las veinticuatro horas siguientes se sucedieron hechos trascendentales para la revolución que se desarrollaría en unos días más. Tales sucesos se produjeron en cadena ya que, junto con conocerse la renuncia del general Prats, efectué una reunión con los generales del Ejército, y al igual que en otras oportunidades, los altos jefes me entregaron la renuncia a sus cargos, pero que rechacé más adelante. Sin embargo, en esos momentos, me sirvieron para defenderlos a ellos mismos...

LA AGENDA DE ARELLANO DOCUMENTA OTRA REALIDAD DE AQUELLAS HORAS:

> Habla el general Pinochet dando a conocer las renuncias de Carlos Prats a los cargos de ministro de Defensa y comandante en jefe del Ejército. Después, un tanto alterado y con voz golpeada, que en absoluto corresponde a las deferencias que se deben los miembros del Alto Mando, se refiere a la cohesión institucional, a la necesidad de mantener la disciplina a toda costa y da cuenta de algunas medidas que tomará a raíz de la carta que habían llevado, el día 21, nuestras esposas a la señora del general Prats. Dispuso la baja del Ejército del capitán Renán Ballas Siglic, un oficial de selección. Después, alzando la voz, manifestó: «Esto se lava con sangre de generales». Y esa sangre era la nuestra, la de los generales que no aceptábamos que la Unidad Popular siguiera desquiciando a nuestro país. ¿De qué lado está Pinochet?

OTRO GENERAL, QUE PREFIERE GUARDAR LA RESERVA DE SU IDENTIDAD ESCRIBIÓ EN SU AGENDA:

> Al terminar la reunión, el general Pinochet nos hizo pasar individualmente y nos pidió la renuncia en forma verbal, la que al día siguiente pidió por escrito, solicitándola por criptograma a los generales de

provincia.

SERGIO ARELLANO, ARTURO VIVERO Y JAVIER PALACIOS NO ACEPTARON RENUNCIAR. NO ESTABAN DISPUESTOS A DAR ESE PASO Y MENOS A ESA ALTURA DE LA CONJURA. ESA MISMA NOCHE, ARELLANO FUE A LA CASA DEL GENERAL GUSTAVO LEIGH PARA COMENTAR LA DECISIÓN ADOPTADA ANTE LA PETICIÓN DE RENUNCIA. LA CONFIANZA ENTRE AMBOS ERA MUY SÓLIDA.

Arellano dice, veintisiete años más tarde:

–Con Gustavo éramos amigos y nos conocíamos desde hacía muchos años. Había sido mi compañero de curso en la Escuela Militar, antes de que él decidiera irse a la Fuerza Aérea. En esos meses hablábamos todos los días.

Leigh lo exhortó a mantenerse firme. El jefe de la FACH ya sabía que el gobierno tenía intención de aceptar las dimisiones. Arellano regresó a su hogar intranquilo. Al día siguiente, el viernes 24 de agosto, fue a ver a Pinochet a su oficina de la comandancia en jefe. Arellano después escribió:

> Conversamos a solas antes del almuerzo. Me planteó nuevamente el asunto de la carta. Me dice que él va a llamar a retiro a tres generales cuyas señoras fueron a la casa del general Prats. Después de esta declaración, se me completó el cuadro y ya no me cabe duda alguna de las intenciones del gobierno y de Pinochet.

ARELLANO FUE OTRA VEZ A VISITAR A LEIGH PARA SABER QUÉ MÁRGENES DE ACCIÓN TENÍA. LO MISMO HIZO CON LOS GENERALES PALACIOS Y VIVERO. LOS TRES LE COMUNICARON A PINOCHET QUE NO PRESENTARÍAN SU EXPEDIENTE DE RETIRO.

El testimonio oral de Orlando Letelier, el último ministro de Defensa de Salvador Allende, arroja más luz sobre esas deliberaciones[1]:

> Desde que el general Pinochet asumió la comandancia en jefe del Ejército comenzó a suministrarnos información –a mí y al Presidente Allende– ya que el Presidente le había encargado que visitara distintas unidades con el fin de ir viendo cuál era la situación ahí y afianzando su posición como comandante en jefe. Por otra parte, él había pedido la presentación del expediente de retiro a todos los generales al momento de asumir la comandancia en jefe. A los pocos días me informó que dos generales –yo me había informado por fuera y se lo pregunté– Bonilla y Arellano, no le habían presentado la renuncia. Hablé con él y le dije que esto me parecía una cosa inaceptable y que él debía tomar inmediatamente medidas al respecto. Eso ocurrió muy pocos días antes del Golpe y en ese momento Pinochet me dijo: «Sí, estos generales son los que han tenido la actitud de menos cooperación hacia mí». No me dijo nunca que ellos eran los que estaban directamente a la cabeza de un movimiento subversivo, pero aceptó cuando yo le planteé que tenía que acelerar el llamado a retiro de esas dos personas en los próximos días.

PINOCHET ORDENÓ «SACARLE» A LOS GENERALES «REBELDES» SU RENUNCIA «POR ESCRITO» A UNO DE SUS HOMBRES DE MAYOR CONFIANZA: EL GENERAL ORLANDO URBINA, NUEVO JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO Y SU AMIGO PERSONAL, QUIEN NUNCA OCULTÓ SU SIMPATÍA POR EL GOBIERNO DE SALVADOR ALLENDE.

Sergio Arellano no contradice esta información:

> Durante todo el fin de semana nos «persigue» el jefe del Estado Mayor del Ejército. El lunes, defraudado porque no se había cumplido lo previsto, el general Pinochet devolvió las renuncias a los otros generales y con nosotros tres se demostró sentido por lo que llama «falta de confianza». Pero insiste en que a fin de

año llamaría a retiro a tres generales. ¿Indica esta línea de conducta que estará de acuerdo con derrocar al régimen marxista? Es triste, pero debo reconocer que hemos empezado a perder la confianza en Augusto Pinochet. A pesar de todo, y en esto discrepo de otros generales, soy partidario de avisarle a última hora de nuestra decisión de derrocar al gobierno de Salvador Allende ya que necesitamos actuar como institución y sin correr el riesgo de quiebres. Todo esto es un mandato de la ciudadanía porque no nos guía ninguna ambición personal, solo la patriótica decisión de rescatar a nuestro país de las destructoras garras del marxismo soviético.

GUILLERMO PICKERING, YA RETIRADO DE LAS FILAS, SE HABÍA ENTERADO DE LO QUE ESTABA OCURRIENDO EN EL CUERPO DE GENERALES POR BOCA DEL PROPIO PINOCHET. FIEL A SU TRADICIÓN DE CABALLERO, LE PIDIÓ AL GENERAL URBINA UNA ENTREVISTA CON EL NUEVO COMANDANTE EN JEFE PARA DESPEDIRSE DE MANERA FORMAL. PUSO UNA SOLA CONDICIÓN: QUE NO SE LO OBLIGARA A IR DE UNIFORME SI LA CITA SE REALIZABA EN ALGUNA DEPENDENCIA MILITAR. PINOCHET LO RECIBIÓ EL DOMINGO 25 DE AGOSTO, A LAS 13 HORAS, EN SU CASA. LA CITA SUFRIÓ UNA LEVE DEMORA. CON EL CEÑO FRUNCIDO LE CONTÓ A PICKERING QUE SU RETRASO SE DEBIÓ A QUE ACABABA DE REALIZAR UNA VISITA A LAS UNIDADES DE LA GUARNICIÓN DE SANTIAGO Y EN EL TRANSCURSO DE ELLA HABÍA PASADO MALOS RATOS CON ALGUNOS COMANDANTES DE UNIDADES.

–No sé qué se habrán imaginado –le dijo a Pickering.

–¿Pero qué sucedió?

–Fíjate que un coronel, comandante de unidad, en un momento de mi visita inspectiva, junto con golpearse la palma de la mano izquierda con el puño cerrado de la derecha (y repite el gesto) me ha dicho: «¡Estamos listos, mi general!». Estos señores son los que han estado escuchando a algunos amigos nuestros... Le he pedido a todo el Cuerpo de Generales que me entregue sus expedientes de retiro. ¡Y no vas a creerlo! ¡Los señores Bonilla, Arellano, Palacios, Vivero y Nuño se han negado a cumplir mi orden! ¡Mañana mismo voy a arreglar este problemita!

Pickering se despidió de Pinochet sin saber que sería la última vez que se reunirían. Al llegar a su casa encontró un arreglo floral que el nuevo comandante en jefe del Ejército le había enviado a su esposa.

Las versiones de los generales Arellano y Pickering fueron refrendadas por Prats en sus *Memorias*:

A las 21 horas, me visita el comandante en jefe del Ejército, general Augusto Pinochet. Me dice que ha vivido momentos muy difíciles. Que le había pedido al Cuerpo de Generales que lo dejara en libertad de acción presentándoles sus renuncias y que todos lo habían hecho, a excepción de los generales Vivero, Javier Palacios y Arellano, y como él expresara que pediría la aplicación de la facultad presidencial para estos, todo el «equipo duro» había solidarizado con los renuentes. Me agrega que había estimado conveniente dejar en suspenso hasta octubre el llamado a retiro de generales, pero que le ha pedido al Presidente la aplicación de la facultad presidencial al capitán Ballas. No le hago comentario alguno. Él es ahora el comandante en jefe y no soy yo el llamado a darle consejos. Le manifiesto mi preocupación porque aún no he podido dejar la casa asignada a los comandantes en jefe y le digo que espero dejársela a fines de esta semana. Muy amablemente el general Pinochet me insiste en que me tome todo el tiempo que necesite.

«TODO EL TIEMPO...». EL GENERAL CARLOS PRATS SABÍA QUE LAS HORAS SE ESCURRÍAN. ¿Y PINOCHET? SU RELATO EN *EL DÍA DECISIVO* LO

CONVIERTE EN UN VERDADERO CONJURADO QUE SE DESEMPEÑA CON AYUDA PROVIDENCIAL:

> El destino me permitía ubicar a dos de mis mejores amigos en puestos de mi más absoluta confianza. Ese mismo día se dio la orden para que asumiera la Comandancia de la Guarnición de Santiago y de la Segunda División, uno (Herman Brady); y al otro (César Raúl Benavides) que tomara el mando del Comando de Institutos Militares. Con esto el camino quedaba despejado... Recuerdo que en esa ocasión Allende me habló de algunos políticos que estaban tomando contacto con altos oficiales de las Fuerzas Armadas. Entre estos me nombró a varios generales, destacando a cuatro de ellos. Yo guardé silencio.

EL DÍA DECISIVO ES UN ATREVIDO EJERCICIO DE REESCRITURA DE LA HISTORIA COMO LO PRUEBA SU NARRACIÓN SOBRE EL PEDIDO DE RENUNCIA DE LOS GENERALES CONSPIRADORES:

> Uno de los hechos que no agradó al señor Allende fue mi negativa a cursar el retiro de los cuatro generales que me había indicado que tomaban contacto con políticos. Efectivamente, el día 24 de agosto, que era viernes, me llamó, como lo he indicado, a las once y media de la mañana y, después de la «instrucción» señalada, en forma sorpresiva me dijo: «General, es necesario llamar de inmediato a retiro a los generales Manuel Torres, Óscar Bonilla, Washington Carrasco y Sergio Arellano, pues estos oficiales han tenido actitudes poco humanas con los trabajadores (se refería a Torres y Carrasco), y también, como lo expresé el día de ayer, se han reunido a complotar» (me aclaró que eran Bonilla y Arellano). Recuerdo que guardé silencio unos segundos y luego le contesté: «Presidente, nada me costará hacer lo que usted me pide, pues tengo todas las renuncias de los generales (me faltaban dos) en mi escritorio; pero si eso hiciera, mi calidad de hombre de honor se rompería desde ese momento pues significaría que usted me designó en este puesto en compensación de esas renuncias y yo no me presto para ello...» Observé que no le agradó mi respuesta, pero en ese momento solo atinó a decirme: «Claro, general, usted tiene todas las atribuciones para ello», y no insistió más... Había como una luz divina que iluminaba en esos días negros. Todos los problemas se aclaraban o se solucionaban en forma tan limpia y normal que, hasta hechos que al principio parecían negativos, tenían un final favorable. Hoy, cuando miro el camino recorrido, pienso cómo la Providencia, sin forzar los actos, iba limpiando la senda de obstáculos, para facilitar con ello la acción final que debíamos realizar sobre el gobierno de la Unidad Popular.

«LUZ DIVINA». EL RELATO DE UN ILUMINADO. NO ERA LO QUE PENSABA ORLANDO LETELIER DE LAS COSAS QUE PASABAN EN EL CHILE REAL:

> Veía que el Golpe venía más por el lado de la Armada, pero presumía que no podía haber un intento de Golpe sin el Ejército. Y Pinochet, desde los primeros días que asumí –y esto en alguna medida me había llevado a tener una actitud de cierta confianza hacia él– me dijo: «Mire, ministro, aquí hay una tropa de locos, de desequilibrados, que están planteando que es preferible que se produzca ahora una definición (es decir, un Golpe), y que mueran cien mil personas, antes de que haya un enfrentamiento y una guerra civil en que puedan morir un millón de personas. Yo estoy haciendo lo posible, de acuerdo con lo que me ha pedido el Presidente. Estoy visitando unidades y las cosas están mejorando. Pero le quiero decir que en mi última visita vi que hay gente que está en una actitud muy difícil». Ahí mismo le dije: «Bueno, a esa gente hay que llamarla inmediatamente a retiro». Y Pinochet respondió: «Bueno, pero es que con eso vamos a violentar las cosas. Por qué no me da un poco de tiempo, ministro, de acuerdo con lo que el propio Presidente me ha planteado, para que yo vaya afianzando la situación de la gente de confianza, y que yo vaya visitando las unidades...»

«TIEMPO». LAS AGUJAS DEL RELOJ CORRÍAN FRENÉTICAMENTE. EL VERDADERO GRUPO DE CONSPIRADORES DEL EJÉRCITO DECIDIÓ AMPLIAR EL CÍRCULO E INFORMAR A CIERTOS OFICIALES AL MANDO DE UNIDADES. EL GENERAL ARTURO VIVERO HABLÓ CON ALGUNOS, ENTRE ELLOS, EL DIRECTOR DE LA ESCUELA DE SUBOFICIALES, CORONEL JULIO CANESSA.

El coronel José Domingo Ramos había sido hasta el 23 de agosto el jefe de Estado Mayor del comandante de Institutos Militares, Guillermo Pickering. Su nuevo superior era el general César Raúl Benavides. La amistad que mantenían facilitó el pedido de autorización de un descanso. Era la última semana de agosto y llevaba más de dos años sin vacaciones. Benavides aceptó y Ramos partió a su oficina a finiquitar las últimas cosas pendientes. De pronto llegó el coronel Julio Canessa[2], dependiente de esa unidad de mando.

–Ramos, necesito hablar con usted. Me ha hecho muy mal algo que he sabido. ¡Va haber un Golpe de Estado! Todo está listo, las órdenes están dadas. Usted se va con feriado y yo se lo vengo a comunicar porque quiero saber: ¿y qué va a hacer usted?, ¡qué vamos a hacer!

Ramos se sorprendió.

–Esa es una información muy grave. Hay que comunicársela al general Benavides.

Canessa le explicó que de allá venía, pero que había quedado más intranquilo. Y le informó que en el Golpe estaban involucrados los generales Arellano, Vivero, Baeza, Javier Palacios, Sergio Nuño y también el coronel Nilo Floody. Ramos recordó, años más tarde, cuando lo entrevisté, cada frase del diálogo que intercambió con Canessa:

–Le dije que creía que mi general Pinochet no lo iba a permitir, que él era el llamado a poner freno a todo esto que circulaba por los cuarteles y que ahora me lo venía a transmitir Canessa. Lo que andaba diciendo el coronel Fleming de la Escuela de Infantería, Adrián Ortiz en Osorno y muchos más. Si hasta el general en retiro Francisco Armas había venido a preguntarme qué iba a hacer yo en caso de Golpe. Y mi respuesta había sido siempre: «Hay que respetar la Constitución».

Para Ramos el Golpe era ya inevitable. Pero las cosas pudieron haber sido distintas. Así consta en la agenda del general Sergio Arellano de esos días:

> Julio Canessa es un hombre inteligente pero falto de personalidad y decisión. Dio cuenta al comandante de Institutos Militares de que había sido invitado a una reunión conspirativa con algunos generales. Afortunadamente solo días antes el general Pickering había abandonado su cargo y el asunto puso ser controlado. Pero pudo haber tenido graves consecuencias...

LOS RESQUEBRAJAMIENTOS INSTITUCIONALES SE AHONDARON ESE VIERNES 24 DE AGOSTO CON LA RENUNCIA DEL COMANDANTE EN JEFE DE LA ARMADA, ALMIRANTE RAÚL MONTERO, AL MINISTERIO DE HACIENDA. PERO A DIFERENCIA DE RUIZ DANYAU Y CARLOS PRATS, REASUMIÓ LA COMANDANCIA EN JEFE DE LA ARMADA QUE HASTA ESE MOMENTO DETENTABA MERINO COMO SUBROGANTE. EL DESAFÍO DE MONTERO ERA UNA DÉBIL SEÑAL PARA ENFRENTAR LA BARRICADA DONDE CONFLUÍAN EMPRESARIOS, CAMIONEROS, COMERCIANTES, UN SECTOR DE LOS ESTUDIANTES SECUNDARIOS Y UNIVERSITARIOS, LA CONTRALORÍA, UN SECTOR MAYORITARIO DEL PARLAMENTO Y LOS COLEGIOS PROFESIONALES, ADEMÁS DE GREMIALISTAS Y PATRIA Y LIBERTAD.

Solo faltaba para que se iniciara el fuego la incorporación del Ejército con su alto mando.

En la casa de Lo Curro se sucedían las reuniones. Nuevos integrantes, todos ellos mandos medios, piezas vitales para asegurar el éxito de la operación, que aún no tenía su día clave, se sumaban de manera entusiasta: los coroneles de Ejército Nilo Floody Buxton, Enrique Morel Donoso, Sergio Arredondo González, Sergio Hidalgo Mejías,

Felipe Geiger Stahr y Óscar Coddou Vivanco; más los tenientes coroneles Carlos López Tapia y Atiliano Jara Salgado. A ellos los acompañaban los mayores Jaime Núñez Cabrera, Francisco Ramírez Migliasi y Juan Chiminelli Fullerton, ayudante del general Sergio Arellano en el Comando de Tropas de Peñalolén. Tanto Chiminelli como Ramírez Migliasi, concurrían con gruesos chaquetones debajo de los cuales escondían sus metralletas. Los autos de los principales dueños de la conjura, eran vigilados desde un automóvil blanco por el oficial de inteligencia Pedro Espinoza, quien se aseguraba así de que no fueran detectados por los servicios de inteligencia del gobierno.

El domingo 26 de agosto, Carlos Prats recibió atónito la inmediata respuesta de Allende:

> Expreso, una vez más, el reconocimiento del gobierno por su valiosa actuación como Vicepresidente de la República, ministro del Interior y de la Defensa Nacional. Su invariable resguardo del profesionalismo militar estuvo siempre acorde con el desempeño de esas difíciles responsabilidades, porque comprendió que, al margen de contingencias de la política partidista, ellas están ligadas a las grandes tareas de la seguridad del país. El encauzamiento del Ejército dentro de las funciones que le determinan la Constitución y las leyes, su respeto al gobierno legalmente constituido fueron reafirmados durante su gestión, de acuerdo con una conducta que ha sido tradicional en nuestra nación, la que alcanzó especial relevancia frente a los incesantes esfuerzos desplegados por aquellos que pretenden quebrantar el régimen vigente y que se empeñan, con afán bastardo, en convertir a los Institutos Armados en un instrumento para sus fines, despreciando su intrínseca formación... Es este un momento en que hay chilenos que callan ante las acciones sediciosas, a pesar de hacer constantes confesiones públicas de respeto a la Constitución. Por eso, su gesto significa una lección moral que lo mantendrá como una meritoria reserva ciudadana, es decir, como un colaborador de la Patria con el cual estoy seguro ella contará cuando las circunstancias se lo demanden. Los soeces ataques dirigidos contra usted constituyen una parte de la escalada fascista en la cual se ha llegado a sacrificar al comandante de la Armada Nacional, mi edecán y amigo, Arturo Araya Peters, quien fuera ultimado por personas pertenecientes al mismo grupo social que tronchó la vida del general Schneider. Es este un duro momento para Chile, que usted lo siente de manera muy profunda. El gesto de su renuncia, motivado por razones superiores, no es la manifestación de quien se doblega o rinde ante la injusticia sino que es la proyección de la hombría propia de quien da una nueva muestra de su responsabilidad y fortaleza...

PRATS LEYÓ EMOCIONANDO LA CARTA JUNTO A SU ESPOSA. EN SANTIAGO, LOS QUE LLORABAN Y REÍAN SE CRUZABAN SIN RECONOCERSE. ESE DOMINGO 26 DE AGOSTO, EN LA TARDE, ARELLANO SE DISPONÍA A SALIR DE SU CASA EN DIRECCIÓN AL COUNTRY CLUB, CUANDO VIO LLEGAR AL TENIENTE CORONEL CARLOS LÓPEZ, MIEMBRO DE SU CUARTEL GENERAL.

–Mi general, usted será llamado a retiro junto a los generales Javier Palacios y Arturo Vivero. En nombre del grupo de oficiales que represento quiero decirle que no aceptaremos tal determinación y nos hemos acuartelado en la Escuela Militar –le dijo con tono exaltado.

Unos cien oficiales se habían incorporado al motín encabezado por el director de dicha unidad, el coronel Nilo Floody, otro integrante de la Cofradía de Lo Curro.

Arellano sintió que no era una buena noticia. Cualquier paso en falso o apresurado podía abortar la planificación del día «D». Le costó trabajo convencer al teniente coronel López de que la situación había sido superada. Después le pidió al general Arturo Vivero que fuera a la Escuela Militar para disolver la manifestación. Cuando Vivero llegó, el número de oficiales presentes ascendía a 200, habiéndose sumado algunos miembros de Carabineros, encabezados por el general Arturo Yovane. Vivero logró su objetivo no sin

esfuerzo de persuasión.

La presencia de Yovane no era fortuita. Desde hacía ya un tiempo el oficial de Carabineros se había incorporado a la conjura[3]. A comienzos de 1973, por presión del Gobierno, había sido trasladado a Santiago, a la Dirección de Servicios, quedando sin mando directo sobre las unidades policiales.

Yovane relata:

«Por esas casualidades del destino, mi oficina en el octavo piso del céntrico edificio General Norambuena, estaba al lado de la que ocupaba el general César Mendoza, a la sazón director de Bienestar de Carabineros. En agosto de 1973, el Alto Mando de Carabineros le comunicó que se iniciaba su pase a retiro. Durante ese año y a medida que los preparativos se fueron acelerando, por lo menos una vez a la semana me reunía con el almirante Patricio Carvajal en el Edificio Norambuena. Por su función de jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, Carvajal era el único almirante radicado en Santiago y también el único que por su amplio radio de acción con todas las ramas de la Defensa Nacional, podía desplazarse sin despertar sospechas. A fines de agosto, los preparativos ya estaban en su fase final. Fue el general Gustavo Leigh, a través de uno de sus oficiales, quien me informó ese domingo 26 de agosto del inminente llamado a retiro de los generales Arellano, Palacios y Vivero...»

Arellano dice a propósito:

–Los contactos con Carabineros los establecí a través de mi amigo el general Arturo Yovane y de su ayudante, el mayor Juan Ramírez. Estas reuniones las efectuábamos en la casa del empresario textil y dueño de la fábrica de cecinas «JK», Juan Kassis Sabaj, ubicada en Pajaritos, o en el Hotel Sheraton, donde este disponía de un departamento en los meses de invierno. Habitualmente asistían, además de Yovane, el coronel Rubén Schindler Contardo, el mayor Ramírez y dos o tres oficiales subalternos que se alternaban como ayudantes de Yovane. En una reunión efectuada a fines de julio de 1973, Yovane me preguntó si teníamos previsto que Carabineros integrara la Junta de Gobierno. Le manifesté que sí y que a él le correspondería asumir dicha responsabilidad. Me contestó que el general Mendoza Durán era más antiguo, que estaba en una posición definida y que él debería representar a su institución en el gobierno. Estuvimos de acuerdo y le pedí que lo invitara a las futuras reuniones. Pero a pesar de tener la seguridad de que la inmensa mayoría de los jefes y oficiales y personal de tropa de Carabineros estaría con nosotros, con Yovane compartíamos serias aprensiones debido a que la mayor parte de los generales de Carabineros estaban comprometidos con el gobierno de la UP. Sin embargo, a fines de agosto, en el Club de Carabineros, ocurrió algo que trajo tranquilidad a nuestros espíritus. En una de mis numerosas visitas a dicha sede social, estuve con Yovane y el comandante de los Servicios Especiales (Grupo Móvil), el teniente coronel Carlos Hinricksen. Esta era la unidad de choque de Carabineros y su jefe, el comandante Hinricksen, después de cambiar algunas ideas sobre la situación del país, nos dijo textualmente: «A partir de este momento yo cumpliré las órdenes que ustedes me impartan». Un apretón de manos selló este compromiso de honor.[4]

Agosto se acababa. Desaparecían las últimas esperanzas de impedir el desastre.

El martes 28, Allende reestructuró otra vez su gabinete ubicando al socialista Orlando Letelier en Defensa. En la cartera de Minería designó al general Rolando González; en la de Obras Públicas y Transporte continuó el general de la Fuerza Aérea, Humberto Magliochetti. Incorporó al director general de Carabineros, José María

Sepúlveda como ministro de Tierras y Colonización, y la relevante área de Hacienda la dejó en manos del almirante Daniel Arellano.

«No dudaría un momento en renunciar si los trabajadores, los campesinos, los técnicos y profesionales de Chile así me lo demandaran», dijo Allende en su mensaje.

Agosto llegaba a su fin en forma oscura, fría e impredecible.

El comandante en jefe de la Armada, almirante Raúl Montero, le presentó al Presidente Allende su expediente de retiro.

Agosto cedía paso al día fatal de un país fracturado.

[1]. La grabación acompaña el libro *Orlando Letelier: Testimonio y vindicación*.

[2]. Julio Canessa después del Golpe fue vicecomandante en jefe del Ejército, integrante de la Junta Militar y después de su retiro, senador designado por las Fuerzas Armadas, cuyo mandato terminó el 2006.

[3]. Ver Capítulo X.

[4]. A pesar de la decisión que compromete al teniente coronel Hinricksen en esos días, este oficial ascendió a coronel y allí vio truncada su carrera al ser pasado, por decisión del general César Mendoza, al escalafón de complemento, lo que lo obligó a optar por su retiro prematuro de Carabineros.

Capítulo XIX

VIERNES 7: LA FECHA ESTÁ RESUELTA

EL PRIMER DÍA DE SEPTIEMBRE DE 1973 FUE UN SÁBADO GRIS Y DE CALLES VACÍAS. LOS SANTIAGUINOS, EN SU GRAN MAYORÍA, DECIDIERON GUARECERSE DEL FRÍO DEL AIRE Y LA HOSTIL TEMPERATURA SOCIAL Y POLÍTICA EN SUS CASAS. MUCHOS ELIGIERON INSTALARSE FRENTE A LA TELEVISIÓN. EN EL *CANAL 13*, EL PADRE RAÚL HASBÚN USABA SU TRIBUNA ECLESIÁSTICA PARA UNA INUSUAL ARENGA POLÍTICA. FUE TAL SU ANSIEDAD QUE, ANTES DE TERMINAR SU ENFERVORIZADA ALOCUCIÓN, SE DESMAYÓ ANTE LAS CÁMARAS.

Para entonces, la división del país se manifestaba también en la preferencia de los programas de la televisión. Mientras los partidarios de la UP no sacaban el ojo ni el oído de *Canal 7*, identificado con el gobierno; los opositores hacían lo propio con *Canal 13*, que dirigía el encarnizado opositor Hasbún. El desvanecimiento en vivo y en directo del sacerdote fue interpretado por sus seguidores como una «señal divina».

Ese fin de semana, el almirante Raúl Montero estuvo en el centro del huracán. Su renuncia debía ser aceptada por el Presidente, un trámite que mantenía en ascuas a los integrantes de la conspiración, que intentaban forzar la designación del almirante José Toribio Merino como nuevo comandante en jefe. Merino sintió que ya no podía esperar más. Decidió jugar una osada carta. Llamó al almirante Montero y le comunicó que iría a Santiago para informarlo de la apreciación de los almirantes sobre su permanencia en la comandancia en jefe. Viajó junto al almirante Sergio Huidobro y, ya en la casa de Montero, intentó presionarlo para que convenciera a Allende de la necesidad de su retiro.

Montero tomó el teléfono:

–Presidente, aquí tengo al frente a dos almirantes, Merino y Huidobro, los que me piden la renuncia en nombre del Consejo Naval.

Horas después la mayoría de los almirantes se reunía con el ministro de Defensa, Orlando Letelier.

–¿Por qué están planteando la renuncia de Montero? Esto rompe con la verticalidad del mando. Es tan inaceptable como lo sería el que mañana, los capitanes de navío plantearan la salida de los almirantes. Las facultades para remover al comandante en jefe son del Presidente de la República –dijo Letelier, quien buscó la mirada de Merino y continuó:

–Era usted el que me dijo que deseaba renunciar...

–Sí, lo único que deseo es que llegue el momento de mi retiro e irme. No desearía ser comandante en jefe de la Armada –respondió Merino.

Algunos almirantes tomaron distancia de las presiones. Daniel Arellano, en ese instante ministro de Hacienda, presentó su renuncia para dejar en libertad a Montero y se mostró leal a él. También el almirante Cabezas, el segundo de Montero en la

comandancia en jefe. El almirante Poblete, del Estado Mayor de la Armada, fue, de acuerdo con el testimonio de Letelier, el más enfático: «Mire, ministro, aquí lo que se está planteando es un acto de insurrección inaceptable. Usted tiene toda la razón en lo que ha dicho. Yo quiero hablar delante de todos los almirantes, con la más absoluta franqueza. Dentro de la Armada se está alterando la disciplina».

Patricio Carvajal defendió a Merino: «Ministro, realmente las cosas, tal como usted se las ha planteado a mi almirante Merino, lo obligan a tener que decir que él estaría dispuesto a renunciar. Pero si a él le pide que se sacrifique y que asuma la comandancia en jefe, él tendría una actitud de parte de todos nosotros de gran respaldo. Y, al mismo tiempo, él estaría dispuesto a seguir sirviendo a la Armada», dijo.

Se vivía al filo del abismo. La huelga de los camioneros y el transporte continuaba haciendo estragos en la economía, el pan escaseaba a niveles críticos y ya no había reservas de trigo.

Parado sobre ese volcán, Salvador Allende pronunció uno de sus últimos y más estremecedores discursos:

«Quienes pretenden sacarnos del camino que nos hemos trazado, quienes mintiendo y calumniando hablan de que en Chile no hay libertad, se ha suprimido el derecho de información, está en peligro la prensa, son los que mistifican para poder, engañando, encontrar apoyo en determinados sectores. Son los conjurados en el ansia turbia de oponerse a la voluntad popular. Y yo les digo a ustedes compañeros, compañeros de tantos años, se los digo con calma y absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado; pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: ¡sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás! ¡Que lo sepan!, ¡dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera! Que lo sepan, defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa: ¡solo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo! Pero que lo piensen y lo mediten, porque hay algo que yo he contribuido a formar: una conciencia política de las masas populares chilenas. Esta no es la tarea de un hombre; es el pueblo organizado en sus partidos, en sus sindicatos, en sus poblaciones, en su Central Única, el que está en el gobierno. Yo podré ser el intérprete de la voluntad de ustedes, pero mañana estarán junto a ustedes otros compañeros y si cae uno de ellos, vendrá otro, y otro, y el pueblo seguirá en la revolución chilena».

La CUT reaccionó enérgicamente al llamamiento presidencial:

«...Se prepara el ambiente para una asonada golpista de consecuencias imprevisibles. Ante ello la CUT instruye de urgencia a los trabajadores para adoptar las siguientes medidas inmediatas. Primero, todos los trabajadores y los dirigentes sindicales deben concentrarse en sus empresas a contar de las 13 horas de hoy a la espera de instrucciones. Segundo, deben realizarse asambleas para informar la situación general y este comunicado de la CUT. Tercero, debe activarse de inmediato a los Comités de Protección y de Vigilancia. Cuarto, debe mantenerse turno permanente con comunicaciones de todas las directivas sindicales. ¡A parar el Golpe! ¡A defender la democracia, el Gobierno y la Patria!».

Ernesto Vogel, vicepresidente de la CUT y de los trabajadores ferroviarios y,

además, una de las cabezas del Departamento Sindical de la DC, debió asumir una difícil posición en esos días:

–Firmé esa declaración totalmente convencido de la necesidad de tener una clara postura ante el peligro. Lo hice como dirigente sindical, como ciudadano y como padre de familia. Pero esa firma me trajo dificultades enormes en el seno de la Democracia Cristiana. El sectarismo de la Unidad Popular había creado ya tanto odio que algunos veían en el Golpe de Estado una solución al conflicto. Algunos pidieron incluso que yo fuera expulsado del partido...

A las 11:27 horas del domingo 2 de septiembre se registró un fuerte temblor que afectó a Santiago y la zona central. Hasta la tierra parecía anticipar la fractura en ciernes.

El lunes 3 de septiembre se supo que Allende no cedió a las presiones y el almirante Raúl Montero continuó al frente de la Armada. Estaba convencido de que el nombramiento de Merino era la antesala del Golpe de Estado, trató por todos los medios de dilatar esa resolución.

Alrededor de la una de la madrugada, el sociólogo del CENOP, Manuel Contreras, recibió una llamada urgente:

–El Presidente lo necesita.

Contreras fue de inmediato a «El Cañaveral». Junto a Allende estaba Augusto Olivares, su amigo, asesor y director de Televisión Nacional; Joan Garcés, Beatriz *Tati* Allende, Arsenio Poupin, Claudio Jimeno y René Benditt. Contreras recuerda: «El Presidente estaba sentado, afirmado en la pared. Lo vi cansado, con una mirada desesperanzada. En un momento se echó hacia atrás y dijo: "Voy a escribir una carta al país. Voy a llamar a un plebiscito y a convocar a la Democracia Cristiana al gobierno. Voy a llamarla a cogobernar. ¡No hay otro camino!". El plebiscito que planteaba buscaba que la gente se pronunciara en relación a si él seguía o no en el gobierno y en qué condiciones con la finalidad de evitar un Golpe de Estado. Entonces se dirigió a nosotros y dijo: "¿Qué opina el CENOP?". Y nosotros le dijimos que estábamos de acuerdo.»

Los hombres del CENOP –ese ente tan desconocido para los chilenos como ligado a la intimidad política de La Moneda– argumentaron que la derecha había logrado ganar casi a la mayoría de la DC sobre la base del llamado formulado por Luis Pareto, en la Cámara de Diputados y de Eduardo Frei Montalva en el Senado. Señalaron que la Doctrina Schneider le daba sustentación, desde la legalidad, para impedir el Golpe de Estado con un golpe institucional: el plebiscito. Algunos sugirieron que el Presidente debía refugiarse en el programa presidencial sustentado por el excandidato presidencial de la DC, Radomiro Tomic, y llamar de nuevo a los militares al gobierno. Se recordó allí que la Doctrina Schneider establecía que las Fuerzas Armadas debían intervenir ante un peligro grave de guerra civil. O sea, daba pie también para fundamentar un Golpe de Estado. Por lo tanto, todos estuvieron de acuerdo en que no había otro camino.

Las horas transcurrían sin tregua. Manuel Contreras evoca el siguiente episodio que ocurrió ya en la madrugada:

–Mientras hablábamos, tuve la impresión de que el doctor continuó en un soliloquio. Le pidió la opinión a todos pero para escuchar el eco de su propia voz. De improviso, interrumpió el intenso diálogo, se echó hacia atrás, dejó caer los brazos sobre los pasamanos del sillón y exclamó: «¡Pero yo sé que se va a oponer el Partido Socialista! ¡Allí tengo los peores enemigos!». Después, nos sentamos a comer. Allende hablaba con su hija *Tati* cuando, de pronto, Arsenio Poupin, haciendo un juego de análisis y en

función de la inquietud que le despertó el hecho de que todos estuviéramos de acuerdo, quiso hacer de abogado del diablo y argumentó en contra del plebiscito. El Presidente no entendió que era un juego, se indignó y se exaltó mucho. Con la voz muy alterada decía: «¡cómo no se dan cuenta de que aquí va a haber mil muertos! Que ellos van a llegar... –y con sus manos hacía el gesto de empuñar una ametralladora y disparaba sin cesar– y habrá una matanza!». No olvido la imagen de su hija *Tati* tratando de calmarlo y diciéndole que lo de Poupin era solo un juego...

Uno de los integrantes del CENOP trató de cambiar de tema y tropezó con la frase de un escritor anarquista italiano: «Que no tengamos que llorar con lágrimas de sangre este susto que le hemos hecho pasar a la burguesía».

Allende concluyó esa reunión con una frase que Manuel Contreras no ha olvidado:

–¡Hay que hacerlo antes que sea demasiado tarde!

NO HABÍA ESPACIO PARA LA CORDURA Y, A PESAR DE ELLO, ALLENDE QUERÍA HACER LO IMPOSIBLE PARA QUE PRIMARA. IGNORABA CUÁN TARDE ERA. EL ALMIRANTE RAÚL MONTERO ESTABA NEUTRALIZADO POR UN EJÉRCITO IRREGULAR DIGITADO POR LOS ALMIRANTES JOSÉ TORIBIO Y PATRICIO CARVAJAL.

Orlando Letelier lo sospechaba, pero no tenía pruebas. Su testimonio oral lo demuestra:

> Desde los primeros días en que asumí como ministro tuve la impresión de que el almirante Patricio Carvajal, como jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, era el hombre de enlace de todo el grupo de los oficiales reaccionarios. Se lo había comentado al Presidente y también al almirante Raúl Montero, y este no me lo había rebatido con mucha fuerza. Pero me había planteado que tendríamos que esperar un poco la Junta de Calificación, que se haría hacia fin de año, para la salida de dos personas: Merino y Carvajal, a los cuales ya se les había cumplido el plazo para su renuncia. Es decir, 40 años de servicio. Yo había tenido, en cierto modo, la sensación de que al ponerme muy firme frente a la situación de Montero, no lo habían podido sacar de la comandancia en jefe. Ya habíamos hablado con el Presidente de que había que acelerar las medidas que tomara el gobierno frente a los oficiales golpistas. La impresión era que, eventualmente, las cosas estaban dadas para esa semana. Pero que, en alguna medida, si no se daban en esa semana y nos daban un poco de tiempo y si venía incluso el anuncio del Presidente sobre el plebiscito, íbamos a tener alguna capacidad de maniobra...

LOS CONJURADOS ERAN CONSCIENTES DE QUE EL NOMBRAMIENTO DEL ALMIRANTE MERINO COMO COMANDANTE EN JEFE DE LA ARMADA ERA UNA PIEZA IMPORTANTE PARA LA GRAN OPERACIÓN. DE ALLÍ QUE, EN ESE ÚLTIMO FIN DE SEMANA DE AGOSTO, LA PRENSA COMPROMETIDA CON EL GOLPE TAMBIÉN HICIERA SU TAREA. EN *PEC* APARECIÓ UNA CRÓNICA TITULADA: *ALLENDE: DE NUEVO ENTRE LA MARINA Y LA PARED*:

> La firme actitud del Consejo Naval le probó a Allende que en la Marina no era de modo alguno fácil «dividir para reinar». Si Montero, por razones afectivo-familiares se mostró obsecuente hacia Allende, los demás altos jefes no observaban el mismo predicamento... Ninguno de los oficiales en situación de sucederlo aceptaría el cargo si este no se le ofrecía a la segunda antigüedad: José Toribio Merino... Si de Allende dependiese, mantendría a Montero hasta diciembre. En ese mes, Toribio Merino e Ismael Huerta, «los niños terribles» de la Armada, cumplen 40 años en las filas. Y junto con cumplirlo se acogen automáticamente a retiro. Pero ya las cosas han dejado de depender de Allende. En este instante quien corta el bacalao es la Marina.

EN UN SITIO DE HONOR EN EL HOGAR DE LOS MONTERO-FIGUEROA, EN LA AVENIDA LIBERTAD, DE VIÑA DEL MAR, SE CONSERVÓ SIEMPRE UN HERMOSO CRISTO ANTIGUO QUE LE REGALÓ ALLENDE AL HOMBRE QUE HIZO SU MÁXIMA DE VIDA UN POEMA DE JUAN GUZMÁN CRUCHAGA*: DOY POR GANADO TODO LO VIVIDO Y POR YA RECIBIDO LO ESPERADO, Y POR VIVIDO TODO LO SOÑADO Y POR SOÑADO LO VIVIDO*. ESOS DÍAS FUERON PARA ESE MARINO EJEMPLAR UNA PESADILLA Y TAMBIÉN LOS DE MAYOR IMPORTANCIA PARA LLEGAR A ENTENDER SU VIDA, LA AMISTAD Y LOS INTERESES REALES DE LOS HOMBRES QUE MONTERO CREÍA CONOCER.

Así los recordó:

> Era evidente que el Golpe de Estado venía. Lo que no sabía era cómo, cuándo y quiénes iban a ser los actores. Pero que el Golpe venía era una realidad. Yo estaba renunciando... Por tercera vez había presentado mi renuncia en ese mismo mes. La primera vez fue cuando cumplí 40 años de servicio, a los meses de estar en la comandancia en jefe. Invoqué un artículo, pero el Presidente me contestó con otro, señalando que cuando uno es comandante en jefe el Presidente puede prolongar durante tres años la actividad. Entonces, cada año que cumplí fui presentando la renuncia rota. Pero la última vez me dijo: «Mire, sé que su salud está quebrantada...». Yo muchas veces le decía al Presidente «cuidado, no pise tanto el acelerador, en Chile hay que ser más evolutivo». Y el Presidente me respondía: «Para los suyos soy un revolucionario; para los míos, un conservador». Era un hombre de mucho humor. Un día llegó a decirme: «¿Qué le parece que incorporemos al cura Gonzalo Arroyo al gabinete para ampliar mi base política?». Se refería al sacerdote que había sido el impulsor de los «Cristianos por el Socialismo». Yo le respondí: «Me parece muy bien, Presidente, pero ¿por qué no lo amplía más y nombra al cura Raúl Hasbún ministro del Interior?». Entonces me llamaba Voltaire. «Ya viene con sus ironías usted», me decía... Terminábamos en eso, porque yo no quería meterme en la parte política, aunque el comandante en jefe, quiéralo o no, está metido; ni quería que mis oficiales estuvieran metidos...[1]

LOS PASOS DE MONTERO Y PRATS NO SE CRUZARÍAN A COMIENZOS DE SEPTIEMBRE, A PESAR DE QUE AMBOS ESTABAN EN LA MISMA CIUDAD: VIÑA DEL MAR. MONTERO, EN SU HOGAR Y PRATS, EN PLAN DE DESCANSO. SIN EMBARGO, ESTABAN UNIDOS POR UN HILO INVISIBLE. SUS MOVIMIENTOS ERAN VIGILADOS POR UN CONTINGENTE ARMADO QUE OBEDECÍA A LA MISMA ORDEN DE MANDO. TANTO PRATS COMO MONTERO SE SENTÍAN EXTENUADOS PARA ASUMIR UNA DEFENSA PERSONAL QUE CONSIDERABAN NIMIA FRENTE A LO QUE ESTABA EN JUEGO. EL EXJEFE DEL EJÉRCITO APENAS ENCONTRÓ ALGÚN ALIVIO EN LA CARTA QUE LE HABÍA ENVIADO EL DIRIGENTE Y EXCANDIDATO PRESIDENCIAL DE LA DC, RADOMIRO TOMIC, CON QUIEN NO LO UNÍA NINGÚN LAZO DE AMISTAD:

> *Por lo que toca a usted, es esta una responsabilidad que la historia no hará recaer sobre sus hombros si finalmente el enfrentamiento, la dictadura y una represión sistemática, cada vez más honda y más encarnizada, mutilan la unidad esencial de los chilenos. Para evitarlo, hizo usted lo que pudo como soldado y como chileno. No se lo diría si no tuviera los elementos de juicio que tengo para hacerlo. Por eso, permítame hacerle llegar mis felicitaciones y mi solidaridad.*

LA CARTA FUE ESCRITA EN EL UMBRAL DE LA TRAGEDIA QUE SALVADOR ALLENDE INTENTABA DETENER A COSTA DE SU PROPIA AUTORIDAD PRESIDENCIAL. EL PLEBISCITO, CUYOS TÉRMINOS ESTABA NEGOCIANDO CON LA DC, SATISFACÍA EN LOS HECHOS GRAN PARTE DE LAS DEMANDAS

QUE LOS MISMOS MILITARES PLANTEARON EN EL DOCUMENTO «SECRETO» DEL «COMITÉ DE LOS 15». A SABIENDAS, LOS ALMIRANTES DE LA CONJURA DECIDIERON BLOQUEAR LA ÚLTIMA SALIDA DEMOCRÁTICA. ESTUDIANTES DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA, LIDERADOS POR JAIME GUZMÁN Y JAVIER LETURIA, SALIERON A LA CALLE A PEDIR FIRMAS PARA LA RENUNCIA DE ALLENDE. EN EL FRENTE JUDICIAL, EL FISCAL DE LA ARMADA, RODOLFO VÍO VALDIVIESO, UN CONSPIRADOR DE PRIMERA HORA EN LA CASA DEL ABOGADO JORGE GAMBOA, PRESENTÓ LA PETICIÓN DE DESAFUERO CONTRA CARLOS ALTAMIRANO Y ÓSCAR GUILLERMO GARRETÓN, BAJO LA ACUSACIÓN DE INCITACIÓN A LA SUBLEVACIÓN. EL DESABASTECIMIENTO SE AGRAVÓ. LAS REDES DEL MERCADO NEGRO ACRECENTABAN LA SED DE ACAPARAMIENTO. LA VIDA COTIDIANA SE HIZO AÑICOS EN LAS COLAS, LAS DISPUTAS Y LA ESPERA INTERMINABLE. EN LAS FÁBRICAS E INDUSTRIAS YA NADIE TRABAJABA, SOLO HABÍA ESPACIO PARA LOS GRUPOS QUE LLAMABAN A DEFENDER O ATACAR AL GOBIERNO. LOS TRANSPORTISTAS COMPLETABAN UN MES SIN MOVER NI UNA SOLA MERCANCÍA EN EL PAÍS.

No había reposo para nadie.

Menos para aquellos que alimentaban con dinero foráneo la indispensable continuidad del paro de transportistas, comercio y profesionales, un requisito clave para aumentar la angustia y el descontento de la población.

Así consta en las investigaciones realizadas por el Senado de los Estados Unidos y en los documentos de la CIA y el Departamento de Estado desclasificados. Una documentada mirada de dicho financiamiento, hizo Jonathan Kendall en esas investigaciones oficiales:

> Las extensas huelgas que proporcionaron el escenario para el Golpe militar que derrocó al Presidente Allende, fueron financiadas parcialmente por empresas con sede en México, Venezuela y Perú, según importantes empresarios chilenos. Esto empresarios, altos dirigentes de la SOFOFA, dijeron que ellos personalmente, habían canalizado estos fondos, que llegaban a los 200 mil dólares, para llevar a la huelga a propietarios de camiones, comerciantes y grupos de profesionales, en las semanas que precedieron a la caída del gobierno de Allende, el 11 de septiembre de 1973. Las fuentes empresariales chilenas no dijeron cuánto dinero recibieron de la CIA… Las fuentes afirmaron que el dinero de las empresas mexicanas, peruanas y venezolanas empezó a llegar aproximadamente durante la primera mitad de 1973. Los funcionarios de la SOFOA dijeron que el dinero se distribuyó semanalmente entre los huelguistas durante julio, agosto, y septiembre de 1973. Los dólares se convertían en escudos en el mercado negro, con beneficios del 500% sobre la tasa oficial de cambio. «Entregamos a los camioneros unos dos mil dólares a la semana», dijo uno de los empresarios[2].

A PARTIR DE AGOSTO, EL CENOP HABÍA TRAZADO UN PATÉTICO DIAGNÓSTICO A TRAVÉS DE SUS ENCUESTAS EN LOS CINES Y DE OPINIÓN: «FUIMOS VIENDO CÓMO HABÍA CAMBIADO LA REACCIÓN DE LA GENTE», CUENTA EL SOCIÓLOGO MANUEL CONTRERAS. «LA DE LA OPOSICIÓN IBA EN UNA IRA CRECIENTE A LA QUE SE FUE AGREGANDO MOFA. CUANDO LA RABIA SE TRANSFORMA EN MOFA, ES DECIR, CUANDO DEJAS DE TENERLE MIEDO A TU ENEMIGO Y ESTE PASA A SER OBJETO DE ESCARNIO, ESTÁS HABLANDO DE UNA CORRELACIÓN DE FUERZAS TERRIBLE EN EL NIVEL DE LAS EMOCIONES. EN CAMBIO, LOS PARTIDARIOS DEL GOBIERNO SE

IBAN SUMERGIENDO EN EL SILENCIO, INCAPACES DE RESPONDER. EN LOS ÚLTIMOS SIETE MESES FUE CLARO, PRIMERO HABÍA RESISTENCIA, DESPUÉS, CUANDO LA OPOSICIÓN ATACABA, LA GENTE DE LA UP TERMINA POR QUEDARSE CALLADA, SE DEJA GOLPEAR, ABSOLUTAMENTE SOBREPASADA, PSICOLÓGICAMENTE Y METAFÍSICAMENTE APLASTADA».

No podía ser menos apropiado el marco de celebración del tercer año de gobierno de la Unidad Popular. Aquella noche del martes 4 de septiembre, las estrofas triunfalistas del himno *Venceremos* de la Unidad Popular, se hundieron en las profundas grietas que enmarcaban la avenida principal, preparando la llegada del primer Metro al país. Eran verdaderas trincheras por donde emergieron cuatro gruesas columnas que convergieron en la Plaza de la Constitución: «La Patria Vencerá», «¡A Parar el Golpe!», «¡Unidad y Combate!», «Tercer Aniversario». Hombres y mujeres de todas las edades caminaban por una Alameda donde explotaban las consignas contrapuestas: «¡No a la Guerra Civil!» o a «¡Crear Poder Popular!». La figura de un hombre humilde que, con el rostro marcado por la determinación, levantaba sobre sus hombros un cartel que rezaba: «Este es un gobierno de mierda, pero es mi gobierno», dio la vuelta al mundo. Las grietas se veían por todas partes: en las calles, en la mística y en el apoyo a un gobierno extenuado.

Ese mismo 4 de septiembre el general Roberto Viaux abandonó la cárcel para subir a un avión y salir al exilio. Ya no sería protagonista de la guerra que inició y que ya nadie podía detener.

Tres días más tarde, el viernes 7 de septiembre, el almirante Merino llamó sorpresivamente al general Sergio Arellano a la Academia de Guerra.

–Es urgente –le dijo.

Tenía que hablar con él sobre la «trascendental» reunión que había tenido pocas horas antes con Allende.

–Debo partir de inmediato –informó Arellano a los profesores de la Academia de Guerra que lo acompañaban en la conspiración.

Merino y Arellano se vieron en la oficina del jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional, almirante Patricio Carvajal. Esa misma tarde Arellano informó a sus hombres lo que allí se decidió, pero se guardó algunos hitos claves por razones de seguridad. Su agenda completa ese recuento tan parcial como determinante:

«La conversación con Merino y Carvajal duró aproximadamente dos horas. José Toribio nos relató que había sido invitado a almorzar por Salvador Allende para conversar sobre la entrega de la comandancia en jefe de la Armada, la que debía realizarse ese mismo día, la que Allende desea postergar para el miércoles 12 de septiembre, debido a que el diario *Tribuna*, que obedece al movimiento de extrema derecha Patria y Libertad, en su edición de ese mismo día, ha colocado un titular a todo lo ancho de la primera página en el que dice: *Hoy vence el plazo que la Armada dio a Allende*. Merino dice que ya en el comedor de La Moneda, y estando solo con el Presidente Allende, sacó del bolsillo interior de su camisa un revólver Colt, que siempre lleva allí, y lo puso inconscientemente sobre la mesa, tal como lo hacía habitualmente al sentarse ya que el arma era un poco grande. Como Allende se sorprendió, Merino le dio una explicación. Como respuesta a la intención de Allende de prorrogar la entrega del mando de la Armada, el almirante Merino le manifestó que la institución tenía todo dispuesto para efectuar la transmisión ese mismo día viernes. Allende insistió que se trataba de un problema de imagen y de principio de autoridad emitiendo duros epítetos

contra el diario *Tribuna*. Merino prometió informar de la situación al alto mando institucional. Por la línea telefónica de la Armada, Merino llamó al almirante Sergio Huidobro Justiniano, comandante del Cuerpo de Infantería de la Marina y hombre de destacada actuación en la acción en curso. Se le explicó lo que había ocurrido y este se demostró firmemente decidido a no cumplir con el deseo de Allende, llegando a manifestarle a Merino que él debía asumir el sábado 8 en la mañana y que si había algún inconveniente dispondría de tres mil infantes de Marina listos para actuar. Este espíritu y esta decisión no podían malograrse actuando unilateralmente. Todo debía coordinarse entre las Fuerzas Armadas y, en la medida que fuera posible, con Carabineros. Solo podíamos correr los riesgos fríamente calculados. Pero Huidobro insistía en actuar el sábado o el domingo ya que las fábricas estarían sin trabajadores. Esto era cierto, pero tampoco estarían los militares en sus cuarteles. Solo se habría dispuesto de las Unidades de Emergencia. Era indispensable decretar acuartelamiento en la noche previa con cualquier pretexto y para ello era obligatorio que el día anterior al "D" fuera hábil ya que los suboficiales se recogen a las 7 de la mañana y a esa hora ya habría sido tarde para comenzar. Por esta razón y porque además Carlos Altamirano y Óscar Guillermo Garretón deben comparecer ese día ante la Corte de Apelaciones de Valparaíso, a raíz del proceso por insubordinación en la Armada, lo que configura un excelente pretexto, se acordó el martes 11 de septiembre como el día "D" con hora "H" las 6 de la mañana para Valparaíso y las 8:30 horas para el resto del país».

Ya todo estaba decidido.

[1]. Entrevista de María Olivia Mönckeberg en diario *La Época*, del 8 de octubre de 1989.

[2]. «Foreign Companies Aided Anti-Allende Strikers, Chilean Say», *New York Times*, 16 de octubre de 1974.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO XX

MAÑANA YA ES TARDE

HORAS DESPUÉS DE AQUELLA REUNIÓN ENTRE EL ALMIRANTE JOSÉ TORIBIO MERINO, EL ALMIRANTE PATRICIO CARVAJAL Y EL GENERAL SERGIO ARELLANO, EL GENERAL GUSTAVO LEIGH ERA INFORMADO DE LO RESUELTO. EN EL COMANDANTE EN JEFE DE LA FACH RECAYÓ LA RESPONSABILIDAD MÁS DELICADA: COMUNICARLE AL GENERAL AUGUSTO PINOCHET LA TRAMA DE UN DÍA SIN PUNTO DE RETORNO.

En la tarde de ese viernes 7 de septiembre, al cruzar el amplio portón metálico de la Escuela Militar, el vehículo del general Arturo Yovane, jefe de Servicios de Carabineros, no fue registrado por la guardia de turno. Según su propio testimonio, las órdenes perentorias eran dejarlo pasar y dar aviso inmediato al director de la academia, el coronel Nilo Floody[1].

Yovane avanzó lentamente por los amplios patios del alcázar. Decenas de cadetes vestidos con trajes de campaña se ejercitaban iluminados por los últimos rayos de sol. Yovane los observó con atención pero no pudo despejar su nerviosismo. Sabía que en unos minutos estaría con representantes de todas las instituciones de la Defensa para tomar una decisión por largo tiempo fraguada. Miró su reloj. Faltaban solo cinco minutos para las 19 horas. No pudo disimular una mueca de satisfacción: Yovane se enorgullecía por su puntualidad.

Floody lo recibió con un abrazo y lo hizo pasar a una pequeña sala donde ya se encontraba el general Arellano Stark. El *Lobo*, como llamaban sus pares a Arellano, lo saludó sonriente. Minutos después se les unieron el coronel Fornet, de la Fuerza Aérea, y el capitán de navío Arturo Troncoso Daroch, quien gozaba de un reconocido prestigio entre los conjurados por su lucha en contra de la Escuela Nacional Unificada, la polémica ENU. Ambos ya habían participado de otras reuniones en nombre de Leigh y Merino, respectivamente. Todos sabían el motivo de la cita secreta.

Cuenta Yovane:

«En un primer momento se habló de llevarlo a cabo el lunes 10 de septiembre. Sin embargo, después de un breve debate optamos por el martes 11. Así no se llamaría la atención. El fin de semana no se podía mantener acuarteladas a las tropas sin alertar al gobierno. Se decidió entonces que los comandantes darían de franco a la tropa, como es la costumbre. Si la manteníamos acuartelada, muchos oficiales estarían al tanto y se podrían producir filtraciones de información y deserción de uniformados. Dos cosas que había que evitar a toda costa. Solo después que se estuvo de acuerdo en la fecha del Golpe, comenzamos a discutir si se le informaba al comandante en jefe del Ejército, general Augusto Pinochet. Su posición aún era un misterio, al menos para los allí reunidos. Arellano insistió en considerar al general Pinochet. Con voz terminante explicó el riesgo que significaba para todo el movimiento y para el país un quiebre dentro de la institución

armada más poderosa. Todos los presentes accedieron y le encargaron al general Arellano la misión de hablar con el general Pinochet lo antes posible y de buscar, si este no aceptaba, la forma menos conflictiva de levantar un nuevo mando dentro del Ejército».

Dice Yovane que desconocían cuál sería la reacción de los oficiales superiores de Carabineros. Aunque de escaso poder de fuego, pero con una gran cantidad de hombres armados en todo el país, la institución albergaba el mayor número de «oficiales constitucionalistas»:

«Existía un serio temor respecto de la actitud que estos podían asumir. Temíamos que se mantuvieran leales a Allende, lo que no solo fortalecería la posición del gobierno, sino que también podría provocar una seria división al interior de las Fuerzas Armadas. Recordé que muchos militares tenían parientes en Carabineros, lo que hacía más difícil una reacción fulminante. En esa institución existe un respeto muy fuerte por el Alto Mando y, en esa época, este tenía una dependencia directa del Ministerio del Interior. No todos apoyaban abiertamente a Allende ni eran partidarios de la Unidad Popular, pero su apego a las normas institucionales, de respeto a la autoridad civil, podía llevarlos a rechazar el Golpe. Hasta ese minuto solo los generales Mackay y Contador eran partidarios del Golpe y habían participado de su preparación, de allí que en la exposición que hice en esa secreta y decisiva reunión descarté de plano involucrar a las dos primeras antigüedades en el mando de mi institución: los generales José María Sepúlveda Galindo y Jorge Urrutia Quintana. Para entonces, Sepúlveda, además de ser calificado como un «constitucionalista», integraba el gabinete del Presidente Allende como ministro de Tierras y Colonización, por lo que había dejado el mando de Carabineros en el general Urrutia. Otro antecedente se sumó para descartarlos. En agosto de ese año, Urrutia y varios miembros del Alto Mando de Carabineros invitaron al Presidente Allende a una comida en la Escuela de oficiales en su honor. Yo y el general Mackay fuimos marginados de ese encuentro. Durante la cena, Allende tuvo un trato muy afectuoso con el general César Mendoza, incluso le hizo algunas bromas sobre la relación que habían entablado en la Escuela de Carabineros a la que Allende concurría de vez en cuando para montar a caballo. Allende le dijo jocosamente a Mendoza que era él quien le había enseñado a montar. La sonora carcajada de los contertulios fue la espontánea respuesta. Este encuentro fue interpretado como un abierto apoyo de la institución a Salvador Allende, el que ya preveía una sublevación militar. Así fue como después Allende le enrostró a Mendoza su "traición"...».

Al anochecer del 7 de septiembre, en la Escuela Militar, las luces de los comedores se encendieron. La reunión se había extendido demasiado y era peligroso prolongarla. A Yovane se le encomendó solucionar la toma del control de Carabineros. Esa misma noche conversó por separado y, bajo juramento de guardar estricto secreto, con dos generales de mayor antigüedad para saber si estaban dispuestos a encabezar la institución para dar el Golpe de Estado. Los generales Yáñez y Cádiz se excusaron esgrimiendo motivos diferentes. Yovane recorrió mentalmente el mando y pensó en Mendoza. Hablaría con él en las próximas horas.

Arellano, en tanto, había ido a la embajada de Brasil, donde se celebraba el día patrio de ese país. Pocos generales estaban presentes. La embajada brasileña se había convertido en esos días en un punto bajo la mira de los servicios de inteligencia del gobierno. Así lo entendía también el embajador Antonio da Cámara Canto, representante de la dictadura militar en Santiago y pieza clave del apoyo extranjero a los golpistas.

A pocas cuadras del lugar, el general Carlos Prats permanecía aún en la residencia destinada a los comandantes en jefe del Ejército. En medio de cajas apiladas que anunciaban la mudanza, recibió al ministro de Defensa, Orlando Letelier. La conversación fue interrumpida en varias oportunidades. Había comenzado un operativo militar de la Fuerza Aérea en la industria textil Sumar. Lo que hablaron fue relatado así por Letelier:

> Prats estaba en un estado anímico sumamente especial. Me dijo categóricamente: «Mira, Orlando, las cosas han llegado a un nivel tal que si el Presidente no toma medidas para sacar a algunos generales antes del viernes próximo, yo creo que el jueves o viernes (el 14 de septiembre) se produce un Golpe de Estado». Después, le pregunté acerca de la actitud de cada uno de los generales. Él tenía la convicción bastante clara de que el general Óscar Bonilla, director de Logística; el general Sergio Arellano, del Estado Mayor, y el general Héctor Bravo, jefe de la IV División con sede en Valdivia; el general Manuel Torres de la Cruz, en el sur, y Washington Carrasco, jefe de la III División del Ejército, de Concepción, estaban metidos en el Golpe. Tenía dudas frente a algunas personas, como el general Herman Brady, nombrado el 27 de agosto jefe de la II División y comandante de la Guarnición de Santiago. Me comentó allí: «Bueno, Brady hace mucho alarde de su amistad con el Presidente Allende, pero realmente es una persona a la cual yo no le tendría gran confianza». Lo que es claro es que Carlos Prats hasta esa noche tenía una confianza muy grande en Pinochet. Hubo un momento en que después que él me planteó esto de que había que tomar alguna medida, yo le dije: «Si Pinochet está en una actitud de lealtad, a él también se le puede crear este problema de tener que renunciar. Como te ocurrió a ti, Carlos. O si no, quiere decir que Pinochet está contando y que en un momento determinado se va a plegar hacia el sector donde haya un mayor número de generales o de fuerzas, que eventualmente puede ser el sector que está por el Golpe». Prats no me rebatió muy categóricamente. Pero en todo caso me insistió en que él pensaba que Pinochet tenía una actitud de lealtad hacia el Presidente. Y que, en todo caso, Pinochet no estaría entre los traidores.

EL VIOLENTO ALLANAMIENTO DE LA FUERZA AÉREA A UNA DE LAS MÁS IMPORTANTES EMPRESAS TEXTILES DEL PAÍS, DESENCADENÓ UNA SÚBITA CORRIDA DE LLAMADAS. LETELIER SE COMUNICÓ CON EL GENERAL LEIGH, QUIEN HABÍA LLAMADO VARIAS VECES A SU CASA:

–Hay que retirar a la gente de la Fuerza Aérea de allí –le ordenó.

–Los disparos vienen desde el interior de la industria Sumar. Son ellos los que nos han atacado –le dijo Leigh.

–Hablemos de este tema mañana. A las 9 en punto en mi oficina, por favor.

Letelier se fue y Carlos Prats volvió a sus papeles. Tuvo tiempo de releer la carta que ese mismo día le había enviado el general Pinochet:

> *Al sucederle en el mando de la institución que usted comandara con tanta dignidad, es mi propósito manifestarle –junto con mi invariable afecto hacia su persona– mis sentimientos de sincera amistad, nacida no solo a lo largo de nuestra profesión sino que –muy especialmente– cimentada en las delicadas circunstancias que nos ha correspondido enfrentar. Al escribir estas líneas, lo hago con el firme convencimiento de que me dirijo no solo al amigo sino que ante todo, al señor general que en todos los cargos que le correspondió desempeñar, lo hizo guiado solo por un superior sentido de responsabilidad, tanto para el Ejército como para el país. Es por tanto para mí profundamente grato, hacerle llegar, junto con mi saludo y mejores deseos para el futuro, en compañía de su distinguida esposa y familia, la seguridad de que, quien lo ha sucedido en el mando del Ejército, queda incondicionalmente a sus gratas órdenes, tanto en lo profesional como en lo privado y personal. Afectuosamente.*
>
> *AUGUSTO PINOCHET UGARTE*

PINOCHET NUNCA MENCIONÓ ESA CARTA A PRATS NI SUS

CONVERSACIONES CON LETELIER EN *EL DÍA DECISIVO*, CUANDO RELATÓ LOS ACONTECIMIENTOS DE LOS DÍAS PREVIOS AL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973:

> En el análisis de la situación se estableció que la batalla por Santiago sería de doble cerco. Para afrontarla era necesario disponer desde luego de dos agrupaciones, una que iniciaría el combate y formaría el primer cerco, y la segunda que daría el abrazo final, dejando dentro de ellos a los que nos estuvieran atacando... Pero también la fase de alistamiento previo debía hacerse totalmente en secreto, evitando cualquier filtración que pudiera alertar al gobierno, cuyo servicio de informaciones se sabía que estaba muy bien organizado, como yo mismo lo había comprobado... Tenían un buen Servicio de Inteligencia. El día 5 de septiembre me dirigí al gabinete del ministro de Defensa y allí le expresé la imposibilidad de efectuar la revista preparatoria de la Gran Parada con el total de las tropas. Agregué que iban a participar en ella solo las tropas de la Guarnición de Santiago. Cuando el señor Letelier me pidió razones, aduje falta de atención alimenticia en Santiago para las unidades que venían de afuera y la necesidad de economizar combustible, que estaba faltando. El ministro aceptó mis razones. Así pues, para esa oportunidad, las otras guarniciones no concurrirían. Al dejarlas fuera de Santiago podía disponer posteriormente de ellas para establecer el doble cerco. Solo vendrían el 19, el día de la Gran Parada Militar. Ello me permitió fijar la acción para el día 14 de septiembre. Las tropas de Santiago crearían el primer cerco sobre el centro de Santiago, el que sería a su vez atacado por los cordones y poblaciones marginales. Al producirse esto, entrarían en combate las tropas de las otras guarniciones, creando el doble cerco... Los días 5 y 6 de septiembre llegó hasta mi oficina el almirante Patricio Carvajal. Me planteaba cualquier tema profesional, insinuando algo para que le preguntara por la posición de la Armada. Por mi parte, yo no le podía exponer qué iba a hacer el Ejército. Sin embargo, cuando vi que su inquietud aumentaba le dije: «Almirante, por ahora hay que mantener el compás de espera». Creo que me comprendió. Yo no le podía decir «el 14 es el día», pues cualquier indiscreción podía ser fatal. El viernes 7 de septiembre, el comandante en jefe de la FACH concurrió a mi despacho pero no me tocó el tema... Creo que se debió a la presencia de otros generales. Sin embargo, advertí que algún mensaje quería transmitirme, pero no lo hizo...

MUY DISTINTO ES EL RELATO QUE HICIERON DE AQUELLAS HORAS LOS GENERALES LEIGH Y ARELLANO A LA AUTORA. EL PRIMERO LE DIJO, EN 1984, HABER IDO A VISITAR AL GENERAL PINOCHET ESE SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE.

–Pero no me dejó ninguna oportunidad para que habláramos a solas.

ESE SÁBADO, ARELLANO SE LEVANTÓ MUY TEMPRANO EN LA MAÑANA Y SE FUE DE INMEDIATO, VESTIDO DE CIVIL, AL MINISTERIO DE DEFENSA. AHÍ ENCONTRÓ AL ALMIRANTE PATRICIO CARVAJAL, YA REUNIDO CON UNOS DIEZ OFICIALES «IMPARTIENDO LAS INSTRUCCIONES DEFINITIVAS». DE ALLÍ, ARELLANO SE TRASLADÓ HASTA LAS OFICINAS DE GUSTAVO LEIGH PARA SABER EL RESULTADO DE SU CONVERSACIÓN CON PINOCHET. SU SORPRESA FUE MAYÚSCULA:

–Leigh me manifestó que no le fue posible conversar porque en todo momento estuvo acompañado de su esposa y del general Orlando Urbina. Fue entonces que Leigh me encargó que tratara de ubicar al general Pinochet en su casa para comunicarle que la posición que adoptara el Ejército sería vital y que el movimiento se llevaría a cabo de todas maneras el martes 11 de septiembre.

Del encuentro con Arellano, Gustavo Leigh se trasladó a La Moneda para reunirse con Salvador Allende. Letelier le había informado que a las 12:30 horas se analizarían los graves acontecimientos ocurridos en la víspera en la industria textil Sumar. Alfredo Joignant llegó puntual al despacho presidencial:

–Ahí estaban Gustavo Leigh, Augusto Pinochet y el coronel Juan Soler Manfredini, de Inteligencia de la Fuerza Aérea, y otro de los conjurados. En presencia de ellos, el Presidente me pidió que pusiera el mejor equipo de la policía para que, junto con el Servicio de Inteligencia de la FACH, se clarificara qué había pasado en la industria Sumar. Dijo que Leigh le había informado que su gente había sido atacada con fuego por los trabajadores. El Presidente afirmó, también, tener una versión distinta. Leigh propuso que nos juntáramos al día siguiente, en la tarde, con Soler y gente del Servicio de Inteligencia de la FACH, con el fin de ir a Sumar y tener el lunes una primera evaluación. Al terminar la reunión, recuerdo que el general Pinochet se despidió del Presidente con un cálido gesto en que le dio la mano y le apretó el brazo al tiempo que le decía: «¡Descanse, Presidente!».

Mientras en un sector de La Moneda Allende se ocupaba de descifrar el misterio del enfrentamiento en Sumar, en otra ala del palacio se reunieron los integrantes del Comité Ejecutivo de la Unidad Popular para pronunciarse sobre la convocatoria a plebiscito planteada por Allende.

Orlando Millas, ministro de Hacienda de Allende, integrante de la Comisión Política del Partido Comunista y uno de los dirigentes más influyentes de ese partido en esos años, revivió en sus *Memorias* la discusión de esa mañana y las negociaciones secretas que rodearon en forma previa la propuesta presidencial:

> Allende consideraba extremadamente negativo el curso de los acontecimientos y deseaba establecer algún puente hacia Frei Montalva. Nos dijo: «Por sobre las diferencias personales, hay que ver en Frei al político más eminente de la oposición, el único que puede ayudar a salvar el país». Confidencialmente nos explicó que había pensado consultar por intermedio de Fernando Castillo Velasco cuáles eran los términos del llamado a un plebiscito que estaba gestionando en su diálogo con Patricio Aylwin y con la asesoría del ministro Carlos Briones. Estos –dijo– podrían ser hechos suyos por una serie de personalidades del mundo universitario muy cercanas a Frei y que seguramente lo consultarían antes de asumir cualquier compromiso. Sin embargo, al ir a poner en marcha esta operación política, Fernando sufrió un infarto. No podía esperarse hasta su restablecimiento porque la urgencia era extrema. Conocedor de mis relaciones afectuosas y de plena confianza con mi primo Juan Gómez Millas, democratacristiano, nos preguntó si veíamos en él, a través mío, un emisario válido a fin de conocer la exigencia mínima de Frei para evitar realmente un enfrentamiento.

ORLANDO MILLAS CENÓ ESA MISMA NOCHE EN CASA DE JUAN JOSÉ GÓMEZ MILLAS, Y VOLVIERON A VERSE EN CUATRO OPORTUNIDADES MÁS. ORLANDO MILLAS NUNCA INVOCÓ A ALLENDE. PERO ESTABA CLARO EN NOMBRE DE QUIÉN HABLABA. GÓMEZ MILLAS PROPUSO UNA FÓRMULA DE ACUERDO BASADA EN UNA REFORMA CONSTITUCIONAL SOMETIDA LO MÁS RÁPIDAMENTE POSIBLE A PLEBISCITO, LA QUE DEBÍA CONTENER NO SOLO LOS ASUNTOS INMEDIATOS SINO TAMBIÉN UNA GRAN INICIATIVA: LA CONVOCATORIA A UNA ASAMBLEA CONSTITUYENTE QUE FUNCIONARÍA PARALELAMENTE AL PARLAMENTO, ELEGIDA EN COMICIOS SIN DEMORA EN FORMA SIMILAR A LAS ELECCIONES DE DIPUTADOS Y CON EL PLAZO DE UN AÑO PARA CUMPLIR SU COMETIDO.

Si Allende aceptaba la iniciativa, un conjunto de personalidades del ámbito universitario, encabezadas por el mismo Juan Gómez, publicarían el mismo día un documento señalando que se había dado solución a la crisis política y pronunciándose en contra del recurso de la fuerza.

–¿Y qué hará Frei? –preguntó Orlando Millas.

–Dará su apoyo en declaraciones a la prensa –respondió Gómez Millas.

La comisión política del PC fue aprobando lo conversado día a día. Allende lo ratificó y le anunció a los comunistas que formularía en los términos consensuados su mensaje al país.

–Esto lleva al problema del poder. Dispondremos, en lugar de tres años y meses que constitucionalmente restan al actual período presidencial, de lo que medie a la inauguración y del período de un año de funcionamiento de la Asamblea Constituyente, o sea, menos de dos años en total; pero es un gran desafío. Tendremos que ganar la Asamblea Constituyente y creo que la ganaremos. En caso contrario, seremos momentáneamente derrotados de manera democrática y no en un Golpe de Estado sangriento. Apruebo y también hago mío este desafío –les dijo Allende.

El Presidente solicitó luego a la Unidad Popular que lo respaldara. Pero toda la primera semana de septiembre el Comité Ejecutivo de la Unidad Popular se empantanó en las discusiones. Y como los acuerdos requerían unanimidad, fue difícil salir del laberinto. Los partidos Socialista, Izquierda Cristiana y MAPU rechazaron inicialmente la petición de Allende, aceptada por la mayoría: los partidos Comunista, Radical, el API y el MAPU Obrero-Campesino.

A las 10 de la mañana del sábado 8 de septiembre se realizó una nueva reunión en La Moneda. Intervinieron Anselmo Sule, por el Partido Radical, y Jaime Gazmuri, por el MAPU Obrero-Campesino, aprobando la proposición del Presidente. Rafael Tarud, por el API, con palabras dramáticas, reveló que militantes de su colectividad relacionados con militares en retiro habían informado de manera confidencial que se preparaba un golpe militar extremadamente violento. Orlando Millas habló a nombre de los comunistas y llamó a respaldar de inmediato a Allende con previsiones similares. Bosco Parra, por la Izquierda Cristiana, dijo que los argumentos expuestos lo habían convencido. Óscar Guillermo Garretón dijo sentirse impresionado por los nuevos antecedentes y agregó que no se atrevía a asumir la responsabilidad de ser el único que rechazaba la petición presidencial. Entonces llegaron los dirigentes socialistas Adonis Sepúlveda y Erick Schnake. El primero asumió la presidencia de la reunión y le cedió la palabra a Schnacke.

«Allende exagera los peligros», dijo Schnacke, en nombre de la comisión política del PS. Y agregó que un paso de esta naturaleza era tan innecesario como peligroso. En el Ejército, dijo, predominan aún criterios favorables a la política del gobierno, lo que permite tener la certeza de que este no seguirá un golpe de derecha.

–¿Y si ocurre lo contrario? –preguntó un participante.

–Vendrá un contragolpe para afirmar al gobierno y avanzar resueltamente en la aplicación de su programa –respondió Schnacke.

Bosco Parra dio marcha atrás y se alineó con los socialistas:

–Hay dos líneas de información totalmente distintas sobre la correlación de fuerzas en el Ejército. Sugiero que las comisiones militares de ambos partidos cotejen sus datos y después tomemos una decisión.

Una hora más se prolongó la discusión y la reunión se levantó sin respuesta.

Adonis Sepúlveda fue a informarle a Salvador Allende lo discutido, pero Orlando Millas, que tenía concertada previamente una audiencia, se le adelantó. A solas le comentó al Presidente lo que había pasado en las horas previas y le pidió una cita con la cúpula del PC. Los otros detalles de la conversación aparecen en sus *Memorias*:

Allende me refirió una reunión que él había tenido media hora antes con los tres comandantes en jefe, a los que había citado para la tarde siguiente en su residencia en Tomás Moro. Me explicó que la reunión con nosotros solo podría hacerse al día siguiente, en la mañana, porque tenía la tarde dedicada a otra actividad...

MAÑANA ERA YA DEMASIADO TARDE.

[1]. Entrevista realizada en revista *Cosas* Nº 517, por el periodista Francisco Artaza.

Capítulo XXI

«¡DESCANSE, PRESIDENTE!»

SI EN ALGO NO PODÍA PENSAR SALVADOR ALLENDE ESE SÁBADO, AL SALIR DE LA MONEDA, ERA EN SU SOLAZ. EN EL AUTOMÓVIL QUE LO LLEVABA A LA CASA DE «EL CAÑAVERAL», TRATÓ DE SACAR LA CUENTA DE LAS HORAS O LOS MINUTOS QUE TENÍA A SU FAVOR. EL AUTO AVANZABA Y CERRÓ LOS OJOS. «DESCANSE, PRESIDENTE», CREYÓ HABER ESCUCHADO ESA MAÑANA... EL SOL LO GOLPEÓ EN LA CARA Y LO SACÓ DEL ESTADO DE ENSIMISMAMIENTO. YA FALTABA POCO.

Septiembre desplegaba sus primeras fuerzas para brindar el renacimiento de la vida en un país agotado. En «El Cañaveral», los brotes y flores habían comenzado a cambiar la fisonomía del paraje. El intenso verdor impresionó a Carlos Prats al pisar la otra residencia privada de Allende. Aquella que estaba restringida a un pequeño círculo y que era propiedad de Miria Contreras, la *Payita*. La mujer que conocía de larga data a Salvador Allende desde que este llegó, con su esposa Hortensia Bussi, a la casa de Guardia Vieja, convirtiéndose en su vecino.

Las historias de amor se tejen con hilos de muchos colores y matices. Y para Miria Contreras Bell, la batalla interior debió ser difícil y larga. Una batalla que perdió antes de que Allende ganara la elección presidencial de 1970, cuando ya se acercaba a los 40 años y se rindió a la evidencia. Amaba a su vecino y amigo, el senador Salvador Allende. ¿Separarse y formar pareja a la luz pública? Lo que aún hoy es difícil, en el Chile de fines de los 60 resultaba parto de los montes. Quedaron atrapados en la tupida red de sus afectos, lealtades y deberes.

–Estaban en juego muchos factores que determinaron sus vidas. Para empezar, estaban los hijos de ambos matrimonios y también el cariño que ambos sentían por sus cónyuges. Porque Allende quería y respetaba a la *Tencha*, y la *Paya* también sentía un profundo cariño y respeto por Enrique Ropert[1] -explica un amigo de la pareja.

«No hubo aquí cálculo político por parte de Allende respecto del costo que una separación pudiera tener en su candidatura presidencial. Me consta que él lo planteó varias veces, pero fue la *Paya* quien rechazó la idea. Ella lo sobreprotegía y lo mimaba con sus comidas favoritas, como su memorable torta de merengue con lúcuma», dice otra amiga de la pareja.

En el devenir de esta historia, la casa de calle Guardia Vieja y la casa de calle Jorge Isaacs, se unieron por los patios a través de una puerta. Y a través de ella se fueron confundiendo afectos, anhelos, complicidades e incluso el trabajo político. Impulsada por el deseo de participar en la gran tarea de cambiar el rostro de la pobreza, ella llegó a conducir el auto que lo llevaba a las reuniones con obreros, estudiantes y campesinos. Una vez que Allende llegó a La Moneda, la *Payita*, ya separada, se instalaría en su nueva casa «El Cañaveral», en el Camino a Farellones.

El ingeniero Víctor Pey, quien junto al periodista Augusto Olivares, eran los mejores amigos de Allende, y que compartió cientos de veladas con él tanto en Tomás Moro como en «El Cañaveral», relató años más tarde[2]:

–A Salvador Allende se podía acceder con una audiencia en La Moneda. Si tenías una mayor cercanía, te citaba a Tomás Moro (ministros, diputados, dirigentes políticos). Pero lo que todo el mundo anhelaba era que te citara a «El Cañaveral». Generalmente se iba el viernes por la noche y se quedaba todo el fin de semana. A partir del lunes, pasaba toda la semana en Tomás Moro, salvo excepciones. Y eso era aceptado por todos y era público y notorio. Quienes estaban invitados normalmente a «El Cañaveral» eran el *Coco* Paredes con su mujer; la *Tati* con su marido, Luis Fernández Oña; Arsenio Poupin y su esposa, Carlos Altamirano… Allí iban solo algunos elegidos.

Así, ese sábado 7 de septiembre, Allende iba camino a «El Cañaveral» en compañía de su amigo Víctor Pey. Allá lo esperaban, para almorzar, Carlos Prats y su ministro Fernando Flores. Era el primer encuentro con Prats, después de su renuncia. Mientras Prats aguardaba al Presidente con el ministro Fernando Flores, este hacía puntería desde el acantilado contra unas rocas del estero. El pequeño revólver se lo había facilitado un guardia:

–Usted es un neófito en el manejo de las armas –bromeó Prats.

Allende arribó después de las 15 horas. Su aspecto era el de un hombre agotado. Pero al sentarse en el comedor con vista al estero, algo en él había cambiado. Prats relató:

> Pese a lo cansado de su apariencia, Allende me sorprende por su optimismo, en medio de tan lúgubres momentos para él. Está muy molesto por el allanamiento efectuado ayer por la FACH, en la empresa textil Sumar y me dice que ha nombrado una comisión investigadora, porque Leigh sostiene que la tropa de la FACH fue atacada a tiros desde las poblaciones próximas. Me expone su tesis. El Partido Demócrata Cristiano, que tiene mañana una reunión importante, tratará de provocar su renuncia logrando una declaración de «inhabilidad» del Parlamento. Esto se apoyará con una especie de ultimátum de Aylwin, que le lanzará el jueves 13, en una gran concentración pública de la Democracia Cristiana. Me dice que se adelantará, llamando el lunes 10 a un plebiscito. Piensa que en este veredicto saldrá perdedor, pero será una honrosa derrota para la Unidad Popular, porque habrá una expresión mayoritaria del pueblo que le permitirá evitar la guerra civil, tragedia que ni la más cara consideración partidista lo inducirá a promover. Lo contemplo estupefacto, como si mis oídos hubieran malentendido sus palabras. Me observa interrogadoramente, con sus ojos penetrantes.

–PERDONE, PRESIDENTE –DIGO LENTAMENTE MIENTRAS FLORES SE ECHA HACIA ATRÁS EN SU SILLA-, USTED ESTÁ NADANDO EN UN MAR DE ILUSIONES. ¿CÓMO PUEDE HABLAR DE UN PLEBISCITO QUE DEMORARÁ 30 O 60 DÍAS EN IMPLEMENTARSE, SI TIENE QUE AFRONTAR UN PRONUNCIAMIENTO MILITAR ANTES DE DIEZ DÍAS? ME EXPLAYO EN MI CONVICCIÓN, SIN OTRA PRUEBA QUE LA MECÁNICA DE LOS ACONTECIMIENTOS EN MARCHA, DE QUE ES INMINENTE UN GOLPE «BLANDO» O «CRUENTO», SEGÚN QUIENES SEAN LOS QUE DEN EL EMPUJÓN DECISIVO A LAS FUERZAS ARMADAS: EL SECTOR DURO DE LA DC O LA DERECHA ECONÓMICA.

–Entonces, ¿usted no cree que habrá algunos regimientos leales al gobierno, capaces de contener a los golpistas? ¿Entonces no cree en la lealtad de Pinochet y Leigh, a quienes yo nombré como comandantes en jefe? –me dice en tono alterado.

–Presidente, yo creo en la lealtad de Pinochet y también en la de Leigh, pero ellos serán sobrepasados por los generales golpistas, como lo será Montero por Merino, en

forma tan sorpresiva, que no se producirá hacia abajo el quiebre de la verticalidad del mando, porque hasta los oficiales más constitucionalistas entienden que la división de las Fuerzas Armadas es la guerra civil.

–¿Qué salida ve usted, entonces, al problema que enfrenta la Unidad Popular, partiendo de la base que he tratado hasta el último de lograr un entendimiento con la Democracia Cristiana y que no quiero la guerra civil? –me pregunta el Presidente con un sutil tono sarcástico.

–Que el lunes usted pida permiso constitucional por un año y salga del país. Es la única fórmula que queda para preservar la estabilidad de su gobierno, porque volverá en gloria y majestad a terminar su período.

El Presidente se turbó y alzó el busto en su asiento. Me mira con una expresión que nunca olvidaré, porque son sus ojos y no sus labios los que me dicen: «Jamás». Entiendo su mensaje y le añado:

–Olvídese, Presidente, no he dicho nada...[3]

MIENTRAS ESA CONVERSACIÓN SE DESARROLLABA, VÍCTOR PEY ALMORZABA CON LA *PAYITA* EN LA MISMA CASA Y VIO SALIR AL MINISTRO FLORES Y TAMBIÉN AL GENERAL PRATS, QUIEN SE QUEDÓ ALGUNOS MINUTOS CONVERSANDO A SOLAS CON EL PRESIDENTE:

–Lo que pasó en esa reunión, lo supe por la conversación que tuve ese mismo día con Allende y por lo que más tarde le contó Carlos Prats a Ramón Huidobro, en Buenos Aires. El relato de ambos fue el mismo: que Prats, antes de ir a conversar con Allende, había ido a ver a Eduardo Frei y le había hecho ver que si había alguien que podía detener el Golpe era él. Y que cuando le dijo eso, Frei había bajado la mirada y no le había contestado. Y que de ahí se fue a «El Cañaveral», y ya no le cupo la menor duda de que el Golpe era inevitable. Cuando Prats se fue, Allende le pidió a la *Paya* que llamara al general Pinochet, al general Orlando Urbina y al presidente de la CUT, Luis Figueroa, para que fueran el domingo a Tomás Moro. Yo estuve ahí en Tomás Moro cuando todos ellos llegaron.

En otra zona de Santiago, el general Sergio Arellano abandonaba profundamente inquieto la casa de Gustavo Leigh en la población de la FACH, en Las Condes. De allí fue al Club de Carabineros para hablar con el general Arturo Yovane, pero no lo encontró. Fue a la casa del almirante Patricio Carvajal y ambos decidieron que había que cortar camino. Raudo, enfiló hacia la casa de Pinochet.

Cuenta Sergio Arellano:

> Salí en mi automóvil a buscarlo cuando de improviso constaté que se me había agotado la gasolina. Me bajé y saqué del maletero el bidón con 20 litros de reserva que mantenía en permanencia por la dificultad para obtenerla en las estaciones de servicio. Ayudado por una pequeña manguera hice la conexión con el estanque del vehículo, pero mi falta de práctica me hizo tragar gran cantidad de gasolina. Manejé mareado desde la casa de Patricio Carvajal, en la Quinta Normal, hasta la calle Laura Neves, donde residía Pinochet.

PERO PINOCHET NO ESTABA. ALMORZABA FUERA DE SU CASA, LE DIJERON.

Arturo Yovane también se agitaba en esas horas. Tenía que hablar con el general César Mendoza a más tardar esa misma noche:

Llamé a un viejo amigo, que también era amigo de Mendoza, para que organizara una cena en su casa en la que pudiéramos hablar tranquilos. El empresario textil Juan Kassis accedió de inmediato. Apoyaba decididamente la caída de Salvador Allende. En el camino a la casa de Kassis, reflexioné en cómo le diría a Mendoza lo que estaba a punto de desencadenarse. Éramos amigos desde hacía años y sabía que detestaba el mando. En la institución poseía un enorme prestigio como deportista, pero no como policía. Desde que se había graduado en la Escuela de Oficiales, a fines de 1941, solo por breves períodos se había desempeñado en funciones netamente policiales: en Molina y Talca y luego en la Sexta Comisaría de San Bernardo. Había pasado más tiempo vinculado a labores docentes y administrativas, además de las fiscalías de Carabineros. En ese momento, como director de Bienestar, estaba prácticamente marginado de la contingencia policial.

AL FINALIZAR LA COMIDA, YOVANE SE DECIDIÓ Y LE REVELÓ LOS PLANES REQUIRIENDO UNA RESPUESTA INMEDIATA: «MENDOZA TITUBEÓ UNOS MINUTOS. AUNQUE UNA DE SUS FRASES PREDILECTAS ERA “LA VIDA ES DEMASIADO SERIA PARA TOMÁRSELA EN SERIO”, ESA NOCHE PREFIRIÓ PENSAR DOS VECES ANTES DE DAR UNA RESPUESTA. NO ESTABA DEL TODO SORPRENDIDO. EL MALESTAR DE LOS MILITARES ERA CONOCIDO, PERO MENDOZA DUDABA DE LO GENERALIZADA QUE PODRÍA SER LA ACCIÓN PLANIFICADA. AL CABO DE UNOS MINUTOS, QUE SE ME HICIERON ETERNOS, MENDOZA ACEPTÓ. FUE EL MOMENTO DE ENTRAR EN LOS DETALLES».

«Mendoza quería estar al tanto de todo. Yo me excusé, no por razones de seguridad sino más bien argumenté que aún no existía un plan concreto sobre acciones conjuntas. Ahí comenzamos a discutir sobre lo que sucedería en el Alto Mando de Carabineros. Por respeto y para evitar un quiebre interno, los generales Sepúlveda y Urrutia no serían detenidos, pero sí marginados. La sola imposición del ascenso de Mendoza, sexta antigüedad, los obligaría a renunciar...».

MIENTRAS MENDOZA Y YOVANE FINIQUITABAN LA NEUTRALIZACIÓN DE LOS GENERALES Y OFICIALES CONSTITUCIONALISTAS DE CARABINEROS, Y EL ALMIRANTE PATRICIO CARVAJAL REVISABA UNA Y OTRA VEZ LOS CURSOS DE ACCIÓN VIAJANDO A VALPARAÍSO Y REGRESANDO DE INMEDIATO A SANTIAGO, EN UNA TRANQUILA CASA DE CALLE DIAGONAL ORIENTE, LOS MIEMBROS DEL CENOP SE REUNÍAN ALREDEDOR DEL CAMASTRO DE FÉLIX HUERTA.

Recuerda Manuel Contreras:

–Tenía pegada en mi retina la imagen de cómo fue quedando La Moneda a partir del «Tanquetazo»: en las oficinas del Ministerio Secretaría General de Gobierno, cuyo titular era Arsenio Poupin, los kárdex abiertos y las carpetas ordenadas y amarradas con cordel, los escritorios desocupados. La mudanza de la historia había comenzado en un marco de agonía... Ese sábado teníamos la convicción de que el gobierno estaba hundido; veíamos a Salvador Allende desesperanzado, convencido de su soledad, rodeado solo por un pequeño grupo de fieles amigos y colaboradores. La gente estaba asustada, con un temor paralizante. Nosotros mismos en el CENOP habíamos sacado los documentos. Entre bromas y chistes no pudimos desprendernos de una sensación de tragedia y fatalismo. En ese contexto, recuerdo que Claudio Jimeno exclamó: «Cuando me muera quiero que en mi epitafio pongan: aquí yace Claudio Jimeno, nació en Parral, no debió haber salido nunca de allí». Tenía un humor extraordinario.

Félix Huerta también recordó esa noche y otras más:

–Esa semana tuvimos una de las conversaciones más bonitas con Allende y la más impresionante. Nosotros teníamos 28, 29 años y terminamos conversando, por primera vez, de mujeres con un hombre que tenía más de 60 años. Fue una noche medio mágica. Me quedé con esa expresión lúdica que le vi en esa ocasión en su cara al hablar de mujeres. Y cuando de pronto surgió nuevamente el tema del Golpe que se anunciaba, Allende dijo: «Lo único que lamento es que va a morir mucha gente como ustedes, que no ha vivido todo lo necesario». Y acto seguido gráficamente nos describió cómo iba a morir en esa eventualidad: ¡pegándose un «rafagazo!». Así terminó esa charla, con la convicción de que ya no había nada que pudiera detener la destrucción...

A pesar de esa convicción de que la cuenta regresiva había llegado a su fin, Allende no olvidó ese sábado celebrar el cumpleaños de su hija *Tati*. Hasta la casa de «El Cañaveral» llegó un pequeño grupo de amigos muy íntimos. Entre ellos estaba Víctor Pey:

–Fue una celebración tenebrosa. Se respiraba el drama. Era inminente. Y ahí estaban Orlando Letelier con su esposa, Isabel Margarita; Augusto Olivares con su mujer, Mireya Latorre. Éramos ocho o diez personas, una celebración muy limitada. Orlando era muy bueno para tomar la guitarra y tocar tangos. Y a Allende le gustaban muchos los tangos. Esa noche, Letelier cantó varios y con un vozarrón fenomenal.

[1]. Reportaje de Patricia Verdugo y Mónica González, publicado en revista *Siete+7* en 2007.

[2]. Entrevista con la autora (2002).

[3]. De las *Memorias* del general Carlos Prats.

CAPÍTULO XXII

¿DE QUÉ LADO ESTÁ PINOCHET?

EN LA NOCHE DEL SÁBADO 8 DE SEPTIEMBRE, EL GENERAL SERGIO ARELLANO SEGUÍA BUSCANDO A PINOCHET POR TODO SANTIAGO. HASTA QUE SUPO DÓNDE PODÍA ENCONTRARLO: EN MEDIO DE LA ALGARABÍA DE UN MATRIMONIO. EL PRESTIGIOSO NEUROCIRUJANO JUAN RICARDO OLIVARES NUNCA IMAGINÓ QUE LA BODA DE SU HIJA XIMENA CON EL INGENIERO RAFAEL GONZÁLEZ AMARAL, HIJO DEL OFICIAL RETIRADO RAFAEL GONZÁLEZ, PUDO SER EL LUGAR GEOGRÁFICO DONDE SE FINIQUITARÍAN LOS ÚLTIMOS Y FUNDAMENTALES AJUSTES DEL ASALTO AL PODER.

Apenas terminada la ceremonia religiosa, Arellano recorrió con la mirada a la concurrencia y fijó sus ojos buscando al único hombre que le interesaba: Augusto Pinochet. Faltando pocos minutos para las 20 horas, constató que el comandante en jefe del Ejército no había concurrido.

Sergio Arellano relata lo que sucedió después:

> Decidí hablar con el general Augusto Lutz, director de Inteligencia del Ejército, el que si bien nunca había participado de ninguna reunión previa con nuestro grupo consideré que, dado el rol que tenía en la institución, había llegado el momento de al menos alertarlo de que algo iba a ocurrir. Lo mismo hice con el coronel en retiro Alberto Labbé. Éramos muy amigos y un hombre de mi plena confianza. Y tan amigos éramos que, al ver que Pinochet ya no venía y sabiendo que debía hablar con él a toda costa, le dije que debía partir en su búsqueda y le pedí que se llevara a mi mujer de regreso a nuestra casa si al concluir el matrimonio no hubiera regresado. Tratando de pasar inadvertido salí y me fui directo a la casa de Pinochet, en calle Laura Neves, al lado del Estadio Israelita. Y allí finalmente lo encontré.

POCO ANTES DE LAS 21 HORAS Y EN EL ESCRITORIO DE LA CASA TÍPICA DE CLASE MEDIA QUE HABITABA EL MATRIMONIO PINOCHET-HIRIART, SE INICIÓ LA CONVERSACIÓN CRUCIAL ENTRE LOS DOS HOMBRES, CONTADA POR EL VISITANTE:

> Lo primero que hice fue un rápido recuento de la situación indicándole que el momento que vivía el país hacía inevitable una definición de las Fuerzas Armadas y que ello ocurriría en la semana por iniciarse. Le agregué que la Fuerza Aérea iba completa con su comandante en jefe, general Gustavo Leigh a la cabeza; igual la Armada, con el almirante José Toribio Merino; que Carabineros sería dirigido por los generales César Mendoza y Arturo Yovane y que si bien había dudas de muchos generales de esa institución, contábamos con las escuelas y el grupo de Servicios Especiales. Además, nos asistía la seguridad de que Carabineros deseaba volver a su normal cauce profesional, dejando definitivamente de lado la ruta desviada que le señalaba el marxismo. Finalmente le manifesté a Pinochet que el Ejército estaba en la misma línea que las demás instituciones que pensaban actuar en contra del gobierno que destruía nuestro país. Tenemos dos alternativas –le dije–, o los generales con su comandante en jefe a la cabeza asumimos nuestra responsabilidad o nos desentendemos y la mayoría de los comandantes de unidades se plegarán por su cuenta a las otras instituciones ya que la acción se haría de todas maneras el día 11. Esta última

posibilidad, le recalqué, sería funesta para nosotros porque el Alto Mando quedaría totalmente desprestigiado e inhibido para ejercer su influencia posteriormente. Pinochet habló poco esa noche. Estaba preocupado: tenía que tomar una decisión. Así lo pensaba yo después que le había hablado con la pasión que nos inspiraba la gran causa que habíamos abrazado. En un momento me dijo textualmente: «¡Yo no soy marxista, mierda!», y golpeó el brazo del sillón en el cual estaba sentado. Le repliqué que lo sabía y que entonces lo pondría en contacto con el general Gustavo Leigh, que estaba esperando el resultado de esa conversación en su casa. Ahí Pinochet me dijo que no era necesario, que él mismo lo llamaría más tarde...

ARELLANO SALIÓ DE LA CASA DE PINOCHET CON LA SENSACIÓN DE QUE YA NADA PODÍA IMPEDIR QUE EL EJÉRCITO SE PLEGARA A LA INTERVENCIÓN ARMADA. EL TIEMPO APREMIABA, POR LO QUE NUEVAMENTE CRUZÓ SANTIAGO Y TOMÓ DIRECCIÓN SUR, HACIA EL BARRIO DE QUINTA NORMAL, DONDE ESPERABA IMPACIENTE EL ALMIRANTE CARVAJAL.

Me fui a la casa de Carvajal para informarlo, no para darle cuenta, porque no era mi superior, pero él nos coordinaba. Le relaté la conversación y que Pinochet había quedado de llamar él mismo a Leigh, el que esperaba su llamado. Carvajal me preguntó en qué disposición lo había encontrado y le conté incluso su última exclamación...

DE LO QUE EL GENERAL AUGUSTO PINOCHET PENSÓ E HIZO ESA NOCHE SOLO EXISTE SU TESTIMONIO. PERO LO REAL ES QUE NO SE COMUNICÓ CON EL GENERAL GUSTAVO LEIGH. EL SILENCIO DE PINOCHET ENCENDIÓ EL ESTADO DE EMERGENCIA EN EL MANDO CENTRAL DE LA CONJURA. EN UNA ENTREVISTA QUE LE HICE EN 1984, LEIGH ME RELATÓ LO QUE SUCEDIÓ EL DOMINGO 9 DE SEPTIEMBRE.

–Ese día, Carlos Altamirano, jefe del Partido Socialista, pronunció en la mañana, en una concentración en el Teatro Caupolicán, un discurso muy violento que fue transmitido por dos o tres radioemisoras. Lo escuchamos todos, es decir, todo mi cuerpo de generales. En ese discurso, Altamirano dijo que había llegado el momento de actuar, que las Fuerzas Armadas eran pueblo y que nadie le podría impedir continuar con sus contactos con suboficiales de la Armada o de otra institución. Fue un discurso desafiante. Los generales comenzaron a llegar a mi casa... Poco después, en horas de la tarde, conversé con el almirante Patricio Carvajal y ante el silencio de Pinochet, decidí dirigirme a su casa, que estaba como a dos o tres cuadras de la mía...

En la casa de Pinochet había ambiente de fiesta: se celebraba el cumpleaños de Jacqueline, su hija menor.

El día decisivo da su versión de los hechos:

A la hora del té vino el comandante en jefe de la FACH, general Gustavo Leigh, con quien pasé al escritorio so pretexto de mostrarle un mapa recientemente adquirido. Allí podía exponerme ahora lo que no había podido hacer días antes. Me dijo que las cuatro instituciones unidas podían derrocar al gobierno marxista, que se nombraría una Junta de Gobierno, cuyo Presidente sería yo, pese a que él era dos días más antiguo, a lo que repliqué que esa afirmación era un error de su parte, pues los comandantes en jefe representan a sus instituciones en el orden Ejército, Armada y FACH. Como aceptó lo que yo le exponía y no era momento de discusiones, me limité a escucharlo y decirle que el Ejército no tenía problemas para actuar. Estábamos en ese lugar conversando sobre nuestra resolución, cuando llegaron a la casa dos altos jefes de la Armada, a quienes mi esposa hizo pasar al escritorio. Allí manifestaron que eran portadores de un documento del Almirante Merino, Jefe de la I Zona Naval...

EL RECUERDO DE LEIGH ES DIAMETRALMENTE DISTINTO:

–Le dije que la situación había llegado a un punto de tal gravedad, lo que confirmaba el discurso de Carlos Altamirano ese día, que la Fuerza Aérea y la Armada íbamos a actuar. No sé si tú lo harás –le dije– pero nosotros sí lo haremos, aunque tengamos que hacerlo solos. Yo sabía, le agregué, que la Marina estaba mucho más motivada que nosotros, sabía que contábamos con todo el apoyo de la Armada. Luego de escucharme, Pinochet empezó con elucubraciones. Dijo: «Mira, pero tú sabes que esto nos puede costar la vida...» ¡Por supuesto!, le repliqué, pero aquí no queda otra cosa que jugarse. Él siguió especulando y vacilando. Nos interrumpió el timbre de la casa. Era el almirante Huidobro que venía con un mensaje del almirante Merino, con la famosa carta...

El almirante Sergio Huidobro ratificó, en su libro *Decisión naval*, el contexto en el que finalmente se selló la conspiración. Ahí se relatan los antecedentes que se tenían en mano en la tarde del sábado 8 de septiembre, cuando en Valparaíso, en la Academia de Guerra Naval, se realizaba el último Consejo Naval en democracia, encabezado por el almirante Merino:

> Existían antecedentes suficientes como para poder asegurar el compromiso de la Fuerza Aérea. En cuanto a Carabineros, en su gran mayoría habían podido dar testimonio de su plena concordancia; pero por su estructura, diseminada a lo largo del territorio en pequeñas unidades, era más difícil evaluar. Pero el Ejército continuaba siendo una incógnita... Así se llegó a un callejón sin salida puesto que debíamos tener la plena seguridad de que las tres ramas de las Fuerzas Armadas y de Orden concordaban con un movimiento unitario para evitar caer en una confrontación interna en que los partidarios de la Unidad Popular pudieran contar con el inevaluable apoyo de algún sector de las Fuerzas Armadas y de Orden, por fragmentario que este fuera. La llegada del almirante Carvajal, con sus últimas informaciones, complicó aun más la situación. El almirante Carvajal reiteró el pleno acuerdo de la Fuerza Aérea, pero lamentó informar no haber podido traer una respuesta categórica del Ejército... El almirante Carvajal me dijo: «Se ha tornado muy difícil lograr un consenso absoluto y si el pronunciamiento sufre una postergación la situación puede ser muy negativa, de manera que le encargo agotar la forma de lograr que se llegue a una resolución afirmativa en horas, ojalá no más allá de 24 horas»... Se acordó entonces que, por razones de seguridad, básicamente para distraer la vigilancia que se ejercía sobre la mayoría de nosotros, debíamos reunirnos en la Capilla Naval de Las Salinas durante la misa a la que tradicionalmente concurrían los marinos del sector; y después pasar a un lugar privado. Inmediatamente el almirante Weber ofreció su casa, vecina a la Parroquia...

LA REUNIÓN SE REALIZÓ EL DOMINGO 9. SERGIO HUIDOBRO SALIÓ CON LA ORDEN DE VIAJAR A SANTIAGO Y VISITAR A LOS GENERALES PINOCHET Y LEIGH. HUIDOBRO RELATÓ:

> Con el comandante Ariel González salimos rápidamente de la reunión para evitar posibles cambios de opinión y nos dirigimos a Santiago... Al pasar frente al Santuario de Lo Vásquez, la Virgen nos ayudó. Nos faltaba algo importante: un documento, un testimonio que me acreditara representante oficial de la Armada, con poderes para establecer acuerdo; el «tradicional papelito», el «vale de cantina» como me comentó riendo aliviado el comandante González. Por asociación de ideas comprobé que no llevaba ni documentos personales ni dinero para el peaje. Regresamos pues a Valparaíso y nos dirigimos a la residencia del almirante Merino... Mi inesperada llegada sorprendió al almirante y escuchando el relato de lo ocurrido, tomó un block de su escritorio y cuando iba a proveerse de la pluma para redactar el documento que me calificaba como su enviado especial ante los comandantes en jefes de las otras instituciones, me apresuré a pasarle la mía con la que escribió rápidamente y sin vacilaciones el documento siguiente:

GUSTAVO Y AUGUSTO.
BAJO MI PALABRA DE HONOR, EL DÍA D SERÁ EL 11 A LA HORA 06.00. SI UDS. NO PUEDEN CUMPLIR ESTA FASE CON EL TOTAL DE LAS FUERZAS QUE MANDAN EN SANTIAGO, EXPLÍQUENLO AL REVERSO. EL ALMIRANTE HUIDOBRO ESTÁ AUTORIZADO PARA TRATAR Y DISCUTIR CUALQUIER TEMA CON USTEDES.
LES SALUDA CON ESPERANZA Y COMPRENSIÓN:
MERINO
Y AL REVERSO DE LA NOTA SE LEE:
GUSTAVO: ES LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD.
J.T.
AUGUSTO: SI NO PONES TODA LA FUERZA DE SANTIAGO DESDE EL PRIMER MOMENTO, NO VIVIREMOS PARA EL FUTURO.

A LA PERIODISTA MARÍA EUGENIA OYARZÚN, HUIDOBRO LE REVELÓ OTRO DATO CLAVE QUE RATIFICA LA DECLARACIÓN DE GUSTAVO LEIGH Y QUE PERMITE ENTENDER EL POR QUÉ SE HALLABAN REUNIDOS LEIGH Y PINOCHET CUANDO LLEGÓ A LA CASA DEL ÚLTIMO –«CASUALMENTE»– EL ALMIRANTE SERGIO HUIDOBRO:

Llegamos a Santiago, a la Quinta Normal, donde vivía el almirante Carvajal, que estaba en el bautizo de su nieto menor. Apenas nos vio, comprendió. Le dije a Carvajal que estaba todo listo y que venía con este documento y que era mejor que él llamara al general Gustavo Leigh y al general Pinochet para ubicarlos. Él llamó a Leigh primero y le dijo que yo venía de Valparaíso y quería hablar con él. Leigh le respondió que lo telefoneara en media hora más. Después llamó al general Pinochet y este le señaló que fuera inmediatamente a su casa... Leigh había pedido media hora para establecer primero el contacto para andar en coyunda, seguramente...

PINOCHET CUENTA ESE EPISODIO QUE SE DESARROLLÓ EN SU CASA:

Leída nuevamente la comunicación enviada por el jefe de la I Zona Naval, rechacé la pluma fuente que me ofreció uno de sus portadores, expresándole que yo para este caso usaba lo propio y procedí a firmarla junto con el comandante en jefe de la FACH. Al término de este compromiso les señalé a los jefes de la Armada y la FACH que el Ejército estaba listo y que actuaría el 11 de septiembre. No quise participarles cuánto me complicaba tener que apurar los acontecimientos en mi institución. Ello me obligaba a apresurar las órdenes y enviarlas el lunes 10 de septiembre. Más adelante conversé con el general comandante en jefe de la FACH sobre la participación de esa institución. Como prácticamente el problema era esencialmente del Ejército, le expresé que aceptaba el bombardeo de La Moneda, en caso de resistencia de parte de los marxistas, pues sabía que la acción mientras más dura, produciría una más rápida decisión y con ello se ahorrarían muchas vidas... Los visitantes se retiraron, sin aceptar la taza de té que les ofrecí...[1]

EL ALMIRANTE MERINO, FINALMENTE EN JUNIO DE 1992, CUANDO YA ESTABA RETIRADO DE LA MARINA, EN ENTREVISTA HECHA PARA EL ARCHIVO DE LA UNIVERSIDAD FINIS TERRAE, REVELÓ LO QUE EL ALMIRANTE SERGIO HUIDOBRO LE INFORMÓ AL REGRESAR ESA NOCHE A VALPARAÍSO:

Pinochet les dijo: «Yo no tengo planes, no puedo traer tropas, no puedo hacer ninguna cosa» aludiendo a no sé qué cosa que había pasado antes..., el «Tanquetazo» (*la sublevación militar del Blindado de junio de 1973*) o algo así. Así es que –dijo– ante cualquier movimiento del Ejército estaban encima Carabineros e Investigaciones (que los detectarían). Huidobro le dijo que lo importante era que ahí estaba la fecha y que le daban un día de plazo, porque yo podría haber partido esa misma noche, pero no sacaba nada.

EL RELATO DEL ALMIRANTE MERINO CONFIRMA LA VERSIÓN QUE ME ENTREGÓ GUSTAVO LEIGH:

–Yo firmé de inmediato. Pinochet vaciló un poco buscando un timbre que quería colocar al lado de su firma y que no encontraba nunca. Luego me dijo que esto no podía decírselo a todo su Cuerpo de Generales, que él confiaba en cinco y no más. Muy de pasada, vimos que teníamos que tomar contacto con la gente de Telecomunicaciones para que estableciera los nexos entre los diferentes puestos de mando. Nos despedimos después que Pinochet me invitó a almorzar el lunes 10, en la comandancia en jefe, para presentarme a los únicos generales de Ejército que estarían al tanto del asunto.

El hombre que esa tarde de agosto de 1984 me relató cómo se rubricó el documento que le puso el sello definitivo al Golpe, poco se asemejaba al comandante en jefe de la Fuerza Aérea y miembro de la Junta Militar. Aquel Leigh, que en sus primeras palabras, cuando aún el humo cubría La Moneda, anunció que había que «exterminar el cáncer marxista». Once años después de la culminación de la conjura, estaba de civil. Había sido obligado a despojarse de su uniforme un día de 1978, cuando otro Golpe, pero esta vez al interior de las Fuerzas Armadas, lo expulsó del poder, arrastrando con él a la mayoría de los generales de la FACH. Nuestra entrevista terminó tarde aquella noche. Al final, dijo con voz potente:

–El general Pinochet, en los libros que ha escrito, ha dejado ver que él preparó a conciencia los planes con el pretexto de actuar frente a un supuesto plan subversivo, en el caso que los cordones llegaran a Santiago y, de esa forma, planificar cómo iban a actuar las Fuerzas Armadas. Los únicos que pueden desmentir en los hechos tales aseveraciones son los actuales generales de Ejército en retiro, como Sergio Arellano Stark. Pero ellos han guardado absoluto secreto. Algún día todo esto se aclarará y generales como Arellano, el director de la Academia de Guerra y otros contarán la verdad. Por el momento, yo lo único que sé es que cuando el 9 de septiembre fui a hablar con Pinochet, este estaba totalmente en pampa. Incluso me pidió que al general Orlando Urbina, su amigo y a quien se sabía leal a Salvador Allende, lo trasladara a Temuco y no lo dejara salir de la ciudad... Eso es lo que sé.

La tarde del domingo 9 de septiembre de 1973 ni Leigh ni los almirantes conjurados, y menos el general Arellano, sabían lo que el general Pinochet había hecho ese mediodía en compañía precisamente del general Orlando Urbina, el hombre que Pinochet le pide a Leigh que saque de Santiago y lo retenga lejos...

Pinochet nunca dirá una sola palabra del encuentro que ese mediodía de domingo tuvo con Salvador Allende, acompañado por su amigo y segundo al mando del Ejército: Urbina. Una reunión de la que se enteraron, además de los ya nombrados, Víctor Pey y el asesor personal de Allende, Joan Garcés. Ellos vieron a Pinochet llegar a Tomás Moro, vestido de civil, junto a Urbina. El objetivo era breve pero vital: dar cuenta al Presidente de la situación que se estaba viviendo en los cuarteles y el desarrollo de las medidas que se estaban adoptando para neutralizar a los golpistas. Un plan que se había puesto en marcha cuando el general Carlos Prats fue forzado a retiro, y la alarma roja se encendió al mismo tiempo que una fuente confidencial y segura le informó el 22 de agosto a Allende que aviones norteamericanos y tropas de infantería del Ejército de Brasil se habían apostado en la zona boliviana fronteriza con Chile.

A miles de kilómetros de distancia, en el cuartel general de la CIA, en Estados Unidos, el informe que el jefe de la estación de Santiago despachó, el 8 de septiembre,

provocaba agitación:

> Según… (*tarjado en el original*) la Armada está programada para iniciar un movimiento destinado a derribar al gobierno del Presidente Salvador Allende, el 10 de septiembre. (*tarjado en el original*), dice que la Fuerza Aérea apoyaría esta iniciativa de la Armada después que esta realice una acción positiva como tomarse la provincia de Valparaíso lanzando un ultimátum que pida la renuncia de Allende o amenace con avanzar hacia Santiago… (*tarjado en el original*) hizo notar que el almirante José Merino, comandante de la Primera Zona Naval de Valparaíso, está tratando infructuosamente de postergar esta acción hasta el 12 de septiembre, cuando espera ser nombrado comandante en jefe de la Armada… (*tarjado en el original*) informa que luego que la Armada realice una acción positiva contra el gobierno, la FACH silenciará todas las radios gobiernistas. Al mismo tiempo, la FACH proyecta establecer una red nacional de radios utilizando las radios de oposición existentes, como Balmaceda, Minería y Agricultura… (*tarjado en el original*) informa que el general Gustavo Leigh ha tomado contacto con el comandante en jefe del Ejército, general Pinochet, sobre este asunto y Pinochet dijo que el Ejército no se opondrá a esta acción de la Armada. El… (*tarjado*) cree que las unidades del Ejército se unirán al Golpe después que la FACH preste su apoyo a la Armada. Sin embargo, dijo no saber si los generales del Ejército apoyarían activamente el esfuerzo de la Armada y la FACH para derribar a Allende… (*tarjado*) dice que el general Arturo Yovane, de Carabineros, prometió apoyar el Golpe y garantizó el apoyo de la Escuela de Oficiales, del Grupo de Servicios Especiales y de los guardias de palacio… (*tarjado*) agregó que sería difícil tomarse el palacio presidencial y la residencia de Allende, pero que con el apoyo de los carabineros las Fuerzas Armadas podrían tomar el control de esos lugares estratégicos… (*tarjado*) dice que un Golpe pudiera llevarse a cabo el 10 de septiembre o al menos en la semana del 10, que hay diversas circunstancias posibles que podrían parar un intento de Golpe… (*tarjado*) informa que si Allende renuncia, llama a plebiscito o anuncia la formación de un gabinete totalmente militar, se produciría una postergación de los planes de la Armada… (*tarjado*) dice que el almirante Merino, muy respetado por los nuevos oficiales en Valparaíso, podría ser capaz de convencer a los complotados en Valparaíso de postergar sus planes por varios días.

EL INFORME CONCLUYE:

> El Presidente Allende aún tiene algún espacio para maniobrar. Podría descomponer el reloj de los complotados o paralizarlos completamente con una iniciativa que saliera al encuentro de las peticiones de las Fuerzas Armadas y/o del Partido Demócrata Cristiano...

EL RELOJ DE LOS COMPLOTADOS ESTABA EN TOTAL SINCRONIZACIÓN CON EL PRESIDENTE NIXON, LA CIA Y EL DEPARTAMENTO DE ESTADO, AL PUNTO QUE EL EMBAJADOR DE ESE PAÍS EN CHILE, NATHANIEL DAVIS, LE ANUNCIÓ AL MINISTRO DE DEFENSA, ORLANDO LETELIER, EL VIERNES 7 DE SEPTIEMBRE, QUE DEBÍA VIAJAR A WASHINGTON, LLAMADO POR KISSINGER Y QUE REGRESARÍA EL MARTES 11 EN LA TARDE PARA REUNIRSE EL MIÉRCOLES 12, TAL COMO LO HABÍAN ACORDADO CON ANTELACIÓN.

Cuando Davis llegó a la Casa Blanca, el 8 de septiembre al mediodía, Kissinger lo recibió con una exclamación: «¡Bueno, ya está en marcha el Golpe en Chile!»[2].

Esa misma mañana del domingo 9 de septiembre, Allende se reunió con Luis Corvalán, Víctor Díaz y Orlando Millas. Fue su última entrevista con los máximos dirigentes comunistas. Millas dijo que Corvalán exhortó al Presidente a convocar al plebiscito aunque el PS discrepara. Pero Allende replicó que, siendo Presidente, aparecer desleal con el partido de toda su vida, le parecía imposible. Que por ello había dispuesto que el ministro Letelier hiciera una última gestión para conseguir la aprobación socialista. También había instruido al ministro Carlos Briones para que reforzara la preparación de

un acuerdo con la DC. Por último, les dijo, a la una de la tarde llegarían los militares a los que anunciaría su decisión de llamar a plebiscito. Allende concluyó:

«Si llega a pasar algo y se repite lo del "Tanquetazo", será mi responsabilidad afrontar en La Moneda los acontecimientos. La vez pasada estuvo Orlando Millas a mi lado, era ministro. En una nueva dificultad prefiero que no se expongan los miembros de las comisiones políticas de la Unidad Popular. Me parece que saldremos adelante con éxito; pero si llegásemos a ser derrotados, tienen que contar la verdad sobre lo que hemos pensado y hecho, y sobre todo, deben continuar la trayectoria del movimiento popular sus dirigentes probados. Que quede claro que yo estaré en mi puesto y ustedes en el suyo. La historia de Chile no termina con la Presidencia de Allende...».

Todos estaban obligados a situarse ante el peor de los escenarios. Los comunistas decidieron que alguien debía asegurar el contacto de Allende con su comisión política. El elegido sería el doctor Enrique Paris, vicerrector de la Universidad de Chile, nombre que Allende aceptó con satisfacción. A las 12 horas del domingo 9 de septiembre, en Tomás Moro, se decidió el destino de un médico cuya misión en La Moneda estaba sujeta al peor escenario. Resulta patético revisar hoy el diseño de la defensa del gobierno. Este contemplaba, entre otras cosas, un refuerzo de mil hombres en la dotación de Carabineros de Santiago, por ser la institución de manifiestas señales de simpatía por las autoridades políticas y de mayor composición popular.

Ese domingo 9 de septiembre, Allende y Pinochet estuvieron frente a frente por última vez. El general fue breve y preciso. Expresó que estaba firmemente decidido a impedir la explosión de la violencia y reafirmó el pleno respeto del Ejército a la autoridad presidencial. Y puntualizó que, sin el apoyo del Ejército, ni la Armada ni la Fuerza Aérea podían pensar siquiera en un plan de insubordinación.

Allende tenía prisa. En su mente estaba el texto del anuncio de plebiscito que haría al país en las próximas horas. «Es la única solución democrática para evitar el Golpe o la guerra civil», les dijo a Pinochet y a Urbina.

A la misma hora que Pinochet regresaba a su hogar, pasadas las 14 horas, el ministro Fernando Flores tocaba el timbre en la casa del general Carlos Prats, aún instalado en Presidente Errázuriz.

«Me dice que le preocupa mi seguridad, que no debo seguir viviendo en la residencia de los comandantes en jefe, donde considera que mi vida corre peligro», relató Prats más tarde.

El motivo de la agitación que dominaba al general Sergio Arellano y le impedía dormir en la madrugada del domingo 9 de septiembre, era precisamente lo que se preparaba. A las 6 de la mañana, y habiendo dormido solamente tres horas, se levantó y fue a buscar a su chofer para continuar los preparativos del día 11. Al mirar su agenda se percató de que era San Sergio, lo que le brindaba un gran pretexto para llamar al general Yovane con la excusa de ponerse de acuerdo en la hora de su «festejo». El Club de Carabineros, al mediodía, fue el punto de reunión.

–Todo está listo para la acción del día 10 –le dijo Yovane.

Un sudor frío recorrió la espalda de Arellano. En dos segundos imaginó lo que pudo haber ocurrido de no mediar esa llamada ya que Yovane, erróneamente, creía que el día «D» era el 10. Al separarse, la ansiedad siguió en aumento. En su casa tampoco descansó, por lo que, en horas de la tarde, partió al comando de tropas en Peñalolén y revisó los proyectos de bandos militares con los que se anunciaría a la población el Golpe

de Estado y las primeras instrucciones. Cuando terminó, cogió un libro y durante algunas horas se instruyó sobre el derecho a la rebelión.

Pero el desasosiego no acababa. El Comando de Aviación del Ejército fue su próxima parada. Allí inspeccionó los helicópteros PUMA. Había ordenado colocarles ametralladoras en ambas puertas. Los pilotos le comentaron sobre los resultados de la práctica de tiro que habían realizado en los contrafuertes cordilleranos. Arellano miró su reloj y partió a su próximo encuentro.

A las 19 horas en punto sus tres invitados llegaron a su casa en calle Latadía: Jorge Fontaine Aldunate, presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio, el máximo organismo gremial del empresariado; el senador democratacristiano, Juan de Dios Carmona, y el coronel (R) Alberto Labbé Troncoso. A los tres informó de lo que ocurriría el martes 11 y lo que se esperaba de ellos. La conversación finalizó a las 21 horas. Arellano volvió a salir. Nuevamente la excusa del «San Sergio» lo llevó a la casa del general Sergio Nuño. A la reunión se sumó el general Arturo Vivero. Los tres afinaron detalles.

A la medianoche del domingo los barcos de la marina norteamericana que debían participar junto a la escuadra chilena en la «Operación Unitas» habían tomado posición.

La máquina de guerra estaba lista para entrar definitivamente en acción.

[1]. De *El día decisivo*.

[2]. Del libro *Los dos últimos años de Salvador Allende* de Nathaniel Davis, quien regresa a Chile, según su versión, el domingo 9 de septiembre, horas antes que estalle el Golpe de Estado.

Capítulo XXIII

LA ÚLTIMA NOCHE DE ALLENDE

AUGUSTO PINOCHET SE INCORPORÓ FINALMENTE A LA CONJURA EL LUNES 10 DE SEPTIEMBRE. EN LAS DEPENDENCIAS DEL MINISTERIO DE DEFENSA SE REUNIÓ CON EL GENERAL SERGIO ARELLANO PARA REVISAR LOS PLANES DEL DÍA SIGUIENTE. EL NERVIOSISMO Y LA ANSIEDAD POR LO QUE SE AVECINABA APACIGUARON LA INCÓMODA SITUACIÓN QUE SE HABÍA INSTALADO ENTRE ELLOS. EL JEFE DEL EJÉRCITO SABÍA QUE SU INTERLOCUTOR HABÍA MANEJADO HASTA ESE MOMENTO EL CURSO DE ACCIÓN, PERO AHORA SERÍA ÉL QUIEN TOMARÍA EL CONTROL Y EL MANDO.

Al terminar la sesión, Pinochet le informó a Arellano que esa noche se instalaría en Peñalolén, el cuartel de Arellano, «para aprovechar las centrales de comunicación».

Arellano se cuadró en señal de subordinación.

A las 11 horas, en Peñalolén, la expectativa llegaba a su clímax. Arellano había citado a su cuartel general completo y a todos los jefes y oficiales de los Comandos de Ingenieros, Aviación y Telecomunicaciones. El silencio era total. Los rostros reflejaban la tensión extrema que precedía al asalto.

Arellano se situó en el medio para hablar. Con palabras cuidadosamente escogidas dijo que ante el caos reinante, las Fuerzas Armadas y Carabineros habían resuelto derrocar al gobierno marxista de la Unidad Popular. Y precisó:

–Mañana, a partir de las 8:30 horas, en Santiago y provincias, con excepción de Valparaíso, donde la hora «H» ha sido fijada a las 6:00 horas...

Una sonería de teléfono interrumpió la arenga. Los oficiales aprovecharon el paréntesis para hablar todos al mismo tiempo. Arellano pidió silencio y continuó con su informe:

–...el Ejército y la Fuerza Aérea entrarán en acción con sus comandantes en jefes a la cabeza. La Armada será comandada por el almirante José Toribio Merino y Carabineros por el general César Mendoza.

Con voz de mando fue entregando a cada unidad la misión que le correspondía para finiquitar con una orden perentoria: la más completa reserva de todo lo hablado, la que hizo extensiva a la interlocución con sus familiares:

–Cualquier infidencia puede echar por tierra nuestros planes y desbaratar nuestra misión de asumir nuestra responsabilidad para con la Patria y con la historia.

Nuevamente el silencio fue total. Arellano lo aprovechó para una última recomendación:

–Esta noche hagan que sus esposas e hijos duerman en casas de familiares o amigos. Es una medida especial de seguridad ya que no se puede predecir la respuesta del enemigo.

Antes de concluir, notificó que su puesto de combate estaría en la oficina del comandante de la Guarnición de Santiago, desde donde dirigiría las operaciones. Los oficiales comenzaron a dispersarse. Arellano retuvo con un gesto al comandante del Batallón de Telecomunicaciones, el coronel Rafael Ortiz.

–Adopte todas las medidas para recibir en pocas horas más, en Peñalolén, al general Pinochet y a su plana mayor.

El mando ya estaba configurado y en conocimiento de cada jefe de unidad. La Guarnición Militar de Santiago quedó a cargo del general Herman Brady. Bajo su mando estaba Arellano, con el control de la Agrupación Santiago-Centro. El general César Benavides, en la Agrupación Este. El coronel Felipe Geiger, en la Agrupación Norte. La Agrupación Reserva (del regimiento Blindado Nº 2) fue encomendada al general Javier Palacios.

En el Ministerio de Defensa, el general Gustavo Leigh aún no conseguía controlar la ira. Había estado a punto de perder el control en un intercambio con Alfredo Joignant, el director de Investigaciones. Este último reconstruye las incidencias de ese episodio veintisiete años después[1]:

–El domingo 9, de acuerdo a lo convenido en presencia del Presidente, nos juntamos a las tres de la tarde, con Soler Manfredini y su gente y partimos a Sumar. Al frente había varias casas de madera, y la versión era que desde esas casas habían salido los disparos en contra de la Fuerza Aérea. La verdad es que no tuve ninguna duda de que los milicos habían disparado a granel: había impactos de armas de gran calibre. Pero también no hubo duda de que habían disparado del otro lado. ¿Cuál era la diferencia? El calibre de las armas de unos y otros. El lunes 10 nos entrevistamos con Leigh, cada uno con su informe. Llegué a las 11 de la mañana a la oficina del comandante en jefe de la FACH, con los prefectos Romero y Rada. Leigh habló primero. Dijo: «¡Para qué tanto informe si ya está claro que mis fuerzas han sido agredidas por los extremistas!». Pero el informe de la Policía decía todo lo contrario... «No tenemos la misma opinión», le dije, y le pasé nuestras conclusiones. Y ahí Leigh, iracundo, me dijo: «¿Y usted no sabe que un soldado de la Patria nunca miente?». La verdad es que perdí la calma: «¡Eso no se lo puedo aceptar!», contesté. Se inició un intercambio duro que terminó de la manera más imprevista: Leigh me expulsó de su oficina. Con Romero y Rada atravesamos la plaza y entramos a La Moneda. Allende escuchó lo que había pasado hacía unos minutos. «Ya, no te preocupes: esta tarde hablo con Gustavo», me dijo.

Poco después de las 13 horas, en el comedor del comandante en jefe del Ejército, en el quinto piso del Ministerio de Defensa, Pinochet fue consagrado como jefe de los golpistas de su institución en un almuerzo. Alrededor suyo, tomaron asiento Leigh y los generales de Ejército, Bonilla, Brady, Benavides, Arellano y Palacios.

Pinochet cuenta en *El día decisivo*:

> A mediodía llamé al ayudante del comandante en jefe y le ordené que citara para las 12:30 horas, en mi oficina, a los generales Bonilla, Brady, Benavides, Arellano y Palacios, los que al día siguiente iban a mandar las diferentes columnas hacia La Moneda. Hasta ese momento persona alguna conocía mis propósitos para el día siguiente, salvo los otros jefes de las Fuerzas Armadas. A la hora señalada se presentaron los generales en el despacho del comandante en jefe. De inmediato cerré la puerta con seguro y les ofrecí asiento. Me acerqué al mueble donde se guardaba una réplica de la espada del general O'Higgins, la tomé y desenvainé y solemnemente los hice jurar, como soldados, que todo lo que se hablaría allí se mantendría en el más absoluto secreto que debía ser guardado hasta el extremo de ni siquiera poder insinuar nada de lo que allí se expresara. Tomé la espada desenvainada y me coloqué

frente a cada uno. De este modo los generales fueron uno a uno jurando.

DE ESE JURAMENTO Y DE ESA ARENGA NO TIENEN RECUERDO ALGUNOS DE LOS PRESENTES CONSULTADOS.

Es más, aseguran que jamás ocurrió.

Lo que sí aconteció, ya que el tiempo apremiaba, fue la discusión en detalle de la acción del día 11. En un momento, Leigh tomó la palabra y, mirando fijamente a Pinochet, planteó el peligro que representaba mantener en Santiago al jefe del Estado Mayor del Ejército, general Orlando Urbina, por sus marcadas tendencias pro Unidad Popular.

–Habría que enviarlo a Temuco –dijo Pinochet.

Leigh cumplía la promesa hecha a Pinochet el día anterior. Pinochet indicó que se le entregara la misión de investigar las actividades guerrilleras que se habían detectado en esa zona. A las 16:30 horas, Urbina se embarcó en un avión de la FACH con destino al sur. Los pilotos fueron instruidos personalmente por el general Leigh de no regresar a Santiago hasta el miércoles 12 de septiembre[2].

Cuando el capítulo Urbina estuvo despachado, un Pinochet más cómodo participó en la actualización del estado de las acciones.

En otro lugar de Santiago, en el Edificio Norambuena, en Amunátegui con Catedral, y teniendo en el décimo piso la Central de Radio que los mantenía unidos a todas las unidades policiales y a las tres ramas de las Fuerzas Armadas, los generales Yovane y Mendoza deliberaban desde tempranas horas. En un determinado momento, llamó Gustavo Leigh e hizo ir al general Mendoza a su despacho para firmar el «acta de constitución de la Junta Militar». Pero este se negó:

–Solo lo haré cuando Pinochet haya estampado su firma.

La firma de ambos tuvo lugar recién en el transcurso de la tarde.

Como al día siguiente Mendoza estaba de cumpleaños, Yovane y el general Mackay organizaron un almuerzo en su honor. A su regreso y en un comedor del octavo piso, unos pocos oficiales de Carabineros levantaron sus copas para agasajar al nuevo director de la institución. Afuera, la mayoría de los carabineros, sumergidos en las tareas de vigilancia y resguardo de la población, ignoraba que al día siguiente entrarían en guerra.

Pasadas las 13:30 horas, otro contingente de Carabineros adscrito a La Moneda saludaba a Allende y a los tres ministros que lo acompañaban hacia uno de los salones del despacho presidencial: Carlos Briones, Orlando Letelier y Sergio Bitar, ministro de Minería. En el recinto, donde sobresalía un crucifijo de casi un metro de altura tallado en madera en el siglo XVIII, esperaban Joan Garcés y José Tohá. El almuerzo se inició con un minucioso análisis de las acciones sediciosas[3]. Allende informó de su orden a Leigh de suspender los tres allanamientos que la FACH tenía previsto realizar esa misma tarde. Letelier habló de los trece sumarios en curso en las Fuerzas Armadas y que tenían relación con situaciones subversivas. Entre ellos, la difusión de panfletos golpistas en la Armada y el incoado en contra del capitán René Ballas, del Ejército, por haber participado con una encendida arenga en la manifestación en contra del general Prats, frente a su casa. Pero la atención la acaparó la carta que le habían enviado al Presidente los familiares de los sesenta suboficiales de la Armada que habían sido detenidos e incomunicados bajo la acusación de intento de sublevación. Se revelaba en ella, que esposos e hijos estaban siendo sometidos a torturas por haber denunciado a algunos

oficiales que se habían reunido en distintas unidades de la Armada para preparar la escalada golpista. Allende y Letelier coincidieron en que fuera el propio Auditor General de la Armada (nada menos que Vío Valdivieso, miembro de la primera Cofradía del Golpe, en Lo Curro) el encargado de esclarecer la situación.

Allende se refirió más tarde al «Plan Hércules», preparado por el Estado Mayor de la Defensa para una presunta tentativa de alteración del orden constitucional. Había sido elaborado sobre la base de un diseño del general René Schneider, en 1970, cuando arreciaban los rumores de desconocimiento de los resultados de las urnas por parte de un sector[4].

–¿Cuándo se reúne con los comandantes en jefe por este tema? –preguntó Allende.

–El próximo miércoles 12 –dijo Letelier.

Una vez hecha la precisión, Allende entró de lleno al aspecto medular de la cita en La Moneda.

–Me propongo dirigir un mensaje al país. Los he convocado para que analicemos la posibilidad de hacerlo esta noche. Ya está dispuesta la red oficial de radio y televisión. Es muy importante y hay que prepararlo bien... Por ello, quizá sea más conveniente que hable mañana al mediodía. En cualquier caso, quiero hacerlo antes que se reúna el Consejo Nacional de la Democracia Cristiana, mañana por la tarde. Ellos deben conocer mis planteamientos antes que empiece la sesión.

Allende miró su reloj. Advirtió que eran más de las 15:00 horas. Hacía 24 horas, el «Plan Hércules» o «Plan H» ya había sido puesto en acción por los conjurados, pero para un fin radicalmente distinto al concebido.

A pocos metros de La Moneda, en el sexto piso del Ministerio de Defensa, Arellano seguía dando órdenes a sus subordinados. En un minuto se dio cuenta de que su agrupación –Santiago Centro– no disponía de Cuartel General. Le encomendó la tarea de organizarlo al coronel Enrique Morel Donoso, director de la Academia de Guerra, desde que su titular, Herman Brady, había asumido en agosto la comandancia de la Guarnición de Santiago. Una hora más tarde, Arellano fue informado de que su jefe de Estado Mayor sería el coronel Sergio Arredondo González, de los primeros oficiales que se integraron a la Cofradía de Lo Curro. Ambos hombres repasaron las fuerzas de que disponían: Escuela de Infantería, Escuela de Suboficiales, los regimientos Tacna, Yungay (de San Felipe), Guardia Vieja (de Los Andes), Coraceros (de Viña del Mar), Maipo (de Valparaíso) y Escuela de Ingenieros (de Tejas Verdes). Cada uno de los jefes de las distintas unidades recibió esa tarde su misión específica: la acción frontal contra La Moneda sería ejecutada por la Escuela de Suboficiales y el Regimiento Tacna; el doble envolvimiento del Cordón Industrial Vicuña Mackenna lo haría la Escuela de Infantería; el Regimiento Maipo debería tomar el control de la zona de Maipú y el Cordón Industrial Cerrillos, antes de confluir a su objetivo: el centro de Santiago.

A las 17 horas, el subdirector del diario *El Mercurio,* Arturo Fontaine Aldunate, fue informado de los inminentes acontecimientos. Fontaine y el director René Silva Espejo acordaron verse el 11, a las 7 de la mañana, en la Editorial Lord Cochrane, en Providencia, al llegar a Eliodoro Yáñez. «Había que estar preparados para sacar un diario de emergencia desde esas prensas si es que el diario no pudiera salir en el centro». Un pequeño grupo de periodistas fue incorporado a la cita y al secreto.

Los conjurados continuaron revisando los detalles operativos y logísticos. Una y otra vez repasaron los movimientos en las zonas catalogadas como críticas, los «focos

subversivos», el control de los medios de comunicación, la Directiva de Seguridad Interior, los borradores de bandos militares, el «Plan Silencio», para acallar las radios adeptas a la Unidad Popular, a cargo del coronel Sergio Polloni y Sergio Moller; los planes de Seguridad «Cobre» y «Ariete», con las primeras directivas acerca de qué hacer con los partidos marxistas, sus dirigentes y los documentos que fundamentaban el derecho a rebelión.

A medida que se aproximaba la noche crecía la ebullición en el sexto piso del Ministerio de Defensa y también el nerviosismo y el sigilo con que se desplazaban los conspiradores.

–Avise a las unidades de Valparaíso y Aconcagua que deben iniciar su desplazamiento a la hora precisa. Hay que estar en la línea de partida para el ataque a las 7:00 horas del día 11 –ordenó Arellano.

Una hora más tarde instruyó el acuartelamiento en primer grado de la tropa. El pretexto había sido informado por Pinochet a Letelier: «Se trata de prevenir cualquier tipo de desorden el día que la Corte de Apelaciones de Valparaíso debe resolver la petición de desafuero, pedida por la Armada, en contra del senador Carlos Altamirano y el diputado Óscar Guillermo Garretón».

Arellano regresó a su casa a la 1:00 de la madrugada del martes 11. Lo esperaban su hijo Sergio y su esposa. A esa hora, el general César Mendoza ya dormía en su casa y Yovane, en la casa del empresario Juan Kassis. A su familia la había enviado a Colombia, «convencido de que, si fracasaba el Golpe, mi vida y la de mi familia corrían peligro».

Pasada la medianoche, Allende continuaba en Tomás Moro precisando detalles de su convocatoria al plebiscito. Había tenido una jornada agotadora. Entre tantas reuniones se había hecho tiempo para ir a buscar a su esposa y a su hija Isabel al aeropuerto. Hortensia Bussi contó más tarde:

> «Alcancé a llegar a Chile 36 horas antes del Golpe. Había viajado a México con mi hija Isabel para llevar ayuda debido a una catástrofe. Se husmeaba el Golpe. No se sabía la fecha pero se sentía su proximidad. Yo me resistí por esto a viajar, pero Salvador insistió, argumentando que el Presidente Luis Echeverría había enviado a su esposa para el terremoto con epicentro en la Quinta Región. Fui, y al retornar, Salvador me esperaba en el aeropuerto. Lo noté muy tenso, irritable hasta en detalles... Lo dijo más de una vez: «¡A mí me van a sacar en pijama de madera de La Moneda, pero no voy a claudicar ni voy a salir arrancando del país en un avión!»[5].

CUANDO ALLENDE ENTRÓ ESA NOCHE A TOMÁS MORO, PASADAS LAS 21 HORAS, YA LO ESPERABAN LOS MINISTROS DEL INTERIOR Y DE DEFENSA, CARLOS BRIONES Y ORLANDO LETELIER, RESPECTIVAMENTE, ADEMÁS DE AUGUSTO OLIVARES Y JOAN GARCÉS. TAMBIÉN ESTABA ALFREDO JOIGNANT:

–Fui a hablar con el Presidente por las informaciones de movimientos de tropas sospechosos. Sabíamos que había un Golpe en marcha, pero que la fecha probable era el 14 o 15 de septiembre. Le había entregado a Allende un informe de la policía política que decía que había dos líneas en el campo militar trabajando el Golpe: la de los militares pro DC, los del «golpe blando»; y, de otro lado, los «duros», que seguían las orientaciones de un general que oportunamente Allende llamó a retiro: el *Macho* Canales. Esa noche, Allende me informó del plebiscito y dijo: «Llamamos a plebiscito, lo perdemos, aunque saquemos una tremenda votación, pero salvamos el proceso, porque en este país es imposible gobernar sin la izquierda». Me fui a mi casa convencido de que aún quedaban

días...

Antes de pasar a la mesa, Hortensia Bussi y su hija Isabel invitaron a Allende a probarse unas chaquetas de sport que les había encargado. Fue al baño, se las puso ¡y le quedaron perfectas! Mientras se miraba en el espejo lanzó una frase que su mujer jamás olvidaría:

–¡A ver si estos me dejan usarlas!

En la comida tampoco hubo tregua. Augusto Olivares había recibido un mensaje para el Presidente: camiones con tropas salieron de la ciudad de Los Andes en dirección a Santiago. El mensaje, inquietante, se contrarrestaba con la información de que los barcos de la Armada habían zarpado para integrarse a la «Operación Unitas».

Cuando alguien comentó que el gobierno era prisionero de la legalidad, Allende replicó:

–Tiene usted razón, pero nosotros no podemos romper la legalidad porque somos, precisamente, el gobierno. Siempre hemos luchado a favor de que el respeto por la ley en un estado democrático corte el paso al despotismo o a la arbitrariedad, evitando que los chilenos acaben matándose unos a otros, así como para asegurar a los trabajadores sus conquistas.

Allende tenía fija la mente en el llamado a plebiscito, una obsesión que vislumbró todavía posible cuando Carlos Briones le dijo: «En lo que se refiere a los proyectos legislativos, aquí traigo el acuerdo convenido con la dirección de la DC. Han dado su conformidad en los términos especificados en estos documentos, así como sobre el modo de promulgar la reforma constitucional de las Areas de Propiedad».

Las bases del acuerdo eran el resultado de las reuniones que Briones había sostenido con Patricio Aylwin y que continuaron con el intercambio de documentos entre Iván Auger y José Florencio Guzmán. La última reunión de ambos se realizó el sábado 8 de septiembre. Sobre este fallido intento de evitar la tragedia, Aylwin le dijo años más tarde a la autora:

–Hubo una salida democrática, en septiembre de 1973, que el Golpe militar frustró: el plebiscito al cual había resuelto llamar Allende. Yo estaba muy en contacto con el gobierno en esa época, y se me comunicó que Allende había decidido recurrir al plebiscito para dirimir el conflicto que se había creado entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo. Solo podía resolverlo un árbitro: el pueblo chileno. Y Allende decidió buscar esa solución democrática. Pero entre la derecha golpista, apoyada por el imperialismo norteamericano, y la intransigencia de la Unidad Popular, la DC se vio envuelta. Y tiene la responsabilidad histórica de haberse dejado envolver.

Esa noche fue la última de Allende en Tomás Moro.

[1]. Entrevista con la autora.

[2]. Pero el general Urbina regresó a Santiago el 11 de septiembre en la noche. Lo acompañó al sur, el opaco oficial Luis Patricio Serre, quien fue premiado por Pinochet durante toda su carrera, hasta convertirlo en ministro.

[3]. De los testimonios de Joan Garcés, *Allende y la experiencia chilena*, y de Orlando Letelier.

[4]. Es el mismo plan que, con tanto afán, modificó el coronel Manuel Contreras y que había intentado infructuosamente imponer y coordinar después de la asonada del Blindado.

[5]. Entrevista de Otto Boye, en revista *Análisis*.

Capítulo XXIV

EL DÍA 11

EN LA MADRUGADA DEL 11 DE SEPTIEMBRE, SALVADOR ALLENDE, RODEADO DE SU CÍRCULO MÁS ÍNTIMO, CONCENTRABA SUS ESFUERZOS FINALES EN UN PLEBISCITO SIN DESTINO. ESTABA CORRIGIENDO EL TONO DE LA CONVOCATORIA CUANDO OTRO LLAMADO LLEGÓ A TOMÁS MORO. ERA DE LA OFICINA DE RADIODIFUSIÓN DE LA MONEDA. LA VOZ DE RENÉ LARGO FARÍAS TRANSMITIÓ EL PARTE DE LA INTENDENCIA DE ACONCAGUA:

–Se están desplazando tropas desde los regimientos Guardia Vieja de Los Ángeles y Yungay de San Felipe.

Allende se lo hizo saber a Orlando Letelier y el ministro de Defensa decidió hablar con el general Herman Brady, comandante de la Guarnición de Santiago.

–Son tropas para prevenir posibles desbordes por el desafuero del senador Carlos Altamirano y el diputado Óscar Guillermo Garretón –respondió el general Brady, quien era, al igual que Allende, masón y aún tenía la confianza del Presidente.

Pinochet tampoco dormía. Intentaba relajarse en la penumbra. Estaba solo en la cama de su dormitorio. Su mujer, Lucía Hiriart, y algunos de sus hijos, ya estaban seguros al cuidado de su amigo, el coronel Renato Cantuarias Grandón, director de la Escuela de Alta Montaña del Ejército, en Río Blanco (Los Andes), muy cerca de la frontera con Argentina. Curiosa decisión aquella. Cantuarias era un destacado coronel conocido por sus principios progresistas, los que no ocultaba. Su nombre había quedado registrado en la agenda del general Arellano, el 10 de julio de 1973, en un episodio que lo retrata:

> Presido la ceremonia del Juramento a la Bandera en Portillo. Debido a la intensa nevazón me es imposible regresar en el helicóptero y tampoco por tierra. Paso todo el día conversando con los oficiales y suboficiales y siempre con el coronel Cantuarias a mi lado. Surge el tema político, como es habitual y Cantuarias defiende con tanto calor a la Unidad Popular que debo manifestar con firmeza que nuestra obligación es defender el gobierno legalmente constituido mientras este se mantenga en sus cauces institucionales, pero en ningún caso respaldar tendencias políticas o a determinadas personas. Y ahí corté la discusión.

¿CÓMO ERA POSIBLE QUE PINOCHET ELIGIERA PRECISAMENTE LA CASA DE CANTUARIAS PARA PONER «FUERA DE LA LÍNEA DE PELIGRO» A SU FAMILIA? LA RESPUESTA SE DEVELARÍA DRAMÁTICAMENTE DÍAS DESPUÉS.

A la medianoche, en Valparaíso, uno de los dueños del Golpe, el almirante José Toribio Merino, acababa de tomar posesión del mando de su institución.

–El día anterior a la batalla es mucho peor que la batalla –dijo en la Academia de Guerra, rodeado del Alto Mando de la Armada. Merino y sus colaboradores bebieron whisky para aflojar la tensión y brindar por el éxito de la conjura.[1]

A las 2 de la madrugada, en Santiago, Sergio Arellano estaba en el comedor de su departamento en Latadía. Comió algo rápido y luego trató de dormir pero, una hora y media más tarde, el teléfono lo sacó de la cama. El llamado venía de Concepción.

–Sergio, ¿a qué hora llega la *Tía Juana*? –le preguntó el general Washington Carrasco.

–La embarqué en el tren nocturno por lo que calculo que debe llegar a las 8:30 horas.

La «Hora H» tenía sus criptogramas. Arellano colgó el teléfono y siguió durmiendo. En Valparaíso, en tanto, el primer toque de diana puso en acción al escuadrón de la «Operación Silencio». Debía acallar las radios y los sistemas de comunicación que unían al puerto con la capital. Otro piquete, con ingenieros y radio operadores, se preparaban para silenciar a partir de las 4:30 horas todas las radios afines a la Unidad Popular. A la par, se terminaban los preparativos para el inicio de la cadena de las fuerzas golpistas a través de la radio Agricultura[2] (del gremio empresarial Sociedad Nacional de Agricultura), en contacto directo con el cuartel general en el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Toda esa operación estaba al mando del coronel Sergio Polloni.

En Santiago, a las 4:30 horas, otro equipo de la Armada entró en acción en una casa de la calle Sánchez Fontecilla. En su interior, dormía el almirante Raúl Montero. Ignoraba que ya no era el comandante en jefe de la Armada y que, en su patio, un piquete de la Marina, integrado por hombres que le habían jurado obediencia, cortaba sus teléfonos e inutilizaba su automóvil.

Pasadas las 4:30 horas, el teléfono retumbó una vez más en el oído de Arellano. Era Arturo Yovane. En otro léxico en clave le preguntó por el lugar destinado a la concentración de detenidos. La respuesta fue lacónica:

–En el Regimiento Tacna.

Arellano ya no pudo cerrar los ojos. A eso de las 5 de la mañana, se levantó y lentamente se preparó para una jornada larga e impredecible. A las 5:45 horas debía venir su chofer. Pero a la hora convenida no hubo vehículo ni chofer. Arellano se felicitó por haber citado a una patrulla más que sí llegó en un jeep con exactitud. Pasó a dejar a su esposa a la casa de su amigo y compañero de curso, coronel René Zúñiga Cáceres, a pocas cuadras de su departamento.

En el quinto piso del Ministerio de Defensa, ya tomaban posición los hombres que se harían cargo de la cadena que encabezaría las transmisiones de las fuerzas golpistas. Sergio Arellano hijo llegó acompañado del coronel Polloni. Allí encontró al teniente coronel Roberto Guillard y a dos civiles: Álvaro Puga y Federico Willoughby, gerente de comunicaciones de la Sociedad Nacional de Agricultura, que lideraban Alfonso Márquez de la Plata y Sergio Romero[3].

En Concepción, en la Base Carriel Sur de la Fuerza Aérea, poco antes de las 5 de la mañana, el oficial Mario López Tobar terminaba de ducharse. Faltaba poco más de una hora para que asumiera la identidad de *Libra*, el líder de los pilotos seleccionados para maniobrar los doce aviones Hawker Hunter subsónicos de origen británico y comprados, en 1966, para otro tipo de utilización que la resuelta por los conjurados. Finalmente, fueron elegidos cuatro aparatos. Estaban armados con 32 cohetes Sura, cada uno de 8 centímetros de diámetro y con una carga explosiva de unos 350 gramos. Llevaban, además, cohetes Sneb, de 6 centímetros de diámetro, y proyectiles de 30 milímetros en los cuatro cañones Aden del aparato, con una carga de 60 gramos de explosivo. La caja de

municiones tenía una capacidad de 200 tiros y los cañones una cadencia de fuego de 1.400 tiros por minuto, lo que le daba a cada Hawker Hunter la sorprendente cadencia de tiro total de 5.600 proyectiles explosivos por minuto.

Al avión del segundo jefe de los pilotos de los Hawker Hunter se le habían adaptado dos modernos lanzadores franceses, recién llegados a Chile, con 18 unidades cada uno[4]. Ese segundo era *Rufián*, nombre de guerra de Fernando Rojas Vender (nombrado comandante en jefe de la FACH, en 1995, por el Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle), quien le dijo a la autora en septiembre de 1999:

–Nadie sabía en vuelo a quién le correspondería el blanco de La Moneda. Inventaron que habían sido pilotos norteamericanos y fueron solo chilenos y no seleccionados, porque el bombardeo se fue postergando… los aviones sobrevolaban, y el avión tiene un radio de acción; en un sector esperaba, algunos tenían que irse, llegaban otros y al que le tocó, le tocó...[5]

En la Escuela Militar, a las 6 horas en punto, el coronel José Domingo Ramos, jefe del Estado Mayor del Comando de Institutos Militares, se presentó ante el general César Raúl Benavides. La noche anterior, una patrulla militar le había transmitido la orden de su nuevo jefe. Debía interrumpir sus vacaciones y presentarse a esa hora en su puesto de mando.

–Hoy se producirán los desafueros de Altamirano y Garretón. Prevemos desmanes y desórdenes. Hay que poner en ejecución el plan de seguridad interior, el «Plan A». Actúe en consecuencia –le dijo Benavides.

El «Plan A» establecía el estado de alerta para prevenir desbordes de la población. Benavides le informó también que dispondría de un refuerzo de cuatro oficiales del tercer año de la Academia de Guerra. Entre ellos estaba el joven oficial Luis Cortés Villa[6].

A las 6:30 horas, el rector de la Universidad Técnica del Estado, Enrique Kirberg, despertó sobresaltado por el incesante repiquetear del teléfono. Había dormido poco. El día anterior, hasta muy tarde, había preparado el gran acontecimiento del día 11: esa mañana inauguraría la «Semana de lucha contra el fascismo, la guerra civil y por la vida», que presidiría Salvador Allende. Y desde allí, a las 11 horas, el Presidente llamaría a plebiscito.

–Un grupo de civiles armados ha atacado las instalaciones de la radio de la universidad –escuchó decir al otro lado del teléfono.

–¿Hay heridos?

–No dañaron a nadie. Solo inutilizaron la antena. Tanto por el corte de pelo como por las armas que llevaban y el camión que los esperaba afuera, está claro que ha sido un grupo de la Armada.

Kirberg se fue directo a la universidad, ubicada en el sector de Estación Central. Decidió que una vez allá llamaría a la Policía de Investigaciones. Pero nadie le contestó. Supo que algo raro pasaba...

A las 6:30, Arellano ya se había instalado en el Ministerio de Defensa. También lo habían hecho Patricio Carvajal y el general de la Fuerza Aérea, Nicanor Díaz Estrada, los dos jefes del Estado Mayor de la Defensa Nacional; Herman Brady y el general Sergio Nuño. Después, Arellano se reunió con todos los comandantes de unidades que participarían en la acción. Repasaron las misiones y aclararon dudas.

–A las 14 horas deben estar conquistados todos los objetivos fijados.

En ese frío y brumoso amanecer, a las 6:30 horas, el general Yovane iba rumbo al

Edificio Norambuena, donde funcionaba la dirección de Carabineros. Hizo un alto en el trayecto. Inspeccionó los pequeños tanques de asalto y el contingente de la Escuela de Suboficiales y de las Fuerzas Especiales, que ya calentaban motores. Las tanquetas cumplirían un rol clave: debían rodear el palacio de gobierno y servir de escudo a la infantería.

En Carriel Sur (Concepción), a las 6:45 horas, los aviones ya estaban listos para ser operados. La primera bandada debía despegar a las 7:30 horas. Su misión: silenciar las antenas de radioemisoras de Santiago y luego permanecer media hora sobre la ciudad en caso de que el general Leigh dispusiera otro objetivo.

El informe meteorológico indicaba a esa hora que Santiago estaba cubierto de nubes.

El nerviosismo entre los pilotos se delataba en los gestos y en el silencio con el que ejecutaban las maniobras. Era la primera vez que tenían una misión real de ataque a blancos terrestres.

En Tomás Moro, Allende ya estaba en conocimiento de que algo sucedía en Valparaíso. Una llamada de Alfredo Joignant, director de Investigaciones, le transmitió más información:

–El prefecto Juan Bustos de Valparaíso comunica que la Armada está copando la ciudad.

Y luego hubo otra comunicación confirmatoria del jefe de Carabineros de Valparaíso, coronel Manuel Gutiérrez. Las paradojas del destino habían hecho que fuera precisamente un férreo opositor al gobierno de la UP el encargado de dar la alerta en la trinchera oficial. Solo semanas atrás, Gutiérrez, cuyos dos hijos militaban en Patria y Libertad, había sido objeto de la ira gubernamental al ordenar disolver con extraordinaria rudeza una manifestación de izquierda. El gobierno le llamó la atención severamente y le notificó que su ascenso a general estaba diferido[7].

Lo que desconcertó inicialmente al grupo de asesores de Allende fue que, cumpliendo el programa de la «Operación Unitas», la Escuadra había zarpado rumbo al norte. Pero todo fue un truco: los cruceros *Prat* y *O'Higgins*, los destructores *Cochrane*, *Blanco Encalada* y *Orella*, y el submarino *Simpson*, habían llegado hasta la cuadra de Papudo para regresar a su base y apostarse frente a un Valparaíso ocupado. Solo entonces la tripulación de los barcos fue informada de la conjura.

–Orlando, comuníquese con los comandantes en jefe para saber qué está pasando en Valparaíso –le ordenó Allende a su ministro de Defensa, aún en su cama.

Letelier intentó hablar con el almirante Montero: fue imposible. Llamó a Pinochet: estaba en la ducha, le dijeron. Buscó a Leigh y no lo encontró. Se iba configurando un cuadro alarmante. Finalmente, llamó a su oficina. Esperaba escuchar a su ayudante, el comandante González, pero otra voz lo atendió: la de Patricio Carvajal.

Cuenta Orlando Letelier:

«Tuvo la opción de colgar el teléfono, lo que habría significado que me percatara de que había algo anormal. No lo hizo. Le dije que tenía información de los movimientos de tropas en Valparaíso y del desplazamiento de otras a Santiago. "Mire, ministro, yo creo que es una información equivocada", dijo. "No, almirante, no tengo ninguna información equivocada", repliqué. Y ahí dijo tartamudeando: "Voy a tratar de averiguar". Fue tal su titubeo que tomé el teléfono, lo acerque al oído de mi mujer y le dije en un susurro: "¡Escucha cómo habla un traidor!" Trató de darme mil explicaciones

elusivas. Finalmente le dije: “Mire, almirante, yo voy de inmediato al ministerio”»[8].

En Tomás Moro, Allende pidió que lo comunicaran con el general Brady. Este le respondió que requeriría información, que no tiene conocimiento de los hechos que menciona.

En Concepción, a las 7:05 horas, los pilotos abordaron los cuatro Hawker Hunter. Veinte minutos después, despegaron de a uno para reunirse en formación de combate y tomar rumbo a Santiago. A 35 mil pies de altura, Mario López Tobar, *Libra*, trató de escudriñar hacia abajo: solo una espesa capa de nubes.

«Mi corazón galopando como nunca en mi vida. Nada de esto era normal ni previsible. Solo un milagro habría podido detener ese ataque...»

A eso de las 7 horas, en el Ministerio de Defensa, Brady recibió un nuevo llamado de Allende. El Presidente ya sabía de qué se trataban los «rumores». Brady intentó tranquilizarlo.

–Me parece que no quedó satisfecho con mis explicaciones –le dijo Brady apenas colgó a Carvajal, Arellano y Díaz Estrada.

Y tenía razón. Minutos después Allende, enfundado en un suéter de cuello alto y una chaqueta de tweed, abandonó Tomás Moro junto a Augusto Olivares y Joan Garcés. Lo siguieron el jefe de la escolta de Carabineros, capitán José Muñoz, y un grupo del GAP, encabezado por Jaime Sotelo Barrera, más conocido como *Carlos Álamos*. Partieron a toda velocidad hacia La Moneda. En el camino, Sotelo y Juan José Montiglio (*Aníbal*) fueron preparando las armas. Entre ellas, había seis ametralladoras AKA, todas regaladas por Fidel Castro al GAP. También tomaron su lugar Óscar Balladares y Manuel Mercado, ambos del GAP, el doctor Danilo Bartulín[9] y el doctor Ricardo Pincheira, integrante del CENOP, más conocido como *Máximo*.

Hortensia Bussi permaneció en Tomas Moro, bajo la protección del detective Jorge Fuentes Ubilla[10] y de una escolta a cargo de Domingo Bartolomé Blanco. *Bruno* había sido miembro fundador del GAP y su jefe desde 1972, cuando el MIR abandonó la seguridad presidencial por diferencias políticas con el gobierno.

El sociólogo Claudio Jimeno, del CENOP, ya había sido advertido por *Máximo* Pincheira de lo que sucedía. Al igual que todos los miembros del secreto grupo de asesores de Allende, tenía fresco en su memoria el sarcástico comentario hecho por el Presidente el día del «Tanquetazo». Ese 29 de junio, el grupo llegó a La Moneda una vez que la sublevación fue controlada: «¡El CENOP brilló por su ausencia!», les dijo. Se prometieron que no volvería a suceder.

–Gordo, tenemos que irnos de inmediato a La Moneda –le dijo Jimeno a *Felipe*.

–¿Qué ocurre?

–Hay ruido de sables y ahora la cosa va en serio. Isabel tiene un problema con el auto y no me puede llevar así que me pasas a buscar. Después, recogemos a Jorge (el doctor Jorge Klein).

A las 7:40, Pinochet llegó al comando de tropas de Peñalolén. Lo recibió el general Óscar Bonilla, inquieto por su retraso. Reunió a todos los comandantes y dio inicio a la acción. El mayor Osvaldo Zabala, ayudante del jefe del Ejército, y antes en ese mismo puesto con Prats, le comunicó que estaba en profundo desacuerdo con la decisión adoptada por las Fuerzas Armadas. Fue detenido en una oficina del comando de tropas mientras a su alrededor la adrenalina fluía a raudales.

Orlando Letelier llegó al Ministerio de Defensa para intentar tomar el control de la

situación. Arellano fue alertado al instante. Escribió después:

«A las 7:30 horas, llegó el ministro de Defensa Orlando Letelier[11]. Su ayudante, el teniente coronel Sergio González, le manifestó que ya no era ministro y lo lleva a mi presencia. Dispuse su traslado al Regimiento Tacna con una patrulla. Fue el primer detenido del 11 de septiembre».

El jefe del equipo de Investigaciones de la seguridad presidencial, inspector Juan Seoane, había sido despertado por un llamado telefónico desde Tomás Moro con la primera señal de alarma. Llamó de inmediato a sus compañeros. De allí se fue en busca del subinspector Carlos Espinoza, el detective José Sotomayor, el subinspector Fernando del Pino, el detective Juan Collío y el subinspector Douglas Gallegos. Luego de pasar por Tomás Moro y constatar que el Presidente ya había partido a La Moneda, partieron hacia el palacio presidencial. Frente al Hotel Carrera, se les unieron David Gallardo y Luis Henríquez. Entraron 18 detectives a La Moneda. Solo uno de ellos se fue antes de que todo acabara.

Juan Seoane:

«Faltaron solo cuatro. Ellos vieron que la situación era muy difícil y no se atrevieron a enfrentarla. A las 8 horas, cuando ingresamos, el ambiente estaba muy convulsionado, barreras y tanquetas de Carabineros rodeaban el lugar, protegiéndolo. Me presenté de inmediato ante el jefe de la Casa Militar y hablé con el director de Investigaciones, Alfredo Joignant, quien me ordenó permanecer al lado del Presidente. No dudamos un minuto en quedarnos. Ahí estaba el gobierno legalmente constituido que habíamos jurado defender. Lo mismo habíamos hecho el 29 de junio para el "Tanquetazo". Y ese día nos felicitaron. No éramos héroes, tampoco queríamos inmolarnos por un ideal político. Éramos servidores públicos, con mucho miedo, pero con la claridad suficiente para entender que si abandonábamos nuestro puesto éramos un fraude como policías».

A esa misma hora, el general César Mendoza pasó frente a La Moneda en dirección al Edificio Norambuena. Con estupor contempló el despliegue de las tanquetas de Carabineros en posición de defensa. Entró al edificio en busca de Yovane y le preguntó:

–¿Quién tiene el control de esa fuerza que está en La Moneda?

–Quédese aquí nomás. ¡Todo está bajo control! Las tanquetas se retiran cuando yo lo ordene –respondió Yovane, que estaba al mando de la central de radio desde donde se comunicaba por vía interna con Patricio Carvajal, en el comando central en el Ministerio de Defensa.

Allende se encontró en La Moneda con informaciones cada vez más alarmantes. A su lado estaban su secretario Osvaldo Puccio y su hijo Osvaldo, estudiante de Derecho y militante del MIR. A las 7:55 horas, los chilenos se enteraron por la primera alocución de Allende de que algo grave estaba ocurriendo. En las casas los movimientos se congelaron.

–Lo que deseo es que los trabajadores estén atentos, vigilantes, que eviten provocaciones. Como primera etapa, tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria que han jurado defender el régimen establecido.

Unos partieron raudos a ocupar su puesto de combate, otros comenzaron a experimentar una sensación de alivio y satisfacción: el fin de la Unidad Popular se acercaba.

El general Carlos Prats escuchó, consternado, las palabras de Allende. Instalado en la intersección de Pocuro y Tobalaba, en el departamento de su amigo, el general Ervaldo

Rodríguez, agregado militar en Washington, ya no se despegaría del receptor de radio.

A las 8 horas, Valparaíso estaba totalmente controlado por la Marina. Merino lanzó su primera proclama:

«Las Fuerzas Armadas no pueden permanecer impasibles ante el derrumbe de nuestra Patria. Este no es un Golpe de Estado, solo se persigue el restablecimiento de un Estado de Derecho. No tenemos compromiso, solo gobernarán los más capaces y honestos. Estamos formados en la escuela del civismo, del respeto a la persona humana, de la convivencia, de la justicia, del patriotismo...».

En la Escuela Militar, y cuando el reloj de su despacho marcó las 8 horas, Benavides le ordenó a su jefe de Estado Mayor, el coronel José Domingo Ramos, que citara a reunión a todo el cuartel general. Ramos vio llegar en pocos minutos a los casi 20 oficiales en estado de excitación. A Ernesto Videla ya lo conocía como un excelente oficial. Pensó que era un buen refuerzo enviado por la Academia de Guerra. Se hizo silencio y Benavides comenzó a hablar:

–Las Fuerzas Armadas, a partir de ahora, se hacen cargo del país. Desde este momento somos gobierno. Esta operación está en marcha desde las primeras horas de esta mañana, ya más tarde ustedes sabrán de qué se trata. En todas las unidades del país están dadas las órdenes para que tomen las gobernaciones, las intendencias y se hagan cargo de todas las oficinas y dependencias del gobierno. Si hay alguien que quiera decir algo, este es el momento porque no daremos ni un paso atrás.

Ramos miró a su alrededor. Nadie abrió la boca.

–Pido la palabra –dijo.

Benavides hizo salir a todos. Ramos habló:

–Mire, mi general, no comparto la solución que se ha adoptado para los problemas nacionales. Si me hubieran preguntado una semana antes, yo habría dado todas mis razones y habría explicado las formas de actuar en un caso así, porque para eso nos han preparado, para eso tenemos una profesión y una especialización en el mando. Pero ahora que usted ha dicho que no darán ni un paso atrás, todo lo que tendría que decir ya no tiene sentido. Mi general, disponga de mí, porque no lo voy a acompañar. Este no es el camino, va en contra de mis principios y de los de la institución, los de no intervención en la política nacional.

Benavides solo dijo:

–¡Se acepta su retiro, coronel! ¡Puede entregar su cargo!

Luego le ordenó que pasara a una pieza lateral. Ramos entendió que eso significaba quedar detenido.

–No, no iré a ese despacho. Solo pido hacer entrega inmediata de mi puesto.

Minutos después, Ramos llamó a su esposa y le pidió que le enviara el único traje de civil que colgaba en su armario. En su oficina ya estaba el comandante Roberto Soto Mackeney, su reemplazante. Poco después, abandonó a pie la Escuela Militar. No imaginó que era también el corte definitivo con su «familia militar».

A las 8:20 horas, Allende habló nuevamente al país. Aún tenía la esperanza de que la sublevación solo estuviera circunscrita a la Armada y a Valparaíso, y que la concentración masiva de trabajadores en las industrias ocupadas hiciera dudar a quienes querían desatar la masacre. En esos mismos momentos, los Hawker Hunter habían llegado al sector de Maipú para iniciar una penetración rápida rumbo a la radio Corporación. Bajaron a más de 15 mil pies por minuto y cruzaron la espesa capa de

nubes. Entre los cinco y los seis mil pies, los cuatro aviones que volaban casi ala con ala, se abrieron para dirigirse cada uno a su blanco bajo el mando del *Libra*:

–¡Distancia de tiro! –ordenó López Tobar. Apretó el disparador y ocho cohetes buscaron el objetivo, que voló en pedazos.

–¡*Libra Líder* a Control *Gato*! La Corporación ya está totalmente fuera del aire, cambio...

–Recibido *Libra líder*. *Libra 2* también ya batió su blanco. Falta saber del *3* y *4*. Deme su posición y altura *Libra* líder. Cambio...

–Estoy orbitando sobre el centro a 20 mil pies. ¿Qué ha pasado?

–La resistencia ha sido casi nula, pero el Presidente todavía está en La Moneda. Hay gente disparando desde allí y también desde el techo del edificio del Banco del Estado y de algunos ministerios. Pero eso es asunto de los militares que están en el lugar. Los UH-1H (helicópteros) del Grupo 10 se encargarán de los que están en las techumbres.

En los estudios de radio Corporación, los locutores Sergio Campos y Julio Videla, buscaban frenéticamente junto a Erick Schnacke, cómo seguir en el aire. Radio Magallanes continuaba llamando a los chilenos a que defendieran el gobierno y permanecieran en sus puestos de trabajo. Campos y Videla concentraron sus ataques en la Armada, la única que, hasta ese minuto, había anunciado la sublevación.

En Valparaíso, atracado al molo, un barco cubano descargaba azúcar cuando su capitán se percató de lo que ocurría. Sin dudar ordenó zarpar arrastrando las grúas que hacían la descarga. La alarma se encendió en el cuartel de Merino. Algunos oficiales se convencieron de que Carlos Altamirano y algunos «connotados marxistas» habían escapado a bordo y ordenaron salir a la caza de la nave. No obstante la orden precisa que se impartió, el comandante en jefe de la Escuadra y un comandante de buque, no reaccionaron con prontitud. Su negligencia sería duramente sancionada con posterioridad.

A las 8:30 horas comenzó la guerra.

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, EL TENIENTE CORONEL ROBERTO GUILLARD ABRIÓ EL FUEGO A TRAVÉS DE LAS ONDAS DE RADIO AGRICULTURA. DESDE SU COMANDO, EN EL QUINTO PISO DEL MINISTERIO DE DEFENSA, TRANSMITIÓ LA PRIMERA PROCLAMA DEL GOLPE:

«...Teniendo presente: primero, la gravísima crisis social y moral por la que atraviesa el país; segundo, la incapacidad del gobierno para controlar el caos; tercero, el constante incremento de grupos paramilitares entrenados por los partidos de la Unidad Popular que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil, las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile...».

Los movimientos en las calles, oficinas, industrias, universidades y en las casas volvieron a petrificarse. La voz de Guillard surgió más intimidatoria cuando anunció las exigencias de Pinochet, Leigh, Merino y Mendoza:

–Primero, que el señor Presidente de la República debe proceder de inmediato a la entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile. Segundo, las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros de Chile están unidos para iniciar la responsable misión de luchar por la liberación de la patria del yugo marxista y la restauración del orden y la institucionalidad. Tercero, los trabajadores de Chile deben tener la seguridad de que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha no sufrirán modificaciones en lo fundamental. Cuarto, la prensa, las radioemisoras y canales adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante, de lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre.

–El pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes –fue la orden final.

El general de la FACH, Alberto Bachelet, quien era secretario nacional de Distribución desde enero de ese año, fue encañonado por su compañero, el general del

aire Orlando Gutiérrez. Junto a los comandantes Raúl Vargas y Edgar Ceballos, le notificó su arresto. El primero lo despojó en forma violenta de su arma de servicio y el segundo arrancó los teléfonos de la pieza. Junto a otros prisioneros, fue llevado al subterráneo de la Academia de Guerra Aérea. «Nos ataron las manos, nos vendaron los ojos y pusieron una capucha en la cabeza. Debíamos permanecer de pie, sin movernos y sin hablar. Quien no lo hiciera recibiría un balazo en las piernas», relataría más tarde.

En el Parque Forestal, los CENOP *Felipe*, su esposa, Jimeno y Klein iban en su auto con destino a La Moneda. Al ver que patrullas militares fuertemente armadas desembocaban desde todos los costados para copar el sector, decidieron detener el vehículo para continuar a pie. Jimeno y Klein se bajaron primero.

–Estaciono y me encuentro con ustedes –les avisó *Felipe*.

Los vio hacerle un gesto cariñoso con la mano y *Felipe* se dio vuelta para despedirse de su mujer:

«Cuando la miré, su rostro había cambiado. "¡Tú, huevón, no vas a ninguna parte! Te devuelves conmigo!", me dijo. La discusión fue terrible y en el lugar y momento menos adecuado. Ella repetía: "¡No me puedes dejar sola aquí!" Y su rostro reflejaba toda la desesperación del momento... Me quedé junto a ella...».

Cuando Jimeno y Klein traspasaron la puerta de La Moneda, la dirección del PS, encabezada por Carlos Altamirano, ya estaba reunida en la sede de la Corporación de Mejoramiento Urbano (CORMU), a pocos metros del alto mando del Golpe. Junto a Altamirano, se encontraban Carlos Lazo, Adonis Sepúlveda, Rolando Calderón, Ariel Ulloa y Hernán del Canto. En contacto con ellos, pero en otro lugar de Santiago, estaba Arnoldo Camú. Un reducido grupo de socialistas lo conocía como el *comandante Agustín,* responsable de la política militar de ese partido. Los hombres evaluaban la situación. Camú estaba en comunicación con Eduardo *Coco* Paredes y Ricardo Pincheira, *Máximo*, instalados en La Moneda y con el grupo del GAP que aún permanecía en Tomás Moro. Y además, impartía instrucciones activando el dispositivo de seguridad, el que contemplaba en INDUMET, industria metalúrgica del «Cordón San Joaquín», intervenida por el Estado, un grupo de resistencia importante. Pero Camú sabía de sus precarias capacidades. La dirección socialista creía que lo mejor era que Allende saliera de La Moneda. Se decidió enviar a Hernán del Canto a conversar con él para saber cuál era su disposición.

En La Moneda, Allende escuchó la primera proclama golpista y reaccionó de inmediato con un nuevo mensaje por las ondas de las radios Magallanes y Corporación, la que había logrado salir al aire a través de la antena de frecuencia modulada. Su voz sonó tranquila:

–En ese bando se insta a renunciar al Presidente de la República. No lo haré. Notifico ante el país la actitud increíble de soldados que faltan a su palabra y a su compromiso. Hago presente mi decisión irrevocable de seguir defendiendo a Chile en su prestigio, en su tradición, en su norma jurídica, en su Constitución...

A las 9:15 horas, Arellano recibió el primer informe de provincia. Era de San Antonio. La voz del teniente coronel Manuel Contreras sonó triunfante:

–Ciudad tomada, mi general. Todos los interventores presos. Ya tengo habilitada una cárcel de hombres y otra de mujeres, y también están ocupadas.

En ese preciso momento, el líder de los Hawker Hunter recibió nueva orden:

–*Libra líder*, este es *Gato*. Pasé por Los Cerrillos y aterrice allí. Cambio.

A las 9:20 horas, *Libra* y su equipo aterrizaron en Cerrillos. Media hora antes, en La Moneda, se había producido un hecho que adquirió ribetes dramáticos.

Cuando Miria Contreras (la *Payita*) fue alertada esa mañana del Golpe en marcha, bajó rápidamente de «El Cañaveral», en su pequeño Renault blanco, acompañada de su hijo Enrique Ropert, estudiante de Economía de 20 años y militante del Partido Socialista. Cuando llegó a la residencia de Tomás Moro, supo que el Presidente ya había partido a La Moneda. Pidió, entonces, que diez miembros de la guardia privada (GAP) se trasladaran con ella al palacio de gobierno. Domingo Blanco Tarres (*Bruno*) decidió que era el momento de partir y escogió su grupo. El veloz recorrido por las avenidas Apoquindo, Providencia y Alameda terminó a pocos metros de la meta: la puerta de Morandé 80.

La *Payita* descendió presurosa. Se escuchaban disparos. Segundos después, un grupo de carabineros de las Fuerzas Especiales que acaba de pasarse a las fuerzas sublevadas, a cargo de los tenientes José Martínez Maureira y Patricio de la Fuente, irrumpió por el costado del edificio de la Intendencia y rodearon la camioneta y el pequeño auto que conducía Enrique Ropert.

Cuando Miria volvió la cabeza para mirar a su hijo, observó con horror que este era sacado con brutalidad del auto por el grupo armado. Giró sobre sus pasos para intentar liberarlo, fue imposible. Gritos y forcejeos fueron inútiles. Impotente, vio cómo los sublevados lo arrastraban junto al grupo y se internaban en el edificio de la Intendencia. Por esa puerta vio desaparecer a su hijo y a Domingo Blanco, junto a los GAP, Juan Garcés Portigliatti, Óscar Marambio Araya, Jorge Orrego González, William Ramírez Barría, José Carreño Calderón, Carlos Cruz Zavala, Luis Gamboa Pizarro, Gonzalo Jorquera Leyton y Edmundo Montero Salazar.

Miria ingresó al garaje presidencial, al frente de la puerta de Morandé 80, y desde allí se comunicó con el palacio. Habló con Eduardo *Coco* Paredes. La desesperación aumentaba minuto a minuto. Paredes le dijo que el Presidente, informado de los hechos, le pedía que subiera a su despacho para desde allí actuar. La puerta de Morandé ya estaba cerrada herméticamente. Ingresó por la puerta principal de La Moneda. En el camino, se cruzó con el edecán naval de Allende. Le pidió ayuda. Ambos regresaron hacia la Intendencia. Pero ya en la calle, el marino desistió. En pocos minutos, ella estaba con Allende y, enfrente, el general José María Sepúlveda, general director Carabineros. Conseguir la liberación de Enrique Ropert y los jóvenes del GAP fue la petición.

Sabiendo que la vida de su hijo y de once jóvenes estaba en riesgo y que debía rescatarlos, la *Paya* no esperó. Volvió a salir del palacio y solo el general Urrutia –segundo al mando de Carabineros– aceptó realizar la gestión. Pocos minutos después, volvió cabizbajo: «Lo siento, pero ya no obedecen a mi general Sepúlveda. Solo reciben órdenes del general Mendoza».

La *Payita* volvió a entrar a La Moneda por la puerta principal. Las puertas se cerraron…

Quien sí pudo llegar a La Moneda fue el socialista Hernán del Canto. El recibimiento de Allende no fue cálido. El Presidente tenía encontrados sentimientos en esos momentos en que las tanquetas de Carabineros, las que creía comandaban tropas leales al gobierno, giraron iniciando la retirada. A ello se agregó la noticia de la detención de *Bruno* con el grupo del GAP y el hijo de Miria Contreras. Ya no había duda: el cerco se cerraba alrededor suyo y de los hombres que habían decidido resistir a su lado.

Por las ondas de radio Magallanes las voces del Quilapayún rasgaban el aire con *El pueblo unido jamás será vencido* y luego la proclama de la CUT.

–¡A parar el Golpe fascista!

Hubo un corte extraño y luego irrumpió por tercera vez esa mañana la voz de Allende.

Su tono siguió sereno pero el acerado metal de su voz delataba hasta dónde llegaría.

–En estos momentos pasan los aviones. Es posible que nos acribillen. Pero que sepan que aquí estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, que en este país hay hombres que saben cumplir con su obligación...

Patricio Carvajal llamó a La Moneda. Pidió hablar con Allende. Le reiteró lo que ya le había comunicado su edecán aéreo, Roberto Sánchez: dispone de un avión para salir del país con su familia.

–¡El Presidente no se rinde!

Por la puerta lateral entró a La Moneda el edecán Sánchez, el único de los tres que había estado junto a Allende desde el inicio de su mandato. En un pasillo se juntó con los otros dos edecanes: el teniente coronel Sergio Badiola, del Ejército y, por la Armada, el comandante de fragata Jorge Grez. Les habían ordenado insistir en el ofrecimiento del avión. Los colaboradores y escoltas de Allende intentaron impedir que se quedaran a solas con él. Pero la voz de mando del Presidente hizo retirarse a sus hombres.

–Si no acepta, Presidente, la Fuerza Aérea bombardeará el palacio.

Así terminó su discurso uno de los edecanes. El silencio fue atroz, hasta que lo rompió Allende:

–Díganles a sus comandantes en jefe que no me voy de aquí y no me entregaré. Si quieren mi renuncia que me la vengan a pedir ellos mismos aquí. Que tengan la valentía de hacerlo personalmente. No me van a sacar vivo, aunque bombardeen.

El edecán Sánchez diría más tarde:

–Allende tenía en sus manos una metralleta. Apuntó a su paladar y nos dijo: «Sí, me voy a suicidar, porque a mí no me sacan vivo de aquí». Me miró y dijo: «Le agradezco, comandante Sánchez, el ofrecimiento, pero dígale al general Leigh, que no voy a ocupar el avión ni me voy a ir del país ni me voy a rendir». Eran como las 10 de la mañana...[12].

El Presidente se despidió de sus tres edecanes, los que abandonaron sin problemas La Moneda. Carvajal fue informado de inmediato del resultado de la gestión. Por el conducto interno, se comunicó con el jefe del Ejército:

–Tú sabes que este *gallo* es chueco. Es al revés la cosa. Si él quiere va al ministerio a entregarse a los tres comandantes en jefe –dijo Pinochet.

–Yo hablé personalmente con él. Lo intimé a rendición a nombre de los comandantes en jefe y me contestó una serie de garabatos –dijo Carvajal.

–Quiere decir que a las 11 se van para arriba y van a ver qué va a pasar.

–Si las mujeres evacuan La Moneda va a ser fácil asaltarla.

–Una vez bombardeada por la vía aviación, la asaltamos con el Buin y la Escuela de Infantería. Hay que decirle así a Brady...[13].

Poco después de las 10 de la mañana, despegaron hacia Concepción los cuatro Hawker Hunter. Pero al sobrevolar Constitución, *Libra* recibió un llamado urgente de *Gato*. El general Leigh había dispuesto el ataque aéreo a La Moneda y a la casa

presidencial de Tomás Moro. Cuando aterrizaron en Concepción, se abocaron a preparar el ataque.

Libra relató:

«Uno de los pilotos me dijo que se deberían emplear cohetes y no bombas dada la proximidad de edificios altos en el área céntrica. Estuve de acuerdo porque si se lanzaban bombas la destrucción sería total y las esquirlas alcanzarían a todos los edificios cercanos, por lo que la posibilidad de muchos muertos y heridos era muy factible. Entonces, concordé que la decisión involucraba el uso de Sura P-3, arma antiblindaje y capaz de perforar las gruesas paredes del edificio. Dos aviones atacarían La Moneda y otros dos Tomás Moro. El ataque a La Moneda sería de norte a sur y el de Tomás Moro de oeste a este».

En el Ministerio de Defensa se impartieron las últimas instrucciones para dejar listo el blanco a los Hawker Hunter. A través de la cadena de radios golpistas, la voz de Guillard irrumpió con un nuevo bando militar y un ultimátum:

–Si no hay rendición, La Moneda será bombardeada a las 11 de la mañana...

El grupo de detectives que permanecía en La Moneda se enteró de que los tres edecanes presidenciales se habían retirado del palacio, pero que la gran mayoría de los carabineros que formaban la escolta presidencial seguía en su puesto, encabezados por su director, el general José María Sepúlveda. Afuera, las tropas comandadas por el general Javier Palacios habían tomado posición.

El fuego se inició.

La defensa del palacio replicó.

Allende recorrió todas las dependencias dando órdenes.

–Si quieren abandonar el lugar, este el momento, pero dejen sus armas. ¡Las vamos a necesitar! –le dijo al general Sepúlveda.

Un oficial trajo cascos y metralletas. El jefe de la escolta de Carabineros, José Muñoz, le entregó su casco al Presidente. En el salón rojo, el suboficial Jorquera, ayudante del edecán aéreo, le dio al secretario del Presidente un número telefónico.

–Comuníquese con el comandante Badiola.

Querían transmitir un nuevo recado: rendición inmediata y que Allende fuera a hablar con la Junta al Ministerio de Defensa. Puccio le pidió a Badiola que esperara y le informó a Allende.

–Un Presidente de Chile no se rinde y recibe en La Moneda. Si Pinochet quiere que vaya al ministerio, ¡que no sea maricón y que venga a buscarme personalmente! –le dijo a Puccio que respondiera.

El inspector Seoane se inquietó al enterarse de que los jefes de Carabineros también se retiraban. De pronto, escuchó que Allende lo llamaba:

«Estaba en el salón Toesca, sentado sobre una mesa grande. Me dijo que yo y mi gente podíamos retirarnos. Insistió en que debía informar a mis hombres, que estaban liberados. Cuando le dije que me quedaría, respondió algo así como que sabía que esa sería mi decisión. No fue nada grandilocuente. Transmití el mensaje a la dotación y todos decidieron quedarse. Sin grandes palabras, sin melodramas: estábamos cumpliendo con nuestro deber. Ya éramos 17 pues uno de los nuestros se había retirado. Después supe que lo habían visto en una patrullera llorando».

El detective Luis Henríquez:

«Si había alguien que tenía muy claro lo que venía y lo que tenía que hacer, ese era

el Presidente. No lo vi en ningún momento titubear y tampoco flaquear. Cuando Seoane nos dijo que el Presidente nos dejaba en libertad de acción, pero que nuestra misión nos obligaba a permanecer en el palacio hasta las últimas consecuencias, nadie dudó. Escuché a Garrido argumentar que con qué cara nos íbamos a presentar ante nuestras familias y compañeros si abandonábamos nuestra misión. La opinión y certeza de los más antiguos primó. Nos quedamos todos».

La partida de los carabineros provocó un súbito silencio. Luego, nuevamente la balacera.

El cerco ya era casi total.

El general Sergio Arellano, en su puesto de comando, seguía atentamente la retirada de las tanquetas de Carabineros:

> La coordinación con Carabineros fue muy importante. La evacuación de la Guardia de La Moneda se coordinó con el general Yovane. Ella tuvo que hacerse con mucha habilidad ya que no se podía despertar sospechas entre los extremistas y los GAP que habían emplazado armas automáticas en los principales puntos del palacio. Yo apuraba a Yovane porque el ataque de los aviones Hawker Hunter y después el ataque final de mis fuerzas no podía dilatarse más. Por pequeños grupos, los carabineros fueron abandonando La Moneda y se dirigían al edificio de la Intendencia de Santiago. Para ello se aprovechó la llegada a la zona de los primeros tanques. Había transcurrido una hora más o menos, y ya estábamos en pleno combate, cuando avanzaron tres tanquetas de Carabineros hasta Morandé 80 creando gran confusión. Se expusieron al fuego de los francotiradores y de nuestras propias tropas. A través del intenso tiroteo se vio que alguien subía a una de las tanquetas, después de lo cual abandonaron rápidamente el lugar. A los pocos momentos, la unidad que cubría el sector Alameda con Manuel Rodríguez me llamó por radio: tenían detenidas a las tres tanquetas y en una de ellas iba el general de carabineros José María Sepúlveda, la que había sido sacado de La Moneda por orden de Yovane. De inmediato llamé a Yovane para hacerle ver el riesgo innecesario que se había corrido por no coordinar esa acción y exponernos a un choque entre Carabineros y Ejército por un hombre que no lo merecía[14].

EN INDUMET, SU INTERVENTOR, EL ECONOMISTA SOCIALISTA Y DE NACIONALIDAD ECUATORIANA, SÓCRATES PONCE, CASADO CON UNA HIJA DEL GENERAL DE CARABINEROS RUBÉN ÁLVAREZ, HABLÓ ANTE LA ASAMBLEA DE TRABAJADORES. LES INFORMÓ LO QUE ESTABA OCURRIENDO Y LES DIJO QUE HABÍAN DECIDIDO RESISTIR, PERO QUE LOS QUE QUISIERAN IRSE PODÍAN HACERLO DE INMEDIATO. MENOS DE CIEN HOMBRES PERMANECIERON EN SUS PUESTOS.

En La Moneda alguien habló con el edecán Badiola, quien estaba en el Ministerio de Defensa y ofreció parlamentar para detener el bombardeo. Carvajal se comunicó con Pinochet y escuchó en boca de este:

–Rendición incondicional. Nada de parlamentar. ¡Rendición incondicional!

–Muy bien. Conforme. Rendición incondicional en que se lo toma preso, ofreciéndole nada más que respetar la vida, digamos...

–La vida y su integridad física y enseguida se lo va a despachar a otra parte.

–Conforme. O sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

–Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país. Y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando...

Carvajal se rió.

En La Moneda no había lugar para la distracción. Allende fue hacia su escritorio y tomó el teléfono de magneto.

–Aló, aló, radio Magallanes –repitió varias veces.

En el sexto piso del edificio ubicado en calle Estado 235, los periodistas Guillermo Ravest y Leonardo Cáceres, más el radio controlador Amado Felipe, intentaban sustraerse al peligro inminente de un asalto a las oficinas, para mantenerse en el aire. Todas las demás radios partidarias del gobierno habían sido silenciadas. Solo quedaban ellos. Ravest, levantó el teléfono. Escuchó la voz del Presidente:

–Necesito que me saquen al aire, inmediatamente compañero…

–Deme un minuto para ordenar la grabación…

–No, compañero. Preciso que me saquen al aire inmediatamente, no hay tiempo que perder…

Guillermo Ravest:

–Sin sacarme la bocina de la oreja, grité a Amado Felipe que instalara una cinta para grabarle y a Leonardo Cáceres, que corriera al micrófono a fin de anunciar al Presidente, a quien le pedí: «Cuente tres, por favor, compañero, y parta». Pese al nerviosismo de esos instantes, Amado Felipe –un gordo hiperquinético y jovial, hijo de refugiados españoles– tuvo la sangre fría de empezar a difundir al aire los primeros acordes de la Canción Nacional, a los que se mezcló la voz de Leonardo Cáceres, anunciando al Presidente constitucional[15].

Alrededor de Allende se fueron congregando cerca de 40 personas. A su lado estaba su hija Beatriz (*Tati*). Allende no tenía ni un solo texto en sus manos. Eran casi las diez de la mañana cuando por la onda de radio Magallanes surgió una voz.

–Aquí habla el Presidente...

Y esa voz fue como un aguijón en medio de los estruendos:

«Compatriotas: es posible que silencien las radios, y me despido de ustedes. Quizás esta sea la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron, soldados de Chile, comandantes en jefe titulares, el almirante Merino, que se ha autoproclamado, el general Mendoza, general rastrero que solo ayer manifestara su solidaridad, también se ha denominado director general de Carabineros».

«Ante estos hechos solo me cabe decirles a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un trance histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente. En nombre de los más sagrados intereses del pueblo, en nombre de la patria, los llamo a ustedes para decirles que tengan fe. La historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen. Esta es una etapa que será superada. Este es un momento duro y difícil; es posible que nos aplasten. Pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para la conquista de una vida mejor.

«Trabajadores de mi patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que solo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la Ley, y así lo hizo».

«Es este el momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes. Pero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que señaló Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena conquistar el poder para seguir defendiendo sus

granjerías y sus privilegios. Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días están trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista».

«Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente, en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder. Estaban comprometidos. La historia los juzgará».

«Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria. El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco debe humillarse».

«Trabajadores de mi patria, tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile!, ¡viva el pueblo!, ¡vivan los trabajadores!».

«Estas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición».

–No hay más, compañero, eso es todo –le dijo Allende a Ravest, al finalizar.

[1]. Entrevista póstuma que le hizo el equipo de la Universidad Finis Terrae.

[2]. Según cuenta Federico Willoughby en su libro *La guerra*, estando informados desde el principio del desarrollo del Golpe y de su fecha, los estudios de la radio, ubicados en pleno centro de la capital, fueron blindados por expertos alemanes que les envió Paul Schäffer, líder de Colonia Dignidad. La seguridad también estaba a cargo de un equipo de Schäffer.

[3]. Álvaro Puga (*Alexis*) se convertiría en subsecretario de Gobierno e integrante del Departamento Sicológico de la DINA. Llegó ese día 11 en reemplazo de Carlos Ashton, ex oficial de la Armada y director de radio Agricultura, quien sería, inmediatamente después del Golpe, jefe de Comunicaciones de la Cancillería, desde donde jugaría un rol en los momentos en que asesinan al general Carlos Prats y su esposa en Buenos Aire (1974). Márquez de la Plata fue ministro de Pinochet y hasta hoy sigue integrando los grupos de apoyo a Pinochet y a los militares que dieron el Golpe. Recuperada la democracia, Sergio Romero fue senador por Renovación Nacional y en 2010, fue nombrado embajador en España por el Presidente Sebastián Piñera.

[4]. Del libro *El 11 en la mira de un Hawker Hunter*, del general Mario López Tobar, *Libra*.

[5]. Reportaje publicado en el diario *Clarín* de Argentina, el domingo 5 de septiembre de 1999.

[6]. Cortés Villa llegó a general y en toda su carrera fue uno de los oficiales favoritos de Pinochet. Cuando este se fue a retiro en 1998, se incorporó a la Fundación Pinochet, de la cual fue secretario ejecutivo por largo años. Sigue siendo uno de sus directivos.

[7]. Entrevista al general Arturo Yovane de revista *Cosas*. El coronel Manuel Gutiérrez fue llamado a retiro poco después del Golpe y no llegó a general.

[8]. De la grabación que hizo relatando sus últimos diez días como ministro de Defensa.

[9]. Danilo Bartulín, médico y amigo personal de Allende, quien también era amigo de sus padres que vivían en Chiloé.

[10]. El detective Jorge Fuentes Ubilla logró sacar a Hortensia Bussi de Tomás Moro, en medio del

bombardeo, por un pasaje posterior.

[11]. En la puerta lo detiene el oficial de Inteligencia de la Armada Daniel Guimpert, quien se integró a la comisión del Estado Mayor de la Defensa Nacional que encabezó Nicanor Díaz Estrada y desde allí fabricó las confesiones del obrero socialista Luis Riquelme para inculparlo del asesinato del Edecán Naval de Allende, Arturo Araya.

[12]. Entrevista en revista *Análisis* Nº 194.

[13]. De la transcripción de las grabaciones secretas del Golpe, que reveló revista *Análisis* Nº 122, del 24 de diciembre de 1985.

[14]. Extracto de lo que el general Sergio Arellano escribió en su agenda sobre lo que ocurrió el día 11 de septiembre de 1973.

[15]. Relato del periodista Guillermo Ravest, publicado en revista *Rocinante* Nº 58, de agosto de 2003, junto con un testimonio del periodista Leonardo Cáceres, en la época director de prensa de Radio Magallanes.

Capítulo XXV

BOMBAS SOBRE LA MONEDA

EL METAL DE LA VOZ DE ALLENDE SE EXTINGUE. LOS HOMBRES Y MUJERES QUE LO RODEAN ESTÁN MUDOS. ALGUNOS TIENEN LÁGRIMAS EN LOS OJOS. OTROS TÍMIDAMENTE SE ACERCAN Y LO ABRAZAN.

El detective David Garrido, trémulo, observa:

–Estaba en el living privado, al lado del despacho presidencial, mientras él hablaba con tanta entereza... Me abismó comprobar que tenía muy claro que iba a morir.

Juan Seoane:

–Era como si hubiera estado preparado para vivir ese momento. Estaba más entero que nadie. Manejaba completamente la situación. Seguía siendo el Presidente de la República.

Lo mismo debió pensar el general Sergio Arellano al escuchar las palabras de Allende por radio Magallanes. No entendía cómo la emisora no había sido aún acallada. Envía de inmediato una patrulla con la orden terminante de que la silencien y se detenga a los responsables.

Eso es precisamente lo que temen Ravest, Amado Felipe y Leonardo Cáceres. Difunden una vez más el discurso y deciden desalojar los estudios no sin antes ponerse de acuerdo en cómo van a preservar la grabación de lo que serían las últimas palabras del Presidente[1]. A las 10:20, la radio Magallanes queda muda.

Ya no habrá más que una sola voz en el dial, con marchas y bandos militares.

El doctor Danilo Bartulín está al lado de Allende y participa de la discusión de los planes para sacarlo vivo de allí:

–Un grupo creyó que lo mejor era ir a parlamentar; otros, como Arsenio Poupin (subsecretario general de Gobierno y Jaime Barrios (*economista y gerente del Banco Central*), estaban por morir combatiendo en La Moneda como ejemplo histórico para el pueblo de Chile. Allende vale más vivo que muerto decíamos con el *Perro* Olivares y el *Coco* Paredes. Teníamos que salir hacia una población y seguir resistiendo. ¿Cómo? El plan era cruzar la calle Morandé, en dirección al Ministerio de Obras Públicas, atravesarlo interiormente y llegar a calle Bandera, donde teníamos autos con los que nos comunicábamos por radio, y salir a una población. Era posible, pero Allende no quiso. Eran las 10 pasadas...[2].

Por fin, el Presidente conversa con Hernán del Canto. Lo recibe junto a Ricardo *Máximo* Pincheira. No está ahí como miembro del CENOP sino en su condición de jefe del equipo de Inteligencia y Contrainteligencia del Partido Socialista. Allende le reitera a Del Canto con voz cortante que él no saldrá de La Moneda:

–La dirección del Partido Socialista debe saber también cumplir con su responsabilidad histórica.

Del Canto sale de La Moneda profundamente perturbado. El doctor Pincheira

vuelve a ocupar su puesto al lado de Allende.

Cerca de su despacho, el detective Quintín Romero escucha sonar el teléfono y contesta:

–Habla el almirante Patricio Carvajal. ¡Póngame con el Presidente!

Romero va a buscarlo y lo acompaña hasta el teléfono. Escucha que Allende reta a su interlocutor y finalmente le grita:

–¡Usted está hablando con el Presidente de la República y el Presidente elegido por el pueblo no se rinde!

Allende corta.

–No quiero recibir nuevamente llamadas de este tipo –le dice a Romero.

El doctor Danilo Bartulín lo ve ir hacia el Salón Toesca:

–Nos reunió a todos y nos dijo que había una tregua de 10 minutos, que los únicos obligados a quedarse eran los miembros del GAP y todo aquel que tuviera un arma y supiera usarla. Le pidió al resto que se fuera. Ahí se fueron Joan Garcés, René Largo Farías, los empleados de La Moneda, los carabineros... Quedamos más de treinta personas. El propio doctor organizó la resistencia. Decía: de aquí se dispara, de allá también...

Osvaldo Puccio retiene las últimas frases:

–El que tenga un campo por sembrar, el que tenga un hijo por nacer, ¡que se vaya!

El doctor Óscar Soto:

–Joan Garcés no quiere abandonar el palacio. Discuten de pie con el Presidente, en el patio de invierno, habiendo dejado Garcés en el suelo el maletín que portaba. Allende tiene un argumento definitivo: nadie mejor que Joan para relatar, con fundamentos, todo el proceso de la Unidad Popular y lo que él ha visto esa mañana. En el momento de una pequeña tregua, Garcés sale del palacio por calle Moneda[3].

Isabel Allende abraza a su padre:

–A las 8 de la mañana me llamó Patricia Espejo, de la secretaría privada de mi padre. Me dijo: «Isabel, ¡hay un Golpe! Él ya está en La Moneda». Me levanté y partí. Después que ocurrió el «Tanquetazo» y vi lo fuerte que significó para él no estar en La Moneda, desde temprano, tuvimos clarísimo lo que haría si pasaba algo similar. Yo también tomé mi decisión. La conversamos con Romilio, mi compañero: yo estaría en La Moneda. Lo necesitaba. Romilio tomó a nuestra hija Marcia y a Gonzalo, mi hijo mayor, y se los llevó a La Cisterna, donde su familia. Como mi auto no tenía radio, no pude escuchar las noticias ni los bandos militares y sobre todo, mi gran frustración, sus últimas palabras... Llegué a La Moneda después de muchas dificultades. La gente salía del centro presurosa, en dirección opuesta. Carabineros me paraba en cada recodo y yo invariablemente repetía: «Soy la hija del Presidente y voy a La Moneda». Y me dejaban pasar. Cuando estuve cerca, por ahí por calle Amunátegui, dejé el auto y seguí a pie. A metros de la entrada principal, por Alameda, encontré carabineros en actitud agresiva. Un oficial bajó su ametralladora solo después que un amigo, Jorge Echeñique, le explicó la situación. Entré por la puerta de Morandé 80. Creo que fui la última en poder ingresar... Mi recuerdo desde ese momento comienza a ser vago. Subí las escaleras corriendo y encontré a mi hermana Beatriz. Me miró con cara de sorpresa y me dijo: «¡Qué haces aquí!». Le contesté: «¡Lo mismo que tú!». «¡Te tienes que ir! *Tencha* está sola en Tomás Moro», me insistió. Pero me quedé. Fue... un acto que me salió de muy adentro... casi visceral. Enseguida me encontré con Eduardo *Coco* Paredes. Estaba en la secretaría

privada, sentado en el escritorio de Beatriz, y cuando entré, ¡me miró con una cara! Me dijo: «¡Pero qué haces aquí! ¡No te das cuenta de que esto es hasta el final!»... Ellos sabían y yo no. Pero yo sé por qué fui a La Moneda. Necesitaba estar con mi padre. Mi vida habría sido muy distinta si no hubiera estado ese día con él... Jamás pensé que iban a bombardear Tomás Moro. Siempre creí que mi madre estaría a salvo... A partir de ese momento mis recuerdos son confusos. Veo a Carlos Jorquera, a Augusto Olivares... gente que se abrazaba... y en un momento mi padre que sale de una oficina y me abraza, me hace cariño... sentí que algo no le gustaba: nosotras estábamos allí. Nos llamó al Salón Toesca. Recuerdo que dijo que las mujeres y todos sus asesores que no tenían armas y no sabían usarlas abandonaran el lugar. Insistió en que no quería muertes innecesarias, que él era un hombre consecuente y por eso se quedaba. Comenzó a presionarnos para que nos fuéramos y nuestra reacción fue una rotunda negativa. Volvió a la carga por segunda vez sin resultado. Insistió, la decisión ya está tomada, dijo. Había hablado con el general Ernesto Baeza y este se había comprometido a poner un jeep afuera para sacarnos. Beatriz le dijo que ese bien podía ser un chantaje, que nos podían tomar de rehenes. Y contestó: «¡No lo creo, pero si llega a suceder, el mundo lo sabrá!». El embarazo de Beatriz estaba bastante avanzado, pero en esos minutos ella solo pensaba en nuestro padre. En un momento dado, y viendo la desesperación del *Chicho,* le dijo: «¡Bueno, ya! ¡Vamos a salir!». Y después, de alguna manera, siempre se culpó por eso. *Tati* nunca se pudo conformar. Quería quedarse hasta el final junto a mi padre y no hacerlo le dolió mucho... Es tan difícil hablar por alguien que ya no está... Beatriz tuvo más sentido común... Él nos dijo que lo importante era que fuéramos testigos de lo sucedido y rindiéramos testimonio afuera...[4]

El compromiso del general Baeza ante Allende fue confirmado por el propio general al periodista Sergio Marras, diciéndole que a las 11 de la mañana lo llamó Allende para pedirle una tregua que permitiera que salieran las mujeres de La Moneda. Él aprovechó para reiterarle que depusiera su actitud y se rindiera. La respuesta que recibió fue un no rotundo. Terminó diciéndole: «¡Hagan lo que quieran!».

Isabel Allende ya está en la puerta de La Moneda:

–Quiso acompañarnos hasta la puerta de Morandé 80. Quería asegurarse de que saliéramos. En la puerta nos abrazó... Esa fue la última imagen... Su abrazo, extremadamente emocionado... su mirada y luego nos encontramos con el silencio total.

Beatriz Allende camina tres pasos y súbitamente vuelve y golpea con sus nudillos con fuerza la puerta de Morandé 80. Lo hace una, dos, tres veces y cada vez más fuerte. Del otro lado está el doctor Bartulín. Tiene instrucciones precisas de no abrir.

Afuera no hay jeep. Nadie las espera.

En el Ministerio de Defensa, el general Nicanor Díaz se comunica con Leigh:

–Mi general, se trata de aguantar un poco el ataque, porque se habló con el señor Tohá y van a mandar un parlamentario por lo que hay que esperarse un poquitito. Yo lo llamo por este mismo medio una vez que tengamos clara la situación.

Responde Leigh:

–¡Esta es una maniobra dilatoria! Deben salir las mujeres y algunos hombres que quieren abandonar La Moneda. Y si no, el entendido es el general Sepúlveda de Carabineros. Si no hay entendimiento con él procederíamos al ataque de inmediato. No más de 10 minutos.

Pinochet interviene:

–Están ganando tiempo. No acepten ningún parlamento. Parlamento es diálogo. ¡Rendición incondicional! Si quieren, vienen acompañados de Sepúlveda y se entregan. Si no, vamos a bombardear cuanto antes...

Se escucha la voz de Patricio Carvajal:

–Conforme. Le estamos dando 10 minutos de tiempo para que salgan de La Moneda. Yo estoy en conversaciones con José Tohá. Nos dice que están además allá Almeyda y Briones. Ya se le comunicó que en 10 minutos más se va a bombardear La Moneda. Así que tienen que rendirse incondicionalmente y si no sufrir las consecuencias.

Interrumpe Pinochet:

–Todos los que me acabas de nombrar, todos arriba del avión y se van de inmediato. A las 12 están volando para otra parte...

Las comunicaciones se interrumpen, la voz de Pinochet surge nuevamente con marcado tono de insistencia y alteración.

–No podemos aparecer con debilidad de carácter aceptando un plazo de parlamento a esta gente. No podemos aceptar plazos ni parlamentos que significan diálogos, debilidad. Todo ese montón de jetones que hay ahí, el señor Tohá, el señor Almeyda, a todos esos mugrientos que estaban por arruinar el país deben pescarlos presos y el avión que tienen dispuesto ¡arriba!, y sin ropa, con lo que tienen, para afuera.

–Me han dicho que espere un momento para convencer al Presidente –dice Carvajal.

–Negativo –responde Pinochet.

Cuando solo restan tres minutos para la hora fijada para el bombardeo –las 11:00– una voz desde el comando coordinador le comunica a Leigh que en esos momentos sale un jeep hacia La Moneda para retirar a seis mujeres. La respuesta es tajante:

–¡Déjense de labores dilatorias, de mujeres y de jeeps! Yo voy a atacar de inmediato. ¡Cambio y terminado!

La comunicación surge desde otro terminal, el «Puesto 3»:

–Mensaje de Gustavo a Augusto: Augusto, voy a atacar de inmediato La Moneda y Tomás Moro con cuatro aviones.

–Mensaje de Augusto a Gustavo: Que esperen un minuto los aviones de La Moneda porque van a salir las mujeres.

Los minutos pasan. El bombardeo es inminente. Pero Leigh no puede cumplir lo prometido. Los aviones que vienen de Concepción deben reabastecerse de combustible. Una nueva orden llena el vacío: ataque frontal al palacio por tierra. Las tropas militares disparan. Un tanque hace blanco y abre un tremendo orificio en la pared, a pocos metros de donde se encuentra el detective Quintín Romero:

–Nos arrinconamos todos. Cayeron brasas y comenzaron a quemarse las alfombras. Otro impacto cayó por la ventana que estaba abierta. ¡Fue terrible! Gateando llegamos hasta el fuego y lo apagamos con cojines. En ese instante comenzó a sonar el teléfono presidencial. Nadie lo atendía pues estábamos todos parapetados. De punta y codo, alcancé el aparato y levanté el fono. «Habla *Tencha*, ¿con quién hablo?». Me identifiqué. Entonces la señora del Presidente me pidió que la comunicara con su esposo. Le expliqué que era imposible, que disparaban. «¿Dónde está Salvador?», preguntó. Traté de explicarle y después de un intervalo, terminó diciéndome: «Yo voy a salir de Tomás Moro. Comuníqueselo por favor y... ¡cuídenmelo mucho!». Pero ese recado nunca pude dárselo...

El detective Luis Henríquez acaba de separarse de Allende:

–Vi al Presidente disparar desde una de las ventanas que dan a la Plaza de la Constitución y ante la presencia de un blindado. Pero fue retirado para evitar que siguiera exponiéndose. Con las armas que allí había, resistir era un chiste. ¡Cómo se puede enfrentar un tanque con un fusil ametralladora o una 9 milímetros!

Allende revisa las dependencias escogiendo el lugar donde debe parapetarse la gente. En la cocina, entre los muros interiores de 80 centímetros de espesor, Danilo Bartulín encuentra un lugar apropiado para que el Presidente y los GAP aguanten el bombardeo. Faltan minutos para el mediodía:

–Tengo hambre –dice Allende.

Bartulín le alcanza un pedazo de pan.

Leigh pregunta por última vez si todo está listo para el bombardeo. A las 11:20, los dos Hawker Hunter hacen una pasada de estabilización sobre La Moneda, viran a la izquierda y se alejan tres kilómetros al norte para tomar el eje de ataque a 3 mil pies sobre el objetivo. En ese minuto, *Libra* da la orden de separarse un kilómetro para atacar de a uno.

11:50. En un pasillo del segundo piso de La Moneda, el detective David Garrido va con tres de sus compañeros camino al subterráneo en busca de máscaras antigases. Dos minutos más tarde caen las primeras bombas. El avión 1 lanza su carga al pasar por Estación Mapocho y da contra el frontis norte destruyendo la gran puerta y las dependencias de los costados e interiores:

–Sentimos silbar la bomba justo arriba de nosotros. Luis Henríquez y yo saltamos hasta la mitad de la escala. Cuando intenté ponerme de pie, me fui para atrás, me miré los zapatos y estos ya no tenían sus tacos. La onda expansiva los había arrancado.

Luis Henríquez:

–El aire era irrespirable. Los otros colegas nos prestaban sus máscaras antigases para que pudiéramos respirar. Se inició el incendio...

Danilo Bartulín:

–Estaba preparando una olla cuando cayó la primera bomba justo al medio de La Moneda. Me tiró al piso. Unos vidrios me cortaron un dedo. Me fui al lado de Allende y ahí, acurrucados en el piso, con cascos, aguantamos...

El avión 2 dispara con mayor ángulo: sus cohetes entran por el techo. El incendio es instantáneo. La segunda pasada es contra el segundo cuerpo del edificio, entre el Patio de los Naranjos y el de los Cañones. Los cohetes explosan en el interior.

Luis Henríquez:

–El incendio avanzaba y la gente se fue concentrando en el ala que daba a Morandé, el sector que tenía menos daños. La confusión era total, los vidrios y escombros caían por doquier y el fuego cercaba. En eso, vi al doctor. Subía, bajaba, se desplazaba dándole aliento y una palabra de ánimo a cada uno de los que allí estábamos. Yo era un atemorizado muchacho y en medio de esa situación caótica ver al intelectual comportarse como el mejor soldado, me impactó.

David Garrido:

–Quintín Romero y José Sotomayor quedaron aislados, sin poder regresar. Con Henríquez volvimos a la subida de Morandé 80, donde estaba el grueso del grupo. En un momento pensamos bajar por una escala de caracol que daba al comedor del primer piso. Cuando lo intentábamos, cayó otra bomba en el repostero y quedamos enredados entre los

fierros de la escala. Había un hoyo y tuvimos que saltar para llegar nuevamente al segundo piso. Ya no pudimos bajar.

En la tercera pasada, uno de los cohetes rebota contra una de las gárgolas del techo y sigue su trayectoria hasta pegar en una oficina del segundo piso de la Cancillería. El detective Romero, aislado junto a Sotomayor, intenta parapetarse:

–Estábamos en una sala que daba sobre la capilla. Sentimos los aviones y luego el impacto, el ruido de los escombros y el polvo. El fuego surgió de inmediato. El rocket había perforado el techo. Quedamos incomunicados. Tratamos de arrancar hacia las oficinas de la señora *Tencha*, cuando sentimos nuevamente los aviones. Nos metimos debajo de los escritorios de una oficina. El ruido era tremendo. Cuando comenzó el incendio optamos por bajar. El bombardeo seguía y también las balas y las bombas lacrimógenas. El aire era irrespirable. Pensábamos que posiblemente nos quemaríamos vivos si nadie apagaba el incendio. Afuera se escuchaban gritos de militares. No sabíamos nada del resto de la gente. Cada cierto tiempo nos arrastrábamos hasta el baño, para mojar nuestros pañuelos y poder respirar. Observábamos cómo se quemaba todo el sector presidencial.

Todo Santiago asistía enmudecido al sobrecogedor espectáculo. A seis kilómetros de distancia, desde los jardines de la residencia del embajador de Estados Unidos en Chile, Nathaniel Davis, su esposa Elizabeth también observaba:

–Era una escena pavorosamente bella. Aparecían de alguna parte, el sol resplandecía en sus alas. Había solo dos. Aún en formación viraban grácilmente en el aire en un gran círculo, luego se inclinaban y picaban..., una bomba cada uno, después una suave curva hacia arriba y otra pasada...[5]

Los aviones regresan esta vez con otra carga. El incendio se abre paso, cuando la orden del puesto de control le ordena a *Libra* regresar a Concepción. Dejan atrás dieciocho bombas en total y en solo 16 minutos.

De inmediato sobreviene el estruendo del fuego de la artillería y armas pesadas de la Infantería apostadas en el frontis de La Moneda. En el comando central, en el Ministerio de Defensa, los hombres en su interior se mueven a tientas mientras los proyectiles rebotan contra las persianas metálicas de las ventanas.

En La Moneda, el incendio, el polvo y los gases lacrimógenos hacen estragos entre los hombres que rodean a Allende. Se turnan con las pocas máscaras antigases disponibles. Como Allende ve muy poco sin anteojos, ponerle la máscara con ellos es algo complicado.

Danilo Bartulín:

–Lanzaron bombas lacrimógenas por arriba. El agua corría por las escaleras, el incendio... era un infierno. En un momento dado no había de dónde disparar porque al frente no se podía llegar. Pero el doctor gritaba: «¡Que nadie se rinda!, ¡que la gente dispare donde pueda!».

Pinochet sigue en Peñalolén. Está inquieto. Teme que Allende huya en las tanquetas de Carabineros que abandonaron el cerco de La Moneda.

–Hay que impedirle la salida. Si sale hay que tomarlo preso. Hay que estar listos para actuar sobre él. Más vale matar la perra y se acaba la leva...

–El edecán Naval me ha dicho que el Presidente anda con un fusil ametralladora que tenía 30 tiros y que el último se lo va a disparar en la cabeza... –dice Carvajal.

–Esas son... Ese huevón no se dispara ni en las...

El detective Juan Seoane se desplaza junto a Allende en La Moneda cercada por el fuego y la artillería pesada:

–Éramos 50 o 60 personas. Vi al Presidente moviéndose de un lado a otro con casco y una ametralladora en la mano. A cada rato se sacaba el casco y alguien se lo pasaba. A mí me parecía que estaba viviendo una película, que todo era irreal. Vi a Enrique Huerta y a Eduardo Paredes, quien hacía prácticamente de cabeza de la gente del GAP. Vi al doctor Enrique Paris, pero sin ametralladora, igual que Arsenio Poupin. En un momento, cuando ya no se esperó más ayuda exterior, se pensó en la posibilidad de salir abriéndose camino con los autos. Pero se desestimó: era arriesgar al Presidente. Allende no permitió que ni siquiera se vislumbrara la posibilidad de que saliera oculto.

Arnoldo Camú (*Agustín*) logra comunicarse con un semiasfixiado Eduardo *Coco* Paredes. A esa hora, en INDUMET ya hay cerca de 400 hombres preparando la resistencia.

Por las ondas radiales, la voz del teniente coronel Roberto Guillard, llega a miles y miles de chilenos con un comunicado que vuelve a dejar en suspenso los movimientos:

–Desde las 10:30 horas, se ha requerido la rendición de Salvador Allende, y ante la negativa de este, se inició ataque aéreo y terrestre contra La Moneda. Con esta acción, se persigue evitar el derramamiento de sangre…

El general Arellano está pendiente de la rendición de La Moneda, pero lo que sucede en Tomás Moro lo altera. Así escribiría días después, lo sucedido:

«La única descoordinación fue de responsabilidad del general César Raúl Benavides. Recibió la misión de sitiar la residencia de Tomás Moro a las 8:30, evitando por todos los medios enfrentamientos con Carabineros. Casi al mediodía, cumplió con su deber. Fue una lástima, porque en el intertanto, abandonaron el recinto todos los GAP. Al quedar la casa sin custodia, se produjo un saqueo que fue de conocimiento público y al que puso fin no Benavides, sino la junta de vecinos del sector. Tampoco Benavides comunicó esta situación a su jefe directo, el general Brady, por lo cual no se avisó al general Leigh que suspendiera el bombardeo contra Tomás Moro, por ser totalmente innecesario».

Los aviones bombardean Tomás Moro. El piloto del avión 2 confunde su blanco. Sus cuatro primeros cohetes caen en el Hospital de la FACH, aledaño a la residencia presidencial. Dos rebotan sobre grandes árboles y los otros dos, en el segundo piso del recinto hospitalario. *Gato* ordena, entonces, suspender el ataque.

En Tomás Moro está *Manuel*, el hombre que secunda a *Máximo* (Ricardo Pincheira) en la tarea de Inteligencia y Contrainteligencia del Partido Socialista. Su verdadera identidad es Óscar Landerretche[6]. Han transcurrido 27 años y nunca antes había develado ni relatado lo que vivió aquel día como *Manuel*. La entrevista la hice en una larga jornada de domingo, en la que revivió, minuto a minuto, aquel 11 de septiembre y la posterior lucha por la sobrevivencia.

–Ese día me despertó un compañero, pasadas las 6 de la mañana. Vivía con *Trini*, mi compañera, y mi hijo, junto a *Aníbal*, otro miembro del aparato militar del PS, en una casa de seguridad en la Villa Aurora, en el Paradero 5 de Vicuña Mackenna. El *Negro* Eusebio había ido a Tomás Moro esa noche y me informó que la cosa estaba muy fea. Al poco rato llegó otro grupo de compañeros y me informaron que acababan de bombardear las antenas de radio Corporación. *Máximo* Pincheira se comunicó conmigo, me dijo que se iba a La Moneda, que tomara el mando y me entendiera con *Agustín* (Arnoldo Camú). Me fui de inmediato a una casa de seguridad en calle Ñuble. Allí teníamos un barretín –

construido por los tupamaros– con armamento pesado, el que nunca se había abierto porque estaba destinado a ser usado solo en caso de guerra. Había ametralladoras, antitanques, lanzacohetes... *Agustín* me ordenó que me fuera a Tomás Moro con todas las armas que pudiera, y que sacara de allá a todos los GAP que aún permanecían en la casa presidencial. Luego, debía irme a un punto de encuentro previamente fijado. Sacamos las armas que pudimos meter en el Peugeot 404, y me fui a Tomás Moro con *Frank* y *Joaquín*, que había estado con los tupamaros en Uruguay. Llegamos a Tomás Moro. La casa estaba rodeada por carabineros de la Vigésimo Cuarta Comisaría. Le dije a Frank que los apuntara y, ante cualquier ataque, no dudara en disparar. Mi padre había sido prefecto de Carabineros de Valparaíso, muy facho, un huaso. Se retiró de coronel siendo muy conocido. Digo esto, porque mi trato con los carabineros era fluido, muchos me ubicaban. La primera respuesta que recibí fue que no se podía entrar a la casa del Presidente. Vino un tira y afloja. Otro oficial se acercó y me dijo que mejor no entrara, que la cosa se iba a poner muy difícil... Insistí y exigí que me abrieran la puerta. Por la radio del auto escuchamos la voz de un militar dando el ultimátum para la rendición de La Moneda o bombardeo. Con voz cortante repetí: «¡Ábranme!». Entramos. Quedaba media docena de GAP y otros hombres. El que estaba al mando era *Mariano* Argandoña, *el arquitecto*. Le comuniqué que las órdenes que tenía eran que saliéramos, y que el punto de reunión era el Hospital Barros Luco. El ambiente en la casa era terrible. Los compañeros estaban mal, decían: «Están muriendo en La Moneda junto al Presidente y nosotros nos vamos a retirar. ¡No podemos!». Hubo un primer desconocimiento de la orden. Pero como había más gente afuera que adentro, empezamos a organizar la retirada. La discusión seguía, había quienes continuaban en conversación con La Moneda y se quebraban al escucharlos relatar lo que estaba sucediendo. No querían abandonar la casa. A eso se sumaba la sensación de estar metidos en el medio del barrio alto, lejos de los puntos de encuentro en la zona sur. Para llegar allá teníamos que pasar por una masa de gente que no sabíamos ni cuántos eran ni en qué disposición se hallaban. Ahí apareció un helicóptero, justo arriba nuestro, lo que apresuró mi decisión de abandonar la casa. Le pedí a un compañero que buscara una salida por atrás, y con Frank nos fuimos a cubrir la entrada. Otro grupo se fue al techo. Tomamos posición en la puerta. Los tipos del techo nos informaron que no se veía nada alrededor. *Mariano* dio la orden de atacar el helicóptero con una punto 30, y le empezaron a dar. Minutos después empezó el bombardeo y perdimos comunicación entre nosotros porque se acabó la calma. Mi último acto racional fue sacar de mi morral un cartón de cigarrillos Hilton, el que tenía guardado para esa ocasión, y repartirlos antes de ir a la pelea. Nos tiraron cohetes. Uno hizo trizas un cuadro de Guayasamín, y dejó muy herido a un compañero. Eso aceleró la salida. Cargamos todos los fierros que pudimos en la ambulancia y en los autos. Ya sabíamos que había una posibilidad de ir por atrás, bajando con los autos unas escaleras. El auto 1 era el Peugeot 404 que yo conducía. Íbamos cargados hasta el techo. Iban conmigo *Joaquín*, Frank, *Mariano* y *Mauricio*, un capitán del Ejército cubano de 1.90 mts., rubio, con pinta de gringo. Recuerdo que se puso su uniforme verde oliva diciendo: «Si me voy a morir en Santiago, quiero hacerlo con mi uniforme». Detrás venía un Fiat 600, una camioneta y la ambulancia. Salimos llenos de polvo y en medio de una nube de humo producto del bombardeo...

Pasadas las 13 horas, en La Moneda sitiada y en medio del combate, Osvaldo Puccio, acompañado por Fernando Flores y Daniel Vergara, le comunica a Salvador

Allende que acaba de hablar con el general Ernesto Baeza. Ha surgido un acuerdo para ir a parlamentar condiciones de rendición: no más bombardeos, formación de un gobierno con civiles y respeto de las conquistas sociales.

Los tres hombres salen de La Moneda.

–¿Qué es lo mejor: un tiro en la boca o en la sien? –le pregunta el periodista Augusto Olivares al doctor Danilo Bartulín. Tiene una UZI en la mano.

–Cuando descargues la UZI, te van a llegar 20 tiros –le responde el doctor.

El *Perro* Olivares, siente que hay algo peor que la muerte: quedar herido a merced de los golpistas. Bartulín no sabe que lo está instruyendo cuando le dice:

–En la boca, el tiro no puede pasar entre los hemisferios cerebrales. Lo más seguro es la sien, bien perpendicular…

El incendio avanza, igual que el cerco. De pronto, se escucha el grito del periodista Carlos Jorquera. Los hombres aguzan el oído y se movilizan. Lo que ven causa un efecto más letal que las bombas: Augusto Olivares se acaba de suicidar.

Junto al Presidente, en el comedor del personal de La Moneda, aparece la *Payita*. Desobedeció la orden de Allende y rehusó salir con las mujeres, para quedarse cerca de su hijo y del hombre que ama. En una silla, agoniza el periodista Augusto Olivares tras dispararse un tiro en la sien.

–Lo tendimos en el suelo y murió unos segundos después. El *Cacho* Soto dijo, «Presidente, está muerto, ya no hay nada que hacer» –dice el doctor Jirón.

Allende se quedó con los ojos fijos en el cuerpo inerte de su gran amigo y antes de que cundiera la desesperación, levantó la voz y tranquilizó a todos pidiendo un minuto de silencio en su memoria. «Nunca se me olvidará su cara de angustia y tristeza al ver sin vida al amigo querido», recordó la *Payita*.

El detective Luis Henríquez se estremece:

–El rostro del Presidente era impresionante, y a pesar de que eran muy amigos, fue él quien se impuso, tranquilizando a todos al pedirnos que guardáramos un minuto de silencio en su memoria... Jamás olvidaré esa cara...

Eduardo *Coco* Paredes, Ricardo *Máximo* Pincheira y Jorge Klein ya no se separan. Al igual que Bartulín, no han perdido las esperanzas de convencer a Allende de abandonar La Moneda. Por uno de los pocos teléfonos aún disponibles, Eduardo Paredes, exdirector de Investigaciones, recibe un llamado de su sucesor, Alfredo Joignant. Desea hablar con Allende.

Alfredo Joignant:

–Se ha llegado a decir que tuve una tremenda pelea con él y por eso llegó la hora de contar la verdad. Allende estaba muy alterado, y era muy comprensible: se había suicidado el *Perro* Olivares. Le dije: «Mire, Presidente, hay que preparase para la guerra larga». Pensaba que debíamos ir a los coscachos... Y le informé que le entregaría las armas de Investigaciones al Partido Socialista, a su aparato militar responsable, a Arnoldo Camú. Allende se alteró aun más. No estaba de acuerdo. Y terminó diciéndome: «¡Alfredo, hay que saber morir como hombre!». Por eso no hablé antes: porque efectivamente ya había entregado las armas al PS. Y no fue todo: con Samuel Riquelme, comunista y subdirector de Investigaciones, nos repartimos las 120 metralletas Walter que allí había. La mitad para el PS y la otra para el PC. Yo las mandé a INDUMET. Ese era el acuerdo que yo tenía con Camú, *el comandante Agustín*, con el que hablé en la mañana y me dijo que había llegado el momento de hacer lo acordado en caso de peligro de Golpe.

¡Y a esas alturas ya no había duda de que eso enfrentábamos! Entregué las armas a pesar de que tenía la certeza de que no había ningún aparato militar estructurado y que la vía armada no iba a funcionar[7].

En el perímetro céntrico de La Moneda, desde los edificios públicos, aún se dispara hacia las fuerzas militares. El inspector Juan Seoane recibe un llamado del Cuartel General de Investigaciones. Es el ayudante del director, Carlos Bravo.

–¿Cómo está el Presidente?

–Bien –dice un escueto Seoane, y luego pregunta por Joignant y Riquelme.

–Ya no están.

–¿Y quién está a la cabeza?

–El prefecto inspector René Carrasco.

–Infórmele de nuestra situación y pídale que me llame de vuelta.

Carrasco lo llama minutos después:

–Todo está perdido para ustedes. He recibido una instrucción del Ministerio de Defensa. Dígale al Presidente que la situación la dominan los militares, que hay que evitar un derramamiento de sangre inútil y lo mejor que pueden hacer es retirarse. Yo hablo con ellos y consigo una tregua.

Allende se entera del diálogo por intermedio de Paredes y Enrique Huerta. Está al lado de Bartulín. Lo mira y le dice:

–Danilo, tú has sido mi leal amigo. Si yo quedo herido, pégame un tiro.

–Doctor, usted es el último que tiene que morir aquí.

Allende le pide a Bartulín que vaya a una piececita en la entrada de Morandé 80, donde hay un citófono que conecta con el Ministerio de Defensa y averigüe qué ha sucedido con Flores, Vergara y Puccio. Se entera de lo previsible: los que fueron a parlamentar están presos.

–La rendición es incondicional –le repiten.

Sergio Arellano escribió:

> Hasta que las tropas ingresaron a La Moneda, se combatió intensamente. El fuego de armas automáticas por ambos lados era impresionante mientras gigantescas llamas consumían el palacio. Se produjo el movimiento de tenazas que estaba previsto prácticamente sin encontrar gran resistencia ya que las unidades conquistaron sus objetivos a las 13:30 horas, media hora antes de lo calculado. El millón de trabajadores con que amenazaba Salvador Allende no apareció por ninguna parte. Pero en el centro, desde todos los edificios altos, se hacía nutrido fuego de armas automáticas contra nuestras tropas. Empezamos a sufrir las primeras bajas. Particularmente activo era el fuego desde la Torre Entel, el Banco del Estado, el Edificio del Teatro Continental y desde el Ministerio de Obras Públicas. También hubo mucha actividad de armas de diferentes tipos desde otros edificios, como la Corfo, el Edificio UNCTAD, las Torres del San Borja y otros. Con un tiro de cañón montado en un jeep se silenció certeramente una ametralladora que había estado muy activa en la parte más alta de la Torre Entel. La valentía de que hacían gala nuestros hombres me produjo una extraña sensación de satisfacción y pena. Al comenzar la acción y ante el nutrido fuego que se recibía de los edificios altos, cayó nuestro primer soldado: un muchacho de 19 años. La reacción de su compañero, que estaba al lado del monumento a Bernardo O'Higgins, fue instantánea: salió a campo abierto, ubicó la ventana de la parte alta del edificio del Teatro Continental y vació con rabia todo el cargador de su fusil SIG. Sabían que luchaban por un ideal superior. Linda muerte la de estos muchachos y grande nuestra responsabilidad de no dilapidar su sacrificio.

JUAN SEOANE:

–Luego de una primera negativa, el Presidente accedió... Me comuniqué con Carrasco y le dije que el Presidente estaba de acuerdo, que todos íbamos a salir. Él dijo

que teníamos que salir de a uno, sin armas y con una bandera blanca...

Desde su puesto de mando, en Peñalolén, Augusto Pinochet llama continuamente al Ministerio de Defensa, para informarse de la situación. Los nervios lo traicionan. Habla a gritos:

–Ten cuidado con las famosas cartas del señor Allende, porque este gallo está jugando; juega y sigue muñequeando... No hay que aceptarle ninguna cosa. Hay que tirarlo pa'fuera no más. Es más problemático tenerlo aquí adentro.

El general Javier Palacios se prepara para ocupar La Moneda:

–Solo 24 horas antes recibí órdenes del general Pinochet. El ingreso a La Moneda me tocó por casualidad. Debía actuar en la reserva porque como estaban construyendo el Metro, resultaba muy difícil pasar con los tanques. La idea era llevarlos en caso de emergencia. Pero sucedió al revés, en lugar de que reaccionaran los cordones industriales, lo hicieron los servicios públicos del centro de la capital: el Ministerio de Obras Públicas, la Caja de Seguro Obligatorio y hasta del Hotel Carrera disparaban. Allí mi misión cambió: rodear La Moneda con los tanques y hacer que Allende se rindiera. Después de tomar el mando indirecto de la unidad de blindados, me subí a un tanque y avanzamos por las calles de Santiago. Se rodeó La Moneda por todos lados. Recién ahí nos dimos cuenta de que a los funcionarios públicos les habían dado armas y las sabían usar bastante bien. Vi el bombardeo de La Moneda. Después nos tocó el turno a nosotros...[8]

Juan Seoane:

–Todos comenzaron a dejar las armas. En la punta de un palo largo se puso un mantel blanco. El doctor Óscar Soto tomó la bandera blanca. Estábamos todos en el segundo piso por Morandé 80. Comenzamos a bajar. Al pasar por una ventana, dispararon, rompieron los vidrios y el doctor Soto se cayó. La gente retrocedió y se rompió la fila. Eduardo Ellis (*detective*) estaba ya junto a la puerta, tomó un delantal de médico botado en el piso y trató de hacer señales para que se entendiera que era nuestra rendición. Un soldado que estaba junto a la puerta por fuera, lo arrastró violentamente a la calle y se protegió con su cuerpo de los disparos que hacían de los edificios cercanos. Yo lancé mi pistola sobre la pila de armas que habían dejado abandonadas y me incorporé a la columna que se movía con lentitud.

David Garrido:

–Iba entre los primeros que salían y con los disparos retrocedí y me puse al final. Vi cómo el Presidente se fue despidiendo de todos, uno por uno. Me dijo: «Compañero, muchas gracias y mucha suerte». Tengo grabada la imagen del Presidente con la Declaración de la Independencia de Chile en su mano, firmada por O'Higgins, Zenteno y la Primera Junta de Gobierno. Ese pergamino estaba en la sala del Consejo de Gabinete, en el Salón Carrera, y cuando este comenzó a quemarse, alguien (*lo hizo Daniel Escobar Cruz, jefe de gabinete del subsecretario del Interior, Daniel Vergara*[9]) sacó el acta original desde la vitrina en la que estaba y se la pasó al Presidente. Hasta el final lo vi con ella en la mano... El humo hacía el aire irrespirable. Como no tenía máscara, cuando me ahogaba mucho, mi colega Douglas Gallegos y otros se sacaban las suyas y me la pasaban. Nos asfixiábamos...

Las pocas máscaras antigases pasaban de boca en boca. *Payita* también estaba en la fila, rezagada al final de la escalera. Tenía en sus manos el original del Acta de Independencia, la que recibió de manos de Allende, cuya voz todavía se escuchaba. Llevaba sobre sus hombros la chaqueta del *Perro* Olivares, la que esperaba poder

entregarle a su viuda. En la manga escondió el histórico pergamino.

Luis Henríquez:

–El Presidente conminó personalmente a sus colaboradores a que se rindieran. La gente empezó a salir por la puerta de Morandé 80. Yo me quedé con Garrido y otros de los últimos. Vimos al Presidente exigirle a cada uno que se rindiera y saliera y, después, cuando al parecer ya habían salido los primeros, el doctor pareció tomar su decisión y se metió al salón contiguo al pasillo en donde nos encontrábamos... Nosotros alcanzamos a escuchar sus palabras: «¡Allende no se rinde, mierda!».

Doctor Patricio Gijón:

–En el momento en que voy saliendo, me digo que tengo que llevarle un recuerdo a mi chiquillo. Volví sobre mis pasos a buscar la máscara de gas. Rehice el camino por el mismo corredor. Ya habían salido prácticamente todos y justo frente a una puerta abierta, veo cómo Allende se pega el tiro. ¡Fue desconcertante! Porque se estaba sentando en el momento de dispararse. En realidad, lo que vi fue la levantada que le produjo el impacto. Entré inmediatamente y le tomé el pulso: estaba muerto. No tenía bóveda craneana... Había volado. Me senté al lado de él y me quedé pensando. Sabía que tendría que llegar alguien. Pensé: si no fui capaz de honrarte en vida por lo menos te acompañaré ahora que estás muerto[10].

Juan Seoane:

–La fila iba saliendo, cuando llegó uno de los médicos. Dijo que Allende había muerto. Fue un momento terrible. Arsenio Poupin trató de matarse, alguien forcejeó con él y le arrebató la pistola. La voz de Enrique Huerta surgió: «¡Rindámosle un homenaje al Presidente!». La gente siguió bajando...

David Garrido:

–Al enterarse de la muerte de Allende, los que aún permanecían en el segundo piso, al final de la fila, intentaron volver para estar junto a él, pero alguien lo impidió...

Luis Henríquez:

–No tuve el valor necesario para volver a verlo. Había que salir a un metro de distancia entre nosotros y con las manos en la nuca. Mi presencia allí no fue precisamente la de un héroe, pero estoy conforme porque era mi obligación constitucional permanecer junto al Presidente hasta el final... ¡Y cuando el doctor se suicidó fue el final! Un impacto terrible. No tenía lógica. Sí, ¡derramé lágrimas, no lo niego! De impotencia por no haber hecho algo. Y me sentí muy culpable porque siempre pensé que nuestra misión era sacarlo vivo de allí. La verdad es que no estábamos preparados para algo así.

La *Payita* se había dejado arrastrar hacia afuera. Un soldado registró la chaqueta de Olivares y encontró el pergamino.

Juan Seoane:

–La escuché decir: «¡No, soldado, no! Es el Acta de la Independencia, ¡no la rompa!». Pero ya era tarde.

Desde el puesto de mando del Ministerio de Defensa se reanuda el contacto entre los jefes:

–Ha salido de La Moneda una cantidad de gente, pero todavía no me han confirmado si entre ellos está Allende. Parece que no. Actualmente se está disparando, porque se está reduciendo a francotiradores que hay sobre todo en el Ministerio de Obras Públicas. En este momento se acaba de producir un cese del fuego, espero que ahora se pueda producir la salida de Allende –dice Carvajal.

–Van dos helicópteros más a batir esos edificios. Yo voy a mandar de todas maneras el helicóptero presidencial de inmediato a la Escuela Militar. Me interesa que les avises que va a llegar el helicóptero y va a esperar ahí hasta las 4 de la tarde, hora en que el Presidente debe tomarlo. Si no llega a las 4, yo retiro ese helicóptero y el Presidente queda preso esta noche –dice Leigh.

Casi a las 14 horas, entran al palacio las tropas de ocupación encabezadas por el general Javier Palacios[11]:

–Entré por Morandé 80. Momentos antes de que subiéramos, bajó un doctor con una banderilla blanca diciendo que se rendían. Bajaron unos 14 ó 15 hombres, todos de delantal blanco. Hacía de portavoz el doctor Jirón. Arriba quedaron los GAP que no se rindieron. Yo subí. Había que andar con cuidado porque el incendio venía hacia nosotros. De pronto, apareció un muchacho de rasgos araucanos con una metralleta que nos chorreó a balazos. Una de las balas rebotó en la muralla y me pegó en la mano.

La rápida actuación de su ayudante, el teniente Iván Herrera López[12], evitó que fuera alcanzado por otros proyectiles. Palacios solo tiene una herida en su mano, pero Herrera recibe un impacto en el casco que le ocasiona una conmoción. Palacios sigue avanzando. Un teniente le sale al paso. Es Armando Fernández Larios[13].

General Javier Palacios:

–Fernández Larios me vendó con un pañuelo que yo mismo le pasé para cubrir la herida. ¿Por qué estaba allí? Creo que el Servicio de Inteligencia del Ejército envió gente por su cuenta para identificar a los prisioneros[14]. Botábamos las puertas y entrábamos a los salones disparando sin saber con qué nos íbamos a encontrar. De pronto se acercó un suboficial: «Mi general, en el salón Independencia está el Presidente. Y está muerto».

Salvador Allende yace encima de un sofá de terciopelo rojo con dos almohadones en sus costados. Su cuerpo se enfrenta al óleo de Fray Pedro Subercaseaux, que representa el momento de la proclamación de la Independencia de Chile, en la Plaza de Armas, el 18 de septiembre de 1810. Palacios recorre el cadáver con la mirada. Observa su saco de tweed, su pullover gris de cuello subido, el pantalón marengo y los zapatos negros. Se detiene en la metralleta, la inscripción y luego en sus manos: están llenas de pólvora. Su corazón se ha detenido, pero en su muñeca, su reloj automático de metal blanco marca Galga Coultre aún funciona. A su lado hay una máscara de gas y un casco. Cuando el general levanta la mirada, se topa con el crucifijo del siglo XVIII tallado en madera y de casi un metro de altura que está adosado al muro sobre una mesa con un espejo.

–Tapen el cuerpo –ordena.

Alguien recoge un chamanto boliviano. Palacios le da una nueva mirada y se comunica con el almirante Carvajal:

–Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto.

Carvajal activa de inmediato el puesto de control con los generales Pinochet y Leigh:

–*They say that Allende committed suicide and is dead now*. Díganme si entienden.

[1]. Ravest y Amado Felipe, regresaron a la radio, que inexplicablemente no fue allanada, y dedicaron muchas horas a reproducir las últimas palabras de Allende en unos pequeños carretes de cinta magnética. Al mediodía del jueves 13, levantado el toque de queda, cerraron los estudios con llave y se despidieron. No sabían que ya nunca más se volverían a ver. Ravest partió al encuentro de su mujer, la periodista Ligeia Balladares. Al abrazarse, ella percibió el bulto de las cintas, las que llevaron las últimas palabras de Allende por miles de

rincones. Ravest y su esposa lograron salir al exilio. Leonardo Cáceres también. Amado Felipe se suicidó tiempo después.

[2]. Entrevista de Antonio Martínez en el diario *La Época*, del 1 de abril de 1990.

[3]. Del libro *El último día de Allende*, de Óscar Soto.

[4]. Entrevista de Isabel Allende con la autora en 1990.

[5]. Del libro *Los dos últimos años de Salvador Allende*, de Nathaniel Davis.

[6]. Óscar Landerretche, ingeniero comercial, vivió en el exilio, se doctoró en Oxford y regresó a Chile. En el gobierno de Eduardo Frei fue nombrado ministro de Energía. En abril de 2000 se convierte en uno de los directivos máximos de la Fundación «Chile 21», la que fundó Ricardo Lagos y que luego continuó a cargo del ex ministro y senador Carlos Ominami, cuando este rompió con el PS. Landerretche salió de allí para seguir trabajando en el sector público.

[7]. Entrevista con la autora. Alfredo Joignant fue detenido esa misma noche en una casa en La Reina. Lo llevaron al Ministerio de Defensa, fue entregado al general Sergio Nuño y este ordenó que lo llevaran al subterráneo. Estuvo largo tiempo preso en la Academia de Guerra Aérea, donde fue torturado. Recorrió otros centros carcelarios y el 11 de diciembre de 1976, lo sacaron directo al aeropuerto, expulsado de Chile.

[8]. Entrevista en diario *Las Últimas Noticias*, del 10 de septiembre 1997.

[9]. Daniel Escobar fue detenido en La Moneda y llevado al Regimiento Tacna. El 13 de septiembre lo sacaron hacia el recinto militar de Peldehue (hoy Fuerte Arteaga), donde fue ejecutado y dinamitado. Desde entonces se convirtió en detenido desaparecido. Tenía 37 años, era casado y tenía 4 hijos.

[10]. Entrevista a revista *Cauce* Nº 24 (1984).

[11]. El general Palacios había sido compañero de estudios en el Liceo Alemán de los dirigentes socialistas Carlos Altamirano y Clodomiro Almeyda. Con el primero incluso fueron amigos hasta los 12 años.

[12]. Herrera fue uno de los hombres que ejecutó a los sobrevivientes de La Moneda en el recinto militar de Peldehue, el 13 de septiembre de 1973.

[13]. Armando Fernández Larios participa de la comitiva militar que encabeza el general Arellano al norte –«Caravana de la Muerte»– e ingresa a la DINA. Interviene en el secuestro de David Silbermann, en el asesinato al general Carlos Prats, en Buenos Aires, en 1974, según la investigación judicial que se hizo en ese país y en Chile. En 1976 participa en el atentado terrorista del que fue víctima el ex Canciller Orlando Letelier y su asistente Ronni Moffit, en Washington. Desertó en febrero de 1987 y se entregó a la justicia de Estados Unidos, país donde desde entonces vive bajo protección en ese país.

[14]. Entrevista en *El Mercurio*, 12 de septiembre de 1999.

Capítulo XXVI

VENCEDORES Y VENCIDOS

–QUE LO METAN EN UN CAJÓN Y LO EMBARQUEN EN UN AVIÓN, VIEJO, JUNTO CON LA FAMILIA. QUE EL ENTIERRO LO HAGAN EN OTRA PARTE, EN CUBA. SI NO, VA A HABER MÁS PELOTA PA'L ENTIERRO. ¡SI ESTE HASTA PARA MORIR TUVO PROBLEMAS! –DICE AUGUSTO PINOCHET.

–Conforme. La información esta se va a mantener reservada –dice Patricio Carvajal.

El hijo del general Arellano, Sergio, está en el quinto piso del Ministerio de Defensa:

–Alguien llegó y dijo que había que informar al país que Allende se había suicidado. Nadie hablaba. Sentí un sonido extraño, me di vuelta y vi al teniente coronel Sergio Badiola, al edecán de Allende, llorar...

General Javier Palacios:

–Se suicidó con la metralleta que le había regalado Fidel Castro[1]. Yo la tuve entre mis manos. Fue muy valiente, muy varonil. Hay que reconocer las cosas. Él dijo que no entregaba el mando y que estaba dispuesto a cualquier cosa. Era excelente tirador. Antes de entrar, lo veía desde la calle cuando se asomaba: de vez en cuando, sacaba la metralleta y disparaba. Creo que no le quedaba otra salida. Se le ofreció incluso un avión, pero él no quiso salir. Es lo mejor que pudo haber hecho. Entre los socialistas pasó a ser héroe. Además, ¡la papa caliente que habría significado para el gobierno militar! ¡Qué se hacía con este caballero! ¡Dónde lo mandaban! ¡Habría formado un gobierno en el exilio! [2]

Pasadas las 14 horas del 11 de septiembre de 1973, aún se divisaba desde todos los puntos de la ciudad la gruesa columna de humo que cubría La Moneda. Mientras la democracia agonizaba, en medio de los escombros, su cuerpo yacía solitario, a la espera de lo que decidirían los generales y el almirante que acababan de derrocar al gobierno.

Por las ondas de la nueva cadena de radios surgió nuevamente la voz del teniente coronel Roberto Guillard con el Bando Nº 5 de la Junta Militar:

–...Décimo: que existe en el país anarquía, asfixia de libertades, desquiciamiento moral y económico y, en el gobierno, una absoluta irresponsabilidad o incapacidad, lo que ha desmejorado la situación de Chile impidiendo llevarlo al puesto que por vocación le corresponde dentro de las primeras naciones del continente; undécimo, que todos los antecedentes consignados en los números anteriores son suficientes para concluir que está en peligro la seguridad interna y externa del país, que se arriesga la subsistencia de nuestro Estado independiente y que la mantención del gobierno es inconveniente para los altos intereses de la República y de su pueblo soberano; duodécimo, que estos mismos antecedentes son, a la luz de la doctrina clásica que caracteriza nuestro pensamiento histórico, suficientes para justificar nuestra intervención para deponer al gobierno

ilegítimo, inmoral y no representativo del gran sentir nacional, evitando así los mayores males que el actual vacío de poder pueda producir, pues para lograr esto no hay otros medios razonablemente exitosos, siendo nuestro propósito restablecer la normalidad económica y social del país, la paz, tranquilidad y seguridad perdidas...

La voz de Guillard tuvo un breve corte y luego, con un tono exultante, proclamó:

–Las Fuerzas Armadas y de Orden han asumido el deber moral que la Patria les impone de destituir al gobierno que, aunque inicialmente legítimo, ha caído en la ilegitimidad flagrante, y han decidido asumir el poder por el solo lapso que las circunstancias lo exijan, apoyados en la evidencia del sentir de la gran mayoría nacional, lo cual de por sí, ante Dios y ante la Historia, hace justo actuar y, por ende, las resoluciones, normas e instrucciones que se dicten para la consecución de la tarea de bien común y de alto interés patriótico que se dispone a cumplir... Firmado: Junta de Gobierno de las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile.

En la Universidad Técnica, el rector Kirberg aún no podía despegar los ojos del palacio de gobierno en llamas:

–Estábamos todos, profesores, alumnos, trabajadores. Después se realizó una asamblea. Habló el presidente de la Federación de Estudiantes, Ociel Núñez y llamó a detener el Golpe, a resistir... La mañana había transcurrido de manera vertiginosa. Una delegación de profesores y estudiantes democratacristianos vino a decirme que se ponía a mi disposición. Cuando aún estábamos bajo el impacto del bombardeo, llegó una patrulla de infantes de Marina. Reclamaban por una bandera a media asta que alguien había puesto. ¡O la suben, o la bajan!, ordenaron. Acordamos quedarnos en la universidad. Éramos alrededor de mil personas.

Desde algunos edificios públicos del centro de la capital se seguía disparando contra las fuerzas militares.

Sergio Arellano escribió:

El fuego de los extremistas siguió muy activo, especialmente desde el Ministerio de Obras Públicas, en cuya terraza habían emplazado dos ametralladoras. Llamé al Comando de Aviación de Ejército, hablé con el coronel Pedro Yockum, a fin de que enviara un helicóptero PUMA a los cuales habíamos colocado dos ametralladoras. A los pocos momentos sentimos las potentes ráfagas que barrieron al grupo de hombres que las accionaban. El helicóptero hizo fuego de este a oeste, tomando a los extremistas por sorpresa, dio una vuelta y regresó a su base en Peñalolén.

HASTA EL PUESTO DE MANDO, EN EL MINISTERIO DE DEFENSA, LLEGÓ UN TENIENTE CON NUEVA INFORMACIÓN. UNA PATRULLA TENÍA A DIEZ DIRIGENTES DE LA UNIDAD POPULAR QUE SE ENCONTRABAN EN LA MONEDA. ENTRE ELLOS, CLODOMIRO ALMEYDA, JOSÉ TOHÁ, FERNANDO FLORES Y DANIEL VERGARA. EL GENERAL SERGIO NUÑO LOS TRASLADÓ AL ESTADO MAYOR DE LA DEFENSA NACIONAL.

–Que vayan a la Escuela Militar –dispuso el almirante Carvajal.

En La Moneda, el incendio continuaba expandiéndose.

Sergio Arellano escribió:

En una de las tantas llamadas de Pinochet, y cuando la situación en lo principal ya estaba dominada, le manifesté que había llamado a los bomberos para que sofocaran el incendio de La Moneda y poder salvar así la Cancillería y los valiosos cuadros y obras de arte ubicados en el sector sur del Palacio. La respuesta airada de Pinochet fue: «¡Por qué llamas a los bomberos! ¡Deja que se queme toda La Moneda para que no quede ni rastro de la Unidad Popular!».

ARELLANO HARÍA CASO OMISO DE LA INDICACIÓN DE PINOCHET. LOS BOMBEROS ENTRARON A LA MONEDA CUANDO EL GENERAL JAVIER PALACIOS ORDENABA QUE UNA GUARDIA ARMADA IMPIDIERA EL PASO AL SALÓN INDEPENDENCIA, A LA ESPERA DE UN EQUIPO DE LA POLICÍA TÉCNICA DE INVESTIGACIONES Y DEL SERVICIO DE INTELIGENCIA, ENCARGADOS DE CERTIFICAR LA DEFUNCIÓN DE ALLENDE.

En la sede de la Editorial Lord Cochrane, el reloj marcó las 15:30 horas cuando Arturo Fontaine, subdirector de *El Mercurio*, recibió una llamada desde La Moneda en llamas. Juan Enrique Lira, jefe de fotografía, debía ir a fotografiar el cadáver del Presidente. Pero primero llegó el equipo de peritos de Investigaciones, encabezado por el inspector Pedro Espinoza. Lo integraban, además, el ingeniero de la Sección Balística, Jorge Quiroga Mardones; el detective Julio Navarro Labra; los peritos balísticos Jorge Almazabal Mardones y Carlos Davison Letelier; el planimetrista Alejandro Ossandón Carvajal, el fotógrafo forense Enrique Contreras Riquelme y el experto en huellas Héctor Henríquez Carvajal.

Juan Seoane estaba en el exterior de La Moneda:

–Estábamos tendidos en el suelo, había heridos y vi que separaban a algunos médicos del grupo. Había soldados que pedían que por favor los dejaran matarnos: «Mi teniente, deje que mate a estos comunistas y les reviento la cabeza aquí en la calle...».

Jaime Puccio, hermano de Osvaldo Puccio, oficial de Sanidad y dentista del Ejército y de La Moneda, descubre a la *Payita* entre los prisioneros. Pretextando que está herida, ordena que la suban a una ambulancia.

Otro oficial ordena hacer lo mismo con un herido. Antonio Aguirre Vásquez, integrante del GAP, el joven del mechón rubio y rebelde que le caía sobre la frente, el mismo que aparece en una foto disparando desde uno de los balcones de La Moneda, fue

trasladado a la Posta Central. Desde allí lo sacarían otros militares para convertirlo en un «desaparecido».

David Garrido:

–Quedé tendido en la vereda, al lado de Eduardo Paredes. Él trató de sacarse el carnet de identidad y pasármelo. De inmediato lo empezaron a golpear y se subieron arriba de mi espalda.

Luis Henríquez:

–Entendí que los soldados nos golpearan, pero hasta hoy no puedo entender que los bomberos que llegaron a apagar el siniestro, nos patearan y se ensañaran con nosotros, que estábamos manos en la nuca tendidos en el suelo, con fusiles en nuestras cabezas.

David Garrido:

–Desde el suelo, vi venir un tanque. Al oficial que iba en la torreta le escuché decir: «¡Permiso mi general, para pasarle el tanque por la cabeza a estos huevones!». Di vuelta la cabeza y vi al general Javier Palacios, con su mano izquierda vendada y un fusil en la derecha. El tanque se movió y puso una oruga en la vereda...

Luis Henríquez:

–Entonces, una mujer, desde las oficinas del Ministerio de Obras Públicas, a escasos metros, llamó al general Palacios por su nombre. Le pidió ayuda para sacar de allí a la gente que se había refugiado durante el bombardeo. Surgieron voces alrededor de Palacios. Este ordenó que dejaran salir a la gente del ministerio y nosotros seguimos vivos...

A esa hora, *Manuel*, Óscar Landerretche, había dejado atrás Tomás Moro e intentaba con su columna armada llegar a la zona sur:

–De repente, nos encontramos con una columna del Ejército. Los vi aproximarse. Tomé la decisión de seguir. Hasta hoy no entiendo por qué nos dejaron pasar. Nos vieron con los fierros saliendo por las ventanas, ¡y se quedaron parados! No tenían orden de combatir. Tomé por el camino a Las Perdices, crucé Macul, muy abajo, y por Camino Agrícola enfilé por la calle frente a Sumar. Ya habíamos perdido contacto entre nosotros y decidimos irnos por Santa Rosa a nuestro punto de reunión: el Hospital Barros Luco. Como a tres cuadras dejamos los autos. Cargamos las armas y nos pusimos a caminar. Fue imposible no recordar la película *Morir en Madrid*... Como estaba nublado, era en blanco y negro, miles de personas venían caminando en sentido contrario, hacia el sur. No había ni un auto ni una micro y en el fondo, la gruesa columna de humo de La Moneda bombardeada. Nosotros íbamos cubiertos de polvo, cargados de armas, con un capitán del Ejército cubano en uniforme de combate... ¡En esas tres cuadras ni una sola persona se unió a nosotros! Cuando llegamos, un compañero nos dijo que adentro los doctores estaban festejando. Nos invadió la ira. Entramos y gritamos: ¡Tienen 30 segundos para desalojar! ¡Estamos tomando el control de la zona sur de Santiago! Fue el desbande generalizado. Nuestro punto de encuentro era junto al pabellón del fondo. Miramos, ¡y no había nada! Un solitario auto y punto. Allí estaba la querida Carolina Wiff[3]. Fue la única que llegó...

INDUMET ya había sido cercada por fuerzas policiales. Cuando estas iniciaron el ataque, apoyadas por tres tanquetas Mowag de Carabineros, fueron repelidas. Hasta la calle Carmen, al norte de San Joaquín, llegarían nuevos contingentes de refuerzos con poderoso armamento. Se hizo evidente que las posibilidades de resistir eran exiguas. Entre el fuego cruzado se inició una loca y mortal carrera de retirada. Algunos cayeron,

entre ellos el interventor ecuatoriano Sócrates Ponce[4]. Otros se sumergieron en la clandestinidad. Un tercer grupo logró llegar hasta la población La Legua, para allí atrincherarse e intentar otro foco de resistencia.

A las 16 horas, se inició la evacuación de los prisioneros de La Moneda. A culatazos los hombres fueron llevados hasta dos buses de la Armada que emprendieron rumbo hacia el Regimiento Tacna. Los médicos Danilo Bartulín, Óscar Soto, Patricio Arroyo, Alejandro Cuevas, Hernán Ruiz, Víctor Oñate y José Quiroga fueron liberados. Arturo Jirón y Patricio Guijón[5] serían trasladados al Ministerio de Defensa. Y los doctores Eduardo *Coco* Paredes, Enrique Paris, Ricardo *Máximo* Pincheira y Jorge Klein llegarían vivos al Tacna.

Isabel Allende iba a enterarse muy pronto de qué había sucedido con su padre:

–Cuando salimos de La Moneda éramos seis mujeres. Además de Beatriz y yo, estaba Nancy Julián, la esposa de Jaime Barrios, quien había permanecido junto a mi padre, y las periodistas Frida Modak, Verónica Ahumada y Cecilia Tormo. Algo pasó en un minuto que Verónica y Cecilia se fueron por otro camino. Nosotras fuimos por calle Moneda, en dirección al cerro Santa Lucía. Se oían tiroteos aislados. Tratamos de entrar al primer edificio que encontramos, pero el cuidador nos lo impidió. Llegamos a un hotel. En la recepción, un tipo escuchaba radio. Le pedimos dos habitaciones. Accedió. Nos sentamos, estábamos agotadas, y en ese momento, por la radio, escuchamos que, ante la resistencia presentada en La Moneda, la Fuerza Aérea se había visto obligada a bombardearla. ¡No lo olvidaré jamás! Me desarmé. Fue imposible evitarlo... Al verme así, el hombre de la recepción cambió de parecer y nos anunció que no nos rentaría las habitaciones. Nos dimos media vuelta y salimos... Beatriz estaba conmocionada... Su reacción fue sacar un cigarrillo... Trató de contener su intensa emoción fumando... ¡Y tenía un embarazo de más de siete meses! Seguimos caminando hacia el cerro Santa Lucía, sin lógica ni racionamiento. Lo único que nos movía era el instinto: salir de allí. Llegamos a la calle Santa Lucía y decidimos hacer auto stop a los pocos autos que pasaban. Nos pusimos de acuerdo en decir que éramos secretarias asustadas. Un auto grande paró, y sin hacer preguntas, su conductor nos instó a subirnos. En la Plaza Italia, soldados armados frenaban a todo el mundo. Vimos a los primeros detenidos manos en la nuca. Un soldado se acercó al auto y nos pidió los documentos. En ese momento, Beatriz empezó a sentir contracciones. Mejor dicho, las fingió. Y eso fue lo que nos salvó, porque otro soldado llegó a mirar y después de consultarse entre ellos, nos dejaron pasar. Seguimos por Providencia, y a la altura de Seminario, de repente le pedí al conductor que parara. Nos bajamos ante la mirada desconcertada de Beatriz y Frida. El conductor del auto nunca preguntó ni dijo nada. Nunca sabremos quién era. No me pregunte por qué decidí que nos bajáramos allí, salió no más cuando recordé que una compañera de trabajo vivía en ese sector con su madre. Era una casa blanca, bajita, pareada... Entramos por Seminario buscando esas dos casas iguales. Al encontrarlas, tocamos el timbre. Vimos salir a mi compañera corriendo. Nos abrió su casa y allí nos quedamos. Ella se portó de manera maravillosa. Allí empezaron los contactos telefónicos. Tratamos de hablar con Tomás Moro para ver qué había sucedido con *Tencha*. Beatriz llamaba a la embajada cubana para comunicarse con su marido y, finalmente, a través de Olga Corsen, amiga de toda la vida de la familia, supimos que *Tencha* había escapado del bombardeo y estaba sana y salva en casa de Felipe Herrera[6]. Beatriz se comunicó más tarde con Danilo Bartulín, quien había logrado salir de La Moneda. Fue él quien le dijo que Salvador

Allende había muerto y Augusto Olivares también... Yo estaba a su lado. Era como hablar juntas. Recuerdo nítido cuando dijo: «¡Todo ha terminado!».

Una vez que los peritos hicieron su trabajo, el cuerpo de Salvador Allende fue sacado de La Moneda y llevado en ambulancia al Hospital Militar. La instrucción de Pinochet fue clara: había que certificar la causa de su muerte para deslindar responsabilidades futuras de los militares.

A esa hora, un bus con carabineros fuertemente armados, avanzaba lentamente por la Población La Legua. Al llegar al cruce de las calles Toro y Zambrano y Estrella Polar, el proyectil de un lanzacohetes lo impactó de frente. Hubo muertos y heridos entre los uniformados.

En Valparaíso, a las 17:30 horas, el almirante José T. Merino se subió a un helicóptero junto al auditor de la Armada, almirante Rodolfo Vío, otro de los cofrades de Lo Curro. El viaje a Santiago fue corto. Venían a la primera reunión de la Junta Militar. También viajaba el doctor Miguel Versín, jefe de Sanidad de la Armada.

Pasadas las 17:30 horas, en el pabellón de cirugía del Departamento de Otorrinolaringología del Hospital Militar, se instaló sobre la mesa central una camilla de lona de campaña. Encima estaba el cuerpo de Salvador Allende. La inspección se haría bajo la supervisión de los cuatro jefes de Sanidad de las Fuerzas Armadas.

En otro sector de Santiago, peritos de Investigaciones, al mando de Luis Raúl Cavada Ebel, jefe del Laboratorio de Policía Técnica, hacían su informe de lo ocurrido con el Presidente en La Moneda.

A las 19 horas, en la Escuela Militar, los jefes de la nueva Junta Militar darían comienzo a su primera reunión. Fue breve. En el documento que firmaron, se lee:

Considerando:

1. QUE LA FUERZA PÚBLICA, FORMADA CONSTITUCIONALMENTE POR EL EJÉRCITO, ARMADA, FUERZA AÉREA Y CARABINEROS DE CHILE REPRESENTA LA ORGANIZACIÓN QUE EL ESTADO SE HA DADO PARA EL RESGUARDO Y DEFENSA DE SU INTEGRIDAD FÍSICA, MORAL E IDENTIDAD HISTÓRICO-CULTURAL;
2. QUE SU MISIÓN SUPREMA ES LA DE ASEGURAR POR SOBRE TODA OTRA CONSIDERACIÓN, LA SUPERVIVENCIA DE DICHAS REALIDADES Y VALORES, QUE SON LOS SUPERIORES Y PERMANENTES DE LA NACIONALIDAD CHILENA, Y…

EN CUMPLIMIENTO DEL IMPOSTERGABLE DEBER QUE TAL MISIÓN IMPONE… CON ESTA FECHA, ESTA JUNTA ASUME EL MANDO SUPREMO DE LA NACIÓN, CON EL PATRIÓTICO COMPROMISO DE RESTAURAR LA CHILENIDAD, LA JUSTICIA Y LA INSTITUCIONALIDAD QUEBRANTADA…[7]

A LA HORA QUE LOS CUATRO UNIFORMADOS FIRMABAN SU ACTA FUNDACIONAL, EN LA SECCIÓN QUÍMICA Y FÍSICA DEL LABORATORIO DE LA POLICÍA TÉCNICA, OTRO EQUIPO INICIABA EL ANÁLISIS DE CUATRO MUESTRAS QUE LOS PERITOS RECOGIERON DEL CUERPO YA SIN VIDA DE ALLENDE, AYUDADOS POR UNA HOJA DE AFEITAR PREVIAMENTE LIMPIADA CON ALCOHOL Y ENSEGUIDA FROTADA CON PAPEL FILTRO. LOS PERITOS QUE FIRMARON EL ESTUDIO FUERON: CARLOS GARCÍA GALLARDO, LEOPOLDO DUSSERT LEÓN, OMAR LABRA CORREA Y RICARDO ROSAS HOHMANN.

A las 20:00, en el Hospital Militar, se inició la autopsia del cadáver. Fueron cuatro

largas horas. Al bordear la medianoche, el equipo concluyó la tarea y redactó el «Informe de Autopsia N° 2449/73», donde se lee: «La causa de la muerte es la herida a bala cérvico-buco-cráneo-encefálica reciente, con salida de proyectil... El disparo corresponde a los llamados "de corta distancia" en medicina legal... El disparo ha podido ser hecho por la propia persona»[8].

LA AUTOPSIA DE SALVADOR ALLENDE SE CONVIRTIÓ EN UN DOCUMENTO SECRETO. VEINTISÉIS AÑOS MÁS TARDE, ME SERÍA ENTREGADA JUNTO CON LAS FOTOS Y PERICIAS POLICIALES PRACTICADAS EL DÍA DE SU MUERTE. Y DEBERÍAN PASAR 40 AÑOS PARA QUE EL INVENTARIO DE LOS OBJETOS QUE TENÍA CONSIGO EL PRESIDENTE, Y QUE FUERON RECOGIDOS EN EL SALÓN INDEPENDENCIA, DONDE SE QUITÓ LA VIDA, LLEGARA A MANOS DEL MINISTRO DE LA CORTE DE APELACIONES DE SANTIAGO, MARIO CARROZA[9]. ALLÍ SE PUDO CONSTATAR QUE MUCHOS DE ESOS OBJETOS NUNCA HAN SIDO ENCONTRADOS.

Allí figuran: La espada de O'Higgins. Un bastón estoque de 1903. Una metralleta AK-47 con la inscripción: «A Salvador Allende de su compañero de armas Fidel Castro». Un reloj Jaegger LeCoultre. Anteojos Mustang. Un pañuelo azul con lunares rojos. Un telegrama despachado desde Rancagua por el intendente de O'Higgins. Una carta del 05/09/1973. Papel con número de teléfono (484209). Un llavero marca Flood. Un casco modelo NA –con las iniciales JMF-. Un cinturón de cuero. Dos cargadores. Dos vainillas. Una bala.

La ametralladora con la que combatió el Presidente y con la que se quitó la vida, regalo de Fidel Castro, también desapareció. El arma quedó en manos del general Javier Palacios. Así lo testificaron el general Ernesto Baeza y los peritos de Investigaciones en su informe.

El 11 de septiembre de 1973, había llegado a su fin. Recordando el que fue el día más importante de su vida, el general Arturo Yovane[10] comentó:

«La guerra terminó en el preciso instante en que los vencedores detienen a los vencidos y los fusilan...».

[1]. Esa metralleta desapareció sin que se haya encontrado ni un rastro de su destino. Ni siquiera el ministro Mario Carroza, que en 2011 investigó la exacta causal de muerte de Salvador Allende, logró alguna pista. Se convirtió en un trofeo de guerra.

[2]. Entrevista en el diario *Las Últimas Noticias*, 10 de septiembre de 1997.

[3]. Carolina Wiff, asistente social, tenía 34 años. Fue detenida el 25 de julio de 1975 por agentes de la DINA. Fue vista con vida en Villa Grimaldi y desde entonces integra la nómina de detenidos desaparecidos.

[4]. El ecuatoriano Sócrates Ponce, abogado y socialista, tenía 30 años, era casado con la hija del general de Carabineros, Rubén Álvarez, y tuvo un hijo póstumo. Fue presidente de los alumnos extranjeros de la Universidad de Chile. Fue detenido por Carabineros en INDUMET y llevado al Regimiento Tacna y luego al Estadio Chile. El 13 de septiembre de 1973 su cuerpo apareció muerto en la vía pública con múltiples heridas de bala.

[5]. Patricio Guijón fue conducido a la Escuela Militar y luego a Isla Dawson. «Nunca se quejó del trato recibido, tanto de militares como de algunos de los presos que estaban con él y que dudaban de su versión del suicidio de Allende», contó más tarde la doctora Paz Rojas. A fines de diciembre de 1973, fue trasladado al cuartel general de Investigaciones, en Santiago, y encerrado en una celda, incomunicado. Hubo nuevos maltratos y privación de sueño. Al cabo de una semana, le entregaron una camisa blanca y lo llevaron a un estudio de televisión. Allí repitió lo que siempre ha dicho. Pero como el suicidio era algo que muchos partidarios de Allende se negaban a aceptar, debió asumir que había entrado en un campo de nadie.

[6]. Felipe Herrera Lane, abogado y economista, además de socialista, era amigo de la familia Allende de larga data. Fue ministro de Hacienda y presidente del Banco Central (1953-1958), durante la segunda presidencia

de Carlos Ibáñez, de donde pasó a ser director del Fondo Monetario Internacional (FMI), y luego presidente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID, 1960-1970). Colaboró con el gobierno de Allende y en 1976, fue nombrado presidente del Consejo de Administración del Fondo de Promoción a la Cultura de la Unesco.

[7]. Fue publicada en el *Diario Oficial* y fue el Decreto N° 1 de la Junta Militar.

[8]. Transcurrieron 38 años sin que existiera certificación judicial de la causa de muerte del Presidente de la República. Recuperada la democracia, en 1990, cuando sus restos fueron exhumados desde el Cementerio Santa Inés (Viña del Mar), para realizar el funeral y el homenaje que se le adeudaba desde hacía diecisiete años, nadie reparó ni pidió esa diligencia. Ni siquiera la certificación de que esos restos exhumados pertenecían efectivamente a quien fuera Presidente de Chile por mil días. Hasta que el 23 de enero de 2011, la fiscal judicial de la Corte de Apelaciones de Santiago, Beatriz Pedrals García de Cortázar, incluyó su nombre en la presentación de una serie de denuncias por víctimas de violaciones a los derechos humanos que no registraban investigación judicial. Así fue como el ministro Mario Carroza Espinosa inició la investigación de «las circunstancias en las que se habría producido la muerte de Salvador Allende Gossens, ocurrida el día martes 11 de septiembre de 1973, al interior del Palacio de La Moneda» (Rol N°77-2011 del 34° Juzgado del Crimen de Santiago). Así como su suicidio no fue aceptado por sus partidarios por muchos años, nuevamente emergieron antiguas y distintas versiones que apuntaron a la actuación de terceros en su deceso. Incluso algunas más extremas que insinuaron que esos restos no eran los de Allende. «En el desarrollo del sumario se trató la tesis del suicidio del Mandatario; aquella que alude a la participación de personal militar en su deceso, y la que menciona la intervención de miembros del Grupo de Amigos del Presidente (GAP) u otros colaboradores, en la asistencia en el momento de su muerte», dijo Carroza en una de sus resoluciones, explicitando que su investigación contaría esta vez con un sello de rigor para zanjar las dudas. El 23 de mayo de 2011, el ministro ordenó una nueva exhumación de los restos del Presidente Allende. Su féretro volvió a recorrer las calles de Santiago, esta vez para un registro definitivo. Un equipo de expertos del Servicio Médico Legal (SML) y también internacional, inició los peritajes. En su informe final, los médicos forenses establecieron que las lesiones que presenta su cadáver, son atribuibles a dos proyectiles de fusil: «lesión perforante de la cabeza por proyectil de arma de fuego de alta velocidad, a contacto». David Pryor, perito balístico británico, concluyó que el doctor apoyó el fusil AK-47 bajo su mentón y disparó dos balas que tuvieron la misma trayectoria. Por el despacho del equipo del ministro Carroza desfilaron todos los sobrevivientes de los equipos que custodiaron al Presidente, y del grupo de colaboradores que compartió sus últimas horas. También de aquellos que en ese día lo convirtieron en un blanco a eliminar. Carroza también buscó entre los militares y otros funcionaros que ocultaron informes, autopsia y fotos. Pero nunca encontró el expediente original. Solo las mismas fotocopias de los documentos que fueron revelados por primera vez en la primera edición de *La Conjura* (2000), y que el ex fiscal militar Joaquín Earlbaum había conservado misteriosamente en su poder. Al finalizar el año, el 29 de diciembre de 2011, el ministro Mario Carroza cerró su investigación. «Habiéndose cumplido la totalidad de las diligencias decretadas y no apareciendo ni la necesidad ni la pertinencia de decretar otras tendientes a cumplir con este propósito, salvo aquellas que aluden a los hechos acontecidos en el Palacio de La Moneda el día 11 de septiembre de 1973, que tal como se señalara en la resolución precedente se estima necesario que se persigan en la causa respectiva, es que resulta ciertamente cumplida la finalidad planteada, principalmente con la abundante prueba pericial adjunta al proceso y los testimonios de quienes de manera presencial advirtieron ese día el desarrollo de los acontecimientos». Al cierre de esta edición se esperaba la resolución del ministro Mario Carroza, en la que confirmará el suicidio. Será un dictamen judicial para la historia, porque allí un juez de la República deberá concluir cuál fue el contexto legal y jurídico en que un Presidente de Chile adoptó la extrema decisión de quitarse la vida.

[9]. Se publicó en reportaje de Ciper «Los fantasmas que rondan la muerte de Salvador Allende», de Cristóbal Peña (www.ciperchile.cl), el 24 de mayo de 2011.

[10]. El general Arturo Yovane asumió poco después como ministro de Minería pero poco duró en las filas activas. El «dueño» del Golpe en Carabineros fue sacado de la línea de mando, aceptó ser enviado a Irán como embajador y poco después debió irse a retiro en el más completo anonimato.

CAPÍTULO XXVII

EL PRIMER DESAPARECIDO

CHILE SE HABÍA FRACTURADO EN DOS. MIENTRAS UNOS CELEBRABAN CON CHAMPAGNE, OTROS INAUGURABAN LAS CÁRCELES. LOS MUERTOS COMENZARON A SER APILADOS EN EL INSTITUTO MÉDICO LEGAL. EN EL REGIMIENTO TACNA, LOS PRISIONEROS DE LA MONEDA VIVÍAN UNA PESADILLA DE LA QUE MUY POCOS SOBREVIVIERON.

Juan Seoane:

–Nos hicieron bajar de rodillas y a culatazos para meternos en el patio del regimiento, hincados, a 20 metros de las ametralladoras. Llegó el comandante, el coronel Joaquín Ramírez Pineda, gritando como desaforado: «¡Los vamos a fusilar de inmediato!». Estaba fuera de sí...

Quintín Romero:

–Se acercaron a él un par de oficiales. Escuché algo parecido a «hay que esperar». Intentaban calmarlo... De repente, dos personas de civil nos pidieron los documentos, los que echaron a una caja. Otros nos hicieron sacar la ropa. Nos dejaron en cuatro filas. De rodillas nos llevaron a una caballeriza donde nos dejaron tendidos, manos en la nuca y con las piernas separadas. Nos daban culatazos.

Juan Seoane:

–Un suboficial rubio y de bigotes apareció con unas fustas de alambre, con asas plásticas de color verde, y comenzó a darnos azotes hasta que se cansó…Nadie se quejaba. El movimiento nocturno aumentaba dentro del regimiento, al que llegaban más y más prisioneros. Pero nuestro grupo no fue separado. Se hizo de noche. Una intensa llovizna comenzó a caer, implacable, sobre nuestros cuerpos hasta despuntar el nuevo día[1].

Seoane tuvo allí tiempo para observar a su alrededor. Vio a los doctores Enrique Paris, Eduardo Paredes, Jorge Klein y Ricardo Pincheira (*Máximo);* al subsecretario general de Gobierno, Arsenio Poupin; al intendente de Palacio, Enrique Huerta, hermano de Félix Huerta (del CENOP); al sociólogo Claudio Jimeno; al gerente del Banco Central, Jaime Barrios; al ayudante del subsecretario del Interior, Daniel Escobar; al chofer del Ministerio de Obras Públicas, Julio Tapia; Óscar Balladares y a los miembros del GAP: Jaime Sotelo, Juan Montiglio y Óscar Balladares Caroca.

En la casa de calle Seminario, Isabel Allende intentaba conseguir información:

–Fueron horas muy tristes. Primero, saber la muerte de mi padre... Nancy Julián estaba muy desesperada, supo que su esposo Jaime Barrios, había salido de La Moneda junto a los otros y ya no hubo más información. No paraba de llorar... Nunca más supo de él. En la tarde, las malas noticias siguieron llegando. Nos comunicamos con *Tencha*, había recibido la instrucción de presentarse en el Hospital Militar, para enterrar a Salvador Allende. Quería que la acompañáramos... Una delegación militar fue a negociar

con el embajador de Cuba y Luis Fernández, marido de Beatriz, un salvoconducto que la autorizara para ir al entierro de mi padre. Pero fue solo un pretexto, porque los hicieron salir y los atacaron. Desde dentro contestaron el fuego, y el embajador Mario García quedó herido en un brazo. Luis Fernández le dijo a *Tati* que por ningún motivo saliéramos: no había garantías. Fue muy duro saber que no íbamos a poder acompañar a *Tencha*. Costó muchísimo tomar esa decisión, pero no había ninguna seguridad. En ese momento sí pensamos en el hijo que esperaba Beatriz. Fue uno de los momentos más duros... Esa noche no dormimos. Había demasiado dolor, demasiadas preguntas...

En la Universidad Técnica también se vivían horas aciagas.

El rector Kirberg[2]:

–Un mayor de carabineros, al mando de una patrulla, llegó en horas de la tarde a comunicarnos que estábamos acordonados: «Nadie puede salir, ni siquiera pasar de un edificio a otro, porque van a recibir fuego. Estamos en Estado de Sitio y ya entró en vigencia el toque de queda». Empezó una larga noche, vehículos recorrían los alrededores disparando para atemorizarnos. A medianoche, llamaron de la Escuela de Artes y Oficios. Me informaron que había un herido. Un camarógrafo, al que llamaban *El Salvaje*, se asomó a una ventana y recibió un balazo en la espina dorsal que le comprometió los riñones. Estaba muy grave. Pedí asistencia hospitalaria, insistí frente a los militares, esperamos toda la noche y nuestro hombre se nos murió... Y debo decir que no había armas dentro de la universidad y tampoco hubo resistencia. Se ha creado un mito, se cree que resistimos... Me da un poco de pena desilusionarlos....

En la Cárcel Pública, el jefe militar de Patria y Libertad, Roberto Thieme, quien había sido detenido poco antes del Golpe, recibía una visita:

–Ese día 11, yo estaba preso en las peores condiciones, tapado con diarios, mezclado con delincuentes, muy maltratado. Las horas pasaron... Poco antes de las cuatro de la tarde, llegó mi hermano Ricardo, un oficial de Ejército que me había proveído de uniformes y chapas. Apareció con su patrulla y me dijo que Allende se había suicidado. Y lloré… Yo veía un Golpe de Estado no tan limpio como los de los años 25 o 24, pero bien hecho, con un Allende detenido, en el peor de los casos. Me chocó toda esa violencia excesiva. No he dejado de preguntarme cómo fue que esas Fuerzas Armadas profesionales y de excelente preparación, organizaran un Golpe y no detuvieran a Salvador Allende a las 6 de la mañana en Tomás Moro. ¿Por qué no lo detuvieron cuando salió de allí y lo dejaron entrar a La Moneda? La lógica indica que la impronta del Golpe digitado por los norteamericanos, tenía que tener una fuerza violenta ejemplarizadora continental y mundial. En el juego de ajedrez de la Guerra Fría, la estrategia norteamericana apuntaba a debilitar a los movimientos similares a la Unidad Popular que se gestaban en otras latitudes y crecían en Francia, Italia y España, un fenómeno reconocido por Nixon y Kissinger. Allende fue un gran idealista de una causa utópica, porque se jugó por un apoyo del otro bloque y todos sabíamos que el bloque soviético ya tenía arreglado con los americanos no ayudar a Chile ni a Allende. Fue utópico e ingenuo: le faltó entender que el juego de la política se hace con poderes y no con ideas y proyectos, por muy buenos que estos sean.

En el sector sur de la ciudad, un grupo de socialistas intentaba armar un foco de resistencia. Allí estaba Ricardo Solari, de 18 años, estudiante de Economía en la Universidad de Chile y dirigente universitario:

–Esa misma mañana desocupamos la sede de la Juventud Socialista y nos fuimos a

una Escuela Industrial en San Miguel. Desde el techo vimos el bombardeo de La Moneda. La escuela fue el lugar que se nos había asignado en la hipótesis de tener que defender al gobierno. Éramos un grupo cercano a cien. El nuestro fue uno de los pocos que funcionó. Lo cual sorprende, porque éramos los que teníamos la postura menos radical. Hasta allí llegó toda la dirección de la Juventud Socialista, encabezada por Carlos Lorca, quien venía sin su característica barba. Yo había regresado al país en agosto, después de seis meses de ausencia. Volví a un Chile en penumbras, en el que nada funcionaba. Presenciar el bombardeo, con el Presidente en su interior, fue algo dramático. Pero ahí me di cuenta del drama mayor: mi partido había fallado de una manera rotunda. Nada de lo que se dijo se implementó. Había gente que decía que había un gran aparato paramilitar y descubrir que era una mentira... Lo vi y lo viví. Habíamos sido, antes del 11 de septiembre, los que considerábamos que todo el alarde de las armas era una estupidez, y que por ese camino no podíamos ganar. Aun así llegamos hasta la escuela. Lo que encontramos era absolutamente ridículo: 8 a 10 armas personales, propias de un grupo escolta, pero no de un grupo paramilitar. Ni siquiera había alimentos. La desolación que sentimos fue indescriptible. Empezaron a sobrevolar helicópteros y una voz sensata dio la orden de disolvernos. Con un amigo muy querido, Camilo Escalona[3], salimos caminando, pasamos por la casa de sus padres y después fuimos a una población. Allí sí hubo enfrentamientos. En ellos participaron los socialistas que efectivamente resistieron el Golpe, encabezados por Arnoldo Camú[4]. La gente mayor se iba yendo. El interventor de Sumar, Rigo Quezada, intentaba darnos fuerzas, ánimo para seguir. Las pocas armas fueron extrañamente siendo abandonadas por sus propietarios, que no éramos nosotros. Pasados varios días, el grupo se hizo francamente pequeño y la gente que nos alojaba empezó a tener mucho miedo. Recibíamos noticias terribles. Terminamos todos escondidos en la misma casa y enterramos las banderas del partido. Al final, quedamos solo los jóvenes. Los otros ya tenían plena conciencia de la irreversibilidad de lo ocurrido. En el PS se vivía una crisis muy profunda. Con Carlos Lorca, pertenecíamos al sector más moderado y teníamos una creciente articulación respecto a la lealtad al gobierno, que estaba muy cuestionado en la dirección. Incluso había gente que estaba por salir del gobierno. El domingo 9, en el Teatro Caupolicán, cuando Carlos Altamirano hizo su famoso discurso, nos dimos cuenta de que estábamos al borde de la catástrofe. Lorca fue un hombre muy importante para todos nosotros. Nos enseñó la importancia de educarnos para ser militantes, la importancia de estudiar. Nos impulsaba a ser buenos profesionales. Viví el duelo de su desaparición... Es un asunto que quedará entre nosotros para siempre... Tengo dos primos desaparecidos, mi único hermano estuvo largo tiempo secuestrado en Villa Grimaldi... Uno no sobrevive de la estrategia contrainsurgente. Uno sobrevive a sus propios miedos... Por eso, ese martes 11 me marcó... Ese día por primera vez vi y viví el miedo...[5].

Para un grupo de dirigentes de la Democracia Cristiana, ese 11 de septiembre también se iniciaba una nueva vida. En la casa del ex Vicepresidente de la República, Bernardo Leighton[6], escribían una página de la historia. Uno de ellos fue el abogado Jorge Donoso. Tenía entonces 33 años:

–Cuando llegué, a las 8:30 de la mañana, salía Radomiro Tomic. Me dijo que había una persona allí que no le daba confianza. Así, fueron llegando Jorge Cash, Andrés Aylwin[7], Renán Fuentealba[8], Fernando Sanhueza, Mariano Ruiz Ezquide[9], Claudio Huepe[10], Sergio Saavedra, Belisario Velasco[11], Ignacio Balbontín, Florencio Ceballos...

Puede que se me olvide alguno. Recuerdo en forma especial a don Ignacio Palma, quien estuvo a punto de convencer a don Bernardo de partir a La Moneda. Al final, y por distintos motivos, desistieron. Habíamos llegado a la conclusión de que lo único que podíamos hacer era una declaración condenando el Golpe. Esta declaración salió el día 13. Vivimos en la casa de Leighton el bombardeo a La Moneda. Desde allí, don Bernardo interpuso el primer recurso de amparo en favor de Clodomiro Almeyda, Carlos Briones y otros, que supimos estaban detenidos. Nos separamos al borde del toque de queda. Cuando llegué a mi casa, un vecino, simpatizante democratacristiano, me invitó a celebrar la caída del gobierno. Ese fue el momento en que no aguanté más y me puse a llorar... Ese día cambió la vida. Mucha gente amiga murió, otros fueron presos o se fueron al exilio. Se quebró la vida cotidiana y sus lazos estrechos e invisibles, las raíces, el futuro que uno estaba construyendo...[12]

Lejos de la casa de Leighton, otro dirigente democratacristiano, Manuel Bustos, presidente del sindicato de la industria textil intervenida Sumar, vivió una dura experiencia[13]:

–En la mañana hicimos una asamblea para repudiar el Golpe. Como presidente del sindicato, decidí quedarme en la fábrica con unas 300 personas que no alcanzaron a retirarse cuando se anunció el toque de queda.

–**¿Se discutió la posibilidad de resistir?**

–No, pero en la fábrica que estaba al lado, la de poliéster, sí. En la nuestra, de algodón, no. En mi turno había unos mil trabajadores y yo sostuve que debíamos retirarnos. Pero muchos no alcanzaron a llegar muy lejos porque ya no hubo locomoción colectiva. Entonces, volvieron a la fábrica buscando refugio. Y el día 12, como a las 6 de la mañana, llegaron los militares en camiones. Nos lanzaron a todos al suelo y comenzaron a golpearnos. Traté de explicarles, pero me llegaron más golpes. Fui detenido junto a unos 150 trabajadores. Nos sacaron manos en la nuca y a punta de golpes nos llevaron al Estadio Chile. Recuerdo que muy cerca mío mataron a un trabajador. Nunca supe su nombre, pero la imagen me quedó grabada. Pasaban militares por los pasillos y con la metralleta uno le golpeó la cara. El hombre le gritó «¡fascista!» y le dispararon. Estaba pegado a mí. Dos compañeros de Sumar se volvieron locos por lo que vieron y por el encierro. Uno ya murió y el otro anda vagando por ahí...

Enrique Kirberg, rector de la Universidad Técnica, fue por un camino similar al de Manuel Bustos, aun cuando ni sus ojos ni sus miedos se encontraron:

–En la mañana del día 12, me cambié de camisa, me afeité y de repente sentí un estruendo terrible. Fue un cañonazo que lanzaron a quemarropa hacia el edificio de la universidad. El obús abrió un boquete inmenso y estalló dos oficinas más allá de donde yo estaba. Quedé masticando trozos de concreto. Me asomé y vi tropas atrincheradas que disparaban hacia la universidad. Los vidrios del frontis se quebraron haciendo un ruido espantoso. Nos tuvimos que tender en el suelo para evitar los disparos. Como el ataque no cesaba, tomé mi camisa blanca, me acerqué a la ventana y la saqué hacia fuera. Oí gritos: «¡Salgan con los brazos en alto!». Una mujer empezó a llorar... Me escuché decir: ¡no es hora de llorar! La gente empezó a salir con los brazos en alto, pero aun así no dejaban de disparar. Mi impresión fue que los soldados estaban más asustados que nosotros. En forma violenta obligaban a la gente a tenderse en el suelo. Yo también lo hice, pero el comandante, el coronel Johow, me hizo parar a punta de culatazos y me gritó: «¡Así que tú eres el rector tal por cual! ¡Ahora vas a ver lo que es la autonomía universitaria!».

Violentamente me tomó de un brazo. Me tiró contra una pared, amartilló su arma y me apuntó: «Tienes 15 segundos para decirme dónde están las armas, ¡de lo contrario disparo!». Tuve muy claro que estaba frente a mi universidad, a mi gente, profesores y estudiantes me escuchaban. No sé de dónde saqué fuerzas, pero muy sereno respondí: «Las armas de la Universidad son el conocimiento, el arte y la cultura». Pasaron los quince segundos y el hombre que me apuntaba no apretó el gatillo. Llamó a un soldado y le dijo: ¡Apúntalo!, y si no dice dónde están las armas, tú sabes... Dispararon un segundo cañonazo y luego se llevaron el cañón hacia la Escuela de Artes y Oficios. Mi gente seguía tendida en el suelo. El soldado seguía apuntándome, se oían gritos y órdenes mientras las tropas derribaban puertas y ventanas y entraban disparando a los edificios. Después, me subieron a un jeep. A un costado de la calle, las mujeres con los brazos en alto formaban una fila. Alguien sacó a mi mujer de la fila para que se despidiera. Nos dimos un apretado abrazo. No la volvería a ver en largos once meses... Permanecí en el jeep sin saber cuál sería mi destino. De pronto, se acercó un coronel de carabineros: «Allende se suicidó. Quiso emular a Balmaceda, pero no le alcanza», dijo. No respondí... Me llevaron al Regimiento Tacna. Me recibió un capitán muy deferente. Quedé solo en una pieza. Apareció un soldado con aire nortino, muy hermético, el que me vigilaba apuntándome con su metralleta. El mismo capitán me preguntó si se me ofrecía algo. Contesté que no había tomado desayuno. Al rato me trajeron una taza de café con una marraqueta con mantequilla. El soldado miraba mi pan. Le ofrecí la mitad. Vi la tremenda lucha del muchacho que, al final, cogió su parte. Luego, las descargas de los fusilamientos. Pronto sería mi turno... Una descarga, otra y luego una más, y más... Me convencí de que ese sería mi destino. Imaginaba la escena: me pondrían contra la muralla, ofrecerían vendarme, cosa que yo rechazaría... Y como soy enemigo de las cosas tragicómicas, dudaba en si gritar algo o no antes de la descarga... Me convencí de que no sería tan terrible. Noté que tenía el cuerpo húmedo y el corazón me latía con rapidez. Pensaba en la familia. Quise sacar un papel y dejar un mensaje... Me arrepentí... Cuando ya estaba preparado, me vinieron a buscar, me subieron a un jeep y me llevaron al Ministerio de Defensa. Me instalaron en un subterráneo muy oscuro. Vi a varios civiles de rodillas. Me obligaron a tomar la misma posición. Un cabo recorría el recinto con un yagatán en la mano. Después, un oficial me sacó, me subieron a un jeep y me llevaron al Estadio Chile.

El día 11 el general Arturo Vivero le ordenó al comandante César Manríquez habilitar el Estadio Chile como «campo de prisioneros». Años más tarde, Manríquez le diría a un juez que muy pronto el recinto se convirtió en algo «dantesco», debido a la gran cantidad de prisioneros (5.600, según sus cálculos). Entre ellos, los cerca de 600 detenidos en la Universidad Técnica. En los balcones del edificio, Manríquez ordenó colocar dos ametralladoras punto 50 –usadas en la Segunda Guerra Mundial–, las que eran publicitadas por los parlantes como las «sierras de Hitler, capaces de partir a una persona en dos». Pero el verdadero terror lo imponían los oficiales de Inteligencia que se instalaron en los subterráneos para interrogar a los prisioneros.

Uno de los primeros es ser arrastrado hacia los subterráneos fue Víctor Jara, uno de los folkloristas y directores teatrales más importantes y populares de la época. Había sido reconocido por los oficiales a cargo, los que comenzaron golpearlo e insultarlo. Víctor Jara fue interrogado al menos dos veces en los camarines, ubicados en la zona nororiente del subterráneo. Allí fue sometido a diversas torturas, entre ellas la fractura de sus manos

a golpes de culata. Tras la segunda sesión, Víctor Jara logró acercarse a sus compañeros de trabajo de la UTE, quienes lo limpiaron y abrigaron, cubriéndolo con una chaqueta azul. También intentarían ocultar sus rasgos tan conocidos, cortándole su pelo negro rizado con un cortaúñas. Los últimos detenidos que lo vieron con vida dirían que estaba muy golpeado, con la cara hinchada y sus manos fracturadas[14].

Kirberg estaba allí:

Apenas llegué, me ubicaron contra la pared con los zapatos pegados a la muralla y los brazos en alto. Un soldado me apuntaba. Vi llegar más gente, en fila y con las manos en alto y trotando. Vi pasar a Víctor Jara a mi lado. Me dirigió esa sonrisa ancha que lo caracterizaba. Le hice señas con mi mano... Una hora más tarde me subieron a otro jeep y regresamos al Tacna. Minutos más tarde, apareció Orlando Letelier. Estaba muy pálido. Igual increpaba duramente a los militares. Traté de tranquilizarlo mientras nos conducían a la Escuela Militar...

Kirberg no vio a los prisioneros de La Moneda en el Tacna. Su destino se entrelazaría con el de otros 50 altos dirigentes de la Unidad Popular. Todos ellos desembarcarían en calidad de «prisioneros de guerra» en el campo de concentración de Isla Dawson, en el extremo sur.

En el Tacna, el detective David Garrido cuenta que, a eso de las dos de la tarde del miércoles 12 de septiembre, sacaron de allí al grupo de la escolta presidencial de Investigaciones, por intervención directa del nuevo director de la Policía, el general Ernesto Baeza[15]. La misión fue encomendada a los funcionarios Santiago Ciro Planes y Juan Otto.

David Garrido:

–Nos dejaron mojarnos la cara, nos dieron café y un plato de porotos y nos devolvieron nuestras pertenencias y la placa policial. Cuando pedimos cigarrillos, un oficial nos dijo apuntando con su dedo el montón de ropa que nos habían sacado a todos al llegar: «¡Busquen ahí todos los cigarrillos que encuentren!, total esos huevones no van a fumar nunca más». Cuando nos dijeron que nos llevaban al cuartel de Investigaciones, preguntamos qué pasaba con nuestro jefe, Juan Seoane...

Juan Seoane:

–Cuando sacaron al resto de mis compañeros, un civil me llevó a otra caballeriza, al lado de la anterior. Ahí había tres muchachos pobladores, muy humildes. Me senté con ellos encima de unas lonas. Era ya de noche, hacía bastante frío y me quedé dormido. A la mañana siguiente, nos hicieron limpiar las letrinas con las manos. En un momento, un civil me sacó y me regresó a la otra caballeriza, donde estaban todos los prisioneros. Estando tendido en el suelo, llegaron unos soldados y nos empezaron a amarrar con alambres los tobillos y las manos a la espalda. Daban varias vueltas y hacían torniquete, para luego cortar el alambre con pinzas. Quedamos todos en el suelo, amarrados como muertos... Llegaron camiones y unos soldados leían nombres de una lista, cuando el preso contestaba, lo tomaban como bulto y lo tiraban al camión. Cuando terminó la lista, yo era el único que quedaba. Los camiones comenzaron a moverse. Yo tenía la cara rota entre los golpes y la posición... Me dejaron un rato solo y después me tiraron sobre las lonas de la caballeriza... No sé cuanto tiempo estuve ahí hasta que me sacaron para interrogarme...

Seoane encontró en esa caballeriza al diputado Vicente Sotta, del MAPU, parado en medio de un grupo de soldados que lo custodiaban. Los dos hombres se abrazaron y Seoane no pudo contener las lágrimas. «Llore, compañero, llore, si nada le va a pasar», le

dijo Sotta.

–Transmitía una fuerza increíble. Gritó: «¡Soldado, vaya a buscarle un café al compañero!» Y el soldado obedeció. Después, uno de los soldados se acercó y me dijo: «De buena se salvó, porque a todos los que se fueron en los camiones los llevaron a Peldehue y los fusilaron. Antes, los hicieron cavar sus propias tumbas...».

Ninguno de los prisioneros de La Moneda apareció con vida. El 14 de septiembre, *El Mercurio* informó que Eduardo *Coco* Paredes había muerto en un enfrentamiento. Era falso, pero nadie pudo desmentirlo, porque los detectives que sobrevivieron a La Moneda sabían que su vida pendía de un hilo.

Seoane fue llamado a retiro de inmediato. Quintín Romero, un mes después. David Garrido permaneció en actividad hasta 1979: «Pero siempre me sentí un funcionario cuestionado».

Luis Henríquez siguió siendo un policía:

–Sabía que no era cierto que Eduardo Paredes hubiera muerto en ese enfrentamiento, pero debí callar. Investigaciones posteriores indican que el grupo fue llevado a una unidad militar al norte de Santiago, se habla de Peldehue, y que allí fueron fusilados y enterrados. Pero otros hechos desmienten eso: los restos de Paredes fueron hallados en la fosa común del Patio 29 del Cementerio General, junto a los de otros miembros del GAP que cayeron detenidos con nosotros...[16] Nuestro camino fue incierto. Nos hicieron un Consejo de Guerra. Debimos prestar testimonio varias veces frente a un fiscal militar. Se nos acusó de haber opuesto resistencia, ¡un chiste!: solo habíamos cumplido con nuestro deber constitucional y además, ¿con qué armas? Yo puedo decir lo que vi: fusiles AKA y nosotros teníamos pistolas 9 milímetros y subametralladoras Walther, armas de mucha precisión. Es cierto, algunos de nosotros disparamos, como legítima defensa. Pero hay mucho mito sobre el llamado «combate de La Moneda». Se habla de la «toma de La Moneda», y para mí no fue tal porque no hubo real resistencia. Hubo un amague, pero muy esporádico y de parte de un par de muchachos del GAP que murieron en ese combate desigual. Creo que, al interrogarnos, ellos trataban de determinar qué había ocurrido al interior de La Moneda con el doctor Allende. Se rumoreó que lo habían asesinado y nosotros teníamos una sola versión: la verdad. Después, algunos nos reintegramos a nuestras funciones llevando el estigma de «los de La Moneda». Seoane, ya en retiro, se las ingenió para hablar con cada uno de nosotros, como si hubiésemos sido sus hijos. Nos dijo que habíamos cumplido con nuestro deber, que habíamos hecho lo correcto, que había llegado el tiempo de callar pero jamás olvidar. Y nosotros no podíamos conciliar el sueño, haciéndonos mil preguntas sobre si habíamos cumplido o no nuestra misión y pensando mil veces que habría sido mejor haber muerto allí... Hoy, si hago el balance, me siento orgulloso de haber pertenecido a la última dotación de Investigaciones en La Moneda[17].

En la calle Diagonal Oriente, acostado en su camastro, Félix Huerta (del CENOP), estaba más informado que nadie de lo que había ocurrido en La Moneda… Y no podía mover más que un dedo:

–En la madrugada, recibí los primeros llamados. Ya estaba claro que ante un Golpe no teníamos nada que hacer, salvo morir dignamente. Claudio Jimeno me llamó varias veces desde La Moneda. Jorge Klein otras tantas... Y esos llamados siguieron hasta después del bombardeo. Entonces vinieron las despedidas. Klein no creía que lo fueran a matar. Era un optimista impenitente. Claudio, en cambio, se despidió en forma más

certera. Mi hermano, Enrique, también sabía que moriría... Fueron conversaciones... muy complicadas... La última fue ya en la tarde... Después, el silencio total. Hasta que llegó a mi casa el teniente coronel Manuel *Polaco* Rodríguez, del Servicio de Inteligencia Militar (SIM). Me interrogó. Y es el hombre que no me mata finalmente. Me anunció que me iba a fusilar. Le dije: «Le va a costar un poco, porque va a ser medio difícil ponerme de pie». Tuvimos muchas conversaciones. Él quería algo muy simple: me cambiaba a mi hermano preso por la identidad de un hombre: *Máximo*, uno de mis mejores amigos. ¡Y no se habían dado cuenta de que ya lo habían matado! Rodríguez me tuvo a su merced, pudo haberme liquidado cuando quiso... No lo hizo. No sé por qué. Me vigilaron durante muchos años... Años muy primitivos, en que lo único era intentar sobrevivir, conseguir un lugar para que pasara la noche un compañero, escribir mensajes en letras minúsculas y meterlos en cápsulas que después, en los allanamientos, había que comerse. Son curiosos los recuerdos... Les costó saber que *Máximo* era Ricardo Pincheira, porque nosotros no hablábamos más de la cuenta. Éramos así porque no nos interesaba el poder, la figuración y menos el dinero. La honestidad era una cuestión básica y el quiebre de la norma era castigado. Pincheira, además, era un tipo muy reservado. La primera conversación realmente personal la tuvimos tres días antes del Golpe. Nos quedamos toda una noche hablando y contándonos nuestras historias amorosas. Sabíamos que venía el Golpe. ¡Fue una noche muy bonita! A Carlos Lorca lo tomaron detenido un día jueves... Teníamos cita para el sábado siguiente. Desde el Golpe que no nos veíamos, a pesar de haber trabajado juntos todos esos años, con él, Exequiel Ponce y Ricardo Lagos...[18] Y todos desaparecidos...

El 19 de septiembre, una llamada anónima alertó a Mitzi, hermana de Miria Contreras (la *Payita*), del hallazgo del cuerpo de Enrique Ropert en las orillas del Mapocho, cerca del Puente Bulnes. Esa misma noche la casa de Mitzi fue allanada por fuerzas del Ejército. Su hijo y su yerno fueron detenidos. A pesar del duro golpe emocional, Mitzi fue al día siguiente a la Morgue. Cientos de cadáveres en fila, amontonados en el suelo, hicieron muy difícil el reconocimiento. Pero Mitzi lo encontró: con seis balas en la cabeza y múltiples hematomas en el cuerpo. Enrique fue enterrado el 3 de octubre y su sepelio fue vigilado por un fuerte contingente policial que debió retirarse después de haber visto frustrado su intento de atrapar el trofeo principal: la *Payita*. Su padre, Enrique Ropert Gallet no pudo asistir al funeral. Estaba detenido en el Estadio Nacional. Miria Contreras iniciaba un clandestino peregrinaje, el que culminó en el asilo, bajo bandera sueca, en la embajada de Cuba.

Para Arturo Fontaine, la madrugada también se iniciaba con sorpresas:

–Lira sacó las fotos, pero ninguna llegó al diario, porque fueron recogidas por el propio Ejército. Después, llegó el director de *El Mercurio*, René Silva Espejo, y con el gerente de la empresa fuimos convocados, junto con otros medios, a una reunión en una unidad militar en la calle Castro. Allí, un oficial nos dijo que no saldrían los diarios al día siguiente y que se establecería la censura militar. Volví a la redacción. Nos quedamos como 25 personas preparando el primer diario que salió después. Esa noche dormí en una pieza que daba a calle Morandé y pude oír tremendos tiroteos. Había un francotirador en un edificio ubicado al lado de la Catedral, que disparaba hacia la Plaza Montt Varas. Lo silenciaron y su cadáver quedó colgando de la ventana. Fue una cosa macabra[19].

El 12 de septiembre de 1973, en La Moneda bombardeada, el eco de las últimas palabras de Salvador Allende seguía incrustándose en los muros y las cenizas. En el

Hospital Militar, y desde la noche anterior, su cuerpo yacía solitario en una fría sala custodiada por soldados fuertemente armados. En otro sector de Santiago, su edecán aéreo, Roberto Sánchez, lo acompañaba a la distancia. No había podido dormir pensando en la misión que debía cumplir esa mañana y que le fuera anunciada la noche anterior por otro de los edecanes presidenciales: el teniente coronel Sergio Badiola.

–Me informó que al día siguiente debía realizarse el funeral de Salvador Allende y que yo debía asistir. Debía presentarme a las siete de la mañana en el Ministerio de Defensa. Así lo hice, y el almirante Carvajal me dijo que a las 10 de la mañana, el cadáver del Presidente llegaría al Aeropuerto de Cerrillos, y que, entonces, debía partir inmediatamente en un avión C-47 a Quintero. Me fui a Cerrillos. De lejos vi llegar una ambulancia custodiada por una tanqueta blanca de Carabineros. Sacaron el ataúd cubierto con una manta...

Allí ya estaban Hortensia Bussi; Laura Allende, hermana del extinto Presidente, y los hermanos Patricio y Eduardo Grove Allende, hijos de la hermana mayor, el último acompañado de su hijo y ahijado de Allende, Jaime Grove Kimber. La comitiva, integrada además por los cuatro tripulantes del avión, llegó a la base aérea de Quintero cerca de la una de la tarde, donde encontraron un carro fúnebre de la Armada y dos automóviles listos para partir.

Hortensia Bussi:

–Bajaron el féretro… Pedí que me dejaran ver y tocar a mi marido. No me lo permitieron. En los dos autos seguimos el coche fúnebre hasta el Cementerio Santa Inés, en Viña del Mar. En el trayecto divisé gente que nos miraba con asombro. Allá, de nuevo pedí insistentemente que me dejaran verlo por última vez. Abrieron el ataúd y solo pude ver el sudario que lo cubría. Cogí unas flores y las arrojé sobre el ataúd ya cubierto de tierra...

Roberto Sánchez[20]:

–Cuando llegamos con el ataúd sellado, ya estaba abierto el mausoleo y cavada la tumba. Tomamos el féretro los dos hermanos Grove, los sepultureros –no más de seis– y yo. Lo bajamos. Cada uno de los presentes echó un puñado de tierra. Estábamos todos pálidos, desencajados, no habíamos dormido. A la distancia vi un jefe de la Armada, aparentemente vigilaba que todo se realizara según las instrucciones del almirante Carvajal. Yo andaba con mi uniforme de servicio. Los sepultureros siguieron paleando el terreno, y cuando la faena estuvo terminada, en medio de un completo silencio, la señora *Tencha* tomó unas flores y dijo: «Quiero que todos los que están presentes sepan que aquí se ha enterrado al Presidente constitucional de Chile». Y puso las flores sobre la tumba. La soledad era total. Daba la impresión de que habían hecho desalojar el lugar. Todos nos tragamos nuestros sentimientos en ese instante... Volvimos a Quintero, abordamos el mismo avión y regresamos a Santiago.

Allende yacía bajo tierra. Los integrantes de la Junta Militar enterraron su cuerpo en total sigilo y guardaron su autopsia como el mayor secreto, pero olvidaron un detalle: inscribir su fallecimiento. Salvador Allende no tuvo certificado de defunción. El hombre que fue enterrado en Viña del Mar, oficialmente fue un NN. Se convirtió, así, en el primer desaparecido. En junio de 1974, alguien sacó de la caja de seguridad los papeles de su muerte y constató la irregularidad. Se extendió el certificado y se agregó al legajo. Pero no se inscribió su defunción, por lo que Allende siguió siendo un desaparecido. Hasta que el 7 de julio de 1975, su fallecimiento fue inscrito en el Registro Civil de Independencia,

bajo el número 593. Habían transcurrido veintidós largos meses...

Para entonces, ya muchos otros engrosaban la lista de los desaparecidos. Y sus partidarios vivos, aquellos que habían querido tocar el cielo con las manos, transitaban entre el dolor y los atisbos de aquello que llaman esperanza. El cielo era otra vez inalcanzable. Uno de ellos, Ricardo Núñez[21], dirigente socialista, no ha podido jamás olvidar aquel 11 de septiembre de 1973:

–Teníamos la visión de que la revolución chilena pasaba en algún momento por el asalto al Palacio de Invierno. Pero teníamos un problema: ese palacio, símbolo del poder institucional, estaba ocupado por un socialista, Salvador Allende... Los dirigentes de la Unidad Popular debieron preguntarse: ¿qué pasó con las promesas de enfrentar el intento de derrocar el gobierno con las armas en la mano? La clase obrera, el día 11, se encontró desmovilizada, sin efectiva conducción y sin armas.

El palacio fue tomado por otros. Nada fue igual en adelante. Otro Chile nació de las llamas y el humo de La Moneda.

[1]. Ver también relato autobiográfico de Juan Seoane: *Los viejos robles mueren de pie* (2009, Editorial Universidad Boliviariana).

[2]. Entrevista con la autora (1990).

[3]. Camilo Escalona fue dirigente clandestino del PS dirigido por Clodomiro Almeyda durante la dictadura, participó del proceso de reunificación socialista, fue diputado y presidente del PS durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle (1994-2000) y líder de un sector de ese partido denominado «Nueva Izquierda». En 2003, se convirtió en el principal apoyo político de la entonces candidata presidencial y luego Presidenta, Michelle Bachelet, como presidente del PS. Es senador y sigue siendo uno de los principales articuladores de la Concertación.

[4]. El abogado Arnoldo Camú Veloso (*comandante Agustín)* fue detenido el 23 de septiembre de 1973, con Ernesto Gutiérrez, en el centro de Santiago, por un destacamento de la Armada. Fue herido por sus aprehensores y depositado en la Posta Central, donde murió. Tenía 36 años, estaba casado y era padre de dos hijos. Era miembro de la dirección del Partido Socialista y responsable de la política militar de dicho partido. Al cierre de esta edición, el juicio por su muerte sigue abierto.

[5]. Entrevista con la autora (1997). Ricardo Solari fue un miembro importante del PS clandestino, cuya dirección encabezó Clodomiro Almeyda, cuando este se dividió en plena dictadura y que más tarde formó, junto al PC y la Izquierda Cristiana, el Movimiento Democrático Popular (MDP). Tuvo destacada participación en el Comando del NO, para el plebiscito del 88, y cuando asumió el Presidente Patricio Aylwin, en 1990, fue nombrado subsecretario del Ministerio Secretaría General de la Presidencia. En marzo de 2000 fue nombrado, por el Presidente Ricardo Lagos, ministro del Trabajo.

[6]. Bernardo Leighton, abogado, fue uno de los más importantes dirigentes de la Democracia Cristiana, partido que fundó en 1938. Fue ministro del Trabajo de Arturo Alessandri Palma, ministro de Educación de Gabriel González Videla. En el gobierno de Frei Montalva, fue ministro del Interior y vicepresidente de la República. En 1973 asumió una persistente oposición a la dictadura, lo que le significó partir al exilio, a Italia. En 1975, junto a su esposa, Anita Fresno, sobrevivió a un atentado que ordenó la DINA y que ejecutó un grupo de extrema derecha de ese país. Ambos quedaron con graves secuelas. En 1978, regresó al país, siendo un referente de la unidad de su partido con la izquierda. Murió en 1995.

[7]. Hermano del que fue el primer Presidente de la República, una vez recuperada la democracia, Patricio Aylwin. Abogado, desde el primer día después del Golpe, se convirtió en un férreo defensor de los detenidos, perseguidos y luego de las familias de los asesinados. Nunca abandonó esa tarea, la que cumplió en un discreto lugar y sin pedir nada a cambio.

[8]. Presidente del PDC entre 1971 y mayo del 73, cuando asume Patricio Aylwin.

[9]. Senador de la Democracia Cristiana, sillón que sigue ocupando en 2012.

[10]. Claudio Huepe fue el intendente (Arauco) más joven del gobierno de Eduardo Frei Montalva y diputado DC, siendo una figura relevante de la junta de ese partido. Para el Golpe, asiló a decenas de personas en embajadas y se convirtió en un férreo opositor de la dictadura. Fue detenido por la DINA y expulsado a Inglaterra. Regresó en los 80 y se incorporó de inmediato a la lucha por la recuperación de la democracia. A partir de 1990, fue vicepresidente de la DC, diputado, subsecretario general de Gobierno con Eduardo Frei Ruiz-Tagle, ministro secretario general de Gobierno con Ricardo Lagos, y luego embajador del gobierno de Michelle Bachelet, en

Venezuela. Falleció en ese país, en mayo 2009.

[11]. Belisario Velasco, militante de la DC, fue jefe de la Empresa de Comercio Agrícola (ECA) durante el gobierno de Frei Montalva, abriendo comercio con Cuba, a pesar de las serias restricciones impuestas por EE.UU. En 1973 era presidente del directorio de radio Balmaceda y fue condenado a relegación en dos oportunidades. En 1990, fue nombrado por Patricio Aylwin subsecretario del Interior, siendo el primer funcionario de la Concertación que llegó a La Moneda, ocupada aún por Pinochet, cargo que dejó en 1999. Entre 2006 y 2008, fue ministro del Interior de Michelle Bachelet.

[12]. Entrevista con la autora (2009).

[13]. Entrevista con la autora (1986). Manuel Bustos salió en libertad en diciembre de 1973 gracias a la intervención directa del cardenal Raúl Silva Henríquez. Pocos años más tarde se convirtió en el motor del movimiento sindical contrario a la dictadura como presidente de la ilegal Coordinadora Nacional Sindical (CNS) y uno de los artífices de la unidad de la oposición. En 1983, desde el Comando Nacional de Trabajadores (CNT), impulsó las primeras jornadas de protestas. Detenido y relegado varias veces, fue también expulsado de Chile, para seguir a su regreso impulsando el movimiento opositor sindical unitario. Fue uno de los líderes más importantes en la lucha contra la dictadura. Al recuperarse la democracia en 1990, fue el primer presidente de la nueva CUT. En 1997 fue elegido diputado por la Democracia Cristiana. Murió de cáncer en 1999.

[14]. El entonces conscripto de Tejas Verdes (cuyo comandante era Manuel Contreras), José Alfonso Paredes Márquez fue asignado al Estadio Chile. Guardó el secreto de lo que vivió allí por treinta y seis años, hasta llegar donde un juez y revelar lo que vio un día en los subterráneos: Víctor Jara y Litre Quiroga (director de Gendarmería) eran lanzados contra la pared. Detrás de los prisioneros, Paredes vio llegar al teniente Nelson Haase y al subteniente a cargo de los conscriptos. Y fue testigo del minuto preciso en que el mismo subteniente comenzó a jugar a la ruleta rusa con su revólver apoyado en la sien del cantautor. De allí salió el primer tiro mortal que impactó en su cráneo. El cuerpo de Víctor Jara cayó al suelo de costado. Paredes observó cómo se convulsionaba. Y escuchó al subteniente ordenarle a él y a los otros conscriptos que descargaran ráfagas de fusiles en el cuerpo del artista. La orden se cumplió. Nelson Haase, sentado detrás del escritorio de interrogación, observaba. Según el protocolo de autopsia, el cuerpo del cantautor tenía aproximadamente 44 impactos de bala en su cuerpo. Después sería el turno de los otros 14 detenidos que venían con el cantautor. Todos fueron acribillados, entre ellos, Quiroga. Cargaron todos los cuerpos en un vehículo y, al amparo de la noche, los abandonaron en la vía pública. Fueron encontrados por carabineros en una calle de Renca, quienes los depositaron en el SML. Allí fue reconocido por el funcionario Héctor Herrera quien, venciendo el miedo, buscó su dirección y llegó hasta su casa. Su viuda, Joan Turner, supo dónde encontrarlo. Otras manos amigas la ayudaron en los trámites. El 18 de septiembre, Herrera y otro funcionario, ingresaron a buscar el cuerpo de Víctor Jara, lo pusieron en una camilla metálica con su ropa doblada a los pies. Lo sacaron y lo depositaron en una urna. Lo cubrieron con un poncho nortino que traían y, encima, la mortaja. Cerraron la urna. El ataúd lo ubicaron en una sala que se utilizaba como velatorio. Joan Turner ingresó al recinto. Cuatro ampolletas alumbraban. Se quedó por una hora a solas con él. En el intertanto, Herrera fue al Cementerio General, ubicado al frente: «Solicité un carrito para trasladar el cuerpo, ya que era muy caro hacerlo en una carroza. Una señorita me indicó que no se podía hacer eso, pero al ver el nombre del occiso me dijo que para él sí se podía. Volví al SML. Entre cuatro colocamos el ataúd en el carro y lo trasladamos al campo santo, enterrando a Víctor Jara en un modesto nicho, donde se encuentra hasta hoy. Fue enterrado sin flores y con la sola presencia de nosotros tres». (Investigación publicada en Ciper, el 26 de mayo de 2009). Hasta el cierre de esta edición, el juicio para identificar a los hombres que torturaron y dieron muerte a Víctor Jara sigue abierto.

[15]. El grupo de la escolta presidencial de Investigaciones que permaneció en La Moneda, estuvo integrado por: Juan Seoane (jefe), Fernando del Pino (subjefe), Carlos Espinoza Pérez, Douglas Gallegos Tood, Juan Collío Huenumán, Eduardo Ellis Belmar, Quintín Romero Morán, David Garrido Guajardo, José Sotomayor Llano, Carlos San Martín Zuñiga, Luis Henríquez Seguel, Héctor Acosta Rey, Juan Romero Román, Reinando Hernández Tarifeño, Pedro Valverde Quiñones, Gustavo Basaure Barrera y Erasmo Torrealba Aliaga.

[16]. Sería otro de los errores dramáticos que se cometieron ya en democracia, pues resultó ser una identificación falsa. En los años 90, todos ellos se convirtieron nuevamente en detenidos desaparecidos. Ver Capítulo XXXI.

[17]. Entrevista con la autora en 1986. Luis Henríquez siguió siendo funcionario de Investigaciones. En el año 2000 era prefecto inspector, jefe de la Región Policial de Talca y llegó a ser el segundo hombre de su institución antes de pasar a retiro.

[18]. Ricardo Lagos (que por supuesto no es el mismo hombre electo Presidente de la República en marzo de 2000) y Exequiel Ponce, fueron detenidos junto a Carlos Lorca, todos ellos miembros de la dirección clandestina del PS, el 25 de junio de 1975, por agentes de la DINA. Desde entones, integraron la nómina de detenidos desaparecidos.

[19]. Arturo Fontaine asumió la dirección de *El Mercurio* en 1978 y la debió abandonar el 13 de mayo de 1982, después que el presidente del consejo de la empresa, Agustín Edwards, le exigió su inmediata renuncia a raíz de tres editoriales abiertamente críticas a la gestión del régimen militar.

[20]. Entrevista con la autora. El comandante Roberto Sánchez debió irse a retiro en diciembre de 1973.

[21]. Ricardo Núñez estuvo preso, debió partir al exilio, fue un importante protagonista del movimiento de renovación socialista y a su regreso fue presidente del Partido Socialista y senador. Cuando Ricardo Lagos asumió la Presidencia, en marzo del 2000, fue nuevamente presidente del PS. Esta reflexión es parte de una entrevista de la autora publicada en revista *Análisis* Nº 175 (18 de mayo de 1987).

EPÍLOGO

Capítulo XXVIII

LAS BOMBAS DE RACIMO

¿CÓMO FUE TU DESPERTAR ESE 12 DE SEPTIEMBRE DE 1973? LAS RESPUESTAS DE LOS CHILENOS DARÍAN LA MAGNITUD DEL TERREMOTO QUE HABÍA SACUDIDO EL PAÍS Y CUYAS SECUELAS QUEDARÍAN IMBORRABLES POR EL RESTO DEL SIGLO. MILES DE HOMBRES Y MUJERES, QUE DURANTE LOS ÚLTIMOS TRES AÑOS HABÍAN OSADO ACERCAR EL CIELO A SUS MANOS, SIN FIJARSE DEMASIADO EN LOS DESTROZOS QUE DEJABAN EN SU INTENTO, DEBÍAN OBSERVAR AHORA CON HORROR CÓMO ESE MISMO CIELO SE LES CAÍA A PEDAZOS Y QUE LA PEOR DE LAS PESADILLAS RECIÉN COMENZABA. EL EFECTO DE LAS BOMBAS QUE CAYERON SOBRE LA MONEDA FUE EXPANDIÉNDOSE, ARRASTRANDO TODO A SU PASO: VIDAS, SUEÑOS, CASAS, AMIGOS, CARICIAS, LEALTADES, FOTOGRAFÍAS, TECHOS, LIBROS Y PAREDES. LA INTEMPERIE TOTAL.

Para otros, era el inicio del camino de la victoria. Una que no envolvió a todos por igual. La Moneda bombardeada era el símbolo del cambio radical. Esa misma tarde, cuando el comandante Roberto Sánchez, exedecán de Allende, regresó del entierro del Presidente, no pudo reprimir su deseo de entrar al palacio presidencial. Su excusa fue imbatible: debía retirar sus efectos personales.

–El edificio estaba casi desocupado. Pasé por el Salón Independencia y vi el sillón manchado con sangre y restos de masa encefálica... Los impactos de bala en la muralla de atrás... Fue muy fuerte ver eso. Me senté en el sofá de felpa roja. Recordé que, pocas horas antes, al momento de despedirse de nosotros, el Presidente nos explicó cómo se iba a suicidar... Hice la repetición de sus movimientos. ¿Habrán sido estos? ¡El Presidente cumplió con lo que nos dijo!

Sánchez era ajeno al nuevo orden que se imponía bajo el amparo del presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano. A solo horas del bombardeo de La Moneda y la muerte del Presidente, cuando los estadios Nacional y Chile comenzaban a abarrotarse de detenidos, Urrutia Manzano proclamó, en nombre de la administración de justicia, su «más íntima complacencia con los propósitos del nuevo gobierno». Dos días después, los otros jueces del máximo tribunal fueron recogidos en sus domicilios por un vehículo militar y llevados a la sede de la Corte Suprema, donde ratificaron esos dichos, dando su anuencia al nuevo régimen de facto. Ninguno de ellos tuvo reparos en el Decreto Ley N° 1 de la Junta Militar, el que estipuló que respetarían las resoluciones judiciales solo «en la medida que la actual situación lo permita para el mejor cumplimiento» de sus postulados. La Corte de Apelaciones de Santiago fue también «íntimamente complaciente» con lo dicho en ese primer decreto ley y rechazó el primer recurso de amparo que presentó Bernardo Leighton en favor de Carlos Briones, Clodomiro Almeyda y otros detenidos.

La efervescencia en esas horas se concentraba en el Ministerio de Defensa. Allí se organizaron las fuerzas para asegurar el control de la capital a través de un masivo despliegue de tropas y bandos militares que se difundieron por cadena oficial. La exigua resistencia despertó temores y elucubraciones. Se sospechó que era solo el preludio de nuevos combates. Los documentos incautados en los masivos allanamientos que tropas militares llevaban a cabo en distintos puntos de la capital y otras ciudades importantes del país se apilaban y ellos no satisfacían la mayor duda: ¿dónde estaban los dirigentes importantes de la Unidad Popular? La cacería recién se iniciaba.

En Santiago, al caer la noche, por calle Franklin y en dirección al oeste, un bus de la CTC (compañía estatal de transportes) avanzaba con lentitud. Se internaba en la zona calificada como «peligrosa» por los nuevos mandos militares. Allí donde las sombras pertenecían aún a los pobladores. En una esquina, una patrulla militar reforzada le ordenó a su conductor detenerse. Desde la puerta abierta asomó un hombre joven con uniforme policial y presillas de teniente. Le pidieron el santo y seña. El teniente lo entregó. Con su fusil en alto, el uniformado escudriñó con la mirada el interior del bus: solo carabineros de rostros tensos y agotados. Con tono molesto preguntó por qué no portaban el brazalete naranja que identificaba a las fuerzas «leales». El teniente, escueto, replicó que se les habían quedado en el cuartel ya que habían salido a la carrera a ejecutar una misión. Sus compañeros aguantaban la respiración con las armas listas para ser activadas. Las barreras se abrieron y el bus siguió su marcha. Pero el jefe de la patrulla de guardia no quedó satisfecho. Se comunicó con un equipo del Ejército apostado a solo tres cuadras de allí y le transmitió sus sospechas. A los pocos segundos, el jefe de la otra patrulla avistó el bus y ordenó a sus hombres que lo detuvieran. Esta vez el vehículo siguió su marcha. La orden de alto fue más potente. El conductor aceleró. El estallido de una bazuca retumbó en el vecindario. Desde los fierros retorcidos sacaron más tarde a 27 hombres. El parte con el relato de la acción fue concluyente: «27 delincuentes políticos resultaron muertos». Sus restos fueron a parar a La Morgue.

No tuvo el mismo destino el piquete de hombres que, apostado en el sector de Cerrillos, atacó un helicóptero UH de la Fuerza Aérea que apoyaba un operativo en el cordón industrial de la zona. Después de derribarlo, se perdieron en la oscuridad de las callejuelas de la población La Legua.

A las 20 horas, en la Escuela Militar, en el sector alto de la capital, la Junta Militar procedió a nombrar a los ministros del primer gabinete. Fue la segunda decisión colegiada importante después de que, en la noche anterior, acordaran que la presidencia de la Junta sería rotativa.

Gustavo Leigh:

–Todos estuvimos de acuerdo. Fue un compromiso verbal. Ni siquiera se dieron plazos. Tampoco hubo problemas cuando Pinochet más tarde quiso asumir la cabeza de la Junta en función de que el Ejército era más poderoso y cubría todo el país. Las prioridades eran otras.

La CIA también fue informada del mando rotativo y de muchas otras decisiones que ni Pinochet ni Mendoza conocían aún, pero que estaban condensadas en los documentos preparados con antelación por los conjurados. En el informe que el jefe de la estación en Santiago despachó el 11 de septiembre, se dice:

1. SEGÚN… (*TARJADO EN EL ORIGINAL*), LA JUNTA SE ROTARÁ PERIÓDICAMENTE ENTRE

LOS REPRESENTANTES DE LAS FUERZAS ARMADAS.
2. EL ACTUAL CONGRESO SERÁ CERRADO.
3. LA CUT SERÁ CLAUSURADA.
4. LA LEY DE INAMOVILIDAD SERÁ ABOLIDA, LA LEY QUE IMPIDE EL DESPIDO DE EMPLEADOS PÚBLICOS TAMBIÉN.
5. SE CREARÁ UNA NUEVA CONSTITUCIÓN QUE SERÁ APROBADA EN UN PLEBISCITO.
6. LA JUNTA SEGUIRÁ EL MODELO BRASILEÑO...

MERINO PLANTEÓ QUE LA MARINA SE HARÍA CARGO DE LA CONDUCCIÓN ECONÓMICA. PARA ESO SE HABÍA PREPARADO. ASÍ LE EXPLICÓ MÁS TARDE A LA PERIODISTA MALÚ SIERRA SU DECISIÓN:

«Dije que tomaba esa área porque acababa de ser director general de los Servicios de la Armada, lo que equivale a ser gerente general de la Marina y siempre me había gustado la economía. La había estudiado como hobbie. Había seguido cursos en la Enciclopedia Británica».

Pero su respaldo estaba condensado en el *Ladrillo*, el plan económico preparado desde el año 72, en estricto secreto y por orden de la Armada, por un grupo de economistas bajo el alero de la SOFOFA y con financiamiento extranjero. El mismo día 11 se sacaron cientos de copias, las que estuvieron listas para ser distribuidas entre las nuevas autoridades. Si bien Pinochet no puso objeciones a la decisión que anunció Merino, sí insistió en que el ministro de Economía fuera del Ejército.

Pinochet y Merino, ambos de 57 años, eran los más antiguos. Leigh, con sus 53 años, era el menor y el más vigoroso. Era, además, el que difundía el mayor temor entre los partidarios de Allende, que recordarían durante muchos años su promesa al asumir su puesto en la Junta Militar: «Hay que erradicar el cáncer marxista de raíz». En las filas del Ejército, sobresalían los generales Óscar Bonilla (55 años) y Sergio Arellano (52 años).

Al momento de anunciar los nombres de los nuevos ministros quedó claro que los «dueños del Golpe» en la Fuerza Aérea, la Marina y Carabineros habían sido recompensados. En el Ministerio de Relaciones Exteriores se designó al almirante Ismael Huerta (58 años)[1], el hombre que había asumido muchas veces la representación de Merino en las reuniones en Lo Curro. En esa misma cartera tomó su lugar, como asesor, Orlando Sáenz, presidente de la SOFOFA y jefe del «comando de guerra». En una posición paralela quedó el empresario Ricardo Claro, otro golpista de la primera hora. En Defensa, se ubicó el almirante Patricio Carvajal (53 años), el gran coordinador de la conjura, función que pudo desarrollar en absoluta libertad de movimiento al tener bajo su dependencia el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Y la cartera de Hacienda quedó en manos del contraalmirante Lorenzo Gotuzzo.

Arturo Yovane, el jefe del Golpe en Carabineros, fue nombrado ministro de Minería, un puesto clave tras la reciente nacionalización del cobre, y dos de sus pares en la preparación de la sublevación, los generales Diego Barba Valdés y Mario McKay, en Tierras y Colonización y la cartera de Trabajo, respectivamente. Los ministerios de Obras Públicas, Agricultura y Salud quedaron para la Fuerza Aérea. Leigh marcó de inmediato la diferencia. En la segunda cartera nombró a Sergio Crespo, un ingeniero y agricultor de Colchagua, y coronel en retiro de la FACH. El general Nicanor Díaz Estrada, mantuvo su cargo en el Estado Mayor de la Defensa Nacional, la poderosa estructura que seguiría manejando los hilos del poder, incluyendo la tarea de inteligencia, pero por muy pocos días más. Otro de los conjurados de la FACH, Francisco Herrera, recibió la misión de

organizar los primeros campos de prisioneros. Un rol que sería clave para lo que se preparaba en la Academia de Guerra Aérea.

Pinochet demostró, en esa segunda decisión importante, quién tenía el control en el Ejército. De los «dueños» del Golpe en esas filas –los generales Sergio Arellano, Sergio Nuño, Arturo Vivero y Javier Palacios–, solo Vivero fue ubicado en el gabinete como ministro de la Vivienda. En la cartera de Economía, nombró al general Rolando González Acevedo, tercera antigüedad del Ejército, hombre de su confianza y testigo de su estrecha relación con Allende, ya que había sido el último ministro de Minería del recién fallecido Presidente.

Hubo sorpresa entre los generales y coroneles del Ejército que participaron de la temprana decisión del Golpe. Pensaban que ese cargo le debió haber correspondido al general Sergio Nuño, uno de los principales autores del «Memorándum secreto» que enviara el «Comité de los 15» a Salvador Allende, y comentarista económico permanente de la marcha del gobierno de la Unidad Popular en los consejos de generales. Nuño debió conformarse con la vicepresidencia de la CORFO. Merino, quien no confiaba ni en la capacidad de Pinochet ni en la del general Rolando González, ese mismo 12 de septiembre llamó a su amigo Roberto Kelly, exmarino e integrante de la «Cofradía Náutica», donde se gestó el *Ladrillo,* y le dijo: «¡Tráeme nombres!»[2]. Kelly cumplió. Y él mismo se convirtió ese día en uno de los hombres más trascendentes en marcar la impronta de los «Chicago» en el régimen militar, al asumir como ministro de Odeplan.

Tanto le importaba la conducción económica a Merino que, un día después de convocar a Kelly, envió una patrulla a la casa del economista Sergio de Castro, uno de los autores del *Ladrillo*, con un mensaje urgente: se requería su presencia. Cuando lo tuvo al frente, le pidió que se incorporara de inmediato como asesor económico de la Junta Militar. De Castro, futuro ministro de Hacienda, y Kelly, desde el semillero de los «Chicago Boys» en Odeplan, serían los dos pilares del nuevo orden económico.

Dos civiles integraron ese primer gabinete. En Educación, fue designado José Navarro, un exprofesor de Pinochet, quien duró apenas unos días en el cargo. A Justicia llegó Gonzalo Prieto, hijo de un oficial de la Armada y él mismo estrechamente vinculado a la Auditoría de esa institución. Como director de Prisiones, se nombró al coronel de Carabineros Hugo Hinrischsen, quien se había integrado a la conjura en presencia de Arellano y Yovane. Ni Prieto ni el coronel Hinrischen[3] sospechaban cuán difícil e ingrata sería la tarea que iniciaban.

Para la principal cartera, la de Interior, Pinochet escogió al general Óscar Bonilla. La decisión ya la había adelantado el lunes 10, cuando reunió en el comedor de la comandancia en jefe del Ejército a los generales que iban a participar al mando de la acción golpista: Brady, Arellano, Bonilla, Benavides y Javier Palacios. Ese día, y ante la presencia de Leigh, Pinochet comunicó que si algo le ocurría, su «sucesor» sería Bonilla, entonces director de Logística del Ejército. Y lo instaló a su lado, en el Comando de Tropas de Peñalolén, cuyo mando pertenecía a Arellano, desde donde dirigió las operaciones del Golpe.

Si bien para la mayoría de la población, Bonilla era un conspirador de la primera hora, los testimonios recogidos indican que no fue así. Su nexo político era la Democracia Cristiana, partido con el cual estableció relaciones privilegiadas, en 1966, cuando fue designado edecán del Presidente Frei Montalva. Allí conoció a todos sus ministros y dirigentes importantes, en especial, a Juan de Dios Carmona, ministro de Defensa y uno

de los principales instigadores del Golpe. Fueron dos intensos años de contacto directo con los pasillos del poder. Cuando, en 1967, le entregó el cargo de edecán a Sergio Arellano, y partió a España como agregado militar, Bonilla no recibió un diploma, pero sus pares supieron que había adquirido un roce político del que ellos carecían.

El general Óscar Bonilla fue uno de los dos oficiales de Ejército que vivió los acontecimientos de esos primeros días de la toma del poder en el escenario principal. El otro fue el coronel Pedro Ewing Hodar, al que Pinochet designó ministro secretario general del Gobierno. Hubo un tercer oficial de Ejército que también tuvo acceso privilegiado al nuevo círculo de los «elegidos»: el coronel Enrique Morel Donoso[4], cofrade de Lo Curro de la primera hora. Se había convertido en edecán de Pinochet, el 10 de septiembre, cuando el general Arellano lo propuso.

Enrique Morel había asumido, en junio de 1973, la subdirección de la Academia de Guerra, bajo el mando del general Herman Brady, a quien los conjurados miraban con recelo por cómo ascendió al generalato. En enero de 1971, el Senado objetó su ascenso y la intervención directa del ministro José Tohá, a pedido de Allende –masón como Brady–, le permitió seguir en actividad. Brady no tuvo los méritos para ser incorporado al grupo golpista de la Academia de Guerra, encabezado por Morel y el teniente coronel Sergio Arredondo, el mismo que asumió el 10 de septiembre como jefe de Estado Mayor de Arellano para las operaciones del Golpe.

La actividad conspirativa desplegada por Morel y Arredondo, líderes del «grupo de coroneles», tuvo un impulso cuando, el 24 de agosto de 1973, Pinochet nombró a Brady, comandante de la Guarnición de Santiago, en reemplazo del renunciado general Mario Sepúlveda. Entonces, Morel quedó de director subrogante. Hasta ese momento, el grupo de la conjura en la Academia de Guerra lo integraba un reducido grupo de profesores: los coroneles Roberto Guillard[5] (Logística) y Carlos Meirelles (Historia Militar y Estrategia); los tenientes coroneles Óscar Coddou (Geografía Militar y Geopolítica), Walter Dörner (Historia Militar y Estrategia), Charly Hensel (Informaciones), y el mayor Atiliano Jara. A ellos, y en un lugar de primacía, se unían otros dos profesores, el coronel de la FACH, Eduardo Fornet[6], miembro de la cofradía de Lo Curro desde su origen, y el capitán de fragata Rodolfo Calderón Aldunate (Guerra Marítima). Un oficial ecuatoriano seguía los pasos de los conjurados: el teniente coronel Luis Cuevas Alfaro, profesor de Logística.

En los primeros días de septiembre de 1973, los profesores decidieron ampliar el grupo, incorporando a determinados alumnos del curso que se graduaba ese año. Entre los veinticinco alumnos, destacaban Alejandro González Samohod[7], Gustavo Abarzúa, Carlos Parera[8], Hector Darrigrandi, Raúl Iturriaga Neumann, Rolf Wenderoth y Ernesto Videla[9].

Al asumir Enrique Morel como edecán de Pinochet, la dirección de la Academia de Guerra quedó acéfala. De oficio, ocupó ese cargo el teniente coronel Sergio Arredondo. Y si bien el hecho rompió con todas las tradiciones y estructura del mayor centro de formación del Ejército, en esos días las preocupaciones y afanes eran otros. Al punto que la gran mayoría de su dotación –profesores y alumnos– serían llamados a ocupar funciones relevantes en el gobierno.

Si aparentemente los que partían eran mirados como los «elegidos», en estricto rigor, los oficiales que se quedaron en la Academia de Guerra bajo el mando transitorio de Arredondo serían los que muy pronto tuvieron el mayor poder jamás desplegado en la

historia del régimen militar: a fines de septiembre, instaló allí su base de operaciones el teniente coronel Manuel Contreras Sepúlveda.

Pero para eso faltaban aún otros acontecimientos importantes.

Al día siguiente, a las 10:45, tuvo lugar la tercera reunión de la Junta Militar, cuyas decisiones figuran en el Acta (secreta) N°2. Fueron casi doce horas de intensa deliberación. Allí se da cuenta del informe de los cuatro jefes de Sanidad de las Fuerzas Armadas y de Orden, con el resultado del examen al cuerpo ya sin vida de Salvador Allende. «El informe quedó en poder del secretario de la Junta en un sobre lacrado», registró el acta. Ese mismo día, asumió como secretario de la Junta, el coronel Fernando González Martínez, en reemplazo del nuevo ministro secretario general de Gobierno, Pedro Ewing. Llama la atención la urgencia de dos nombramientos que se deciden ese 13 de septiembre: el mayor (R) Guido Ossandón Sánchez, como director de Deportes del Estado; y el general (R) Jorge Poblete Artigas, como presidente del Hipódromo de Chile.

El contralor general de la República, acompañado de sus dos principales subalternos, se hizo presente en esa larguísima sesión, para entregarle su apoyo a la Junta Militar. No era un saludo lírico. Ofreció un informe que «ilustre a la ciudadanía del caos en que han recibido la administración del país», y una asesoría técnica para los jefes de servicios que asumirían sus puestos el 17 de septiembre. La tercera propuesta sería relevante para las decisiones que venían. Se acordó un nuevo procedimiento para la toma de razón de los decretos ley de la Junta: «Solo registrarlos, para la historia, sin pronunciarse, lo que le da una gran libertad de acción a la Junta para desenvolverse».

En el plano internacional, se procedió a romper relaciones con Corea del Norte y se nombró al primer embajador: el general (R) de la FACH, Walter Heiman. Su destino: Estados Unidos. En ese momento, Merino informó: «Gregorio Amunátegui me ha informado que Estados Unidos tenía previsto, en caso de producirse un cambio de gobierno en Chile, ofrecer el envío de auditores de la CIAP (sic), para constatar la bancarrota del país y con ello determinar la urgencia y monto de ayuda material». El acuerdo fue inmediato: que el nuevo embajador pida los auditores. Amunátegui recibiría también su recompensa: una carta al embajador Heiman, recomendándole su asesoría. Leigh tomó la palabra: puntualizó que según le había informado el agregado aeronáutico de EE.UU., para que la entrega de la ayuda fuera urgente, se precisaría indicar que Chile vive una situación de «desastre económico». Merino, quien estaba decidido a no soltar las riendas de la economía, ya tenía en su poder el informe que avalaría el «desastre económico».

Esa misma mañana, acompañado del ministro de Hacienda, almirante Lorenzo Gotuzzo, había visitado las bóvedas del Banco Central para constatar la reserva de que se disponía. Un tercer hombre integraba la comitiva: Antonio da Cámara Canto[10], embajador de Brasil en Chile. El día 11 había sido uno de los rarísimos civiles en presenciar la toma del poder de la Junta Militar, y el primer representante de un gobierno extranjero en reconocerla. Los lazos con la dictadura de Brasil quedarían sellados de manera más sólida esa mañana en el Banco Central, cuando el embajador obtuvo, con una simple llamada telefónica a su gobierno, el primer préstamo internacional para la Junta Militar: seis millones de dólares. Sería solo la primera partida[11]. Los jefes militares de la dictadura brasileña estaban tan compenetrados de los preparativos del Golpe, que hasta supieron con antelación la fecha precisa: el 10 de septiembre trajeron clandestinamente de regreso a Chile a Pablo Rodríguez, quien había huido tras el fracaso del «Tanquetazo».

Poco después, aterrizaban en Santiago los primeros oficiales de Inteligencia de Brasil que, bajo el pretexto de ayudar en la captura de los «extremistas» de ese país que se habían refugiado en Chile, asesorarían en la técnica de interrogatorios.

Las bombas que cayeron en La Moneda resultaron ser de racimo. Una de ellas explotó a miles de kilómetros, en el medio de Europa. La muerte de Allende y el Golpe de Estado provocaron un efecto traumático sobre la izquierda europea. Impresionantes multitudes de hombres y mujeres de todas las edades salieron a las calles a rendir homenaje a Salvador Allende, símbolo del socialismo democrático. En Italia, Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista, la misma noche del 11, se encerró en su casa a escribir, impactado por las noticias que llegaban desde Santiago. La derrota de la «vía chilena al socialismo» irrumpía cuando su partido iniciaba el difícil, pero acelerado, alejamiento del modelo soviético.

Cuatro días más tarde, el sábado 15 de septiembre, Berlinguer llegó a las oficinas de *Rinascita,* el semanario ideológico del partido, con un extenso artículo titulado *Reflexiones después de los acontecimientos de Chile*. Por primera vez, un alto dirigente comunista proponía una alianza histórica con sectores no marxistas, como condición para materializar un proyecto de cambios. Berlinguer planteó, en síntesis, que los militares chilenos habían demostrado que en los países bajo la poderosa influencia de Estados Unidos –y guardando las proporciones, decía, Chile e Italia eran comparables en ese parámetro– no bastaba con acceder al poder político con casi un 50% de los sufragios. Lo que se requería era el mayor apoyo popular posible, una mayoría que, en Italia, no podía construirse sino en alianza con la Democracia Cristiana. Berlinguer finalizaba sus «lecciones» con un llamado a rubricar un gran «compromiso histórico» entre el PC y la Democracia Cristiana italiana. Esa estrategia encontraría un oído receptivo en el dirigente democratacristiano italiano, Aldo Moro[12].

En Francia, Alain Touraine, uno de los cientistas políticos más reputados de ese país, escribió en *Le Nouvel Observateur* del 1 de octubre de 1973:

> La sentencia de muerte de la Unidad Popular la dictó su incapacidad para integrar los elementos contradictorios que la componían. Era una especie de federación de movimientos que divergían cada vez más. Desde la primavera de 1972, ya no existía prácticamente una unidad de dirección económica. Por un lado, estaba la tentativa de izquierda en el seno del PS y por otro, la voluntad del PC de dialogar con la Democracia Cristiana. Después del Golpe abortado del 29 de junio, la evolución divergente de las dos tendencias de la Unidad Popular se acentuó. Vivimos, en el mes de junio, un juego institucional florentino en la cumbre y una explosión de fuerzas sociales en la base. En esa disgregación general, las FF.AA. asumieron el papel de «defensoras de la nación». Intervinieron tanto para quebrar la izquierda como para romper el sistema político... No puede separarse el análisis del Golpe del análisis de la crisis de la UP misma. Y de su incapacidad para ejercer una gestión económica coherente.

EN LA MISMA FRANCIA, AL DÍA SIGUIENTE DEL GOLPE DE ESTADO EN CHILE, EL LÍDER SOCIALISTA, FRANCOIS MITERRAND, QUIEN SERÍA ENTRE 1981 Y 1995, PRESIDENTE DE ESE PAÍS, ESCRIBIÓ EN SU DIARIO[13]:

> La historia de Chile desmentía la posibilidad de este Golpe, preparado sabiamente y que se presentía hace meses. Dos golpes de Estado en ciento cincuenta años, de los cuales uno había fracasado en pocos días. El otro, que en 1891 había depuesto al Presidente Balmaceda, aparecía como la excepción que resaltaba las tradiciones democráticas de ese país. En la galería de La Moneda que conduce al despacho presidencial, están alineados los bustos los jefes de Estado. Salvador Allende me los señaló uno por uno cuando lo visité en 1971, con Gastón Deferre y Claude Estier. Me acuerdo que se detuvo delante del de José Manuel Balmaceda: «Era un conservador –me dijo– elegido por la derecha de la época, la derecha de siempre.

Pero ese conservador, que también era un hombre amante de la ley, no pudo soportar el atentado contra el derecho». Luego se calló: «Todos los chilenos, agregó, respetan su memoria. Su acto heroico pertenece a la conciencia de nuestro pueblo. Pienso que al eliminarse, Balmaceda salvó lo esencial». Algunas horas antes de nuestra partida, Allende nos pidió volver a verlo. Ninguno de los tres olvidará nunca ese momento. De pie, apoyado al respaldo de su sillón, habló largo. Su tono grave, la descripción precisa de los obstáculos que encontraba, de las afrentas que recibía, ese sentimiento de soledad frente al bloqueo americano, ese apasionado llamado a la comprensión, a la amistad de las democracias, a la solidaridad de los hombres, nos dejaron una impresión profunda. Estábamos delante de un hombre que encarnaba esa experiencia insólita de la revolución dentro de la ley. La angustia que demostraba no disminuía en nada su resolución. La fe en la razón del hombre y en la marcha ineluctable de las sociedades hacia el progreso, ¿qué peso tienen si en el otro platillo de la balanza está la muerte de Allende? El día de mañana, millones de hombres sobre la Tierra harán la misma pregunta con mucha más impaciencia y cólera.

Un reportero me dice: «¿No es esto la prueba de que una experiencia socialista de este tipo no es viable?». Le contesto: ¿No es esto más bien la prueba de que la derecha y cuanto ella representa, el poder del dinero y la dictadura de una clase, solo reconoce como ley la suya, la ley no escrita pero irrevocable?... Una mañana, en Santiago, bajo las ventanas de Allende, compré *El Mercurio*, el más importante de los periódicos, propiedad de un gran banquero, que titulaba a ocho columnas «Salvador Allende, miente». No se le persiguió por «ofensas al Jefe del Estado». Libertad para la prensa. Dos estaciones de radio y televisión sobre tres pertenecían a los partidos de oposición, que las aprovechaban para incitar a la violencia… Escribo estas líneas con prisa… Más tarde se discutirá lo que pudo ser respecto de lo que ha sido. Se harán las cuentas de los éxitos y de los fracasos. Pero, en esta mañana de duelo, pienso que si además del oro y de la insolvencia existen otras riquezas, hoy el mundo ha amanecido más pobre.

EN UNA ARGENTINA BULLENTE, EL PRESIDENTE JUAN DOMINGO PERÓN TAMBIÉN SE INQUIETÓ ANTE LAS INFORMACIONES QUE PROVENÍAN DE CHILE. Y DE LA INQUIETUD PASÓ A LA PREOCUPACIÓN: EMPEZÓ A TEMER UN CERCO SOBRE SU PAÍS. NO ESTABA EQUIVOCADO. LAS PRIMERAS ACCIONES CONJUNTAS QUE EMPRENDERÍAN POCOS MESES DESPUÉS LA DINA CON SU SÍMIL ARGENTINO, EL SIDE (SERVICIO DE INTELIGENCIA DEL ESTADO) Y LA «TRIPLE A», LO CORROBORAN. EL DERROCAMIENTO, AÑOS DESPUÉS, DE SU VIUDA ISABEL, QUE ASUMIÓ EL MANDO POLÍTICO TRAS SU MUERTE, ESTUVO EN GRAN PARTE PREFIGURADO EN SANTIAGO.

Es probable que el general Carlos Prats haya pensado encontrar algo de alivio en el vecino país. Ignoraba que allí también se incubaba un Golpe con mucha antelación. Pero las horas posteriores al 11 de septiembre no daban espacio al análisis. La vida del antecesor de Pinochet al frente del Ejército, se había trastocado por completo y estaba a tal punto amenazada, que solo le quedó tomar la drástica y rápida decisión de partir. Antes, debió desmentir, ante las cámaras de televisión, que encabezaba a fuerzas rebeldes que venían del sur, un mito ampliamente difundido en todo el país. «Por conciencia de cristiano y formación de soldado, no deseo contribuir al derramamiento de sangre entre compatriotas...», dijo en su dramática intervención. Fue, también, su última aparición pública: nunca más daría una entrevista. A las cinco de la tarde del viernes 14 de septiembre, Prats se despidió de su familia y también de su esposa Sofía, la que se quedó en Chile acompañando a su hija mayor, embarazada de ocho meses. Cargó una pistola distinta a la habitual, más potente, amartillada, lista para ser usada en cualquier momento. La guardó con gesto decidido y se fue con su chofer, Germán López, en dirección al paso fronterizo Las Cuevas. Pero, en algún recodo del camino, Prats descendió del vehículo y el teniente coronel René Escauriaza tomó su lugar. Para ser un señuelo perfecto, se puso

incluso la gorra de Prats. En otro automóvil, Prats, en compañía del mayor Osvaldo Zabala, se dirigió al aeródromo de Tobalaba. Un helicóptero esperaba. Una versión indica que, cuando el piloto se mostró dudoso de emprender el viaje hacia Portillo, Zabala lo apuntó con su pistola. Lo cierto es que Prats llegó a Portillo a las 7:40 horas del 15 de septiembre. Y de allí se fue en auto a la frontera, donde era esperado por altos oficiales del Ejército argentino, enviados por el comandante en jefe, Jorge Raúl Carcagno, un general que acababa de impugnar la «Doctrina de Seguridad Nacional», el TIAR, y el Sistema Interamericano de Defensa. Antes de despedirse de sus amigos y camaradas de armas, Prats les entregó una carta para Pinochet:

> *El futuro dirá quién estuvo equivocado. Si lo que ustedes hicieron trae el bienestar general del país y el pueblo realmente siente que se impone una verdadera justicia social, me alegraré de haberme equivocado al buscar con tanto afán una salida política que evitara el Golpe.*

EL DOMINGO 16 DE SEPTIEMBRE, MARCÓ LA AGENDA DEL PAÍS EN EL NUEVO ORDEN QUE SE INICIABA. HABÍAN TRANSCURRIDO SOLO CINCO DÍAS Y PARECÍA UN SIGLO. LOS DIRIGENTES DE LA UNIDAD POPULAR Y EXMINISTROS DE ALLENDE, DETENIDOS EN LA ESCUELA MILITAR, JAMÁS HAN PODIDO OLVIDAR ESE DOMINGO. ALLÍ ESTABAN LOS EXMINISTROS ORLANDO LETELIER, SERGIO BITAR, FERNANDO FLORES, CLODOMIRO ALMEYDA, ANÍBAL PALMA, JOSÉ TOHÁ, JAIME TOHÁ, JORGE TAPIA, ORLANDO CANTUARIAS, LUIS MATTE, EDGARDO ENRÍQUEZ, ARTURO JIRÓN, PEDRO FELIPE RAMÍREZ. TAMBIÉN LLEGARÍAN CARLOS LAZO, MIGUEL LAWNER, DANIEL VERGARA, JULIO STUARDO, ANICETO RODRÍGUEZ, OSVALDO PUCCIO Y SU HIJO OSVALDO, QUIEN SE RESISTIÓ A ABANDONAR A SU PADRE ENFERMO...[14]

Enrique Kirbeg, rector de la Universidad Técnica del Estado, era también uno de ellos:

–De improviso, llegó un hombre al que nos presentaron como el recién nombrado ministro de Justicia, Gonzalo Prieto. Nos dio el pésame por la muerte de Salvador Allende y luego nos preguntó si estábamos dispuestos a partir al destierro. Todos respondimos negativamente. Los ministros, ejecutivos de gobierno y parlamentarios, dijeron que querían dar cuenta pública de su gestión y vida. Se redactó un documento explicando nuestras razones. Nos vigilaba gente del último curso de la Escuela Militar. Nos trataban muy mal, con constantes vejámenes. Al tercer día, el sábado 15, mientras hacíamos cola para el escaso almuerzo, nos subieron a unos buses. No sabíamos a dónde nos llevaban y comencé a inventar una historia: nos llevaban al aeropuerto, nos dejarían en un avión Air France y partiríamos todos a Francia. ¡Qué forma tan infantil de relajarme! Llegamos a la Base Aérea El Bosque. Soldados nos revisaron minuciosamente, nos pusieron en el césped y un sargento se acercó. No había tenido oportunidad de romper mi carnet del PC, el que había escondido al interior del calcetín, y el sargento lo encontró. Me miró y sin decir una palabra, mirándome fijamente, lo tiró a unos matorrales teniendo cuidado que no lo descubrieran. Nos subieron a un avión. Cuando a uno de nosotros le quitaron una prenda y le dijeron, «¡en Punta Arenas te la entregamos!», tuvimos el primer indicio de nuestro próximo destino. En el avión nos vigilaban soldados con fusiles de repetición. La llegada a Punta Arenas fue increíble. Era de noche y aterrizamos en un aeropuerto secundario. El sector estaba alumbrado con reflectores y soldados rodeaban el

recinto con sus bayonetas armadas. Después de tomarnos una fotografía a cada uno, nos colocaron una capucha amarrada detrás de la nuca y nos hicieron subir a tientas a unos camiones. El oficial al mando de nuestro grupo, dijo: «Tengo una pistola en la mano, al que haga el más mínimo movimiento le disparo». A un soldado muy nervioso se le escapó un tiro, el que rebotó en el camión y la bala se le introdujo a Daniel Vergara entre los dos huesos del brazo. Nadie hizo nada, lo dejaron que sangrara profusamente. Fueron largos minutos hasta que los vehículos se detuvieron. Bajamos de a uno. Después de un recorrido, que nadie sabía si llevaba a la muerte, nos metieron en la bodega de una barcaza. Nuevamente la orden fue de no hablar y no hacer ni un solo movimiento… De pronto, la barcaza zarpó. Era cerca de medianoche. El sueño golpeaba a todos, pero también estaba prohibido dormir. Cuando la nave paró y salimos, estaba amaneciendo. Ante nuestros ojos se abrió un espacio lleno de nieve. Teníamos mucho frío. Fue un desembarco triste y tétrico. Escuchamos la voz del capitán gritar: «¡Ustedes son prisioneros de guerra!». Eran las seis de la mañana del domingo 16 de septiembre. Asumí, por primera vez, que estábamos en guerra. ¡Habíamos llegado a Isla Dawson!

Para la familia de Salvador Allende, ese domingo también se iniciaría un nuevo ciclo.

Isabel Allende:

–El 12 de septiembre vivimos con Beatriz, a la distancia, desde el refugio de calle Seminario, cada minuto del entierro de nuestro padre. Imaginábamos a *Tencha* sola… El tiempo no se detenía… Avanzada la tarde, Beatriz recibió una llamada de su marido (*Luis Fernández, alto funcionario de la embajada de Cuba*). Le dijo que esta vez sí había garantías y que la pasaría a buscar para abandonar el país de inmediato. Luis llegó escoltado por un jeep militar. Al partir, *Tati* me dijo: «Bueno, ¡y ahora a salir de aquí!»[15]. La despedida fue muy rápida, demasiado rápida… Esas horas únicas nos unieron mucho. Me paré en la puerta y vi partir el jeep que se llevaba a Beatriz… Entré a la casa e inmediatamente llamé al embajador de México. «Isabel, ¿dónde estás? ¡Voy a buscarte de inmediato!», dijo. Llegó en un auto con bandera blanca y un salvoconducto, después de haber traspasado ocho barreras militares. Traía un papel que lo autorizaba a retirar a Isabel Allende y dos menores. Se suponía que estaba con mis hijos. Cuando le dije al embajador que estaban conmigo Nancy Julián y Frida Modak, su reacción fue: «¡Las llevamos!». La despedida con la dueña de casa fue muy emocionante. Salimos, nos pararon las mismas ocho barreras militares. La actitud del embajador de México fue decisiva para poder llegar a la sede diplomática. De inmediato, partimos a buscar a *Tencha* a la casa de Felipe Herrera… El encuentro fue muy emotivo. Mi madre había enterrado a Salvador Allende sin nosotras, había pasado todas las humillaciones, no la dejaron abrir el cajón… Siempre tuvo la duda de si efectivamente lo había enterrado… Nos recibió emocionada y llorosa y, cuando el embajador le dijo, «¡vamos a la embajada!», ella replicó: «¡No!». Un no rotundo. Decía que debía permanecer en Chile. Nos costó mucho convencerla de que no era posible. El embajador le propuso, entonces, que fuera su invitada durante un tiempo. Fue la única manera de convencerla de salir… Era la noche del miércoles 12. De ahí nos fuimos a buscar a mis hijos. Pero en la casa de Gran Avenida, no estaban ni Romilio ni los niños. Mucha gente me reconoció y empezó a salir de sus casas. Debimos salir rápido de allí. Un funcionario de la embajada de México volvió más tarde a buscar a mi marido y mis hijos. Cuando nos abrazamos, mi hijo Gonzalo estaba muy afectado. El encuentro fue… dramático. Cuando nos separamos el

día 11, Gonzalo[16] supo que me iba a La Moneda para estar junto a mi padre. Romilio los dejó en casa de unos conocidos, porque pensó que la casa de su familia representaba un peligro. Pero mi hijo, que tenía 8 años, vio televisión todo el día y presenció el bombardeo sabiendo que su madre y su abuelo estaban allí adentro… Creyó que yo también estaba muerta… Y todo eso lo vivió solo, ya que Marcia, con su año y ocho meses, era solo una guagua. Gonzalo me abrazaba una y otra vez, no podía creer que estuviera viva… Fue difícil convencer a mi madre de abandonar el país. Al final, puso una última condición: se iría, pero con toda la familia. Beatriz ya había salido, yo estaba con toda mi familia, y mi hermana Carmen Paz, que nunca se había metido en política, recibió la ayuda de una médico amiga, Mónica Bruzzone, y pudo llegar con todo su grupo familiar. Por fin estuvimos todos reunidos. No sé por qué me vino a la memoria una anécdota banal. *Tencha* no tenía ropa y se acordó que tenía ciertas cosas donde una costurera que vivía cerca del Estadio Nacional. Convenció a María Teresa, esposa del embajador de México, para ir a buscarla. *Tencha* se bajó del auto y al entrar al pasaje donde vivía la señora, algunas personas la reconocieron y corrieron a abrazarla. Con el bullicio, más gente salió de sus casas y pronto eso era una verdadera manifestación, ante la mirada horrorizada de María Teresa. La costurera le llevó a mi madre a la embajada un traje amarillo lúcuma, el único que tenía. Abandonamos el país… Al llegar a México nos esperaba el Presidente Luis Echeverría, su esposa María Ester y el gabinete completo en el aeropuerto. Las mujeres vestidas del más riguroso luto y todos los hombres con corbata negra. Y *Tencha* se bajó con su traje amarillo lúcuma… Era el domingo 16 de septiembre, día de México…

En Santiago, ese primer domingo después del Golpe, el sol alumbró la capital. La familia Allende ya estaba fuera y los «jerarcas» de la Unidad Popular en la Isla Dawson. Los presos seguían poblando el Estadio Chile y el Estadio Nacional. Aquel día, el general Bonilla, ministro del Interior, decidió salir a terreno. Y para ello escogió los sectores de poblaciones de menos recursos en donde los militares sabían que la UP y, sobre todo Allende, tenían su mayor sostén. Bonilla alimentaba una secreta ambición: rescatar el apoyo de los pobres con medidas efectivas que permitieran revertir el miedo y dar garantías de que el nuevo régimen los apoyaría. La prensa lo acompañó durante un recorrido en el que se palpaba el miedo de los pobladores, por los allanamientos masivos y operativos de ocupación. Bonilla, un hombre alto y delgado, siempre sonriente y hábil con las palabras, demostró ante las cámaras que poseía carisma y don de comunicación y que, además, imponía respeto. Un respeto que no emanaba solo del temor al nuevo orden militar.

A esa misma hora, en otro sector de Santiago, otro oficial de Ejército, el coronel Julio Canessa, desplegaba la fuerza de todas las unidades bajo su mando, pero para fines diferentes. Los habitantes del sector comprendido entre Vicuña Mackenna, Parque Forestal, Portugal y Torres de San Borja, se vieron abruptamente arrastrados fuera de sus hogares ante un despliegue masivo de militares, fuertemente armados, que acordonaron las calles e ingresaron a sus casas con violencia. Los gritos se mezclaron al ruido de puertas derribadas y al paso de las botas de más de mil efectivos del Ejército y Carabineros. Las horas de terror fueron más intensas en el área de las Torres de San Borja. Hasta allí llegaron militares con planos de los edificios, iniciando un allanamiento metro por metro. Las alcantarillas fueron el foco de otro grupo especializado. Se registró a cada persona y cada rincón de los departamentos. Poco después, en la calle, se fueron

apilando cerros de literatura considerada «subversiva» por los soldados. Corresponsales extranjeros siguieron en detalle la operación con sus cámaras. Se escuchó la orden de quemar el material incautado. El fuego consumía los libros y algunos de los títulos –muchos clásicos y autores de renombre de la literatura mundial– alcanzaron a ser filmados antes de que fueran incinerados frente a la mirada vigilante de los soldados. Las imágenes dieron la vuelta al mundo y se ganaron un lugar en la historia. La medida, que se convirtió en el símbolo de la barbarie militar, causó una de las primeras discusiones abiertas en el nuevo cenáculo del poder. Y en el Estado Mayor de la Defensa Nacional, la indignación tuvo un nombre esa noche: el coronel Julio Canessa, director de la Escuela de Suboficiales.

Canessa, el mismo coronel que solo pocos días antes había corrido hasta la oficina de su superior, el general César Raúl Benavides, y de su amigo el coronel José Domingo Ramos, para comunicarles, alarmado, que se estaba preparando un Golpe de Estado y que algo había que hacer…

Bonilla fue informado de lo sucedido. El episodio se agregó a una larga lista de desaciertos. Esa misma noche, a través de una cadena de radio y televisión, intentó tranquilizar a una parte de la población aterrorizada por las acciones militares de esos días:

> –… Quisiera esta noche tranquilizar a mucha gente que está confundida por rumores que no tiene fundamento. Esta noche, justamente en la víspera de iniciar mañana las actividades que permitirán que la capital recupere su ritmo normal, hay posiblemente temor en algunos hogares. Aunque sean pocos, esos hogares nos interesan porque son de chilenos. Entendemos su aflicción y les damos la mano. ¿Quiénes tienen temor? El funcionario del gobierno anterior, el poblador que piensa que le van a quitar su rancho, que le van a bombardear su casa, la madre del detenido o el hijo que espera a su padre. Nosotros queremos decirle a cada uno de ellos que no perseguimos las ideas sino los hechos, que no miramos su color político sino su eficiencia y honestidad. En consecuencia, nada tienen que temer los que nada han hecho. Queremos solamente, en este Chile, cicatrizar la gran mancha de odio que se había enseñoreado en el país y que había separado en bandos a la nación. Por eso, está muy lejos de nosotros ese espíritu de revancha o de buscar motivos para dejar hogares sin sus medios de sustento. A los parientes que tienen detenidos y que somos los primeros en lamentar, les decimos que tengan paciencia. Aproximadamente, hay unos cuatro mil detenidos en este momento en Santiago. La mayoría de ellos ha sido tomado en acción como francotiradores, actuando desde edificios. Posiblemente ha caído mucha gente que es inocente. Entre estos detenidos no hay ninguno de los grandes apóstoles de la violencia. La mayoría de ellos, como digo, son inocentes. Pero no podemos darnos el lujo de equivocarnos. No tenemos derecho a equivocarnos, pero eso requiere tiempo. Tenemos que detectar a los verdaderos culpables y eso requiere un proceso. Hay que interrogar a mucha gente. Es necesario tener paciencia, pero pronto la mayoría saldrá en libertad… Se ha designado al general, señor Herrera de la FACH, para que tenga a cargo este servicio y todo lo que se refiere a los detenidos. Hay un alto jefe encargado de todo lo que se refiere a sus necesidades materiales, a la atención médica, a la atención sanitaria y a ropa y frazadas para dormir, a su alimentación e higiene. Y también hay otro jefe encargado de aumentar, multiplicar y guiar, con una dirección unificada, todos los equipos de interrogadores, de manera que esto salga mucho más rápido de lo que hasta ahora ha marchado. En pocos días más posiblemente ya esteremos en condiciones de entregar las listas de todos los detenidos y también de instalar, en el lugar donde estén recluidos, un servicio de información que permitirá a sus familias informarse sobre el estado de sus parientes. En todo caso, cualquier detenido que esté en el lugar de detención va a ser sometido al procedimiento legal que corresponde, de acuerdo a lo que se ha establecido para nuestros Consejos de Guerra. Va a tener su derecho a defensa y nadie será omitido de este procedimiento judicial… Al poblador, al cual se le hacen llegar muchos rumores infundados, le decimos que los rechace porque no tienen ninguna raigambre. A ese poblador le digo que recuerde cuando llegó al cuartel: ¿quién estaba a su lado a la primera hora de la mañana al toque de clarín?, ¿quién estaba presto, afectuoso, listo para iniciarles sus enseñanzas, sus

primeros hábitos de higiene? Su sargento, su capitán. Yo le pregunto a este poblador si cree que estos mismos hombres, sus antiguos compañeros de fatiga, van a ser los que le van a quitar su sitio y los que van a bombardearles su casa. ¡Es absurdo! Las Fuerzas Armadas quieren solo una cosa: que nadie toque su sitio y que su «mejora» se transforme en una casa de verdad. Las Fuerzas Armadas, en estos allanamientos dolorosos, pero indispensables, no buscan pobladores. Buscar armas y también a los que las empuñan y que se esconden entre ellos. Quien debe temernos es el extremista que insiste en la violencia y que insiste en crear un estado en que obligue a perturbar las actividades de la nación, al extranjero que ha abusado de la hospitalidad y con el cual no tendremos consideración alguna. Lo perseguiremos hasta el final, porque ese extranjero tiene que saber que, mientras haya un soldado, nada sacará con una bala asesina con la que busque eliminarlo, porque diez soldados correrán a recoger su fusil. También tiene que temernos el delincuente, el que ha abusado de un cargo, de una función para cometer una fechoría. Esos son los únicos que tienen que temer. La gran mayoría, funcionarios honestos, correctos, cualquiera sea su color político o sus ideas, nada tiene que temer… Por eso, esta noche, antes de que se inicien mañana de nuevo las actividades normales en Santiago, queremos decirles: tengan confianza y optimismo. Detrás de esta noche, detrás de esos días oscuros, hay un gran amanecer para Chile. Tengan confianza. Son las Fuerzas Armadas de este país las que les hablan. Fuerzas Armadas que todos conocen desde largo tiempo, que todos respetan y que nosotros estamos obligados, por esa misma razón, a respetar esta palabra y cumplirla. Muy buenas noches.

[1]. Ismael Huerta también fue recompensado con un ascenso. El 16 de septiembre un decreto ley lo ascendió a vicealmirante.

[2]. Del libro *Los economistas y el Presidente Pinochet*, de Arturo Fontaine Aldunate.

[3]. En 1974, el coronel Hugo Hinrichsen tuvo serios problemas con Manuel Contreras por el trato con los prisioneros y debió irse a retiro sin haber ascendido a general.

[4]. Enrique Morel ascendió a general en 1974 y dejó de ser edecán. En 1977 fue el jefe militar de la Zona en Estado de Emergencia de Santiago. Fue presidente de Soquimich y en 1979 le dejó su cargo a Julio Ponce Lerou, yerno de Pinochet. En 1981, fue designado embajador extraordinario y plenipotenciario ante todas las sedes diplomáticas de Chile en el extranjero. En 1982, fue presidente de Codelco y director del Banco del Estado (1982-1989). Fue rector de la Universidad de Chile por pocos meses. En 1986, ascendió a mayor general y en 1989 reemplazó a Pedro Ewing en la Dirección de Frontera y Límites de la Cancillería. Su hermano Alejandro, fue jefe de Zona en Angol para el 11 de septiembre de 1973 y más tarde efectivo de la CNI. También fue gerente general de Chilectra y alcalde designado de Ñuñoa, además de agregado militar de Chile en Honduras y Guatemala.

[5]. Roberto Guillar fue el locutor oficial del Golpe el 11 de septiembre. Integró la CONARA y en 1976, fue subsecretario de Guerra. En 1981, dirigió el COAP (Consejo Asesor de la Presidencia), que luego se transformó en Estado Mayor Presidencial. En 1980, fue nombrado por Pinochet ministro secretario general de la Presidencia, desde donde protagonizó graves cortocircuitos con la Iglesia Católica. Desde 1979 hasta 1982, fue director de la Compañía de Teléfonos. Ministro de Vivienda en 1982 y 1983. Intendente de Santiago en 1984, y agregado Militar en Estados Unidos hasta 1986. En 1985, ascendió a mayor general y en 1987, asumió la Dirección de Logística del Ejército. En 1988, pasó a retiro y fue nombrado por Pinochet cónsul general en Los Ángeles.

[6]. Eduardo Fornet fue después director de Inteligencia de la Fuerza Aérea.

[7]. Alejandro González Samohod, considerado un intelectual dentro del Ejército, después del Golpe se integró a la COAJ (Consejo Asesor de la Junta de Gobierno), formó parte de la comisión que creó la CONARA y fue el primer jefe del Departamento de Racionalización. En 1975 fue observador de la ONU en Medio Oriente; desde 1975 a 1981, comandante del Regimiento de Copiapó e intendente de Atacama. Fue agregado militar en Argentina y jefe de gabinete del general Gordon en la IV Comisión Legislativa. Ascendió a general en 1986. En 1987 fue comandante del Comando de Telecomunicaciones y luego intendente de la IX Región. En 1989 fue designado comandante de la Guarnición de Santiago pero, finalmente, por extrañas razones, asumió en cambio la comandancia de la Región Militar Austral. En 1989, ascendió a mayor general. Recuperada la democracia, protagonizó un publicitado incidente político en su región y después de su retiro ingresó a la UDI.

[8]. Carlos Parera, del arma de Artillería, fue jefe de Departamento Exterior de la DINA, director de la Escuela de Paracaidistas y Fuerzas Especiales, en 1981, y en 1985, agregado militar en Francia. Ascendió a general en 1986. En 1989 fue designado comandante en jefe de la II División del Ejército. En 1990 no le pidió el permiso correspondiente al Presidente Aylwin para iniciar el desfile de las tropas en la Parada Militar, luego de lo cual Aylwin vetó su ascenso a mayor general. Fue enviado a Sudáfrica como agregado militar y al año siguiente pasó a retiro.

[9]. Ernesto Videla fue uno de los primeros integrantes del COAJ y desde allí fue asignado a la Cancillería, en 1976. En 1986, ascendió a general y al año siguiente fue nombrado subsecretario de Relaciones Exteriores. En 1988, viceministro de Relaciones Exteriores. Se fue prematuramente a retiro en 1988.

[10]. El embajador brasileño, Antonio Cándido Cámara Canto (1968-1975) llegó a ser conocido como «el quinto miembro de la junta», por sus estrechas relaciones con los generales golpistas del Ejército, especialmente Sergio Arellano Stark, y la Marina. En su embajada tuvieron lugar reuniones y contactos decisivos para el flujo de dineros extranjeros hacia el «comando de guerra». Inmediatamente después el Golpe, coordinó la entrega de 70 toneladas de medicamentos y alimentos, como ayuda humanitaria de su gobierno. En 1977, dos años después de que abandonara la embajada, la Junta Militar le rindió un homenaje.

[11]. En julio de 2012, en la tardía desclasificación que comenzó a realizar el gobierno de Brasil de los documentos de las dictaduras, el diario *O'Globo* reveló que el general Ernesto Geisel (1974-1979), autorizó una línea de crédito de 40 millones de dólares para la Junta Militar de Chile, además de la entrega de armas para que su símil chileno pudiera mantener el «orden interno».

[12]. Aldo Moro fue secuestrado por las Brigadas Rojas el 16 de marzo de 1978, siendo presidente de la DC italiana. Su cuerpo sin vida fue encontrado en el baúl de un automóvil, el 9 de mayo de 1978. Con él desapareció el único líder de ese partido que consideraba el «compromiso histórico» como una vía posible y necesaria. Hasta hoy se tejen diversas conjeturas sobre quiénes fueron los verdaderos digitadores de su asesinato.

[13]. Notas que después Francois Miterrand publicó en su libro *La paille et le grain* (1975).

[14]. La nómina de los primeros «prisioneros de guerra» de Dawson es la siguiente: Clodomiro Almeyda, Vladimir Arellano, Sergio Bitar, Orlando Budnevich, José Cademartori, Orlando Cantuarias, Jaime Concha, Luis Corvalán, Edgardo Enríquez, Fernando Flores, Patricio Guijón, Alejandro Filiberto, Arturo Jirón, Alfredo Joignant, Carlos Jorquera, Enrique Kirberg, Miguel Lawner, Carlos Lazo, Orlando Letelier, Maximiliano Marholtz, Carlos Matus, Luis Matte, Hugo Miranda, Carlos Morales, Héctor Olivares, Miguel Muñoz, Julio Palestro, Tito Palestro, Aníbal Palma, Walter Pinto, Osvaldo Puccio G., Osvaldo Puccio H., Pedro Felipe Ramírez, Aniceto Rodríguez, Camilo Salvo, Erick Shnake, Andrés Sepúlveda, Adolfo Silva, Hernán Soto, Julio Stuardo, Anselmo Sule, Ariel Tacchi, Jorge Tapia, Benjamín Teplisky, Jaime Tohá, José Tohá, Luis Vega, Daniel Vergara, Sergio Vuskovic y Leopoldo Zuljevic.

[15]. Beatriz *Tati* Allende, se suicidó en Cuba, en 1977, aquejada de una fuerte depresión. Entre septiembre de 1973 y la fecha de su muerte, se había convertido en un motor de denuncia de los crímenes de la dictadura, viajando por todo el mundo. Jamás pudo superar la muerte de su padre.

[16]. El hijo mayor de Isabel Allende, Gonzalo Meza, se suicidó en diciembre de 2010, a la edad de 45 años. Isabel Allende regresó a Chile y asumió de inmediato el legado de su padre en el Partido Socialista. Es senadora.

Capítulo XXIX

CONTRERAS, EL PUÑO DE LA DEPURACIÓN

VENCIDOS Y VENCEDORES ESCUCHARON AL GENERAL ÓSCAR BONILLA CON ATENCIÓN. TAMBIÉN LO HIZO EL TENIENTE CORONEL MANUEL CONTRERAS, QUIEN DESDE LA ESCUELA DE INGENIEROS, EN TEJAS VERDES, HACÍA CULTO DEL SILENCIO Y EL SIGILO. YA TENÍA REPLETAS DOS CÁRCELES, UNA PARA HOMBRES Y OTRA PARA MUJERES, Y DOS DE SUS HOMBRES DE MAYOR CONFIANZA SE HABÍAN HECHO CARGO DE LA ACTIVIDAD PESQUERA DEL PUERTO, ASUMIENDO EL CONTROL DE LAS PRINCIPALES EMPRESAS ESTATALES EN LA ZONA. EN UN CAJÓN DE SU ESCRITORIO TENÍA EL PLAN DE INTELIGENCIA QUE ESPERABA SU DÍA. Y ESTE HABÍA LLEGADO.

Augusto Pinochet también siguió con atención el desplazamiento y las palabras de Bonilla. Al día siguiente, reunió al Cuerpo de Generales del Ejército. Era un tiempo de reuniones diarias e imprescindibles. Cada general comunicaba las acciones y situaciones derivadas del Golpe de Estado y se invitaba a los generales de provincia para que dieran cuenta de su región. También se intercambiaban opiniones acerca de las principales materias de gobierno y, entre ellas, el plazo que deberían darse los militares para «normalizar» el país y entregarle el poder a los civiles.

Los plazos fluctuaban entre tres y seis años.

Unos pensaban que bastaba con completar el período de Allende, es decir, tres años, mientras que otros veían que la tarea requería de más tiempo, en un máximo de seis años. Otro punto de discusión fue si el mando de la Junta debía ser rotativo. La mayoría se pronunció en contra. Les complacía que fuera el comandante en jefe del Ejército el que asumiera la supremacía. Y para asegurarla, Pinochet había logrado imponer en la Junta un orden de prelación, en base a la antigüedad de las instituciones: Ejército, Armada, Fuerza Aérea y Carabineros. Pero el mando era colegiado y eso sí no estaba en discusión.

O al menos eso se creía.

Pero el lunes 17 de septiembre, Pinochet abrió la reunión con una sorpresa: «Señores, aquí no va a haber un mando colegiado». Y no hablaba de la Junta, sino del Ejército. Si bien el intercambio de opiniones no se detuvo, algo sutil, pero muy profundo, había cambiado. Para hombres acostumbrados al mando jerarquizado, cada orden, cada palabra tenía su significado. Tutearse, hablarse de igual a igual y tener demostraciones que revelaban una relación más allá de los cuarteles, podía debilitar el mando. Lo mismo si el control de la situación no estaba en manos de quien tenía las presillas de jefe.

Eso fue lo que ocurrió dos días después, cuando el empresario Juan Kassis decidió hacer un gran cóctel en su casa en Pajaritos, en honor a los hombres de la conjura, a los que había prestado tanta colaboración y que ahora ya tenían el control del poder.

Los generales y almirantes de las cuatro instituciones fueron invitados, a los que se

sumó un grupo escogido de empresarios. La casa estaba llena de flores y exquisiteces, lo que ayudó a crear un ambiente de relajo entre los uniformados que no habían tenido ocasión de celebrar el triunfo del Golpe. El clima se hizo propicio para que los «dueños» de la conspiración se buscaran y se entregaran al recuento de los episodios que cada uno de ellos había protagonizado en sus contactos secretos preparatorios. En el centro del grupo estaban el almirante Merino y el general Leigh. Ambos dominaban la situación. Con su rostro inescrutable, el almirante Carvajal asentía y aportaba un dato, un nombre, a los dichos de Merino. También estaban Yovane y Arellano. El general Nuño también participaba, así como el general Nicanor Díaz Estrada. La conversación estaba salpicada de sorpresas, pues de cada episodio surgía alguna novedad que los otros desconocían. Había sí un secreto que todos compartían: su pertenencia al núcleo original de la conjura. Las confidencias los envolvieron, al punto de no percatarse de que un hombre observaba la escena y seguía, con la mirada torva, el curso de los relatos.

Ese hombre era Augusto Pinochet.

De improviso, se acercó a Sergio Arellano y le dijo con tono socarrón: «¡Así que con esas teníamos!». El general Arturo Yovane le replicó con su acostumbrado tono familiar: «Pero, general, si estas cosas no se improvisan, esto hay que conversarlo, coordinarlo, prepararlo…».

La relación de Pinochet con Arellano no volvería a ser nunca más la misma. A pesar de que era uno de los pocos generales que lo tuteaba, de que eran de la misma arma (Infantería) y amigos desde el año 41, una frontera infranqueable se había instalado entre los dos.

Con el general Gustavo Leigh, la relación de Pinochet sería desde un principio tensa y distante. A Pinochet le disgustaba la soltura de Leigh para asumir el mando político. Y, más aún, le molestaba la adhesión que sus subordinados le dispensaban, al punto de que ninguno lo tuteaba. Pero cuando Leigh propuso formar una comisión para estudiar las reformas a la Constitución del 25, no discutió. Y Pinochet saludó a los cuatro civiles recién llegados: Jaime Guzmán, Enrique Ortúzar, Jorge Ovalle y Sergio Diez.

Pocos días después, Manuel Contreras desembarcó en la Academia de Guerra. Lo esperaba su viejo amigo, compadre y compañero de curso en la Escuela Militar, Sergio Arredondo, y otro de sus amigos y compañero de armas más cercano: Óscar Coddou Vivanco. Contreras llegó a una casa que le era familiar. Hacía solo dos años que había abandonado ese territorio. Entre 1969 y 1971, había sido su secretario de Estudios. Allí también había hecho su curso de oficial de Estado Mayor (1962-1964), obteniendo el primer lugar de su promoción, logrando superar a Dante Iturriaga y Rigoberto Rubio, segundo y tercer lugar respectivamente. La distinción le fue entregada por Pinochet, entonces director de ese centro de formación militar y con quien Contreras había entablado una estrecha relación. Al pisar nuevamente sus aulas y recorrer sus pasillos, Contreras recordó que, allí mismo, había desarrollado su primer plan de inteligencia para la seguridad nacional, el que había sido rechazado y obstaculizado por el empecinamiento del general Pickering[1]. El mismo general, que solo meses antes, y cuando aún era comandante de Institutos Militares, lo había defendido con vehemencia cuando el gobierno de Allende pidió que fuera enviado a retiro, después de que censurara una radio de San Antonio y allanara locales sindicales y políticos. Fue Pickering el que impidió que Contreras se fuera a retiro. En esa ocasión, afirmó que, si Contreras se iba, él también debía seguir el mismo camino: como su superior, se hacía responsable de las decisiones

adoptadas por el director de la Escuela de Ingenieros de Tejas Verdes. Pero ahora todo era diferente. Pickering era solo un mal recuerdo para Contreras. Su atención estaba puesta en la audiencia que le había pedido a Pinochet para exponerle su plan de inteligencia. Era exactamente lo que el país necesitaba, ahora que, por fin, se iniciaba la lucha antisubversiva para la que él se había preparado con rigurosidad y método.

De la reunión con Pinochet, Contreras salió convertido en un nuevo hombre. A partir de ese momento, transitaría entre sus dos bases de operaciones: Tejas Verdes y la Academia de Guerra, su primer cuartel en Santiago.

Mientras Contreras preparaba los detalles de la exposición, que en los próximos días debería hacer ante los representantes del nuevo poder militar, el general Bonilla trabajaba en una directiva para concretar los criterios anunciados en su alocución del 16 de septiembre: unificar la acción de la justicia y la información sobre los detenidos, neutralizando así, y de manera rápida, los focos de descontento y desconfianza de grandes sectores de la población. Su interlocutor formal era la Junta, pero en la práctica, lo sería Pinochet, su superior. Fue entonces que Pinochet convocó a Sergio Arellano, aún jefe de la Agrupación-Centro que había actuado para el Golpe, y le ordenó una nueva misión.

Sergio Arellano:

–El general Pinochet me informó que en la parte jurisdiccional existía un caos absoluto y que se había decidido modificar el artículo 57 del Código Militar, el que determinó que la facultad del juez quedara delegada a los comandantes de unidades o jefes de división. La información de que se disponía indicaba que en el país había desorden en los procesos en desarrollo, y dilación y diferencias en las condenas. Había que regularizar esa función, impartir criterios para uniformar procedimientos de los Consejos de Guerra. Existía una gran preocupación de no debilitar el apoyo civil por desaciertos y excesos de gente inexperta o simplemente exacerbada por el nuevo poder que se le había conferido. Había, además, necesidad de recabar información en terreno de lo ocurrido después del 11. Y, también, existía gran preocupación, porque en algunas zonas se estaba actuando con extrema debilidad. Pinochet me ordenó recorrer todas las unidades del país como su delegado…

Arellano partió al sur, la primera etapa de un viaje que tendría varias escalas. Sergio Arredondo, su jefe de Estado Mayor, no formó parte de la comitiva. El oficial ya se había instalado nuevamente en la Academia de Guerra, junto a Manuel Contreras. Su lugar lo tomó el teniente coronel Carlos López Tapia, de la dotación del comando de tropas de Peñalolén e integrante primero de la conspiración. A él se sumaría un grupo en el que destacaba Pedro Espinoza, de inteligencia del Estado Mayor de la Defensa Nacional y Marcelo Moren Brito, quien ya había actuado en la toma de la Universidad Técnica y llegaría a ser uno de los agentes operativos más crueles de la DINA.

Cuando, el 2 de octubre, se oficializó la modificación al Código de Justicia Militar, el hombre fuerte de Talca, el teniente coronel Efraín Jaña, ya había sido destituido de su cargo por Arellano, quien le ordenó presentarse en Santiago ante al jefe del Estado Mayor del Ejército. Su pecado: haber sido demasiado blando con los nuevos enemigos. Lo mismo hizo con el jefe zonal de Carabineros, el general Enrique Gallardo, a quien despojó de su cargo, previa consulta con los generales César Mendoza y Arturo Yovane.

En el oficio «Reservado» con la «Orden N° 1 del Delegado de la Junta Militar y del comandante en jefe del Ejército», Sergio Arellano, fechada el 30 de septiembre de 1973, en los considerandos de la destitución de Jaña, se lee: «1. Que el intendente de Talca y

comandante del Regimiento de Montaña N° 16, teniente coronel Efraín Jaña Girón, no ha dado debido cumplimiento a lo dispuesto por la Junta Militar de Gobierno. 2. Que los allanamientos a partir del 11 de septiembre de 1973, se efectuaron con retraso y no con la intensidad que el caso aconsejaba. 3. Que no se cumplió la orden del comandante en jefe de la III División del Ejército, transmitida ese mismo martes por el jefe del Estado Mayor, coronel Luciano Díaz Maira, de nombrar director del Hospital Regional al capitán de Sanidad, Carlos Valverde Vildósola, en vez del doctor Alberto Contreras Garrido, de filiación comunista, el cual se mantuvo en funciones hasta el jueves 13, fecha en que se nombró al capitán de Sanidad, Carlos Caponassi. 4. Que se mantuvo en sus puestos a los jefes de servicio de la Unidad Popular hasta el jueves 13, con todos los problemas que ello significaba, proporcionándoles la oportunidad de destruir documentación comprometedora y de cometer todo tipo de irregularidades. Todo ello sin considerar el peligro a que pudo haberse sometido el regimiento ante la reacción desfavorable de la población civil si hubiera sido incitada por los jefes de servicio de la UP, que se mantuvieron en sus puestos. 5. Que no se cumplió la orden de detener al exintendente de la Provincia, Germán Castro, de filiación socialista, impartida telefónicamente por el comandante en jefe de la Tercera División de Ejército, general Washington Carrasco Fernández, el martes 11, a las 08:30 horas, ya que en vez de enviar en forma inmediata una patrulla a cargo de un oficial, le avisó telefónicamente al interesado que se presentara al regimiento en calidad de detenido, lo que este aprovechó para fugarse, organizar una guerrilla y asaltar el retén de Carabineros de Paso Nevado, el mismo día, a las 12:30 horas, ocasionando heridas graves al cabo Orlando Espinoza Faúndez, quien falleció posteriormente. Que la comunicación a la Prefectura de Carabineros para que cumpliera la orden de detención llegó tarde ya que Germán Castro[2], debidamente advertido por la llamada telefónica antes mencionada, se había fugado de la Intendencia»[3].

A cargo de la zona y del regimiento de Talca, asumió el teniente coronel Olagier Benavente Bustos, quien le diría a la periodista Patricia Verdugo más tarde:

–Ahí yo entendí que el procedimiento cambiaba, que había que ser más duro si se quería sobrevivir...

Arellano y su comitiva siguieron su viaje. Los aproximadamente mil doscientos hombres del Regimiento Talca quedaron notificados de cuál era la única actitud permitida. A partir de ese momento, las exigencias de los directivos del Partido Nacional, para que los militares detuvieran a las personas incluidas en las listas entregadas por ellos a Jaña, se volvieron más perentorias. Cuando poco después, desde Santiago, el Servicio de Inteligencia del Ejército le pidió al sucesor de Jaña, los cien nombres de los dirigentes «más peligrosos de la Unidad Popular», ante el temor de no cumplir a tiempo con la tarea, el teniente coronel Benavente envió la lista con los mismos nombres entregados por el Partido Nacional. Lo mismo ocurrió en otras regiones. Serían los blancos de la nueva cacería que ya se ponía en ejecución.

Apenas llegó a Santiago, Efraín Jaña fue informado de su retiro inmediato. Su casa fue allanada y al día siguiente quedó detenido e incomunicado en la Escuela de Telecomunicaciones y luego, en la Escuela de Infantería[4]. La encrucijada que vivió en esos días Jaña, también envolvió a otros oficiales y de manera más dramática. Ese 2 de octubre, un rumor corrió como un murmullo aguijoneante por los cuarteles del Ejército. El coronel Renato Cantuarias Grandón, quien hasta hacía pocos días había sido director de la Escuela de Alta Montaña (Los Andes), el mismo que había escogido Pinochet para

proteger a su familia el día 11 de septiembre, el hombre conocido por sus ideas proclives a la izquierda, se había suicidado.

El coronel José Domingo Ramos se enteró de la noticia cuando se preparaba su funeral:

–Me enteré de que el general César Raúl Benavides, comandante de Institutos Militares, y ante quien yo renuncié como su jefe de Estado Mayor, el mismo día 11 en la noche, lo mandó a llamar. Algunos pensaron que lo llamaba para que asumiera como mi reemplazante. Pero Cantuarias había tenido algunos problemas… Se podría decir que se había definido como partidario de la Unidad Popular, que algunos oficiales subalternos hicieron informes, que hubo un sumario y que finalmente no tuvo el respaldo de quienes habían sido sus amigos… Un episodio dramático y confuso…

Tan confuso fue que nunca más se habló de su suicidio y de todo lo que rodeó el traslado a Santiago del coronel. Como si Cantuarias hubiera sido otro de los desaparecidos que yacían en algunas fosas comunes, pero cuya existencia no se reconocería sino muchos años más tarde. «Desaparecido»: una palabra que nadie quería pronunciar en el Chile de comienzos de octubre de 1973. Ni vencidos ni vencedores.

Tampoco la mencionaba aún el pequeño grupo nucleado alrededor del Cardenal Raúl Silva Henríquez. El prelado reunió a todas las entidades religiosas (católica, evangélica, ortodoxa y judía) y el 6 de octubre formó el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, iniciando así la defensa de los perseguidos. De inmediato, abogados de todos los credos religiosos –o sin ninguno– se integraron a la tarea de buscar presos, encontrar refugio para los que escapaban, asumir la defensa de prisioneros en los Consejos de Guerra, presentar habeas corpus y denunciar torturas y asesinatos. Uno de los primeros en acoger el llamado fue el abogado Roberto Garretón, democratacristiano, quien trabajaba en la Empresa de Agua Potable. A todos sus escritos, los jueces respondían automáticamente con un escueto «no ha lugar». Una respuesta a tono por muchos años con la «íntima complacencia» que había proclamado el primer día después del Golpe, el presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, al otorgarle un barniz de legalidad al poder de facto.

Los pasos del cardenal eran vigilados. El nacimiento del Comité Pro Paz no había sido una buena noticia para los nuevos dueños del poder. El informe del equipo CIA en Santiago, enviado el 18 de octubre, así lo constata:

> El allanamiento de la casa del cardenal Silva Henríquez fue realizado por tropas de la Fuerza Aérea, alrededor del 6 de octubre, cuando el cardenal estaba ausente. El allanamiento causó una fuerte reacción negativa en la Universidad Católica, de la cual el jefe titular, el almirante (R) Jorge Sweett, delegado militar en la universidad, se quejó formalmente a la Junta y pidió una investigación para determinar quién era el responsable.

PERO EL SUICIDIO DEL CORONEL CANTUARIAS Y LA SUERTE DE LOS MILES DE PRISIONEROS QUE ATIBORRABAN CÁRCELES Y ESTADIOS, NO ERAN LAS PREOCUPACIONES FUNDAMENTALES DE LOS INTEGRANTES DE LA JUNTA MILITAR EN LOS PRIMEROS DIEZ DÍAS DE OCTUBRE. LA ECONOMÍA ESTABA EN EL FOCO DE ATENCIÓN. Y NO HABÍA UN SOLO CRITERIO. PRONTO EL CONFLICTO ESTALLÓ. LA PERMANENCIA DEL GENERAL ROLANDO GONZÁLEZ EN EL MINISTERIO DE ECONOMÍA FUE MUY EFÍMERA. DURÓ MENOS DE UN MES. MERINO DIRÍA MÁS TARDE: «ESTÁBAMOS HASTA LA CORONILLA CON EL GENERAL GONZÁLEZ. ¡NO

ENTENDÍA NADA!»[5]. LA NOCHE DEL 10 DE OCTUBRE DE 1973, MERINO LLEGÓ FELIZ A SU TRADICIONAL REUNIÓN DE LA «COFRADÍA NÁUTICA», QUE LE CORRESPONDIÓ OFRECER A HERNÁN CUBILLOS EN SU CASA. APENAS MERINO ENTRÓ, LES COMENTÓ A SUS AMIGOS QUE ACABABA DE NOMBRAR A FERNANDO LÉNIZ NUEVO MINISTRO DE ECONOMÍA[6].

No solo el general González sería efímero. También lo fue el ministro de Educación, José Navarro. El primero fue nombrado embajador en el Paraguay del dictador Alfredo Stroessner y el segundo, en Costa Rica. Y el sillón principal del Ministerio de Educación fue ocupado por otro de los antiguos conjurados: el contraalmirante Hugo Castro.

Pinochet había entendido en toda su magnitud la precariedad de su posición. La conjura era de larga data y había creado lazos profundos e indelebles entre los hombres de las distintas instituciones, incluyendo la suya. Él era un recién llegado. Y, por si fuera poco, en el sector clave del país, la economía, la Armada ya tenía un plan confeccionado y un compacto y selecto grupo de asesores que además planteaban romper con las políticas estatistas imperantes en el país, a las que el Ejército adscribía. La situación le resultaba en extremo inasible e incierta.

Para el almirante Merino las cosas tampoco eran fáciles. La alegría por haber logrado desbancar a González duró poco. El problema principal era la falta de acuerdo entre los cuatro integrantes de la Junta Militar en los principios económicos a aplicar. Merino diría más tarde: «La intención inicial fue devolver todas las empresas que tenían dueño, pero enseguida, tanto Pinochet como Leigh manifestaron su deseo de mantener una economía controlada por el Estado. Por eso, la primera vez que se habló de economía social de mercado, yo usé mucho la palabra “controlada”, que significaba que el Estado podía en ciertas cosas meter su mano. Por eso, al principio fue muy difícil que entrara el plan *Ladrillo*. ¿Y qué es el *Ladrillo*?, preguntaban».

Hernán Cubillos, integrante de la «Cofradía Náutica», exoficial de la Armada y también mano derecha de Agustín Edwards en *El Mercurio*, quien sería nombrado embajador en Brasil y luego ministro de Relaciones Exteriores, afirmaría:

«Al comienzo, Merino asumió el esquema económico y se lo dejó a la gente de Odeplan *(donde asumió Kelly)*. Los asesores de Pinochet le empezaron a decir que se le estaba yendo de las manos y los militares comenzaron a meterse en la parte económica. Ahí hubo conflictos serios entre la gente que era nombrada por Merino y la gente de Pinochet»[7].

Sería el teniente coronel Manuel Contreras, quien le aportaría a Pinochet el instrumento preciso para reforzar su mando. Fue en esos días cuando llegó con su grueso legajo al Edificio de la ex Unctad. A la reunión asistieron los cuatro integrantes de la Junta Militar, los jefes de Inteligencia de todas las ramas de las Fuerzas Armadas y el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Todos sabían el motivo de la reunión: la necesaria reorganización y coordinación de la tarea de Inteligencia para eliminar el peligro de los grupos «subversivos». Solo poco antes de la cita, Pinochet informó que sería el teniente coronel Contreras el encargado de exponer y explicar el proyecto que planteaba la creación y organización de una Dirección Nacional de Inteligencia.

Contreras partió diciendo que, en términos militares, inteligencia es el conocimiento del «enemigo» y afirmó que se debía asumir que, en esos momentos, se estaba en un estado de «guerra interna» en la que el enemigo principal era el

«subversivo». Después de hacer una larga explicación del peligro inminente que se cernía sobre el país al no estar ni desarticulado ni neutralizado, y menos destruido, ese «enemigo subversivo», delineó la organización que debía tener el nuevo organismo que se abocaría a esa tarea. Dijo, también, que ello implicaba el desarrollo inédito de los servicios de contrainteligencia y reseñó la centralización de medios materiales y humanos que la tarea prioritaria imponía.

La principal objeción que recibió la propuesta de Contreras fue que, siendo un organismo básicamente de contrainteligencia, su creación y coordinación conllevaría necesariamente el debilitamiento de la acción que, hasta ese momento, realizaban los servicios de inteligencia de cada rama de las FF.AA. La otra objeción se fundamentó en el flanco que se abría frente al resguardo de inteligencia ante el enemigo tradicional: el extranjero. El tercer reparo fue estrictamente militar: el nuevo organismo quedaría a cargo de un teniente coronel –Manuel Contreras–, el que debería coordinar y mandar a oficiales de rango superior de otras instituciones. Eso hacía prácticamente inviable su eficiencia. La cuarta impugnación, la más poderosa, no fue nunca planteada en esa mesa, pero sí fue motivo de arduas discusiones en los altos mandos de las otras instituciones: el proyecto de Contreras dejaba a Pinochet a las puertas de un poder que, eventualmente, podría romper los equilibrios del mando colegiado que habían decidido aplicar.

La discusión se prolongó y se hizo cada vez más tensa. Finalmente, los cuatro integrantes de la Junta decidieron que Contreras debía empezar a trabajar de inmediato en el proyecto y que su estructura y posición en el organigrama se vería en su momento. Contreras había conquistado su primer bastión. Cuando llegó a la Academia de Guerra, se abocó de inmediato a la primera tarea: seleccionar a los hombres indicados para conformar el alto mando del organismo, cuyo entrenamiento llevaría a cabo en las instalaciones, ya preparadas para esos efectos, en Tejas Verdes. En pocos días tomaría forma una nueva organización secreta que, tal cual lo había alertado Pickering, iba a someter a todo el resto de la estructura militar. Un pequeño dato se agregaba: también caerían en su radio de acción los organismos del Estado y del Poder Judicial.

Por esos mismos días, Roberto Thieme se reunía con la directiva de Patria y Libertad:

–Un mes después del Golpe, un domingo de octubre de 1973, nos reunimos todos los dirigentes nacionales en la casa de Enrique Turry, mi abogado y dirigente nacional del movimiento. Nos miramos, nos abrazamos y dijimos: «¡Parecemos un montón de derrotados!». Comentamos sobre el rol asumido por Pinochet. Nadie lo conocía: estaba en la lista de los «generales tapones», junto a los generales Prats, Urbina, Sepúlveda y Pickering. Lo que digo tiene respaldo: era la información que nos llegaba del general Augusto Lutz, jefe de Inteligencia del Ejército, quien me contactó por las famosas ametralladoras punto 30 con las que nos quedamos después del «Tanquetazo». Ahí yo quedé conectado con Lutz, quien a través de Saturnino López, un dirigente del movimiento, me iba dando la pauta de lo que pasaba en el Ejército. Bueno, ese domingo, se decidió que el movimiento, aun cuando estaba oficialmente ya terminado, seguiría manteniendo su estructura de organización. Y nombramos a John Schäeffer a cargo de esto, con el compromiso de que yo lo iba a ayudar. Pablo Rodríguez no quiso seguir de jefe nacional, pero su liderazgo seguía intacto desde el punto de vista del ideólogo, del político. Y como alcanzó a llegar a dar una conferencia de prensa un día antes del Golpe, inmediatamente asumió la defensa de los que estábamos presos el 11 de septiembre. A mí

me sacó libre el 24 de septiembre.

Arellano no tuvo tiempo para informarse de los cambios que se estaban operando en el área económica. Apenas regresó del sur, debió partir de inmediato al norte, en la misma misión encomendada por Pinochet. Antes de iniciar el viaje, Pinochet lo llamó para ordenarle que no olvidara pasar por la oficina salitrera de Chacabuco. Allí se había instalado un campo de concentración con alrededor de 200 dirigentes de la Unidad Popular[8]. Arellano ha sostenido que se enteró, en ese momento, de que Sergio Arredondo González, su jefe de Estado Mayor desde el 11 de septiembre y en ese momento director de la Academia de Guerra, quien ayudaba a Manuel Contreras en la organización de la DINA, lo acompañaría en su viaje al norte y haría los últimos preparativos, entre ellos, elegir los oficiales de la comitiva.

El 16 de octubre, el helicóptero emprendió el vuelo. Junto a Arellano y Arredondo, se ubicaron: Marcelo Moren Brito, uno de los jefes del último asalto a la UTE; Pedro Espinoza, operativo de inteligencia de los golpistas y de las detenciones y ejecuciones de esos días; Juan Chiminelli Fullerton y Armando Fernández Larios, quien participó del ataque a La Moneda. Días después, todos ellos asumirían roles importantes en la DINA. A ellos se sumaron los pilotos del helicóptero Puma, los capitanes Emilio de la Mahotiere y Antonio Palomo.

El viaje de la comitiva de Arellano, había comenzado el 30 de septiembre de 1973, con una primera etapa en la zona sur del país[9]. Además de Talca, donde se destituyó a Efraín Jaña, aterrizaron en Rancagua, Curicó, Linares, Concepción, Temuco, Valdivia, Puerto Montt y Cauquenes. Veintiséis personas fueron asesinadas en ese viaje que terminó en Santiago el 6 de octubre. Diez días después, se dio inicio a la segunda fase. El helicóptero recorrería La Serena, Copiapó, Antofagasta, Calama, Iquique, Pisagua y Arica. Cuando regresaron a Santiago, el 22 de octubre, faltaban 72 chilenos: habían sido ejecutados.

Si oficialmente la misión de Arellano era «uniformar criterios sobre la administración de justicia», en los hechos, la comitiva cumplió la misma misión que en Talca: infundir terror y mostrar a los oficiales de regiones qué esperaba de ellos su comandante en jefe. Para facilitar esta misión, Pinochet le dio a Arellano un documento en el que se lo designaba «Oficial Delegado del Comandante en jefe del Ejército y Presidente de la Junta de Gobierno» para «acelerar procesos y uniformar criterios en la administración de justicia» de los prisioneros. Ese documento nunca llegó a manos de la justicia. Lo que se sabe de él es por las frases que recuerdan los oficiales a cargo de cada ciudad donde aterrizó el helicóptero Puma. Todos reconocen que, frente a ese oficio firmado por Pinochet, entendían que Arellano y sus hombres asumían el mando. Pero lo real es que nadie dijo nada.

Los asesinatos cometidos en los 22 días que duró la ofensiva ordenada por Pinochet se justificaron con falsos intentos de fuga y también en falsas cortes marciales, cuyas condenas a muerte en varios casos se dictaron después de cometido el crimen, alterando fallos previos con condenas menores. Para matar, se fusiló, se usaron ráfagas de metralleta y corvos. Muchos detenidos fueron torturados. El estado de sus cuerpos así lo mostró. Los cuerpos quedaron irreconocibles. La periodista Patricia Verdugo, en su libro *Pruebas a la Vista*, recogió el testimonio de Alicia Orrego, quien vio el rostro de su hijo, Eugenio Ruiz-Tagle, asesinado en Antofagasta: «Solo pude ver a mi hijo ya en el ataúd, a través del vidrio. De las torturas que sufrió en su cuerpo, no puedo dar testimonio directo.

No lo vi, pero el abogado y el empleado de la funeraria lloraban al contármelo. De su cara, de su cuello, de su cabeza, sí puedo hablar. Lo tengo grabado a fuego para siempre. Le faltaba un ojo, el izquierdo. Tenía la nariz quebrada, con tajos, hinchada y separada abajo, hasta el fin de una aleta. Tenía la mandíbula inferior quebrada en varias partes. La boca era una masa tumefacta, herida, no se veían dientes. Tenía un tajo largo, ancho, no muy profundo en el cuello. La oreja derecha hinchada, partida y semiarrancada del lóbulo hacia arriba. Tenía huellas de quemaduras o, tal vez, una bala superficial en la mejilla derecha: un surco profundo. Su frente, con pequeños tajos y moretones. Su cabeza estaba en un ángulo muy raro, por eso creí que tenía el cuello quebrado». Un informe del ministro de Justicia de la época, Gonzalo Prieto, avala los dichos de Alicia Orrego.

Se entiende entonces que a la comitiva que encabezó el general Arellano, se la conociera como la «Caravana de la Muerte». Pero sus efectos nadie los dimensionó en la época. Ni víctimas ni victimarios. La búsqueda incesante de las víctimas por parte de sus familias, así como los detalles de sus últimas horas, de sus ejecuciones y entierros, siguieron haciendo historia durante un cuarto de siglo, hasta constituirse, en los años 90, en la pieza acusatoria de uno de los procesos más relevantes en los últimos veinticinco años en Chile: el juicio por el desafuero de Pinochet (el 8 de agosto de 2000, Pinochet fue despojado de su escudo protector por la Corte Suprema y desaforado). Pero en ese mes de octubre de 1973, la tónica fue el silencio. Y el terror. La llamada «Caravana de la Muerte» había cumplido su objetivo. Treinta y nueve años más tarde, la búsqueda de los cuerpos de las víctimas y de las responsabilidades penales de sus victimarios, continúa.

Luego de pasar por Antofagasta y Calama, Arellano partió a su último destino: Arica. El hombre al mando en esa ciudad era el coronel Odlanier Mena, de vasta trayectoria en Inteligencia, quien relató años más tarde lo que ocurrió:

–Supe por conductos que no es del caso recordar, que Manuel Contreras hizo integrar la comitiva del general Arellano por oficiales que ya estaban bajo su mando. Es decir, eran oficiales de la DINA. El 22 de octubre recibí en mi oficina en Arica al general Arellano y a los miembros de su comitiva. Allí me dijo que, como delegado del comandante en jefe, quería conocer el estado de los procesos. Le expliqué que yo había movilizado como fiscal al juez del Crimen de Arica, Humberto Retamal, y que en razón de estas circunstancias, no era pertinente que le mostrara procesos ni tampoco nombres ni cantidad de detenidos puesto que estaban en conocimiento de un funcionario de alta capacidad del servicio judicial. Arellano no insistió. Hizo fe en que todo estaba de acuerdo a las normas. Salieron de mi oficina por orden de antigüedad. Al final (lo hizo), Fernández Larios, quien al momento de salir, me dijo: «No obstante la explicación que usted le dio al general Arellano, nosotros nos acercaremos a la cárcel a ver cómo están las cosas». Le repliqué que daría cuenta al jefe de la delegación y que tuviera presente que desde el momento en que ellos habían llegado a Arica, estaban bajo vigilancia, y que si hacían lo que me insinuaba, el personal del regimiento tenía orden de tomarlos presos. Esa decisión la había tomado porque por las mismas fuentes que me anunciaron el itinerario del general Arellano, supe del resultado que se estaba produciendo en las guarniciones[10].

Los dichos de Odlanier Mena se condicen con la realidad: en Arica no hubo ejecutados por la «Caravana de la Muerte». Arellano retornó a Santiago y le informó a Pinochet. Algo similar hizo el general Joaquín Lagos, comandante de la Primera División del Ejército[11].

Los tres hombres sabían que se trataba de ejecuciones que violaban la propia legalidad de la guerra que ellos habían decretado, ya que los prisioneros ejecutados estaban ya condenados a penas menores por Consejos de Guerra. Pero no hubo investigación ni sanción. Así como muchos de los cuerpos quedaron enterrados en algún lugar secreto, los hechos también fueron sepultados en una fosa de silencio que afectaba por igual a medios de comunicación, al aparato del poder y a la justicia. La íntima complacencia de los jueces ya se había involucrado en los juegos de guerra. En Santiago, otras ejecuciones y detenciones masivas creaban nuevos y más graves problemas con la Iglesia Católica y organismos internacionales. Y esta vez, la Iglesia Católica levantó la voz y exigió respuestas.

La DINA había irrumpido en Santiago de manera tan brutal como secreta. Las técnicas del terror que comenzaron a ser practicadas masiva e indiscriminadamente, ya habían sido aplicadas en San Antonio, en donde el puño de hierro de Manuel Contreras se hacía sentir. Ese puño metálico y cerrado sería precisamente el símbolo que el *Mamo* –como le decían sus amigos a Contreras– escogería para su nuevo organismo, cuyos primeros altos mandos ya estaban reclutados. Raúl Iturriaga Neumann, Gustavo Abarzúa[12] y Rolf Wenderorth[13], todos ellos alumnos de la Academia de Guerra, estuvieron en la lista. Como asesores, trabajarían los profesores de la misma academia, Sergio Arredondo, Óscar Coddou y Walter Doerner[14]. Y como operativos, ya formaban parte del nuevo organismo, los hombres que acababan de acompañar al general Arellano a su encuentro con la muerte: Marcelo Moren Brito[15], Armando Fernández Larios y Pedro Espinoza, jefe operativo de la naciente Comisión DINA. A ellos se había agregado un contingente de aproximadamente quince oficiales, reclutados en Calama: los fusileros que actuaron en las ejecuciones de octubre en la «Caravana de la Muerte».

Gran poder demostró tener en esos días el teniente coronel Sergio Arredondo[16]. Su influencia no provenía solo de su reciente designación de oficio como director de la Academia de Guerra, desde donde operaba la DINA. Se sentía uno de los «dueños» del Golpe y su participación temprana en la Cofradía de Lo Curro, así lo acredita. Un informe del coronel Eldon L. Cummings y el capitán J.R. Schweitzer, para la CIA, dice: «Fue uno de los planificadores clave del Ejército durante la preparación del Golpe de 1973. Le gusta Estados Unidos y es uno de los anticomunistas y antimarxistas duros. Está preocupado por una tendencia muy liberal de Estados Unidos, que podría conducir a su caída. Aficiones: scotch y pisco sour. Con él puede hacerse cualquier amistad hablando de caballos. Calza normalmente botas de caballería. Calvicie pronunciada».

En otras ciudades del país, el horror también se instalaba derribando a su paso vidas y raíces. Tan solo una historia para ilustrar. El 25 de octubre, un niño de 12 años, vivió días que lo marcarían para siempre en Temuco. Ese niño se llamaba Jecar Neghme y moriría acribillado muchos años después en la calle Bulnes, en Santiago:

–Mi padre era profesor normalista y dirigente socialista. Íbamos a todas partes juntos. De niño viví con él la magia del allendismo, los actos, los rayados murales, las marchas… Me hizo conocer a los campesinos y los mapuches. El Golpe también lo vivimos juntos. Por las radios y los diarios aparecieron listas con los nombres de los hombres más buscados. Mi padre apareció entre ellos y quedó con arresto domiciliario. No quiso escapar. Sabía que lo podían matar. Y me preparó. Nunca olvidaré esa tarde que me llevó a un bosquecito, atrás de la casa, y me habló. Dijo que no arrancaría, que seguramente lo matarían, que yo iba a conocer el fascismo, que sería peor que en la

España de Franco y que había que seguir adelante… El 25 de octubre, tropas del Ejército hicieron una razzia y se llevaron a varias personas. Entre ellas, a mi padre. Fue en la madrugada, estábamos acostados. Se lo llevaron en un camión lleno de militares armados. Mi abuela me sujetó mientras se lo llevaban… No pudimos hacer nada… Al día siguiente, de madrugada, mi madre salió a buscar a mi viejo al regimiento. En su ausencia llegó una vecina y, como mi abuela estaba deshecha, ella me comunicó que mi padre estaba muerto. Esa tarde partí a la escuela… Debía decirles a mis compañeros y profesores que la versión que estaban dando por las radios, que mi padre había muerto en un enfrentamiento, ¡era falsa! Tenía que decirles que yo mismo había visto cómo lo sacaron de su cama y se lo llevaron… Y terminé rindiéndole un homenaje a Pablo Neruda. ¡Lo entregaron muerto…! Luego, los rumores: que ahora era el turno de mi madre… Agarramos el ataúd, lo metimos en un cacharro, recogimos todas las cosas que pudimos y nos vinimos a Santiago con el cuerpo de mi padre. Acá lo enterramos… A media voz, casi para mí solo, canté la Marsellesa socialista… Yo llevo su mismo nombre…[17]

La historia no se detuvo con la masacre de Calama del 16 de octubre ni con las de Temuco, Paine, Mulchén, Chihuío, Los Ángeles, Laja, Lonquén y tantas otras. Era solo el principio. En Santiago, Manuel Contreras había encontrado la fórmula de sortear los obstáculos para oficializar la DINA.

Manuel Contreras:

«El 12 de noviembre de 1973 fui llamado por la Junta de Gobierno al Edificio Diego Portales, siendo yo, a la sazón, teniente coronel de la Escuela de Ingenieros Militares de Tejas Verdes. Se me informó que el llamado tenía por objeto encomendarme la misión de organizar un servicio que se había acordado denominar Dirección de Inteligencia Nacional. Fue así como comencé la organización de dicho servicio y conjuntamente se me designó, también, como director de la Academia de Guerra del Ejército, ambos destinos aquí en Santiago»[18].

A los 44 años, Contreras se había convertido en el primer jefe de la DINA y nuevo director de la Academia de Guerra. Este último cargo, el que gentilmente le cedió el coronel Sergio Arredondo, se oficializó en enero y lo mantuvo hasta octubre de 1974. Fue ese nombramiento el que le permitió acceder al mando de la DINA. Junto con su nueva destinación, Contreras recibió de manos de Pinochet sus presillas de coronel. No fue la única distinción. En el mismo acto, Pinochet le entregó la Medalla de Oro Minerva y la Cruz de Malta, según informó el jefe de la estación de la CIA en Santiago. El coronel condecorado y director de la escuela formadora de los futuros generales del Ejército, ya tenía autoridad y rango para mandar y coordinar a los otros jefes de inteligencia[19].

Muy pronto un nuevo contingente de civiles se agregaría a la DINA. Roberto Thieme fue testigo:

–Entre octubre y noviembre de 1973, la sede de Patria y Libertad en calle Rafael Cañas siguió funcionando por inercia. Yo no iba. Hasta que una tarde de mediados de diciembre, fui y vi que la cosa estaba más bullente que antes: más gente, más trabajo, más secretarias. Allí, por primera vez, vi unas listas largas con nombres y más nombres de gente de izquierda. Bueno, después sabemos lo que pasó con esa gente…

–**Que los detuvieron, torturaron y a muchos los hicieron desaparecer…**

–Claro, ahí en Rafael Cañas empezó a trabajar la DINA civil, seis meses antes que saliera el decreto oficial. Toda esa gente ya no respondía al mando político de Pablo

Rodríguez ni al operacional mío: respondían a la estructura militar, concretamente a Manuel Contreras.

–¿Y quién ejercía el mando civil?

–Vicente Gutiérrez, un exoficial de Marina que articuló las Brigadas Operacionales de Patria y Libertad. El capitán Gutiérrez, con cursos en Quántico, gran profesional, pero un desgraciado desde el punto de vista humano: ¡un salvaje! Él dirigía todo eso. Fue la última vez que lo vi y la última que pisé Rafael Cañas. Y todo esto lo puede certificar Blanca Echeverría, con la que todavía no tenía una relación personal, y que estaba trabajando de secretaria de este individuo. Le dije: «Blanquita, tú te sales ya, te vas conmigo». Fue la única que me hizo caso. Porque cuando se disuelve Patria y Libertad, todo ese grupo más duro del Frente de Operaciones, sintió el desplazamiento inmediato del poder: nos habían dejado a un lado. Y cuando a esa gente joven, que se había entregado a esta causa con todo, viene un coronel y les dice: «Aquí tienes una TIFA y vas a poder ayudar a las Fuerzas Armadas en esta noble misión de la reconstrucción nacional». ¡Imagínese! Obviamente que el 30% de ellos constituyó la base civil de la DINA. Y lo hicieron contra mi voluntad. Los pocos que pude convencer pueden dar fe de esto. Y no es que yo sea más inteligente o más buena persona: yo consideraba que era quemarse innecesariamente en una represión cruel, porque sabíamos que no había 15 mil guerrilleros extranjeros y que el MIR no tenía a otros dos mil. ¡Todos sabíamos cuánto medíamos y cuánta fuerza había!

En una entrevista, publicada en esos precisos días de noviembre, Pinochet definió los propósitos del movimiento que encabezaba: «cívico-militar depurador».

Manuel Contreras sería el puño blindado de la depuración.

[1]. El general Guillermo Pickering, desde el día del Golpe de Estado, fue sometido a la marginación total de las filas del Ejército. Falleció el 21 de octubre de 1987. Su única compañía fue su compañero de la misma ruta, el general Mario Sepúlveda, quien lo sobrevivió y falleció después que la democracia había sido instalada, el 27 de noviembre de 1995. Ninguno de los dos ha recibido nunca el homenaje de la sociedad civil ni militar. Las tres hijas del matrimonio Prats, también fueron parte de ese grupo que se apoyó siempre y supo salir adelante sin claudicar en sus principios éticos y con dignidad.

[2]. El intendente de Talca, Germán Castro, no organizó una guerrilla, huyó a la cordillera, fue perseguido por una patrulla, y cuando esta le dio alcance, se produjo un intercambio de disparos. Efectivamente un suboficial fue herido de muerte. Castro fue detenido y sometido de inmediato a Consejo de Guerra, condenado a muerte y fusilado en el mismo regimiento al mando de Efraín Jaña.

[3]. El documento fue revelado por la periodista Patricia Verdugo, en su libro *Los zarpazos del Puma*, donde se relata la historia de la llamada «La Caravana de la Muerte». Esa completa investigación, publicada en 1989, vendió más de cien mil ejemplares.

[4]. En 1974, al teniente coronel Efraín Jaña lo sometieron a Consejo de Guerra. El juez militar fue Sergio Arellano. Fue condenado a tres años de prisión. Una parte la cumplió en la Cárcel Pública y la otra en Capuchinos, y de ahí al exilio.

[5]. En entrevista con la Universidad Finis Terrae del 23 de junio de 1992

[6]. De *Los economistas y el Presidente Pinochet* de Arturo Fontaine Aldunate.

[7]. Entrevista en *Qué Pasa*, del 1 de septiembre de 1996.

[8]. Estuvo funcionando hasta 1975 y llegó a tener más de mil prisioneros.

[9]. El recorrido de la Caravana de la Muerte por el sur de Chile aún no ha sido del todo precisado por la justicia. Se sabe que la comitiva visitó Valdivia en dos oportunidades, y en la segunda, el 3 de octubre, la presión ejercida habría logrado «acelerar» 12 consejos de guerra. Doce condenas a muerte llevan la firma de Arellano, quien presenció los fusilamientos de José Barrientos, Pedro Barría, Sergio Bravo, Santiago García, Luis Guzmán, Fernando Krauss, Luis Pesó, Víctor Rudolf, Rudemir Saavedra, Víctor Saavedra y Luis Valenzuela. Al día siguiente, dejaron su huella en Cauquenes. Allí, cuatro jóvenes murieron sin haber comparecido nunca ante un tribunal ni un Consejo de Guerra. En esa ciudad fueron asesinados Claudio Lavín, Miguel Muñoz, Manuel Plaza,

Pablo Vera. Se informó oficialmente que sus muertes se debían a que habían intentado fugarse. Arellano recibió la primera condena por este caso: seis años de cárcel (2008). No la cumplió pues se encontraba afectado de Alzheimer. El tribunal lo declaró inimputable. El viaje al norte comenzó el 16 de octubre y la primera ciudad fue La Serena. El comandante del regimiento de la zona era el coronel Ariosto Lapostol. La caravana fusiló allí a 15 detenidos, entre ellos, tres que ya habían sido juzgados por un consejo de guerra y cumplían su condena en la cárcel. El fusilamiento se hizo frente a los oficiales del regimiento, a los que se les pidió darles el tiro de gracia. Arrellano declaró en su defensa que esos fusilamientos fueron el resultado de nuevos consejos de guerra. En un careo judicial, Lapostol le dijo a Arellano: «No entiendo cómo en tan pocos minutos se constituyó el consejo de guerra, se resolvió y se ejecutaron las penas de muerte. ¿Cómo es posible que las quince personas se condenaran a muerte y no se salvara ninguna de la pena capital?». «No fue en tan poco tiempo. Debe haber existido un tiempo prudencial», contestó Arellano Stark. Los ejecutados fueron: Roberto Guzmán (condenado a cinco años de presidio, cuyo texto resumido fue publicado en el diario local *El Día* cuando ya se cumplían 21 días de su homicidio), Carlos Alcayaga y Manuel Marcarían, también condenados por un consejo de guerra a penas de presidio menor. Junto con ellos murieron: Jorge Peña, Mario Ramírez, Óscar Aedo, José Araya, Marcos Barrantes, Jorge Contreras, Hipólito Cortés, Óscar Cortés, Víctor Escobar, Jorge Jordán, Jorge Osorio y Gabriel Vergara Muñoz. Antes de que terminara el 16 de octubre, el helicóptero dejó La Serena y aterrizó en Copiapó, cuyo comandante era el coronel Óscar Haag. En esa ciudad, la comitiva permaneció hasta el 18 de octubre. Murieron 16 personas: Winston Cabello, Agapito Carvajal, Fernando Carvajal, Manuel Cortázar, Alfonso Farías, Raúl Guardia, Raúl Larravida, Edwin Mancilla, Adolfo Palleras, Pedro Pérez, Jaime Sierra, Atilio Ugarte, Néstor Vicenti, Maguindo Castillo, Ricardo García, Benito Tapia. La ministra de fuero Patricia González procesó como autores de los secuestros con homicidio calificado en Copiapó a Sergio Arellano, Sergio Arredondo, Patricio Díaz, Pedro Espinoza y Marcelo Moren. El 18 de octubre fue el turno de Antofagasta. Solo un día permaneció ahí Arellano. El saldo: 14 muertos: Luis Alanís, Mario Arqueros, Dinator Ávila, Guillermo Cuello, Marco de la Vega, Segundo Flores, José García, Darío Godoy, Miguel Manríquez, Danilo Moreno, Washington Muñoz, Enrique Ruiz-Tagle Orrego, Héctor Silva Iriarte, Alexis Valenzuela. Todos estaban presos en la cárcel de esa ciudad, desde donde fueron sacados para ser fusilados en la Quebrada del Way. Sus cadáveres fueron trasladados a la pequeña Morgue de Antofagasta. Como no cabían todos, la mayoría quedó afuera. Los cuerpos despedazados, con cuarenta tiros cada uno, permanecieron a la vista de todos los que pasaban por ahí. Marcos Herrera Aracena, comandante y auditor militar de Antofagasta, dijo que las ejecuciones fueron «una aberración, porque los fusilamientos se llevaron a cabo cuando era innecesario, ya que la ciudad de Antofagasta estaba controlada y ordenada». El 5 de noviembre de 2011, el ministro de fuero Alejandro Solís acusó a Sergio Arellano, Sergio Arredondo, Juan Chiminelli, Pedro Espinoza, Patricio Ferrer, Marcelo Moren y Adrián Ortiz como autores de homicidio calificado por las muertes de Antofagasta. El 19 de octubre la comitiva llegó a Calama. Allí, 26 prisioneros políticos fueron llevados al cerro Topater y masacrados: Mario Argüelles, Carlos Berger, Haroldo Cabrera, Carlos Escobedo, Daniel Garrido, Luis Hernández, Hernán Moreno, Luis Moreno, David Miranda, Rafael Pineda, Carlos Pinero, Fernando Ramírez, Sergio Ramírez, Alejandro Rodríguez, José Saavedra. A ellos se agregaron 11 trabajadores de la Empresa Nacional de Explosivos (ex Dupont): Domingo Mamani, Jerónimo Carpanchay, Bernardino Cayo, Luis Gahona, Manuel Hidalgo, José Hoyos, Rosario Muñoz, Milton Muñoz, Víctor Ortega, Roberto Rojas, Jorge Yueng. Por estas muertes, la ministra de fuero Patricia González procesó como autores de secuestro calificado con homicidio a Sergio Arellano, Sergio Arredondo, Héctor Bravo, Gabriel Del Río, Pedro Espinoza, Claudio Lecaros y Marcelo Moren. Pinochet premió a los integrantes de la Caravana: Espinoza fue ascendido a teniente coronel y siguió su carrera en la DINA como comandante de la Brigada de Inteligencia Metropolitana (BIM) y brigadier. Arredondo pasó de la dirección de la Escuela de Caballería a agregado militar en Brasil. En ese país, coordinó acciones con los servicios de Inteligencia brasileños. Moren Brito dejó otro balance de muertos a su paso por la DINA, y pasó a retiro en 1985. Fernández Larios participó del asesinato a Carlos Prats y su esposa, del atentado a Orlando Letelier y su asistente Ronni Moffitt, del secuestro de David Silbermann y muchos otros. Ascendió a mayor y desertó en febrero de 1987, entregándose a la justicia estadounidense por su participación en el atentado a Letelier.

[10]. Entrevista de Odlanier Mena con *La Tercera*, 12 de marzo de 1998.

[11]. El general Joaquín Lagos fue enviado a retiro por Pinochet en 1974. Desde el inicio del juicio por las ejecuciones de Calama y Antofagasta, reclamó su inocencia, entregando al juez importantes documentos que prueban la adulteración de los oficios de la época. Falleció en abril de 2003.

[12]. Gustavo Abarzúa, artillero, fue secretario de estudios de la DINA y de ahí pasó a la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE), luego fue agregado Militar en Uruguay y volvió a la DINE, donde estaba en 1984, siendo coronel. Llegó al generalato en 1987, siendo nombrado jefe de esta institución. Desde allí, en marzo de 1988, amenazó con un nuevo 11 de septiembre. En 1989 tuvo también la dirección de la CNI. En marzo del 90, en la reestructuración por el traspaso del poder, continuó como director de la DINE, pero en octubre pasó a retiro. Se lo vinculó con el escándalo de *La Cutufa*, una financiera ilegal que se formó al interior del Ejército y que terminó con homicidios nunca aclarados. Fue procesado por haber dado la orden de asesinar al dirigente Jecar Neghme, en 1989, según confesó uno de sus victimarios, pero la Corte Suprema lo absolvió en 2009.

[13]. El coronel (R) Rolf Wenderoth, ingeniero, formó parte del alto mando de la DINA, como subdirector

de Inteligencia Interior. En 1995, fue jefe de Villa Grimaldi. Fue destinado después a la CNI. En 1986, participó de la creación de una unidad especial antisubversiva. En 1987, fue agregado militar en República Federal Alemana y a su regreso, en 1989, se fue a retiro. Fue condenado a 5 años y 1 día por la muerte de Manuel Cotez Joo, en 1975. Ha sido sometido a proceso en varias oportunidades por su participación en la detención y desaparición de personas e invariablemente ha pedido que se aplique la Ley de Amnistía.

[14]. En 1976, siendo coronel, fue destinado al Instituto Interamericano de Defensa. Era considerado por el FBI como el «jefe de la DINA» en Estados Unidos. Es el año del asesinato de Orlando Letelier en Washington.

[15]. Marcelo Moren, en 1973, era mayor de la dotación del Regimiento Arica de La Serena y se incorporó, en septiembre, a la DINA, a la que perteneció hasta 1977. Fue el segundo jefe de Villa Grimaldi y jefe de la Brigada «Caupolicán» de la DINA. En 1976 cumplió misión en Brasil, donde estaba instalado el principal centro de adiestramiento para la dotación DINA. Desde 1977 y hasta 1981, siendo coronel, fue asignado a la comandancia en jefe del Ejército. Del 81 al 84 estuvo en la Guarnición de Arica y del 84 al 85 en el Estado Mayor General del Ejército. Se fue a retiro en 1985. Ha sido sometido a proceso y condenado en múltiples oportunidades por su responsabilidad en la detención y desaparición de personas y cumple condena en una prisión militar.

[16]. Al momento de partir en la Caravana de la Muerte, como segundo de Arellano, Arredondo ya había sido informado por Pinochet de su próxima destinación: director de la Escuela de Caballería, un regalo para quien era conocido por su pasión por los caballos. Pero nunca se desligó de la DINA, cumpliendo funciones secretas en el extranjero, principalmente en Brasil (donde fue agregado militar) y Estados Unidos. En 1976, haría un importante viaje con Manuel Contreras a Irán, junto al traficante de armas Gerhard Mertins y un general brasileño. Fue procesado por los crímenes de la comitiva de Arellano, siendo el segundo al mando y por la ejecución de 9 personas en Quillota, a las que se hizo aparecer como muertas en un enfrentamiento.

[17]. Jecar Neghme fue un destacado dirigente del MIR de los años 80, quien impulsó la lucha por la recuperación de la democracia rechazando la vía armada. Fue asesinado en la calle Bulnes, el 4 de septiembre de 1989, por miembros de la CNI, el mismo día que Patricio Aylwin fue proclamado candidato presidencial de la Concertación en la elección que marcaría el retorno a la democracia en 1990. Poco antes, en la entrevista que le hiciera y contara el episodio que aquí se relata, dijo: «No he conocido el odio porque creo que he aprendido a conocer la naturaleza de las cosas». La larga investigación judicial, que tuvo serios tropiezos, logró la identificación de sus asesinos: el brigadier (R) Enrique Leddy Araneda, jefe de la Brigada Metropolitana de la CNI; el coronel (R) Pedro Guzmán Olivares, quien también participó del asesinato del periodista José Carrasco; el capitán Luis Sanhueza Ros, su identidad en la CNI era Ramiro Droguett Aránguiz, y está condenado por los crímenes de Carrasco, los de la Operación Albania y los cinco frentistas hechos desaparecer en 1987; el coronel Eduardo Norambuena Aguilar; el capitán Silvio Corsini Encárate y el mayor (r) Manuel Navarrete Tello. A fines de enero de 2009, la Corte Suprema confirmó las condenas, pero con pena remitida. No habría cárcel para ellos. Según la investigación desarrollada por el ministro Hugo Dolmestch, Neghme fue asesinado para provocar que la gente desistiera de apoyar la opción contraria al gobierno militar.

[18]. Declaración judicial en el curso del proceso por el asesinato de Orlando Letelier, en Washington, en 1976.

[19]. En el Decreto Ley Nº 117, dictado en los últimos días de octubre y que creó la Secretaría Ejecutiva Nacional de Detenidos (SENDET), uno de sus artículos registró el nacimiento de la «Comisión DINA», la que tuvo por funciones «fijar normas para interrogatorios, clasificar presos y coordinar funciones de inteligencia».

CAPÍTULO XXX

PINOCHET, DIOS Y LA DINA

A PRINCIPIOS DE NOVIEMBRE DE 1973, EL HERMÉTICO CORONEL MANUEL CONTRERAS SE CONVIRTIÓ OFICIALMENTE EN EL JEFE DEL NUEVO SERVICIO SECRETO DE INTELIGENCIA DE LA JUNTA MILITAR. SI FORMALMENTE RESPONDÍA A LOS CUATRO COMANDANTES, LA SUBORDINACIÓN REAL ERA A PINOCHET. AUNQUE HASTA ESE MOMENTO NADIE CONOCÍA LA DIMENSIÓN DE SUS PLANES, EN SU MENTE YA ESTABA UNA CENTRAL DE INTELIGENCIA CON PODER ABSOLUTO; UN DISEÑO QUE INCLUÍA LA EXPANSIÓN DE SU PUÑO MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS. DE ALLÍ QUE, EN EL ORGANIGRAMA DE LA DINA, QUE AFINABA EN ESOS DÍAS, HABÍA DOS DEPARTAMENTOS TAN SECRETOS COMO POTENTES: EL «ECONÓMICO» Y EL «EXTERIOR». EN EL PRIMERO, JUGARÍA UN ROL CLAVE EL EXOFICIAL DE LA ARMADA, HUMBERTO OLAVARRÍA, Y EN LOS DOS, EL MAYOR RAÚL EDUARDO ITURRIAGA NEUMANN[1].

En esos mismos días de noviembre, otro oficial ingresó al reducido grupo de los «elegidos» de Pinochet. El coronel Julio Canessa, el hombre que había ordenado la quema pública de libros y revistas frente a las Torres del San Borja, fue elegido por Pinochet para encabezar un nuevo organismo asesor de las tareas de gobierno. Algo así como el Estado Mayor de la Defensa Nacional, bajo el mando de Carvajal y Díaz Estrada, el que sería desplazado del poder. Al nuevo Comité Asesor de la Junta (COAJ), llegó como subjefe el coronel Horacio Toro y los mayores Roberto Soto Mackenney, Luis Danús, Gastón Frez y Bruno Siebert[2]. También se integraría un civil: el abogado gremialista Jaime Guzmán. Primero funcionaron en la Escuela de Suboficiales, la que aún dirigía Canessa, y después, cuando el COAJ estuvo oficializado, se trasladaron al edificio Diego Portales (ex UNCTAD), donde se había instalado la Junta Militar. Su primer trabajo fue desmontar la relojería de la presidencia rotativa de la Junta.

En su poderosa y secreta trinchera, Manuel Contreras organizaba los cuadros de acción, identificando a los «enemigos subversivos» y también a sus enemigos internos. En la última lista, rápidamente, se inscribió un nombre: el general Sergio Nuño, vicepresidente de la CORFO y articulador del Golpe en el Ejército. Un informe de la CIA da cuenta del episodio que lo puso en la mira del jefe de la nueva DINA:

> A fines de octubre, el general Nuño, de la CORFO, se identificó con la línea suave, en relación con algunas medidas duras que aplicó el gobierno militar contra supuestos subversivos. Nuño ubicó al general Bonilla en la misma categoría e identificó a Pinochet y a Leigh como duros. Nuño dijo que no se opondría a la ejecución de personas como Carlos Altamirano, pero que se opondría a instancias en que los trabajadores y/o dirigentes sindicales fueran acusados y ejecutados sumariamente sin juicio justo. Como ejemplo de estos excesos, citó el caso de 11 trabajadores y un dirigente sindical en una fábrica de explosivos en Antofagasta, de la que Nuño era director, que fueron ejecutados porque se les encontró un plano de la fábrica con algunos explosivos y documentos que los vinculaban con grupos extremistas. Nuño dijo que se había llevado el caso a la última reunión del Consejo de Ministros, como ejemplo de la represión innecesaria y distanciamiento de la clase obrera. Si bien fue apoyado por Bonilla, los generales Pinochet y Leigh se expresaron enérgicamente a favor de tan dura acción.

NUÑO FUE IDENTIFICADO, A PARTIR DE ESE MOMENTO, COMO UNA PIEZA A NEUTRALIZAR EN EL TABLERO DEL JUEGO. EN SANTIAGO, MIENTRAS, LOS TAMBORES DE LA GUERRA INTERNA NO LOGRABAN ASFIXIAR EL RUIDO QUE PROVENÍA DESDE LA FRONTERA NORTE. LOS INFORMES HABLABAN DE UNA INMINENTE ARREMETIDA BÉLICA DE PERÚ. A LOS POCOS DÍAS DE HABER REGRESADO DEL NORTE, SERGIO ARELLANO FUE CONVOCADO POR PINOCHET, QUIEN LE ORDENÓ UNA NUEVA MISIÓN.

Sergio Arellano escribió:

«Pinochet disolvió la Agrupación Santiago-Centro (constituida para ejecutar la operación del 11 de septiembre) y me ordenó una nueva misión: ir a Perú y Bolivia a fin de llevarle un mensaje personal a los presidentes Juan Velasco Alvarado y Hugo Banzer, que los orientara acerca de la caótica situación que había vivido nuestro país y de la decisión que habíamos tomado las Fuerzas Armadas el 11 de septiembre. El Presidente Alvarado me manifestó que su posición era de no intervención en la política y situación interna de Chile o de cualquier otro país. Al parecer, esa fue una especie de explicación por la psicosis de guerra contra Chile que se había vivido en Perú, la que llegó a su punto culminante el 12 de septiembre de 1973, fecha en que los generales izquierdistas del Ejército peruano estimaban propicio para atacar a Chile, aprovechando su momentánea

vulnerabilidad. Prevaleció la opinión de los generales moderados y fundamentalmente de la Armada. Estuvo presente, durante toda la entrevista, el primer ministro y comandante en jefe del Ejército de Perú, general Edgardo Mercado, el que expresó su deseo de efectuar una reunión de los jefes de inteligencia de ambos países. Tuve múltiples reuniones con el alto mando de las Fuerzas Armadas de Perú. El 15 de noviembre viajé a La Paz. Era la primera vez que un general chileno llegaba a Bolivia en misión «no oficial», desde la ruptura de relaciones en 1962. Constaté que la Fuerza Aérea era la más entusiasta con nuestro movimiento. El martes 20 de noviembre, se realizó mi entrevista con el Presidente Banzer, en su residencia, en la que este profundizó sobre la mediterraneidad y las compensaciones que recibiría Chile por la cesión de un corredor. Aquí se echaron las bases para la reunión que tendría más tarde con Pinochet, en Brasilia. Banzer comprendía que si le cedíamos una franja a Bolivia –de acuerdo a la instrucción que recibí– eso tendría un impacto desfavorable en la opinión pública de Chile, por lo que estimaba que su país debía pensar en adecuadas compensaciones».

Cuando Arellano regresaba de Bolivia, después de haber sido despedido en el aeropuerto de La Paz por el propio Banzer, decidió no continuar su viaje a la Argentina, como se lo había ordenado a última hora Pinochet, poco antes de embarcarse. Su misión en Buenos Aires era gestionarle una entrevista con el Presidente Juan Domingo Perón. Se vino directo a Santiago para comunicarle de inmediato, y personalmente, el resultado de su gestión. En su oficina en el Diego Portales, Pinochet no insistió en su viaje a la capital argentina. En cambio, le comunicó que debía asumir la jefatura de la Guarnición de Santiago.

Años después, en 1999, surgió un documento desclasificado de la CIA que da cuenta de la versión que una fuente militar entregó acerca de los motivos del viaje de Arellano a Buenos Aires, aunque nada se dice de su anulación a última hora. Así se lee en el despacho enviado el 27 de noviembre de 1973:

1. …(*TARJADO EL INICIO QUE REVELA LA FUENTE*) GENERAL SERGIO ARELLANO, COMANDANTE DE LA II DIVISIÓN DEL EJÉRCITO, DEJÓ SANTIAGO EN MISIÓN ESPECIAL A REQUERIMIENTO DEL LIDERAZGO DE LA JUNTA… (*RESTO TARJADO*)
2. EN BUENOS AIRES, ARELLANO PEDIRÁ A LOS MILITARES ARGENTINOS TODA LA INFORMACIÓN QUE ELLOS TENGAN EN RELACIÓN A LAS ACTIVIDADES DEL GENERAL (R) CARLOS PRATS, EXCOMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO CHILENO. ARELLANO TAMBIÉN INTENTARÁ LLEGAR A ACUERDO PARA QUE LOS ARGENTINOS MANTENGAN CONTROL SOBRE PRATS E INFORMEN REGULARMENTE A LOS CHILENOS DE SUS ACTIVIDADES. EN ASUNCIÓN, ARELLANO HARÁ UN LLAMADO DE CORTESÍA AL PRESIDENTE ALFREDO STROESSNER EN NOMBRE DE LA JUNTA. SIN EMBARGO, SU VERDADERA MISIÓN SERÁ HABLAR CON EL GENERAL (R) ROBERTO VIAUX, QUIEN ESTÁ ALLÁ EXILIADO. ARELLANO INFORMARÁ A VIAUX QUE LA JUNTA HA DECIDIDO QUE, POR RAZONES POLÍTICAS INTERNAS, DEBE CONTINUAR CUMPLIENDO LA DECISIÓN DE LA CORTE SUPREMA CHILENA QUE LO CONDENÓ A UNA SENTENCIA DE EXTRAÑAMIENTO DE CINCO AÑOS. ARELLANO TAMBIÉN INDAGARÁ SI VIAUX TIENE PROBLEMAS FINANCIEROS Y ACTUARÁ A NOMBRE DE LA JUNTA PARA SOLUCIONAR CUALQUIER NECESIDAD ECONÓMICA DE VIAUX DURANTE EL PERÍODO DE SU CONDENA.
3. ESTÁ TARJADO ENTERO.[3]

¿QUIÉN FUE LA FUENTE QUE INFORMÓ A LA CIA DE LA «MISIÓN» DE

ARELLANO EN ARGENTINA? ES UNO DE LOS MISTERIOS QUE HASTA HOY NO HA SIDO DILUCIDADO. DE QUE ARELLANO NO VIAJÓ, EXISTE CONSTANCIA, PERO DE LO QUE TAMBIÉN HAY PRUEBAS ES DE LA ESTRECHA VIGILANCIA QUE SE EJERCÍA SOBRE EL GENERAL CARLOS PRATS, DESDE EL MISMO 17 DE SEPTIEMBRE, CUANDO LLEGÓ A BUENOS AIRES. UNO DE LOS HOMBRES QUE DEBIÓ CUMPLIR ESA TAREA FUE EL CORONEL CARLOS OSSANDÓN, AGREGADO MILITAR DE CHILE EN ARGENTINA. FUE EL PROPIO OSSANDÓN EL QUE ME LO RELATÓ UNA TARDE DE 1985:

–Yo recibí al general Prats, desde el momento en que llegó a Buenos Aires, el 17 de septiembre de 1973. Lo esperé en el departamento de calle Malabia 3359, donde se instaló, y esa tarde tuvimos una larga conversación. Desde ese día nuestro contacto fue muy estrecho. Yo debía informar al general Augusto Lutz, director de Inteligencia del Ejército, sobre cada uno de sus pasos. En mis informes lo llamaba *René Sánchez,* por razones de seguridad, y yo tenía además acceso directo a los jefes del SIE (Servicio de Inteligencia del Ejército argentino), encargados de la seguridad del general Prats.

Por uno de esos informes, Pinochet se enteró que el 1 de octubre, Prats había sostenido una larga entrevista privada con el Presidente Juan Domingo Perón, en su residencia oficial. Y en otro de los informes, Ossandón escribió: «Diría que todo el Alto Mando de las Fuerzas Armadas de Argentina está interesado en conversar con el general Prats». En contrapartida, Perón dilataba una entrevista solicitada por Pinochet.

A fines de 1973, los informes de Ossandón registraron un cambio importante en el dispositivo de seguridad que rodeaba a Prats, en manos del SIE. Abruptamente, una orden lo derivó al SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado), cuyo símil en Chile era la DINA. En esos momentos, Perón, de 78 años, ya tenía enquistado en su entorno un poder en las sombras: José López Rega, quien sería ministro de Bienestar Social y fundador de la Alianza Anticomunista Argentina (AAA), antecesora del terrorismo de Estado de 1976, la que, través del SIDE, el SIE, la «Triple A» y miembros del grupo ultranacionalista «Milicia», armaría una red de siniestra huella: más de 30 mil muertos y desaparecidos. Simultáneamente, en Chile, también se materializaron otros cambios, que en el tráfago de acontecimientos pasaron casi inadvertidos. El general Lutz[4] fue sacado de la Dirección de Inteligencia del Ejército y, en su lugar, Pinochet nombró en diciembre al coronel Julio Polloni, viejo amigo de Contreras, uno de los integrantes de la cofradía de conjurados de la Academia de Guerra y jefe, durante el 11 de septiembre, de la «Operación Silencio», que acalló a las radios afines al gobierno de Allende.

Todo ello cobró otro significado muchos años más tarde, cuando la jueza argentina María Servini de Cubría descubrió que, en ese preciso mes de diciembre, hubo un primer complot para asesinar al general Prats, a través de una operación que la DINA trabajó con sus «vecinos». Los detalles de este atentado frustrado están en poder de la justicia argentina, así como las pruebas de la entrega de 200 mil dólares a los miembros del SIDE que no pudieron cumplir con lo prometido.

Otros cambios importantes se registraron en esos días en la cúpula del Ejército. El general Manuel Torres de la Cruz, el hombre que los conjurados habían visualizado como el que debía encabezar las fuerzas golpistas del Ejército en el supuesto que Pinochet no se plegara, fue llamado a Santiago para asumir la Inspección General de la institución. Torres se convirtió, así, en la tercera antigüedad, en la antesala de otra decisión que lo

afectaría radicalmente. Debió abandonar la lejana y poderosa Región Militar Austral, donde ejercía el mando indiscutido sobre las otras instituciones castrenses. El hombre que lo reemplazó era de la absoluta confianza de Pinochet: César Raúl Benavides, excomandante de Institutos Militares.

En el área chica, Pinochet demostró esos días tener amplio dominio del juego de piernas. Manuel Contreras, su corpulento jefe de Inteligencia, no lo hacía mal. Muy pronto advirtió que su principal obstáculo para alcanzar el control total sería el grupo de Inteligencia de la Fuerza Aérea, que por esos días desplegaba una febril actividad desde se nuevo centro de operaciones: la Academia de Guerra Aérea. Pero a eso se abocaría más tarde, cuando los 600 efectivos seleccionados en noviembre, en todas las unidades militares del país, terminaran el entrenamiento intensivo en Tejas Verdes.

Samuel Fuenzalida se incorporó como recluta al Regimiento de Calama, en marzo de 1973. Para el Golpe, le tocó actuar en Chuquicamata y luego lo enviaron al Campo de Prisioneros de Chacabuco. En una de sus declaraciones judiciales, diría:

–A mi compañía le tocó instalar los explosivos en todos los lugares estratégicos de acceso al campamento. El que estaba a cargo era el capitán Carlos Minoletti. Poco después, el capitán Langer y el suboficial Rojo, del Servicio de Inteligencia Militar, me citaron a la ayudantía de la comandancia del regimiento. El capitán me comunicó que había sido elegido para «pasar unas vacaciones en la playa». Me hizo llenar un papel con mi nombre –el que he conservado (*y lo muestra*) –y en el que se lee: «Dirección Nacional de Rehabilitación DINAR», con fecha 30 de noviembre de 1973, y que lleva la firma de Roberto Echaurren Figueroa, «Director General del Comité de Preservación de Recursos Humanos Útiles». Otros soldados también fueron llamados. Del Regimiento Calama fuimos transportados en un avión hasta el aeropuerto de Cerrillos, en Santiago, y luego viajamos a Tejas Verdes en bus y, finalmente, llegamos a unas cabañas en Santo Domingo. Al día siguiente, luego de la diana y la formación, nos recibió el comandante en tenida de campaña. Después supe que era el coronel Manuel Contreras Sepúlveda, acompañado de un oficial de apellido Neckelmann (*y de nombre Guy, de dotación DINA*). Allí nos dijo que habíamos sido escogidos para integrar la Dirección de Inteligencia Nacional… Durante dos meses fuimos entrenados en la que se llamaba «Escuela de Inteligencia de la DINA», por el oficial Miguel Krassnoff Martchenko[5], en «Técnicas de Guerrilla Urbana y Suburbana»; por un oficial Labbé[6], como preparador físico; y Manuel Manríquez, en un curso de Inteligencia, entre otros. Nos graduamos alrededor de seiscientos. Fuimos destinados. Yo partí a la Brigada de Inteligencia Metropolitana (BIM) de la DINA, en Santiago. Su cuartel general estaba en la Rinconada de Maipú, que corresponde al Fundo de Experimentación de la Universidad de Chile. Y comenzamos a operar…

Sergio Arellano asumió el 2 de diciembre de 1973, la jefatura de la Guarnición de Santiago y la comandancia de la Segunda División (con jurisdicción desde la provincia de Coquimbo hasta la de O'Higgins). Ese mismo día, comenzó a escuchar la palabra DINA. Su principal interlocutor sería el ministro del Interior, Óscar Bonilla.

Sergio Arellano escribió años más tarde:

«Como jefe de la Guarnición de Santiago me llegaba la gente a plantear todo tipo de problemas. Llegaban sacerdotes y obispos evangélicos a reclamar por gente detenida que no aparecía o simplemente fallecida, y el nombre de Manuel Contreras empezó a surgir y, con ello, nacieron también mis problemas. Uno de ellos ocurrió a principios de

diciembre con la expropiación de facto que hizo de un inmueble. Después supimos que allí había instalado Contreras el cuartel central de la DINA. Pero ese problema era menor frente al cúmulo de peticiones, papeles y reclamos que originaban los detenidos sin autores identificados. El Juzgado Militar era una de las actividades que me demandaba especial atención. En 1974, trabajamos alrededor de cuatro mil procesos, con un equipo de fiscales permanentes, al que se agregó otro grupo extraordinario de treinta fiscales. Debí arrendar, incluso, un edificio para atender los problemas de la justicia militar. Con la Iglesia Católica teníamos comunicación permanente: el enlace era el obispo auxiliar, monseñor Sergio Valech, como él mismo lo ha testimoniado. Y con las Iglesias Evangélicas, eran los obispos Juan Andrés Vásquez y Samuel Nalegach».

A principios de 1974, el debate sobre la forma y los plazos que debía asumir el mando de la Junta Militar cobró nueva fuerza, a raíz de la discusión de la Declaración de Principios que elaboraba el COAJ y cuyo borrador le fue encomendado al gremialista Jaime Guzmán. El calor del verano agudizó más los conflictos, pero las municiones se cruzaban en vertientes subterráneas. Nada trascendió a la opinión pública. En esos meses, el COAJ fue afianzando su poder y con ello marcando la supremacía del Ejército. Para entonces, Manuel Contreras había asumido la seguridad de Augusto Pinochet y de su familia, con lo que tenía una completa relación diaria de sus conversaciones reservadas, y ya tenía a los escuadrones de la DINA desplegados por todo el territorio. El informe que el jefe de la estación de la CIA en Santiago, despachó, el 8 de febrero de 1974, da cuenta de la situación que se estaba configurando:

> La fuente, conversando con R.O. sobre otro tópico, dijo que «eso puede hacerse si se consigue la aprobación de la DINA». Cuando R.O. le preguntó a qué se refería, respondió que en Chile había tres fuentes de poder: «Pinochet, Dios y la DINA». El tema original era la legalidad y la fuente expresó: «Ningún juez en ningún juzgado y ningún ministro de gobierno va a seguir discutiendo el asunto si la DINA dice que ella lo está tratando»… Si la DINA se ha desarrollado al punto que puede tomar un caso fuera de los conductos legales sin recurrir a las cortes u otras agencias ejecutivas, se ha convertido en un poder que debe ser observado.

ESE PROCESO TENDRÍA UN HITO IMPORTANTE EL 11 DE MARZO DE 1974, CUANDO LA JUNTA MILITAR CUMPLIÓ SEIS MESES Y PROMULGÓ SU DECLARACIÓN DE PRINCIPIOS. UN CAMBIO SUTIL, PERO IMPORTANTE, SE MANIFESTÓ EN EL DISCURSO COTIDIANO DE PINOCHET. YA NO SE HABLÓ MÁS DE PLAZOS. LA PALABRA CLAVE SERÍA AHORA «METAS». PERO EL DEBATE NO ESTABA CERRADO. Y TAMPOCO ESTABA RESUELTO EL CONJUNTO DE PROBLEMAS QUE GENERABA EL MANDO COLEGIADO. SERÍA EL EJÉRCITO EL PRIMER CAMPO DE BATALLA DONDE DESPLEGARÍA SU FUERZA PINOCHET.

De los juegos de guerra internos la CIA seguía teniendo información privilegiada. Así da cuenta un memorándum despachado desde el cuartel central de la CIA, el 22 de marzo de 1974:

> Pinochet estaba en desacuerdo con varios generales. Uno de ellos fue recientemente pasado a retiro después de una serie de disputas públicas y personales con el presidente de la Junta. Algunos de los oficiales de más jerarquía que habían tenido mayor participación en la conspiración contra Allende, consideraban a Pinochet como un recién llegado y, probablemente, sentían que había otros con más derecho a la Presidencia. Pinochet parece determinado a impedir el surgimiento de potenciales rivales por el poder desde las filas militares. Ahora su posición tiene la firmeza necesaria para lidiar enérgicamente

con los oficiales descontentos, y es posible que haya más cambios en el alto mando y en el gabinete[7].

EL 10 DE ABRIL SE ENTREGÓ LA NÓMINA DE RETIROS Y ASCENSOS EN ESA INSTITUCIÓN. LOS SEIS GENERALES QUE ANTECEDÍAN A ÓSCAR BONILLA –MANUEL TORRES DE LA CRUZ, ORLANDO URBINA, ROLANDO GONZÁLEZ, ERNESTO BAEZA, ERVALDO RODRÍGUEZ Y RAÚL CONTRERAS– SE FUERON A RETIRO Y ESTE PASÓ A OCUPAR, AHORA OFICIALMENTE, EL PUESTO DEL «SUCESOR». PERO LA LISTA DE LOS QUE PARTÍAN NO SE DETUVO EN EL ASCENSO DE BONILLA. EL GENERAL SERGIO NUÑO TAMBIÉN FUE SACADO DE LAS FILAS. DOS DE LOS LLAMADOS «DUEÑOS» DEL GOLPE EN EL EJÉRCITO, NUÑO Y TORRES DE LA CRUZ, ABANDONARON EL TABLERO DE OPERACIONES, AL QUE SE INCORPORARON DOS CORONELES ASCENDIDOS A GENERALES: JULIO CANESSA, JEFE DEL COAJ, Y JULIO POLLONI, NUEVO DIRECTOR DE INTELIGENCIA. LA JUGADA DE PINOCHET HABÍA SIDO MAESTRA.

LOS JUEGOS DE GUERRA DE ABRIL DE 1974, TUVIERON TAMBIÉN REPERCUSIONES EN BUENOS AIRES. EL CORONEL CARLOS OSSANDÓN[8] RECIBIÓ LA ORDEN DE ABANDONAR LA AGREGADURÍA MILITAR Y CON ELLO LA SEGURIDAD DE UNO DE LOS HOMBRES QUE MÁS ADMIRABA, EL GENERAL CARLOS PRATS. FUE REEMPLAZADO POR EL CORONEL JOAQUÍN RAMÍREZ PINEDA, EXCOMANDANTE DEL REGIMIENTO TACNA Y RESPONSABLE DE LA EJECUCIÓN Y DESAPARICIÓN DE LOS PRISIONEROS DE LA MONEDA[9]. ERA EL HOMBRE INDICADO PARA LO QUE SE PREPARABA.

Esa clasificación del Ejército marcaría el inicio de una ceremonia que los medios de comunicación seguirían año a año con la misma expectación que despertaban en democracia las elecciones parlamentarias o los cambios de gabinete. Develar los ungidos y despojados del poder de facto se convirtió, así, en un ritual festivo de la dictadura.

El general Nuño supo, en ese momento, que tanto sus críticas en materia de Derechos Humanos, como su oposición a que grupos económicos tomaran el control de la devolución de empresas estatizadas o intervenidas por el gobierno de Allende, lo habían convertido en una pieza a neutralizar. Un nuevo poder económico arremetía por todos los flancos dejando muchos heridos en el camino. Los muertos corrieron por cuenta de la DINA.

Andrés Allamand, el joven líder de la protesta estudiantil secundaria contra Allende, estudiaba entonces Derecho en la Universidad de Chile. Un episodio de esos días determinó no pocos de sus comportamientos posteriores:

–Miguel Allamand, mi padre, ingeniero y ejecutivo de INDUGAS, había desarrollado en esa compañía un importante proyecto industrial durante la época de la Unidad Popular. Su relación con los trabajadores era muy buena, por lo que varias veces que quisieron tomarse la fábrica, hubo quienes alertaron a mi padre. Cuando eso sucedía, él nos levantaba a todos los hermanos y éramos nosotros los que nos tomábamos la fábrica, cambiábamos todos los candados y la cerrábamos. Afuera se formaban piquetes y ahí salía mi papá y les decía a los dirigentes que no se olvidaran que él estaba adentro. La respuesta, invariable, era que la acción no estaba dirigida en su contra. Pero, finalmente, se la tomaron. Vino el Golpe y el 19 de septiembre los militares nombraron interventor de

INDUGAS a mi padre. Ayudó a mucha gente y la echó a andar. Lo curioso fue que los dueños de la empresa, tan pronto la recuperaron, lo echaron. Eso sucedió cuatro o cinco meses después. Al parecer, hubo algunos directores o accionistas que se molestaron porque el gobierno lo designó sin consultarlos. ¡Una injusticia descomunal! ¡El pago de Chile! De ahí en adelante, no necesito que nadie me explique cómo actúa la llamada derecha económica[10].

Una apreciación que en esos días compartía el general Óscar Bonilla, ministro del Interior. En una de sus alocuciones por radio y televisión, les habló a los «que viven de un sueldo y un salario»:

«Nosotros estamos observando. Nos preocupa la suerte de ustedes. No teman, porque estamos con ustedes y no los vamos a dejar solos. Porque no pocos empresarios –muchos de ellos en el extranjero– al enterarse de que un pronunciamiento militar había puesto punto final al experimento socialista, pensaron que ello significaba el regreso brusco de la época de las vacas gordas del liberalismo manchesteriano…».

Bonilla no estaba dispuesto a cederle el control del nuevo gobierno a determinados empresarios que ya se instalaban en algunas posiciones de poder, y tampoco a un grupo de economistas que también comenzaban a ejercer su influencia. Pero su problema mayor lo tendría con Manuel Contreras. En marzo, este le declararía la guerra. Contreras acababa de regresar de una visita al cuartel general de la CIA, en Estados Unidos.

El 12 de marzo de 1974, el general Alberto Bachelet murió de un ataque al corazón en la cárcel, horas después de volver de un violento interrogatorio en la Academia de Guerra Aérea[11]. Tres días después, el 15 de marzo, se informó de manera escueta que José Tohá, el exministro de Interior y Defensa de Salvador Allende, hasta hacía pocos días prisionero de guerra en el campo de concentración de la Isla Dawson, «se había suicidado». Los partidarios de la Unidad Popular se estremecieron en las cárceles secretas y oficiales, en las casas y en todos los países donde miles habían encontrado refugio. Tohá se había ganado la confianza y el cariño de partidarios y simpatizantes de la Unidad Popular. Tan breve fue la noticia como inmensa la duda que se instaló. Nadie creía que José Tohá, cuya salud estaba gravemente deteriorada, se hubiese suicidado. El segundo hombre del Ejército, Óscar Bonilla, tampoco lo creyó. Hacía solo una semana había ordenado su traslado al Hospital Militar. Y como no confiaba en Manuel Contreras, recurrió a su amigo, el general Ernesto Baeza, director de Investigaciones, para que esclareciera los hechos. Un informe confidencial del «coronel H. Hon, Gs», enviado al Departamento de Estado de los Estados Unidos, ilustra sobre los enemigos que enfrentaba el ministro del Interior:

> REF (A) informó que el gobierno está impulsando una fuerte campaña de prensa para convencer a la gente de que la muerte de Tohá fue el resultado de una larga enfermedad más que el maltrato recibido mientras estuvo en manos de los militares. La fuente dijo a R.O., el 16 de marzo, que la contrainteligencia chilena (CECIFA), había tenido a Tohá bajo su control hasta una semana antes de su muerte. Que este estaba recibiendo toda la atención médica necesaria y había decidido voluntariamente escribir una serie de papeles sobre su relación con el exgobierno de la UP. Estos papeles estaban proporcionando valiosa información a la CECIFA, implicando a varios militares en los asuntos del anterior gobierno. Hace alrededor de una semana, el general Bonilla había sacado a Tohá del control de la CECIFA, transfiriéndolo al Hospital Militar. En ese momento, Tohá dejó de escribir para la CECIFA, cortando una valiosa fuente de información. A las 12:55 horas del 15 de marzo, Tohá, que sufría de úlceras graves, y no de cáncer, se ahorcó en su pieza de hospital. El general Bonilla, en vez de ponerse en contacto con la CECIFA, pidió personal de Investigaciones, los que interrogaron a 35 empleados del hospital. De este

> modo, la noticia se difundió rápidamente, exactamente lo que la CECIFA no quería…Como resultado de lo que se considera un tratamiento inepto de la muerte de Tohá, la CECIFA y el resto de los servicios de Inteligencia están muy disgustados con Bonilla… La fuente dijo que este disgusto ha llevado a los servicios de Inteligencia a reexaminar sus informaciones sobre los contactos del general Bonilla con los demócratacristianos y el cardenal Silva Henríquez… El general Bonilla ha sido criticado a menudo por sus contactos con la DC y otros grupos que no están en la Junta. Esto, unido a la pérdida de información y al pobre tratamiento dado a la muerte de Tohá, puede significar que los servicios de Inteligencia traten de socavar la posición de Bonilla…

LOS PROBLEMAS DERIVADOS DE LOS PRISIONEROS O DEL MANEJO ECONÓMICO NO ERAN LOS QUE COPABAN LA AGITADA AGENDA DEL FLAMANTE GENERAL JULIO CANESSA EN ESOS DÍAS. A PARTIR DE SU ASCENSO A GENERAL, TUVO LA AUTORIDAD PARA CONVERTIR EL COAJ EN LA GRAN INSTANCIA COORDINADORA DEL GOBIERNO, DESPLAZANDO AL ESTADO MAYOR DE LA DEFENSA NACIONAL. Y LA PRIMERA ÁREA SENSIBLE A LA QUE SE ABOCARON FUE LA SEPARACIÓN DE LAS FUNCIONES EJECUTIVAS Y LEGISLATIVAS Y UN REGLAMENTO DE FUNCIONAMIENTO DE LA JUNTA QUE DELIMITARA EL CAMPO DE ACCIÓN DE CADA INTEGRANTE. EL BORRADOR DEL DECRETO LEY 527 YA ESTABA EN MARCHA.

En la Fuerza Aérea el debate de fondo concitó la participación de todo el Cuerpo de Generales, el que tenía lugar, principalmente, en los almuerzos que cada lunes los congregaba en el comedor de la Comandancia en Jefe del edificio de calle Zenteno. En ellos, Leigh informaba en detalle de la marcha del país y de las decisiones que se estaban adoptando. Algo que en el Ejército jamás ocurrió.

El general de la Fuerza Aérea, Nicanor Díaz Estrada, era un comensal importante de estas reuniones. Como secretario del Estado Mayor de la Defensa Nacional, secundaba al almirante Carvajal en la coordinación de las tareas que el nuevo orden militar diseñaba, del mismo modo como antes lo había hecho para la actividad secreta de la conjura. Fue, por tanto, un protagonista de primera fila del proceso en el que las Fuerzas Armadas asumieron el poder.

–Desde un principio se dijo que estaríamos en el gobierno solamente el tiempo indispensable para rectificar, lograr los objetivos trazados y devolver el gobierno a los civiles. Ese plazo nosotros lo estimábamos entre dos y cuatro años.

–Cuando dice nosotros, ¿a quiénes se refiere?

–A los generales que participamos en el Golpe de Estado. Porque yo participé en un Golpe y no en un «pronunciamiento», un eufemismo inventado para ocultar la verdad. Me refiero a los generales de la Fuerza Aérea, de la Armada y del Ejército que nos coordinamos para hacer esa acción. Y todos pensábamos que en tres años podíamos crear condiciones para que se eligieran autoridades nuevas. Y también que, en no más allá de cuatro años, estaríamos en condiciones de volver a nuestros cuarteles.

–¿Y cómo fue que se produjo el cambio de plazos y decisiones?

–Eso yo no lo sé. Hay que preguntárselo al señor Pinochet. Fue él quien cambió los plazos. Hubo algunos señores que quisieron aprovecharse de las circunstancias para hacer una Constitución a su medida. Pero eso jamás partió de los militares. Y cuando surgieron las primeras proposiciones, nosotros, en la Fuerza Aérea, lo discutimos y todos estábamos de acuerdo con el general Leigh. Por ese y otros asuntos fueron los choques entre él y el general Pinochet. Y tan de acuerdo estábamos con Leigh, que nos fuimos todos cuando lo

echó Pinochet… El «Movimiento del Once» buscaba hacer de Chile una sociedad más justa, más solidaria, que nos permitiera a todos los chilenos sentirnos como tales, en primer lugar, y tolerar disentimientos naturales sin afectar nuestra ciudadanía común. Eso no se logró, porque después del 11 de septiembre, hubo particularmente presiones de grupos civiles de extrema derecha. Y así la división no solo se mantuvo sino que se acrecentó.[12]

El general Horacio Toro[13] fue otro testigo privilegiado de ese proceso, desde el segundo puesto de mando de la COAJ:

–El Cuerpo de Generales del Ejército jamás discutió ni analizó –como sí ocurrió en Uruguay y Argentina– las decisiones políticas del gobierno. Cuando se formó el COAJ, éramos un grupo de oficiales atónitos, perplejos, sorprendidos por la responsabilidad que nos caía. Llegamos con los conocimientos de oficial de Estado Mayor o de ingenieros politécnicos, con una gran voluntad de servir a la causa y una inexperiencia en el manejo político enorme, pero armados con ciertos elementos de análisis de orden metodológico, técnicas en el trabajo de equipo y de apertura hacia las asesorías no militares, todo lo cual nos permitió salir de un estado inicial de inoperancia. Fue un proceso, y en él se fue formando a oficiales en el manejo de la cosa pública y se fue convirtiendo no tan solo en un órgano asesor, sino en una pequeña escuela política para militares. De allí salieron subsecretarios, jefes de empresas importantes del Estado e incluso ministros. A mí me tocó participar en el equipo que elaboró la Declaración de Principios de la Junta de Gobierno y el trabajo se hizo en medio de fuertes presiones y mucha tensión interna.

La arremetida de Pinochet y el Ejército fue fuertemente resistida por las instituciones castrenses. Fue en ese momento que el coronel Manuel Contreras, que para entonces desayunaba diariamente con Pinochet y lo acompañaba hasta el Edificio Diego Portales, devino en el mejor antídoto para inhibir las críticas y aumentar su poder: le dio rostro, y fuerza a la «amenaza subversiva». En mayo de 1974 se presentó un informe, producto de la infiltración que dos de sus hombres habían hecho en Argentina a «grupos extremistas». Ante la Junta Militar en pleno, dio cuenta de la reunión realizada en San Rafael, Mendoza, por integrantes de los movimientos y partidos revolucionarios de Argentina, Bolivia, Chile, Uruguay y Brasil, agrupados en la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR). Se está creando, dijo, un potente movimiento revolucionario de liberación latinoamericano.

Pocos días después, Pinochet proclamó, en Osorno: «Al otro lado de la frontera se preparan 14 mil extremistas con el fin de desarrollar actividades de índole terrorista en el país».

En esos mismos días, el general Bonilla tuvo un enfrentamiento determinante con el coronel Contreras. El episodio ocurrió el 15 de mayo de 1974, y se lo reveló el abogado Eugenio Velasco, opositor al gobierno de Allende y exdecano de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad de Chile, al periodista Hernán Millas[14].

«El 16 de mayo de 1974, fui citado por el general Bonilla a su despacho. El ministro de Justicia, Gonzalo Prieto, se ofreció a pasar a buscarme y dijo que me acompañaría a la audiencia. Acepté. Me encontré con un hombre amable, cordial. Empezó diciéndome que estaba enterado de mi intervención en la asamblea del Colegio de Abogados[15]. Le respondí que no me extrañaba porque debían haber estado presentes varios agentes de seguridad. Me contestó que en sus palabras no viera una amenaza, y que solo quería felicitarme por mi coraje y valentía. Estaba confundido… "Todo lo que usted

dijo ahí es cierto y por eso lo he mandado a llamar”, me expresó con voz firme. “Quiero pedirle a usted, como a don Jaime Castillo Velasco, que me ayuden a parar los abusos”, me añadió. Encontré desusada su petición. Además de que yo no podía colaborar con un régimen que no era democrático, ¿cómo se explicaba que el segundo hombre del gobierno necesitase ayuda de un civil disidente? Me replicó que los mandos medios se habían sublevado y estaban cometiendo tropelías. Le contesté que me disculpase, pero encontraba muy extraño que en los gobiernos militares no fueran respetuosos del mando. De ahí que su explicación no me podía convencer. Fue, entonces, que el general Bonilla me hizo una espectacular revelación. “Le voy a contar algo de lo que le pido me guarde la más absoluta reserva”, empezó diciéndome. “Ayer, quise constatar si eran ciertos los rumores que me llegaban. Tomé mi helicóptero con mi ayudante y me trasladé a la Escuela de Ingenieros Militares en Tejas Verdes. Le dije a su comandante, el coronel Manuel Contreras, que quería visitar los calabozos. Titubeó, pero tuvo que llevarme. En mi recorrido me encontré con unos hombres tendidos boca abajo en el suelo, otros desnudos y amarrados, algunos colgados de los brazos y con su cuerpo en el aire. Se podía percibir que habían sido golpeados o torturados. Cuando comprobé que la realidad era más horrible que lo que me habían dicho, llamé al subcomandante y le comuniqué que él asumía el mando, y que el coronel Contreras quedaba arrestado para ser sometido a proceso”».

Pero Contreras no se había sublevado como pensaba Bonilla. Su poder emanaba del hombre que ocupaba el sillón principal en la Junta Militar, como lo constataría solo días después el propio Bonilla.

El 14 de junio, la Junta Militar aprobó, finalmente, el Decreto Ley (521), que dio vida autónoma a la DINA y que se publicó en el Diario Oficial el 18 de junio, pero sin los tres últimos artículos considerados «materia reservada». Un cable enviado por George Landau, embajador de Estados Unidos en Chile, al Departamento de Estado, da cuenta del texto de esos tres artículos secretos: 9, 10 y 11. Allí se lee:

> ARTÍCULO 9: EL DIRECTOR DE INTELIGENCIA NACIONAL Y LOS JEFES DE SERVICIOS DE INTELIGENCIA, DEPENDIENTES DE LAS INSTITUCIONES DE LA DEFENSA NACIONAL PODRÁN COORDINAR DIRECTAMENTE SUS ACTIVIDADES PARA EL CUMPLIMIENTO DE SUS MISIONES ESPECÍFICAS. SIN PERJUICIO DE LO ANTERIOR Y CUANDO LO RECLAMARE LA NECESIDAD IMPERIOSA DE LA DEFENSA DEL RÉGIMEN INSTITUCIONAL DEL ESTADO, LA JUNTA DE GOBIERNO PODRÁ DISPONER LA PARTICIPACIÓN O COORDINACIÓN DE TODOS LOS ORGANISMOS DE INTELIGENCIA ANTERIORMENTE MENCIONADOS EN FUNCIONES PROPIAS DE LA DINA.
>
> ARTÍCULO 10: PARA EL EJERCICIO DE LAS FACULTADES DE TRASLADO Y ARRESTO DE PERSONAS, QUE SE CONCEDEN POR LA DECLARACIÓN DEL ESTADO DE SITIO U OTRAS QUE PUEDEN OTORGARSE EN LAS CIRCUNSTANCIAS DE EXCEPCIÓN PREVISTAS EN LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA, LA JUNTA MILITAR PODRÁ DISPONER QUE LAS DILIGENCIAS DE ALLANAMIENTO Y APREHENSIÓN, SI FUEREN NECESARIAS, SEAN CUMPLIDAS ADEMÁS POR LA DINA.
>
> ARTÍCULO 11: LA DIRECCIÓN DE INTELIGENCIA NACIONAL SERÁ LA CONTINUADORA LEGAL DE LA COMISIÓN DENOMINADA DINA Y ORGANIZADA EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 1973.

ALLÍ QUEDA CONSTANCIA QUE LA VERDADERA ACTA DE NACIMIENTO DE LA DINA FUE LA COMISIÓN DENOMINADA DINA, ORGANIZADA EN

SEPTIEMBRE DE 1973. NUEVE MESES MÁS TARDE, EL PUÑO ACERADO Y CERRADO PUDO AL FIN TENER SU TIMBRE PROPIO. EN ÉL SE LEE: «REPÚBLICA DE CHILE. PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. D.I.N.A.». LA DEPENDENCIA EXCLUSIVA DE PINOCHET FUE OFICIALIZADA. EL DECRETO SALIÓ PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DEL 18 DE JUNIO DE 1974. UN DÍA ANTES, TUVO LUGAR UNA DE LAS REUNIONES DE LA JUNTA MÁS IMPORTANTES DESDE EL 11 DE SEPTIEMBRE.

Ese día, Pinochet entregó el proyecto de estatutos de la Junta Militar, el que separó las funciones, dejando las legislativas en manos del mando colegiado y las ejecutivas, en forma exclusiva y excluyente en el presidente de la Junta Militar, general Augusto Pinochet. El documento, de 14 artículos y con detalladas atribuciones para el Presidente, las que se incluyen en el artículo 10, provocó una áspera discusión pero finalmente fue aprobado. El general Julio Canessa[16] fue informado y preparó en el más completo sigilo la gran ceremonia pública que le daría vida legal a la transformación.

El 27 de junio todo estuvo dispuesto. La puesta en escena incluyó la confección de una banda presidencial y una piocha que copió a la perfección la original, la que había pertenecido a O'Higgins y que se había perdido entre las cenizas y los escombros de La Moneda el 11 de septiembre. El único problema fue que los otros integrantes de la Junta no fueron informados. Solo horas antes, cuando en el Salón Azul del Diego Portales ya estaba todo en su punto, con prensa incluida, los otros tres integrantes de la Junta Militar fueron notificados del detalle del acto al que debían asistir. Nunca antes se había producido un intercambio tan duro de opiniones y epítetos entre ellos. *En La historia oculta del régimen militar* (de Ascanio Cavallo, Manuel Salazar y Óscar Sepúlveda) se relata parte importante de ese episodio.

–¡Te creís Dios! –le gritó Leigh a Pinochet en un momento–. ¡Hasta cuándo!

–¡Aquí ya está bueno de joder! ¡Si hay tanto barullo se suspende todo y vemos cómo se arregla esto! ¡No voy a permitir que se juegue con el país! –replicó Pinochet, con la misma ira.

Enfurecido, el general Pinochet terminó sus palabras golpeando con su puño la cubierta de vidrio de la mesa. Hubo un ruido seco y luego un crujido de astillas. El cristal se rajó. Aquella fractura sería todo un símbolo.

–Has convocado a la prensa, a las autoridades, a medio mundo. ¡Qué vas a suspender! –gritó Leigh.

Los cuatro entraron al Salón Azul con evidentes huellas del incordio no resuelto. La ceremonia, breve, resultó emotiva para Pinochet. Con los ojos brillosos, agradeció al presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, la colocación de la banda presidencial y la investidura del principal mando del país. Hacía solo un año, en el frontis de La Moneda, el mismo Pinochet había sellado, con un abrazo al general Prats y frente a todos sus hombres, la lealtad a su mando y a la defensa del gobierno constitucional ante la rebelión del Blindado («Tanquetazo»). Ese 27 de junio, el general Prats también estaría presente. Cuando la ceremonia concluyó, Pinochet firmó la carta que solo esperaba su nueva investidura para ser despachada a Buenos Aires. Allí se lee:

> *DEBO EXPRESARLE QUE SE HA MANTENIDO HACIA SU PERSONA UNA LÍNEA DEFERENTE Y LA INSTITUCIÓN HA GUARDADO SILENCIO, PESE A QUE EN SUMARIOS DE OTRAS INSTITUCIONES SU NOMBRE HA FIGURADO EN REPETIDAS OPORTUNIDADES, SIN EMBARGO NO SE HA QUERIDO AHONDAR EN ESTA MATERIA POR TRATARSE DE UN EXCOMANDANTE EN*

JEFE QUE MERECE LA CONSIDERACIÓN QUE SE LE DEBE A TODO GENERAL.
AHORA BIEN, CON RESPECTO A SU AFIRMACIÓN DE QUE «NO SE HA ENTROMETIDO EN EL QUEHACER DE SU SUCESOR», ESTIMO NO ES PROCEDENTE TAL DECLARACIÓN, PUESTO QUE EL SUSCRITO EN SU CALIDAD DE PRESIDENTE DE LA JUNTA DE GOBIERNO Y COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO, NO SE LO ACEPTARÍA NI AL SR. GENERAL NI A NADIE.
AUGUSTO PINOCHET UGARTE
PRESIDENTE DE LA H. JUNTA DE GOBIERNO
Y COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO

LO QUE VENÍA YA ESTABA PREPARADO, POR LO QUE SOLO NECESITÓ UNOS POCOS DÍAS PARA ULTIMAR DETALLES. EL 11 DE JULIO DE 1974, SE PROCEDIÓ AL CAMBIO DE GABINETE. ERA EL PRIMERO QUE SE ADECUABA AL NUEVO MANDO DE LA JUNTA MILITAR. EL ALMIRANTE PATRICIO CARVAJAL, CUYA SITUACIÓN EN DEFENSA HABÍA QUEDADO EN DESMEDRO, YA QUE EL PODER DEL ESTADO MAYOR DE LA DEFENSA NACIONAL HABÍA SIDO OCUPADO POR EL COAJ, FUE PREMIADO CON LA CARTERA DE RELACIONES EXTERIORES. SU ANTECESOR, EL VICEALMIRANTE HUERTA, DEBIÓ PARTIR COMO EMBAJADOR A LA ONU. A LA FUERZA AÉREA INTENTÓ CALMARLA ACEPTANDO QUE GUSTAVO LEIGH IMPUSIERA A DOS DE LOS ARTICULADORES DEL GOLPE: EL GENERAL NICANOR DÍAZ ESTRADA, FUE NOMBRADO MINISTRO DEL TRABAJO, Y EL GENERAL FRANCISCO HERRERA, MINISTRO DE SALUD. NO TUVO LA MISMA SUERTE EL GENERAL ARTURO YOVANE, MINISTRO DE MINERÍA. PINOCHET APROVECHÓ LA OCASIÓN PARA SACAR A LA PIEZA MÁS DÉBIL DEL GRUPO DE LA CONJURA INICIAL Y EN SU LUGAR PUSO AL RECIÉN ASCENDIDO GENERAL DE EJÉRCITO, AGUSTÍN TORO DÁVILA. EL OTRO FRENTE IMPORTANTE FUE EL ÁREA ECONÓMICA. EL ALMIRANTE GOTUZZO DEBIÓ CEDERLE EL PASO AL NUEVO MINISTRO DE HACIENDA, JORGE CAUAS, HASTA ESE MOMENTO VICEPRESIDENTE DEL BANCO CENTRAL. EN ESE PUESTO QUEDÓ PABLO BARAONA. Y EN LA CORFO, EL GENERAL NUÑO YA HABÍA ABANDONADO EL PROCESO DE REORGANIZACIÓN DE LAS EMPRESAS ESTATALES, LAS QUE EN SU MAYORÍA HABÍAN SIDO PUESTAS EN MANOS DE UNIFORMADOS EN SERVICIO ACTIVO O EN RETIRO, A LA ESPERA DE LA DEVOLUCIÓN A LOS ANTIGUOS PROPIETARIOS DE LAS QUE HABÍAN SIDO INTERVENIDAS POR EL GOBIERNO DE ALLENDE. ESA FASE ERA LA QUE VENÍA. CON ESOS CAMBIOS SE CONSAGRÓ EL NUEVO DOMINIO DEL GRUPO DE ECONOMISTAS QUE COMENZABA A TOMAR EL CONTROL EN EL PAÍS.

El cambio más importante fue en el Ejército. Y Óscar Bonilla, el principal sacrificado. Sin que mediara explicación pública alguna, el ministro del Interior y «sucesor» oficial de Pinochet, fue enviado al disminuido Ministerio de Defensa. En su reemplazo llegó el general César Raúl Benavides, el hombre de confianza, el que le debía su asenso y la permanencia en el puesto en forma exclusiva a Pinochet. No fue la única jugada. Los «dueños» del Golpe en el Ejército tuvieron otra pérdida. A la salida de Nuño se agregó la del general Arturo Vivero. Al Ministerio de Vivienda llegó el contralmirante Arturo Troncoso, otro de los grandes conjurados.

Siguiendo con una práctica que se haría habitual, el general Sergio Nuño fue

enviado de embajador a Bélgica y Yovane[17] a Irán. El general Manuel Torres de la Cruz recibió de premio de consuelo la embajada en El Salvador.

Los cambios dejaron a muchos perplejos y sin voz. Los militares habían vuelto a ser los grandes mudos del sistema. Bonilla nada dijo. Manuel Contreras tampoco apareció en el escenario central. Su poder lo ejercía en las sombras y, principalmente, cada mañana, cuando desayunaba con Pinochet y aprovechaba de informarle de los enemigos externos e internos. Era un claro ganador del cambio de gabinete. El camino estaba más limpio sin Bonilla en el Ministerio del Interior y sin Gonzalo Prieto en Justicia, quien se había convertido en un adversario de temer con sus informes sobre sus actuaciones. Prieto fue reemplazado por su recomendado: el general de Carabineros, Hugo Musante Romero. Además, ahora Contreras tenía a uno de sus hombres en una posición clave para controlar a Bonilla y mantenerlo neutralizado: el coronel Óscar Coddou[18] fue nombrado subsecretario de Guerra. Por su mano pasarían los fondos reservados y destinaciones que él requería para la DINA.

La operación del nuevo financiamiento para la DINA pudo ser iniciada. La fase previa había sido ejecutada solo días antes: el 24 de julio tuvo lugar la primera sesión del directorio de la empresa «Pesquera Chile». Los directores nombrados por la CORFO –comandantes Gonzalo Ramírez Zepeda, Mauricio Silva Celis, Carlos Penaglia y Hubert Fuchs Asenjo[19]– constataron la excelente marcha financiera de la empresa. Eso fue todo.

Una vez que Augusto Pinochet ejecutó los cambios en el gabinete, Manuel Contreras movió las siguientes piezas en su tablero económico. El 29 de julio, el ministro de Agricultura, Tucapel Vallejos (general de Carabineros), autorizó la transformación de la Pesquera Harlyng en Empresa Pesquera Chile Limitada, así como el traspaso de todos sus activos y pasivos. Todo ello lleva la firma de Vallejos, del ministro de Hacienda, Jorge Cauas y Augusto Pinochet, ahora como presidente de la Junta de Gobierno. El 30 de agosto, en la segunda sesión del directorio de la Pesquera Chile, el gerente general designado por la CORFO, delegó todas sus facultades en tres hombres de Contreras: Hubert Fuchs, Luis Díaz Andrade y Luis Valdebenito.

El documento vino a oficializar el control que ejercía Contreras sobre esa empresa desde el mismo 11 de septiembre y que también incluía a la «Pesquera Arauco», donde instaló a otro de sus hombres: Hubert Fuchs, exoficial de la Armada. Ese control se legalizó en escritura pública, el 21 de octubre de 1974. Así, dos oficiales en retiro de la Armada –Humberto Olavarría y Fuchs– se convirtieron en los articuladores de un poder económico autónomo que le iba a permitir al jefe de la DINA montar una máquina de represión y sometimiento, la que abarcó incluso a los partidarios del nuevo régimen.

En la agenda de uno de los generales de Ejército involucrados en la primera hora en el Golpe, se lee en una página de agosto de 1974:

«Diría que a partir del segundo semestre de 1974, el gobierno chileno empezó a tomar una marcada tendencia de extrema derecha, prescindiendo, incluso, de sectores importantes del ex Partido Nacional que habían apoyado sin reservas la acción de las Fuerzas Armadas».

[1]. Raúl Eduardo Iturriaga Neumann, comando y paracaidista del Ejército, con cursos en Panamá, en la «Escuela de Las Américas» de Estados Unidos, fue jefe del Departamento Económico y Exterior de la DINA. Usaba las identidades de «Don Elías» y «Luis Gutiérrez». Tuvo bajo su control los principales nexos con una red de terroristas extranjeros y los hilos de la «Operación Cóndor». Fue jefe directo de Michael Townley. Fue, también, jefe de la Brigada «Mulchén» de la DINA. En 1980, fue designado comandante de la Guarnición de

Putre. En 1983, agregado militar en Francia y luego comandante en jefe de la VI División del Ejército. En 1989, ascendió a mayor general y en 1990, asumió el cargo de Director de Movilización. Se fue a retiro ese mismo año. Fue condenado en Italia por el atentado terrorista en contra de Bernardo Leighton, en 1975, y en Chile por su participación en el asesinato del general Carlos Prats y su esposa, además de otros crímenes. Actualmente en prisión.

[2]. Bruno Siebert fue ministro de Obras Públicas, entre 1982 y 1989, y en democracia, ya en retiro, ingresó a Renovación Nacional y fue senador elegido por un periodo.

[3]. Este documento fue desclasificado en septiembre de 1999.

[4]. El general Augusto Lutz falleció sorpresivamente, el 28 de noviembre de 1974, en el Hospital Militar, víctima de una infección generalizada. Su hija ha denunciado que su muerte fue provocada. Actualmente es investigada por el mismo ministro en visita (Alejandro Madrid) que tiene en sus manos el asesinato del ex Presidente Eduardo Frei, en 1982, en la Clínica Santa María de Santiago, producto de una infección provocada por agentes de los servicios de Inteligencia de Pinochet. Uno de los procesados es el doctor que lo operó, Patricio Silva, oficial de Ejército quien, en 1969, siendo ministro de Frei Montalva, fue enviado a negociar con el general Roberto Viaux el fin de su rebelión en el Regimiento Tacna. Para entonces, ya tenía relaciones con algunos de los miembros civiles de la conspiración que buscaban impedir que la izquierda ganara las elecciones en 1970. Silva también operó al general Augusto Lutz.

[5]. Miguel Krassnoff Martchenko, nació en Austria. Su padre y abuelo, cosacos rusos que pelearon junto a los nazis en la Segunda Guerra Mundial, fueron derrotados, enjuiciados y condenados a muerte. Sus cuerpos nunca fueron entregados a sus familiares. Con la ayuda de un diplomático chileno, su madre logró ayuda para refugiarse en Chile, país al que llegó en 1948, con Miguel y su abuela. Estudió en el Liceo N°8, e ingresó a la Escuela Militar en 1963, donde se encontraba como instructor para el Golpe de 1973. Poco después, ingresó a la DINA, convirtiéndose en instructor y luego en uno de sus mandos más importantes. Pasó por diversas cárceles secretas: Villa Grimaldi, José Domingo Cañas, Londres 38 y Simón Bolívar. En esos años, fue el hombre que inició el ataque a la casa donde fue muerto Miguel Enríquez, el líder del MIR. De la DINA, pasó a la CNI, y en 1980 continuó con su carrera militar, siendo nombrado comandante del Regimiento Tucapel (Temuco) en 1988, donde fue jefe de Plaza para la elección presidencial que marcó el retorno a la democracia (1989). En 1994, era jefe del Estado Mayor de la IV División del Ejército, cuando la jueza Dobra Luksic encargó su detención por la desaparición de cuatro personas. Se rumoreó que Pinochet lo enviaría de agregado a Ecuador, lo que no se concretó. En 1998, siendo brigadier, presentó su expediente de retiro, pero fue contratado en una función administrativa en la misma institución. Cumple condena en el Penal Cordillera. En agosto de 2012, sumaba 104 procesamientos por secuestro calificado (detenidos-desaparecidos); 16 condenas por ejecutoriarse por secuestro calificado; 12 condenas en primera instancia por secuestro calificado; 5 procesamientos por homicidio, 1 condena en primera instancia por homicidio (Lumi Videla, cuyo cuerpo fue arrojado en 1974 a un patio de la embajada italiana, presentando el crimen como cometido después de una fiesta de excesos entre los refugiados); 17 procesamientos por tortura a detenidos en Villa Grimaldi y 4 procesamientos por asociación ilícita. Entre sus víctimas se encuentran el sacerdote español Antonio Llidó y la joven periodista Diana Arón, con un avanzado embarazo. A fines del año 2011, protagonizó un fuerte debate cuando partidarios del régimen militar le realizaron un homenaje en el Club Providencia, de propiedad de la Municipalidad de Providencia, cuyo alcalde es Cristián Labbé, también ex instructor de la DINA.

[6]. Es el mismo Cristián Labbé, alcalde (UDI) de Providencia, quien fue destinado en comisión de servicio a la DINA. Es hijo del coronel del mismo nombre, y director de la Escuela Militar en 1972, quien fue llamado a retiro por un acto de desobediencia al Presidente Allende y que luego fue candidato a senador por Santiago por el Partido Nacional.

[7]. «Aspectos de la situación en Chile», memorándum desclasificado que se puede ver en el Archivo Nacional de Seguridad.

[8]. Carlos Ossandón regresó a Santiago y debía ascender al generalato, pero no lo hizo. Se fue a retiro. Sus hijos fueron detenidos por la DINA. Más tarde, su testimonio fue un importante aporte para esclarecer el asesinato del general Carlos Prats y su esposa. Nunca se pudo recuperar del impacto que le provocaron tanto el asesinato del matrimonio Prats como las centenares de muertes que fue conociendo con el transcurso de los años, en muchos de los cuales estaban involucrados varios de sus compañeros y amigos en el Ejército.

[9]. Joaquín Ramírez Pineda llegó en abril de 1974 a Buenos Aires y dejó la agregaduría militar en noviembre del mismo año, días después del asesinato del general Carlos Prats. A su regreso, fue premiado con los directorios de las empresas más importantes: Copec (1975-1980), Celulosa Arauco y Constitución (1979-1980) y fue presidente de Entel (1979). Fue también embajador en Sudáfrica (1983) y luego rector de la Universidad de La Serena. Fue procesado por la ejecución y entierro ilegal de 12 prisioneros de La Moneda, y debido a una petición de extradición desde Francia, por el mismo delito (uno de los prisioneros detenido y desaparecido era el doctor Joge Klein, chileno-francés), debió pasar casi un año en reclusión domiciliaria en Buenos Aires.

[10]. Entrevista con la autora (1988).

[11]. En julio de 2012, el Servicio Médico Legal confirmó que el general de la Fuerza Aérea, Alberto Bachelet, murió a raíz de las reiteradas torturas de las que fue víctima mientras era sometido a Consejo de Guerra por «traición a la patria», en 1974. En julio, el ministro Mario Carroza identificó a los oficiales que lo torturaban y encargó reos a dos coroneles: Edgar Ceballos Jones y Ramón Cáceres Jorquera. El proceso aún no termina.

[12]. Entrevista de la autora publicada por revista *Cauce* Nº23 (17 de septiembre de 1984).

[13]. Entrevista con la autora.

[14]. Artículo publicado en *La Época* el 17 de marzo de 1991.

[15]. En diciembre de 1973, Velasco junto a otros once abogados –Andrés Aylwin, Juan Agustín Figueroa, Jaime Castillo Velasco, Luis Ortiz Quiroga y Adolfo Zaldívar, entre ellos– le enviaron una carta a la Junta, a la Corte Suprema y al Colegio de Abogados, en la que reseñaban, desde la postura de adherentes al nuevo gobierno, el cuadro de violaciones a los Derechos Humanos en que se estaba incurriendo. Pedían, al final, la suspensión del Estado de Guerra. El documento motivó la reacción airada del general Bonilla. El presidente de la Corte Suprema se comprometió a entregar el documento al pleno, pero nunca lo hizo y fue en el Colegio de Abogados donde, finalmente, en el curso de una asamblea, Velasco irrumpió y expuso en público «los angustiosos casos que estamos conociendo», ante el estupor de los abogados presentes. Los fiscales militares se retiraron de la sala.

[16]. Julio Canessa ascendió a general en 1974. Presidió el COAJ y luego y durante seis años, la CONARA, siendo, al mismo tiempo, inspector general del Ejército. Fue comandante de Institutos Militares, y en 1981, vicecomandante en jefe del Ejército. Entre 1985 y 1986, asumió como miembro de la Junta Militar en representación del Ejército. En 1991, obtuvo el grado de magíster en Ciencias Políticas en la Universidad Católica, con una tesis titulada: «Estabilidad de los partidos políticos en el sistema institucional». Fue también senador designado por el Consejo de Seguridad Nacional en 1998, período que terminó en 2006. Ha sido interrogado por casos de violaciones a los Derechos Humanos.

[17]. El general Arturo Yovane fue, después de Irán, embajador en Honduras (1977) y luego en Turquía y Pakistán. Falleció en septiembre de 1997.

[18]. Óscar Coddou estuvo siempre estrechamente ligado a Manuel Contreras, al punto de que fueron socios en la empresa CONAS. En los años 70, fue investigado por el FBI, ya que, según un informe interno, él habría sido el hombre que sacó al extranjero la documentación secreta de la DINA, cuando esta dio paso a la CNI, en 1977. Fue también rector de Inacap, el instituto estatal que la dictadura entregó a la Confederación de la Producción y el Comercio y que luego se transformó en un instituto privado si mediar pago alguno.

[19]. Humberto Fuchs, participó del grupo subversivo que se formó en torno a Viaux y que terminó asesinando al general Réne Schneider, según aparece en el expediente judicial respectivo. Después, sería un de los hombres clave del financiamiento de las operaciones terroristas de la DINA. Así lo prueban los documentos oficiales y escrituras encontrados por la autora y numerosos testimonios recogidos por la misma.

Capítulo XXXI

LOS NUEVOS DUEÑOS DEL GOLPE

LA ESCARCHA ACOMPAÑÓ TODO EL INVIERNO DE 1974. PARA MILES DE CHILENOS LA ESPERANZA DE LA PRIMAVERA SE AHOGABA EN OTRO SEPTIEMBRE QUE NO MORÍA.

Manuel Contreras, en cambio, desplegaba el máximo de energías. En agosto de 1974 le dio el vamos a su proyecto más ambicioso: la exportación de la represión. La Pesquera Chile, bajo su control, informó al Ministerio de Economía de «una situación delicada»: «La planta de merluza congelada ha reducido su producción en un 50%, lo que obliga a estudiar alternativas de exportación y una consecuente línea de crédito».

El segundo paso fue obtener del Banco Central una línea de créditos para exportación. Los contactos del exmarino Humberto Olavarría Aranguren[1], el asesor financiero de la DINA, agilizaron los trámites. Las preguntas molestas fueron anuladas con un escueto «por orden del presidente de la Junta». Otro flujo potente de dólares engrosó las arcas de la DINA en esos días. Se le traspasó la seguridad de todas las embajadas de Chile en el mundo. Sin controles de ningún tipo, bastaba llenar una plantilla mensual con el monto que se gastaba en moneda extranjera y su equivalente en moneda nacional, por cada embajada. Un registro para las cuentas públicas. Simple y expedito.

El plan de Manuel Contreras, de encabezar la coordinación de los servicios de inteligencia de las dictaduras del Cono Sur, tendría en ese mes de agosto de 1974, un poderoso estímulo. El general Pinochet y su esposa Lucía, acompañados de Manuel Contreras y Federico Willoughby, vocero de la Junta Militar, se embarcaron en un helicóptero y aterrizaron en la Colonia Dignidad.

Willoughby relató años más tarde[2]:

«El general (Pinochet) y Contreras fueron a visitar una muestra de sofisticados armamentos y elementos de Inteligencia –armas con silenciador, copas y modelos de ametralladoras, elementos tipo 007 para los autos–, que estaba preparada en una amplia sala, donde cada producto tenía sus características técnicas. No dudé de que Contreras planeaba utilizar las facilidades de importación de la Colonia para equiparse clandestinamente».

Para entonces, la Colonia Dignidad ya se había convertido en un campo de tortura y exterminio[3]. Y en una gran empresa de tráfico de armamentos, algo que a Pinochet le resultaría muy útil tiempo después, cuando en 1976 Estados Unidos ordenó el bloqueo de venta de armas al país (Enmienda Kennedy).

Pero el vínculo sería aún más vital para Manuel Contreras. A través del líder de los alemanes, Paul Schäffer, establecería una sólida relación con un importante traficante de armas: Gerhard Mertins. En abril de 1976, cuando ya la Operación Cóndor comenzaba a mostrar su fuerza, Contreras y Mertins llegarían a Irán a ofrecerle al Sha, quien entonces aún mantenía el poder omnímodo en su país, matar al famoso terrorista venezolano

Carlos, El Chacal, a cambio de dinero[4].

Contreras no se dio respiro. Los enemigos internos continuaban acechando y, por momentos, provocaban más problemas que los ocasionados por la Iglesia Católica y el Comité Por la Paz. Los informes «estrictamente secretos» le decían al jefe de la DINA que los generales Óscar Bonilla y Sergio Arellano ahora «complotaban» juntos. Que el ministro del Trabajo, Nicanor Díaz Estrada, azuzaba a los sindicalistas afines al régimen en contra del manejo económico. Y que el general Gustavo Leigh insistía en fijar plazos. Para colmo, la DIFA (Dirección de Inteligencia de la FACH), acumulaba éxitos en la lucha antisubversiva, socavando su autoridad.

Solo el Poder Judicial seguía complaciente. El presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano, justificaría así los masivos despidos en tribunales: «La depuración que comentamos no puede sino calificarse de necesaria y lógica, pues no podían seguir permaneciendo en este Poder del Estado elementos que distorsionaban la delicada función de administrar justicia (…) y es la prueba de que esta Corte Suprema vela por la independencia cabal de la magistratura»[5].

Un nuevo septiembre comenzaba. Los preparativos se aceleraron. La Junta Militar celebró su primer aniversario con un gran acto en la avenida Bustamante. «Dar la vida en defensa de Chile contra los enemigos externos e internos» fue el mensaje central que la propaganda oficial repitió sin posibilidad de réplica.

Dar la vida… Eso fue precisamente lo que hicieron el general Carlos Prats y su esposa Sofía Cuthbert, el último domingo de septiembre en Buenos Aires. Esa mañana habían sido los invitados de honor de un almuerzo campestre, en las afueras de la capital trasandina. En la tarde, junto a Ramón Huidobro, exembajador de Chile en ese país, y su esposa Panchita, fueron a ver la película italiana *Pan y Chocolate*. Al finalizar la jornada, los cuatro se trasladaron al departamento de los Huidobro. La conversación fue intensa. Huidobro buscó convencer a Prats de abandonar cuanto antes Argentina ante la amenaza cierta que lo cercaba. No tuvo éxito. Prats fue enfático en decir que no se iría mientras la embajada de Chile no le diera los pasaportes que desde había meses solicitaba. «Un general chileno no viaja con pasaporte extranjero», afirmó. Había angustia y urgencia en las palabras de Huidobro y una serenidad desconcertante en los dichos y gestos de Prats. Quince minutos después de la medianoche, el matrimonio Prats se despidió de sus amigos, subió al auto Fiat 125 color gris y enfiló hacia Palermo.

Nadie sabrá nunca cuáles fueron las últimas palabras que cruzaron en el camino de regreso. Tampoco, si al momento de detener el auto frente al número 3359 de la calle Malabia, el general le dio una última mirada a su esposa. Quizás uno de los dos haya dicho algo sobre la extraña oscuridad que se cernía esa noche sobre el barrio. Prats se bajó y abrió las pesadas puertas de la cochera. Con paso lento, regresó al volante. Quizás, en ese preciso momento, Sofía Cuthbert miró su reloj. Marcaba las 0:40 horas cuando la bomba estalló. Había sido colocada bajo el asiento del conductor por el agente de la DINA, Michael Townley, y activada por control remoto por él y su esposa, Mariana Callejas. Los dos cuerpos fueron despedazados y sus restos se esparcieron en un radio de 50 metros, rasgando la intensa oscuridad de la calle. Los faroles, extrañamente, se habían descompuesto apenas horas antes[6].

En Santiago, esa madrugada, la escritora Isabel Allende, hija política de Ramón Huidobro, despertó abruptamente al recibir un llamado de su madre y padrastro. Apenas colgó, buscó el número de la hija mayor del matrimonio Prats, Sofía, y marcó…

A pesar de que los socios argentinos de la DINA se encargaron de bloquear y borrar toda pista que llevara a los autores, las hermanas Prats-Curthbert no cejaron hasta lograr, primero en Argentina y veintisiete años más tarde en Chile, que la justicia condenara a los autores del acto terrorista. En el hecho participaron Manuel Contreras, Michael Townley, Mariana Callejas, Enrique Arancibia Clavel, Raúl Eduardo Iturriaga Neumann, José Zara, Juan Morales Salgado, Armando Fernández Larios, Pedro Espinoza, Chritoph Willike y Reginaldo Valdés. El ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, Alejandro Solís, en una investigación histórica, logró reconstruir una a una las piezas de la planificación y ejecución del doble crimen. Una operación que contó con todo el apoyo del Estado de Chile, controlado entonces por Pinochet y la Junta Militar[7].

No hubo honores militares para el general asesinado. La llegada del cuerpo de Prats a Santiago no detuvo el motor de la DINA. En la madrugada del 4 de octubre, cuando Prats y su esposa Sofía eran velados por sus tres hijas en la Iglesia Transfiguración del Señor, siete hombres fuertemente armados, al mando del oficial Fernando Laureani, secuestraron a los hermanos Juan Carlos y Jorge Elías Andrónico Antequera y a su amigo, Fernando González, desde la casa ubicada en Paraguay Nº 1473 (comuna de La Granja). Sus nombres, acompañados del rótulo «desaparecidos», llegarían después a las manos del obispo auxiliar Sergio Valech, el mismo que esa mañana ofició la misa por el matrimonio Prats, por encargo del cardenal Silva Henríquez. A la hora en que el numeroso contingente armado vigilaba el funeral, el teniente Armando Fernández Larios, uno de los hombres que participó del asesinato de su excomandante en jefe, junto a otros comandos de la DINA, secuestró desde la Penitenciaría, al ingeniero David Silbermann, exgerente general de Cobre Chuquicamata, quien había sido detenido, juzgado y condenado a 13 años de prisión por un Consejo de Guerra. Nunca más regresaría con vida. Cuando el ataúd con los restos del excomandante en jefe era sepultado, civiles sin identificación llegaron hasta Catedral 2808 para detener a la joven Amelia Bruhn. Las huellas de los asesinatos de los hermanos Andrónico, de González, de Silbermann y Amelia Bruhn se encontrarían más tarde en una cárcel secreta de la DINA, en calle José Domingo Cañas, y también en Buenos Aires, en lo que se llamó la «Operación Colombo». Sus nombres se unieron al de Carlos Prats en esa jornada del 4 de octubre de 1974, como una prueba indeleble de los lazos secretos y poderosos que unían a los servicios de inteligencia chilenos y argentinos[8].

El ministro de Defensa, Óscar Bonilla, se vio ese mes de octubre con las manos cada vez más atadas. Otros generales observaban, desconcertados, el desarrollo de una situación que se les escapaba de las manos. El proceso de calificaciones del Ejército fue el escenario escogido por Bonilla para hacer su segunda arremetida contra Manuel Contreras. Con una carpeta llena de papeles que testimoniaban su brutalidad y el daño que estaba ocasionando al «movimiento», Bonilla pidió su retiro. Sergio Arellano buscó otro camino. Le escribió, en esos días, una carta a Pinochet:

> *...Y AQUÍ ENTRO EN UN TERRENO INGRATO... ANALIZANDO LA VOTACIÓN DE LA ONU, CREO QUE DEBEMOS HACER UNA SERENA APRECIACIÓN Y TRATAR DE ENCONTRAR LAS RAZONES POR LAS CUALES ALGUNOS PAÍSES NO MARXISTAS NOS NEGARON SU APOYO... OTRO ASPECTO QUE PUEDE HABER INCIDIDO EN ESTA MATERIA, ES LA ACCIÓN QUE HA REALIZADO LA DINA Y, EN MENOR ESCALA, LA FISCALÍA DE AVIACIÓN. ALGO DE ESTO TE CONVERSÉ EN TU GIRA A LA PROVINCIA DE COQUIMBO. NINGUNO DE ESTOS ORGANISMOS DEPENDE DE MÍ, PERO DEBIERA TRABAJAR EN UNA ESTRECHA COLABORACIÓN Y ARMONÍA*

CON ELLOS, YA QUE COMO NO PROPORCIONAN INFORMACIÓN A CIVILES, ESTOS RECURREN INDEFECTIBLEMENTE A LA COMANDANCIA DE LA GUARNICIÓN, AL IGUAL QUE INSTITUCIONES Y OTRAS AUTORIDADES CIVILES, LO QUE ME HA PERMITIDO ORIENTARME DE ALGUNAS TÉCNICAS Y MODALIDADES DE TRABAJO, QUE ME HACEN CONCLUIR QUE SE HAN OLVIDADO DE LO QUE SIGNIFICA DERECHOS HUMANOS FUNDAMENTALES Y QUE VIVIMOS EN UN ESTADO DONDE LA LEGALIDAD TIENE PLENA VIGENCIA… SE PUEDE BUSCAR Y ENCONTRAR DÓNDE ESTÁ LA FALLA, Y LA VEMOS CLARAMENTE EN LOS PROCEDIMIENTOS QUE EMPLEAN, LOS CUALES NOS HAN CREADO Y NOS SEGUIRÁN CREANDO PROBLEMAS, SALVO QUE PONGAMOS DRÁSTICO TÉRMINO A ALGUNAS TÁCTICAS Y TÉCNICAS INACEPTABLES, LAS CUALES, MUCHAS VECES MAGNIFICADAS, HAN LLEGADO A CONOCIMIENTO DE IMPORTANTES CÍRCULOS CIVILES, RELIGIOSOS Y TAMBIÉN UNIFORMADOS…

DEBEMOS TENER PACIENCIA Y PREOCUPARNOS FUNDAMENTALMENTE DE TENER COHESIONADO NUESTRO FRENTE INTERNO. Y PARA ELLO ES NECESARIO QUE SE RESPIRE CONFIANZA EN LA MÁS AMPLIA EXTENSIÓN DE LA PALABRA. ESTO NO SUCEDE EN LA ACTUALIDAD EN LA PROPORCIÓN QUE CORRESPONDE, POR ALGUNAS PRÁCTICAS INCORRECTAS DE LA DINA Y DE LA FISCALÍA DE AVIACIÓN. SE HA MALTRATADO Y SOMETIDO A DIVERSOS APREMIOS FÍSICOS EN FORMA INNECESARIA Y TORPE, A MUCHOS DETENIDOS. LA ACCIÓN CONTRA EL EXTREMISMO DEBE CONTINUAR EN FORMA ENÉRGICA Y DECIDIDA, PERO OBEDECIENDO FIELMENTE Y SIGUIENDO, SIN NINGUNA VARIACIÓN CAPRICHOSA, LA POLÍTICA DISPUESTA POR EL GOBIERNO. NO ES POSIBLE QUE YA SE ESTÉ HABLANDO DE UNA GESTAPO, CON TODOS LOS MACABROS RECUERDOS QUE ESTA PALABRA TRAE DESDE LOS TIEMPOS DE LA ALEMANIA NAZI, CUANDO SE ENCERRABA A LOS JEFES EN UNA TORRE DE MARFIL Y SE LES HACÍA NAVEGAR EN UNA MARAÑA DE INTRIGAS Y SOPLONAJE, QUE SIGNIFICÓ EL COMIENZO DEL FIN DEL CITADO SISTEMA DE GOBIERNO.

NO SON POCOS LOS CASOS DE DETENCIONES DE PERSONAS NO MARXISTAS, TODAS JUSTIFICADAS Y POR NECESIDADES DE INVESTIGACIÓN, LAS CUALES HAN SIDO MALTRATADAS DE HECHO O DE PALABRA, CON LAS CONSECUENCIAS NEGATIVAS QUE ELLO TIENE PARA NUESTRO GOBIERNO. A ESTO HAY QUE AGREGAR LA DIFICULTAD PARA OBTENER INFORMACIÓN POR PARTE DE LOS FAMILIARES DIRECTOS. LOS AFECTADOS, SUS PARIENTES Y AMIGOS DE PROJUNTISTAS, LOS VEMOS DESPUÉS DE SU EXPERIENCIA TRANSFORMADOS EN NUESTROS ENEMIGOS. ¿POR QUÉ? POR LA TORPEZA, EL ABUSO, LA PREPOTENCIA Y LA FORMA POCO HUMANA COMO ALGUNOS DE LOS INTEGRANTES DE LOS SERVICIOS QUE YA HE MENCIONADO ESTÁN CUMPLIENDO CON SU MISIÓN.

PERO TENEMOS UNA GRAN HERRAMIENTA EN NUESTRAS MANOS. NUESTRA CAPACIDAD DE RECTIFICACIÓN PARA ENMENDAR UN ERROR ANTES DE QUE SE CONVIERTA EN INTOLERABLE… NO PODEMOS PERMITIR QUE NADA NI NADIE PIERDA DE VISTA EL HISTÓRICO SIGNIFICADO DE ESE 11 DE SEPTIEMBRE AL CUAL NOS ENTREGAMOS Y NOS SEGUIMOS ENTREGANDO CON TANTA FE Y ESPERANZA.

TE SALUDA CON ESPECIAL AFECTO TU INVARIABLE AMIGO

SERGIO ARELLANO STARK[9].

LA CARTA, ENVIADA EL 24 DE NOVIEMBRE DE 1974, NO TUVO RESPUESTA. POR OTRAS VÍAS, ARELLANO SE ENTERÓ DE QUE PINOCHET SE LA HABÍA MOSTRADO A CONTRERAS, Y PALPÓ EN SUS MIRADAS Y EN SUS DICHOS LA MOLESTIA QUE ELLA LE HABÍA GENERADO A AMBOS. PINOCHET NO TENÍA TIEMPO, EN ESOS ÚLTIMOS DÍAS DE NOVIEMBRE, PARA NADA MÁS QUE LA PREPARACIÓN DEL ACTO MÁS IMPORTANTE DESDE EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973. EL 17 DE DICIEMBRE DE 1974, PINOCHET SE ANOTÓ UN GRAN TRIUNFO CUANDO LOGRÓ, DESPUÉS DE NUEVOS ENFRENTAMIENTOS Y ESCARAMUZAS, QUE LOS OTROS MIEMBROS DE LA

JUNTA FIRMARAN EL DECRETO LEY 806, QUE LO DESIGNÓ PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, JEFE DE LA JUNTA, DEL EJECUTIVO Y JEFE SUPREMO DE LA NACIÓN.

Habían sido meses de tensión extrema. El almirante Merino se enfermó gravemente y debió permanecer alejado de la Junta Militar. Fue la ocasión propicia para que Pinochet tomara en sus manos los complejos hilos de la conducción económica. El general Bonilla también se enfermó y debió internarse en la Clínica Alemana. El 22 de febrero se fue al sur. Anunció que pasaría dos semanas de reposo en el fundo de su amigo, Gerardo Rodríguez, muy cerca de Romeral. También le ordenó a sus subalternos que un helicóptero de la Aviación del Ejército lo fuera a buscar el 3 de marzo.

Tres días después de la partida de Bonilla, Manuel Contreras hizo una nueva operación. Acababa de regresar de Estados Unidos, donde se reunió con un alto jefe de la CIA, escoltado por Pedro Espinoza y Cristopher Willike, dos hombres clave para la operación de inteligencia regional que preparaba. Apenas regresó de Estados Unidos, instaló una oficina tan secreta como sus cárceles, ubicada en calle Doctor Charlín 1475, en pleno corazón de Providencia, que consolidó la expansión geográfica de la «guerra» al agilizar la coordinación con los órganos represivos de otras dictaduras de América Latina. En paralelo, el 28 de febrero de 1975, las firmas de dos ministros oficializaron su nueva adquisición. La Pesquera Chile asumió la deuda que la Pesquera Arauco tenía con la CORFO (dos millones de dólares) y luego se materializó la fusión de las dos grandes pesqueras de San Antonio bajo control autónomo y total de Manuel Contreras[10].

Tal como lo había ordenado Bonilla, el 3 de marzo llegó puntual un helicóptero francés Bell Cobra UH-1H al fundo de los Rodríguez, en Romeral. El informe meteorológico señalaba que el clima estaba inestable, enrarecido. Las versiones oficiales indicaron que se debió esperar largas horas antes de emprender el vuelo. En la tarde, la nave inició el viaje hacia la capital. Pero no llegó lejos. Se estrelló en los terrenos del fundo Santa Lucía, en la misma región, de propiedad de la familia Lazcano. Bonilla y toda su comitiva fallecieron. La noticia se esparció por todo el país provocando consternación en el círculo del poder y también en algunos sectores populares en donde Bonilla había logrado ser visto como el único militar que les tendía la mano. Dos técnicos de la compañía francesa fabricante del aparato, y que estaban en Chile supervisando la compra de otros helicópteros, se enteraron de lo ocurrido y se desplazaron de inmediato al lugar del accidente. La primera inspección de la nave siniestrada corrió por cuenta de los franceses. El sumario abierto por la FACH fue derivado al Ejército, pero nada arrojó, salvo la destitución del coronel a cargo del Comando de Aviación. Bonilla y sus hombres no serían las únicas víctimas de ese episodio. Los técnicos franceses también fallecerían en otro extraño accidente de aviación. La duda quedó, y los rumores recorrieron todos los cuarteles. Una leyenda negra había nacido.

No alcanzaron a pasar 48 horas y Pinochet ejecutó una rápida y drástica reestructuración de su gabinete y del Ejército. Como la segunda antigüedad del Ejército le correspondía al general Héctor Bravo, la solución fue la misma que había utilizado ya varias veces: lo nombró embajador en Tailandia. El 5 de marzo, el general Herman Brady pasó a ser el tercero en el escalafón y nuevo ministro de Defensa, en reemplazo de Bonilla. Pinochet tuvo, al fin, a sus dos escudos históricos flanqueando sus costados: Benavides[11] y Brady[12]. Hubo un nuevo movimiento estratégico: el general Arellano fue sacado de la poderosa Segunda División del Ejército y enviado al alicaído y marginal

Estado Mayor de la Defensa Nacional. Para dejarle el camino libre a Manuel Contreras y anular toda amenaza futura, Pinochet dividió de inmediato las antiguas funciones de Arellano. Las de la Guarnición le fueron encomendadas al general Rolando Garay, y como juez militar de la zona que acumulaba más denuncias por detenidos sin rastro, Contreras logró el nombramiento de su viejo cómplice Julio Polloni[13], quien ascendió en ese momento a general.

Fue el momento escogido por el presidente de la Corte Suprema para consagrar la complicidad de los tribunales con Pinochet y la Junta Militar. El 1 de marzo de 1975, en su tradicional apertura del Año Judicial, Enrique Urrutia Manzano afirmó: «Chile, que no es tierra de bárbaros como se ha dado a entender en el exterior, ya por malos chilenos o por individuos extranjeros que obedecen a una política interesada, se ha esmerado en dar estricto cumplimiento a estos derechos. En cuanto a torturas y otras atrocidades, puedo afirmar que aquí no existen paredones ni cortinas de hierro, y cualquier afirmación en contrario se debe a una prensa proselitista de ideas que no pudieron ni podrán prosperar en nuestra patria». Y concluyó: «Las cortes han sido abrumadas en su trabajo con los numerosos recursos de amparo que se han interpuesto, so pretexto de las detenciones que ha decretado el Poder Ejecutivo. Esto ha traído perturbaciones en la administración de Justicia, quitando a los tribunales superiores, especialmente en Santiago, la oportunidad de ocuparse de asuntos urgentes de su competencia».

Pinochet no se dio tregua. Una vez finiquitado el tablero del poder militar, su acción se volcó al área económica. La crisis internacional que se avecinaba imponía decisiones, pero no había acuerdo. Allí también se requería hacer un cambio. Los miembros de la Junta sabían que las disparidades de criterios ya no se sostenían. El grupo del *Ladrillo* ya tenía preparado el plan para dar un giro radical e iniciar el tratamiento de shock con una decidida política de ajuste. Solamente faltaba que Pinochet lo aceptara y ordenara las piezas para que, al igual como lo había hecho en la Junta, el poder de decisión radicara en una sola mano. El personaje clave: el ministro de Hacienda, Jorge Cauas, quien había desplazado, aceleradamente, al ministro de Economía, Fernando Léniz.

En esa área, otro personaje había cobrado importancia. Sergio de Castro, asesor de Léniz, también había entregado su veredicto frente a la Junta: si el ajuste traía consigo un aumento del desempleo, más pobreza y marginalidad, eso representaba un problema menor. El discurso que se repetía, y que emanaba del grupo liderado por Kelly y de Castro, señalaba que, finalmente, el resultado después de dos o tres años del ajuste sería la salud financiera del país.

A principios de abril de 1975, Roberto Kelly, ministro de Odeplan, regresó de una reunión de la ONUDI en Lima. En el aeropuerto lo esperaba su grupo asesor con noticias alarmantes: «La situación es de gravedad inminente; no hay tiempo que perder; se prevé para 1975 una inflación cercana a la de 1973; la inversión pública se ha desbordado en 1974; empezando el año, el Banco Central tiene ya emitido todo lo que razonablemente se esperaba que librara en los doce meses de 1975. O alguien manda en la política económica y sanea a fondo la situación del sector público, o esto se va a la ruina»[14].

Kelly se entrevistó de inmediato con Pinochet. Su decisión fue rápida y la orden precisa. En dos días debía preparar un plan junto con el Estado Mayor Presidencial (COAP), al que acababa de incorporarse el general Sergio Covarrubias. A las 9 de la mañana del domingo 6 de abril, Kelly llegaría junto a Miguel Kast y Ernesto Silva

Bafalluy hasta el palacio presidencial de Cerro Castillo, en Viña del Mar. Pinochet los escuchó con atención. A su lado estaba el hombre que concentraba el mayor poder en Chile, después de Pinochet: el coronel Manuel Contreras. Desde el primer minuto, y por boca del propio Pinochet, resultó evidente que su presencia no era decorativa. Los hombres de Contreras, a una discreta distancia, escuchaban la exposición compleja y drástica que hicieron Kelly y su equipo. Si Pinochet entendió o no a cabalidad las consecuencias de las decisiones que adoptaría esa mañana, no está claro. Lo que sí ocurrió es que Pinochet salió de allí con cuatro escudos. Los generales Brady y Benavides, en el Ejército; el coronel Manuel Contreras, en la DINA, y en el gobierno, Jorge Cauas y Sergio de Castro, los dos nuevos jefes del recién bautizado «Programa de Recuperación Económica».

El 8 de abril de 1975, el ministro César Raúl Benavides le pidió la renuncia a todo el gabinete. Había que dejar en libertad a Pinochet para que readecuara sus equipos con el objetivo de enfrentar la grave crisis económica. El secretario de la Junta ya tenía preparado el Decreto Ley 966, que desplazaría el centro de gravedad histórico de las decisiones en la economía chilena desde el Ministerio de Economía al de Hacienda. El economista Jorge Cauas sería el hombre que llegaría con amplias facultades para controlar y dirigir toda la actividad económica del país, dando inicio al plan de ajuste. Bajo su mando se subordinarían diez ministerios: Economía, Agricultura, Minería, Obras Públicas, Transportes, Vivienda, Salud, Trabajo, Odeplan y CORFO. Cauas tuvo, incluso, el poder de remover y nombrar a todos los funcionarios bajo su dependencia, a excepción de los ministros.

El 14 de abril se oficializó el cambio de gabinete con el nuevo súper ministro de Hacienda, Jorge Cauas, y Sergio de Castro en el Ministerio de Economía, en reemplazo de Léniz. Fue el momento de hacer otros cambios de piezas. A la dupla estelar se unió Pablo Baraona, como presidente del Banco Central, y Juan Carlos Méndez, en la Dirección de Presupuesto. El empresario Francisco Soza Cousiño se hizo cargo de la CORFO, y otro empresario, esta vez un antiguo conjurado, Hugo León Puelma, asumió la cartera de Obras Públicas. El equipo de civiles se completaría con dos nuevos integrantes: Miguel Schweitzer Speisky, en el Ministerio de Justicia, y Luis Enrique Valenzuela, en Minería.

Marzo de 1975 marcó el hito más importante en el proceso iniciado el 11 de septiembre de 1973. Y sin retorno. Arturo Fontaine dice: «Jornada decisiva. El Presidente tiene el control completo y sin retorno de la política económica del gobierno. Ya no hay grupos de economistas o asesores que no dependan directamente de él».

Manuel Contreras supo que había llegado el momento de atacar en dos frentes: el de las «operaciones exteriores» y la aniquilación de la DIFA que, bajo el mando de los coroneles Horacio Otaíza y Edgard Ceballos, continuaba poniendo en duda su autoridad y competencia con el «Comando Conjunto», un organismo represivo que funcionaba a la par de la DINA y que integraban contingentes de la FACH, la Armada y Carabineros. En 1974, la DIFA había logrado desarticular a la comisión política del MIR, con una audaz operación. La guerra subterránea entre la DINA y la DIFA había llegado incluso a las calles –con la disputa metralleta en mano de prisioneros «subversivos»– y también a las oficinas de la Comunidad de Inteligencia, donde se articulaba el «Comando Conjunto». Y escaló a tal punto la violencia, que los miembros de la Junta Militar ya no pudieron abstraerse.

El 31 de julio de 1975, el coronel de Inteligencia de la FACH, Horacio Oteíza,

falleció en un nuevo y extraño accidente de aviación. Nadie dudó en la FACH que el sello de Manuel Contreras se había hecho presente. El jefe de la DINA no se quedó inmóvil: atacó nuevamente y mostró papeles que revelaban «traición» y «contactos con el enemigo» en los cuarteles de la FACH. La orden perentoria de Pinochet no tardó: Edgar Ceballos partió a Israel, a un curso de inteligencia estratégica, táctica y guerra política. Contreras había ganado nuevamente. Pero el «Comando Conjunto» no murió. El coronel de la FACH, Juan Francisco Saavedra, junto al exmiembro de Patria y Libertad, Roberto Fuentes Morrison, lo convertirían en un ente más clandestino aun de la guerra sucia, el que tuvo a la nueva Base Aérea de Colina como centro de operaciones[15].

Manuel Contreras pudo entonces abocarse de lleno a su proyecto mayor: la coordinación regional de la represión. Días después de la muerte de Oteíza, el 25 de agosto, fue recibido en el cuartel central de la CIA, en Estados Unidos. Según un cable desclasificado décadas más tarde, se le brindó un almuerzo que fue presidido por el general Vernon Walters.

Al igual que los anillos concéntricos que se descargaron sobre La Moneda el 11 de septiembre, a fines de 1975, otros anillos se fueron armando alrededor del círculo que copó todas las posiciones de poder. Uno de ellos fue el que formaron los oficiales de Ejército que, desde el interior del propio régimen militar, vivieron el drástico giro.

Horacio Toro:

–Me tocó vivir la etapa inicial del Comité Asesor de la Junta Militar (COAJ), marcada por el espíritu de defender las empresas estratégicas y sostenedoras del proceso de desarrollo frente a los grupos que querían privatizarlas. Hubo muchos militares comprometidos en esa lucha. Tal vez el que más destacó fue el general Gastón Frez. Dio grandes luchas frente al Presidente y el equipo de economistas civiles, y tuvo una aprobación silenciosa de la mayoría del sistema militar. Puede que estuviéramos equivocados, pero pasar de esa lucha por evitar la privatización ciega y con excesos, a que otro grupo de militares se beneficiara después de ella, es evidentemente contradictorio. Algo se quebró entre esas dos actitudes y éticamente aparece como sospechoso.

–¿Cómo se logró, entonces, la adhesión incondicional de los oficiales al régimen militar?

–La adhesión no es tanto al modelo como al líder, al que se le reconoce la atribución de fijar los modelos políticos, económicos, sociales y llevarlos a la práctica. Los sistemas institucionales mantienen su lealtad y su adhesión a esa jefatura, que pasa a tener la responsabilidad histórica de la materialización de los proyectos. Y en esto hay un peligro que el sistema militar percibe a medias, y es que la sociedad lo ve en su conjunto, asumiendo como Junta Militar, la responsabilidad histórica del régimen, y no solamente a un hombre: Pinochet.

Que las Fuerzas Armadas no asumieron como tales la función del control del Estado es un tópico sobre el cual el empresario Orlando Sáenz tiene una opinión tajante: «Las Fuerzas Armadas nunca fueron gobierno. Estaban tan poco capacitadas, que la verdad es que nunca asumieron el gobierno».

–¿Y quién asumió el control entonces?

–El general Pinochet con sus amigos y el grupo en el cual él confía, sean civiles o militares. Hay que definir primero qué es ser gobierno. No significa tener un cargo. Hace gobierno mucho más el que gesta políticas que el que las aplica. Desde ese punto de vista,

las Fuerzas Armadas nunca han sido gobierno en Chile. Ser gobierno es incompatible con ser militar. Si se respeta el principio militar, se obedece como autómata, sin discusión y se va al gobierno a aplicar ese principio. Si se transforman en elementos deliberantes, destruyen lo que es esencial en su estructura. El fracaso de las Fuerzas Armadas como gobierno en toda América Latina no es más que el resultado de esta antinomia. En Argentina se transformaron en partidos políticos y se pudrieron, se envilecieron.

–¿Y en Chile qué les pasó?

–Optaron por mantener la estructura jerárquica, la trasladaron al gobierno civil y fueron un fracaso. Es la estructura apropiada para combatir en una guerra y no para gobernar un país. Entonces, se transformaron en un Ejército de ocupación. Las Fuerzas Armadas no gobiernan, ocupan Chile[16].

No solo en Chile los hombres de Manuel Contreras se comportaban como fuerzas de ocupación. En Roma, al anochecer del 6 de octubre de 1975, los disparos rompieron la quietud de la Via Aurelia, por donde caminaban, del brazo, Bernardo Leighton, exvicepresidente de la República y uno de los más importantes dirigentes de la Democracia Cristiana, y su esposa, Anita Fresno. Ambos lograron sobrevivir, aunque afectados por graves secuelas. Tras largos años de investigación judicial, el juez italiano Giovanni Salvi lograría identificar a los autores del atentado: Pier Luigi Concutelli, Guilio Crescenzi y Stephano Delle Chiaie, además del cubano nacionalista, Virgilio Paz. Y también a sus autores intelectuales. La información sobre los movimientos del matrimonio fue proporcionada por un sindicalista democratacristiano, el dirigente de la CUT Guillermo Riveros Calderón, al que Leighton recibió en su propia casa sin sospechar lo que los agentes Michael Townley y Cristhoper Willike digitaban desde un centro de operaciones en Frankfurt, Alemania. Esta vez la DINA había utilizado la mano terrorista del grupo neofascista italiano Avanzada Nacional, liderado por Delle Chiaie. A todos ellos, les pagarían en dinero, además de otorgarles impunidad en Chile, donde recibieron departamentos (en las Torres de San Borja), oficinas y más dinero para expandir sus operaciones. Así ha quedado demostrado en juicios en Estados Unidos, Italia, Francia y también en Chile.

El atentado a Leighton se llevó a cabo poco después de que Manuel Contreras enviara un documento «secreto», del que solo se supo veintitrés años más tarde por boca de quien era en esos días uno de sus peores enemigos internos, el general Odlanier Mena, director de Inteligencia del Ejército. «El 22 de septiembre fui sorprendido con un documento que no estaba firmado por el general Pinochet y que, a pesar de todo lo que yo había representado, subordinaba a todos los servicios de Inteligencia a la DINA. Los directores de Inteligencia de las Fuerzas Armadas y Carabineros éramos generales y el director de la DINA; solo coronel. En esas circunstancias, no me quedó más remedio que presentar mi renuncia, solo siete meses después de haber sido ascendido a general»[17].

Con Odlanier Mena se hizo lo que con tantos otros: se lo envió de embajador a Uruguay. Eso era exactamente lo que necesitaba Contreras, el campo libre para emprender otro de sus proyectos importantes: la fabricación de armas químicas.

Townley no regresó de Roma con las manos vacías. Con la ayuda de Wolff Von Arnswaldt Boeker, y a través de Francois De Somet D'Olbeche, de la firma P.R.D.B. en Buscho, Bélgica, compraría diversos materiales para iniciar el laboratorio de Lo Curro. Ahí, junto al químico Eugenio Berríos, trabajó en la elaboración de los químicos letales. Más tarde, Townley diría en tribunales: «Hacia fines de 1975 me dediqué en forma casi

exclusiva al desarrollo de *sarín*, a la terminación del laboratorio en mi casa y a la planificación de productos similares como *soman* y *tabun*, además de productos de extrema toxicidad, como *clostridium botulinica*, *saxitoxin* y *tetrodotoxina*». Serían usadas muy luego para eliminar disidentes o personas molestas.[18]

En Chile, los efectos del atentado a Bernardo Leighton y su esposa, perduraron. Se sumaba a otras historias que en esos días estremecían: los testimonios de los sobrevivientes de las cárceles secretas que revelaban la existencia de torturas brutales aplicadas a centenares de chilenos cuyo rastro se perdía. Pero en esos días de 1975, la palabra «desaparecido» aun no era pronunciada por vencidos ni vencedores.

En el Comité de Cooperación para la Paz en Chile (conocido como Comité Pro Paz) las pruebas se acumulaban. Desde que en julio de ese año la prensa chilena y dos efímeros diarios extranjeros (*Lea* en Argentina y *O'Dia*, en Brasil) habían publicado una nómina de 119 «extremistas» como «asesinados por sus propios compañeros» fuera del país, el horror sobrepasó lo imaginable. Porque en los expedientes del Comité Pro Paz estaban las pruebas de que esos 119 chilenos habían sido detenidos, torturados y jamás liberados. Los jueces, sin embargo, seguían siendo «complacientes», ciegos y sordos. Mucho más tarde se conocerían los detalles de la llamada «Operación Colombo», que la DINA montó, con colaboración del SIDE argentino y de periodistas en Chile y en Argentina, para intentar ocultar las ejecuciones sumarias y entierros clandestinos. Quisieron revertir la condena de los organismos internacionales y lo que lograron fue que las puertas de juzgados, cárceles y autoridades fueran golpeadas con más fuerza en Chile y en el extranjero[19].

El abogado Roberto Garretón era uno de los que recorría la ciudad recogiendo declaraciones y presentando escritos en tribunales: «A los extranjeros que llegaban a Chile, en 1975, les decíamos: "Hemos presentado 3.000 recursos de amparo y los hemos perdido todos". En 1978 habíamos llegado a 7.000 y seguíamos presentando recursos. Algunas personas nos preguntaban: ¿Y para qué seguir presentando recursos? Había muchas razones para hacerlo. Primero, porque no teníamos por qué renunciar a nuestros derechos. Segundo, debíamos documentar lo que estaba sucediendo. Tercero, los periodistas no podían informar que habían tomado presa a tal o cual persona, pero sí podían decir que se había presentado un recurso por esa persona. Cuarto, para la historia[20]».

Cuando el año 1975 llegaba a su fin, los problemas de la DINA con la Iglesia Católica, y en especial con el Comité Pro Paz, habían permeado nuevas posiciones en el entorno de Pinochet. Manuel Contreras decidió que era el momento de embestir. El cerco sobre el Comité y el cardenal Silva Henríquez se hizo férreo y sostenido. El estallido amenazaba con más violencia. A ello se agregó que el general Gustavo Leigh retomó con más intensidad su propuesta de fijar plazos para la normalización del país. Fue, entonces, que un nuevo rumor surgió y esta vez fue noticia: Pinochet había ordenado el retiro del general Sergio Arellano. Hubo otro movimiento estratégico. El cardenal Silva Henríquez recibió en silencio un ultimátum: el Comité Pro Paz debía cerrar sus puertas.

El general Sergio Arellano calló. Pero la historia oficial de su retiro se había iniciado el 28 de julio, al término de una reunión de generales. Ese día, Pinochet lo invitó a conversar en una de las oficinas del Ministerio de Defensa y le ofreció la embajada en España, el mejor premio en el exterior. Arellano la rechazó y le pidió continuar en el Ejército. No se habló más del tema. El 14 de octubre, Pinochet volvió al ataque: le ordenó

asumir esa embajada y en el más breve lapso. La respuesta fue nuevamente una negativa.

–¡Tú siempre me estás contradiciendo las órdenes! Entonces, eso quiere decir que te tienes que ir a retiro –exclamó Pinochet.

Arellano tomó su maletín, buscó en su interior y sacó una hoja escrita. La puso sobre el escritorio, la firmó, colocó la fecha y le entregó su renuncia a un asombrado Pinochet. Diez días más tarde, en los cuarteles se confirmó que el comandante en jefe había dispuesto el retiro del *Lobo*. Hubo discusión en pasillos y oficinas, y el eco llegó hasta el despacho de Pinochet. La muerte de uno de los hombres más admirados por Pinochet, Francisco Franco, en España, el 20 de noviembre, trajo una inesperada pausa ya que Pinochet decidió asistir a su sepelio. Partió junto a su esposa y con una comitiva integrada por Manuel Contreras y todos los oficiales del Departamento Exterior de la DINA, entre otros. También incluyó al general Arellano, al que le ordenó subir al avión a último minuto. No quiso correr el riesgo de salir del país, dejando a Arellano con presillas de mando aún en Chile.

Con todos los ojos puestos en los desaires que le hicieron mandatarios y miembros de la nobleza a Pinochet en Madrid, nadie reparó en los intensos preparativos que se hacían en Chile para la cita cumbre preparada por Manuel Contreras en Santiago. El coronel de la FACH, Mario Jahn, subdirector de la DINA, había llevado personalmente las invitaciones y el programa. Los gastos corrieron todos por cuenta de la DINA. El 25 de noviembre, rodeado de un férreo dispositivo de seguridad, se iniciaba en Santiago la primera reunión de la «Operación Cóndor». A la «Primera Reunión Interamericana de Inteligencia Nacional», llegaron los jefes de inteligencia de las dictaduras de Argentina (capitán de navío Jorge Demetrio Casas), Uruguay (coronel José Fons), Paraguay (coronel Benito Guanes Serrano), Bolivia (mayor Carlos Mena Burgos) y Brasil. Cada uno con sus asesores. Cuando el 1 de diciembre la discusión se acabó y se firmó el acta fundacional, la búsqueda, secuestro y ejecución de disidentes de todas las dictaduras del Cono Sur tenía un nuevo motor y centro coordinador: la DINA, y su jefe, Manuel Contreras[21].

El Cuerpo de Generales no fue informado de la organización que acababa de fundarse en Santiago y que marcaría a fuego a su institución durante los años venideros. Tenían otras preocupaciones. La mañana del 31 de diciembre, cuando todos ellos se aprestaban a celebrar la llegada del nuevo año, Sergio Arellano recibió a un subalterno de Pinochet con un mensaje urgente del jefe: debía hacerse cargo de la nueva embajada de Chile en Bolivia. Una vez más Arellano rechazó la propuesta. Fue la lápida para el último general de Ejército «dueño» del Golpe que quedaba en el tablero de los juegos de guerra.

En el informe, despachado por el embajador de Estados Unidos en esos días, se lee:

> El 2 de enero, el Ejército anunció el retiro del general Sergio Arellano, ampliamente reconocido como el único general en servicio con cualidades, carisma y arrastre que representa una clara alternativa al Presidente, general Pinochet. Al contrario de lo informado por el Ejército, el retiro es esencialmente involuntario y se entiende que haya sorpresa en el Ejército y preocupación en algunos círculos que ven su dimisión como una indicación más del creciente poder personal de Pinochet.
>
> Comentario: Arellano había sido ampliamente considerado como uno de los principales candidatos para ser el futuro jefe del Ejército. Era un oficial poderoso, respetado por los oficiales superiores de su institución y altamente considerado por los líderes de otras instituciones. Al principio del período post Golpe fue una figura controvertida en el área de derechos humanos, pero, por otra parte, era considerado uno de los generales de Ejército con moderación y respeto y contactado con los críticos democráticos del gobierno, tales como los democratacristianos. Es demasiado pronto para juzgar la caída de Arellano, pero

está claro que hay mucha discusión y especulación en círculos militares. Hay, también, considerables sorpresas. Es improbable que algo ocurra en el corto plazo, al menos. Es un axioma del Ejército chileno que los oficiales pierden influencia una vez fuera de cargos de actividad. Parece probable que Arellano acepte su derrota personal como buen soldado… Teniendo en cuenta que se le ha visto como potencial reemplazante de Pinochet, los descontentos con el desempeño de este en el gobierno sentirán que han sufrido un retroceso… Pinochet ha ganado al menos una ventaja temporal…

EL GENERAL GUSTAVO LEIGH VIO PARTIR A SU SOCIO EN SILENCIO. HABIENDO MASTICADO SU DERROTA CON LA MUERTE DE OTEÍZA Y EL DESCABEZAMIENTO DE SU EQUIPO DE INTELIGENCIA, DECIDIÓ QUE NO ESTABA DISPUESTO A CONCEDERLE VENTAJAS TEMPORALES A PINOCHET. EN LA REUNIÓN QUE LA JUNTA MILITAR TUVO EL 5 DE ENERO DE 1976, LEIGH PIDIÓ LA PALABRA Y CON UN TONO MÁS ENÉRGICO QUE EL HABITUAL DE ESOS MESES, DE AGUDOS CONFLICTOS CON EL PRESIDENTE DE LA JUNTA, LE PLANTEÓ QUE LEVANTARA EL ESTADO DE SITIO Y DICTARA UN ACTA CONSTITUCIONAL, REGULANDO LOS DERECHOS CIUDADANOS. NO FUE LO ÚNICO. AL FINALIZAR, PIDIÓ QUE EL CORONEL MANUEL CONTRERAS FUERA SACADO DE LA DIRECCIÓN DE LA DINA. COMO DE COSTUMBRE, EL GENERAL CÉSAR MENDOZA GUARDÓ SILENCIO. MERINO APOYÓ A LEIGH. PINOCHET DECIDIÓ CALLAR Y LEVANTÓ LA SESIÓN.

El comandante en jefe de la FACH se preparó para la nueva batalla. Tanto el conflicto como sus peticiones muy pronto fueron recogidos y transmitidos por sus subalternos en los pasillos del Edificio Diego Portales y en los cuarteles. De allí saltaron a oídos de los corresponsales extranjeros y Gustavo Leigh no los desmintió. *The New York Times* publicó una crónica revelando, por primera vez, las discrepancias en torno del poder de Pinochet y la DINA, y también frente al conflicto mayor: los plazos para la normalización del país.

Uno de los generales «dueños» del Golpe en el Ejército, Jorge Court Moock, le escribió a Sergio Arellano en esos días[22]:

YO ERA UNO DE AQUELLOS QUE ANTES DEL «TANQUETAZO» TODAVÍA PENSABA EN UNA SOLUCIÓN CONSTITUCIONAL, FORZANDO AL PRESIDENTE A ENMENDAR RUMBOS Y DAR TÉRMINO A LOS REITERADOS ATROPELLOS A LA CONSTITUCIÓN Y A LA LEY. DESPUÉS DE LA SUBLEVACIÓN DEL BLINDADO, INTEGRAMOS EL «COMITÉ DE LOS 15», QUE PREPARÓ AQUEL DOCUMENTO QUE DEBERÍA SER UN VERDADERO ULTIMÁTUM AL SEÑOR ALLENDE. FUE NUESTRO ÚLTIMO E INGENUO INTENTO DE HACERLO RECTIFICAR SU POLÍTICA…

EN MI OPINIÓN, EN EL EJÉRCITO HABÍA TRES GRUPOS DE GENERALES: LOS QUE SE CONSIDERABAN CONSTITUCIONALISTAS, PERO QUE YA SE HABÍAN ENTREGADO A LO QUE CREÍAN INEVITABLE; LOS QUE PREFERÍAN NO DEFINIRSE Y JUGARSE SOLO CUANDO LA BALANZA ESTUVIERA MUY CARGADA A UN LADO Y CON LOS CUALES JAMÁS HABRÍAMOS PODIDO CONTAR Y NO ESTABAN EN NUESTRO GRUPO; Y, FINALMENTE, UN TERCER GRUPO, EL DE LOS PREOCUPADOS POR LA INEVITABLE CAÍDA A UNA DICTADURA DEL PROLETARIADO. PENSABAN ELLOS QUE ERA UN DEBER SALVAR A CHILE Y QUE LAS FUERZAS ARMADAS ESTABAN ENFRENTADAS A UNA RESPONSABILIDAD HISTÓRICA. ESOS IDEALISTAS, REBELDES Y LUCHADORES YA TENÍAN SUS HORAS CONTADAS… AUN ME PARECE AYER CUANDO ALGUIEN DIJO: «ESTO SE LAVA CON SANGRE DE GENERALES» Y ESA ERA NUESTRA SANGRE. DESPUÉS VINO EL 11 Y TODO LO DEMÁS.

LA VERDADERA HISTORIA DEL 11 HASTA AHORA NO SE HA ESCRITO. ES CIERTO QUE QUIENES PLANIFICARON EL 11 NO TUVIERON TIEMPO DE PENSAR QUÉ SE HARÍA DESPUÉS. ¿CUÁL SERÍA EL TIPO DE GOBIERNO? ¿CÓMO SE EJERCERÍA EL PODER? ¿QUÉ

ORIENTACIÓN SE LE DARÍA? ¿QUIÉNES ASUMIRÍAN LAS RESPONSABILIDADES DEL GOBIERNO? MIL INTERROGANTES CUYA DECISIÓN QUEDÓ DELEGADA EN LOS COMANDANTES EN JEFE. DESPUÉS, CADA UNO ASUMIÓ LAS RESPONSABILIDADES QUE SE NOS ASIGNARON Y COMENZAMOS, ASÍ, SIN UNA ORIENTACIÓN DEFINIDA, NUESTRA TAREA DE RECONSTRUCCIÓN. ESA FALTA DE ORIENTACIÓN Y PLANIFICACIÓN DEL FUTURO NOS HA HECHO, SIN DUDA, COMETER ALGUNOS ERRORES. EN LO FUNDAMENTAL, DIRÍA QUE FALTÓ UNA MAYOR PARTICIPACIÓN DE TODOS LOS CHILENOS. DE ESTO NO CREO SEA SOLO RESPONSABLE LA JUNTA SINO MUY ESPECIALMENTE LA INCOMPRENSIÓN, LA CEGUERA Y LA AMBICIÓN POLÍTICA DE ALGUNOS. EL MOMENTO EXIGÍA ACTUAR SIN ODIOS, SECTARISMOS NI PERSECUCIONES, PERO CON UN GOBIERNO AUTORITARIO Y FIRME. NO ERA NECESARIO UN PRONUNCIAMIENTO CONTRA LOS PARTIDOS POLÍTICOS NI AUN PERSEGUIR A LOS QUE HUBIERAN ACEPTADO SUS ERRORES Y EXPRESADO SU DESEO DE COLABORAR… CREO QUE TÚ MERECÍAS UNA CARRERA NORMAL Y QUE TE FALTABA MUCHO PARA LOS 40 AÑOS DE SERVICIO. AÚN MÁS, TU PERMANENCIA ME PARECÍA INDISPENSABLE. LÁSTIMA QUE LA JUNTA NO HUBIESE TOMADO INICIALMENTE LA DECISIÓN DE CREAR UN CONSEJO CONSULTIVO CONSTITUIDO POR EL CUERPO DE GENERALES, HABIENDO MANTENIDO EN SUS INSTITUCIONES AQUELLOS QUE DIERON UNA LUCHA Y QUE SE SIENTEN TOTALMENTE IDENTIFICADOS Y COMPROMETIDOS CON SU GESTIÓN. SIEMPRE PENSÉ QUE EL GOBIERNO SE ORIENTARÍA EN UN FRANCO, ABIERTO Y CORDIAL DIÁLOGO Y SE MANTENDRÍA LA CONFIANZA. TAL VEZ FALTÓ QUE QUIEN ASUMÍA EL GOBIERNO TUVIERA CONSCIENCIA QUE NO LO HIZO POR DESIGNACIÓN NI DERECHO DIVINO. NADIE PUEDE, POR SU PROPIA DECISIÓN, CONSTITUIRSE EN GOBERNANTE VITALICIO. PARTICIPO DE LA IDEA DE QUE ERA NECESARIA LA DESIGNACIÓN DE UN PRESIDENTE, PERO ÉL DEBE DAR LA IMPRESIÓN, Y CON HECHOS, DE QUE NO SE SIENTE EL HOMBRE PREDESTINADO, SINO MIEMBRO DE UN CUERPO DE GENERALES A QUIENES DEBE ESCUCHAR Y EN CUYA REPRESENTACIÓN EN CIERTO MODO ACTÚA. NUESTRA PATRIA VIVE HOY MOMENTOS MUY DELICADOS EN LO INTERNO Y EXTERNO. MÁS QUE NUNCA EL GOBIERNO REQUIERE TODO NUESTRO APOYO.

ES MUY PROBABLE QUE, EL 27 DE ENERO DE 1976, ESE MISMO GENERAL HAYA ESTADO PRESENTE EN EL GRAN ACTO DE DESAGRAVIO A PINOCHET, ORGANIZADO POR EL MINISTRO DEL INTERIOR, GENERAL CÉSAR RAÚL BENAVIDES FRENTE A LAS NUMEROSAS CONDENAS INTERNACIONALES A LA JUNTA MILITAR Y A PINOCHET POR LOS DETENIDOS QUE NADIE ASUMÍA (DESAPARECIDOS), CAMPOS DE CONCENTRACIÓN, EXPULSIONES Y DETENCIONES ARBITRARIAS, TORTURAS, MANTENCIÓN DEL ESTADO DE SITIO Y LIBERTADES CONCULCADAS[23]. OCHO MIL SOLDADOS DESFILARON DESAFIANDO LA «AFRENTA DEL ENEMIGO». TODA ESA PARAFERNALIA SIRVIÓ PARA MOSTRAR AL «FRENTE INTERNO» LA FÉRREA UNIDAD DEL EJÉRCITO Y LA JUNTA EN TORNO A SU LÍDER Y CONDUCTOR: PINOCHET.

En enero de 1976, Pinochet era el inequívoco vencedor. El Comité Pro Paz cerró sus puertas, pero no fue el fin de la defensa de los perseguidos. El cardenal Silva Henríquez fue una vez más visionario y aceptó sacar el rótulo para fundar, con los mismos equipos y archivos, la Vicaría de la Solidaridad. Serían ellos los que ayudarían a partir de ese momento a miles de hombres y mujeres a pronunciar por primera vez la palabra «desaparecido», iniciando así, una de las batallas más increíbles de lucha por la vida.

El comandante en jefe de la FACH, Gustavo Leigh, debió asumir que había perdido la batalla.

Los juegos de guerra continuaron dentro y fuera del Edificio Diego Portales. Las

cárceles secretas seguirían repletándose de detenidos mientras que el financiamiento de la «Operación Cóndor» ocupaba un espacio relevante en los movimientos de Manuel Contreras. Treinta empresas reales o de pantalla fueron creadas para esos efectos. Un despliegue que contó con todo el apoyo del aparato del Estado. Fue tal la inmunidad de la que gozó Contreras que, en ese año 1976, se instaló oficialmente (por escritura y decreto ministerial) como presidente de la Pesquera Chile y en el directorio de la empresa nombró a los comandantes Pedro Espinoza y Vianel Valdivieso, a los mayores Juan Morales Salgado, Alejandro Burgos de Beer y al capitán Christopher Willike, más el teniente Hugo Acevedo. Todos ellos integrantes del alto mando de la DINA. Tanto esa escritura como la que consagró la hipoteca de los barcos *Sudhelde*, *Nordsee*, *Eversen*, *Foche* y *Llolleo*, todos ellos de propiedad del Estado, a cambio de un crédito de tres millones de dólares del Banco Continental, fueron aprobadas y firmadas por las nuevas autoridades económicas del país[24]. Era el dinero que Contreras necesitaba para financiar al Cóndor.

En medio de un dispositivo represivo inédito, el que incluyó la expulsión del país de los abogados Eugenio Velasco y Jaime Castillo, entre otras detenciones, se realizó la reunión de la OEA en Santiago. En la tarde del 8 de junio, hasta el piso 22 del Edificio Diego Portales, llegó Henry Kissinger, secretario de Estado del gobierno de Estados Unidos. En su amplio despacho lo esperaba un sonriente Pinochet. Un extracto de esa conversación se pudo conocer veintidós años más tarde gracias a una reveladora desclasificación[25].

> **KISSINGER**: ME SIENTO HONRADO. ME CONMOVIÓ LA RECEPCIÓN POPULAR CUANDO LLEGUÉ. SIENTO UNA PROFUNDA AMISTAD POR CHILE.
> **PINOCHET**: ESTE ES UN PAÍS DE GENTE AFECTUOSA, QUE AMA LA LIBERTAD. POR ESO NO ACEPTARON EL COMUNISMO CUANDO LOS COMUNISTAS INTENTARON CONTROLAR EL PAÍS.
> **KISSINGER**: EN ESTADOS UNIDOS, COMO USTED SABE, SIMPATIZAMOS CON LO QUE USTED ESTÁ TRATANDO DE HACER AQUÍ. CREO QUE EL GOBIERNO ANTERIOR SE DIRIGÍA AL COMUNISMO. LE DESEAMOS LO MEJOR PARA SU GOBIERNO. AL MISMO TIEMPO, ENFRENTAMOS IMPORTANTES PROBLEMAS INTERNOS, EN TODAS LAS RAMAS DE GOBIERNO, ESPECIALMENTE EN EL CONGRESO, PERO TAMBIÉN EN EL PODER EJECUTIVO, POR LA CUESTIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS. COMO USTED SABE, EL CONGRESO SE ENCUENTRA DEBATIENDO FUTURAS RESTRICCIONES PARA LA AYUDA A CHILE. AUNQUE NOSOTROS NOS OPONEMOS… VOY A HABLAR SOBRE DERECHOS HUMANOS ESTA TARDE EN LA ASAMBLEA GENERAL. POSTERGUÉ MI INTERVENCIÓN HASTA PODER HABLAR CON USTED. QUERÍA QUE COMPRENDIERA MI POSICIÓN. QUEREMOS NEGOCIAR MEDIANTE LA PERSUASIÓN MORAL Y NO A TRAVÉS DE SANCIONES LEGALES. POR ESTA RAZÓN ES QUE NOS OPONEMOS A LA ENMIENDA KENNEDY.

ENSEGUIDA, KISSINGER LE EXPLICA A PINOCHET POR QUÉ DEBERÁ REFERIRSE EN SU DISCURSO A CIERTAS CONDENAS QUE HA RECIBIDO EL RÉGIMEN CHILENO Y LE ADVIERTE QUE COMPARARÁ ESTA SITUACIÓN CON LA DE CUBA Y LA «HIPOCRESÍA DE ALGUNOS QUE LLAMAN LA ATENCIÓN SOBRE LOS DERECHOS HUMANOS COMO MEDIO DE INTERVENCIÓN EN LOS GOBIERNOS». ASÍ CONTINUÓ EL DIÁLOGO:

> **KISSINGER**: EL DISCURSO NO ESTÁ DIRIGIDO A CHILE. QUERÍA DECÍRSELO. MI EVALUACIÓN ES QUE USTED ES UNA VÍCTIMA DE LOS GRUPOS DE IZQUIERDA DEL

MUNDO ENTERO, Y QUE SU MAYOR PECADO HA SIDO DERRIBAR UN GOBIERNO QUE SE ESTABA VOLVIENDO COMUNISTA. SERÍA DE GRAN AYUDA SI NOS PERMITIERA CONOCER LAS MEDIDAS QUE ESTÁ TOMANDO EN EL CAMPO DE LOS DERECHOS HUMANOS. NADA DE LO QUE DECIMOS PRETENDE SOCAVAR A SU GOBIERNO. QUIERO QUE TRIUNFE Y CONSERVE LA POSIBILIDAD DE AYUDA. SI FRACASA LA ENMIENDA KENNEDY –NO SÉ SI TENÍA INTERVENIDO MI TELÉFONO, PERO SI LO HIZO, ME HABRÁ ESCUCHADO DAR LAS INSTRUCCIONES A WASHINGTON PARA HACER UN ESFUERZO SUPREMO PARA LOGRARLO– ENVIAREMOS LOS F-5E, TAL COMO LO ACORDAMOS.

PINOCHET: ESTAMOS RETORNANDO A LA INSTITUCIONALIZACIÓN PASO A PASO. PERO SOMOS ATACADOS PERMANENTEMENTE POR LOS DEMOCRATACRISTIANOS. SU VOZ SE HACE ESCUCHAR EN WASHINGTON. NO CON LA GENTE DEL PENTÁGONO, PERO SÍ EN EL CONGRESO. GABRIEL VALDÉS TIENE LLEGADA. TAMBIÉN ORLANDO LETELIER.

KISSINGER: NO HE VISTO A UN DEMOCRATACRISTIANO EN AÑOS…

PINOCHET: LETELIER TIENE ACCESO AL CONGRESO. SABEMOS QUE ESTÁN PROPORCIONANDO INFORMACIÓN FALSA (…) EN EL ÁREA DE LOS DERECHOS HUMANOS, ESTAMOS PROGRESANDO DE A POCO. YA HEMOS BAJADO A LOS 400 PRISIONEROS. HEMOS LIBERADO MÁS…

KISSINGER: SI PUDIERA AGRUPAR LAS LIBERACIONES (…), TENER UN PROGRAMA MÁS EXTENSO DE LIBERACIONES, ESO LOGRARÍA SICOLÓGICAMENTE UN MAYOR IMPACTO (…) MI INTERVENCIÓN Y NUESTRA POSICIÓN ESTÁN PENSADAS PARA PERMITIRNOS DECIR AL CONGRESO QUE ESTAMOS HABLANDO CON EL GOBIERNO CHILENO Y QUE, POR LO TANTO, EL CONGRESO NO NECESITA INTERVENIR. QUEREMOS QUE SE VEA ALGÚN RESULTADO QUE NO LE RESULTE DEMASIADO COMPLICADO. PERO, COMO AMIGO, DEBO DECIRLE QUE USTED ENFRENTA UNA COMPLICACIÓN EN ESTADOS UNIDOS, DONDE DEBEMOS SER CAPACES DE MOSTRAR RESULTADOS AQUÍ EN CHILE O SEREMOS VENCIDOS.

PINOCHET: NOSOTROS LOS SEGUIMOS. USTED ES EL LÍDER. PERO TIENEN UN SISTEMA QUE CASTIGA A SUS AMIGOS.

KISSINGER: TIENE RAZÓN EN LO QUE DICE… SON TIEMPOS EXTRAÑOS EN ESTADOS UNIDOS.

UN MES Y MEDIO MÁS TARDE (21 DE SEPTIEMBRE), ORLANDO LETELIER, EL EXCANCILLER DE ALLENDE Y SU ÚLTIMO MINISTRO DE DEFENSA, ERA ASESINADO EN EL BARRIO DE LAS EMBAJADAS EN WASHINGTON, JUNTO A SU ASISTENTE ESTADOUNIDENSE RONNI MOFFITT. LA BOMBA, DE SIMILARES CARACTERÍSTICAS A LA QUE LE QUITÓ LA VIDA AL GENERAL CARLOS PRATS Y A SU ESPOSA, EN BUENOS AIRES, FUE ADOSADA EN EL AUTOMÓVIL DE LETELIER POR MICHAEL TOWNLEY Y UN GRUPO CUBANO NACIONALISTA. VIRGILIO PAZ, EL MISMO QUE PARTICIPÓ DEL SEGUIMIENTO A BERNARDO LEIGHTON, ESTUVO NUEVAMENTE ENTRE LOS TERRORISTAS.

Veinte días después, el otro hombre al que Pinochet mencionó en su conversación con Kissinger, Gabriel Valdés, dirigente democratacristiano, excanciller de Frei Montalva y opositor a la dictadura, en su despacho en la ONU, recibió la llamada de la embajadora de Estados Unidos ante ese organismo:

«"El gobierno americano me ha pedido que le comunique que a partir de este momento usted está bajo la seguridad americana", me dijo de manera muy solemne. "¿Por qué, señora?", le digo. "Porque a usted lo van a matar". "Pero, ¿por qué?", pregunto. "Eso lo sabrá usted", responde y sin decir nada más me presentó al jefe de la seguridad del FBI en la ONU, un señor pelado, gordo, enorme. Salimos, me dio un revólver

e instrucciones: "Si un auto lo persigue, usted lo puede dar vuelta con un balazo". Debí cambiar de nombre y mi mujer partió a Caracas. Pasé seis meses viajando con un nombre falso, con una tarjeta American Express que no decía mi nombre, y la gente me compadecía, lo que me daba bastante rabia. Yo me salvé porque estuve todo el tiempo acompañado por un oficial del FBI. Tuve miedo, sí…»[26].

El efecto provocado por esa bomba en Washington muy pronto estalló en medio del Edificio Diego Portales. Las sospechas, tanto en Estados Unidos como en Chile, recaerían en la DINA. Esta vez Manuel Contreras había sobrepasado los límites. El juicio que se abriría en Estados Unidos tardaría algún tiempo en identificar a sus autores materiales, y mucho más a los intelectuales. En Chile, la justicia militar borró huellas y avaló la tesis de Contreras: fue un atentado perpetrado por la CIA; Michael Townley era agente de la CIA. Pasarían otros dieciséis años antes de que, una vez recuperada la democracia, el ministro Adolfo Bañados hiciera una de las investigaciones judiciales más importantes que registran los tribunales, la que dio como resultado un voluminoso expediente donde se registra buena parte de la historia de la DINA, su financiamiento y los autores del atentado a Letelier y otros muertos hasta entonces desconocidos.

En enero de 1977, Pinochet entraría a cabalgar en aguas tumultuosas. Su régimen y su poder tambalearon por la presión de Estados Unidos –donde ya no estaba Nixon, quien pasaría a la historia como el único presidente de ese país que ha debido dimitir, acusado de conspiración por obstrucción a la justicia (Caso Watergate), y de sus enemigos internos. No precisamente los opositores. Los juegos de guerra entre los que se reclamaban dueños del poder habían cobrado nuevos bríos.

En diciembre de 1977, Pinochet anunció que convocaría a una «consulta» para que la ciudadanía se pronunciara sobre la resolución de Naciones Unidas que había condenado las graves violaciones a los Derechos Humanos en que incurría la Junta Militar. No dijo «plebiscito». Era imposible. Los registros electorales habían sido incinerados. A última hora, Pinochet informó a la Junta que le agregaba un segundo voto a la consulta: «La legitimación del gobierno del general Pinochet para encabezar soberanamente nuestro proceso institucional». Era la vía para obtener amplios poderes para sí mismo y el proceso de gestación, aprobación y promulgación de la nueva Constitución del Estado. La legalización de la prolongación del régimen militar. La pieza que faltaba en el tablero.

Gustavo Leigh, en traje de combate, se opuso tajante, y nuevamente recibió el apoyo de Merino. El 23 de diciembre, cada uno le escribió a Pinochet una carta en la que enumeraron una a una sus discrepancias (nunca se hicieron públicas). Pinochet no se rindió. Alineó a los civiles del régimen y al Ejército detrás suyo y logró revertir la situación. El almirante Merino terminó por retirar su protesta y su carta. Leigh había quedado nuevamente solo. La consulta tuvo lugar el 4 de enero de 1978. Poco después, Pinochet le ordenaba a Hugo León Puelma, ministro de Obras Públicas, iniciar los planes para la reconstrucción de La Moneda.

Leigh decidió ejecutar una última maniobra. El 21 de marzo de 1978, en la Base Aérea El Bosque, frente a sus hombres y teniendo delante a Pinochet, pidió públicamente el retorno al Estado de Derecho, con una transición programada y un itinerario cronológico de cinco años. Sería su última batalla. Días después, un nuevo Golpe lo expulsaría del poder junto a casi todos los generales de la Fuerza Aérea. Fue el mayor descabezamiento que haya sufrido esa institución castrense[27].

[1]. Humberto Olavarría Aranguren, jefe del Departamento Económico de la DINA, fue también socio del Banco de Fomento del Bío-Bío y dueño de la concesión del Casino de Puerto Varas por largos años. Fue también vicepresidente de la RCA Víctor y dueño de pesqueras, radios en Valparaíso y otras empresas en Brasil. Uno de sus socios importantes fue el empresario Alfredo Ovalle, quien llegó a ser presidente de la Confederación de la Producción y el Comercio y de la Sociedad Nacional de la Minería en los años 2000. Ver más en la investigación de la autora «¿Por qué Ovalle renunció a la Sonami: fue socio del jefe financiero de la DINA», Ciper, 20 de noviembre de 2009: http://ciperchile.cl/2009/11/20/por-que-ovalle-renuncio-a-la-sonami-fue-socio-del-jefe-financiero-de-la-dina/

[2]. En su libro *La Guerra. Historia íntima del poder* (2012, Editorial Mare Nonstrum).

[3]. Testimonios judiciales corroborados de ex colonos y de sobrevivientes de la dictadura, apuntan a que al menos 10 detenidos desaparecidos de la zona de Parral habrían sido asesinados y posiblemente enterrados en la Colonia. En otros casos, Schäffer prestó las instalaciones para que se torturara a detenidos y se ocultaran pruebas de crímenes, además de apropiarse de sus vehículos. Así se demostró en la investigación por la desaparición de los militantes del MAPU, Juan Maino Canales, Elizabeth Rekas Urra y Antonio Elizando Ormaechea, fallada en 2012, por el juez Jorge Zepeda, y que terminó con la condena como autores de secuestro calificado, de Manuel Contreras, dos agentes de la DINA y dos colonos alemanes.

[4]. Ver más en la investigación de la autora «El día en que Manuel Contreras le ofreció al Sha de Irán matar a Carlos, El Chacal», Ciper, 6 de agosto de 2009 : http://ciperchile.cl/2009/08/06/el-dia-en-que-manuel-contreras-le-ofrecio-al-sha-de-iran-matar-a-“el-chacal”/

[5]. Declaraciones al diario *El Mercurio* del 6 de marzo de 1974.

[6]. Investigación de la autora en Buenos Aires, en 1986, cuyo trabajo se condensó en el libro *Bomba en una calle de Palermo*, escrito por González y Edwin Harrington (1987).

[7]. El fallo final de la Corte Suprema, de julio de 2010, dictaminó las siguientes condenas para los asesinos del general Carlos Prats y su esposa, Sofía Cuthbert: 1.- Manuel Contreras Sepúlveda: a la pena única de 17 años de presidio mayor en su grado máximo, más la inhabilitación absoluta perpetua para cargos y oficios públicos y derechos políticos e inhabilitación absoluta para profesiones titulares, mientas dure la condena y al pago de las costas de la causa, por su responsabilidad como autor de los dos homicidios calificados. Una segunda resolución, lo condenó a 3 años y 1 día de presidio menor en su grado máximo, por su responsabilidad como autor jefe del delito de asociación ilícita (DINA). 2.- Pedro Octavio Espinoza Bravo: a 17 años de presidio mayor en su grado máximo, más la inhabilitación absoluta perpetua para cargos y oficios públicos y derechos políticos e inhabilitación absoluta para profesiones titulares mientras dure la condena y al pago de las costas de la causa, por los delitos de doble homicidio calificado. Y a 3 años y 1 día de presidio menor en su grado máximo, como autor jefe del delito de asociación ilícita (DINA). 3.- Raúl Eduardo Iturriaga Neumann, Cristoph George Willike Floel, José Octavio Zara Holger y Juan Hernán Morales Salgado (todos oficiales de Ejército): 15 años y 1 día de presidio mayor en su grado máximo, más la inhabilitación absoluta para profesiones titulares mientras duren sus condenas y al pago de las costas de la causa, como autores de los delitos de dos homicidios calificados. Y otros 100 días de presidio menor en su grado mínimo, como autores miembros del delito de asociación ilícita (DINA). 4.- Reginaldo Valdés Alarcón: dos penas de 541 días de presidio menor en su grado medio, como cómplice de los dos homicidios. 5.- Mariana Callejas Honores y Jorge Iturriaga Neumann: 5 años de presidio menor en su grado máximo, más la inhabilitación absoluta para cargos y oficios públicos mientras dure la condena y al pago de las costas de la causa, en su calidad de cómplices del doble homicidio calificado.

[8]. De la investigación condensada en el libro *Bomba en una calle de Palermo* (1987).

[9]. Una copia de esa carta está en poder de la autora.

[10]. Investigación de la autora (1990), publicada en el diario *La Nación*.

[11]. César Raúl Benavides asumió como comandante de Institutos Militares del Ejército el 25 de agosto de 1973, en reemplazo del renunciado general Guillermo Pickering. En 1974 fue comandante en jefe de la V División del Ejército e intendente de Magallanes. Desde 1974 hasta 1978, fue ministro del Interior de Pinochet -lo reemplazó Sergio Fernández-, y entre 1978 y 1980 fue ministro de Defensa. Uno de los primeros tres «tenientes generales» del Ejército, distinción que le otorgó Pinochet en 1978, al cumplir 41 años de servicio. En 1981, asumió como integrante de la Junta Militar en representación de Pinochet y presidió la IV Comisión Legislativa. En 1985, lo reemplazó Julio Canessa como «sucesor». En 2005, fue procesado como encubridor en tres casos de personas desaparecidas en el cuartel más secreto de la DINA, de calle Simón Bolívar. El procesamiento fue confirmado en 2007 por el juez Víctor Montiglio. Falleció en marzo de 2011.

[12]. Herman Brady, masón, era considerado cercano a Allende durante la Unidad Popular, periodo en que fue director de la Academia de Guerra y comandante de la Guarnición de Santiago, en reemplazo del renunciado general Mario Sepúlveda (25 de agosto de 1973). Fue el primer oficial que participó en los cursos de la Agencia Internacional de Defensa (EE.UU.) a instancias del general Sepúlveda. En 1975, reemplazó al fallecido general

Óscar Bonilla como ministro de Defensa, hasta 1978. Fue otro de los tres primeros «tenientes generales» nombrados por Pinochet ese año, y uno de los que lo tuteaba. Se fue a retiro en 1979, pero Pinochet lo designó representante en el Instituto de Seguros del Estado y luego lo nombró presidente de la Comisión Chilena de Energía Nuclear, a la que le dio rango de ministerio, la que presidió hasta el fin de la dictadura, en 1990. Fue presidente de Fast Air y propietario de una cadena de bombas de bencina, además de socio en una peculiar empresa de Lenin Guardia, un ex militante de izquierda que en los 90 realizó una polémica asesoría «de inteligencia» a La Moneda y que terminó preso. En 2004, fue procesado por la ejecución y desaparición de 12 sobrevivientes del bombardeo a La Moneda, fallo ratificado en 2008. Se pidió su sobreseimiento por «demencia», pero la Corte lo rechazó. Falleció en mayo de 2011.

[13]. Julio Polloni estudió en la Escuela Telecomunicaciones del Ejército de los Estados Unidos, fue embajador en Paraguay y jefe de Asuntos Internacionales de la Subsecretaría de Telecomunicaciones (marzo 1983) y también presidente de la Compañía de Teléfonos y presidente de Entel.

[14]. El texto entre comillas y un detallado relato de lo que ocurrió en esos días fue publicado en el libro *Los economistas y el Presidente Pinochet*, cuyo autor es el ex director de *El Mercurio*, Arturo Fontaine Aldunate.

[15]. Ver *Los secretos del Comando Conjunto,* de Mónica González y Héctor Contreras.

[16]. Entrevista de la autora, publicada en revista *Cauce* en septiembre de 1984.

[17]. Entrevista de Odlanier Mena en *La Tercera*, 12 de marzo de 1998. Cuando a fines de 1977, por presión de Estados Unidos, Pinochet debió sacar a Contreras de la DINA –a la que también le cambió nombre por Central Nacional de Informaciones, CNI–, Mena regresó desde Uruguay y asumió la dirección del nuevo organismo el 17 de enero de 1978. Mena estuvo al mando de la CNI hasta el 23 de agosto de 1980. En ese lapso, Contreras intentó asesinarlo envenenando su café, tal como ha quedado demostrado en los tribunales de justicia chilenos.

[18]. Ver también investigación de la autora "Las armas químicas de Pinochet" en *Los archivos del Cardenal. Casos reales*, Periodismo UDP-Catalonia, 2011.

[19]. Los documentos de la DINA que acreditan la planificación de la Operación Colombo, así como su ejecución y los hombres que participaron en Chile y Argentina, fueron encontrados por la autora en 1986, en el Archivo Judicial del vecino país, con un voluminoso expediente con otros documentos del organismo de seguridad que Enrique Arancibia Clavel, el jefe de la red DINA en Buenos Aires, guardaba consigo y que le fueron incautados en 1978. En 1990 ese archivo se incorporó al expediente por el crimen de Carlos Prats y su esposa, y alimentó juicios en Chile, Agentina, Italia y Francia.

[20]. Del libro inédito con el testimonio de Roberto Garretón y la historia de los organismos de derechos humanos que al cierre de esta edición ya se termina.

[21]. Tanto la invitación de Manuel Contreras a la primera reunión de la «Operación Cóndor» en Santiago, como el programa que llevó el coronel Mario Janh a cada uno de los participantes, se encontraron en los Archivos del Terror, en Paraguay, tras la caída del dictador Alfredo Stroessner (1992). Una relación detallada de esa reunión, así como de las operaciones que se llevaron a cabo en distintos países, de sus protagonistas y víctimas, del rol del gobierno de Estados Unidos y la CIA, así como de los documentos que lo acreditan, se encuentran en el libro del periodista estadounidense John Dinges *Operación Cóndor. Una década de terrorismo internacional en el Cono Sur* (2004).

[22]. El general (Intendencia) Jorge Court Moock, fue gerente del Banco Central y, ya en retiro, fue embajador de Pinochet en Uruguay y ante la ALADI. La carta me la entregó él personalmente, así como sus notas de esos días intensos de 1973. Protagonizó varias intervenciones para salvar vidas u obtener la libertad de algunas personas, manteniendo siempre absoluta reserva de sus actos. Falleció en 2006.

[23]. De los 18 mil «prisioneros de guerra» en campos de concentración que el Comité de Cooperación para la Paz informó a fines de diciembre de 1973, en marzo de 1974 quedaban 10 mil, cifra que a fines de septiembre de 1975 había bajado a 7 mil.

[24]. Copia de las escrituras de las empresas que la DINA constituyó en Chile y Panamá están debidamente legalizadas y son el fruto de una larga investigación de la autora que abarcó varios años. Los reportajes se publicaron en una serie en el diario *La Nación*, en 1990.

[25]. Fue la escritora Lucy Komisar quien pidió esa desclasificación que se encuentra en el Archivo Nacional de Seguridad de Estados Unidos. El texto aquí reproducido es el que publica en su libro *Operación Cóndor* el periodista John Dinges. En esa reunión, acompañaron a Pinochet, su canciller, Patricio Carvajal; el embajador en Estados Unidos, Manuel Truco y el empresario Ricardo Claro. A Kissinger lo escoltaba Wiliam D. Rogers, secretario asistente de Asuntos Interamericanos.

[26]. Entrevista con la autora (2006).

[27]. El general Fernando Matthei reemplazó en 1978 a Gustavo Leigh en la comandancia en jefe de la Fuerza Aérea y en la Junta Militar.

CAPÍTULO XXXII

LA ÚLTIMA HUELLA DE ALLENDE

EN LA PRIMAVERA DE 1999, CUANDO SE CERRÓ LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTE LIBRO, LOS JUEGOS DE GUERRA AÚN NO HABÍAN TERMINADO. ES PROBABLE QUE NUNCA TERMINEN, PERO LAS CONDICIONES ENTONCES ERAN YA DISTINTAS. AUGUSTO PINOCHET ESTABA DETENIDO DESDE OCTUBRE DE 1998, EN LONDRES, LA CIUDAD DONDE SIEMPRE QUISO VIVIR. LA MISMA QUE HABITABA UNA DE SUS ALIADAS MÁS CERCANAS, LA EX PRIMER MINISTRO, MARGARET THATCHER, A LA QUE NO TUVO REPAROS EN AYUDAR CUANDO INGLATERRA INVADIÓ LAS MALVINAS, A SABIENDAS DE QUE ELLO ABRIRÍA UN NUEVO FRENTE BÉLICO CON LOS VECINOS ARGENTINOS.

Su detención fue obra de la tenacidad del abogado español y principal asesor de Allende, Joan Garcés, el hombre que salió de La Moneda poco antes de que fuera bombardeada, ante la exigencia del Presidente de que debía vivir para contar lo ocurrido. Garcés logró salir de Chile y no olvidó jamás su promesa. En 1996 redactó la querella que llegaría, finalmente, a manos del juez español Baltasar Garzón y que terminaría con una carta rogatoria a Scotland Yard, pidiendo la extradición a España de Pinochet por los crímenes, entre otros, de siete españoles. Los antecedentes que avalaron esa petición fueron los expedientes escritos día a día por los sobrevivientes y los familiares de las más de tres mil víctimas de la dictadura, que los abogados y personal de la Vicaría de la Solidaridad mantuvieron siempre en orden. Listos para ser utilizados en Chile y donde hubiera un juez que no fuera complaciente.

La economista colombiana Gloria Gaitán, quien llegó a Chile en enero de 1973, a la casa de Garcés, es una de las pocas personas que lo conoció en aquellos años en la intimidad. Amigos de larga data, la amistad de Gaitán con Garcés, y con Allende, la llevó a compartir algunas jornadas en Tomás Moro. Horas críticas, de tensión extrema. Aquellas donde muchas veces aflora lo mejor y lo peor de cada uno. Así recordó a Garcés:

–Hace el papel de frío, pero Joan tenía una entrega total a Allende. Creo que se murió el 11 de septiembre de 1973, y que aún no se repone de ese golpe. Allende le dio una misión, como se la dio a Víctor Pey. A mí me consta, pero él es quien debe contarla. Por eso, Víctor no podía permitirse dejar que lo mataran. Debía hacer las cosas que Allende le pidió que hiciera después de su muerte. Lo mismo pasó con Joan. Y pongo mis manos al fuego por que lo que hizo Joan en España, para que se hiciera el juicio a Pinochet, fue cumpliendo lo que, en su contexto, le pidió Allende en esa última conversación en La Moneda. Él logró que Pinochet muriera en la indignidad. Joan es muy vanidoso, pero pone siempre los valores por encima de sus intereses personales. No se deja chantajear y es capaz de irse a la tumba con un secreto. No dirá jamás su última

conversación con Allende. Es un hombre generoso, pero no se le ve la cara porque tiene la armadura puesta.

Uno de los socios más leales que tuvo Joan Garcés para persistir en su intento de justicia, y la promesa hecha a Salvador Allende en la antesala de su muerte, fue el ingeniero español y republicano Víctor Pey Casado. Ambos habían conocido al Salvador Allende íntimo, con sus debilidades y grandezas. Y ninguno de los dos cedió al interminable acoso de los medios para hacerse protagonistas de una historia que siempre consideraron colectiva. Nunca en primera persona.

El silencio total fue el mismo camino que adoptó otra protagonista de aquel 11 de septiembre de 1973: Miria Contreras, la *Payita*, la compañera de Salvador Allende. Ya en el exilio, Miria eligió, en La Habana, el camino de la prescindencia de toda figuración política. Solo aceptó ir a un programa de TV para dar testimonio del sitio y bombardeo de La Moneda. Nunca mencionó su historia personal con el Presidente. «Fue su opción, nadie se lo impuso. Y la asumió con extrema dignidad», asegura un amigo de Allende. La muerte de Beatriz (*Tati*) Allende, en Cuba, en 1977, fue un nuevo gran golpe: ambas habían tejido una relación estrecha que se profundizó en el exilio. Por casi tres años, entre el 77 y el 80, la *Paya* trabajó en Miami a cargo de una riesgosa misión. Tras un acuerdo entre la Casa Blanca y Fidel Castro para facilitar en Estados Unidos los viajes de los cubanos exiliados a la isla, la *Paya* asumió en dicha ciudad la administración de Havanatur, agencia de viajes estatal. Pero la llegada de Reagan a la Casa Blanca, puso brusco fin al acuerdo, y los empleados de Havanatur –*Paya* incluida– fueron virtualmente expulsados de Estados Unidos. Partió entonces a París. Allí instaló las oficinas de Cubana de Aviación, Intur y Havanatur. Y muy pronto se convirtió en la madrina de los desamparados de cariño, techo y comida en el exilio[1].

Estaba en Francia cuando, con doloroso estupor, supo en 1988 de la «entrevista exclusiva» publicada en la revista italiana *Epoca* –bajo la firma de Gastón Salvatore Pascal–, texto que *El Mercurio* reprodujo en Chile con gran despliegue. En ella la *Paya* aparecía hablando de su relación con Allende y comentando ácidamente actitudes tanto de la familia del fallecido Presidente como de algunos de los principales dirigentes de la oposición a Pinochet. No tuvo más camino que romper su silencio para desmentirla. Hizo una declaración pública (revista *Análisis*), diciendo que «el sitial del Presidente Allende en la galería de los inmortales es inamovible y está por encima de toda tentativa de mácula». Y a la esposa del Presidente, Hortensia Bussi, le dedicó varios párrafos: «Yo respeto mucho a *Tencha,* y ella lo sabe, por lo demás. Pero no es eso lo más importante. Lo que cuenta es el respeto que tienen por ella todos los chilenos demócratas (…) Ella era, ya antes, una mujer sobresaliente, pero en el exilio su imagen –con razón– ha adquirido un relieve mucho mayor (…) Eligió luchar, participar, convertirse en portavoz y abanderada infatigable de la causa chilena más noble».

Al retornar del exilio, mantuvo su rechazo a dar entrevistas. Por respeto a su familia, a *Tencha* y a la memoria del Presidente. «Mi presencia al lado del Presidente Allende fue una coyuntura, un azar de la historia que no me faculta ni me avala para tener un papel protagónico», aseguró en 1988. Y nadie la movió de allí.

En 2001, en su departamento en Providencia, rodeada de sus hijos y nietos, Miria Contreras accedió a conversar con Patricia Verdugo y la autora sobre algunos capítulos de su vida. En esas largas horas, nos introducimos en un túnel de mucho dolor. Y mucho amor. Con una mezcla de dulzura y firmeza nos habló de por qué había decidido guardar

silencio. Al día siguiente nos fuimos a ver a Víctor Pey, quien compartió desde la intimidad de la pareja hasta los cotidianos juegos de ajedrez en Tomás Moro y «El Cañaveral». Quisimos saber cómo vivía esa historia Salvador Allende:

–Ella representa un conjunto de valores que para Salvador Allende fueron fundamentales en su vida. Primero, la *Paya* provenía de una familia progresista, laica, de notables masones. Hay que recordar que, para el doctor Allende, la Masonería –de la que su admirado abuelo fue Serenísimo Gran Maestre– representaba el eje ordenador de sus valores. Él ingresó a la Masonería a los 26 años y perteneció a ella hasta su muerte. Incluso más, la Masonería fue la que protegió a su familia cuando su abuelo murió. Le dio dos casas a la viuda: una para vivir con sus hijos y otra como renta para sostener a la familia Allende. La *Paya*, además, encarnaba la lealtad a toda prueba. Ella fue también la fuente de una inconmensurable ternura. Y la ternura es justamente una cualidad que el doctor conoció a fondo en la mujer por quien sentía una verdadera devoción: su madre. Agreguen a todo eso que la *Paya* compartía y disfrutaba de su sentido del humor.

En noviembre de 2002, la *Paya* falleció. Cuando volví a ver a Víctor Pey, algo sutil pero importante había cambiado en su mirada. Sentado en su modesto departamento de Ñuñoa, Pey seguía atento los pasos del juicio entablado por Joan Garcés contra Pinochet. No paraba de trabajar. Nada en sus palabras ni en sus gestos denotaba alguna satisfacción por lo logrado. Se diría que no sabe conjugar el verbo vencer. Allí estaba, en su austero departamento de siempre, consciente de que el costo de la guerra ha sido cruento, brutal. Y que aún los juegos no se detienen.

Augusto Pinochet murió el 10 de diciembre de 2006, siete días después de que Hugo Chávez fuera reelecto Presidente de Venezuela (había sido elegido en 1999 y en 2002 sorteó un intento de Golpe de Estado), marcando a fuego el cierre de un año en que diez elecciones enterraron la bota militar, cambiando el rostro político de América Latina, con un leve giro a la izquierda.

Pinochet no tiene tumba. Así terminó su sueño de ser enterrado en un mausoleo napoleónico, donde fuera recordado por los siglos de los siglos. Cuando del cinerario surgió el humo negro de sus restos, fue imposible resistirse a la vorágine de imágenes de muerte que estremecieron al continente bajo la impronta de Pinochet, Somoza, Stroessner, Videla y tantos otros.

La historia había dado un vuelco, el que se inició el 18 de diciembre de 2005 en Bolivia, cuando llegó al Palacio Quemado por primera vez un líder indígena y de izquierda, Evo Morales. En enero de 2006, Michelle Bachelet, socialista y médico como Allende, se convirtió en la primera mujer Presidenta de Chile. Le siguió Óscar Arias, en Costa Rica. Sesenta días de respiro y Álvaro Uribe fue reelecto en Colombia, el bastión de la derecha. Un mes más tarde, Alan García se impuso en Perú dando paso a la más reñida elección de México: Rafael Calderón superó por solo 240 mil votos al candidato de la izquierda, Andrés Manuel López Obrador. En octubre, Brasil marcó el pulso de América Latina: la corrupción obligó al líder obrero Lula da Silva a un dramático balotaje del que salió victorioso. Sin tregua, el 5 de noviembre, en Nicaragua, fue electo el sandinista Daniel Ortega. Y el 26, Ecuador también optó por la izquierda, con Rafael Correa. Hugo Chávez cerró el circuito el 3 de diciembre.

El año 2006 lleva la marca de diez elecciones candentes y ni una sola ruptura democrática. Pinochet se convirtió en cenizas en los minutos en que la Operación Cóndor, la coordinación de los servicios de Inteligencia de las dictaduras del Cono Sur, era

sepultada por los sobrevivientes de esa cacería, ahora empeñados en fortalecer la democracia, la misma que menospreciaron en los 60 y 70. La nueva izquierda latinoamericana ya no busca cambiar el mundo por la vía de las armas. Hoy explora por la vía democrática, fórmulas y recetas para atacar el legado del neoliberalismo: estados débiles, pésima redistribución de la riqueza, corrupción y violencia social. El gran temor ya no son los golpes militares, sino la expansión de la ola de malestar creciente en contra de una democracia que no ha sido capaz de cumplir sus promesas de mejoría social y económica, y que mantiene incólume la brecha que separa a ricos y pobres. Ahí está el mayor peligro de desestabilización democrática.

Pero los juegos de guerra continúan. Y algunos secretos de lo que muchos vivieron en esos largos años de refugio en trincheras, han tardado décadas en aflorar a la superficie. Eso es exactamente lo que fuimos a buscar a Bogotá meses más tarde de la muerte de Pinochet.

Varias versiones existen sobre lo que hizo Salvador Allende el domingo 9 de septiembre de 1973, a 48 horas del Golpe de Estado que culminaría con La Moneda bombardeada y el Presidente muerto. Al examinar cada hora de ese día, las versiones se contradicen. Un misterio envolvía lo que hizo en la víspera del peor drama que ha vivido Chile en el siglo pasado. Horas clave, porque en esa misma jornada dominical, Allende recibió a Pinochet, quien aún le juraba lealtad como comandante en jefe del Ejército, acompañado por el general Orlando Urbina, quien se decía un ferviente partidario de Allende y que al día siguiente se convertiría en aliado del dictador. También tuvo una entrevista con Luis Figueroa, el presidente de la entonces poderosa Central Unitaria de Trabajadores, una de sus principales bases de apoyo. Pero, ¿con quién almorzó en Tomás Moro? Treinta y cuatro años después del Golpe encontramos a la mujer que compartió esas horas con Allende, a Gloria Gaitán, la hija de Jorge Eliécer Gaitán, el principal caudillo liberal colombiano, cuyo asesinato hizo estallar la peor noche de violencia que conoció Bogotá en el siglo XX, y quien hasta entonces nunca había revelado el secreto que la llevó a ser protagonista de un domingo histórico[2]. Un capítulo que el periodista Juan Andrés Guzmán y la autora, ya habían confirmado con dos testigos.

–Gloria, ¿es usted la mujer que compartió con Salvador Allende el almuerzo del domingo 9 de septiembre de 1973?

–¿Quién se lo dijo? ¿Víctor Pey?

–¿Cómo fue que llegó a Tomás Moro precisamente ese domingo? ¿Por una historia de amor?

–No, la mía no es una historia de amor… Yo estaba ahí porque le pedí que me invitara. Nosotros nos reuníamos eventualmente por la noche en Tomás Moro. Yo formaba parte de un pequeño grupo muy cercano a él, en el que estaba Víctor Pey, su mejor amigo, el de más confianza; Danilo Bartulín y Joan Garcés, su principal asesor. Durante esas noches, por ejemplo, Allende se empeñó en enseñarme a jugar ajedrez. Le parecía muy importante, para alguien que hace política, saber ese juego. Y nos quedábamos charlando hasta las 2 o 3 de la mañana. Pues resulta que una vez le dije que yo nunca lo había visto a la luz del sol. «Siempre nos vemos de noche», le reclamé. Fíjese que fue la única vez que le hice una petición. Y Allende decidió invitar a mis hijas a almorzar el domingo 9 de septiembre, a Tomás Moro. Fue muy lindo: las sentó en la mesa a su derecha y a su izquierda, y les anunció que ese almuerzo era para ellas. Les hizo un paseo por Tomás Moro y les regaló un hongo de madera y una matrioschka rusa. Estaban

también Víctor Pey y una chica colombiana de apellido Rubiano, muy reaccionaria, la que estaba en mi casa por esos días de manera accidental. Y no me acuerdo de más nadie.

–**¿Cómo lo vio ese día?**

–Él amaba la vida como no he conocido a nadie. Se veía tranquilo, se dedicó a mis hijas… Nos fuimos como a las 4 o 5 de la tarde. Estaba absolutamente consciente de que el Golpe estaba cerca y que su muerte era inevitable... Fue el último día que lo vi. Le tenía un inmenso afecto y una entrega total. Una noche de agosto, estábamos frente al tablero de ajedrez, y como a las 9 vinieron a avisarle que habían llegado los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas. Él me hizo entrar a su habitación y me pasó un librito de *Mafalda*. Cuando los militares se fueron, Allende entró a la habitación: «Te tienes que ir para Colombia porque el Golpe va a ser pronto», me dijo. «No, mientras haya problemas en Chile, yo no me voy», le contesté. «Si no te vas ahora, no te vas a ir nunca para Colombia», me advirtió. Y yo le pregunté: «¿Es un general o son todos los que van a liderar el Golpe?». «Es uno solo», respondió. Y me estoy escuchando cuando le digo: «Si tú quieres, yo lo mato». Usted no sabe cómo se descompuso. Nunca lo había visto así. Me sentó sobre la cama mientras yo le pedía que no se alterara. Lo estoy escuchando decir con el rostro aún descompuesto: «¡No es eso lo que molesta, es que si tú lo matas, entonces qué nos diferenciaría de ellos!».

–**¿Cómo definiría la relación que había entre ustedes?**

–Yo le tenía una lealtad enorme…. La *Payita* era su amor, su compañera. Yo vi a Allende como la reencarnación de mi papá, la oportunidad de ser lo que nunca pude ser con él: su compañía, el desahogo, una tumba en lo que me decía. Porque mi padre, sabiendo que corría riesgo su vida, no se dejaba cuidar. Cuando ve al asesino, se lanza hacia él. Si se hubiera botado al suelo habría sobrevivido. Yo hice con Allende lo mismo que le decía mi mamá a mi papá: que se cuidara, que se tomara el poder a la fuerza… Todo el mundo saca la conclusión amorosa…

–**¿Cuándo llegó usted a Chile?**

–En enero del 73. Me acababa de separar y a pesar de ser economista, no había podido conseguir trabajo en Colombia. Entonces fui al colegio de mis hijas (*Alianza Francesa*), a decirles a los directivos que no podía seguir pagando y que las retiraba. Cuando se enteraron los padres, se ofrecieron a ayudarme. Uno de esos apoderados era el embajador de Chile en Colombia (*Julio Barrenechea*), quien le contó a Allende que la hija de Gaitán estaba en muy mala situación económica, que no encontraba empleo. Así fue como me invitó a trabajar a Chile y entré a Odeplan. Nos habíamos conocido en La Habana, en 1959, cuando se hizo el primer festejo del 26 de julio. Ahí conocí a Allende y a Lázaro Cárdenas (*Presidente de México entre 1934 y 1940*). Allende era muy amigo de Antonio García, el fundador del Partido Socialista colombiano, y mi exmarido, Luis Emilio Valencia, el vicepresidente, me lo mencionaba permanentemente. Llegué a la casa de Joan Garcés, de quien era amiga desde mis tiempos de universitaria.

–**¿Cómo se inicia su relación sentimental con Allende?**

–Yo no tuve relación sentimental con Allende… ¿Quién le dijo eso? Yo no fui su gran amor… Su gran amor fue la *Payita*.

–**Pero sí tuvo una relación sentimental con él y por eso estaba con Allende almorzando el 9 de septiembre en Tomás Moro, en medio de la crisis, y con sus hijas. Porque había otro factor muy importante que se agregó a su relación. Si sigo hablando le voy a recordar cosas muy dolorosas…**

–…lo que menos me duele son las cosas dolorosas… Nadie le puede decir que Allende me amó. Nadie, porque no es verdad… Yo a veces pienso mucho sobre las últimas versiones de María Magdalena, cuando dicen que ella tuvo un hijo con Jesús. La gente no puede entender lo que es una entrega total a un ser a quien se idolatra y al que se protege más de lo que uno puede proteger a un hijo.

–¿Y por eso aceptó tener un hijo de Salvador Allende? Porque él le dijo, en agosto de 1973, a uno de sus amigos más estrechos, que iba a ser padre de un hijo que sería nieto de Jorge Eliécer Gaitán e hijo de Salvador Allende. Usted esperaba un hijo de Allende en 1973…

–El único que le podía haber dicho algo así era Víctor Pey… ¡Quién le dijo eso! Pero esa frase que usted me repite… (*Profundos sollozos. La entrevista se interrumpirá durante más de una hora. Cuando ya en Bogotá la luz se ha ido, lentamente, Gloria aceptará continuar*)… No entiendo cómo usted sabe esa historia... No fue un embarazo no deseado. Allende quería tener ese hijo. Él sabía que iba a morir y fue la forma de seguir viviendo: en un hijo. ¡Pero cómo pudo usted saberlo! Por eso cuando llegué a Bogotá, mi mamá me estaba esperando en el aeropuerto y me dijo: «Esto es peor que la muerte de tu papá». Ella era la única que sabía que yo estaba embarazada. Se lo escribí desde Chile. Mi mamá guardó todas las cartas, pero no las he querido leer. Las han leído mis hijas... Yo pensé que el único confidente que Allende tenía de sus cosas más íntimas era Víctor Pey.

A partir de la mañana del 11 de septiembre de 1973, Gloria vivió horas difíciles. No quería asilarse, no quería dejar su casa. Hasta que sus amigos la convencieron. Entonces, cogió una maleta pequeña, metió allí todos los regalos que le había dado Allende y partió a la embajada de Colombia en Santiago.

–Eran tres ponchos, para mis hijas y para mí, con una tarjeta que decía «para que sientas el calor del pueblo chileno»; un collar de caracoles blancos mapuche; una pulsera que hacía juego con un collar de Marruecos; un radiograbador y una casete con un discurso, que desafortunadamente me robaron, donde él citaba a mi papá. Cuando me lo regaló me dijo que debía escucharlo después que muriera. Eché todo en esa maleta, cartas, tarjetas y regalos, y se me olvidó poner cepillo de dientes e incluso ropa para cambiarme. ¡Nada útil puse! Me metí en el baúl del Renault de mi vecina y llegamos a la embajada. Estaba Enrique Santos Calderón, quien fue director del diario *El Tiempo* de Bogotá, y el embajador Juan B. Fernández, el que se decía liberal, hoy dueño del periódico *El Heraldo*, de Barranquillla. Pedí asilo. «Yo no la recibo porque soy partidario de los militares, usted váyase a la calle», dijo el embajador. «Embajador, usted es el jefe de la misión, pero tendrá que pasar por encima de mi cadáver antes de que esta señora salga, porque si ella sale la matan», le dijo el cónsul, Octavio Calle. El embajador insistió en no dejarme entrar. Hubo una tremenda discusión. Enrique Santos también intervino en mi favor, hasta que Octavio Calle cortó diciendo: «Voy a llamar al Presidente Pastrana». El Presidente Pastrana se comunicó con el embajador y le dio la orden de que me dejara entrar.

Fueron días agotadores. Gloria fue testigo de cómo llegaba más y más y más gente pidiendo refugio, a lo que el embajador respondía con nuevos obstáculos. Más de mil personas llegaron a buscar cobijo a esa embajada. Hasta que por fin llegó el día en que le anunciaron que partiría a su país. Era aún septiembre cuando aterrizó en Bogotá. Su madre la esperaba.

–¿Qué pasó con el hijo que esperaba?

Nuevamente la entrevista se interrumpirá. Pasará más de una hora antes de que ella pueda al fin empezar a balbucear lo que ocurrió un día de octubre de 1973, cuando caminaba por una calle de Bogotá. Recordará que no lloró ni el día del Golpe ni los posteriores. Pero el torrente estalló el día en que sintió que algo caliente corría por sus piernas. No quiso mirar. Se apoyó en la pared. Un dolor agudo en el vientre le confirmó su peor pesadilla. El hijo de Salvador Allende que ella llevaba en su vientre se le escapaba en un hilito de sangre:

–Fue un golpe muy duro… Yo iba pasando por Carrera 13, muy cerca de la Clínica de Marly, cuando sentí que me corría algo por las piernas… Me regresé para ir a la clínica, y al levantar los ojos, vi el aviso que decía «ginecólogo» y su apellido: «Gaitán». Estaba justo al frente de su consulta… No dudé, entré, subí y el doctor me atendió de inmediato….

El relato se volverá a interrumpir. Gloria regresará a aquella consulta blanca y estrecha, donde quedó la imagen que no olvidará: el basurero de plástico verde donde quedó sepultado el feto del hijo hombre de Salvador Allende y nieto de Jorge Eliécer Gaitán…[3].

–Fue Allende el que lo decidió. Creo que, sabiendo que iba a morir –porque ahí mismo en Tomás Moro nos había dicho que se mataría porque al exilio él no se iría–, pensó que una manera de prolongar su vida era con un hijo… Además, le parecía un milagro que fuera también nieto de Jorge Eliécer Gaitán. No, esa no fue una historia de amor… Yo se lo dije.

EN LA PRIMAVERA DE 1999, MIENTRAS PINOCHET SEGUÍA PRESO EN LONDRES, EL QUE FUERA EL SEGUNDO HOMBRE MÁS PODEROSO DE CHILE, EL GENERAL MANUEL CONTRERAS, CUMPLÍA CONDENA POR VARIOS CRÍMENES, LA QUE EN TOTAL SUMABA MÁS DE CIEN AÑOS DE PRISIÓN (EN AGOSTO DE 2012, SUS CONDENAS SUMAN 275 AÑOS DE CÁRCEL). SABE QUE SOLO PODRÍA SALIR LIBRE POR UNA DECISIÓN POLÍTICA, ALGO TAN UTÓPICO COMO INTENTAR OLVIDAR QUE SU NOMBRE ESTÁ ASOCIADO INDISOLUBLEMENTE A LA MUERTE. TAMBIÉN CUMPLIENDO CONDENA, PERO EN SU CASA, ESTABA EL GENERAL SERGIO ARELLANO STARK. LOS JUICIOS POR LOS 72 MUERTOS QUE DEJÓ LA «CARAVANA DE LA MUERTE», LA MISIÓN QUE ÉL ENCABEZÓ POR ORDEN DE PINOCHET, EN 1973, AÚN NO TERMINABAN, PERO ÉL YA SABÍA EL FINAL. RECHAZÓ SIEMPRE QUE LE APLICARAN LA LEY DE AMNISTÍA, EXIGIENDO UN TRIBUNAL DE HONOR PARA CLARIFICAR LAS RESPONSABILIDADES. LOS TRIBUNALES FUERON LOS ENCARGADOS DE ENTREGAR EL VEREDICTO DE LA JUSTICIA: CULPABLE[4]. UNA SENTENCIA PARA LOS ANALES DE NUESTRA HISTORIA. PERO, PARA LA HISTORIA DE ESTA INVESTIGACIÓN, ESA MAÑANA YO FUI AL ENCUENTRO DEL GENERAL SERGIO ARELLANO Y LE PEDÍ UNA RESPUESTA:

–Usted afirma que le informó al general Pinochet de lo ocurrido en Antofagasta y también del Consejo de Guerra en Copiapó y de las ejecuciones en Calama. ¿Por qué no exigió, con la misma fuerza con que emprendió la organización del Golpe de Estado, que se investigaran los hechos y se sancionara a los culpables?

–Sí, le informé a Pinochet de lo ocurrido, apenas regresé a Santiago. Recuerdo como si fuera hoy cuando entré a su oficina y le relaté los hechos. También recuerdo sus palabras, sus interrupciones… No me respondió y, cuando más tarde volví a preguntarle, tampoco lo hizo. Me habló de mi próxima misión a Perú y Bolivia… Del peligro de guerra… Y yo no insistí. Vi en su mirada la misma intensidad de ese sábado 8 de septiembre, cuando finalmente lo encontré en su casa y le informé que el Golpe iba de todas maneras, y que él debía ser el hombre que encabezara las fuerzas del Ejército… Y puse por encima la necesidad de cohesión interna que requería la nueva etapa. Estaba convencido de que cualquier quiebre interno provocaría un desastre mayor. Porque la verdad es que la única alternativa era que me rebelara. Y eso, señora, eso no lo habría hecho jamás. ¡Por mi institución!

–¿Privilegió a su Ejército por sobre la vida de chilenos indefensos, condenados a penas menores y que, no obstante, fueron asesinados fríamente y sus cuerpos enterrados clandestinamente?

–(*Largos minutos de silencio*) Júzgueme. Eso es lo que han hecho hasta ahora muchas personas. Pero nadie se detiene a pensar en por qué he rechazado, una y otra vez, y desde el inicio del proceso, que se me aplique la Ley de Amnistía. He tenido muchos años para lamentar no haber sido más enérgico y hasta terminante en exigir una investigación y castigo para los responsables. Sí, no eludo mi responsabilidad de haber llevado en esa comitiva a hombres que se comportaron como asesinos. Tampoco le diré que no soy responsable por no haber exigido ante el general Pinochet una investigación acuciosa. Pero si querían que me rebelara, ¡eso no! Solo Dios y mi familia saben el costo que he debido pagar por ello. Un costo que también alcanza a los míos. No pretendo eludir mi responsabilidad como jefe militar ante lo obrado por mis subordinados. Por eso fui enfático en pedir al Ejército un Tribunal de Honor. Lo único que cabe ante un hecho que puede empañar a la institución es que lo que no se hizo entonces, se haga ahora. Para que quienes realmente cometieron delitos sean sancionados. Viéndolo en retrospectiva, debí llegar más lejos con Pinochet… No lo hice porque quise evitar un mal mayor y así también provoqué que no se esclareciera oportunamente lo sucedido. Pero había odio en esos días. Un odio inmenso que no justifica nada de lo sucedido. Asumí, entonces, la misma actitud que cuando, poco después, me enviaron a retiro… Puse al Ejército por encima de todo, porque siempre he creído que es la institución a la que le debo todo… Y no me pregunte qué le diré a Dios cuando llegue la hora… No sé si llegaré ante Dios… Espero solamente que Pinochet tenga también el coraje de enfrentar la verdad para que sean los hombres y no la institución los que reciban castigo…

Arellano se equivocó. Pinochet murió declarándose demente para evitar la justicia. Jamás asumió su responsabilidad en ninguno de los crímenes que se cometieron. Siempre fueron otros, «excesos» de otros. En 2004, el hallazgo de cuentas secretas del dictador y su familia en el Banco Riggs en Estados Unidos[5], dio un nuevo vuelco a su prontuario. Surgieron las sociedades secretas, las que servían para recoger cuantiosas comisiones por la compra y venta de armas que hacía Famae y la Royal Ordenance, por el Cohete Rayo, entre otras. Así lo demostraron los ministros Sergio Muñoz, Carlos Cerda y otros jueces que han investigado las coimas pagadas en ese rubro. Los juicios por los ilícitos generados aún están abiertos. Lo único claro hoy en día es que, de la fortuna que logró ocultar -y que hasta ahora ha sido pesquisada por la justicia-, más de 17 millones de dólares no tienen origen en sus remuneraciones, donaciones o inversiones.

Es la primavera en Santiago de 1999. Al salir de la casa de Sergio Arellano, decido partir hacia una tranquila calle en la comuna de La Reina. Allí en una calle arbolada, en el colegio Rubén Darío, está Félix Huerta, el joven que hace casi treinta años, en otro septiembre, se convirtió en asesor de Salvador Allende. Uno de aquellos escogidos que formaron su «GAP intelectual». Después del Golpe, logró mover su cuerpo y sus manos y, sobre todo, su fuerza para transformar su entorno. Y se volcó a los niños y jóvenes que, en su colegio Rubén Darío, reciben el caudal de su mística. Pero la coraza que lo envuelve es de acero. Allí están, pegados a la piel, todos sus recuerdos y el amor por Ricardo *Máximo* Pincheira, Claudio Jimeno, Jorge Klein, Carlos Lorca, Exequiel Ponce, Víctor Zerega y tantos otros; un grupo de hombres con los que vivió los años más intensos y felices de su vida.

–**Se siente culpable por ser un sobreviviente…**

–¡Sí! ¡Y cómo pesa! Los sentimientos de culpa me han acompañado durante ya no sé cuántos años. Porque a muchos de ellos los metí yo en la pelea… Porque cuando me fui a Cuba no le dije nada a nadie, simplemente desaparecí. Sentía que era muy probable que me mataran y no quise llevarme a otro. ¡Y solo yo estoy vivo! Sí, sobreviví… Cuando salí de Cuba, los médicos dijeron que me quedaban ocho años de vida. Siempre decía «me falta poco». Y he ido enterrando a todo el mundo… ¡Cómo no voy a ser un sobreviviente!

El último encuentro de Félix Huerta con uno de sus mejores amigos, Ricardo *Máximo* Pincheira, tuvo lugar un año antes. Fue en el Instituto Médico Legal a donde Huerta llegó respondiendo a un llamado de la madre de *Máximo*: al parecer habían identificado sus restos, entre otros detenidos desaparecidos que exhumaron del Patio 29.

–Me comuniqué con una doctora de la Morgue, la que supo que había estudiado Medicina. Ella me encerró en una sala y me pasaron los huesos y fotos. Estuve como dos horas con los datos que me decían muy poco. Luego me pasó otro cráneo. Yo tenía que dar una opinión: cuál de ellos correspondía al de *Máximo*. Uno tenía una bala en la sien y le habían volado parte de la mandíbula. El otro correspondía a un individuo al que le habían hecho una necropsia. Los tenía a los dos al frente… y me quedé con el cráneo del tiro de gracia: una muerte menos… Pero no estaba en lo correcto. El cráneo de Ricardo era el otro… Y repasé su muerte… Lo quemaron entero, lo torturaron brutalmente… Tiene no sé cuántos impactos de bala, pero ninguno mortal… Lo fueron matando de a poco y finalmente lo tiraron moribundo, o ya muerto, por aquí por Macul. De allí fue recogido y tirado al Patio 29, en el Cementerio General… Estuve largas horas haciéndole cariño a sus huesos y despidiéndome de mi amigo… Fue un viaje impresionante a las profundidades…

Félix Huerta no podía imaginar en esa primavera de 1999 que aquellos huesos que acarició en una última despedida, no eran de su amigo *Máximo* Pincheira. En un juego de guerra más macabro, un error de identificación lo convirtió nuevamente en un desaparecido. Deberían pasar otros diez largos años para que algunos de los hombres que decidieron permanecer el 11 de septiembre con Salvador Allende en La Moneda, y sobrevivieron al bombardeo, pudieran al fin encontrarse con los suyos. Aunque fueran solo fragmentos de sus huesos y dientes.

En enero de 2001, la jueza Amanda Valdovinos recibió la misión de investigar la existencia de una caverna con cráneos de detenidos desaparecidos en el campo militar de Peldehue (actual Fuerte Arteaga). Era uno de los antecedentes entregados por el Ejército

en el informe sobre el destino de 200 detenidos desaparecidos (180 identificados y 20 NN), como resultado de la «Mesa de Diálogo»[6]. La búsqueda comenzó. Casi tres meses después habría un primer hallazgo. Fue encontrado el esqueleto del dirigente sindical, Luis Rivera Matus. No hubo satisfacción. Rivera aparecía en el informe militar de hacía pocos meses como «lanzado al mar». Su familia intentaba encontrar algo de resignación. Ahora, su esqueleto aparecía intacto[7]. El terreno arcilloso había impedido su descomposición. Ello significaba que los datos entregados por los militares a la «Mesa de Diálogo» no eran fidedignos.

La consternación, ira y frustración se apoderaron de cientos de hombres y mujeres que, en esos meses, se mantuvieron durante todo el día alrededor del área donde se hacían las excavaciones, en las afueras de Santiago, intentando pronunciar la palabra esperanza. Transcurridos otros cuatro meses de intensa búsqueda, la jueza Valdovinos lograría rescatar cerca de 500 piezas óseas, al excavar en un pozo profundo, al norte del campo militar. Pero ya no hallaría esqueletos enteros. Con extrema meticulosidad, peritos procedieron a recoger fragmentos de cráneo, de extremidades y dientes, además de pequeños trozos de granadas y proyectiles.

«La detenida observación de restos encontrados en toda el área de la fosa y en el pozo aludido, en cuyas paredes aparecen estos incrustados, permiten concluir en forma categórica el uso de explosivos del tipo granadas para la destrucción de los cuerpos», afirmó la ministra en su informe a la Corte Suprema, en mayo de 2002. No fue la única conclusión: hubo evidencias de que el 13 de septiembre, cerca de 40 personas que se hallaban en el Regimiento Tacna como «prisioneros de guerra», fueron llevados hasta Peldehue, donde se los ejecutó y se los arrojó a un pozo, para luego detonar sus cadáveres con explosivos. Valdovinos concluyó: «Hay indicios de que el sitio fue removido con maquinaria pesada de gran tamaño y su contenido extraído a mano con relativa minuciosidad». Diligencias posteriores le dieron la razón.

El suboficial Eliseo Cornejo afirmó haber participado en el fusilamiento de los sobrevivientes del bombardeo a La Moneda, el que se realizó «por orden del entonces coronel Joaquín Ramírez Pineda». También confesó haber sido quien, en 1978, indicó el lugar exacto donde fueron enterrados los cuerpos, los que fueron exhumados y trasladados en helicóptero a otro sitio[8]. El capitán Pedro Rodríguez Bustos fue testigo presencial de la remoción: «Mi misión fue sacar los cuerpos, helicópteros del Comando de Aviación del Ejército, los tiraron al mar, envueltos». El suboficial Juan Carlos Molina, lo confirmó: «Los cuerpos que me tocó ver a mí, iban envueltos, y se les amarraban unos rieles de tren para que se hundiera en el mar. Un cuerpo por riel y los tapaban con un saco». Dijo también haber participado en dos misiones: «Yo no podía decir la verdad, pero después de la muerte de mi hijo, me hice un examen de conciencia y me dije: tengo que seguir viviendo porque no soy responsable de esto. Duele…».

La investigación concluyó que, en la noche del 23 de diciembre de 1978, a horas de la Navidad, personal de Inteligencia del Regimiento Tacna –cuyo comandante era entonces el coronel Hernán Canales Varas–, llegó hasta Peldehue y con ayuda de maquinaria pesada, removieron un antiguo pozo seco. A seis metros de profundidad, encontraron los primeros cuerpos. La sorpresa fue que estaban prácticamente enteros. Uno a uno los restos fueron puestos en sacos. Y cuando llegaron al último, los echaron en un camión. Cerca de la medianoche, el camión trasladó los sacos hasta un parque de estacionamientos, al costado oriente de la Carretera San Martín. No hubo que esperar

mucho. A los minutos, aterrizó un helicóptero *Puma* del Ejército. Los sacos fueron tirados a la nave. Cerca de la medianoche, el helicóptero partió con su carga secreta. La jueza y su equipo identificaron a los dos hombres que dirigieron la ejecución sumaria: el coronel Pedro Espinoza y el teniente Julio Vandoorsee Cerda, quien sería más tarde director de la Escuela de Paracaidistas y Fuerzas Especiales. El entonces subteniente del Regimiento Tacna, Jorge Iván Herrera, apuntó con su ametralladora, matándolos uno a uno[9].

La identificación fue un proceso largo y complejo. Debieron transcurrir casi siete años para que, el 25 de enero de 2010, los pequeños fragmentos encontrados en el pozo seco de Peldehue, fueran finalmente identificados por el SML, con la ayuda de expertos del laboratorio de genética de Innsbruck (Austria). Entre los primeros once identificados, estuvieron los doctores Ricardo *Máximo* Pincheira Núñez, de 28 años al momento de su ejecución y un hijo, y Enrique Paris Roa, de 40 años y tres hijos.

Nuevamente la situación se volvió incomprensible. Ambos habían sido identificados entre los restos de muchos otros prisioneros ejecutados y enterrados clandestinamente en el Patio 29 del Cementerio General. La autopsia del cuerpo que, presumiblemente correspondía al doctor Paris, indicaba que había sido torturado brutalmente y que, al final, fue quemado con soplete en el rostro, las manos y el cincuenta por ciento de su cuerpo. Había sido arrojado desde el Puente Bulnes para llegar agónico al Hospital J.J. Aguirre de la Universidad de Chile. Algo similar ocurrió con los restos atribuidos a *Máximo* Pincheira. El dolor de sus familias fue indescriptible. Al funeral de Paris, quien en 1973 era vicerrector de la Universidad de Chile, asistieron altas autoridades del país. En 2010, su familia debió volver a repetir todo el proceso cuando les entregaron los verdaderos restos de Enrique Paris: cupieron de sobra en una pequeña cajita.

«Es posible encontrar pedacitos de verdad», dijo su hijo, del mismo nombre.

Entre los once identificados de los fragmentos descubiertos en 2010 en el Fuerte Arteaga, hubo otros cuatro sobrevivientes de La Moneda. Los cuatro jóvenes, integrantes del GAP, también habían sido previamente identificados entre los restos exhumados en el Patio 29, en los años 90: Óscar Avilés Jofré (28), Jaime Sotelo Ojeda (33), Manuel Castro Zamorano (23) Héctor Urrutia Molina (22), y Luis Rodríguez Riquelme. Los cinco restantes, también integrantes del GAP, habían figurado como «lanzados al mar» en el informe militar a la «Mesa de Diálogo»: Óscar Lagos Ríos (21); Julio Moreno Pulgar (24), Julio Tapia Martínez (24) y Juan Vargas Contreras (23). Parecía una burla[10].

En octubre de 2011, el SML logró la identificación de otro de los hombres que acompañó a Allende en La Moneda bombardeada. Los pequeños fragmentos óseos y dentales del médico Jorge Klein, integrante del CENOP y de entonces 27 años, fueron entregados a su única hija, Vanessa. Para entonces, sus padres habían fallecido sin haber perdido jamás la esperanza de encontrar a lo menos el cuerpo de su hijo. De guerras y masacres ellos sabían. Habían logrado eludir la persecución a los judíos escapando de Austria a Francia, donde nació su hijo Jorge. Desde allí llegarían a Chile buscando un lugar donde construir familia en libertad.

El proceso de identificación de los fragmentos óseos descubiertos en el Fuerte Arteaga no se ha detenido. En febrero de 2012, fueron entregados a sus familias los restos de Carlos Cruz Zavala, Óscar Marambio Araya y Juan Pedro Garcés Portigliati. La búsqueda continúa, más allá de Peldehue. Otros fragmentos de dientes, huesos, botones y jirones de tela esperan. Más de mil familias también.

ES NUEVAMENTE SEPTIEMBRE. LOS JUEGOS DE GUERRA SIGUEN ALLÍ, MOVIENDO SUS PIEZAS EN LAS SOMBRAS. LA IMAGEN DEL PEQUEÑO HIJO DE UN CAMPESINO DE CHIHUÍO, VUELVE Y VUELVE. LO VEO ESCONDIÉNDOSE ENTRE LOS ÁRBOLES PARA SEGUIRLE LA HUELLA A LA CARAVANA DE MILITARES QUE SE LLEVÓ A SU PADRE. SU MUECA CUANDO VIO CÓMO LE AMARRABAN LOS BRAZOS Y PIERNAS AL CUERPO CON ALAMBRE DE PÚAS. SU RESPIRACIÓN ENTRECORTADA CUANDO OBSERVÓ CÓMO LO PATEABAN HASTA DEJARLE LA CARA DESFIGURADA. EL MOVIMIENTO DE SUS PEQUEÑAS MANOS CUANDO VIO QUE SE APRESTABAN A DISPARARLE. EL GRITO QUE NO PUDO AHOGAR… LO ESCUCHÓ GRITAR… VEO SUS OJOS CUANDO LO TIRAN CONTRA EL CUERPO DE SU PADRE. SUS OJOS QUE SE AFERRAN A ÉL MIENTRAS LOS AMARRAN JUNTOS… Y LUEGO LOS DISPAROS... HACÍA MUCHO FRÍO ESE DÍA 9 DE OCTUBRE DE 1973, DIJO UNO DE LOS SUBOFICIALES.

EL 13 DE SEPTIEMBRE DE 2010, RICARDO PINCHEIRA SEPÚLVEDA, EL ÚNICO HIJO DE *MÁXIMO*, LLEGÓ HASTA LA FOSA DONDE SU PADRE FUE EJECUTADO, DINAMITADO Y ENTERRADO. CUANDO LLEGÓ AL BORDE DE LA FOSA, EL INTENSO COLOR ROJO DE LA TIERRA ACAPARÓ SU ATENCIÓN.

–Me concentré en los olores, los colores, los sonidos, las montañas, los objetos, tratando de compartir con mi padre aquel momento… Hacía 37 años exactos, el mismo día, a la misma hora y con un día muy soleado, ellos miraron por última vez la cordillera y ese intenso color verde de primavera.

Sí, la primavera está allí, al alcance de la mano.

La vida comienza de nuevo.

[1]. Reportaje de Patricia Verdugo y la autora en revista *Siete+7* (2001).

[2]. Extracto de entrevista de Juan Andrés Guzmán y la autora, publicada en mayo de 2007, en el diario *Clarín* de Argentina y el semanario chileno *The Clinic*. Allí se cuenta que Gloria Gaitán llegó a Chile en enero de 1973, y se fue a vivir a la casa del asesor de Allende, Joan Garcés, de quien era amiga desde que ella estudiaba Economía en la Universidad de Los Andes, en Bogotá. Ahí llegó Joan Garcés como profesor. Garcés también fue amigo del exmarido de Gaitán, quien fuera vicepresidente del Partido Socialista de Colombia.

[3]. Un equipo de periodistas colombianos confirmaría poco después, con el doctor Gaitán, el relato de la pérdida del hijo de Gloria.

[4]. Ver desarrollo de los procesos por las ejecuciones sumarias de la «Caravana de la Muerte» en Capítulo XXIX.

[5]. A propósito de una investigación realizada por el Senado de Estados Unidos, después del atentado terrorista a las Torres Gemelas en Nueva York (2001), para detectar flujos de dinero de origen dudoso y bajo sospecha de haber financiado redes de terrorismo.

[6]. La «Mesa de Diálogo» fue instalada por iniciativa del gobierno y funcionó entre agosto de 1999 y junio de 2000, con representantes de las Fuerzas Armadas, abogados de Derechos Humanos, entre los que figuraba Pamela Pereira, hija de un detenido desaparecido y dirigente de la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos; más personalidades del mundo académico y religioso. Su objetivo: buscar todos los caminos para acelerar la búsqueda de los restos de las víctimas, que en su gran mayoría seguían en calidad de «desaparecidos» y la verdad de lo ocurrido con ellos. Uno de sus resultados fue el documento que el comandante en jefe del Ejército, general Juan Emilio Cheyre, entregó en enero de 2001, con información sobre 200 personas, donde además asumió oficialmente que personal militar los había detenido y lanzado al mar.

[7]. Luis Rivera Matus, electricista, casado, siete hijos, fue detenido a las 10:30 del 6 de noviembre de 1975, por cinco civiles no identificados, a la salida de la gerencia general de Chilectra (Santo Domingo esquina San Antonio), empresa en la que trabajaba. El día anterior lo habían citado de urgencia desde la gerencia para despedirlo. Le dijeron que volviera más tarde. Al salir, lo secuestraron. Los directivos de la empresa, aún en manos del Estado en la época, nunca han entregado explicaciones por la extraña coincidencia. Uno de los porteros del edificio de Chilectra, Casimiro Vargas, fue testigo presencial de su aprehensión y declaró ante un juez. La investigación posterior demostró que fue secuestrado y asesinado por el «Comando Conjunto», en una época en que también participaban en este organismo, efectivos del Ejército. Uno de ellos, el mayor Álvaro Corbalán Castilla, quien sería después jefe operativo de la CNI; fue condenado a 10 años por el crimen de Rivera Matus, al ser identificado como el hombre que le dio muerte a patadas y golpes en la Base Aérea de Colina, más conocida como «Remo Cero» por los agentes de seguridad. El exjefe de Inteligencia de la FACH y exjefe de gabinete de Gustavo Leigh, el general Enrique Ruiz Bunger, también fue procesado por este homicidio.

[8]. La exhumación de restos de prisioneros ejecutados sumariamente y enterrados en fosas clandestinas fue una orden que emanó del propio general Pinochet a través de los conductos normales de Inteligencia de su institución, en 1978. Así se ha establecido en distintos juicios. La orden fue provocada por el hallazgo, el 30 de noviembre de 1978, de los cuerpos de 13 personas enterrados en una mina de cal abandonada, ubicada en Lonquén. El dato llegó a la Vicaría de la Solidaridad y fue esta la que organizó el rescate y la denuncia pública. La investigación del ministro Adolfo Bañados, en 1979, determinó que los 13 cuerpos correspondían a 13 campesinos detenidos en Isla de Maipo el 7 de octubre de 1973. Allí figuran Sergio Maureira y sus cuatro hijos, los hermanos Óscar, Carlos y Nelson Hernández Flores; Enrique Astudillo Álvarez y sus dos hijos; además de los jóvenes campesinos Miguel Brant, Iván Ordoñez, José Herrera y Manuel Navarro. Una vez hecha la identificación, las familias se congregaron en una iglesia para rendirle el último homenaje a los suyos. No fue posible. Agentes de la CNI secuestraron los ataúdes y los enterraron, secretamente, en una fosa común del Cementerio de Isla de Maipo. Después, les avisaron a los deudos. Obligaron al juez Bañados a declararse incompetente y poco después la justicia militar absolvió a los siete carabineros identificados por familiares y Bañados en el secuestro. El fallo fue ratificado por la Corte Marcial. Para entonces, los restos de detenidos desaparecidos enterrados ilegalmente en todo el país ya habían sido removidos y lanzados al mar o dinamitados y vueltos a enterrar en lo que se llamó «Operación Retiro de Televisores». En 1980, lo primero que hizo el empresario que compró la mina de cal en Lonquén, fue ordenar dinamitar los hornos, borrando así la primera huella del horror. En 2005, el Estado compró el terreno y lo declaró Patrimonio Nacional.

[9]. Ver su testimonio en el diario *La Nación*, diciembre de 2002, reportaje del periodista Jorge Escalante.

[10]. Todos los militares nombrados fueron procesados por las ejecuciones y la posterior exhumación ilegal de los sobrevivientes al bombardeo de La Moneda. A ellos se agregó el general Herman Brady, el comandante de la Guarnición de Santiago en septiembre de 1973, más otros militares que participaron en las distintas fases de los crímenes y su intento de ocultamiento.

ANEXOS

SÍNTESIS DE LA SITUACIÓN NACIONAL

(Estudio elaborado por el Estado Mayor de la Defensa Nacional y entregado en diciembre de 1969, nueve meses antes de las elecciones presidenciales de 1970)

I-. SITUACIÓN POLÍTICA AL FINALIZAR 1969

EN LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS DE RÉGIMEN DEMÓCRATA CRISTIANO, EL GOBIERNO HA LOGRADO, SIN ALTERAR LA CONSTITUCIONALIDAD VIGENTE, LOS SIGUIENTES GRANDES OBJETIVOS SOCIOECONÓMICOS: ROMPER EL ESTANCAMIENTO ECONÓMICO DEL PAÍS, MEJORAR LA DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO Y LA RIQUEZA, ORGANIZAR AL PUEBLO Y ENSANCHAR SU EDUCACIÓN.

Tales logros han traído un efecto psicológico conexo, nuevo en Chile: el ansia de los aún postergados por ascender con suma rapidez, a más altos niveles de consideración y bienestar.

Como el tope de este ascenso está en la débil expansión del volumen de bienes y servicios con que cuenta el país, hay pánico entre los aún privilegiados ante la perspectiva de verse despojados de sus prerrogativas, lo que ha generado una guerrilla politiquera, laboral y estudiantil en la que los sectores políticos extremos han puesto en agitación todos los factores que perturban el orden económico y la paz social, para cercar al gobierno y cortarle los caminos de continuidad de su régimen.

II-. PRONÓSTICO APROXIMADO DEL CÓMPUTO ELECTORAL DE LOS POTENCIALES POLÍTICOS

LA FUERZA ELECTORAL DEL PAÍS SE CALCULA APROXIMADAMENTE EN 3 MILLONES QUINIENTOS MIL ELECTORES. LA BASE ELECTORAL URGENTE DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS SE PODRÍA AGRUPAR EN TRES GRANDES SECTORES DE OPINIÓN.

–Derecha (Partido Nacional, PDR y otros): 650.000 votos

–Centro Izquierda (DC y otros): 800. 000 votos

–Unidad Popular : 1. 250. 000 votos

TOTAL : 2. 250. 000 votos

QUEDAN SIN ENCASILLAR 800 MIL ELECTORES, INDEPENDIENTES O INDIFERENTES. DE ESTOS, 400 MIL PODRÍAN APOYAR EN EL MOMENTO ACTUAL AL CANDIDATO JORGE ALESSANDRI Y LOS OTROS 400 MIL SE ABSTENDRÍAN O UN PORCENTAJE POCO SENSIBLE DE ESTA CANTIDAD PODRÍA SUMARSE A CUALQUIER SECTOR.

Se concluye que, al finalizar 1969 y si hay candidato único de la Unidad Popular, los porcentajes atribuibles a los candidatos serían los siguientes (redondeados):

–Alessandri 35 %
–Tomic 27 %
–Allende 38 %

III-. POSICIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS

LAS FF.AA. ESTÁN INTEGRADAS EN UN 80% DE SU PERSONAL POR UNA PLANTA DE TENDENCIA POLÍTICA CENTRO-IZQUIERDISTA, NO PROCLIVE AL MARXISMO. EL 20% RESTANTE ESTÁ DIVIDIDO EN UN SECTOR PEQUEÑO DE LOS NIVELES ALTOS DE LA OFICIALIDAD Y SUBOFICIALIDAD DE INCLINACIONES DERECHISTAS Y OTRO, PEQUEÑO TAMBIÉN, EN LA OFICIALIDAD Y SUBOFICIALIDAD BAJA, INFILTRADO POR LA PROPAGANDA MARXISTA.

El 90% del contingente habitual de las FF.AA. es juventud de procedencia obrera y campesina; el 10% restante es estudiantado de clase media. En general, no hay conscriptos de la clase alta.

Sin perjuicio de lo anterior, la conciencia profesional de las FF.AA. las constituye en un factor de poder tradicionalmente marginado de la política contingente y seguro salvaguardia del imperio de la Constitución y de la legalidad.

Su real efectividad como tal factor de poder, depende básicamente de su firme cohesión espiritual bajo sus mandos legítimos, tarea que es hoy la fundamental de los comandantes en jefe, a raíz de la crisis local de octubre del presente año (sublevación del Tacna).

Debe velarse porque el contingente del Ejército para 1970 sea pluriclasista, con un porcentaje mínimo de un 40% de juventud de la clase media, un 10% de clase alta y un 50% de la clase baja.

Asegurada la cohesión de las FF.AA., sus comandantes en jefe están en condiciones de garantizar el siguiente rol del poder militar frente al momento político analizado:

– Apoyar firmemente al Poder Ejecutivo actual ante cualquier conato de Golpe de Estado o de situación anárquica preelectoral.

– Apoyar al candidato triunfante en un proceso electoral completo, sujeto a las normas constitucionales vigentes.

IV-. CONCLUSIONES

EL DESTINO INMEDIATO DE CHILE (CONTINUIDAD DE LA DEMOCRACIA IMPERANTE CON AMENAZA DE UNA EVENTUAL GUERRA CIVIL, O ENTRONIZACIÓN DE UN RÉGIMEN MARXISTA, CON UN PREVISIBLE CONFLICTO BÉLICO INTERNACIONAL) REQUIERE DE UNA SUPREMA SOLUCIÓN POLÍTICA AL MÁS ALTO NIVEL DE ESTADISTA QUE IMPLICA UNA DEFINITORIA PREELECTORAL ANTES DE QUE VENZA EL PLAZO LEGAL DE INSCRIPCIÓN DE CANDIDATURAS QUE GARANTIZA AL PAÍS CONTINUIDAD DE SU DEMOCRACIA REPRESENTATIVA Y QUE DÉ ACCESO LEGAL A UN GOBIERNO PLURIPARTIDISTA DE EFECTIVA AVANZADA SOCIAL. ESTE DEBE SER CAPAZ DE SALVAGUARDAR EL PROGRESO MORAL Y SOCIAL YA LOGRADO POR LA DC Y ASEGURAR NUEVAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS, ECONÓMICAS Y SOCIALES, AUN MÁS PROFUNDAS, PERO SIN DAR MARGEN A LA PENETRACIÓN DEL MARXISMO A LAS FUENTES DE PODER.

Santiago, 28 de diciembre de 1969.

MEMORÁNDUM SECRETO

1º DE JUNIO DE 1973, SANTIAGO

ESTRICTAMENTE SECRETO

(El Memorándum elaborado por el «Comité de los 15», compuesto por integrantes de las tres ramas de las FF.AA. en julio de 1973 y que marcó el momento de la decisión de derrocar el gobierno de Salvador Allende. Nunca ha sido publicado)

I-. INTRODUCCIÓN

A-. LAS FF.AA. HAN HECHO HONOR A LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA QUE LAS DEFINE COMO ESENCIALMENTE PROFESIONALES, JERARQUIZADAS, OBEDIENTES, DISCIPLINADAS Y NO DELIBERANTES. POR ESTA RAZÓN SE HAN COLOCADO EN UNA POSICIÓN INDEPENDIENTE DE PARTIDOS E IDEOLOGÍAS, POSICIÓN QUE DESEAN MANTENER CUALQUIERA QUE SEA EL CURSO DE LOS ACONTECIMIENTOS.

B-. Como fuerzas vivas y dinámicas por excelencia, no pueden sustraerse, sin embargo, de la inquietud ambiente y aspiran a que Chile encuentre el camino de la normalidad y progreso en un plano de absoluta justicia social.

C-. Como máxima expresión de soberanía, ven con inquietud la debilidad que ofrece la Seguridad Nacional al quebrantarse los cuatro frentes.

D-. Su independencia de posiciones ideológicas hace que las FF. AA. anhelen una dirección y administración eficaz en manos de profesionales y técnicos de probada y reconocida capacidad.

E-. Las FF.AA. tienen cabal comprensión de la influencia que han llegado a alcanzar sin buscarla y en su elevado sentido de colaboración al Gobierno estiman su deber representar su preocupación ante aspectos esenciales que están afectando la Seguridad Nacional.

II. A.- SITUACIÓN DE INTELIGENCIA

1.- Informaciones de la Cancillería chilena, y de las Agencias de Inteligencia y el Estado Mayor de la Defensa Nacional y de las tres instituciones de la Defensa Nacional, permiten asegurar que Perú y Bolivia se preparan para una guerra revanchista, a objetivo no limitado, contra Chile a corto plazo.

De acuerdo a los medios bélicos ya adquiridos y a los Planes de Adquisiciones actualmente en ejecución por parte de Perú en particular, se puede concluir que este alcanzará su máximo grado de alistamiento en el curso del año 1976. Entonces dispondrá de la Fuerza Aérea más poderosa de Latinoamérica; una Armada de gran capacidad operativa y de un Ejército mecanizado y bien adiestrado para una guerra relámpago.

A lo anterior debe sumarse la creciente y decisiva influencia de Brasil sobre

Bolivia, la que, en parte, se está traduciendo en ayuda material para sus FF.AA. Asimismo, Venezuela estaría por entregar gratuitamente aviones de entrenamiento, a reacción, a este país.

Además, no puede desestimarse la actitud que podría asumir Argentina.

II. B.- DE LAS FUERZAS ARMADAS DE CHILE

LAS FUERZAS ARMADAS DE CHILE, SE ENCUENTRAN EN UN GRADO DE INFERIORIDAD CRÍTICA EN RELACIÓN A SUS CONGÉNERES PERUANAS. A PESAR DE TENER PLANES DE REEQUIPAMIENTO APROBADOS POR EL SUPREMO GOBIERNO, SE HAN VISTO IMPEDIDAS DE REALIZARLOS POR DIFICULTADES CREDITICIAS EXTERNAS Y A LA INFLACIÓN QUE CORROE SUS PRESUPUESTOS ORDINARIOS. ADEMÁS LA DIFICULTAD EN LA OBTENCIÓN DE REPUESTOS Y EL ÉXODO DE PERSONAL TÉCNICO, POR RAZONES DE ORDEN SALARIAL, ESTÁN HACIENDO ESTRAGOS EN SU CAPACIDAD OPERATIVA Y LOGÍSTICA. SU MATERIAL DE COMBATE ES INSUFICIENTE Y EN SU MAYORÍA ANTICUADO.

Esta situación, sumada a la expuesta en el párrafo anterior, determina un plazo crítico de recuperación de nuestro potencial bélico a la mayor brevedad para cumplir con la misión fundamental de garantizar la integridad y soberanía nacional.

II. C.- ECONOMÍA

1.- LA INFLACIÓN, LEJOS DE DISMINUIR, HA ADQUIRIDO CARACTERES QUE SE ESTIMAN CATASTRÓFICOS Y SE HA HECHO INCONTROLABLE.

2.- La producción, en general, es incapaz de satisfacer las necesidades nacionales. Esto incide directamente en la disminución de las exportaciones con la consecuente crisis de divisas, y exige ingentes gastos de moneda extranjera en importaciones vitales, constituyéndose en un estancamiento del desarrollo.

3.- La Producción agrícola ha disminuido en forma aguda como consecuencia de la inseguridad en los campos y la falta de coordinación y efectividad de los múltiples organismos estatales para proporcionar adecuado apoyo, tanto a los sectores privados, como reformado de la agricultura.

4.- El sectarismo político ha influido negativamente en la producción y administración de la minería. La anarquía en este valioso rubro nacional ha traído no solo la baja en su producción sino también y en forma muy importante en la pérdida de tecnología.

5.- La CORFO, herramienta vital para el desarrollo nacional, se ha transformado en una organización destinada a adquirir y administrar empresas ya existentes, sin haber, hasta ahora, estimulado efectivamente el indispensable desarrollo de nuestras fuentes de producción.

6.- El estudio del deterioro del Sistema Nacional de Transporte influye críticamente en la Economía. La declinación acelerada de su eficiencia puede producir, a corto plazo, un colapso de serias consecuencias.

7.- La imprevisión y desorganización en el área de combustibles y lubricantes ha llevado a este sector a un peligroso nivel de eficiencia.

8.- La falta de una política económica y financiera claramente definida, ha influenciado negativamente todos los aspectos de la economía analizados anteriormente.

II. D.- POLÍTICA

1.- LA POSICIÓN INTRANSIGENTE DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LA AUSENCIA DE ESFUERZOS POR ALCANZAR PUNTOS DE COINCIDENCIA QUE BENEFICIEN AL PAÍS, AHONDAN CADA DÍA MÁS LA SEPARACIÓN DE LOS CHILENOS EN DOS BANDOS IRRECONCILIABLES QUE LOS EMPUJAN HACIA UN DESENLACE FRATRICIDA.

2.- El enfrentamiento del Poder Ejecutivo con los otros Poderes del Estado está haciendo peligrar el libre juego democrático y la supervivencia del Estado de Derecho.

3.- La excesiva politización del sector laboral, en todos sus niveles, se ha traducido en indisciplina laboral y deterioro del principio de autoridad, lo que agudiza la crisis de la producción.

4.- La campaña de desprestigio y procacidad por radio, prensa y televisión contra los organismos y las personas se traduce en un clima de violencia, odio e incomprensión que lleva a los chilenos a peligrosas posiciones.

5.- Es evidente la existencia de organizaciones y grupos armados paramilitares y extremistas que agravan la situación interna con actos de violencia claramente ilegales. La cuantía de los armamentos en poder de los grupos sería significativa.

II. E.- SOCIAL

LAS DIFICULTADES PARA CUMPLIR LOS OBJETIVOS SOCIALES CONTEMPLADOS EN LOS PROGRAMAS DE GOBIERNO, EN LAS ÁREAS DE LA HABITACIÓN, EDUCACIÓN, SANIDAD HUMANA Y AMBIENTAL Y DE REMUNERACIONES -ENTRE OTRAS- HAN PROVOCADO UN ESTADO DE AGITACIÓN SOCIAL QUE DEBILITA PELIGROSAMENTE LA COHESIÓN INTERNA DEL PAÍS, INDISPENSABLE PARA LA SEGURIDAD NACIONAL.

III.- MEDIDAS INMEDIATAS QUE SERÍA NECESARIO ADOPTAR

A.- EN LO ECONÓMICO

1.- DAR PRIMERA PRIORIDAD A LA PROMULGACIÓN DE LA LEY QUE DEFINE LAS ÁREAS DE LA PROPIEDAD PRIVADA, MIXTA Y ESTATAL.

2.- Establecer una política económica y financiera que consolide lo alcanzado hasta la fecha en el área social de la economía, e inspire la confianza indispensable a las áreas mixtas y privada para elevar los niveles de producción.

3.- Promover decididamente la disciplina laboral en la industria y en la agricultura para asegurar el aumento de la producción.

4.- Frenar el éxodo de profesionales asegurándoles igualdad de oportunidades sin distinción de ninguna índole e incentivar el regreso a Chile de los profesionales altamente calificados que han abandonado el país.

5.- Propender al autofinanciamiento de las empresas del área social y estatal.

6.- Designar los administradores e interventores con criterio eminentemente técnico, considerando su capacidad y eficiencia, terminando con el sistema de cuoteos.

7.- Estructurar una política de precios y tarifas que permita el desarrollo y normal desenvolvimiento de las empresas del área social y privada.

8.- Racionalizar y coordinar la labor de organismos que participan en actividades

de la misma índole (agro, construcción, etc.).

9.- Formular y ejecutar una política realista de transporte en todos sus aspectos considerándolo como un elemento vital en nuestro medio geográfico, terminando de paso con el deterioro de las empresas marítimas privadas existentes.

10.- Dar una alta prioridad a la importación de los repuestos necesarios para recuperar la capacidad de transporte e industrial en general del país.

11.- Establecer a nivel nacional un sistema de prioridades para el otorgamiento de divisas y utilización de los créditos en moneda extranjera disponible o que puedan obtenerse, con el objeto de que se empleen solo en adquisiciones vitales para el país.

12.- Asegurar por ley el libre acceso al crédito y asistencia técnica a las industrias privadas y mixtas.

13.- Aplicar un criterio equitativo en la distribución de artículos de subsistencia por la vía de los organismos legales existentes, restableciendo los canales y entidades especializadas de probada experiencia.

14.- Mantener la inexpropiabilidad de las 40 hectáreas básicas y regularizar la propiedad privada de aquellas que hayan sido asignadas.

15.- Uniformar la política de remuneraciones en el sector estatal y empresas del área social.

16.- Circunscribir las actividades de la CORFO a las funciones para la cual fue creada.

17.- Evitar el estancamiento de la tecnología en las empresas del Estado, del área social y privada, como consecuencia de la falta de repuestos e inversiones de capital.

18.- Evitar los vicios existentes en ciertas empresas del área social que entregan parte de la producción a sus trabajadores, lo que dificulta el abastecimiento y fomenta el mercado negro.

19.- Garantizar la confianza y estimular la inversión, en especial para los pequeños y medianos inversionistas.

B.- EN LO INTERNO

1.- GARANTIZAR LA CONSTITUCIONALIDAD REPRESENTADA POR LA COEXISTENCIA INDEPENDIENTE Y AUTÓNOMA DE LOS PODERES EJECUTIVO, LEGISLATIVO Y JUDICIAL, Y EL CUMPLIMIENTO IRRESTRICTO DE LAS GARANTÍAS CONSTITUCIONALES RESTABLECIENDO EL EQUILIBRIO Y TEMPERANCIA EN SUS RELACIONES.

2.- Buscar una apertura política a nivel Gobierno que permita un entendimiento entre los chilenos, postergando o aplazando metas políticas, si es necesario.

3.- Robustecer y mantener el principio de autoridad en todos los campos de la vida nacional.

4.- Ir a un inmediato ordenamiento de las actividades laborales poniendo término a las interrupciones en el trabajo y al ausentismo que afecta seriamente la producción.

5.- Aplicación irrestricta e indiscriminada de la Ley de Control de Armas, para terminar en forma definitiva con los grupos armados o paramilitares ilegales.

6.- Aplicar medidas conducentes a terminar con las campañas de prensa, radio y televisión contra las organizaciones y las personas dentro del debido respeto a la libertad de expresión.

7.- Velar porque las autoridades político-administrativas que se designe en

Intendencias y Gobernaciones sean personas que garanticen la aplicación ecuánime de la ley.

8.- Aplicar estrictamente las disposiciones legales que reglamentan el uso del pabellón nacional.

9.- Evitar que las Fuerzas Armadas o sus miembros sean aprovechados con fines políticos por sectores interesados que tratan de hacerlos aparecer políticamente comprometidos ignorando que solo están inspirados por los superiores intereses de la Patria por sobre las contingencias políticas y diferencias ideológicas.

10.- Descartar el procedimiento de designar a ministros, autoridades y funcionarios en puestos representativos después de haber sido legalmente destituidos.

11.- Depurar cualitativa y cuantitativamente la Administración Pública.

12.- Prohibir terminantemente el uso de vehículos fiscales y de utilidad pública en actividades ajenas a las que están destinadas.

13.- Permitir que el Cuerpo de Carabineros, de acuerdo a la reglamentación vigente, cumpla libre y estrictamente sus funciones específicas sin discriminación política en su empleo.

C.- EN LO EXTERNO

1.- REAFIRMAR LA POLÍTICA EXTERIOR DE LIBERTAD IDEOLÓGICA BUSCANDO EN EL CAMPO HEMISFÉRICO EL ACERCAMIENTO CON LOS PAÍSES LIMÍTROFES; ADEMÁS VIGORIZAR LAS RELACIONES ECONÓMICAS CON LOS PAÍSES PROVEEDORES DE MATERIAS PRIMAS, REPUESTOS, MAQUINARIAS Y MATERIAL BÉLICO Y CRÉDITOS.

2.- Evitar los desbordes de la prensa contra los gobiernos de otros países, como una forma de reforzar el principio de la libre determinación de los pueblos.

3.- Desarrollar una política exterior respecto a Perú y Bolivia, que contribuya dentro del Pacto Andino a crear cierta complementación o dependencia entre las economías de Chile y de estos países como una forma de ayudar a la Seguridad Nacional.

ACTA DE CONSTITUCIÓN DE LA JUNTA DE GOBIERNO

EN SANTIAGO DE CHILE, A 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973, EL COMANDANTE EN JEFE DEL EJÉRCITO, GENERAL DE EJÉRCITO DON AUGUSTO PINOCHET UGARTE; EL COMANDANTE EN JEFE DE LA ARMADA, ALMIRANTE DON JOSÉ TORIBIO MERINO CASTRO; EL COMANDANTE EN JEFE DE LA FUERZA AÉREA, GENERAL DEL AIRE DON GUSTAVO LEIGH GUZMÁN Y EL DIRECTOR GENERAL DE CARABINEROS, GENERAL DE CARABINEROS DON CÉSAR MENDOZA DURÁN, REUNIDOS EN ESTA FECHA Y,

CONSIDERANDO:

1) Que la fuerza pública, formada constitucionalmente por el Ejército, la Armada, Fuerza Aérea y Carabineros de Chile representan la organización que el Estado se ha dado para el resguardo y defensa de la integridad física, moral e identidad histórico-cultural;

2) Que, en consiguiente, su misión suprema es la de asegurar por sobre toda otra consideración, la supervivencia de dichas realidades y valores, que son los superiores y permanentes de la nacionalidad chilena, y

3) Que Chile se encuentra en un proceso de destrucción sistemática e integral de estos elementos constitutivos de su ser, por efecto de la intromisión de una ideología dogmática y excluyente, inspirada en los principios foráneos del marxismo-leninismo;

POR TANTO,

y en cumplimiento del impostergable deber que tal misión impone a los organismos defensores del Estado, se declara:

–Que con esta fecha esta Junta asume el mando Supremo de la Nación con el patriótico compromiso de restaurar la chilenidad, la Justicia y la institucionalidad quebrantadas, conscientes de que esta es la única forma de ser fieles a nuestras tradiciones, al legado que los Padres de la Patria nos dejaron y que la Historia de Chile nos impone y de permitir que la evolución y el progreso del país se encaucen vigorosamente por los caminos de la dinámica de los tiempos actuales exigen a Chile en el concierto de la Comunidad Internacional de que forma parte.

Y se acuerda:

Designar al General de Ejército don AUGUSTO PINOCHET UGARTE, como Presidente de la Junta, quien asume con esta fecha dicho cargo.

CÉSAR MENDOZA DURÁN

General
Director General de Carabineros

GUSTAVO LEIGH

General del Aire
Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea de Chile

JOSÉ T. MERINO CASTRO

Almirante
Comandante en Jefe de la Armada

AUGUSTO PINOCHET UGARTE

General de Ejército
Comandante en Jefe del Ejército

CARTA DEL GENERAL SERGIO ARELLANO AL GENERAL AUGUSTO PINOCHET
(NOVIEMBRE DE 1974)

Santiago, 25 de noviembre de 1974
Sr. General de Ejército
Dn. Augusto Pinochet Ugarte
Santiago

Muy apreciado amigo:

Hacía tiempo que no tenía un momento de tranquilidad para meditar sobre algunas cosas de ocurrencia casi diaria y de las cuales es conveniente mantener un permanente diálogo. Yo entiendo que esto es difícil por tus delicadas preocupaciones de Jefe de Estado y por mis responsabilidades como Jefe de la Provincia de Santiago.

La carta que te adjunto y que solo recibí el sábado recién pasado, me impulsó a escribirte.

Demás está que renovemos nuestra absoluta convicción de no permitir bajo ninguna circunstancia el regreso del marxismo. Su fracaso, corrupción y deshonestidad están todavía muy frescos en la mente de la mayoría de los chilenos que, por esta razón y por la positiva acción de Gobierno, nos entregan su apoyo. Pero, creo que hay algunos factores que considerar y que algunos chilenos (lamentablemente poderosos) parecen olvidar.

Existe un grupo de clanes, empresarios, industriales y malos comerciantes que aparentemente están convencidos de que nuestra histórica decisión fue en su beneficio personal y no del país. Este tipo de gente nos aplaude con gran entusiasmo y sin reticencias. No debemos dejarnos llevar por este adulo y halago interesado. Debemos combatir con energía y apartar de nuestro camino a esta clase de gente. Sé que es difícil, porque se escurren como expertos guerrilleros. Pero debemos estar alertas y vigilantes.

Qué distinta es la euforia espontánea y hasta cariñosa que he podido apreciar en las diferentes giras a las cuales te he acompañado: San Felipe, Melipilla, Rancagua y La Serena. Este es nuestro verdadero sostén y apoyo, la masa del pueblo, la juventud y las mujeres. Esta es la gente que durante muchos años fue engañada por la demagogia que buscaba votos.

Al marxismo no lo podemos erradicar por decreto, pero sí neutralizando a los adulones y aprovechadores de que te hablé más arriba. Eso es lo que quiere nuestro sufrido pueblo. Quiere una efectiva tranquilidad en sus hogares y en su trabajo. Solo así construiremos una nueva sociedad, sin odios ni egoísmos. Así conseguiremos eliminar de

nuestro país doctrinas foráneas que el 90% de la población no entiende.

Fue muy gráfico lo declarado por un trabajador de Lota la semana pasada: «Aquí no importa si el Gobierno es de derecha, de la izquierda o de los militares». «Siempre tenemos que trabajar y ganar poco. Es la suerte del pobre», dijo con cierto fatalismo. Otro agregó: «Mándele un recado al señor Pinochet. Que nos aumente los salarios y nos regale las casas y nosotros lo apoyaremos para que se quede el tiempo que quiera». Esta es la gente que debemos ganarnos. Se ha adelantado. Tu imagen y la de Agustín Toro (en las minas) son excelentes. Pero queda mucho por hacer.

No dejemos que nos frenen en esta tarea. La política económica del Gobierno ha sido reconocida como correcta por connotados economistas extranjeros. Pero las cosas van más lento por la egoísta política de los países productores de petróleo. Esto no es culpa nuestra, pero nos trae problemas que explotan diabólicamente Moscú y sus serviles esbirros.

Y aquí entro a un terreno ingrato. La votación de la Asamblea General de las Naciones Unidas en contra de nuestro país es otra demostración evidente del grado de decadencia y confusión a que ha llegado ese Organismo, que le ha dado tribuna con especial beneplácito a uno de los más crueles chacales que recuerda la historia, Fidel Castro, y a un líder terrorista, Yaser Arafat, que si bien persigue un ideal atendible y que reclama pronta solución, aparece como responsable de varios secuestros de aviones y de la muerte de muchos seres inocentes. Esta y otras, son demostraciones evidentes de que el sistema democrático, como lo hemos entendido hasta la fecha, está en franca crisis y ya no solo ha perdido sus principales armas de defensa, sino que se han quebrantado los cimientos del sistema al permitirse su infiltración por una doctrina inmoral y atentatoria contra las libertades y derechos humanos, como es el marxismo-leninismo. Debemos legar a las generaciones venideras una democracia moderna, ágil y realista, que asegure de los graves riesgos que ya están derrumbando las viejas y caducas estructuras que el mundo entendía por «democracia».

Pero, analizando la votación de la NU, creo que debemos hacer una serena apreciación y tratar de encontrar las razones por las cuales algunos países no marxistas nos negaron su apoyo. Yo no los culpo por parejo. Creo que en algunos casos ha faltado información y una acción más inteligente, valiente, oportuna y decidida de una parte importante de nuestros embajadores en el extranjero. Creo firmemente que es urgente el cambio de varios de ellos. Su fracaso e inoperancia le está causando mucho daño al país.

Otro aspecto que puede haber incidido en esta materia es la acción que ha realizado la DINA y, en menor escala, la Fiscalía de Aviación. Algo de esto te conversé en tu gira a la Provincia de Coquimbo. Ninguno de estos dos organismos depende de mí, pero debiera trabajar en una estrecha colaboración y armonía con ellos, ya que como no proporcionan información a civiles, estos recurren indefectiblemente a la Comandancia de Guarnición, al igual que Instituciones, autoridades civiles, etc., lo que me ha permitido orientarme de algunas técnicas y modalidades de trabajo, que me hacen concluir que se han olvidado de lo que significa derechos humanos fundamentales y que vivimos en un Estado donde la legalidad tiene plena vigencia.

He sido el primero en reconocer, y lo he hecho público en varios Consejos de Generales, que en una parte importante debíamos a la DINA el control que se tenía de la situación. Y todavía su acción es necesaria y lo será hasta que el extremismo haya comprendido que debe integrarse en forma positiva a las tareas que desarrolla la

comunidad y dejar de lado sus actividades disociadoras. Aclarado este punto de vista, se puede buscar y encontrar donde está la falla, y la vemos claramente en los procedimientos que emplea, los cuales nos han creado y nos seguirán creando problemas, salvo que pongamos drástico término a algunas tácticas y técnicas inaceptables, las cuales, muchas veces magnificadas, han llegado a conocimiento de importantes círculos civiles, religiosos y también uniformados. Es cierto que, tanto dentro como fuera del país, hay elementos obcecados o remunerados por el marxismo-leninismo que se dedican a inventar historias truculentas con una infamia y un cinismo que no les permite ver la viga en su propio ojo; o individuos de posiciones tan extrañamente desequilibradas como el secretario general de la Comisión Internacional de Juristas, Niall Macdermot que, cayendo en lo grotesco, nos ha acusado de tener un plan para enviar 600.000 niños allendistas a campos de rehabilitación. Y no será esta la última imputación gratuita que se nos haga. Debemos tener paciencia y preocuparnos fundamentalmente de mantener cohesionado nuestro frente interno. Y para ello es necesario que se respire confianza en la más amplia extensión de la palabra. Esto no sucede en la actualidad en la proporción que corresponde, por algunas prácticas incorrectas de la DINA y de la Fiscalía de Aviación. Se ha maltratado y sometido a diversos apremios físicos, en forma innecesaria y torpe, a muchos detenidos.

La acción contra el extremismo debe continuar en forma enérgica y decidida, pero obedeciendo fielmente y siguiendo, sin ninguna variación caprichosa, la política dispuesta por el Gobierno. No es posible que ya se esté hablando de una GESTAPO, con todos los macabros recuerdos que esta palabra trae desde los tiempos de la Alemania nazi, cuando se encerraba a los jefes en una torre de marfil y se les hacía navegar en una maraña de intrigas y soplonaje, que significó el comienzo del fin del citado sistema de gobierno.

No son pocos los casos de detenciones de personas no marxistas, todas justificadas y por necesidades de investigación, las cuales han sido maltratadas de hecho o de palabra, con las consecuencias negativas que ello tiene para nuestro gobierno. A esto hay que agregar la dificultad para obtener información por parte de los familiares directos. Los afectados, sus parientes y amigos, de projuntistas los vemos después de su experiencia transformados en nuestros enemigos. ¿Por qué? Por la torpeza, el abuso, la prepotencia y la forma poco humana como algunos de los integrantes de los servicios que ya he mencionado están cumpliendo con su misión.

Pero tenemos una gran herramienta en nuestras manos. Nuestra capacidad de rectificación para enmendar un error antes de que se convierta en incontrolable.

El 11 de septiembre de 1973 fue un acontecimiento de repercusión mundial, que marcó un nuevo amanecer para Chile y un baldón para los fabricantes de odios e infamias, como son los dirigentes de la URSS y sus satélites.

No podemos permitir que nada ni nadie pierda de vista el histórico significado de ese 11 de septiembre al cual nos entregamos y nos seguimos entregando con tanta fe y esperanza.

Te saluda con especial afecto tu invariable amigo,

SERGIO ARELLANO STARK

CARTA DEL ALMIRANTE JOSE TORIBIO MERINO AL GENERAL PINOCHET CON OCASIÓN DE LA «CONSULTA» DE 1977
(DICIEMBRE DE 1977)

En relación con la convocatoria efectuada por V.E. a la ciudadanía del país, a una denominada «consulta» que en su esencia constituye un plebiscito, debo representarle mi total desacuerdo y hacerle presente que lo considero improcedente, tanto en el fondo como en la forma.

En el fondo V.E. se ha apartado completamente del sistema legal vigente, especialmente en aquellas disposiciones del Derecho Público que se refieren tanto a sus atribuciones como a las de la H. Junta de Gobierno.

Desde el punto de vista formal, V.E. ha llamado a plebiscito en circunstancias que en la Reunión de la H. Junta de Gobierno, efectuada el 21 del presente mes, el General Gustavo Leigh y yo, expresamos claramente nuestra oposición a que la consulta tuviera forma de Plebiscito, lo que motivó el cambio del discurso pronunciado por V.E. a las 22 horas de ese día.

El hecho de que la Secretaría General de Gobierno haya dado a la publicidad el día siguiente, la forma en que se realizaría el plebiscito, a pesar de la opinión de dos de los miembros de la Junta, significa un desconocimiento de la existencia misma de la Junta, un atropello a sus atribuciones y el incumplimiento de un acuerdo el día anterior.

En cuanto al llamado mismo a plebiscito lo estimo inconveniente por varias razones, entre las que se destaca el riesgo que significa el colocar al país, en estos momentos, frente a situaciones imprevisibles e imposibles de controlar; la eventual alta abstención que se ha de producir por el brevísimo plazo fijado para su realización; la oportunidad que se da a la oposición para que se unifique y manifieste su sentir frente al Gobierno; el hecho de que este precedente fomentará las presiones para que se efectúen elecciones sindicales, gremiales, de alcaldes y representantes de todas clases, ya que hasta el momento se había argumentado insistentemente, que las elecciones no eran posibles por la falta de Registros Electorales y por la falsificación de cédulas de identidad y el absurdo que significa que voten en una elección -llámese de cualquier forma- todos los miembros de los partidos proscritos y los en receso.

Las instrucciones dadas a los intendentes para que los votos nulos y en blanco sean considerados a favor, hará que el resultado de la elección pierda todo valor moral ante la opinión pública nacional y extranjera.

Estimo que es la ocasión de hacer presente a V.E. la imperiosa necesidad de que a la brevedad se cumpla con el mandato constitucional de dictar un acta que clarifique en forma definitiva las atribuciones de los Poderes Públicos, ya que no estoy dispuesto a tolerar en el futuro que V.E. me coloque ante situaciones de hecho, que debo soslayar para no producir el quiebre de la unidad de las Instituciones Armadas que asumieron el

poder el 11 de septiembre de 1973; con el consiguiente regocijo del comunismo internacional, de los enemigos internos de Chile y con las gravísimas consecuencias que ello acarrearía al país.

Por los motivos expresados y por todas las razones que he manifestado verbalmente a V.E., tengo el deber moral e histórico de poner en conocimiento de V.E. que estoy en completo desacuerdo con la realización del plebiscito convocado por V.E, opinión que comparten todos los señores almirantes.

Firmado
JOSÉ TORIBIO MERINO
Santiago, 23 de diciembre de 1977.

CARTA DEL GENERAL GUSTAVO LEIGH AL GENERAL AUGUSTO PINOCHET CON OCASIÓN DE LA «CONSULTA» DE 1977
(DICIEMBRE DE 1977)

Vuestra excelencia, solo a las 19 horas del día martes 20 dio a conocer a este comandante en jefe su disposición de convocar a la ciudadanía chilena a un plebiscito o consulta con el objeto que esta se pronuncie acerca del voto de las Naciones Unidas, por el que se condenó a nuestro país. De inmediato tuve ocasión de expresarle mis inquietudes al respecto. No obstante V.E. citó a los Miembros de la Junta para el día siguiente, miércoles 21, a las 9:00 horas para que lo acompañáramos al acto de grabación del discurso -para nosotros desconocido- que ese mismo día, a las 22.00 horas, se transmitiría al país. Solo entonces pude conocer las intenciones concretas de V.E. A las 16.20 horas en sesión de Junta, durante más de dos horas, expuse a V.E. las consideraciones que en mi concepto hacían del todo inconveniente la convocatoria que se proponía formular. En esa ocasión, como consecuencia de nuestra posición, se acordó eliminar, del mencionado discurso, la convocatoria explícita a un plebiscito, aprobándose en cambio, la formulación de una consulta a la ciudadanía, cuya oportunidad, forma y contenido se discutiría más adelante.

Desgraciadamente, el plebiscito fue convocado en su alocución del día miércoles y esta convocatoria ha sido ratificada el día jueves 22, al señalársele a la prensa las modalidades de la votación, así como la redacción precisa a la consulta específica que será sometida a la ciudadanía.

En relación con estas materias, comunico a V.E. el rechazo de la Fuerza Aérea a la convocatoria antes aludida.

La Fuerza Aérea fundamenta su rechazo en las siguientes consideraciones:

1.- El prestigio y el honor de nuestras Fuerzas Armadas y de Orden forman parte del patrimonio moral de la República. Debemos velar por la preservación integral de esos valores, lo que se verán comprometidos por la celebración de un plebiscito, el que, será fiscalizado y calificado por ellos mismos.

2.- Cualquiera que sea el resultado de la votación y por muy hondo que sea el esfuerzo de nuestros hombres para proceder con objetiva imparcialidad, no podremos evitar las dudas y suspicacias que el procedimiento empleado provocará en Chile y en el extranjero y, por lo mismo, no podremos eludir las consecuencias que fluyan de esa pérdida de prestigio.

Este aspecto del problema es tanto más grave aun, si tenemos presente que el mejor título que las FF.AA. y de Orden pueden esgrimir como fundamento de su acción de Gobierno es el de su incorruptibilidad, el de su honor sin mácula y del respeto permanente hacia las normas que rigen su conducta.

Es, por lo tanto, la defensa de nuestra honra y de nuestra dignidad lo que nos

impele, en primer término, a rechazar la celebración del plebiscito que se propone.

3.- El Gobierno de la Junta es un gobierno militar que asumió el poder a raíz de un pronunciamiento unánime de las FF.AA. y de Orden, atendiendo el clamor ciudadano y con el preciso propósito «de restaurar la chilenidad, la justicia y la institucionalidad quebrantadas». Este gobierno tiene, pues, una tarea superior que cumplir, que no está sujeta a las contingencias políticas que son eminentemente transitorias, sino que está unida profundamente al cumplimiento cabal de la gran tarea propuesta. En consecuencia, el Gobierno Militar terminará cuando haya cumplido su tarea y puedan, entonces, los chilenos todos, la civilidad en una palabra, asumir la responsabilidad que naturalmente les corresponde, que es la responsabilidad de gobernar a su Patria.

Resulta indudable, por lo tanto, que por la naturaleza de su misión, las FF.AA. no pueden ser comprometidas en un proceso político en su sentido estricto.

No rehuimos las consultas a la ciudadanía cuando estas se refieren a problemas fundamentales de orden constitucional, para cuya resolución se estime necesario contar con la orientación que fluya de la opinión mayoritaria del pueblo, pero sí rechazamos los plebiscitos ratificatorios, que son propios de los gobiernos en que se ejerce el poder personal que sí precisa de ratificación, pero que no son propios ni dignos de un gobierno institucional militar como el nuestro.

Por otra parte, dada la trascendencia del acto, la celebración de una consulta popular debe estar sujeta a normas precisas que garanticen su pureza y que, por sí mismas, sirvan para rechazar cualquier duda o suspicacia infundada.

Es por esta razón y basada en la respetabilidad que deben tener las decisiones gubernamentales -particularmente si provienen de un gobierno como el nuestro- que la Fuerza Aérea concurre a rechazar la convocatoria.

4.- La base fundamental de la estructura del gobierno militar radica en la institucionalidad del mismo. Esto es, no estamos en presencia de un gobierno de cuatro personas, sino de un gobierno de cuatro instituciones. Es por tal razón que el poder no radica en ninguno de nosotros, sino en la Junta de Gobierno, depositaria de las potestades constituyentes, legislativas y ejecutivas, conforme expresamente se preceptúa en el artículo 1º del DL Nº527.

En consecuencia, medidas tan trascendentales como la propuesta por V.E. solo pueden ser discutidas y acordadas por la Junta de Gobierno.

Desgraciadamente, en este caso, como en otros anteriores, los Miembros de la Junta nos hemos encontrado ante hechos consumados, sin que, por cierto, hayamos tenido la ocasión de participar en su gestación. Estas actitudes, sin duda, comprometen el destino del gobierno que nació a raíz del pronunciamiento militar. Del mismo modo, nos causan gran preocupación algunas opiniones escuchadas de miembros de vuestro grupo asesor, relativas a las consecuencias posteriores al plebiscito y a los planes y medidas que se han esbozado para ser cumplidas unas y adoptadas otras, una vez conocido el resultado de la consulta.

5.- No debe olvidarse que nos hemos comprometido a respetar la institucionalidad que nosotros mismos hemos establecido. Sin embargo, V.E. ha convocado a un plebiscito, a pesar de conocer la oposición de dos miembros de la Junta de Gobierno y se ha colocado al margen de esta, y, por lo mismo, son de su exclusiva responsabilidad las consecuencias que de ello deriven.

6.- La convocatoria es contraria a los principios generales del Derecho Público y

a diversas normas expresas de nuestro ordenamiento jurídico.

Es contraria a las normas de Derecho Público, en atención a que, según estas, los gobernantes dentro del Estado de Derecho, solo pueden realizar actos para los que están expresamente facultados y, en Chile, no existe norma legal ni constitucional alguna que autorice a V.E. para convocar a plebiscito.

La convocatoria que se ha conocido por la prensa el jueves 22 es, también en contraria a las siguientes normas expresas:

a) Acta Constitucional Nº2, Art. 3º, por cuanto V.E., al llamar a plebiscito, no ha sometido su acción, ni a las Actas Constitucionales, ni a la Constitución, ni a las leyes;

b) Al Art. 6º, inciso 1º de la misma Acta, que obliga a los órganos del Estado a actuar dentro de su competencia, esto es, dentro de las atribuciones que les hayan otorgado las leyes, y ninguna ley ha facultado a V.E. para convocar a plebiscito.

c) Al Art. 6º, inciso 2º, según el cual «ninguna magistratura, ninguna persona, ningún grupo de personas, pueden atribuirse, ni aun a pretexto de circunstancias extraordinarias, otra autoridad o derechos que los que expresamente se lo hayan conferido las leyes». Al no habérsele conferido facultad para convocar a plebiscito, V.E. se está atribuyendo, de facto, un derecho que no tiene, razón por la que el acto respectivo adolece de nulidad, en los términos consagrados en el inciso final del Art. 6º; y

d) Decreto Ley Nº 527, Art. 1º. La convocatoria a plebiscito, cuando él no está consultado en las normas constitucionales, importa el ejercicio de la potestad constituyente y esta, de acuerdo al artículo de este decreto ley, corresponde a la Junta, disposición que se encuentra confirmada por el D.L. Nº 788. En consecuencia, la convocatoria del señor Presidente viola las disposiciones de ambos decretos leyes.

7.- Asimismo, la consulta a que V.E. ha convocado, teniendo como fundamento el acuerdo de un organismo internacional sobre política, gobierno y administración interna del Estado chileno significa un grave atentado a la independencia de Chile, toda vez que se autolimita su soberanía interna dejando sujeta la dirección de su Gobierno a acuerdos de naciones extranjeras.

Por otra parte, es contradictorio que V.E., descalificando la injerencia de Naciones Unidas en la acción del Gobierno de Chile, fundamente el llamado a consulta en la resolución de ese organismo internacional.

8.- Debo hacer presente, por último, que resulta paradójica la redacción dada a la consulta concreta que se pretende someter a la ciudadanía, pues allí es llamada esta, a reafirmar «la legitimidad del Gobierno de la República para encabezar soberanamente el proceso de institucionalización del país». Obviamente pierde fuerza el llamamiento si él se formula violando las normas institucionales que el mismo gobierno se ha dado, sobre todo si lo que se requiere del pueblo es la reafirmación de una institucionalización que el gobierno está vulnerando en la misma convocatoria.

La Fuerza Aérea desde el mismo 11 de septiembre de 1973, ha sido invariablemente leal a la Junta de Gobierno y al Presidente de la República. Esta misma lealtad nos obliga, hoy, en defensa del prestigio del gobierno y, particularmente, de V.E., a representarle la inconveniencia de una consulta que contraría los fundamentos y

principios de nuestra acción cívica y nos impelen a reiterarle la necesidad de marchar unidos en el cumplimiento de la gran tarea reestructuradora que la Patria nos ha encomendado.

Saluda a V.E.
GUSTAVO LEIGH GUZMÁN
Santiago, 23 de diciembre de 1977

INFORME DE AUTOPSIA Nº 2449/73 DE: SALVADOR ALLENDE GOSSENS

TTP/ehm
17
Santiago, 11 de Septiembre de 1973
Señor fiscal:

Con fecha 11 de septiembre de 1973, siendo las 20 horas, los peritos médico-legistas que suscriben, asistidos por el auxiliar especializado del Instituto Médico Legal señor Mario Cornejo Romo, nos constituimos en el Hospital Militar de esta ciudad, en cumplimiento de disposiciones dictadas por el señor Fiscal de la Primera Fiscalía Militar, por las cuales se nos comisionaba para practicar la autopsia médico legal al cadáver del señor SALVADOR ALLENDE GOSSENS.

El examen de los restos fue practicado en el pabellón de cirugía del Departamento de Otorrinolaringología del referido Hospital, en cuya mesa central, reposando sobre una camilla de lona de campaña y cubierto con una gruesa manta, yacía el cadáver en posición de cúbito dorsal.

La autopsia del cadáver fue presentada por un reducido grupo de personalidades debidamente autorizadas por el señor Fiscal, instructor de la causa.

La diligencia se terminó de cumplir hacia las 24 horas del día 11 de septiembre en curso, quedando los restos a disposición de las autoridades correspondientes para los trámites ulteriores.

Pasamos a continuación a hacer la relación de nuestras observaciones.

Cadáver de sexo masculino, que se presenta vestido con sus ropas en relativo orden, estando el abrigo sobrepuesto, el que presenta manchas de sangre e impregnación de substancia cerebral atricionada en su delantero derecho, manga de este lado y en su parte interna y posterior. También se observan las mismas manchas en forma de salpicaduras en el lado izquierdo del cuello. Manchas de sangre y substancia cerebral atricionada se observan también en la parte anterior y lateral externa del lado izquierdo y cara anterior de la pierna derecha del pantalón. Manchas de sangre en forma de salpicaduras se observan en el dorso del zapato derecho y parte interna de ambos calcetines. Manchas de sangre y substancia cerebral atricionada se observan también en el hombro, delantero, manga derecha y parte posterior del vestón, y en menos cantidad, en las mismas regiones del lado izquierdo. Las ropas interiores también se presentan profusamente impregnadas de sangre.

EXAMEN INTERNO:

RIGIDEZ GENERALIZADA, MARCADA. LIVIDECES DE MEDIANA INTENSIDAD,

EN EL PLANO POSTERIOR, DESAPARECEN CON LA PRESIÓN DEL DEDO.

Los pulpejos de los dedos de ambas manos se presentan impregnados de tinta morada de tampón para tomar las impresiones digitales.

En la región ínguino-abdominal derecha hay dos cicatrices antiguas de tipo quirúrgico, muy próximas entre sí, oblicuas hacia abajo y adentro, de 11 y 6 cms. respectivamente.

En ambas manos hay salpicaduras de sangre, especialmente en la derecha.

En la parte externa de la palma de la mano izquierda hay una zona de impregnación de substancia negruzca, que cubre un área de 2 por 1 cm.

Ambos párpados del ojo derecho se presentan equimóticos, de color amoratado-azulejo, especialmente el superior. Una lesión análoga, de 1 cm. de diámetro, se constata en el párpado superior izquierdo en su parte media. Por dentro de ella, hay un pequeño desgarro superficial de 1 cm. Por dentro de este último, se observa otro análogo, de forma semilunar de 3 cms.; todos ellos con infiltración sanguínea periférica.

En la región submentoniana, inmediatamente a la izquierda de la línea media e inmediatamente por detrás del borde inferior del hueso maxilar inferior, se observa un orificio de entrada de proyectil, de forma irregularmente estrellada, cuyo diámetro es de aproximadamente 2 cms. Sus bordes son muy irregulares, dentellados, presentando cinco desgarros de disposición radiada, el mayor de los cuales mide 2,5 cms. siendo de solo 0,5 cm. el menor. Tanto los bordes mismos como las márgenes del orificio, se presentan abundantemente impregnados de substancia negruzca granulosa, la que forma un halo de 1,5 cm. de anchura en su cuadrante inferior y de 0,5 cm. en el cuadrante inferior y de 0,5 cm. en el cuadrante opuesto. Además de los cinco desgarros indicados, existe otro vertical, que parte desde la porción superior del orificio y termina en el borde del labio superior a 1 cm. a la izquierda de la línea media. El proyectil atraviesa los tegumentos y perfora el piso de la boca, determinando un estallido de la lengua con amputación de su extremo anterior y una fractura conminuta de la parte anterior del cuerpo del hueso maxilar inferior, con avulsión de algunas piezas dentarias y fracturas alvéolo-dentarias. La mucosa de la lengua y en parte la de las encías se muestran con impregnación de substancia negruzca granulosa abundante. Perfora luego el paladar en su parte posterior y media, determinando su estallido, con múltiples fracturas del macizo óseo y de la mucosa gingival, la que presenta también impregnación negruzca granulosa y con formación de un desgarro cutáneo que compromete el dorso de la nariz en su mitad superior y la región cilio-palpebral interna derecha. Penetra al cráneo inmediatamente por delante del cuerpo del esfenoides, arrastrando a su paso un fragmento desprendido de la lengua, el que se encuentra incrustado en la masa cerebral y determina la atrición total de la base craneana, con desprendimiento de esquirlas grandes y pequeñas. Desde esta zona de atrición de la base del cráneo se desprenden numerosos rasgos de fractura que ascienden hacia la bóveda, dividiéndose y subdividiéndose y circunscribiendo múltiples esquirlas de diversos tamaños, algunas de las cuales se han perdido. El proyectil, continuando en su avance, se abre paso a través de la masa encefálica, determina la atrición casi total de ella, parte de la cual se encuentra fuera de la cavidad craneana, y en cuyo espesor se encuentran incrustadas esquirlas óseas y un puente de prótesis dentaria, constituido por un soporte de metal dorado posterior que sostiene cuatro piezas: el incisivo lateral superior derecho, el canino vecino y los dos premolares que le siguen. Entre las esquirlas que se encuentran desprendidas, se observa una que muestra un segmento de orificio

redondeado, tallado a bisel externo de aproximadamente 2,5 a 3 cm. de diámetro. El proyectil sale finalmente al exterior por la parte alta y mitad posterior de la bóveda craneana, dejando un gran desgarro del cuero cabelludo de 28 cm. de longitud que se extiende desde la parte interna de la región ciliar izquierda hasta la región occipital de este lado, con una derivación anterior y derecha hacia la región parietal de este lado de 10 cms. El gran desgarro ántero-posterior descrito, en correspondencia de la unión de su tercio medio con su tercio posterior, lugar que coincide con el tercio posterior de la sutura sagital, presenta una zona constituida por diversos desgarros de disposición radiada, a expensas de los cuales es posible reconstituir un orificio irregularmente redondeado, de labios evertidos, de aproximadamente 3 por 2,5 cm. de diámetro. Estos desgarros radiados miden entre 1 y 2,5 cm. de longitud.

De la descripción que acabamos de hacer se deduce que el proyectil describe una trayectoria intracorporal de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás y sin desviaciones apreciables en sentido lateral.

La dentadura presenta piezas desprendidas, que se encuentran en el fondo de la cavidad bucal y piezas fracturadas, además de piezas protésicas. En la arcada superior se encuentran: el primer gran molar derecho fracturado, el segundo gran molar en su sitio; el tercer gran molar falta por caída antigua. En seguida está la prótesis descrita, que por su parte posterior es de metal dorado, en cuyo incisivo hay un pequeño vástago metálico vertical, advirtiéndose en el primer premolar una excavación que encaja en el resto de la pieza dentaria correspondiente. Le sigue el incisivo central derecho, que presenta una obturación metálica dorada en su borde libre. A continuación está el incisivo central izquierdo, con una obturación de metal dorado de todo su borde libre. En seguida el incisivo lateral izquierdo y el canino de este lado. Termina esta arcada con un resto de la corona del primer premolar izquierdo, en donde se ven dos pequeñas perforaciones. En la arcada inferior falta el último gran molar derecho. Están presentes ambos primeros grandes molares, cada cual con obturaciones metálicas. Se observa después el segundo premolar derecho; luego el primer premolar de este lado, cuya corona se encuentra fracturada. Luego está el incisivo lateral y ambos centrales, fracturados. El canino izquierdo como asimismo el incisivo lateral de este lado, faltan. Siguen a continuación, en una esquirla ósea semidesprendida, el primer premolar izquierdo, luego el segundo premolar de este, con sus coronas fracturadas; y a continuación, ambos primeros grandes molares, cada uno con una obturación metálica. El último gran molar izquierdo falta.

EXAMEN INTERNO:

CRÁNEO: **DE PAREDES DE ESPESOR NORMAL, CON LAS EXTENSAS LESIONES DEJADAS POR EL PROYECTIL.**

Encéfalo: En gran parte atricionado, con zonas hemorrágicas subaracnoideas y reducido en parte a papilla, debido al paso del proyectil.

Pulmones: Libres, con discreta antracosis. Al corte, algo pálidos, con pequeñas hemorragias por aspiración sanguínea.

Corazón: De tamaño ligeramente aumentado, contiene sangre líquida escasa en sus cavidades. Válvulas y aorta limpias. Coronarias con pequeñas manchas lipoídeas y ampliamente permeables. Pequeñas hemorragias subendocardíacas en el ventrículo izquierdo en correspondencia del tabique. Miocardio pálido al corte.

Hígado: Liso, anémico, con discreta infiltración grasosa. Vesícula de aspecto normal.

Bazo: De cápsula arrugada, con la pulpa firme y pálida.

Riñones: De superficie muy fina y regularmente granulosa, con la cortical algo disminuida de espesor. Al corte, pálidos.

Estómago: Contiene aproximadamente 50 cc. de una papilla semi-líquida de color amarillento cremoso, entre la que se descubren pequeños grumos blanquecinos, con olor ligeramente ácido. Mucosa limpia, algo pálida, con escasos puntos hemorrágicos.

Órganos visuales: Macroscópicamente sin alteraciones de sus medios transparentes.

EXÁMENES DE LABORATORIO:

Informe Nº 2784.
Muestra sangre.
Resultado:
Grupo sanguíneo: A.
Alcoholemia: 0,00 g. por mil.
Informe Nº 2782.
Muestra de piel palma mano izquierda.
Examen solicitado: Pólvora.
Resultado:
Piel palma mano izquierda.
CARBÓN: en pequeña cantidad.
NITRATOS: negativo.
Informe Nº 2783.
Muestra de: Orificio entrada bala región submentoniana (Piel-lengua-esquirla ósea base cráneo).
Examen solicitado: Pólvora.
Resultado:
PIEL: CARBÓN en regular cantidad. NITRATOS: negativos. Se observan fibras textiles (negras y rojas).
LENGUA: CARBÓN en regular cantidad. NITRATOS: indicios.
Esquirla ósea base cráneo: CARBÓN en pequeña cantidad.
NITRATOS: indicios. Se observan dos fibras textiles rojas.

CONCLUSIONES:

1º.- Cadáver de sexo masculino, identificado como SALVADOR ALLENDE GOSSENS.

2º.- La causa de la muerte es la herida a bala cérvico-buco-cráneo-encefálica, reciente, con salida de proyectil.

3º.- La trayectoria intracorporal seguida por el proyectil, estando el cuerpo en posición normal, es: de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás y sin desviaciones apreciables en sentido lateral.

4º.- El disparo corresponde a los llamados “de corta distancia” en medicina legal.

5º.- El hallazgo de carbón y productos nitrados en los tejidos interiores del orificio

de entrada, como la mucosa de la lengua y en una esquirla ósea de la base del cráneo, justifica la apreciación de que el disparo ha podido ser hecho con el cañón del arma directamente apoyado sobre los tegumentos.

6º.- El disparo ha podido ser hecho por la propia persona.

Saludan atte. a US.

Dr. José L. Vásquez F.   Dr. Tomás Tobar Pinochet

AL SEÑOR
FISCAL DE LA PRIMERA FISCALIA MILITAR
PRESENTE.-

ACTA DE ANÁLISIS

HOY ONCE DE SEPTIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y TRES A LAS DIECINUEVE HORAS, EN LA SECCIÓN QUÍMICA Y FÍSICA FORENSE DEL LABORATORIO DE POLICÍA TÉCNICA Y ANTE LA PRESENCIA DE LOS PERITOS BALÍSTICOS SRS. JORGE QUIROGA MARDONES **(JEFE DE SECCIÓN),** CARLOS DAVIDSON LETELIER **Y** JORGE ALMAZABAL MARDONES**, DE LOS ARMEROS ARTIFICIEROS SRS.** ALBERTO VALDEBENITO COFRÉ **Y** LUIS QUEZADA VALENZUELA**, LOS PERITOS QUÍMICOS SRS.** CARLOS GARCÍA GALLARDO **(JEFE SUBROGANTE DE LA SECCIÓN),** LEOPOLDO DUSSERT LEON, OMAR LABRA CORREA **Y** RICARDO ROSAS HOHMANN**, PRACTICARON UN ANÁLISIS PERICIAL A CUATRO MUESTRAS RECOGIDAS POR LOS PERITOS BALÍSTICOS SRS.** DAVIDSON **Y** ALMAZABAL **EN EL PALACIO PRESIDENCIAL.**

En la inspección ocular efectuada en dicho lugar al cadáver del Sr. SALVADOR ALLENDE GOSSENS por los Peritos antes mencionados, estos apreciaron una coloración negruzca en la zona comprendida en el lado interior y entre los dedos índices y pulgar de la mano izquierda, y una más leve en la misma zona de la mano derecha.

Con papel filtro Nº 616 específico para residuos nitrados se frotó las zonas de ambas manos, constituyendo así las muestras que fueron numeradas 1 y 2, las correspondientes a la mano derecha y 3 y 4 las de la mano izquierda.

Para el examen de las muestras antes citadas, se procedió de la siguiente manera:

1.- Pruebas en blanco con papel filtro y difenilamina sulfúrica para determinar la neutralidad de ellos, obteniéndose resultados negativos.

2.- Prueba a una hoja de afeitar, previamente limpiada con alcohol y enseguida frotada con papel filtro para utilizarla en cortar cada una de las muestras recogidas en el sitio del suceso y guardar las contramuestras respectivas en bolsas de polietileno: el resultado fue negativo.

3.- El análisis químico para identificar los residuos nitrados con el reactivo de difenilamina sulfúrica en las muestras de referencia, acusó los siguientes resultados:
Muestra Nº 1 (mano derecha): indicios puntuales positivo débil.
Muestra Nº 2 (mano derecha): positivo débil.
Muestra Nº 3 (mano izquierda): indicios puntuales positivo débil.
Muestra Nº 4 (mano izquierda): indicios puntuales positivo intenso.

Siendo las diecinueve horas treinta minutos se da por finalizado el análisis y firman para constancia los Peritos participantes de la Sección Química.

CARLOS GARCÍA GALLARDO
Jefe Sección Subrogante
Química y Física

LEOPOLDO DUSSERT LEON
Perito Químico

OMAR LABRA CORREA RICARDO ROSAS HOHMANN

Perito Químico Perito Químico

JAEB
11973

2.- TRABAJOS REALIZADOS

2.1. Inspección Ocular.

2.1.1. Posición del cadáver y el arma.

El cadáver se encuentra semitendido en un sofá, con la espalda apoyada en el respaldo de dicho sofá y su tronco inclinado hacia el lado derecho.

Sobre su abdomen y antebrazo derecho, se encuentra colocada un arma automática, con el cañón dirigido hacia la derecha.- (Ver fotografías Nºs 1416/73-A; B y C, y Croquis Nº 15.255).

Al lado izquierdo del cadáver y sobre el sofá se encontraba un cargador de arma automática sin munición y un casco con las iniciales J.M.F., en una de las cintas interiores de suspensión (Fotos C y H).-

Próximo al cargador antes citado, y sobre el sofá, hay una porción de masa encefálica (Foto G).- Otra porción se encuentra sobre una alfombra próxima al sofá (Foto I y L). Pequeños restos de la misma materia dispersos en diferentes lugares del salón.

En diversos lugares del piso, se observan disgregados, fragmentos óseos de la caja craneana. (Fotos M; N; Ñ; O; P y Q).

2.1.2. Posiciones según versión del Doctor Gijón.-

Expresa que, siendo el último de un grupo de personas que abandonaba el salón, al trasponer la puerta Oeste, miró hacia atrás y vio que el Señor Allende en ese momento se reclinaba hacia el respaldo del sofá. Acto seguido se acercó para tomarle el pulso y en esos momentos constató una lesión por estallido en el cráneo, observando a la vez, que entre ambas piernas se encontraba un arma automática apoyada con su culata en piso, como lo ilustra la foto I y el Croquis 15.254.

Agrega el Dr. Gijón que tomó el arma de esta posición y la colocó sobre el cuerpo del Sr. Allende, tal como la encontraran los Peritos, según se informó precedentemente.

2.1.3. Impactos en el muro.-

El gobelino colocado en el muro detrás del sofá, presenta dos orificios correspondientes a perforaciones por paso de proyectiles de armas de fuego que finalmente inciden en el muro, causando dos impactos. Tales impactos quedan acotados en los Croquis Nºs 14.256 y 15.255.

2.1.4. Proyectiles y vainillas.-

El croquis Nº 15.255 y Foto S, señalan la posición en que los Peritos ubicaron diversas vainillas y proyectiles. Además, la Foto R, muestra un cartucho para pistola.

No se pueden proporcionar mayores antecedentes sobre estos elementos, por cuanto fueron entregados a personal militar a las órdenes del Señor General Javier Palacios R., conjuntamente con el arma antes citada.

2.1.5. Trayectoria Interna.-

En mérito de las observaciones practicadas por el Señor Inspector de Investigaciones Don Pedro Espinoza y los Peritos informantes, se podría indicar como una primera aproximación de base razonable que la trayectoria interna de el o los proyectiles que ocasionaron la muerte del Señor Allende, ha sido presumiblemente de abajo hacia arriba, de delante hacia atrás, con entrada en la región mentoniana inmediatamente a la izquierda de la línea media, y salida de el o ellos, con estallido de la zona parietal izquierda. Ver croquis Nºs 15.253 y 15.254, y Fotos A; B; C; D; E; V y W.-

La hipótesis con respecto a la herida de entrada, se ve reforzada por la presencia de, al parecer, un halo carbonoso en la zona mentoniana. (Fotos V y W).-

2.1.6. Toma de muestras.-

Durante la inspección, los Peritos observaron manchas de aspecto carbonoso, en el arco formado por los dedos índice y pulgar de ambas manos, siendo más acentuada la de la mano izquierda.- Empleando papel filtro neutro, se tomó dos muestras de cada mano, dándose la numeración 1, 2, 3 y 4.-

2.1.7. Análisis químico.-

Las muestras citadas fueron entregadas para análisis a la Sección Química y Física del Laboratorio de Policía Técnica, trabajo que se efectuó en presencia de los Peritos Balísticos.

El resultado de este análisis, queda consignado en un Acta que se adjunta.-

2.1.8. Posición de disparo.-

Después de analizar e interpretar:

a) La posición en que fue encontrado el cadáver;
b) La versión proporcionada por el Doctor Sr. GIJON con respecto a lo que vio instantes después de producido el o los disparos y la descripción que hace sobre la forma en que se encontraba el arma;
c) La localización de restos de masa encefálica y el escurrimiento de sangre hacia el costado derecho de su ropa, inmediatamente debajo del cuello;
d) Las manchas carbonosas registradas en el arco índice-pulgar de cada mano, más acentuada en la izquierda y en la parte inferior de la región mentoniana;
e) La zona desprendida de la caja craneana;
f) Los impactos que se registran en el muro,

Estimamos que la posición más probable que pudo haber para el cuerpo y el arma en el momento del disparo, ha podido ser una semejante a la que, en forma esquemática, está representada gráficamente en el croquis Nº 14.256, en la cual la persona ha estado

sentada en el sofá, con cierta inclinación hacia adelante, sosteniendo el extremo superior del cañón con la mano izquierda, la boca del arma casi en contacto con el mentón y accionando el disparador con la mano derecha.- Es posible en consideración a los dos impactos de la pared y la apreciación superficial de la herida de entrada, que haya existido una sucesión rápida de disparos.-

Aceptada esta hipótesis, es posible que la trayectoria interna ya descrita continúe con una trayectoria externa que hace impacto en el muro.- En el caso de ser dos disparos, con muy pequeña variación, se cumpliría también para otra trayectoria externa que produce un segundo impacto en la pared. Los dos impactos de la pared se corresponden con dos orificios constatados en el gobelino.-

3.- CONCLUSIONES.-

TAL COMO SE DIJO EN UN PRINCIPIO Y DURANTE EL DESARROLLO DEL PRESENTE ESTUDIO, LA FALTA DE ALGUNOS ANTECEDENTES IMPORTANTES NO PERMITE ENUNCIAR CONCLUSIONES DEFINITIVAS.

3.1. La muerte del Señor ALLENDE GOSSENS se produjo como consecuencia de una herida a bala que tiene su entrada en la región mentoniana, y su salida en la región parietal izquierda.

No se descarta la posibilidad de que se trate de dos trayectorias correspondientes a dos disparos de rápida sucesión.

3.2. El hecho acaecido, por las condiciones de la herida de entrada, de la trayectoria interna, herida de salida y otros antecedentes obtenidos en el Sitio del Suceso (manchas en las manos, posición del cuerpo y el arma, etc.), tiene las características de un suicidio. En consecuencia, se descarta la posibilidad de homicidio.

3.3. Se acompañan:
Fotografías Nºs 1416/73 desde A a Z.-
Croquis Nºs 15.253; 15.254; 15.255 y 14.256.-

Saludan atentamente a USÍA,

JORGE QUIROGA MARDONES
Ingeniero Jefe Secc. Balística
Colegio de Ingenieros Nº 1344

CARLOS DAVIDSON LETELIER
Perito-Balístico

JORGE ALMAZABAL MARDONES
Perito-Balístico

REF:
Bal.437-73 Vº Bº
CDL/JAM.
cwpl.-

AGRADECIMIENTOS

ESTE LIBRO NO HABRÍA PODIDO SER ESCRITO SIN EL CARIÑO, ESTÍMULO, LEALTAD Y EL APOYO CONSTANTE –QUE SE MANIFESTÓ INCLUSO EN UN DURO EMPLAZAMIENTO PARA QUE ASUMIERA LA TAREA PENDIENTE– DE MI GRAN AMIGO, EL PERIODISTA ARGENTINO HORACIO VERBITSKY. SU AMISTAD DE 27 AÑOS HA SIDO UNA FUENTE INAGOTABLE DE COMPLICIDAD Y APRENDIZAJE EN ESTA OBSESIÓN POR HACER EL REGISTRO DE NUESTRA HISTORIA CON RIGOR Y PASIÓN. SU GENEROSIDAD, A LA HORA DE COMPARTIR FUENTES, DOCUMENTOS, EXPLORACIONES, ACIERTOS Y DEBILIDADES, ASÍ COMO LOS GOCES Y DOLORES PROPIOS Y DE NUESTRAS FAMILIAS, HA SIDO UN VERDADERO REGALO PARA LA VIDA. POR TODO ELLO, ¡GRACIAS!

Doy las gracias también a mi equipo histórico de CIPER, periodistas que me sorprenden, me enorgullecen, me enseñan y que se han convertido en mi alimento diario de pasión y convicción por un periodismo destinado a servir, y sin protagonismos. Gracias por sus cuidados cotidianos, por sus risas, buen humor, ganas de bailar, investigar y cocinar, y por su enorme generosidad.

Un agradecimiento especial a mis dos editores: Abel Gilbert y Andrea Insunza. Los dos saben cuán importantes fueron en esta tarea en sus dos etapas.


Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats, junto al Presidente Salvador Allende.



El grupo de empresarios que inicia la guerra contra el gobierno de la Unidad Popular desde la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA), liderado por Orlando Sáenz, en una de sus reuniones en el yate turístico "Argonauta", en la bahía de Valparaíso.



El general Carlos Prats, en el rol de ministro del Interior, recibe una banda presidencial confeccionada especialmente para él por orden del general Augusto Pinochet, entonces segundo jefe del Ejército. El Presidente Allende se encontraba de viaje y Prats había asumido la Vicepresidencia de la República en su ausencia.



El general Augusto Pinochet junto a Fidel Castro en una ceremonia militar frente a La Moneda durante la visita que el dirigente cubano hizo a Chile a fines de 1971.



El Presidente Allende posa junto a los detectives que formaban parte de su escolta presidencial.



Con una cámara en mano, el Presidente Allende, rodeado de su escolta presidencial de la Policía de Investigaciones, retrata simultáneamente al fotógrafo que capturó esta imagen.



Salvador Allende es condecorado en una concentración con dirigentes de la Unidad Popular.



Allende camina por el centro de Santiago saludando a simpatizantes. Lo acompaña el edecán naval Arturo Araya Peters (a la izquierda), quien fue asesinado por un comando de extrema derecha el 26 de julio de 1973.



Salvador Allende participando en un acto de la Unidad Popular. Junto a él, de derecha a izquierda, están los entonces senadores Rafael Agustín Gumucio, Luis Corvalán y Carlos Altamirano.
El Presidente Allende acompañado por el ministro José Tohá, y el director de la Policía de Investigaciones, Eduardo Coco Paredes, en un acto frente al Cementerio General.

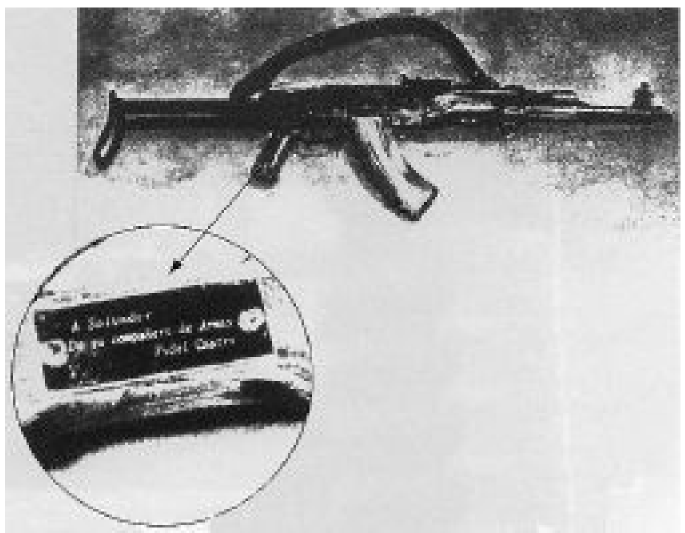




Un par de soldados realizan una quema de libros incautados en la céntrica Remodelación San Borja, después del Golpe del 11 de septiembre de 1973.



El Presidente Allende y el director de Investigaciones, Eduardo Coco Paredes, disparan un fusil AK-47 en El Cañaveral.



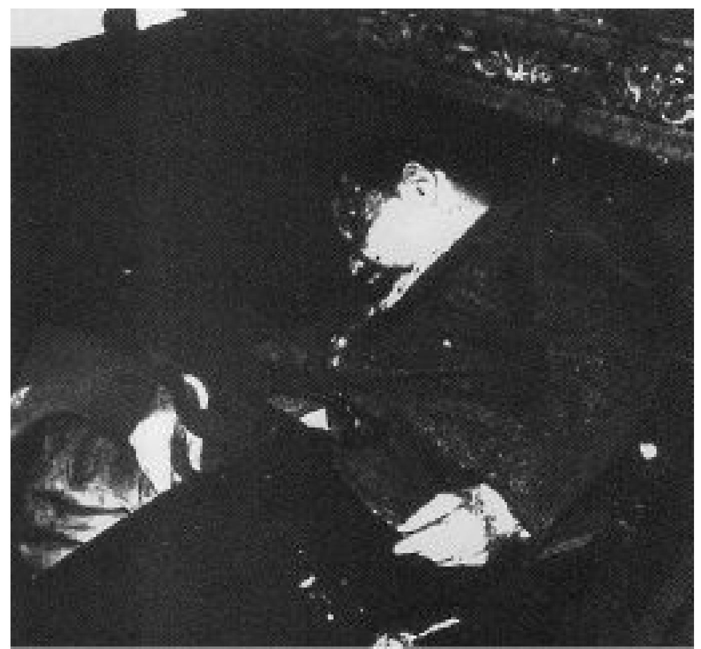
Fusil de asalto AK-47 que Fidel Castro le regaló con una dedicatoria grabada a Allende. "A Salvador, De su compañero de Armas. Fidel Castro", dice la placa.



Funcionarios de gobierno y asesores de Salvador Allende en el suelo frente a La Moneda luego de ser apresados en el asalto final al Palacio el 11 de septiembre de 1973.



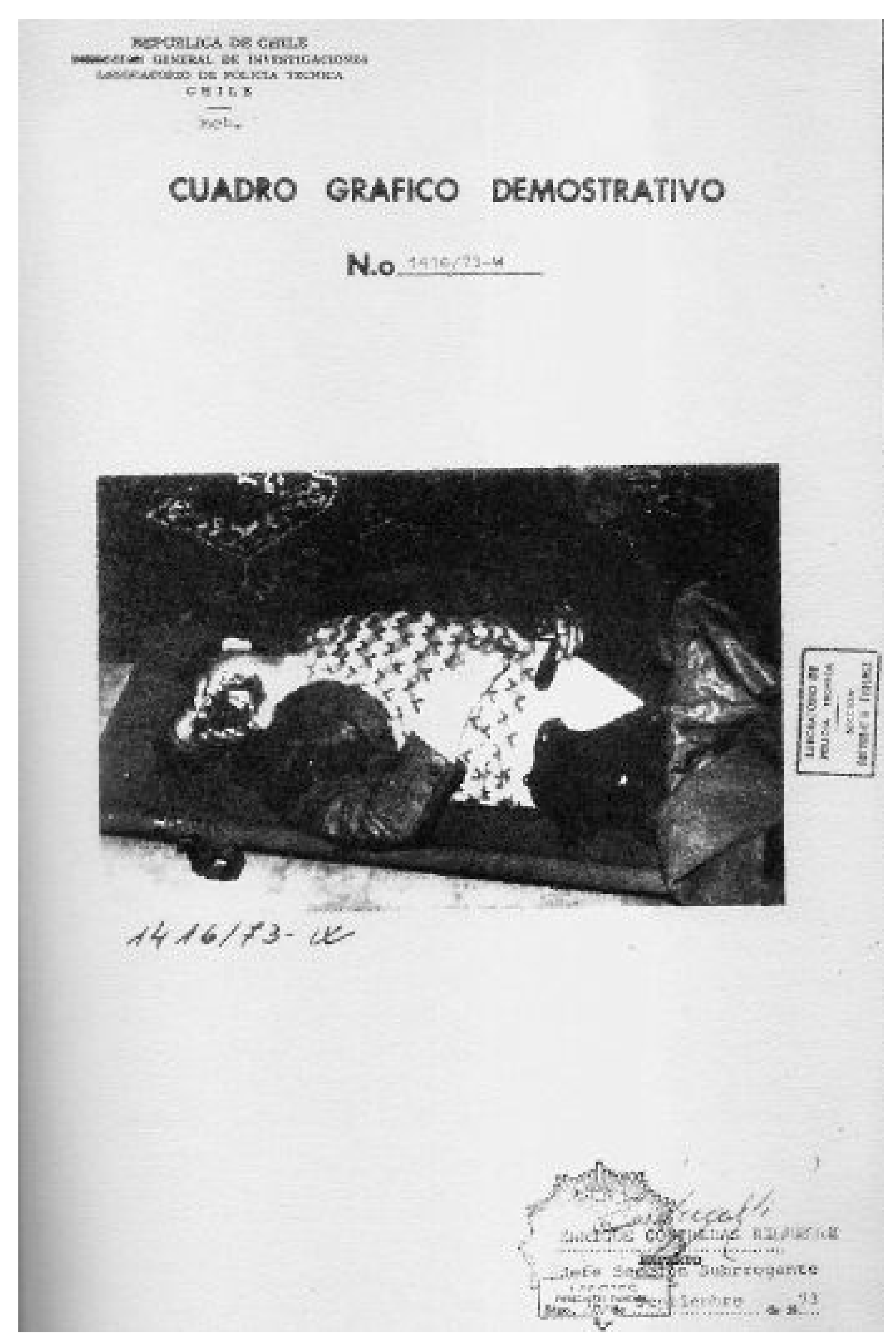
Allende responde preguntas a la prensa acompañado por el ex candidato presidencial demócrata cristiano, Radomiro Tomic, quien lo fue a visitar reconociendo de inmediato su triunfo en la elección del 4 de septiembre de 1970.



Fotografía tomada al Presidente Allende minutos después de suicidarse en el palacio de La Moneda con el fusil que le había regalado Fidel Castro.



Croquis pericial que determina la posición en que fue encontrado el cuerpo sin vida de Salvador Allende en el Salón Independencia de La Moneda.



REPUBLICA DE CHILE
[illegible] GENERAL DE INVESTIGACIONES
LABORATORIO DE POLICIA TECNICA
CHILE

CUADRO GRAFICO DEMOSTRATIVO

N.o 1416/73-M

1416/73-M

Jefe Sección Subrogante

Informe de la Dirección General de Investigaciones con imagen del Presidente Allende muerto sobre una camilla.

INSTITUTO MEDICO - LEGAL
Dr. CARLOS YBAR
Av. La Paz 1012 - Teléfono 370380
SANTIAGO - CHILE

Informe de autopsia Nº 2449/73 de:
SALVADOR ALLENDE GOSSENS.- _ _ _ _ /

TTP/ebn
17

SANTIAGO, 17 SET 1973

SEÑOR FISCAL:

Con fecha 11 de septiembre de 1973, siendo las 20 horas, los peritos médico-legistas que suscriben, asistidos por el auxiliar especializado del Instituto Médico Legal señor Mario Cornejo Romo, nos constituimos en el Hospital Militar de esta ciudad, en cumplimiento de disposiciones dictadas por el señor Fiscal de la Primera Fiscalía Militar, por las cuales se nos comisionaba para practicar la autopsia médico legal al cadáver del señor SALVADOR ALLENDE GOSSENS.

El examen de los restos fue practicado en el pabellón de cirugía del Departamento de Otorrinolaringología del referido Hospital, en cuya mesa central, reposando sobre una camilla de lona de campaña y cubierto con una gruesa manta, yacía el cadáver en posición de cúbito dorsal.

La autopsia del cadáver fue presentada por un reducido grupo de personalidades debidamente autorizadas por el señor Fiscal, instructor de la causa.

La diligencia se terminó de cumplir hacia las 24 horas del día 11 de septiembre en curso, quedando los restos a disposición de las autoridades correspondientes para los trámites ulteriores.

Pasamos, a continuación, a hacer la relación de nuestras observaciones.

Cadáver de sexo masculino, que se presenta vestido con sus ropas en relativo orden, estando el abrigo sobrepuesto, el que presenta manchas de sangre e impregnación de substancia cerebral atricionada en su delantero derecho, manga de este lado y en su parte interna y posterior. También se observan las mismas manchas en forma de salpicaduras en el lado izquierdo del cuello. Manchas de sangre y substancia cerebral atricionada se observan también en la parte anterior y lateral externa del lado izquierdo y cara anterior de la pierna derecha del pantalón. Manchas de sangre en forma de salpicaduras se observan en el dorso del zapato derecho y parte interna de ambos calcetines. Manchas de sangre y substancia cerebral atricionada se observan también en el hombro, delantero, manga derecha y parte posterior del vestón, y en menos

//

Primera página del informe de autopsia de Salvador Allende Gossens.